José Francisco de Isla

Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas, alias Zotes

Edición, introducción y notas de
Joaquín Álvarez Barrientos



Planeta

José Francisco de Isla

HISTORIA DEL FAMOSO PREDICADOR FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS, ALIAS ZOTES

CLÁSICOS UNIVERSALES PLANETA

José Francisco de Isla

HISTORIA DEL FAMOSO PREDICADOR FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS, ALIAS ZOTES



Edición, introducción y notas de
JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS
Consejo Superior de Investigaciones Científicas

Planeta

Córcega, 273-279, 08008 Barcelona (España)
Diseño colección y cubierta de Hans Romberg
Ilustración cubierta: retrato de José Francisco de Isla, en un grabado de P. V. Rodríguez, según dibujo de A. Rodríguez, Biblioteca Nacional, Madrid
Primera edición en esta colección: diciembre de 1991
Depósito Legal: B. 40.481-1991
ISBN 84-320-6978-7
Composición: Foto Informática, S. A. (Plantin, 9,5/10)
Impresión: Duplex, S. A., Ciudad de Asunción, 26, int. letra D, 08030 Barcelona
Encuadernación: Auxiliar Gráfica JIRO, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

SUMARIO

HISTORIA DEL FAMOSO PREDICADOR FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS ALIAS ZOTES

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

Libro IV

Libro V

INTRODUCCIÓN

I. Sobre la recepción de «Fray Gerundio»

Con *fecha 4 de mayo de 1760 «se prohíbe* in totum *la obra intitulada* Historia del famoso predicador Fr. Gerundio de Campazas alias Zotes... *por contener proposiciones sediciosas, malsonantes,* piarum aurium *ofensivas... y porque el medio de que se vale el autor es muy impropio y ajeno del que usaron los Santos Padres para reprender los abusos de la predicación», según consta en el* Expediente sobre la obra de Fray Gerundio, *en la Real Academia de la Historia (sign. 9/ 5965, f. 586).*

Las delaciones comenzaron el 25 de febrero de 1758, tres días después de publicarse la obra, con la de Pablo de la Concepción, general de la orden de carmelitas descalzos y descalzas. Las acusaciones se sucedían calificando la obra, como es el caso de Cristóbal Manuel Jiménez, mercedario, de «malsonante, peligrosa, temeraria, arrogante, irreverente, escandalosa, impía, maldiciente, detractiva y denigrativa de las sagradas religiones [y] *de los ministros de la Iglesia» (f. 55). Los calificativos incluían también a las aprobaciones. Jiménez no entiende cómo Montiano, contra quien va parte del ataque, pudo escribir que en la obra no hay «artículo malsonante, expresión infamatoria, concepto sin arrimo, ni consejo sin autoridad» (f. 54v). Isla se defiende de los ataques, aunque sin éxito, con varios escritos. El autor es enormemente consciente de los perjuicios que la prohibición de imprimir la segunda parte de su novela y de reimprimir la primera acarrea a los impresores y a él mismo, en cuanto que escritor, y así, en un intento de desbloquear la prohibición, escribe una carta al inquisidor general el 16 de junio de 1758 (autógrafa en el* Expediente*). Entre las razones que aduce para que no se retraiga más la impresión comenta: «Es de temer que los libreros extranjeros se aprovechen de esta ocasión para chuparnos nuestro dinero, interesándose ellos solos a costa de nuestros trabajos, sin que alcance providencia humana a embarazarlo, por el hambre que hay de*

tal libro dentro de España y fuera de ella» (f. 93). Isla muestra su conciencia de autor maltratado, como, por otras razones hará después, en la conocida carta a su cuñado Nicolás de Ayala, de 17 de noviembre de 1758, cuando dice: «Tú no sabes bien lo que a un hombre le cuesta el ser autor. Tal vez o mil veces necesita rendir su juicio al de un majadero, lo cual —y créemelo— es un grandísimo trabajo» (BAE, XV, 488).

Hay que señalar que, en efecto, el miedo del padre Isla se hizo realidad: Sempere en su Biblioteca *dejó constancia de que «fuera de España ha sido sumamente celebrada la Historia del P. Isla» (III, 1786, 128), y así extracta algunas opiniones, como la del autor del* Journal étranger *de abril de 1760 o la del marqués de Caracciolo, «sujeto bien conocido por su piedad y por su literatura», quien relaciona la novela con el* Quijote. *En Europa se hicieron numerosas traducciones y en Inglaterra se hizo una edición por suscripción pública. En España las ediciones piratas se multiplicaron, entrando muchas por San Sebastián tras haberse compuesto en Bayona. De estas ediciones dice Leandro Fernández de Moratín en el prólogo que escribió a una edición de* Fray Gerundio *que quedó inédita: «Entretanto, la estimación que se hacía en España de esta obra iba aumentándose... Se leían, se celebraban en silencio los instructivos disparates del predicador de Campazas... Apoderáronse [de la obra] los judíos de Bayona, y en pérfidas y atropelladas ediciones acabaron de destruirla; hízose objeto de sórdida especulación; los donaires del padre Isla, como género de contrabando, venían por sendas excusadas, en los cuévanos de las pasiegas, entre los botes de rapé y las muselinas» (III, 1868, 206-207). De estas ediciones se hacían copias manuscritas, y eran muchos los que las poseían, al tenor de la cantidad de delaciones que el* Expediente *relaciona. Juan Bautista de Zabala, de San Sebastián, el 5 de octubre de 1770, declara que se «han introducido... furtivamente» ejemplares de la continuación del* Fray Gerundio, *desde Bayona, donde se ha imprimido, «y los están leyendo en casas particulares y tertulias» (f. 553). Casos semejantes tenemos en Navarra y en Cartagena, en 1773 por ejemplo (f. 554). En Canarias, en 1774, hay muchos manuscritos, de los que se sacan copias, y de los que se habla en «repetidas conversaciones que se hacían de sus pasajes» (f. 561). Más detallado es el informe de Agustín de Ceballos del 25 de*

febrero de 1774, que señala cómo se lee en Valladolid la segunda parte; «ésta y la primera parte, impresas en Bayona de Francia, se introducen por San Sebastián» (f. 653).

Evidentemente, el éxito de la novela hay que ponerlo en relación con los ataques a predicadores concretos, que muchos lectores eran capaces de reconocer en sus páginas (Jurado, 1989). Pero, en medio de estas delaciones, a menudo de parte de personas más o menos vinculadas a los estamentos criticados, había quien era favorable al Fray Gerundio. *Son casos que muestran cierta oposición al discurso oficial establecido. Fray Plácido Graven-vos, monje benito de Cardeña, declara que el padre Martín, lector de teología del convento de San Agustín de Burgos, «tenía por políticas algunas prohibiciones del Santo Tribunal, y que más era[n éstas] por causa de los delatores, que por malicia de los jueces, de los cuales parece sentía bien; y que por eso tenía sin escrúpulo los dos tomos del* Gerundio*» (f. 566). Cuando el lector es interrogado, señala que algunos libros se prohíben, no porque tengan algo malo, sino porque atacan los intereses de ciertos estamentos, de manera que ciertas prohibiciones se deben a «influjos de algunas personas que movían al Santo Tribunal» (f. 568). Finalmente, se le obliga a entregar las copias, quedando «entendido de la reconvención que se le ha hecho, y amonestado se abstenga en lo sucedido como debe, y de lo contrario se procederá contra él a lo que haya lugar» (f. 570).*

Aunque pudiera ser mínima esta corriente favorable a Fray Gerundio *y a todas aquellas obras críticas y reformistas, hay un caso sumamente revelador. Es el del doctor don José Constancio Andino, a quien se encarga la censura de la segunda parte de la novela. Andino escribe, entre otras cosas, que «es una graciosa sátira seguida con arte contra los malos predicadores y a paso reprende en el mismo tono las malas traducciones de libros extranjeros, especialmente franceses, que han introducido en nuestro idioma sus voces y frases, que hechos moda entre la gente de poca instrucción, le van desfigurando». El censor continúa haciendo una defensa de la novela y apoyando la necesidad de moderar los abusos: «El remedio de estos abusos es necesario; sólo puede tener inconveniente en que en un estilo tan jocoso se haga en público mofa de los defectos de los oradores» (f. 558). Por consiguiente, Constancio Andino, con una*

visión moderna de los beneficios que obtiene el estado de la integración de la crítica al sistema, concluye que, «en estas circunstancias, no contemplo esta obra injuriosa al cuerpo de oradores, que no es capaz de perder su honor por los desaciertos de algunos individuos; más perjudicial podrá ser el querer encubrir con la condenación de esta obra unos defectos tan públicos, pues se podrá mirar como un tácito apoyo de estos delirios... *Por lo cual siento que este libro no contiene cosa alguna contra nuestra santa fe, ni contra la disciplina de la Iglesia» (f. 559v). (El subrayado es mío.) Andino, aunque no lo explicita, da a entender que la obra de Isla favorece a los eclesiásticos, pues critica a los miembros viciosos para fortalecer la institución a la que pertenecen. Sin embargo, como observó Moratín en el prólogo ya citado, nada de esto era posible ya que Isla «sabía también cuánto debía temer el que se atreve a combatir errores públicos, si por desgracia el Gobierno, que le debe animar y defender, participa de ellos» (III, 1868, 203).*

La novela fue, pues, objeto de culto por parte de todos aquellos que anhelaban una reforma en la oratoria sagrada, pero también, en un campo más amplio, de aquellos que pretendían una reforma de la educación y de otros planos de la sociedad. Moratín, haciéndose eco de este carácter emblemático de la novela, corrobora que «corrió manuscrito el tomo segundo con aceptación de muchos, abominado de los demás, e igualmente incurso en la prohibición [lo que le hacía más deseable] que padeció el primero. Multiplicáronse las copias, que por la celeridad y el peligro con que se hacían... fueron acumulando... errores» (III, 1868, 205).

No creo que nos alejemos mucho de la verdad si digo que la prohibición, que no benefició a Isla, fue buena para la novela pues la convirtió en obra deseada y buscada —el mismo corregidor de Madrid José Antonio Armona poseía un ejemplar manuscrito de la obra como demuestra el texto titulado Párrafos que hay que añadir a la copia de Fray Gerundio que tiene D. José Antonio de Armona—, *dando a los que la leían ese toque de clandestinidad que sobrevalora a menudo el objeto prohibido. Con esto no quiero decir que la novela se haya valorado en exceso sino que su juicio se ha hecho desde una única perspectiva, la de la crítica de la oratoria sagrada, por lo que*

fue prohibida y cuyo enfoque llevó a separar a los lectores en dos grupos, olvidando otros aspectos, como los explícitamente literarios. Pocas aproximaciones se han hecho a Fray Gerundio *desde la perspectiva de la novela como género. Si salvamos algunas páginas de Sebold (1960), el artículo de Polt (1979) y últimamente Zavala (1987), el resto de la bibliografía gerundiana se ha orientado hacia el tema de la oratoria.*

Esto, en parte, tiene sentido si observamos cuál fue el tipo de recepción que obtuvo la obra entre sus contemporáneos (y cómo se presentaba la novela incluso antes de darse a conocer al público). Ya hemos visto algunas de las críticas que se le hacían en las delaciones; en otros textos de la época, como las historias literarias, la valoración incluía otros aspectos, pero desde luego siempre se aludía al papel de la obra como correctora de los vicios de los predicadores. El abate Lampillas, por ejemplo, sin aludir al contenido, señala que Isla «por el mismo modelo del Quijote *se trabajó modernamente el romance español del famoso* Gerundio*» (III, 1783, 168). Más detallado es Juan Andrés, que sitúa la novela dentro de los romances burlescos —poniendo de relieve que entiende «romance» como obra de larga extensión, no como obra que se centra en un mundo ideal—, de cuya utilidad no le cabe duda, «si sabe[n] presentar un personaje ridículo en un aspecto verdaderamente instructivo, cual es en realidad el de sus mismos defectos. En todos los estados de la vida, en todos los estudios, en todas las profesiones son más los defectuosos, que tienen necesidad de corregir sus vicios, que los buenos, que aspiran a ser perfectos».* Fray Gerundio *consigue «con amenas invenciones y con agradable estilo se den a conocer los defectos y se haga una graciosa burla de los viciosos». Como otros autores, pero en contra de lo que pensaron los censores, le parece que este enfoque jocaso «acarreará mayor provecho que un escrito serio y una docta y bien meditada instrucción» (IV, 1787, 497-498). Juan Andrés, que en algún momento reprocha a Isla haber puesto poca erudición (lo que no es cierto) y crítica de sal gorda, es, sin embargo, un panegirista de la novela y de su autor: «Nadie seguramente podrá negar a Isla fecundidad de ingenio, riqueza y amenidad de imaginación, y gracia y hermosura de estilo. Tantos accidentes tan bien ideados y conducidos fácil y espontáneamente, tantas pinturas tan vivas y expresivas, tantos diálogos tan ver-*

daderos y naturales, tantas expresiones tan propias y enérgicas y tantas otras prendas de invención y de estilo constituyen a Isla autor original, y nos dan en su historia de fray Gerundio un romance clásico y magistral» (IV, 1787, 499).

Y fijémonos en que Andrés está señalando asuntos de interés fundamental desde el punto de vista literario, apuntando al realismo de la imitación: Isla es un autor original, y su novela es clásica y magistral, además de producir en su imitación un efecto de realidad: sus diálogos son verdaderos y naturales, sus descripciones vivas, etc. Pero, para que Fray Gerundio fuese verdaderamente una obra perdurable más allá de los tiempos, un clásico de la literatura, le falta, en su opinión, crítica más fina y mejor doctrina, a pesar de lo que ha escrito poco antes. De haberlas tenido, la Historia del famoso predicador Fray Gerundio, «en todas partes y en todos tiempos hubiera gustado más a los cultos lectores» (IV, 1787, 500), donde introduce el abate Andrés una categoría de lector que nos puede ser de gran utilidad, ya que antes hemos visto que la obra se leía con gusto entre las diversas capas de la sociedad. En Canarias muchos la leían, en Burgos elementos de la Iglesia, en Valladolid, según el informe de Ramón Rubín de Celis, su portera tenía el segundo tomo, etc. (f. 568 del Expediente). De todas formas, si acudimos a la novela, vemos que Isla está jugando continuamente con el lector, al que califica de distintos modos. En la novela, como en el teatro, debía haber algo de gusto para cada tipo de lector. Por otra parte, es interesante la reflexión del jesuita expulso, si tenemos presente el concepto de imitación que orienta la obra de Isla. El autor toma de la realidad anécdotas, personajes, descripciones, en un intento que nos haría pensar en la nueva dimensión del concepto de imitación: imitación directa de la realidad (Álvarez Barrientos, 1990).

Sin embargo, Isla, al contrario de Fielding que, como sabemos, también si sitúa en la estela de Cervantes, no da un paso adelante en la historia de la novela al estar excesivamente ligado a su intención didáctica. Su objetivo reformista le está limitando en el uso libre de los medios que puede emplear para construir su novela, sus personajes y los episodios de la trama. Una y otra vez vuelve a la idea que quiere dejar clara, reiterando su mensaje reformador de la oratoria sagrada mediante discursos, sermones, reflexiones que lastran la novela. La forma

narrativa no es libre para desarrollarse con Isla, sino que está al servicio de la intención didáctica previa. Fielding, sin embargo, que utiliza los mismos recursos que Isla en su novela de 1749 Tom Jones, como en otras, consigue llegar más lejos pues escribe con toda la libertad de que hizo gala Cervantes y con no menos inteligencia y sentido de la novela que Isla pero, a diferencia de éste, es capaz de llevar a las últimas consecuencias el diálogo del narrador con el lector, la complicidad con él, igual que sabe ser dúctil respecto al motivo irónico y satírico que guía su escritura. Incluye también capítulos moralizadores —aunque muchos menos— y, cuando lo hace, es con la suficiente ironía como para que al lector le sean llevaderos y, seguramente, más edificante. No debemos olvidar que Fielding, con esa forma de narrar y construir novelas, creó una fórmula que después sería seguida por numerosos novelistas europeos.

Esteban de Arteaga alude a este hecho al referirse a la novela en sus Rivoluzioni del teatro musicale italiano cuando dice: «Avrebbe ottenuto [Isla] una lode senza eccezione se schivat ne avesse i lunghissime, e pressochè uniformi racconti» (II, 1783, 314n). El jesuita continúa criticando algo que, años después, será elogiado por muchos, entre otros, por Sismonde de Sismondi. Arteaga escribe que Isla debía haber intentado hacer pensar y no hacer reír y que debía haber hablado más al espíritu de sus lectores que a su imaginación. Sismondi, en su Historia de la literatura española, como también señalaron otros, algunos de los cuales hemos visto antes, observó esto mismo pero en sentido contrario: «uno de los rasgos característicos de la literatura española consiste en haber dado a los libros más profundos por el pensamiento que encierran, y a los más graves por el objeto a que se destinan, la forma de novelas o de composiciones burlescas... Los italianos... miran como ajeno de sí mismos el mezclar a la filantropía o a la reflexión la jovialidad o el interés de aventuras fabulosas, y no son por esto más profundos pensadores, y sí únicamente menos agradables» (II, 1842, 354).

La novela de Isla, a pesar de la perspectiva burlesca, no siempre es «agradable». Sin embargo, parece que cumplió, al menos en parte, con el objetivo que su autor se propuso. Eso es lo que parece tras constatar que en las historias de la literatura del siglo XIX y en discursos como el de Ferrer del Río, «Re-

seña de lo que fue la oratoria sagrada española en el siglo XVIII», la principal valoración que se hace de la novela es como liquidadora de los malos predicadores (Discursos, *I, 1860). Y, en este sentido, a las conocidas anécdotas sobre llamar Gerundios y Gerundias a quienes se parecían de algún modo al protagonista de la novela, hay que añadir el caso de la obra de Domingo Ugena* Entusiasmo alegórico, *de 1788, en la que se habla de periodistas y predicadores, y donde se dice que «ahora el que no predica a la francesa es un* Gerundio; *se le tiene por pincha-uvas al que no hace un exordio pequeñito y en él descubre el designio de todo el sermón...» (p. LXXVII).*

Fray Gerundio *fue recibido por el público lector como una sátira de los predicadores barroquizantes y desde esta perspectiva fue estudiada por la crítica, pero Isla tenía, como señala Polt (1979), conciencia de lo que estaba haciendo en cuanto a obra literaria. Las numerosas veces que habla en sus cartas y en la novela sobre problemas de estructura, composición y teoría novelística, lo ponen de manifiesto.*

A ciencia cierta no se sabe cuánta extensión habría de tener la novela, que a muchos parece cortada bruscamente. Sin embargo, la estructura de la novela, abierta pues se sucede una aventura tras otra —de modo semejante al Quijote *podríamos identificar las salidas del caballero con las del predicador—, no se resiente con el cierre que los padres jesuitas sugirieron a Isla. En cierto modo, el final es absolutamente cervantino. Si cervantes hace morir a su protagonista, de modo que nadie pueda continuar la novela, Isla (o sus correctores) hace desaparecer toda la ficción utilizando la ficción misma. En cualquier caso, resulta significativo que L. Fernández de Moratín justifique las omisiones adoptadas por los editores de la novela unos cincuenta años después, pero no se refiera para nada a su desenlace. Éste no influía en la recepción de la obra, pero sí las supresiones: «Vería [Isla], en fin, que si una novela, como un drama, se alimenta de acción, y ésta pide sucesiva rapidez en su movimiento, para que excite con la novedad el interés, no se ha hecho supresión alguna que no haya llevado por objeto esta máxima fundamental del arte» (III, 1878, 208). Así pues, lo que hace que se resienta la estructura de la novela es precisamente, no ese cierre, sino la carga didáctica de ella, y así añade Moratín:*

«porque el tiempo ha borrado ya la memoria de obras, de autores y de sucesos a que alude la crítica (y por consecuencia, las gracias de la imitación ridícula desaparecen)». Fray Gerundio es para Moratín una obra cerrada, una novela como él la llama, pero las circunstancias de los receptores han variado lo suficiente como para suprimir precisamente aquello que dio sentido a la obra en el momento de publicarse. Por tanto Moratín escribe, haciendo depender la vigencia de una obra de las circunstancias que abrigaron su creación: «si es cierto que el buen gusto de la oratoria sagrada se ha perfeccionado entre nosotros, y nadie acusa a los predicadores de nuestra edad de aquellos vicios que dieron motivo a escribir esta obra (circunstancia que pudiera hacerla ya menos estimable), también es evidente que su lectura en toda ocasión puede ser provechosa» (III, 1868, 209). Todos estos argumentos ponen de manifiesto los cambios que estaban operando en la sociedad española (y en su gusto —«una extraordinaria revolución va a mejorar la existencia de la monarquía, estableciéndose sobre los sólidos cimientos de la razón, de la justicia y del poder..., florecerán [en la nación] las ciencias, y su altura la hará poderosa» (pp. 209 y 210)— y la consciencia que tenían de ellos los editores de la novela que suprimen aquellos pasajes que no tienen vigencia «porque el progreso de las luces hace ya inútil una gran parte» de ellos (p. 208).

En este breve recorrido por algunos aspectos de la recepción de Fray Gerundio hay que aludir, aunque sea rápidamente, a las polémicas que suscitó la publicación de la novela. Son varios los trabajos que se han dedicado a estudiarlas. Sólo me limitaré a señalar ahora la fuerza revulsiva de la obra del padre Isla, capaz de levantar esa airada controversia enfrentando dos posturas contrarias en la forma de entender la realidad española pues, detrás de cualquier disputa literaria, había siempre un enfrentamiento ideológico, y para ello reproduciré un comentario sobre este hecho del prólogo tantas veces citado de Moratín:

«Recibió el padre Isla aquel aplauso indirecto, que es tal vez el que más puede lisonjear el orgullo de un autor; aquel que resulta de las sátiras, las calumnias, los artificios viles de la envidia y del amor propio ofendido; aquel con que, a su pesar, reconoce la superioridad del ajeno mérito la turba sedi-

ciosa de los necios, presumidos de doctos, que no sufre jamás que impunemente se delate al público su mentida sabiduría... ¡Dichoso el autor que haya logrado merecer el odio de tan ruin caterva! (p. 202). Esta postura de Moratín ante los críticos, los papelistas calumniadores, parece que coincidiría con la de Isla, carácter aristocrático y desdeñoso como demuestran numerosas cartas. Por sólo citar un ejemplo, que tiene interés por su relación con la historia de la edición de Fray Gerundio, *recordaré la opinión que tenía de Mayans (y cómo recibió éste la novela). Miguel de Medina, que se ocupaba de editarla, propuso a Isla que el valenciano escribiera un elogio de ella, Isla reaccionó violenta y groseramente contra esta sugerencia. Entre otras cosas que escribe el 29 de diciembre de 1757, dice: «no puedo tolerar las alabanzas de un hombre que ha denigrado con su pluma a toda la nación española... Su* Orador Cristiano *es una pura ventosidad, como todas sus obras. Téngole por uno de los hombres más presumidos y tontos que ha escrito en este siglo... Todos los sabios del mundo no serán bastante para hacerme mudar el bajo concepto que he formado de este hombre» (Fernández, 1957, 198). En otras cartas le califica de idiota, de «glorioso animal» (31-12-1757) y de «ganapán literario» (7-1-1758). «Jamás he podido leer una hoja de sus pomposísimas bagatelas sin llenarme de tedio» (p. 200). ¿Por qué trata Isla así a Mayans? ¿Por qué acoge la sugerencia de Medina de tal forma? Dejando a un lado las diferencias entre los planteamientos historiógraficos de Mayans y de los jesuitas, dejando a un lado que Mayans estaba cerca de los manteístas, lo contrario de Isla, lo cierto es que publicar su novela con una carta elogiosa de Mayans al frente, que en 1733 había publicado su* Orador cristiano, *era hacer que* Fray Gerundio *dependiera «genéticamente» de la obra del valenciano. Éste, en su dedicatoria a Guillermo Clarke, jesuita confesor del rey, había dejado expuesto su ideario, de enorme semejanza intencional con el de Isla: «En el diálogo primero me quejo del corrompimiento de la predicación; manifestando el respeto que se debe tener a tan sagrado ministerio; digo las prendas que debe tener el orador cristiano,...» (p. XVI); «manifiesto los remedios de la predicación y los medios que hay para que se vayan criando tales oradores. Uno de ellos es que no se elijan para un sagrado oficio sino personas de ciencia y prudencia» (p. XVII). No podía*

permitir Isla que su obra, que ya tenía otro padre en Luis de Losada, se vinculara a la de Mayans: sería disminuir su originalidad y su novedad. Por otra parte, los medios empleados para reformar la oratoria eran absolutamente dispares. Si Mayans escribía seriamente –de la forma que, al parecer, no tenía utilidad–, Isla lo hacía burlándose del asunto. Las perspectivas eran distintas y, seguramente, además de las alusiones que se pueden rastrear en la novela –el «generosus valentinus» entre otras–, cada vez que Isla se refiere a los que han escrito en serio sobre oratoria sin conseguir los resultados previstos puede estar refiriéndose también a Mayans. En cualquier caso, la influencia del Orador cristiano fue mayor de lo que pensamos, y la del Fray Gerundio no tanta como se ha venido diciendo. Saugnieux (1976) ha señalado que, en contra de lo que podría hacer pensar el éxito de Fray Gerundio, los jesuitas no reformaron la oratoria sagrada porque, aunque eran adversarios de la predicación barroca, lo eran sólo por razones de orden estético y estaban apegados al espíritu escolástico.

Lo cierto es que Isla no sólo leyó el Orador de Mayans. Ecos de la Vida de Cervantes aparecen en la novela, pero no hay que olvidar que en 1757 Mayans publicaba su Retórica, donde, además de referirse a las «historias ficticias», exponía los distintos géneros oratorios, con ejemplos. Como señala Mestre, «la diferencia de método era evidente» (1988, 10). Gracias precisamente a la labor de Antonio Mestre podemos conocer lo que pensaba Mayans de la obra de Isla. Es en el epistolario con Martínez Pingarrón donde hallamos los testimonios. Muy pronto tuvo conocimiento de los insultos de Isla y de los intentos de Juan de Santander, bibliotecario de la Biblioteca Real, por «contrapesar con sus alabanzas de las despreciables invectivas del autor contra mí» desde la carta que antepuso a Fray Gerundio (18-3-1758, p. 121). De modo que, a pesar de la negativa de Isla, Mayans aparecía en la cabecera de su obra. Pero ¿qué le parecía la novela al valenciano? Le parecía blasfema, como señala en la carta antecitada, «libro abominable» por el uso que hacía de los «testimonios divinos»; «digo sin pasión alguna y con sinceridad cristiana que en nuestros días no se ha impreso libro español igualmente detestable» (25-3-1758, p. 122); «no tiene invención, el estilo ni es propio ni decorosamente metafórico» (p. 123). Por otra parte, la com-

paración de *Fray Gerundio* con la novela de Cervantes le parecía un error y un insulto a éste último, pues consideraba que el *Quijote* estaba muy por encima de la novela del jesuita. Como vemos, una opinión absolutamente negativa de todos los aspectos de la obra, que puede ser representativa, seguramente, de lo que pensaron muchos ante la aparición de la novela. Pero, de todas formas, detrás de estas críticas hay un enfrentamiento personal (Olaechea, 1981) y también ideológico que no debemos olvidar, pues matiza decisivamente la interpretación de Gregorio Mayans.

Pasemos ahora a estudiar *Fray Gerundio* como novela.

II. «FRAY GERUNDIO» Y LA NOVELA

Hablar de *Fray Gerundio* como novela nos obliga a plantearnos el problema de la novela en el siglo XVIII. Y, aunque no cuento con mucho espacio para ello, haré una rápida visión del problema para situar la obra de Isla dentro del género narrativo y para conocer qué hay de nuevo en su obra.

Habitualmente decimos que la novela moderna surge en el siglo XVIII. Toda una serie de circunstancias se dan, ya desde finales del siglo XVII, en Europa para que esto sea así. Por un lado, comienza a hacerse hueco la clase media (en España será precisamente un siglo después), y por otro, la filosofía sensista de Locke (que Isla parecía conocer) se abre paso diluyéndose en géneros y actitudes distintas. De manera general, los escritores se apoyan en la filosofía empirista e individualista de Locke y, de esta forma, progresivamente, la novela va cobrando cuerpo como medio de expresión de la experiencia personal de los individuos. Los novelistas comienzan a escribir, por tanto, sobre lo que sucede a su alrededor (sobre esa experiencia personal) en su intento de conocer y explicar la naturaleza humana, algo que sólo se puede hacer mediante la novela, puesto que esa naturaleza humana ha cambiado de signo. Es decir, el hombre se entiende dentro de un marco espacio— temporal determinado, no en abstracto e ideal como había sido comprendido hasta entonces y como los otros géneros literarios le habían presentado. Así pues, si la poesía y el teatro eran los medios para ofrecer una imagen del hombre abstracta, inmutable e ideal, si servían

adecuadamente para mediatizar la relación feudal de la sociedad y su estructura, sólo un género nuevo, dúctil y sin convenciones —aunque acabaría forjando las suyas propias— sería capaz de dar noticia de los cambios que se operaban en la sociedad y de hacerlo de la mejor forma posible. Clara Reeves, en su conocido The Progress of Romance through Times, Countries and Manners *de 1785, lo formuló de la siguiente manera: «La novela es una pintura de la vida y de las costumbres, tomada de la realidad..., hace una relación corriente de las cosas según pasan todos los días ante nuestros ojos» (Allott, 1966, 62-63; Álvarez Barrientos, 1990a).*

Por otra parte, desde un punto de vista literario, era necesario que la palabra dejara de ser un fin en sí mismo, como lo era en la poesía y el teatro, para convertirse en un medio referencial (Watt, 1985), apropiado para narrar y analizar sentimientos.

Por lo general, los novelistas del siglo XVIII tienen conciencia muy clara de que están haciendo algo nuevo, diferente del romance, como llamaban en principio a ese tipo de narración ficticia de hechos fantásticos y donde los personajes se caracterizaban por sus rasgos ideales, por su belleza, virtud, moral inquebrantable, castidad, y donde la justicia poética prevalecía por encima de todo. Ejemplo de estas obras serían las narraciones griegas y bizantinas y las novelas de caballerías. Como ya he señalado, este tipo de narración no servía a los intereses de los nuevos escritores. El cambio más significativo a este respecto fue la introducción del tiempo en la novela (y como consecuencia la del espacio). Éste fue uno de los mayores aciertos de Cervantes: introducir la noción de tiempo —es decir, de cambio y movilidad, la evolución de los personajes— y modificar una estructura cerrada y fija como era la de las novelas de caballerías y el mundo que expresaban.

Los novelistas del siglo XVIII, «discípulos de Cervantes», parten de este hallazgo y comienzan a sentar las bases de la novela moderna: moral y expresiva de la experiencia personal, a menudo de la del hombre frente a la sociedad. H. Fielding —también Richardson, por supuesto— es uno de los que más clara idea tiene de hacer algo nuevo. En Tom Jones *(lib. II, cap. 1) escribe: «en realidad soy creador de un nuevo género de literatura», y esta literatura, como el nuevo escritor, está*

obligada «a marchar al compás del tiempo». El autor de novelas, a diferencia del escritor de romances, *intenta crear «gente de verdad», como escribió N. Frye (1973, 304). Y conseguir esta sensación de realidad suponía entre otras cosas acomodarse al tiempo y espacio de la narración, y hacer que los personajes se desarrollaran y cambiaran a lo largo del tiempo narrativo —frente a la unidad de carácter requerida por la preceptiva tradicional— y, por otra parte, marcar claramente el espacio en el que se desarrollaba esa acción, de ahí a menudo las descripciones detalladas de lugares, ambientes, interiores, etc. (recordemos ahora sólo el comienzo de* Fray Gerundio), *lo que con relativa frecuencia ha acercado la novela al género costumbrista (y ha hecho que se haga depender de éste su aparición cuando son géneros que surgen independientemente uno de otro, aunque con la misma intención de tratar sobre el presente).*

Como vemos, la novela, la nueva novela, se acerca a la realidad, que quiere conocer y explicar. Así surgirán diversos acercamientos a esa realidad y distintas expresiones literarias dentro de la propia novela. Pero para que ese acercamiento funcione, es decir, para que el mundo creado por la novela tenga sentido a los ojos del lector (acostumbrado al mundo referencial de los romances), *deberá acomodarse al mundo real del lector, o a su forma de percibir ese mundo. Así pues, la narración habrá de ser empírica y representativa de la realidad, o ilustrativa, y en este caso lo será sólo de un sector de realidad (Scholes y Kellogg, 1968, 13 y ss.). La sátira será uno de los mecanismos más empleados por los novelistas del siglo XVIII para acercarse a la naturaleza y expresarla en sus novelas, especialmente para representar sectores de realidad, como es el caso de* Fray Gerundio. *La sátira aparece, pues, como precursora del realismo y como fórmula didáctica. Didáctica, no en sentido restringido de educación, sino en otro más amplio que abarca la conducta social y ética de los personajes. Será el lado ético o moral de las formas artísticas.*

La sátira supone además un predominio de lo intelectual sobre la creación artística. En este sentido tienen razón Alter (1975) y Polt (1979) cuando señalan que la invención narrativa de los novelistas del siglo XVIII es un proceso intelectivo, simultáneamente crítico de su propia operación y de los objetivos no literarios a los que apuntan. Pero esa preponderancia

de lo intelectual tiene otras proyecciones. Como ha señalado Iser (1979, 29), es una forma de controlar la ficción, pero también de guiar al lector, estableciéndose así una «retórica de la lectura» de amplias implicaciones.

Antes me referí a la novedad que suponía la novela en la historia literaria y en el mundo social. Pero esas novedades que presentaba debían ser reconocidas por el lector, si no no tendrían existencia real. El hondo arraigo que esta idea debía de tener en los novelistas, así como su conciencia de estar creando algo nuevo, ha de ser la razón de que de manera sistemática se dirijan al lector, guiándole, narrándole las peripecias pero también diciéndole cómo debe entender las escenas de la novela (Álvarez Barrientos, 1983 y 1990a). El autor se convierte en el guía todopoderoso, creando una imagen ficticia de sí mismo, pues, como la crítica ha puesto de manifiesto, no es propiamente la persona del autor quien lleva al lector, sino una proyección de aquél. Este «narrador» es el que selecciona los acontecimientos y el que les da significado, de manera que no sólo el lector llega a comprender el mensaje de la obra, sino que, además, no se pierde esas novedades de las que a menudo hacen gala los autores, ya que éstos les hacen reparar en ellas. Las constantes alusiones al lector en la narrativa dieciochesca (y también decimonónica) tienen esta explicación. Los autores son conscientes de «hablar», de dialogar, con ese lector, poniendo así de relieve la relación entre este género novelesco y la literatura oral que, para *Fray Gerundio*, ha sido estudiada por Zavala (1987). Y, del mismo modo que construyen una segunda imagen de sí mismos, crean una imagen ideal de lector (lector sagaz, lector amable, etc.) con la que comunicarse. El mayor éxito se logrará cuando ambas creaciones ideales se encuentren perfectamente de acuerdo en la interpretación del mundo de la novela. Con el paso del tiempo, la tendencia será que el autor desaparezca de la novela en beneficio de la técnica narrativa del punto de vista, pero esto sólo triunfará con H. James a finales del XIX y con las teorías que defendieron que lo propio de la novela era *mostrar* no narrar, en un evidente acercamiento a la novela dramatizada y al teatro.

La sátira permitía al escritor acercarse a la realidad de una forma realista, para expresar el conocimiento de la naturaleza humana, el proceso de conocimiento de esa naturaleza

en su relación con la sociedad. Esta forma de acercamiento permitía situarse en un aquí y un ahora determinados que diferenciaron a la novela de los géneros anteriores, aunque, con el paso del tiempo, esos mismos géneros, especialmente el teatro, incorporarán la nueva noción de imitación entendiendo la realidad como materia literaria.

Pero los novelistas se relacionarán también con la tradición literaria para captar al lector, y de esta forma aludirán numerosas veces a la novela como poema épico en prosa o a sus diferencias respecto a la épica: por ejemplo, Isla en el «Prólogo con morrión» como veremos luego. Aunque lo harán para parodiar esos modelos clásicos o barrocos, conocidos por el lector, que se siente cómodo en ellos pero que asiste a la creación de algo nuevo. Esta divergencia, parodiar un género antiguo, utilizar procedimientos nuevos, en contraste con lo heredado por la tradición, son los primeros pasos para la innovación literaria. La ironía y la sátira sirven para ello. Y sobre todo el contraste. La técnica del contraste se sirve de la sátira para orientar la interpretación del lector. Es además un mecanismo didáctico que estimula el pensamiento y la capacidad crítica del receptor. Esta técnica del contraste da pie a que el escritor muestre y no sólo cuente la historia, contribuyendo así a dramatizar la narración, lo que será a la larga uno de los pasos para anular la presencia del autor, como lo serán también las novelas epistolares. Fielding, en Tom Jones (lib. V, cap. 1), fue el primero que teorizó sobre este principio que, como señaló Iser (1978, 48), es una estratagema más para guiar al lector. Pero en realidad es mucho más, ya que revela las virtualidades de la novela como género. El contraste sirve excepcionalmente para filtrar un sentido o una intención, para criticar sin demasiada intervención del autor cualquier cosa, por ejemplo, la ciudad frente al campo, la norma social frente a la libertad de acción de un personaje, un tipo de educación frente a otro, etc. Asimismo, contribuye a dar a la novela una de sus características más importantes, ya que sirve para relativizar las conductas y el conocimiento de la naturaleza humana, pues, al presentar al héroe en distintas situaciones, nos va a dar más facetas, y diferentes, de su carácter, enfrentándolo como estamento al antiguo héroe, «de una pieza», igual siempre a sí mismo y a otros como él, y presentándonos a un individuo. Por otra parte,

el lector se enfrenta a situaciones específicas, lo que le obliga también a contrastar su sistema de valores (o el sistema universal de valores) con las situaciones concretas de la realidad y a pensar en estos términos más relativos. En este sentido es didáctica la novela del siglo XVIII, ya que se acerca al mundo y se compromete con él. Contraste e ironía van unidos íntimamente.

El contraste es también un elemento estructural dentro de la novela, que puede organizar todo el sentido último de ésta introduciendo narraciones dentro del argumento general, como en el Quijote, *por ejemplo, o como en* Fray Gerundio, *donde aparece sistemáticamente, ya que toda la novela está organizada sobre dos planos que chocan continuamente, o que contrastan, ofreciéndonos su significado mediante el enfrentamiento de dos tipos de discursos. Uno, inculto, no racional, que es el objeto de la reforma, en el que se incluyen personajes de distintos campos sociales, con diferente educación y diversa representatividad. Otro, el racional, que siempre queda por encima, llevando la guía del sentido común, de la necesidad de las reformas y orientando al lector. En este discurso también están representados diversos estamentos de la sociedad, aunque, como era de esperar, en menor cuantía. Es siempre menor el número de los que dicen a Gerundio qué está bien y qué mal en su labor como predicador o en otros aspectos. Con este doble plano en contraste se establece un diálogo y un doble sistema de representación y aprehensión de la realidad. Uno más carnavalesco por el trato que recibe del propio Isla en su representación, que tiene, como señaló Zavala (1987), una intencionalidad satírica deliberada de desconstruir el discurso oficial, y otro, normativo, resultado de la propuesta reformadora. Esta diferencia de planos no obedece a diferencias de clase o grupo, ya que el concepto que Isla tiene de vulgo es de orden cultural (como Feijoo, a quien sigue), no de carácter estamental.*

Isla tiene presente al lector en su novela de forma continuada, pero nunca se aparta del objeto de su sátira para adentrarse en un tipo de narración más libre y ficticia. Mantiene siempre ese diálogo entre el mundo real referencial del lector y su creación literaria. Esta constancia es, tal vez, como ya he señalado, uno de los defectos de la novela, ya que limita las posibilidades creativas de su autor. Éste es fiel a su interés crí-

tico y reformista, lo que le lleva, por un lado, a hacer que sus personajes, que en algunos casos han quedado bien definidos como tales dentro de unas concretas coordenadas espacio-temporales, se acerquen a menudo a la consideración de simples tipos que representan defectos o cualidades, de modo que nuestra relación como lectores, no es entre un carácter y nosotros mismos, sino con un concepto. Y por otro lado, esta finalidad le llevará a detener la acción —la primera exigencia, según Moratín— numerosas veces para orientar al lector en su interpretación de los hechos.

El narrador de Isla, o esa segunda imagen del autor, es un «historiador» (Scholes y Kellogg, 1968, 265), un investigador que compone su obra a base de acumular referencias tomadas de diversas fuentes que, en el caso de Fray Gerundio *y otras novelas, se parodian, situándose así en esa nueva tendencia narrativa que objetiva la realidad narrada mediante el contraste de fuentes. Pero al mismo tiempo este recurso al historiador se relaciona con la tradición de la historia, la biografía, los relatos de viaje, etc., cuyos modelos también se satirizan al utilizar fuentes poco fidedignas (que acaban siendo una mentira, como en la obra de Isla) o para conocer datos pueriles como el número de golpes que Gerundio recibió mientras era estudiante. Es una forma de hacerse creíble a los ojos del lector utilizando de un modo renovador un recurso caracterizador de un tipo de narrativa, pero también, en ese empleo renovador, hay distancia de la tradición: es una historia lo que se cuenta pero es una ficción. El historiador se sitúa entre el texto y el lector, es el elemento que distancia a uno de otro, orientando a este último. Es el elemento que le sirve al autor para hacer notar al receptor sus peculiaridades narrativas, para hablarle de los problemas de construcción de la novela y sobre el mismo género. Como en Cervantes, el receptor es para Isla un elemento cómplice, necesario para dar el sentido último a su novela, y no sólo al mensaje que pueda dirigir, sino también al total de su construcción. Es el elemento que le permite ir más allá en la evolución de la narrativa del siglo XVIII. Para ello, entre otras cosas, debe hacerse creíble al lector y lo hace poniendo de relieve que todo es una ficción. Por eso, en parte, las llamadas de atención, el uso inverso de la fuentes históricas y la acumulación de detalles de todo tipo.*

Sin embargo, Fray Gerundio, *que reúne todos estos elementos de la novela moderna, no termina de cuajar como tal. En la dedicatoria «al público, poderosísimo señor», Isla se muestra moderno al dirigirse al lector como destinatario de su obra, como harán algunos años después los periodistas. En su «Prólogo con morrión» deja claro que la suya no es una obra antigua, sino una «novela útil» (párrafo 2) y más adelante «una desdichada novela» (párrafo 7). Isla dedica casi todo el prólogo a situar su novela dentro de la serie literaria narrativa, mostrando lo que tiene de nuevo y de relación con lo antiguo. A este respecto dilucida problemas teóricos y de género, como en la discusión sobre si la novela es o no un poema épico, para acabar señalando «que esta obra, a lo más, más es una desdichada novela, y dista tanto del poema épico como la tierra del cielo» (párrafo 7), adscribiéndose así a la nueva corriente y haciéndonos pensar otra vez en las numerosas relaciones que su novela tiene con el* Tom Jones *de Fielding, que Isla podía conocer por la traducción francesa de 1750. El autor es consciente de la novedad de su obra, y así, cuando escribe la defensa de ella contra la delación de Pablo de la Concepción, señala, poniendo de manifiesto lo tímidamente que se aceptaban las novedades, que su obra no encaja en el campo de la épica, pero que, sin embargo, «latamente... se comprende dentro del género de la epopeya, la cual no es otra cosa que* una imitación, hecha por vía de narración, de una acción entera y desemejante de las Historias acostumbradas» *(1989, 132). (El subrayado es suyo, y está tomado de la* Poética *de Luzán). Toda esta justificación para que se acepte que «la obra del* Fray Gerundio *no sea en todo rigor poema o composición épica, por faltarle algunas de las cualidades que piden para esta especie de composiciones» (pp. 131-132). Isla alinea su obra junto a* Ero y Leandro, Telémaco *y el* Quijote. *En esta declaración, como al final de su prólogo, pone de relieve el dilema de muchos novelistas: la necesidad de salir de los antiguos moldes narrativos y la dificultad de que tal necesidad sea aceptada, a lo que me he referido ya.*

Del mismo modo, Isla debate el problema de la verosimilitud. De forma parecida a como Fielding reflexiona sobre la necesidad de que el novelista se quede dentro de los límites de las probabilidades (lib. VIII, cap. 1), Isla es también partidario de

mantenerse dentro de esos límites pero, a diferencia del novelista inglés, en la práctica lo que hace es mantenerse dentro de las fronteras impuestas por el objeto de su sátira. Como hizo antes al referirse a la épica, se pone en relación con la tradición cuando nos informa sobre su concepto de imitación y se refiere nuevamente al poema épico y a Luzán, y, de ese mismo modo, se distancia al dejar claro que toma, no de los libros, sino de la naturaleza los rasgos de sus personajes. Y se aleja más aún de Luzán cuando comprendemos que su idea de la naturaleza no se corresponde con el ideal universal y abstracto que éste defiende en su Poética, *sino que está más cerca de la noción moderna de realidad a la que se acercan los novelistas del siglo XVIII —Campazas existe, Antón Zotes está tomado de la realidad, fray Gerundio está compuesto por rasgos tomados de diversos frailes, etc.—. La vocación realista de Isla es clara pero está limitada, otra vez, por la intención de su sátira. Esos rasgos que toma para componer su fraile no son rasgos ideales ni están tomados para construir un fraile perfecto, ni siquiera en su negatividad: Isla quiere acercarse a la realidad cotidiana y crea un fraile creíble, no monolítico ni perfecto ni siquiera en su estupidez. Fray Gerundio duda, a veces hace propósito de cambiar, pero las «malas compañías» le llevan otra vez a caer en el error. De hecho, el mayor éxito de Isla estuvo en acercar su construcción literaria a la realidad, en el juego que estableció de continuo contraste entre el mundo de ficción y el mundo real de los lectores —recordemos que los calificativos de Juan Andrés iban en esta dirección: verdadero, real, natural—, aunque fuera en detrimento de una mayor capacidad creativa, ampliada a otros sectores de la realidad, a otros «trozos de vida».*

Como señalé antes, la sátira es el instrumento de que se sirve Isla. En los párrafos 37 y 38 del prólogo hace una defensa de ella (y en realidad en todo él), captando la benevolencia y la complicidad del lector. Primero le dice (párrafos 12 a 16) que su sátira no es personal, pero luego (párrafo 20), deja caer que censura «muchos sermones y no sermones... Pónese el título del sermón, de la obra o de lo que fuere, dícese a lo más o se apunta la profesión genérica del autor, pero en llegando al instituto particular que profesa, y especialmente a su nombre, chitón, altísimo silencio. De manera que solamente los que hu-

biesen leído las obras, y tuviesen presente sus autores podrán saber sobre quién recae la conversación» *(párrafo 20) (el subrayado es mío), como si no fueran suficientes las pistas anteriores, como demuestran las denuncias a la Inquisición. Isla, en cierto modo, quebrantaba así una de las primeras convenciones admitidas para publicar una sátira: ninguna debía referirse a personas concretas, al menos no debía dejarlo ver. Transgredía así, el padre Isla, la componente social del instrumento literario de la sátira, y esto tal vez por haber acercado quizá demasiado toscamente, de forma poco elaborada, su método literario a la realidad.*

Su defensa de la sátira no es ingenua, desde luego, como tampoco lo es su defensa de la libertad del escritor (párrafos 27 y 28) frente a las limitaciones de cierto concepto de verosimilitud. Isla, muy agudamente, alude a las convenciones del nuevo género, necesarias para el logro de los objetivos propuestos, y a las cualidades que el nuevo escritor debe poseer para realizar estas nuevas obras: «Dejo a un lado la autoridad, dictados, crédito y fama que era menester para emprender» el empeño de escribir tal obra (párrafo 63) y, como harán poco después los periodistas, escribe con las únicas armas que ahora son necesarias: el sentido común y el conocimiento del hombre. «¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres!», exclamará el hipotético lector con quien Isla sostiene su diálogo. «Sí, amigo lector,... ese mismo Lobón... es el que se atreve a una empresa como ésta.» Lo cual, en su opinión, no es grave si se tiene presente que, para «la conversión del todo el mundo», Dios «no se valió de catedráticos, sino de unos pobres pescadores» (párrafo 64). Desde luego, Isla tenía más conocimientos que los que dice son necesarios para escribir una novela, y su declaración puede parecer amanerada, pero es cierto que en la época, fuera y dentro de España, menudeaban ya ese tipo de observaciones sobre el nuevo escritor y sus cualidades, así como sobre cuál debía ser el objeto de su actividad. López de Sedano, desde El Belianís literario, *insistió en esta dirección: la erudición, el crédito, la fama, «esto era muy bueno para los siglos en que se miraban estas cosas con otro aspecto y otra formalidad. Antiguamente los escritores eran sólo los que sabían... Hoy es todo lo contrario» (1765, p. 2). Y poco importa que sus palabras sean irónicas: está poniendo de relieve un hecho real que, en 1761, ya había formu-*

lado Mercadal desde su Duende especulativo *de otra forma, resumiendo algo de lo dicho hasta ahora: para la nueva literatura «no se pide sujeción a reglas ni preceptos. Tampoco es menester modelos grandes, cuando se tocan las materias sólo por vía de incidente; basta que en quien las maneja haya verdad, equidad y discernimiento, pues con estas prendas puede cualquier autor lucir y acertar» (I, p. 15).*

Periodistas y novelistas se encuentran en un campo y en una perspectiva comunes. Si en 1750 el doctor Johnson, en el número 4 de The Rambler, *había señalado que las obras que más interesaban eran aquellas que mostraban la vida en su verdadero estado, en los accidentes que ocurren diariamente (lo mismo que observaron Diderot y Reeve entre otros más tarde), cuatro años después de publicar Isla su novela, Clavijo y Fajardo desde* El pensador *(1762) hacía hincapié en ello, y lo correspondiente hacían otros secundando esta nueva visión de la realidad como materia literaria y, por tanto, novelable: «Razón será —escribía Clavijo en el Pensamiento I, pp. 10-11— que antes de informarnos por la* Gaceta *de las guerras, de las alianzas y demás en que se interesa la curiosidad, volvamos los ojos y nos informemos de lo que pasa entre nosotros y en nuestros interiores.» La novela del jesuita P. Isla responde claramente a estos planteamientos, por eso abandona el mundo del* romance *—remoto, ideal, de personajes aristocráticos que son protagonistas de historias de amor y aventuras intemporales— para centrarse en su realidad común y cotidiana, dando así, a su vez, una dimensión didáctica a su novela, algo de lo que estaban desprovistos los* romances. *Y los mismos anacronismos que se encuentran en la novela están orientados en este sentido; son otro contraste más, ya que todo, finalmente, está aludiendo a personajes y obras contemporáneos del autor.*

Y no se sabe qué será peor para los censores, si aquellas obras caballerescas que trastornaban a los lectores con sus impropiedades y desajustes normativos, o estas novelas que, al centrarse sobre el presente imitando la vida diaria, intentaban trascenderla representándola e interpretándola.

En numerosas ocasiones Isla reflexiona sobre lo que está haciendo y comunica al lector estas reflexiones. Este rasgo es característico, como he dicho, de la novela dieciochesca satírica e intelectual. Por ejemplo, en el libro I, cap. IX, se refiere a la

«intolerable esclavitud, por no llamarla servidumbre, [que es] querer obligar a un pobre autor a que cumpla lo que promete, no sólo en el título de un capítulo, sino en el título de un libro» (párrafo 2). La ironía tiñe todas estas reflexiones que contribuyen a establecer —otra vez— un doble juego de referencias en continuo contraste, de donde surge el significado total de la novela. Isla, de esta forma, conduce al lector al mundo interior de su obra, en cuanto estructura cerrada, y al exterior, en cuanto que alude a otros libros o al mundo literario en general, como en este caso. «Finalmente, si un pobre autor comienza a escribir un capítulo con buena y sana intención de sacarle moderado y de justa medida y proporción, y de cumplir honradamente lo que prometió al principio de él, y después se le atraviesan otras mil cosas que antes no le habían pasado por el pensamiento, y le da gran lástima dejarlas, ¿es posible que no se le ha de hacer esta gracia, ni disimularle esta flaqueza?» (párrafo 3). La libertad del escritor es defendida con el mayor descaro, pero en estas palabras Isla alude también a problemas de composición de la novela. Es muy frecuente que el autor se encuentre en las circunstancias que él expone: tras planear el capítulo y, una vez puesto a la obra, el material cobra vida, toma otra dirección y el novelista se encuentra entregado a la escritura por derroteros que no había previsto. Isla vincula este proceso a otro hecho significativo, cual es el de la «justa medida y proporción» de los capítulos. Esto, que alude a la búsqueda de la regularidad en la composición, tiene otra vertiente: lo que podríamos llamar la «cantidad de lectura». Terminar los capítulos diciendo «que ya va largo» y fórmulas semejantes nos pone en relación con el posible carácter oral de la novela y con la posibilidad de que se pudiera leer en voz alta y en público para comentar luego los capítulos en una tertulia o reunión cualquiera (Rodríguez, 1989). De hecho, Isla escribe: «esta costumbre de la división de capítulos y libros, dicen que se ha introducido en el mundo literario para que descansen y tomen huelgo así los que escriben como los que leen [ahora bien], si mis lectores se cansaron antes, eso no debe ser de mi cuenta» (lib. III, cap. I, párrafo 2), ya que tranquilamente pueden cerrar el libro cuando les apetezca.

Desde luego, es evidente que Fray Gerundio *se leía en público, y hemos visto ejemplos antes. El diálogo existente entre*

el autor y el lector se hacía así más realidad que nunca, orientado precisamente por las referencias que el primero introduce en su texto, pero es que, además, como ya he señalado, el tono oral de la novela, que la pone en relación con las narraciones ficticias orales anteriores, facilita esta posibilidad dialógica por su carácter discursivo.

Isla, por tanto, comenta sistemáticamente al lector las razones o las sinrazones que tiene para estructurar su novela como lo hace, y llama así su atención sobre las novedades compositivas que introduce: «Habrá notado acaso el muy crítico y muy curioso lector (y también es muy natural que no lo haya notado), que la división y comenzamiento de este libro tercero no está según arte» (lib. III, cap. I, párrafo 1). Y es entonces cuando hace otra defensa del carácter libre del nuevo género en el que se mueve y del que en gran medida es introductor en la España del siglo XVIII, pues comenta: «hasta ahora no se ha publicado alguna pragmática sanción que dé reglas fijas, ciertas y universales para el amojonamiento, término, límites ni cortes de los párrafos, capítulos ni libros» (párrafo 2), cuando sí estaban establecidos esos límites respecto a las reglas y unidades teatrales.

El diálogo del P. Isla con el lector es, como señalé ya, un elemento constitutivo fundamental dentro de la construcción de la novela. Si no existiera ese diálogo, la forma de Fray Gerundio *sería muy distinta y, desde luego, no habría producido entre su público lector el efecto que consiguió. La conciencia, por parte de Isla, de lo que está haciendo, le lleva a comentar: «Hecha esta digresión, tan necesaria como impertinente y molesta, volvamos a atar el hilo de nuestra historia» (párrafo 6), porque el autor sí tiene un plan narrativo, en contra de lo que algunos críticos han observado —otra cosa es que tuviera problemas y dudas al llevarlo a cabo—. El mismo hecho de comentar con el lector la disposición y estructura de la materia narrativa lo pone de relieve. La complicidad que busca Isla con su receptor le lleva a veces a ganarse su comprensión mostrando sus aparentes limitaciones y preocupaciones, como si la obra se le escapara de las manos o le superara. Pero, además, este tipo de observaciones acercan enormemente el texto, el acto de la creación, al lector. Es el caso del libro V, cap. II, párrafo 3, cuando comenta su alegría al librarse de varios personajes que le*

molestaban: «¡Vayan benditos de Dios y la Virgen los acompañe! Que cierto tenían tan ocupada la casa como la historia, la cual no sabía qué hacerse con tantos personajes. Especialmente el señor magistral nos incomodaba un poco, porque su demasiada seriedad no daba gusto a fray Gerundio, y harto será que no cansase también a muchos de nuestros lectores.» Isla pretende ganar a éstos e integrarlos en la narración con estratagemas como ésta, impregnadas de ironía.

De la misma forma, el tono irónico contribuye a dar significado a la obra y a perfilar su personalidad literaria. Otra vez el contraste. En Isla se mezclan o se alternan la sátira como marco general y la ironía, una ironía estable en palabras de W. C. Booth (1986, 57), a base de pistas bastante claras, casi siempre en la voz del propio autor, aunque no debemos desdeñar la ironía interna, es decir, la de algunos de los personajes que reprenden a fray Gerundio. Esta ironía se alterna en ocasiones con la parodia de otros géneros literarios y prácticamente siempre con la parodia del estilo de los sermones, estableciendo un nuevo nivel de contraste entre estilos, que era otro de los objetivos reformadores de Isla. Pero además, estos estilos distintos contribuyen a caracterizar ideológicamente a los personajes que aparecen en la novela, como también contribuye a ello el uso variado de la ironía como recurso recurrente en las descripciones de los personajes, en lo exagerado de las expresiones, etc. A veces, de forma deliberada, es un personaje caracterizado por la ironía quien dirige la lectura del receptor.

El recurso de Isla tiende casi siempre al ridículo y a provocar la risa. En este sentido, el autor se enmarca en la forma general del siglo XVIII de entender la risa. Según Bajtin, para los hombres de los siglos XVII y XVIII, la risa no puede expresar una concepción universal del mundo, «sólo puede abarcar ciertos aspectos parciales y parcialmente típicos *de la vida social, aspectos negativos», lo que cuadra perfectamente con nuestra novela. «El dominio de lo cómico es restringido y específico (vicios de los individuos y de la sociedad); no es posible expresar en el lenguaje de la risa la verdad primordial sobre el mundo y el hombre...; de allí que la risa ocupe en la literatura un rango inferior, como un género menor, que describe la vida de los individuos aislados...; la risa o es una diversión ligera o una especie de catálogo útil que la sociedad aplica a ciertos*

seres inferiores y corrompidos. Ésta es, esquemáticamente, la actitud de los siglos XVII y XVIII ante la risa» (1974, 65 y también 1989). Desde esta perspectiva, fray Gerundio sería un ser inferior corrompido por la mala educación, y la risa, el recurso utilizado por Isla para reformar y enseñar a sus lectores, centrándose sólo en un aspecto parcial, el de la oratoria sagrada (aunque en ocasiones salga de ese marco concreto). Porque lo que busca el autor, no es tanto la reforma de Gerundio, como poner ante los lectores lo ridículo del estilo oratorio vigente y, con esto, enseñarles a criticar con sensatez y sentido común a los predicadores, cambiando ellos mismos sus gustos, reformándose. Por esto no resulta convincente decir que la novela de Isla debía acabar con la reforma de fray Gerundio. Éste es sólo un instrumento más, importante, entre los que utiliza el jesuita para llevar adelante su objetivo.

Isla, desde esta perspectiva, se sitúa en la cultura popular, carnavalesca, de la risa (Zavala, 1987), lo que supone un paso más en el proceso iniciado por Cervantes al colocar a don Quijote, representante de un mundo ideal, en una realidad temporal y concreta. Isla expone un discurso culto (el significante de ese discurso) en un marco popular, de forma que adquiere otros significados distintos del normativo inicial. Así pues, mediante la risa, caracterizadora de los géneros menores, que eran precisamente los que se ocupaban de la realidad cotidiana, se explica en parte la caracterización popular del género novelesco, pero también la forma de aproximarse el autor a la realidad que va a ser objeto de su creación. No es posible acercarse a la realidad cotidiana desde la tragedia, ni desde la égloga, por ejemplo. La comedia se desarrolla también —aunque se acerque más a la realidad, como le correspondía— en un mundo de convenciones. De esta forma, sólo desde la perspectiva de los géneros menores, más libres en su aproximación a lo cotidiano, es como puede la novela llegar a encontrar su enfoque peculiar.

Y para ello se tiene que alejar también de la narrativa antigua, del *romance*. En realidad, la novela del siglo XVIII, más que sustituir a los *romances*, lo que hace es transformarlos, reemplazar una ficción ideal por otra realista, y esto es bastante obvio en novelas como ésta que toman sus puntos de referencia precisamente en la narrativa antigua, aunque sea para alejarse de ella, como he dicho ya al referirme a las alusiones

al poema épico. Pero, como el interés de los novelistas es narrar el presente, han de sustituir fórmulas, estructuras, personajes e intereses. Deben seguir interesando al lector, no ya con la presentación de mundos de ensueño, sino con la interpretación del mundo en que viven. No aludiendo a sueños escapistas, sino aclarando el papel del hombre en la nueva sociedad. De esta forma, las novelas se hacen morales y didácticas —en el sentido antes aludido: como normas de conducta—, y así los autores adquieren un compromiso y una responsabilidad con la sociedad de lectores a que se dirigen, ya que, al presentar personajes semejantes al lector desenvolviéndose en lo cotidiano, esos lectores se aplican —o pueden aplicarse— los mismos sentimientos y expresiones de aquéllos. Es ésta precisamente la razón que subyace en las protestas de los censores y moralistas: las jóvenes (y no sólo ellas) imitan a las heroínas de las novelas que leen. Esto no sucedía antes, si exceptuamos a don Quijote, cuando se leían romances, ya que el mundo presentado en ellos no tenía existencia real. Esta visión de la novela dieciochesca sería parcial si no dijéramos que durante dicha centuria se siguieron escribiendo y publicando romances, aunque lo nuevo y lo que más gustaba fuesen las novelas.

El padre Isla se afana por alejar su novela de los romances antiguos. Le hemos visto hacerlo explícitamente en el prólogo de ella, y le volveremos a encontrar haciéndolo en el último capítulo, es decir, en los momentos más importantes de la obra, respecto a la atención del lector.

Durante la novela, Isla ha llamado a su obra «historia». Éste es el apelativo más frecuente a lo largo de ella y en muchas novelas del siglo, en parte tal vez como herencia del Quijote que siempre es denominada así. Por un lado, esta denominación relaciona a la novela con la Historia y con el mundo fabuloso de los romances, pero, por otro, la refiere a la misma realidad de la que da cuenta. Es «otra» forma de historiar, sobre una realidad diferente, no mítica, sobre las costumbres de los hombres, como dijo el marqués de Sade (1971). Con el término «historia» a veces parece querer hacerse más verosímil la obra, otras, como en este caso, parodiar esa forma narrativa y el uso que muchos historiadores hacían de las fuentes. Pero, para Isla, el término «historia», con el que se ha referido prácticamente siempre a su obra, tiene unas características específicas

que no le permiten identificarlo con «novela». En el último capítulo, cuando entra en la acción el «inglés de autoridad», el autor toma la palabra en su sentido de historia como narración de sucesos verdaderos, no verosímiles (sentido en el que no la usaba antes), y así establece su distancia respecto a dicho género y su cercanía respecto a la novela: «ha gastado [vuestra merced] el calor intelectual en disponer la relación más falsa, más embustera, más fingida y más infiel que podía caber en humana fantasía. Si, como vuestra merced la llama historia, *la llamara* novela, *en mi dictamen no se habría escrito cosa mejor, ni de más gracia, ni de mayor utilidad... Nada tiene de historia, porque toda ella es una pura ficción» (lib. VI, cap. IV. párrafo 18). No podía tener el padre Isla mejor opinión de su creación y no podía dejar más claro que la suya era un obra de ficción y dentro de ésta, una novela.*

Pero este juego entre historia-novela tiene otra dimensión, ya que el autor ha parodiado continuamente el uso improcedente de fuentes documentales, de tradición orales, etc. Desde el primer momento deja claro que todo es una ficción cuando dice en el prólogo que él fue quien fabricó «un padrecito rechoncho, atusado y vivaracho» (párrafo 1), así pues la parodia de estas fuentes adquiere su más hondo sentido en este marco de la ficción, no desprovisto de él, como parece que Isla nos quiere hacer creer al final de su novela. El empleo del término «historia» supone la utilización de archivos, bibliotecas y otras fuentes documentales que avalen el texto producido. Sin embargo, según la declaración del propio Isla, su novela no se compuso sino con aquello con que se despacha el correo. Es decir, con papel, pluma y tinta. De forma que la parodia de ese género se constituye en uno de los pilares que sustenta la creación del P. Isla, porque, además, esa diferenciación entre verdadero y falso, verdad y mentira, a que alude el «ingles de autoridad» se da a su vez, dentro de la propia novela, dentro del ámbito de la ficción, no fuera de él.

Todos estos juegos islianos se complementan con la caracterización del protagonista desde el punto de vista de la preceptiva literaria, que nos sitúan otra vez ante Fray Gerundio *como novela. Es un debate que Isla lleva a cabo en el «Prólogo con morrión» y que se relaciona con el de la épica y la novela. Después de contrastar su forma de construir el personaje con la*

de los autores épicos –que más que otra cosa es poner de relieve su distancia respecto a ellos–, concluye que Fray Gerundio, no se puede sentar «en el banco elevado y aforrado en terciopelo carmesí de los poemas épicos» porque no es «algún emperador, algún rey, algún duque», porque no es un héroe de las características de esos personajes (párrafo 4). Isla utiliza los mismos argumentos que mucho después empleará el abate Marchena para rechazar la interpretación de Vicente de los Ríos del Quijote *como supuesto poema épico.*

Desde luego, en el caso de Isla, lo interesante no es tanto que sitúe a su personaje en la galería de los que ofrece la preceptiva, sino que lo haga, que deba *justificar de algún modo su creación y su libertad para crear ese personaje, su novela en última instancia, como le parezca. No lo haría si no fuera consciente de estar construyendo algo nuevo, o, al menos, de querer construirlo.*

Vemos, pues, que Fray Gerundio *es una novela moderna, o que, en todo caso, nace con esa intención. Pero tiene a mi parecer, como he dicho, un pesado lastre que le hace naufragar como tal: la demasiada fidelidad de su autor a un estrecho afán didáctico que le lleva a introducir grandes sermones reconviniendo al protagonista, a repetir conversaciones en las que el objeto debatido lo ha sido ya antes a lo largo de la obra. El mensaje se reduce así ante su reiteración: ejemplos, citas, documentos, discursos sensatos y no tanto sobre la necesidad de reformar la oratoria sagrada se suceden sin descanso. Todo este contenido, que seguramente ocupará la mitad o más de la novela, hace difícil, para un lector de hoy, una lectura cómoda. Que ya ni siquiera lo era, a juzgar por lo que dice en su prólogo Moratín, para los lectores de la obra a principios del siglo XIX, ya que se suprimen toda una serie de discursos que, por otra parte, hacen difícil conocer las aportaciones de Isla al género novelesco. Y en este sentido es interesante el testimonio de José Marchena en su «Discurso preliminar» (1819) a las* Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia *(1820). Tras señalar la monotonía de los lances, la «reducidísima esfera» de los caracteres, la falta de variedad en la novela, «que es el alma del deleite»; tras observar la abundancia de «largas disertaciones», concluye paladinamente: «El capital defecto de que adolece esta producción en su prolijidad; dos abultados tomos que*

contiene pudieran ceñirse a la mitad de uno, y entonces hubiera campeado el aire tan natural como ameno del padre Isla» (1896, 352), porque es cierto que tiene partes de excelente humor y comicidad.

Creo que Isla, aunque vio con claridad la necesidad de una nueva narrativa, no acertó con la suya al reducirse casi exclusivamente al campo de la reforma de la educación del clero. Y es que Isla parece vivir en un mundo que todavía se rige por un sistema de bipolaridad, por un sistema de valores poco matizado, en el sentido al que me referí antes de hablar de las «situaciones» en que se podía encontrar un personaje. En el jesuita puede mucho una visión del mundo aristocrática, vinculada a «instituciones tradicionales como la Iglesia y la Monarquía» (Watt, 1985), algo que irá desapareciendo en muchos novelistas posteriores. En cualquier caso, Isla nunca trasciende esa realidad que a menudo refleja excelentemente en descripciones de ambientes y caracteres, y que suele ser uno de los objetivos de la novela moderna.

Sea como fuere, a pesar de los defectos que Fray Gerundio *pueda tener, la narrativa española del siglo XVIII debe a Isla el que se empezara a plantear de una forma intensa la relación o la correspondencia existente entre una obra literaria y la realidad que imita esa obra; entre la adecuación del medio empleado, del género, y la representación de esa realidad, es decir, que se planteara el problema del realismo y la acomodación de nuevas formas narrativas para expresar el mundo, cada vez más distinto, en que vivía el lector.*

JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS

CRITERIOS DE EDICIÓN

Para editar el texto de Fray Gerundio *me he servido de las ediciones de Lidforss, Monlau, Sebold y de la más reciente de Fernández Martín. En el caso de la segunda parte de la obra también he tenido a la vista el manuscrito autógrafo que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid (sign. 2574). He seguido principalmente a Sebold, cuyo texto, a pesar de los muchos problemas textuales que aún quedan por resolver, es el más fidedigno. En algunos casos he añadido en nota lecturas del manuscrito autógrafo que él no consideró.*

Los problemas textuales y de ediciones que plantea la novela están siendo estudiados con gran dedicación por José Jurado, cuya edición de Fray Gerundio, *varias veces anunciada, esperamos todos pues, seguramente, cuando aparezca, solventará estas y otras cuestiones, así como esperamos también sus* Apuntamientos críticos al «Fray Gerundio de Campazas», *donde da la atribución concreta de casi todos los sermones satirizados por Isla. Mientras tanto, para el asunto de las distintas ediciones aparecidas en 1758 remito a su artículo de 1982, así como al de 1981, para el problema del final de la novela (cits. en la bibliografía).*

Para confeccionar las notas no he dudado en aprovecharme del material que ofrecían tanto Sebold como Fernández Martín, principalmente, y de ello queda constancia pertinente en cada ocasión. La traducción que se ofrece de los abundantes pasajes de la Biblia es la de Nácar-Colunga.

(DA) *es abreviatura de* Diccionario de Autoridades *y* (DRAE) *de* Diccionario de la Real Academia Española.

CRONOLOGÍA

1700 *Muere Carlos II, Guerra de Sucesión y llegada de Felipe V: régimen centralista.*

1703 *Nace Isla el 24 ó el 25 de abril cerca de Vidanes (León). Su padre se llamaba José Francisco Vildanes o Villavidanes, la madre, que le enseñó las primeras letras, Ambrosia Rojo.*

1707 *Nace Henry Fielding.*

1713 *Se funda la Real Academia Española y termina la Guerra de Sucesión. Nace L. Sterne.*

1714 *Con once años, Isla logra el grado de Bachiller en Derecho Civil.*

1718 *Se enamora de una muchacha de su misma edad, tienen intención de casarse pero al ver lejana la herencia del mayorazgo, abandonan la idea.*

1719 *Defoe publica* Robinson Crusoe. *Isla entra, con dieciséis años, de novicio en la Compañía de Jesús, imbuido, seguramente, por ideas de carácter aristocrático. La Compañía le sacaba de ser hidalgo «pobre» y le ofrecía un futuro sin problemas económicos. Hizo sus estudios en Villagarcía de Campos (Valladolid) y en Salamanca, donde estudió Filosofía y Teología. Durante sus ocho años en Salamanca estudió con Luis de Losada, autor del* Cursus Philosophicus *(1724), que influyó decisivamente en su educación. Leyó a Martín Martínez, a Feijoo y, para defenderle, escribió sus primeras obras (*Papeles crítico-apologéticos, *1726 y* El tapaboca, *1727). Conoció también la obra de Bacon, Hobbes y tal vez de Locke.*

1721 *Se funda la primera Logia Masónica.*

1724 *Nace Kant.*

1726 *Swift publica* Viajes de Gulliver.

1727 *Losada e Isla escriben* La juventud triunfante, *sátira de las fiestas organizadas por la canonización de san*

Luis Gonzaga y san Estanislao de Kostka. Le nombran profesor de Sagrada Escritura.

1728-1754 *Desempeña cátedras de Filosofía y Teología en Medina del Campo, Segovia, Santiago, Pamplona, S. Sebastián y Valladolid. Hace varios viajes por Portugal.*

1729 *Escribe* Crisis de predicadores, *obra inédita sobre el mismo asunto que* Fray Gerundio.

1731 *Traduce* El héroe español. Historia del emperador Teodosio el Grande, *de Fléchier.*

1732 *Publica en Segovia las* Cartas de Juan de la Encina.

1733 *Mayans publica en Valencia su* Orador cristiano.

1737 *El ocho de septiembre hace profesión solemne de los cuatro votos. Luzán publica la* Poética, *Mayans los* Orígenes de la Lengua Española *y la* Vida de Cervantes. *Aparece el* Diario de los Literatos de España.

1740 *Richardson publica* Pamela. *Isla está en Segovia, frecuenta La Granja y traba conocimiento con políticos, eclesiásticos y hombres de letras.*

1744 *En Pamplona, como profesor, de donde pasaría a San Sebastián. Aquí conoció el padre Larramendi.*

1746 *Muere Felipe V, Fernando VI, rey de España. Publica Isla en Madrid el* Triunfo del amor y de la lealtad, día grande de Navarra.

1749 *Se publica* Tom Jones, *de Fielding.*

1750 *Está en Valladolid. Traduce el* Compendio de la historia de España, *de Duchesne. En estas fechas tiene como amigos a Leopoldo Jerónimo Puig, capellán del rey y antiguo redactor del* Diario de los literatos; *a Juan Manuel de Santander; a José de Rada y Aguirre; a Montiano y al marqués de la Ensenada.*

1751 *Pasa a Salamanca como prefecto de la Congregación de Caballeros.*

1753 *Concordato. Comienza la impresión de su traducción del* Año cristiano *de Croiset.*

1754 *Muere Carvajal y cae Ensenada. Isla pasa varios meses trabajando en Villagarcía de Campos sobre* Fray Gerundio, *antes había declinado el ofrecimiento de ser confesor de la reina Bárbara de Braganza.*

1755 Pasa un mes en la casa de campo de la señora de Goyanes, hermana de la condesa de Amarante.
1757 Mayans publica su Retórica.
1758 Se publica el 22 de febrero la primera parte de Fray Gerundio, *con gran éxito. Se puso a la venta en la librería de Gabriel Ramírez, calle de Atocha. El 14 de marzo, la Inquisición suspende la impresión de la segunda parte y la reimpresión de la primera.*
1759 Muere Fernando VI y entra a reinar Carlos III. Voltaire publica Candide *y se comienza a editar la* Encyclopedie. *Sterne empieza a publicar* Tristam Shandy. *Isla pasa una grave enfermedad. Edita en Villagarcía los diálogos de Cicerón* De senectute *y* De Amicitia.
1760 El 4 de mayo, decreto de condenación de la novela, aunque pueden leerla aquellos que lo soliciten (según el padre Coloma). Isla pasa a Santiago por problemas familiares y por problemas con la Inquisición de Valladolid.
1761-1767 Isla enseña en el colegio de Pontevedra.
1762 Rousseau publica Emilio. *Un decreto prohíbe a Isla publicar cualquier obra nueva. Su padre muere en Santiago. Se había casado en segundas nupcias con M.ª Rosa Losada, de la que tuvo varios hijos, entre ellos M.ª Francisca, con quien Isla mantendría una gran relación.*
1766 Motín de Esquilache.
1767 En abril expulsión de los jesuitas. Durante el viaje de Pontevedra a La Coruña Isla sufre una hemiplejía (boca y lengua) que casi le lleva a la muerte a sus 64 años. En el San Juan Nepomuceno *llega a Córcega con sus compañeros, tras tocar en Civitavecchia.*
1768 Censo de Aranda: 9 300 000 habitantes. Edición clandestina del segundo tomo, que se prohíbe en 1776. Escribe un Memorial *a Carlos III en nombre de todos los jesuitas, que nunca llegó a las manos del rey. A finales de año llega a Crespelano, cerca de Bolonia, donde vive con el conde Grassi. Sterne publica su* Viaje sentimental.
1769-1770 Le visita Baretti, que quiere publicar la novela en edición completa.
1773 En julio es desterrado a Budrio, localidad cercana a

Bolonia, por defender la postura de los jesuitas en una discusión sobre la canonización de Juan de Palafox: los jesuitas se oponían a ella, mientras era solicitada por Carlos III. En agosto, extinción de la Compañía. Isla se llama a sí mismo «monsieur l'abbé», «il abbate Neonato», «el abate Picolomini». Frecuenta el salón de la marquesa Tanari, cuya casa de campo visitó numerosas veces. Quizá conoce a Arteaga, si no se conocían ya, que ese año se matricula en la universidad de Bolonia. Diderot publica Jacques le fataliste.

1775 *Isla vuelve a Bolonia y vive con los condes Tedeschi y con los Tanari. En casa de los primeros traduce el* Gil Blas *(se publicaría en 1787); la* Adición a las aventuras de Gil Blas, o historia del joven siciliano, *del canónigo Monti (publicada entre 1791 y 1792) y el* Arte de encomendarse a Dios, *de Bellati (1783).*

1779 *Una parálisis le inutiliza el costado izquierdo.*

1781 *El dos de noviembre muere en Bolonia. Es enterrado en la iglesia de Santa Maria de la Muratela.*

1782 *Choderlos de Laclos publica* Les liaisons dangereuses.

1785 *Se publican las* Cartas atrasadas del Parnaso *y el* Sueño.

1786 *Su hermana publica las* Cartas a familiares y amigos.

1789 *Revolución francesa.*

1790 Rebusco *de las obras de Isla; en 1797 aparecieron otros dos tomos de* Rebusco de las obras literarias. *Burke, las* Reflexiones sobre la Revolución francesa.

1792-1795 *Se publican sus* Sermones morales *y* Sermones panegíricos.

1882 *Se publica el* Memorial *a Carlos III escrito en Córcega.*

BIBLIOGRAFÍA

A) *Manuscritos de FG*

Aunque el único autógrafo corresponde a la segunda parte, BMM, ms. 2574, hay abundantes copias, totales o parciales, de la novela. Vid. la *Bibliografía de autores del siglo XVIII*, de Francisco Aguilar Piñal, IV, donde se da la relación de éstas.

B) *Ediciones de FG*

Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas alias Zotes, Escrita por el Licdo. Don Francisco Lobón de Salazar, Beneficiado de Preste en las Villas de Aguilar y de Villagarcía de Campos, cura en la parroquial de San Pedro de esta, opositor a cathedras en la Universidad de Valladolid. Quien la dedica al público. Tomo primero. Con privilegio, Madrid, Gabriel Ramírez, 1758, 56 hs., 335 pp., 11 hs.

– Bayona, 1758, 88hs., 395 pp. (Hay otras ediciones 1758. Para ellas remito al artículo de J. Jurado, «Ediciones 1758 del *Fray Gerundio de Campazas*», cit. en la bibliografía.)
– [s.l.], MDCCLXX, 2 vols.; el segundo, fechado en 1768.
– Madrid, 1772, 2 vols.
– Madrid, Gabriel Ramírez, 1787, 3 vols.
– Madrid, Gabriel Ramírez, 1804, 3 vols.
– Madrid, Fuentenebro, 1813-1815, 4 vols.
– Madrid, Ramos, 1820, 3 vols.
– Barcelona, Imp. del Gobierno Político, 1820, 3 vols.
– Madrid, Ramos, 1822, 5 vols.
– París, Cormon et Blanc, 1824, 5 vols.

– Madrid, Ramos, 1829, 5 vols. (cit. por Aguilar pero no localizada).
– Barcelona, Brusi, 1835, 3 vols.
– Barcelona, J. Tauló, 1842, 3 vols.
– Madrid, P. Madoz y L. Sagasti, 1846, 2 vols.
– Madrid, 1860.
– Madrid, 1874.
– Barcelona, Moreno y Roig, 1875, 5 vols.

Primera edición entera, hecha sobre la edición príncipe de 1758 y el manuscrito autógrafo del autor, por D. Eduardo Lidforss, catedrático de número de la R. Universidad de Lund., Leipzig, Brockhaus, 1885, 2 vols.
– León, Maximino A. Miñón, 1902-3, 2 vols. (cit. por Aguilar pero no localizada).

En *Obras escogidas del Padre Isla,* editadas por P. F. Monlau, BAE, XV (Madrid, Rivadeneyra, 1850), pp. 33-256.

Fray Gerundio de Campazas, introducción y notas de Russell P. Sebold. Madrid, Espasa-Calpe (Clásicos Castellanos, 148, 149, 150 y 151), 1960-1964, 4 vols.

Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas. Ed. preparada por Luis Fernández Martín [Madrid], Editora Nacional [1979], 2 vols.

C) *Traducciones de FG*

Francés

Histoire du fameux Predicateur Frère Gerunde de Campazas dit Zotes. Traduit de l'espagnol par F. Cardiris, París, MDCCCXXII, 2 vols.

Inglés

The history of the famous Preacher Friar Gerund de Campazas; otherwise Gerund Zotes, Translated from the Spanish, Londres, T. Davies and W. Flexney, MDCCLXXIII, 2 vols.

– Dublín, Thomas Ewing, MDCCXXII, 2 vols.

Alemán

Geschichte des berühmten Predigers Bruder Gerundio von Campazas sonst Gerundio Zotes, in zwey Bänden. Aus dem Englischen (trad. Justin Bertuch), Leipzig, 1773, 2 vols.

Des berühmten Predigers Gerundio von Kampazas sonst Gerundio Zotes Lotterie für die Herren Prediger (trad. Modestus Hahn). Kanzelburg, 1777. (Para las traducciones de FG, vid. Breisemeister, cit. en la bibliografía.)

D) *Bibliografía selecta sobre Isla y FG*

Abellán, José Luis, «El jansenismo español y la renovación de la predicación en el P. Isla», *Revista de la Universidad Complutense,* I, 1981, pp. 30-41.

Blecua, José Manuel, «Décimas contra el P. Isla», *Castilla,* II, 1940, pp. 323-332.

Boggs, Ralph Steele, «Folklore elements in *Fray Gerundio*», *Hispanic Review,* 4, 1936, pp. 159-169.

Breisemeister, D., «Jose Francisco de Isla: *Fray Gerundio*», *Der Spanische Roman,* Bagel, 1986, pp. 171-192.

Carvalho, José A. de, «El "monstruo del púlpito" portugués criticado en el *Fray Gerundio de Campazas*», *Archivum,* XVIII, 1968, pp. 349-376.

Eguía Ruiz, Constancio, «Postrimerías y muerte del padre Isla en Bolonia. Su testamento ológrafo», *Razón y Fe,* núm. 100, 1932, pp. 305-321 y núm. 101, 1933, pp. 41-61.

– «El autor de *Fray Gerundio,* expulsado de España (1767), *Hispania,* VIII, 1948, pp. 434-455.

– «El estilo humanístico del autor de *Fray Gerundio*», *Humanidades,* III, 1951, pp. 262-277.

Ezquerra Abadía, Ramón, «Obras y papeles perdidos del padre Isla», *Estudios dedicados a Menéndez Pidal,* VII, Madrid, 1957, pp. 417-446.

Fernández, Luis, «La biblioteca particular del Padre Isla», *Humanidades,* IV, 1952, pp. 128-141.

– *Cartas inéditas del padre Isla,* Madrid, 1957.

Fernández de Moratín, Leandro, «Prólogo para una nueva

edición de *Fray Gerundio*», *Obras póstumas,* III, Madrid, Rivadeneyra, 1868.

García Abad, Albano, «Correcciones y nuevos datos sobre la biografía del padre Isla (1703-1781)», *Revista de Literatura,* XXXV, 1969, pp. 39-54.

Gaudeau, Bernard, *Les prêcheurs burlesques en Espagne au XVIIIe siècle: Étude sur le P. Isla,* París, Retaux-Bray, 1891.

Helman, Edith F., «El Padre Isla y Goya», *Jovellanos y Goya,* Madrid, Taurus, 1970, pp. 201-217.

Isla, José Francisco de, *Apología por la Historia de fray Gerundio,* ed. J. Jurado, Madrid, FUE, 1989.

Jurado, José, «La refundición final en el *Fray Gerundio de Campazas*», *Boletín de la Real Academia Española,* LXI, 1981, pp. 123-140.

— «Ediciones "1758" del *Fray Gerundio de Campazas*», *Boletín del Instituto Caro y Cuervo,* XXXVII, 1982, páginas 544-598.

— «*Fray Gerundio* y la oratoria sagrada barroca», *Edad de Oro,* VII, Homenaje a Eugenio Asensio, 1989, pp. 97-105.

Labandeira, Amancio, «En torno a la polémica del *Fray Gerundio*», *II Simposio sobre el P. Feijoo y su siglo,* I, Oviedo, 1981, pp. 111-137.

Martínez de la Escalera, José, «Primeros escritos del Padre Isla (1721-1731) y un catálogo de sus obras (1774)» *Miscelánea Comillas,* XXXIX, núm. 74-75, 1981, pp. 149-181.

Miguel Martínez, Emilio de, «Estructura funcional de los personajes en *Fray Gerundio de Campazas*», *Studia Philologica Salmanticensia,* núm. 4, 1979, pp. 169-180.

Olaechea, Rafael, «Perfil psicológico del escritor J. F. de Isla (1703-1781)», *Boletín del Centro de Estudios del siglo XVIII,* núm. 9, 1981, pp. 3-26.

Palmer, J. L., «Elements of Social Satire in Padre Isla's *Fray Gerundio de Campazas*», *Kentucky Romance Quarterly,* 18, 1971, pp. 195-205.

Pinta Llorente, Miguel de la, «El Padre José Francisco de Isla en el Santo Oficio», *Humanismo, Inquisición,* I, Madrid, Estudio Agustiniano, 1979, pp. 33-56.

Polt, J. R. H., «The Ironic Narrator in the Novel: Isla», *Studies in Eighteenth-Century Culture*, 9, 1979, pp. 371-386.

Sebold, Russell P., «Naturalistic tendencies and the descent of the Hero in Isla's *Fray Gerundio*», *Hispania*, XLI, 1958, pp. 308-314.

Tellechea Idígoras, Juan Ignacio, «El Padre Francisco de Isla. Una primicia literaria: *La Margarita* (1726). Ingreso en la Compañía de Jesús. Sobre el título del *Fray Gerundio*», *Salmanticensis*, XX, 1973, pp. 85-97.

[Tolrá, Juan José], *Compendio de la vida, carácter moral y literario del célebre P. Josef Francisco de Isla, con la noticia analítica de todos sus escritos. Compilado por D. Josef Ignacio de Salas, presbítero* [pseud.]. *Dalo a luz D.ª M.ª Francisca de Isla y Losada, hermana del mismo P. Isla*, Madrid, Viuda de Ibarra, 1803.

Zavala, Iris M., «Isla, la parodia sacra y la cultura de la risa», *Lecturas y lectores del discurso narrativo dieciochesco*, Amsterdam, Rodopi, 1987, pp. 81-97.

E) *Bibliografía sobre novela (empleada en la introducción)*

Alter, Robert, *Partial Magic: The Novel as a Self-Conscious Genre*, Berkeley, University of California Press, 1975.

Álvarez Barrientos, Joaquín, «Algunas ideas sobre teoría de la novela en Inglaterra y España en el siglo XVIII», *Anales de Literatura Española*, 2, 1983, pp. 5-23.

— «Del pasado al presente. Sobre el cambio del concepto de imitación en el siglo XVIII español», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVIII, 1990, pp. 219-245.

— «La novela española en la época de la Revolución francesa», *Cultura hispánica y Revolución francesa*, coord. Busquets, Roma, Bulzoni, 1990, pp. 57-73.

Allot, Miriam, *Los novelistas y la novela*, Barcelona, Seix Barral, 1966.

Andrés, Juan, *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, IV, Madrid, Sancha, 1787.

Arteaga, Esteban de, *Rivoluzioni del teatro musicale italiano*, II, Bolonia, Carlo Trenti, 1783.

Bajtin, M., *La cultura popular en la Edad Media y Renacimiento,* Barcelona, Barral, 1974.
– *Teoría y estructura de la novela,* Madrid, Taurus, 1989.
Booth, W. C., *Retórica de la ironía,* Madrid, Taurus, 1986.
Ferrer del Río, Antonio, «Reseña de lo que fue la oratoria sagrada española en el siglo XVIII», *Discursos leídos en las recepciones públicas que ha celebrado desde 1847 la Real Academia Española,* I, Madrid, Imprenta Real, 1860, pp. 377-404.
Fielding, Henry, *Tom Jones,* ed. R. P. C. Mutter, Londres, Penguin Books, 1985 (las citas se hacen por la trad. de Enrique de Juan, con introducción de Carlos Pujol, Barcelona, Planeta, 1989).
Frye, Northrop, *Anatomy of Criticism,* Princeton, University Press, 1973.
Iser, Wolfgang, *The Implied Reader,* Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1975.
Lampillas, Francisco Javier, *Ensayo histórico-apologético de la literatura española contra las opiniones preocupadas de algunos escritores modernos italianos,* V, Madrid, P. Marín, 1789.
Marchena, José, «Discurso preliminar», *Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia* (1820), en *Obras literarias de D....., recogidas de manuscritos y raros impresos,* con un estudio crítico-biográfico de Marcelino Menéndez Pelayo, Sevilla, 1892 y 1896.
Mayans y Siscar, Gregorio, *Orador cristiano,* Valencia, 1733 (pero las citas se hacen por la segunda edición, Valencia, 1786).
Epistolario, VIII, Mayans y Martínez Pingarrón, 2. Los manteístas y la cultura ilustrada, ed. A. Mestre, Valencia, 1988.
Rodríguez, Rodney, «Literatura oral y subdesarrollo novelístico: un fenómeno del XVIII español», Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, II, Frankfurt, Vervuet Verlag, 1989, pp. 85-90.
Sade, Marqués de, *Idea sobre las novelas,* selección de J. Glastier, Barcelona, Anagrama, 1971.
Saugnieux, Joel, *Les jansenistes et le renouveau de la prédica-*

tion dans l'Espagne de la seconde moitiée du XVIIIe siècle, Lyon, Presses Universitaires, 1976.
Scholes, Robert y Kellogg, Robert, *The Nature of Narrative,* Londres, Oxford Un. Press, 1968.
Sempere y Guarinos, Juan, *Ensayo de una Biblioteca de los mejores escritores del reinado de Carlos III,* III, Madrid, Imp. Real, 1786.
Sismondi, Sismonde de, *Historia de la literatura española,* II, trad. por J. L. Figueroa y J. A. de los Ríos, Sevilla, Álvarez y Cía., 1842.
Ugena, Domingo, *Entusiasmo alegórico,* Madrid, 1788.
Watt, Ian, *The Rise of the Novel,* Londres, Penguin Books, 1985.

J. A. B.

HISTORIA DEL FAMOSO PREDICADOR FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS, ALIAS ZOTES

AL PÚBLICO, PODEROSÍSIMO SEÑOR

CON efecto: no le ha habido desde Adán acá más poderoso que usted, ni le habrá hasta el fin de todos los siglos. ¿Quién trastornó toda la faz de la tierra de modo que, a vuelta de pocas generaciones, apenas la conocería la madre que la parió? Usted. ¿Quién fundó las monarquías y los imperios? Usted. ¿Quién los arruinó después o los trasladó adonde le dio la gana? Usted. ¿Quién introdujo en el mundo la distinción de clases y jerarquías? Usted. ¿Quién las conserva donde le parece y las confunde donde se le antoja? Usted. Malo es que a usted se le ponga una cosa en la cabeza, que solamente el Todopoderoso la podrá embarazar.

Y si del poder de las manos hacemos tránsito al del juicio, del dictamen y de la razón, ¿dónde le hay ni le ha habido más despótico ni absoluto? Sabida cosa es que, después del derecho divino y del natural, el derecho de usted, que es el de las gentes, es el más respetado y obedecido en todo el mundo; esto, aun en caso de que el derecho de las gentes y el natural sean distintos: controversia en que no quiero embarazarme, porque para mi asunto importa un bledo. Lo cierto es que, una vez que usted mande, resuelva, decrete y determine alguna cosa, es preciso que todos le obedezcan; porque, como usted es todos y todos son usted, es necesario que todos hagan aquello que todos quieren hacer: no se me señalará otro legislador más respetado.

Parecióle a usted ser conveniente que se llamasen sabios los que sabían ciertas materias, que fuesen tenidos por ignorantes los que las ignoraban, aunque supiesen otras artes quizá más útiles, o a lo menos tanto, para la vida humana. Pues salióse usted con ello. En todo el mundo el teólogo, el canonista, el legista, el fi-

lósofo, el médico, el matemático, el crítico, en una palabra, el hombre de letras, es tenido por sabio; y el labrador, el carpintero, el albañil y el herrero son reputados por ignorantes. A los primeros se les habla con el sombrero en la mano, y se les trata con respeto; a los segundos se les oye o se les manda con la gorra calada, y se les trata de *tú*. Esto, ¿por qué? Porque así lo ha querido el *público*.

En consecuencia de esto y acercándome ya a lo que más me importa, usted solo (sí por cierto), usted solo es el que da o el que quita el crédito a los escritos y a los escritores; usted solo el que los eleva o los abate, según lo tiene por conveniente; usted solo es el que los introduce en el templo de la fama o los condena al calabozo de la ignominia; usted solo el que los eterniza en la memoria, o hace, apenas ven la luz, que, entregados a las llamas, se esparzan sus cenizas por el viento. Dígolo con osadía, pero con muchísima verdad: no tienen los escritores que buscar fuera de usted sombra que los refrigere, árbol adonde se arrimen, escudo que los defienda, protección que los asegure ni patrono que los indemnice.

Permítame usted la flaqueza de que me cite a mí mismo. En el libro primero, capítulo VIII, número 15 de esta mi historia, que lo es de lo pasado, de lo presente y de lo futuro, me burlo (y a mi parecer con razón) de los que dedican sus obras a personajes de la más soberana elevación, pensando, y aun diciéndolo ellos mismos en las dedicatorias, que de esta manera los ponen a cubierto contra los tiros de la crítica, de la malignidad o de la envidia. ¡Pobres hombres! ¡Aún no los han desengañado tantas experiencias! No ha habido en el mundo ni un solo personaje que haya sacado la espada para defender al autor que le busca por mecenas; ni, lo que más es, aunque la sacara pudiera defenderle. Demos que sea el más poderoso monarca del mundo. Podrá colmar de honras al benemérito autor. Podrá hacer que en sus dominios ni se escriba, ni aun se hable contra él, y que se tribute un exterior respeto a sus obras. Pero, ¿podrá embarazar que la ignorancia, la mordacidad o la crítica descontentadiza no las muerda

y no las despedace a sus solas?[1] ¿Podrá estorbar que fuera de sus estados no broten contra ellos tantos Zoilos como verdolagas?

Desengañémonos: sólo usted tiene este gran poder, porque sólo usted en este particular (hablo de tejas abajo) puede todo cuanto quiere. Quiera el *público* que nadie chiste contra una obra; ninguno chistará. Quiera el *público* que todos la celebren interior y exteriormente; todos la celebrarán. Quiera el *público* que se reimprima mil veces; mil veces se reimprimirá. Y este poder no es limitado a estos o aquellos dominios; extiéndese por donde se extienden los dilatados ámbitos del mundo. En cualquiera parte donde hay hombres hay público, porque el público son todos los hombres. Por lo menos, el *público* a quien yo dedico mi obra, éste es: el *público* de España, de Francia, de Italia, de Alemania, el tártaro, el moscovita, el de la China y el de las Californias. Pues si yo tuviese la dicha de lograr que todos los hombres la tomasen debajo de su protección, ¿a quién había de temer? Hagóme cargo de que esta fortuna es más para pretendida que para esperada.

Pero, señor, valga lo que valiere, yo a ella me acojo, de usted me amparo, en sólo usted solicito el patrocinio. Bien puede ser que la obrilla no le merezca, pero no lo desmerece la intención. Soy con el más profundo respeto, poderosísimo señor, vuestra más mínima parte.—*Don Francisco Lobón de Salazar.*[2]

1. Quizá alude Isla a Feijoo y al decreto que prohibía escribir contra él, protegido por Felipe V.
2. La novela se publicó bajo este nombre, correspondiente al del presbítero de Villagarcía.

PRÓLOGO CON MORRIÓN

PORQUE —hablemos en puridad— esto de *prólogo galeato*[3] es mucho latín para principio de una obra lega. Aunque el héroe de ella se supone que fue predicador y de misa, desengáñate, lector mío, que dijo tantas como sermones predicó. Yo le concebí, yo le parí, yo le ordené, yo le despaché el título de predicador, para todo lo cual tengo la misma autoridad y el mismo poder que para hacerle obispo y papa. Y si no, dime con sinceridad cristiana: si Platón tuvo facultad para fabricar una república en los espacios imaginarios; Renato Descartes para figurarse un mundo como mejor le pareció; muchos filósofos modernos, alumbrados de Copérnico y atizando la mecha mi amigo y señor Bernardo Fontenelle, para criar en su fantasía tanto millones de mundos como millones hay de estrellas fijas, y todos habitados de hombres de carne y hueso, ni más ni menos como nosotros, ¿qué razón habrá divina ni humana para que mi imaginativa no se divierta en fabricarse un padrecito rechoncho, atusado y vivaracho, dándole los empleos que a ella se la antojare y haciéndole predicar a mi placer todo aquello que me pareciere? ¿Por ventura la imaginación de los susodichos señores míos y de otros cientos que pudiera nombrar, tuvo algún privilegio que no tenga también la mía, aunque pobre y pecadora?

2. Según eso —me replicarás—, ¿no ha habido tal fray Gerundio en el mundo? Vamos despacio, y déjame tomar un polvo, que la preguntica tiene uñas. Ya le tomé, y voy a responderte. Mira, hermano, *Fray Gerundio de Campa-*

3. *galeato*: se aplica «al prólogo o proemio de una obra, en que se la defiende de los reparos y objeciones que se le han puesto o se le pueden poner» (*Diccionario de Autoridades*, desde ahora *DA*).

zas, con este nombre y apellido, ni le hay ni le ha habido ni es verisímil que jamás le haiga. Pero predicadores Gerundios, con *fray* y sin él, con *don* y sin *don*, con capilla y con bonete, en fin, vestidos de largo de todos colores y de todas figuras, los ha habido, los hay y los habrá como así, si Dios no lo remedia. Cuando dije *como así*, junté los dedos de las manos según se acostumbra. No digo yo que en alguno de ellos se unan todas las sandeces de mi querido fray Gerundio, que aunque eso no es absolutamente imposible, tampoco es necesario; pero tanto como que todas ellas están esparramadas y repartidas por aquí y por allí, tocando a éste más y al otro menos, ésa es una cosa tan clara, que la estamos palpando a vista de ojos. Pues, ¿qué hice yo? No más que lo que hacen los artífices de novelas útiles y de poemas épicos instructivos. Propónense un héroe, o verdadero o fingido, para hacerle un perfecto modelo, o de las armas, o de las letras, o de la política, o de las virtudes morales, que de las evangélicas hartos tenemos, si los queremos imitar. Recogen de éste, de aquél, del otro y del de más allá todo aquello que les parece conducente para la perfección de su idolillo, en aquella especie o línea en que le quieren sacar redondeado. Aplícanselo a él con inventiva, con proporción y con gracia, fingiendo los lances, pasos y sucesos que juzgan más naturales para encadenar la historia con las hazañas y las hazañas con la historia, y cátate aquí un poema épico, en prosa o verso, que no hay más que pedir.

3. ¿Parécete a ti que hizo más Homero con su Ulises, Virgilio con su Eneas, Jenofonte con su Ciro, Barclayo con su Argenis, Quevedo con su Tacaño, Cervantes con su Quijote, Salignac con su Telémaco? Y si todavía quieres que luzca un poco más lo erudito a bien poca costa, ¿juzgas que las *Obras y días* de Hesíodo, el *Hero y Leandro* de Museo (o de quien fuere), el *Adonis* del caballero Marino, la *Dragontea* de Lope de Vega y la *Numantina* de don Francisco Mosquera fueron más que unos poemas épicos, más o menos perfectos, más o menos ajustados a las leyes de la epopeya, que plugo promulgar a sus epopeyarcas y legisladores? Ea, no me tuerzas el hocico, ni me digas que entre las obras que cito hay algunas en prosa,

y consiguientemente no pueden pertenecer a la clase del poema épico. Cierto que tienes mala condición. Sobre si el verso es o no es esencial y necesario al poema épico, se dan sendos remoquetes los autores, y hay entre ellos una zambra y barahúnda de mil diantres. Tú aplícate al partido que te pareciere más fuerte, en la inteligencia de que hasta ahora ningún papa o concilio general lo ha definido, y así no te han de obligar a abjurar, ni aun *de levi*, porque sigas cualquiera de las dos opiniones.

4. Pero si todavía te mantienes reaz, o reacio (que no sé a fe cómo se debe decir), en que mi pobre fray Gerundio no merece sentarse en el banco elevado y aforrado en terciopelo carmesí de los poemas épicos; ya porque está escrito en prosa lisa y llana y harto ratera; ya porque mi héroe no es por ahí algún emperador, algún rey, algún duque o por lo menos algún landgrave,[4] que era lo menos que podía ser para que se le hiciese lugar en la dieta épica, según la decisión del poeticonsulto Horacio:

Res gestae regumque, ducumque, et tristia bella
Quo scribi possent numero monstravit Homerus;

y ya finalmente, porque falta a mi obra el papel o el personaje principal de todo poema épico, que es el *héroe*; puesto que el cuitado fray Gerundio no sólo no era descendiente de los dioses, pero ni aun del Cid Campeador, Laín Calvo o Nuño Rasura, lo que por lo menos era menester para darle la investidura de héroe; amén de faltarle las otras calidades indispensables para entrar en la orden del heroísmo, conviene a saber, magnanimidad, constancia, corpulencia, robustez y fuerza extraordinaria. Digo que si por estas y otras muchas razones te estás erre que erre en que ésta no es composición épica ni calabaza, por mí que no lo sea, que no es negocio de romper lanzas por esta bagatela.

5. Estoy viendo que aún te queda allá dentro cierto

4. *landgrave*: título ostentado por algunos grandes señores alemanes.

escrupulillo sobre esto del epicismo. Dirásme, como si lo oyera, que el principal fin de toda composición épica es encender el ánimo a la imitación de las virtudes heroicas por el ejemplo del héroe, fingido o verdadero, cuyos ragos se representan. Y más, que si esto mismo me lo quieres decir en latín para aturrullarme un poco y para que yo sepa que sabes tú dónde te muerde el zapato épico, me espetarás en mis barbas toda la autoridad de Pablo Beni (antes el *Padre Pablo*), el cual dice así en su comentario sobre *La poética* de Aristóteles: *Certum est heroico poemati illud esse propositum, ut herois alicuius, et ducis egregium aliquod factum celebret, in quo idea quaedam et exemplum exprimatur fortitudinis, ac militaris civilisque prudentiae.*[5] En cuya consecuencia dirás (y al parecer no te faltará razón) que tan lejos estoy yo de proponerte en mi obra un perfecto modelo de la heroica oratoria, a cuyo ejemplo incite la imitación, que antes bien te represento el dechado más ridículo que se puede imaginar para mover a la fuga y a la abominación.

6. ¿Parécete que me has cogido ya en la ratonera? Pues óyeme esta erudicioncilla. Leíla no sé dónde, y no es negocio de perder ahora dos o tres horas de tiempo en buscar el autor para darle la cita. Haz cuenta que lo dice Plutarco, u cualquiera otro autor de los tantos con quien tengas más devoción. Había en Atenas un célebre músico (sin duda que debía ser maestro de capilla), de cuyo nombre tampoco me acuerdo. Llámale Pitágoras, si

5. La cita corresponde a *Pauli Benii in Aristotelis Poeticam Commentarii*, Padua, 1613, p. 478 (Sebold, I, 13). Luzán, *Poética*, ed. R. P. Sebold, Barcelona, Labor, 1977, lib. IV, cap. I, p. 557, cita este mismo texto, de donde seguramente lo tomó Isla. El autor de *Fray Gerundio*, en estos párrafos, se hace eco de la polémica sobre si era posible hacer un poema épico en prosa, del mismo modo que antes Cervantes se lo había planteado, concluyendo afirmativamente. Por esas mismas fechas, H. Fielding se sumaba a la controversia, en el mismo sentido que Cervantes. Vicente de los Ríos, en su *Análisis del Quijote*, lo considera como poema épico, mientras que Marchena, en el «Discurso preliminar» a sus *Lecciones de Filosofía Moral* demuestra que no lo es, con argumentos que recuerdan los que más arriba ha expuesto Isla.

te pareciere que es cuestión de nombre. Éste, para enseñar la música a sus discípulos según todos sus modos diferentes, *dorio, lidio, mixtilidio, frigio, subfrigio, eolio,* ¿qué hacía? Juntaba cuidadosamente las voces más desentonadas, más ásperas, más carraspeñas, más becerriles y más descompuestas de toda la república. Hacíalas cantar en presencia de sus escolares, encargando mucho a éstos que observasen cuidadosamente el chirrión desapacible de las unas, el taladrante chillido de las otras, el insufrible desentono de éstas y los intolerables galopeos, brincos, corcovos y corvetas de las otras. Vuelto después a sus discípulos, los decía con mucho cariño y apacibilidad: «Hijos, en haciendo todo lo contrario de lo que hacen éstos, cantaréis divinamente.»

7. Paréceme que ya me has entendido lo que te quiero decir, pero si todavía no has caído en cuenta, no doy dos cuartos por tu entendimiento, y vamos a otra cosa; que no hemos de andar a mojicones, aunque digas que esta obra, a lo más, más es una desdichada novela, y que dista tanto de poema épico como la tierra del cielo.[6]

8. Un poco más serio te pones para hacerme otra pregunta. Supuesto que hay tantos predicadores Gerundios, por desgracia de nuestros tiempos, con *fray* y sin él, con *don* y sin *don,* de capilla y de bonete, como yo mismo confieso, ¿qué motivo he tenido para pegar a mi Gerundio el *fray* más que el *padre* a secas o su *don,* sin otro turuleque? Es pregunta sustancial y pide seria satisfacción; vóytela a dar y óyeme con indiferencia, pero, antes de entrar en materia, escúchame este cuento. Fue cierto rector a no sé qué pesquisa a Colmenar el Viejo, lugar de veinte vecinos; examinólos a todos, y espetáronle una sarta de mentiras. Aturdido el rector, dijo al alcalde santiguándose: «¡Jesús! ¡Jesús! Aquí se miente tanto como en Madrid.»

6. Isla vuelve sobre el mismo asunto. Una facción de escritores querían autorizar la novela al equipararla con el poema épico. Para otros no era así, pues éste sólo se podía escribir en verso y porque, además, las novelas, sobre todo en los dos últimos decenios del siglo, no propondrán ejemplos morales sino todo lo contrario... siguiendo la técnica que Isla ha presentado en el párrafo 6.

Replicóle el alcalde: «Perdóneme su mercé, que aunque en Colmenar se miente todo lo pusibre, pero en Madril se miente mucho más, porque hay más que mientan.»

9. No me negarás que es mucho mayor el número de los predicadores que se honran con el nobilísimo, santísimo y venerabilísimo distintivo de *fray*, que el de los que se reconocen con el título de *padre* o con el epíteto de *don*. Para cada uno de éstos hay por lo menos veinte de aquéllos; porque las familias mendicantes no clericales (que todas le usan) y las monocales (que muchas le estilan, otras no) son sin comparación más numerosas que todas las religiones de clérigos regulares donde no se ha introducido. Los que en el clero secular ejercitan el ministerio de predicar, claro está que en el número no pueden compararse con los que ejercen el mismo ministerio en el estado religioso. Pues ahora, aunque en todas las demás profesiones y estados hay sin duda muchísimos Gerundios que predican mal, no hay ni puede haber tantos como en las otras. ¿Por qué? Porque en ellas son muchísimos más los que predican. De manera que toda la diferencia está en el número, y no en la sustancia. Siendo, pues, el fin único de esta obra desterrar del púlpito español los intolerables abusos que se han introducido en él, especialmente de un siglo a esta parte, parecía puesto en razón buscar el modelo donde son más frecuentes los originales, y precisa y únicamente porque es más copioso el número de los predicadores.

10. Si hubieran de leer este prólogo no más que hombres discretos, bastaba lo dicho para que sobre este capítulo quedásemos todos en paz; pero como es naturalísimo que le lean también otros muchos que no lo sean tanto, es menester decirlos esto mismo de otra manera más de bulto.

11. Dime tú, bonísima criatura (ahora hablo por ahí con un labrador de pestorejo,[7] hombre sano y que sabe leer casi de corrida), haz cuenta que para burlarme, y al mismo tiempo para corregir la desordenada pasión al ta-

7. *pestorejo*: «parte posterior del pescuezo, carnuda y fuerte» *(DA)*.

baco de los segadores, la inclinación al vino de los coritos[8] y la fantástica ventolera de los alojeros, se me antojase escribir la vida de un alojero ideal, de un corito ente de razón y de un segador imaginario. ¿No era naturalísimo que a mi hombre le hiciese, si era segador, gallego, montañés, si era alojero, y si era corito, asturiano? Se estaba cayendo de su peso. ¿Por qué? Porque, aunque es cierto que hay coritos, alojeros y segadores de todos los pueblos y naciones; pero respecto de las tres que he dicho, lo de todas las demás es un puñado de gente; y pedía esto la propiedad de la ficción. Ea, pues, aplica el símil y no me quiebres la cabeza.

12. Otra vez te vuelves a fruncir y me replicas con sobrecejo. ¡Pase el título de *fray*, pero el nombre de *Gerundio*, nombre ridículo, nombre bufón, nombre truhanesco! Eso parece que es hacer burla del estado religioso, y con especialidad de aquellos religiosos institutos que hacen tan honrada y tan gloriosa vanidad del epíteto de *fray*, porque no hay duda que lo burlón y lo estrafalario del nombre se refunde en el estado.

13. ¡Pecador de mí! ¡Y cómo se conoce que no sabes con quien tratas! Mira, si supiera yo que había en el mundo quien me excediese en la cordial, en la profunda, en la reverente veneración que profeso a todas las religiones que hay en la Iglesia de Dios, sin distinción de institutos, de colores ni de vestido; si llegara a entender que había quien me hiciese ventajas en abominar, en detestar, en hacer el más soberano desprecio de todos aquéllos, sean de la clase que fueren, que toman con vilipendio el religiosísimo nombre de *fray* en su indigna, en su necia y en su presumida boca; y si creyera que alguno pudiese dejarme atrás en lastimarme, en compadecerme de aquellos pobres infelices religiosos (hay algunos, por

8. *corito*: «obrero que lleva en hombros los pellejos de mosto o vino desde el lagar a las cubas». Se solía denominar así a los asturianos, como el mismo *DA* señala: «nombre que se daba antiguamente a los asturianos, y vizcaínos. Hoy se les da este nombre a los asturianos por zumba y chanza». Procedían originariamente de Cue, Asturias, y se casaban entre sí.

nuestra desdicha, de todos institutos y profesiones) que recíprocamente miran con menos amor, estimación y aprecio a los de otras familias, o porque no convengan en algunas opiniones, o por otros motivos puramente humanos y mundanales ajenos de aquel purísimo, nobilísimo y santísimo fin a que todos debieran aspirar en sus operaciones, según la peculiar y privativa profesión de cada uno: digo que si me persuadiera a que alguno me excedía en algo de esto, me tendría por hombre desgraciado y a quien le había tocado la triste suerte de nacer entre las heces de los cristianos y aun de los racionales.

14. ¿Te parece en Dios y en conciencia que quien mamó con la leche estos dictámenes, quien debió a Dios la gracia de que se los arraigase, más y más en el alma una cristiana y honrada educación, quien se ha confirmado en las mismas máximas con alguna tal cual lectura de libros y con más que mediana experiencia de mundo: te parece, vuelvo a decir, que un hombre de este carácter pensaría en decir cosa que ni de mil y quinientas leguas pudiese desdorar al sagrado estado religioso? No es verisímil.

15. Ea, vamos serenos. Con efecto, la misma ridiculez del nombre y su misma inverisimilitud resguardan el respecto que se debe al estado, en lugar de ofenderle. Ella misma acredita que ni ha habido ni verisímilmente puede haber tal hombre en tal estado, y no sólo desvía el figurado agravio de la profesión, sino de las personas. Fingiéndose una que ni ha existido ni puede existir, sólo se da contra los defectos, sin lastimar a los individuos. Si alguno de ellos se hallare comprendido en los que se notan, le aconsejo que calle un pico y tenga paciencia, pues lo mismo hacemos los pobres pecadores cuando desde el púlpito nos cardan la lana.

16. Y ya que te vas suavizando un poquito, hablemos en confianza. ¿Hay por ventura en el mundo, ni aun en la Iglesia de Dios, estado alguno tan santo, tan serio ni tan elevado donde no se encuentren algunos individuos ridículos, exóticos y extravagantes? Las extravagancias y exotiqueces de los individuos, ¿son por ventura exotiqueces ni extravagancias del estado? Claro está que no.

Y si algún satírico o algún cómico quiere corregirlas haciendo visible y como de bulto su ridiculez, ya en la sátira, ya en el teatro, ¿no se vale siempre de algún nombre fingido, y por lo común estrafalario, para que ni aun la casualidad puede hacer que recaiga la reprimenda sobre sujeto determinado? No tienes más que preguntárselo a Horacio, a Juvenal, a Boileau, a Terencio, a Molière y a muchos de nuestros cómicos.

17. Horacio, en cabeza de Tigelio, hombre que no había *in rerum natura,* corrige mil defectos muy frecuentes en los hombres de todos los estados, clases y condiciones. Juvenal se finge a no sé qué Póntico para dar en él, como en centeno verde, contra los nobles que hacen gran vanidad de su genealogía, y ninguna de imitar las virtudes y las hazañas de sus ilustres progenitores. Boileau, en la supuesta persona del poeta Damón, se burla con gracia de mil monadas que se usan en las cortes, de los raros fenómenos que en ellas se ven y de los artificios que se estilan. Pero si todavía se te antojare replicarme que éstos eran hombres reales y verdaderos que comían y bebían, ni más ni menos como comemos y bebemos los cristianos, ni por eso hemos de reñir; que yo en ciertos puntos de erudición y de crítica que importan un comino, soy el hombre más pacífico del mundo.

18. Pero dime, ¿ha habido hasta ahora en él alguno que se llamase *Tartufa*? [9] Y con todo eso, el bellaco de Molière, en la más ruidosa de sus comedias, y no sé yo también si en la más útil, debajo de este ridículo nombre, da una carga cerrada a los hipócritas de todas profesiones, que los pone tamañitos. Y cierto que se le dará mucho de eso a San Francisco de Sales, ni a todos los que son verdaderamente virtuosos. ¿Has conocido alguno que en la pila del bautismo le pusiesen el nombre de *Trisotín*? Pues a la sombra de él sacude valientemente el polvo el referido autor, en la bella comedia de *Las mujeres sabias,* a todos los preciados de *ingenios* por cuatro equivoquillos de cajón y media docena de dichicos sin sustancia, con que espolvorean las conversaciones, acechan-

9. *Tartufa*: ahora *Tartufo.*

do la más remota y muchas veces la más importuna ocasión para encajarlos. ¿Y qué cuidado le dará del tal Trisotín a don Francisco de Quevedo ni a los demás ingenios verdaderos? ¿Sabes que se haya paseado por esas calles algún marqués *Mascarilla* o algún vizconde *Jodelet*? Pues a Molière se le antojó despachar esos dos títulos, perdonándoles las lanzas [10] y las medias anatas,[11] a dos bufones, lacayos de dos marqueses verdaderos, para hacer una sangrienta pero bien merecida mofa de *Las preciosas ridículas*. Y en verdad que no tengo noticia de que por eso hayan perdido hasta ahora el sueño ni el marqués de Astorga ni el vizconde de Zolina. Finalmente, ¿no me dirás en qué pila de Segovia está bautizado el *Gran Tacaño*? Y, sin embargo, no he oído quejarse a ninguno de los originales, que representa esta copia, de que fuese denigrativa de su estado o profesión. Quedemos, pues, de acuerdo en que fray Gerundio a ningún estado ofende, y si perjudicare a alguno, seguramente no será por la regla que profesa, sino por los disparates que dice. Corríjalos, y seremos grandísimos amigos.

19. ¿Quieres acabar de persuadirte a esta verdad? ¿Quieres confesar, aunque te pese, que en esta obra no se ha podido proceder con mayor miramiento, ni con mayor circunspección, para guardar el decoro y el respeto que por todos títulos se debe a las sagradas familias? Pues haz no más que las reflexiones siguientes. Primera: con grande estudio se escogió el epíteto más genérico y más universal entre ellos, para que a ninguna determinadamente se pudiese aplicar con razón el individuo ideal de nuestra historia. Segunda: el mismo cuidado se puso en evitar

10. *lanzas*: «se llama así mismo cierto servicio de dinero con que contribuyen cada año a los reyes de España los grandes y títulos de ella. Llamóse así por haberse reducido a maravedís el número de soldados con que tenían obligación de servir a los reyes en las ocasiones que los necesitaban» *(DA)*.

11. *media annata*: «la mitad de los frutos o emolumentos que en un año rinde cualquiera dignidad, prevenda o beneficio eclesiástico; y también se extiende a la mitad del valor y emolumentos de cualquier empleo honorífico que en España paga al rey aquel a quien se le concede» *(DA)*.

escrupulosamente cuantas señas particulares podían convenir a unas más que a otras, entre aquellas que se honran y se distinguen con el epíteto más común. Y aunque es cierto que en esta o en aquella pintura o descripción, hay tal cual rasgo que no se puede adaptar a algunas, son realmente muy pocas respecto de las muchas a que son adaptables los retratos indiferentemente. Tercera y principalísima: nota bien que casi siempre que fray Gerundio o cualquiera otro religioso desbarra en algún sermón, plática, máxima o cosa tal, se le pone inmediatamente al lado otro sujeto del mismo paño, lana o estameña que le corrija, que le reprehenda, que le enseñe. Obsérvalo en fray Blas con el padre ex provincial, y fray Gerundio con el maestro Prudencio, sin hablar ahora del provincial que con tanta solidez deshizo los disparates del lego cuando éste habló con tan poca reflexión al niño Gerundio. Esto, ¿qué quiere decir? Que si en el estado religioso se encuentra algún botarate, cosa que no es imposible, apenas se hallará tampoco, no digo religión, sino casa o comunidad tan reducida donde no haiga otros hombres verdaderamente sabios, doctos, ejemplares y prudentes, que lloren los desaciertos y que clamen contra ellos. Digo, ¿no es esto venerar las religiones y volver por su decoro?

20. Aun a los individuos particulares cuyas obras públicas se desaprueban se les guarda este respeto, siendo así que los que dan a luz sus *producciones* (es terminillo de moda) ya las hacen *juris publici*,[12] las sujetan al examen y a la censura de todos, y cada pobrete puede decir con libertad lo que siente, dentro de los términos de la religión, de la urbanidad y de la modestia. Como no se toque a la persona del autor en el pelo de la ropa, que esto no es lícito sino cuando se trata de defender la religión, por el parentesco que ésta tiene con las costumbres; por lo que toca a la obra, cada uno puede repelarla, si hay motivo para ello, citándola con sus pelos y señales y llamando a juicio al padre que la engendró, con su nombre y apellido, dictados, campanillas y cascabeles. En medio de esta facultad que tienen todos por tácita conce-

12. *juris publici*: de derecho público.

sión de los autores, en nuestra historia se observa una circunspección exquisita para que ninguno se dé justamente por ofendido. Censúranse en ella muchos sermones y no sermones de regulares y de no regulares, según las ocasiones que salen al encuentro, pero a ningún autor se nombra. Pónese el título del sermón, de la obra o de lo que fuere, dícese a lo más o se apunta la profesión genérica del autor, pero en llegando al instituto particular que profesa, y especialmente a su nombre, chitón, altísimo silencio. De manera que solamente los que hubieren leído las obras, y tuvieren presente sus autores, podrán saber sobre quién recae la conversación; los demás se quedarán en ayunas, y a lo sumo sabrán que un tal escribió otro tal o predicó otro cual, que no era para escribirse ni para predicarse. No cabe mayor precaución.[13]

21. Sólo a uno se exceptúa de esta regla general. Este es el Barbadiño,[14] a quien se le quita el sagrado disfraz de que indignamente se vistió; se le arrancan las barbas postizas, que se pegó como vejete de entremés; y se le hace salir al público con su cara lampiña natural, o a lo menos barbihecha; con su peluquín blondo y redondo, u ovalado por lo menos; con su cuellivalona almidonada y de azul a la italiana; con su muceta de martas, terciada hacia la izquierda a lo de arcediano majo; con su cruz caballeral bien hendida de astas, que no hay más que pedir; con su roquete a puntas delicadas, que le podía traer un padre santo de Roma; con su bonetico cuadrado y mocho arrimado al pecho y sostenido con los dos dedos de la mano derecha tan pulidamente, que no parece sino que el hombre toma bonete como otros toman tabaco; con su

13. Estas reflexiones pueden hacer cierta la conjetura de José Jurado respecto a que *Fray Gerundio* pueda ser una novela en clave.

14. *Barbadiño*: Luis Antonio Verney (1713-1792). Fue arcediano de la catedral de Évora y secretario de la legación de Portugal en Roma, nombrado por el marqués de Pombal, su protector. Así mismo perteneció a la Real Academia de Ciencias de Lisboa. Escribió tratados sobre filosofía y teología, pero su obra más famosa es el *Verdadero método de estudiar* (1746), que tuvo mucho eco en España entre los reformadores universitarios. Isla leyó este libro en el original portugués, ya que no se tradujo hasta 1760, por José Maimó y Ribes.

librote de a marca empinado en la mesa y asido con la mano izquierda por la parte superior, que en cualquiera honrado facistol podría parecer con decencia; y finalmente con su tinterón en figura de brocal de pozo, y en medio una pluma torcida que remata un rabo de zorra por la mano zurda del penacho. Éste es el retrato del señor seudocapuchino que tengo en mi estudio para divertirme con él cuando me da la gana.

22. A este solo *signor abate* se le señala con el dedo, sacándole a lucir con todos sus dictados, bien que todavía se le perdona el nombre y el apellido, aunque se sabe muy bien cómo es su gracia y la pila en que se bautizó. Para esta excepción de nuestra regla general, hubo buenas y legítimas razones. ¿Por qué se había de perdonar a un hombre que a ninguno perdona? ¿Por qué se había de tener algún respeto a quien no le tiene a los mismos Santos Padres, Doctores y Lumbreras de la Iglesia? ¿Por qué se había de llevar la mano blanda con quien la lleva tan bronca y tan pesada con los maestros y príncipes de casi todas las facultades? ¿Quién había de tener paciencia para halagar, acariciar y quitar el sombrero con mucha cortesía al que no sabe tratar con ella sino a los Ensiskilmides, a los Scheuchzeros, a los Baudrandos, a los Strauchios, a los Beveregios, a los Krancios y a otros autores *eiusdem farinae*,[15] pasándose con la gorra calada delante de los hombres de mayor veneración, que todos respetamos? Al reverendísimo, eruditísimo, sabio y discreto maestro y señor Feijoo le trata como pudiera a un monaguillo.[16] Y es la gracia que, en aquellos puntos en que convienen los dos, no se vale el Barbadiño de otras razones que las que trae el maestro Feijoo, sin más diferencia que esforzarlas éste con hermosura, con nervio, con eficacia y con modestia, y dejarlas aquél al desgaire, a lo farfantón,[17] desdeñoso y despreciativo.

15. Según Verney, éstos son autores útiles a los estudiantes de Teología.

16. En *Apéndice sobre el valor de la obra del Padre Feijoo*, carta IX (Sebold, I, 24).

17. *farfantón*: igual que farfante. «El hombre hablador, jactancioso, que cuenta pendencias y valentías» *(DA)*.

23. Finalmente, ¿sería bueno que yo me anduviese ahora en ceremonias ni en cortesanías con un hombre que a todos los españoles nos trata de bárbaros y de ignorantes? Pues hasta que él vino al mundo no sabíamos ni gramática, ni lógica, ni física, ni teología, ni jurisprudencia, ni cánones, ni medicina; y lo que es más no sabíamos ni aun leer y escribir, ni aun las mismas mujeres sabían hilar, hasta que por caridad tomó de su cargo instruirnos a todos este *enciclopedista,*[18] como él se llama, o este corrector universal del género humano, como le llamo yo. Perdóname, lector mío, que no te puedo servir en esto. Vínoseme a la pluma con ocasión oportuna, que de eso no disputo ahora; presentóseme con viveza a la imaginación el honor de la nación española y portuguesa, a las cuales igualmente aja, pisa, atropella y aniquila; irritóme el entono, el orgullo y el desprecio con que trata a tanta gente honrada; fastidióme la intolerable satisfacción y despotiquez con que trincha, corta, raja, pronuncia, sentencia, define y vomita oráculos *ex tripode*[19] y no pudiéndome contener, esgrimí la *maquera*[20] y allá van provisionalmente esos cuantos espaldarazos, reservándome el derecho de meterle la daga tinteral hasta la guarnición, si alguna vez se me antoja tomar este asunto de propósito; porque, créeme, el hombre necesita de cura radical.

24. Quizá me dirás que eso absolutamente no te parece mal, pero que desearías que hubiese venido más a cuento; porque no parece sino que muy *exprofesamente* (úsase mucho este adverbio en esta tierra) le fui a sacar de alguno de los jardines de Roma, donde estaría el pobre divertido oyendo alguna buena serenata, sólo y precisamente para cantarle otras áreas[21] que no le sonasen tan bien; que si él se hubiese venido por su pie, adelante; pero que

18. *enciclopedista:* si tenemos presente que Verney escribió hacia 1746 y que *Fray Gerundio* es de hacia 1758, ésta ha de ser una de las primeras documentaciones de la palabra.

19. *ex tripode:* desde el trípode, alude al trípode sobre el que se sentaba la sacerdotisa de Apolo al decir sus oráculos en Delfos.

20. *maquera:* en portugués, especie de sable.

21. *areas,* hoy arias.

traerle yo arrastrando por los cabellos o por las barbas, sobre ser mucha violencia, parece mala crianza. Amén de que no se hace verosímil que una obra tan culta, tan exquisita y tan rara (pues anda a sombra de tejado)[22] como el *Método* del Barbadiño, se hallase en la celda de un joven tan simple, tan estrafalario y de tan mal gusto como se pinta a fray Gerundio. Y aquí te espiritarás de crítico, diciéndome que toda inverisimilitud en este género de obras es un pecadazo de a folio y de aquellos que no se permiten en este siglo ni en el futuro.

25. ¡Ahora te me andas con esos melindres! Mira, yo soy hombre sincero, y aunque sea contra mí, te he de confesar la verdad. Es cierto que desde que leí el tal dichoso *Método* (el cual, y quede esto dicho de paso, tiene tanto de método como el *Método de curar los sabañones*,[23] que compuso el otro barbero o cirujano latino de que se hace mención en esta obra. Ya va largo el paréntesis; cerrémosle): es cierto que desde que leí el tal dichoso *Método,* tuve un hipo metódico de zurrarle bien la badana, que no me podía remediar. Es igualmente cierto que dentro de la misma historia de nuestro fray Gerundio pude discurrir, buscar y disponer otro método mejor y más natural para zurrársela; pero dime, ¿estoy yo por ventura obligado a seguir siempre lo mejor? ¿Parécete que quien está reventando por vomitar tendrá flema para andar escogiendo entre rincones y para buscar aquel donde se exonere con más limpieza o con menos incomodidad? ¿Sería bueno que por tu delicadeza reformase yo ahora quince o veinte hojas de mi trabajosísima historia, sólo por zurrar al señor Barbicastrón[24] más metódicamente, más en solfa y más a compás? Anda, hombre, que no sabes lo mucho

22. *andar a sombra de tejado*: «es esconderse, ir con recelo y cuidado; lo que ordinariamente se dice de los delincuentes que temerosos de la justicia se ocultan y recelan, porque no les prenden» *(DA).*

23. El autor del *Método racional* fue José de Carmona y Martínez, que lo publicó en 1732. Era cirujano en Segovia. Contra esta obra escribió Isla las *Cartas de Juan de la Encina...* Carmona escribió también *Triunfo conseguido del chancro obstinado, por el cirujano instruido* (Madrid, 1739).

24. *barbicastrón*: macho cabrío castrado.

que esto cuesta a un pobre autor, y más si es tan poltrón como yo. Pero si, no obstante, te emberrinchas en que el baqueteo está fuera de su lugar, compongámonos, que yo no quiero pendencias. Desde luego me comprometo en el juicio de aquel alcalde a quien le fue a quejar una mujer de que su marido le había vareado muy bien las costillas lo más importunamente del mundo. «Declaro —dijo el juez— que los palos fueron nulos, y se le apercibe al marido que otra vez los dé con motivo, en tiempo y en sazón.»

26. A lo otro que decías, de que no es verosímil que un hombre como fray Gerundio tuviese en su poder una obra como el *Método,* y que la inverisimilitud es un crimen *laesae proprietatis* detestable, irremisible, imperdonable en este género de escritos, te digo que me hubieras puesto tamañito con esa decisión canónica; porque, al fin, aunque pecador y miserable, soy timorato y un tantico escrupuloso, si no tuviera el testimonio de mi buena conciencia. En cuanto a lo primero, yo no sé, para aquí para delante de Dios, qué impedimento dirimente pod haber en el pobre fray Gerundio, para que no pudie tener en su celda el *Método* del Barbadiño, ni más menos como podía tener las *Coplas de Calaínos,* el *F mance de los Siete Infantes de Lara* y la *Historia de los D Pares.* Si porque es libro de contrabando, antes por mismo debía de parar en él más que en otro, pues ya sabe que los contrabandos se guardan donde menos sospecha. Si por ser culto y exquisito, ciertamente que cartas del metodista no son ni tan cultas como las (célebre monsieur de Peiresc, ni tan exquisitas como l del cardenal Antonio Perrenot,[25] por otro nombre el car-

25. Nicolás-Claude Fabri de Peiresc (1580-1637). Científico francés que difundió las ideas de Harvey, Copérnico y Kepler. Hizo observaciones astronómicas con Gassendi. Fue también numismático y coleccionador de antigüedades. Entre otras cosas, descubrió en 1610 la nebulosa de Orión y afirmó que los huesos fósiles, tenidos por huesos de gigantes, pertenecían a animales conocidos. Antonio Perrenot de Granville (1517-1586), llamado cardenal Granvela, oriundo del Franco Condado, fue virrey de Nápoles y ajustó el tratado de la Liga contra los turcos, entre otros empeños y cargos. Parte de sus colecciones documentales fueron recogidas por el abate Boisot en el siglo XVIII.



denal Granvela, ni tan misteriosas y tan apetecidas como las de Antonio Pérez; y con todo eso, sé yo que muchas de las primeras pararon primero en las mochilas, y después en los fusiles, de algunos soldados salteadores que, juzgando ser otra cosa, se las hurtaron a un caballero de Leyden; gran porción de las segundas fue redimida del cautiverio de las boticas y de las especerías; y el tomo de las terceras se rescató de una taberna de la Maragatería, donde servía la cobertera a un pichel.[26] Si no sabes qué es *pichel,* pregúntaselo a cualquiera maragato, que yo no quiero decírtelo porque no sepas tanto como yo. Así que no solamente que *donde menos se piensa salta la liebre,* sino que también salta el libro donde menos se imagina.

27. Pero, al fin, permitámoste de gracia que tenga alguna inverisimilitud el lance. ¿Es posible que has de ser tan inexorable conmigo, al mismo tiempo que callas y te muestras tan condescendiente con otros? ¿Parécete más verisímil que Sigismundo en la comedia del *Alcázar del secreto,* por el grande don Antonio de Solís, se arrojase al mar en las costas de Epiro y llegase a las de Chipre embarcado o sostenido sólo de su escudo, sino que éste fuese de corcho y Sigismundo de papel? ¿Parécente más verisímiles los oráculos que a cada paso interrumpen a nuestros representantes, adivinando lo que ellos iban a decir para que el suceso parezca misterioso? ¿Parécente más verisímiles aquellas voces que salen de la música tan a tiempo, que se adelantan a decir cantado aquello mismo que el cómico iba a pronunciar representado? ¿Parécente más verisímiles aquellos versos, pensamientos y conceptos que a un mismo tiempo salen por diferentes puertas y sin verse ni oírse, lo mismísimo que dice el uno dice el otro, sin más diferencia que la material de las voces? En fin, si quieres una carga de estas inverisimilitudes, no tienes más que acudir a la insigne *Poética* de don Ignacio de

26. *pichel:* «vaso alto y redondo, algo más ancho del suelo que de la boca, con su tapa engoznada en el remate del asa. La materia regular de que se hacen es de estaño; y así vienen muchos de Inglaterra, y sirven especialmente para ministrar el vino o agua» *(DA).*

Luzán, y allí encontrarás tantas que no podrás con ellas.[27]

28. Y no te parezca por Dios que solos nuestros españoles son reos de lesa verisimilitud en sus composiciones cómicas y no cómicas. Ahí tienes entre los franceses a Molière, a Racine y, todavía como dicen chorreando tinta, a monsieur de Boissy en su celebrada comedia *Les dehors trompeurs, ou L'homme du jour*;[28] no tienes más que leer ésta y casi todas las de los otros dos, y encontrarás a cada paso tantos lances inverisímiles que te hagas cruces, pareciéndote, y con razón, que muchos de aquellos sucesos solamente pudieron acontecer por parte de encantamiento. Y porque no me digas que el primero lo conoció así, pero que de propósito no lo quiso enmendar, burlándose con mucha sal de las escrupulosas reglas a que se quiere estrechar la composición cómica, y sentando por principio universal que la suprema y aun la única regla de todas era el arte de agradar al público, te presentaré, si me aprietas demasiado, al mismo mismísimo Cornelio, al soberano Cornelio, reconocido generalmente de todos, franceses y no franceses, por el grande reformador del teatro y por el genio más elevado de su siglo y de otros muchos, para pulir hasta la última perfección cualquiera pieza dramática. No obstante, ya sabrás (y si no, sábelo ahora) que contra este corifeo de la tragedia llovieron tantos escritos de sus mismos nacionales, ya fuese por emulación o ya por otro motivo, que le hubieran sofocado, si el mérito no fuese como el aceite, que al cabo nada sobre todo. Y aunque él se purgó plenamente de los otros defectillos que le suponían o le exageraban sus émulos y acusadores, en el capítulo de la inverisimilitud que oponían a muchos pasos de sus tragedias, agachó un si es no es la cabeza y sólo recurrió a los ejemplares de Séneca, Terencio, Plauto y otros padres maes-

27. Como también señala Sebold, Isla toma estos ejemplos del lib. III, cap. 15 de la *Poética* de Luzán.

28. Luis de Boissy (1694-1758). La obra, de 1740, es una sátira sobre las relaciones sociales y la conducta pública. En 1754 fue elegido miembro de la Academia Francesa. *El hombre del día* es considerada su obra maestra.

tros del teatro antiguo, que alguna vez se descuidaron en esto, y con cuatro gotas de agua lustral, exorcizada por algún sacerdote de Apolo según el rito poético, se juzgaban purificados de esta venialidad. Por tanto, lector mío (mira el cariño y la cortesía con que te hablo), suplícote con el sombrero en la mano que no quieras mostrarte tan severo conmigo sobre estas menudencias, melindres y delicadezas.

29. Otra cosa será si te pones un poco serio, ceñudo y entonado sobre el asunto sustancial de la obra. Confieso que sólo con imaginarte en esa figura de Minos y Radamanto estoy ya tamañito, porque una cosa es que yo sea algo desembarazado de genio, y otra que no sea hombre pusilánime y meticuloso. ¿Qué sé yo si, mirándome con semblante torvo, feroz y truculento y jurándomelas por la laguna Estigia, te dispones a reñir, reprehender, a detestar, a anatematizar mi atrevimiento, hablándome en esta ponderosa y gravisonante sustancia?

30. Bien está, mal clérigo, clérigo insensato, atrevido y nada considerado. Supongamos que el púlpito esté en España, y también en otras partes, tan estragado y tan corrompido como da a entender esta maldita obra, perniciosa, detestable, abominable. Supongamos que en nuestra nación, y también en otras, haiga muchos predicadores Gerundios, indignos de ejercitar tan sagrado ministerio. Demos caso que esta corrupción, esta epidemia, esta peste (llámala así, si te pareciere) pidiese el más pronto, el más ejecutivo remedio. Dime, infeliz, ¿podía ofrecerse asunto más serio ni más grave para que le tratase una pluma docta, majestuosa, enérgica y vehemente? ¿Había materia más digna de manejarse con la mayor gravedad, con el mayor nervio, con un torrente arrebatado de razones y de autoridades, y con otro torrente de lágrimas no menos rápido y copioso en el celoso escritor? ¡Y una materia como ésta era para tratada como la tratas tú, sacerdote indigno! ¿Hay en el mundo licencia ni autoridad para juntar las cosas más serias con las más burlescas, las más graves con las más bufonas, las más importantes con las más chocarreras? No la hay, no la hay, te clama un gentil juicioso para llenarte de confusión y de vergüenza, si fueras capaz de tenerla. Es cosa ridícula, es cosa risible, y yo

añado que en la materia presente es cosa execrable, que casi casi se roza con sacrílega, juntar chufletas y chocarrerías con atrocidades, serpientes con plumas y tigres con corderos. Es vulgar el texto, más no por eso es menos verdadero:

> *Sed non ut placidis coëant immitia, non ut*
> *Serpentes avibus geminentur, tigribus agni.*[29]

31. ¡Roma ardiendo y Nerón cantando! No pudo llegar a más la fiereza de aquel monstruo, aborto de la naturaleza humana. Tú le imitas, pues te pones a cantar cuando arde Troya y supone que se abrasa tu nación. ¡Bello modo de atajar el fuego! ¡Echar mano de la flauta y ponerte a tocar una gaita gallega!

32. Desde que se predicó en el mundo el Evangelio, hubo predicadores que abusaron de este oficio; y desde que hubo malos predicadores, hubo hombres celosos que declamaron contra ellos. Pero, ¡con qué seriedad! ¡Con qué peso! ¡Con qué vehemencia! Este era un lugar muy oportuno para ir discurriendo de siglo en siglo hasta el nuestro por todos los Padres, Doctores y autores de la Santa Iglesia, que levantaron el grito y manejaron la pluma contra los que en su tiempo corrompían la palabra de Dios y profanaban el Evangelio. Habiendo sido éste indisputablemente el verdadero origen de todos los errores, herejías y cisma que han afligido en todas las edades a nuestra Santísima Madre, manchándola, ajándola y despedazándola su túnica inconsútil,[30] como expresamente lo dice y lo llora San Agustín en el segundo libro de la *Doctrina cristiana: Corruptio Verbi Dei, viscera Ecclesiae disrumpit, et tunicam dilacerat.*[31] Discurre tú cuánto habrán declamado los Padres, los Doctores y los Concilios contra estos co-

29. Horacio, *Arte poética*, 12-13: «Mas no será razón valga este fuero / para mezclar con lo áspero lo suave, / con la serpiente el ave, / o con tigre manso cordero.» Es traducción de Iriarte (Sebold, I, 31).

30. *inconsútil*: cosa sin costuras. Es epíteto que se da a la túnica que, según los autores eclesiásticos, hizo la Virgen al niño Jesús, que fue creciendo con él, y dicen que no tenía costura.

31. «La corrupción de la palabra de Dios traspasa las entrañas de la Iglesia y le rompe la túnica.»



rruptores y profanadores de la Sagrada Escritura en la misma cátedra de la verdad, trono especial del Espíritu Santo, que sólo debe presidir, inspirar, encender, mover y hacer hablar en él. Fácil cosa me sería ponerte a la vista un largo catálogo de las vehementes invectivas que se han hecho contra esta profanísima profanidad en todos los siglos de la Iglesia, comenzando por el apóstol San Pablo y acabando en los autores más famosos del siglo pasado y del presente. Pero, ¿cuánto crecería éste tu prólogo? ¿Cuánto te detendría en esta conversación? Ni tú con la pluma, ni tus simples lectores con su necia curiosidad, llegaríais a un año a tu perniciosa historia.

33. Conténtome, pues, sólo con apuntártelo, y con preguntarte si tienes noticia de que alguno de los Santos Padres, Doctores y escritores sagrados hayan seguido el diabólico rumbo que tú sigues para corregir a los malos predicadores; si has encontrado con alguno que se vistiese el botón gordo, con la caperuza y saco de bobo, y el látigo de vejigas [32] en la mano, pues es el uniforme de los satíricos, para desterrar del mundo esta epidemia. Razones, textos, decisiones, cánones conciliares, constituciones apostólicas, edictos de santísimos y celosísimos prelados, censuras fulminadas, ayes, lamentaciones, lágrimas, súplicas, exclamaciones, amenazas, eso sí; de esto hallarás mucho, muchísimo, infinito y todo muy escogido en innumerables escritores que, ya de propósito, ya por incidencia, tratan este gravísimo punto. Pero ¡chufletas! Pero, ¡bufonadas! Pero ¡chocarrerías! ¿Dónde, dónde las has visto empleadas en esta materia, párroco atrevido y mal aconsejado? Voy, voy a dar contigo en todos los tribunales de la tierra para que te castiguen, para que te confundan, para que te aniquilen, y para que hagan en ti un

32. *botón gordo*: hablar en estilo bajo y burlesco. De aquí *baile de botón gordo*: «festejo o diversión en que la gente vulgar, o los que quieren imitarla, se regocijan y alegran» *(DA)*. *saco de bobo o sayo de bobo*: «vestido estrecho, entero, que llega hasta los pies, abotonado, que usan comúnmente los graciosos en los entremeses» *(Da)*, *látigo de vejigas*, instrumento empleado en fiestas populares y en los sainetes y entremeses con el que se golpeaban los personajes. También podía ser empleado por los maestros para castigar a los alumnos.

ejemplar que sirva de escarmiento a los siglos venideros.

34. *Mansuescat te Deus Pater, mansuescat te Deus Filius, et reliqua.*[33] De muy mal humor te levantaste esta mañana, severísimo lector de mi alma, y no tengo yo la culpa de que hubieses pasado mala noche por las indigestiones y crudezas de la cena. Yo cené poco, lo digerí presto, dormí bien y estoy como una lechuga. Por tanto, óyeme serenamente si gustares; y si no, tapa los ojos, que son las orejas por donde se oye a los autores.

35. Todo cuanto dices es así, y no hubieras perdido nada por habérmelo dicho con mayor templanza y con un poco más de urbanidad, siquiera por esta coronaza,[34] que me abre de cuando en cuando mi barbero, molde de vaciar Sanchos Panzas. ¡Si tú le vieras! Basta decirte que sus navajas no rapan tanto como sus dedos aforrados en piel de lija, y por yemas cabezas de cardo silvestre, aunque por otra parte no hay hombre más bueno en todo Campos. Pero esta digresión no viene al caso, y si no sirve para cortarte la cólera, por lo demás es un grande despropósito. Volvamos, pues, a nuestro asunto. Digo, pues, que tienes muchísima razón; que todos los que han tratado el asunto que yo trato, o ya adredemente, o ya porque les salió al camino, le trataron con la mayor gravedad, peso, circunspección, vehemencia y seriedad. Sólo un tal Erasmo de Rotterdam, cuyo nombre huele mejor a los humanistas que a los teólogos, en un libro latino que intituló *Elogio de la locura,* dijo mil gracias contra los malos predicadores de su tiempo; pero como su idea principal era hacer ridículas con esta ocasión a las sagradas religiones que entonces florecían, burlándose ya de sus trajes, ya de sus ceremonias, ya de sus usos, ya de sus costumbres, confundiendo inicua y perversamente el todo con la parte, el uso con el abuso y la vida ejemplar de millares

33. «Apacíguate Dios Padre, apacíguate Dios Hijo, etc.» (Fernández Martín, I, 83).

34. Según Sebold, alude a *La sabiduría y la locura en el púlpito de las monjas* (1757), de Alexandre-Xavier Panel (1699-1777), que fue preceptor de los hijos de Felipe V y profesor de retórica en el Colegio Imperial de Madrid. Vid. J. Simón Díaz, *Historia del Colegio Imperial de Madrid,* Madrid, CSIC, 1956.

de individuos con la menos ajustada de un puñado de defectuosos, el tal *Elogio de la locura* corrió poca fortuna, y sólo la tuvo, y aún la tiene el día de hoy, con los que por interesados merecen ser comprehendidos en el referido elogio. Fuera de este señor Desiderio Erasmo (que era su verdadero nombre y apellido), monaguillo, monje, ex monje, clérigo secular, rector, consejero, todo y nada; fuera de este perillán y otro autor modernísimo,[35] venerando y muy circunstanciado, todos los demás trataron el punto que yo trato con toda la gravedad que vuestra merced pondera, y aún no la pondera mucho, señor lector y circunspectísimo dueño mío.

36. Pero y bien, ¿qué fruto sacaron todos esos gravísimos autores de sus truenos, relámpagos y rayos? ¿Atemorizaron a los malos predicadores? ¿Obligáronlos a abandonar el campo y a retirarse a sus celdas, aposentos, cuartos o casas, a lo menos mientras pasaba la tempestad, para estar a cubierto de ella? ¿Corrigiéronse los insufribles desórdenes del púlpito en España, Portugal, Francia, Italia, Alemania y todo el mundo? Si eso fuera así, no hubieran llovido escritos contra esta lamentable corrupción en estos dos últimos siglos. Ni Claudio Aquaviva y Juan Paulo Oliva, generales ambos de la Compañía, hubieran arrancado ayes tan profundos de lo más íntimo de su corazón, lastimándose de ella: aquél es una gravísima instrucción, y éste en una sentidísima y discretísima carta. Ni el elegante Nicolás Causino hubiera gastado tanto calor intelectual, oratorio y crítico en su vastísima obra de la *Elocuencia sagrada*. Ni don Cristóbal Soteri, abad de Santa Cruz en los estados de Venecia (si no estoy equivocado), hubiera dado a luz aquel librito de oro, *Rudimenta oratoris christiani*, que, a instancias suyas y para su particular instrucción, escribió cierto religioso docto, grave y erudito. Ni Antonio de Vieira, en su famoso sermón de

35. Según Sebold, alude a *La sabiduría y la locura en el púlpito de las monjas* (1757), de Alexandre-Xavier Panel (1699-1777), que fue preceptor de los hijos de Felipe V y profesor de retórica en el Colegio Imperial de Madrid. Vid. J. Simón Díaz, *Historia del Colegio Imperial de Madrid*, Madrid, CSIC, 1956.

la Sexagésima sobre el evangelio de *Exiit qui seminat seminare semen suum*,[36] hubiera declamado con tanto ardor contra muchos predicadores que en su tiempo infestaban las almas y los oídos. Ni el célebre señor arzobispo de Cambrai, Francisco de Salignac de la Mota Fenelón, se hubiera fatigado en componer sus admirables *Diálogos sobre la elocuencia en general, y sobre la elocuencia del púlpito en particular*, en los cuales no sólo no perdona los que todo hombre de mediano entendimiento califica de disparates y despropósitos, sino que critiquiza sin piedad algunos sermones que, a primera vista, parecerían a muchos modelos de ingenio, de juicio y de elocuencia. Ni el padre Blas Gisbert hubiera dado a luz su estimado libro, *Elocuencia cristiana en la especulativa y en la práctica*, que corre con tanta aceptación en las naciones, y en el cual descarga mortales golpes sobre todas las especies de malos predicadores. Y nota, para tu consuelo y para el nuestro, que todos los autores que he citado, a excepción de uno, son extranjeros: todos declaman contra la corrupción del púlpito en sus respectivos pueblos, no en los extraños. De donde inferirás que este pernicioso mal no es privativo de los españoles y de los portugueses, como quieren muchos, la mitad por ignorancia y la otra mitad por emulación.

37. Y después de todos estos escritos enérgicos, convincentes, graves, serios y majestuosos, ¿qué hemos sacado en limpio? Nada, o casi nada: los seudopredicadores, *vont leur train*, como dicen nuestros vecinos, o prosiguen su camino, como debemos decir nosotros; el mal cunde, la peste se dilata, y el estrago es cada día mayor. Pues ahora dime, lector avinagrado (que ya me canso de tratarte con tanta urbanidad), si la experiencia de todos los siglos ha acreditado que no alcanzan estos remedios narcóticos, emolientes y dulcificantes, ¿no pide la razón, y la caridad, que tentemos a ver cómo prueban los acres y los corrosivos? ¿Quieres introducir en la medicina intelectual, para curar las dolencias del espíritu (¡y tal dolencia como

36. «Salió un sembrador a sembrar su simiente», San Lucas, VIII, 5.

la que tenemos entre manos!) aquel bárbaro aforismo, a quien con tanta razón trata de *aforismo exterminador* el más famoso de nuestros modernos críticos: *Omnia secundum rationem facienti, si non succedat secundum rationem, non est transeundum ad aliud, suppetente quod ab initio probaveris?* [37] El médico que cura fundado en razón, aunque el suceso no corresponda y aunque le sea contraria la experiencia, prosiga adelante, no mude de remedios; y si le murieren los enfermos, que los entierren, *et fidelium animae per misericordiam Dei resquiescant in pace.* ¿Parécete justo que en una materia de tanta importancia me acomode yo con tan bárbara doctrina? Vete a pasear, que no te puedo servir.

38. Antes quiero probar fortuna, y ver si soy en este asunto tan feliz como lo han sido muchos autores honrados en otros diferentes, persuadidos a la verdadera máxima de Horacio, de que

Ridiculum acri
Fortius plerumque, et melius magnas secat res [38]

Esto es, que muchas veces, o las más, ha sido más poderoso para corregir las costumbres el medio festivo y chufletero de hacerlas ridículas, que el entonado y grave de convencerlas disonantes: echaron por este camino y lograron su intento con felicidad; y por lo mismo, dice un sabio académico de París, hizo Molière más fruto en Francia con sus *Preciosas ridículas,* con su *Tartufa,*[39] con su *Paisano caballero,* con su *Enfermo imaginario,* que cuantos libros se escribieron y cuantas declamaciones se gritaron contra los vicios, ya morales, ya intelectuales y ya políticos que se satirizaban en estas graciosas comedias. Todas

37. El padre Feijoo, «El aforismo exterminador», disc. 7, tomo V, del *TCU,* traduce este aforismo de Hipócrates (*Aphor.,* lib. II, afor. 52): «Cuando el médico obra en todo conforme a razón, aunque el suceso no corresponda a su deseo, no ha de mudar el modo de curación, sino insistir, o proseguir en el que al principio juzgó conveniente», idea que rechaza en el discurso.

38. Horacio, *Sátiras,* lib. I, sátira X, 14-15, que realmente escribe *Ridiculum acri / Fortius et melius magnas plerumque secat res.*

39. Véase n. 9. *Paisano caballero*: el *Bourgeois gentilhomme.*

las tropas unidas de los mayores y de los mejores filósofos modernos, contra los ingeniosos y específicos sueños de Renato Descartes, no le hicieron perder tanto terreno como el graciosísimo, discretísimo e ingeniosísimo *Viaje al mundo de Descartes*, escrito en francés por el padre Gabriel Daniel, y harto bien traducido en castellano.[40] ¿Qué nos cansamos? Hasta que Miguel de Cervantes salió con su incomparable *Historia de Don Quijote de la Mancha* no se desterró de España el extravagante gusto a historias y aventuras romanescas, que embaucaban inutilísimamente a innumerables lectores, quitándoles el tiempo y el gusto para leer otros libros que los instruyesen, por más que las mejores plumas habían gritado contra esta rústica y grosera inclinación, hasta enronquecerse. Pues, ¿por qué no podré esperar yo que sea tan dichosa la *Historia de fray Gerundio de Campazas* como lo fue la de Don Quijote de la Mancha, y más siendo la materia de orden tan superior, y los inconvenientes que se pretenden desterrar de tanto mayor bulto, gravedad y peso?

39. Y ves aquí, lector mío (ahora vuelvo a acariciarte y a pasarte la mano por el cerro),[41] que con esto queda servido el autor duende de cierto recientísimo papel que anda por ahí de tapadillo, a título de que se imprimió *in pártibus*; y es su gracia *La sabiduría y la locura en el púlpito de las monjas.* Hacia el fin del prólogo (que casi es tan pesado como éste) refiere el autor, como de oídas, que «un obispo de Francia, viendo inutilizadas las prohibiciones de cincuenta o sesenta predicadores que deshonraban en el púlpito el ministerio de la palabra de Dios, creyó que debía probar si sería más útil ridiculizarlos, que emplear la autoridad severa. Compuso, dicen, un sermón lleno de conceptos, del que nuestros predicadores del nú-

40. Esta obra de Gabriel Daniel fue traducida por Juan Gregorio Araujo, presbítero, profesor teólogo, y publicada en Salamanca, Nicolás Villagordo, 1742, con el título *Viaje del mundo de Descartes.* Araujo era el pseudónimo del cisterciense, Secretario General, Definidor y Cronista general de la orden Fray Ambrosio Alonso, nacido en Orense. Véase F. Aguilar Piñal, *Bibliografía de los autores del siglc* XVIII, I.

41. *cerro*: lomo.

mero se holgarían ser los autores. El texto que puso fue: *Sicut unguentum quod descendit a capite in barbam, barbam Aaron.*[42] Luego que pareció este sermón, y al día siguiente, no tenía el librero un ejemplar. Más de cuarenta reimpresiones que se han hecho de él han tenido el mismo despacho. Pero lo mejor que tiene es que ha desterrado del púlpito los conceptos; si por descuido a algún orador se le desliza alguno, basta para que le digan que han predicado en el gusto de *sicut unguentum...* Este medio me parece el más eficaz y el más pronto».

40. Tiene vuestra reverendísima muchísima razón, reverendo padre mío. (Hablo con el autor de este papel, a quien conozco como a los dedos de las manos, *y* sé muy bien que tiene tanto de español como yo de francés, por más que quiera honrarnos con hacerse nuestro nacional, honor que le estimamos sin envidiarle demasiado.) Digo que vuestra reverendísima tiene en esto tanta razón como en el religioso celo con que tomó la pluma para corregirnos; no menos en los dos disparatadísimos sermones de autores españoles que coteja con otros dos verdaderamente sólidos y buenos de un célebre autor francés, que en la primera parte de su prólogo; pues aunque esté tomada de lugares comunes y se componga de reflexiones trivialísimas, al fin ellas son muy verdaderas y nada pierden por manoseadas.

41. Así la tuviera vuestra reverendísima en la poquísima merced que nos hace a todos los españoles en general, y en lo mucho que ofende en particular al respetable gramio de los predicadores del rey, singularizando entre ellos a los *predicadores del número.* Es un gusto ver cómo desde la página 26 comienza vuestra reverendísima a esgrimir tajos y reveses contra todos nuestros predicadores, a diestro y a siniestro, en montón, indefinidamente, y caiga quien cayere. «Ha un siglo –dice vuestra reverendísima– que nos faltan los predicadores. En vez de predicadores, tenemos rábulas, charlatanes, papagayos, delirantes, vocingleros.» Esto sí que es ser hombre deno-

42. Salmo 132, 2: «Es como el buen óleo sobre la cabeza, el cual desciende sobre la barba, la barba de Aarón.»

dado: acometer valerosamente al *todo* y no andarse ahora en escaramuzas con partidas y destacamentos. La pequeña guerra es buena para generales raposas, tretillas y pusilánimes; los Alejandros de la pluma van a atacar al enemigo cara a cara y donde está el grueso del ejército. No hay que cansarse: los Barcias, los Castejones, los Bermúdez, los Gallos y otra larguísima lista de vivos y sanos, que podía añadir, «son unos rábulas, unos charlatanes, unos papagayos, delirantes y vocingleros», y pueden aprender otro oficio, porque al fin «ha un siglo que nos faltan los predicadores».

42. «No hay que admirarnos, pues —prosigue vuestra reverendísima en las páginas 27 y 28 de su discreto, urbano y caritativo prólogo—, de que entre nosotros no haya predicadores que hagan conversiones; porque no los hay que formen el proyecto de hacerlas, y aun ellos se admirarían si vieran que algunos se convertían, porque nunca pensaron en intentarlo.» Acabáramos con ello, y viva vuestra reverendísima mil años, porque nos abre los ojos que hasta aquí teníamos todos lastimosamente cerrados, o por lo menos cubiertos de cataratas. Pensábamos nosotros que dentro de nuestro siglo, y en nuestros mismos días, los infatigables Garceses, los austerísimos y celosísimos Hernandeces (dominicanos), los apostólicos Dutaris y Calatayudes (jesuitas), los ilustrísimos Goiris y los señores Aldaos, Gonzaleces y Michelenas (del clero secular) habían hecho y estaban haciendo muchas y muy portentosas conversiones. Imaginábamos que éste era el «único proyecto que se formaban» en las continuas excursiones apostólicas, con que corren incansablemente unos por todo el reino de España, y otros por determinados reinos y provincias de la monarquía. Creíamos que los imitaban en lo mismo otros innumerables misioneros, no de tanto nombre pero de no inferior celo y espíritu, que andan casi perpetuamente santificando, ya estos ya aquellos pueblos de nuestra Península. A lo menos teníamos el consuelo de pensar que el número sin número de los predicadores evangélicos, que en tiempo de Cuaresma declaran sangrienta guerra a la ingnorancia y al vicio, yéndose a atacar dentro de sus mismas trincheras, «ni for-

maban otro proyecto ni tenían otro intento» que el de la conversión de las almas, y que, «lejos de admirarse ellos mismos si convirtiesen alguna», se admirarían con más razón si no convirtiesen muchas; pues aunque entre estos últimos, por nuestra desgracia, haiga algunos, o sean también muchos, que, o no se propongan este fin, o no acierten con los medios, no se puede negar que los más, ni tienen otro intento, ni se pueden valer de medios más oportunos, atento el genio de la nación y circunstancias del auditorio. Esto creíamos nosotros, pero gracias a vuestra reverendísima que *nos quita la ilusión* (¡bella frase para el castellano que gasta vuestra reverendísima!).[43] Ni los primeros, ni los segundos, ni los terceros han «formado ese proyecto, ni nunca pensaron en intentarlo, porque entre nosotros no hay predicadores que hagan conversiones ni piensen nunca en hacerlas». Vamos claros: ¿en qué medallón del emperador Caracalla estaba distraído vuestra reverencia cuando estampó una proposición tan escandalosa y tan injuriosa a toda nuestra nación?[44] Pero lo más gracioso, y acaso sin ejemplo, es el ser mendigada, no sólo la sentencia, sino es la frase y casi todo el prólogo del libro que escribió en el idioma del autor, intitulado *Verdadero método de predicar según el espíritu del Evangelio,* el ilustrísimo señor Luis Abelly, obispo de Rodas; y porque se haga creíble tamaña galantería, doy la cata: «No debe, pues, causar admiración haya tan pocos predicadores que conviertan, habiendo tan pocos que formen tan importante designio; antes bien hay muchos que justamente se admiraran, y mucho (como dice un buen espíritu), si se les mostrase alguno que se hubiese convertido por sus sermones, pues ellos nunca pensaron en tal cosa.» Hállase a la letra al capítulo 7, página 28 de la traducción publicada en Madrid por el padre maestro Medrano, dominicano, año de 1724. No para aquí lo más fino de la supercheria, sino es que, así por algunos pasajes que claramente hablan con los franceses en particular, como

43. Esta expresión, como otras que Isla subraya, se consideraban entonces galicismos.
44. Panel era numismático.

por ser el autor francés, se reconoce ser dirigida la obra y la referida sentencia a ellos y a sus malos predicadores; y su reverendísima la rebota con un candor que edifica en invectiva contra los nuestros y apología por los suyos. ¿Cabe más valentía? ¿Cabe plagio más descarado ni más ratero?

43. Pero ya parece que achica vuestra reverendísima la voz en la página 31, cuando tácitamente confiesa que algunos de nuestros misioneros predican con este intento, mas yerran miserablemente los medios, y aún más lastimosamente se engañan en las señales por donde regulan el fruto de sus misiones. «Quedan después muy pagados de su fervor –dice vuestra reverendísima– porque gritó, con ellos y como ellos, el pueblo en sus actos de contrición; porque se asustó la vieja, malparió la embarazada, se desmayó de susto la doncella; porque comulgaron dos o tres mil personas. Pero, ¿advierten que de éstas no se convierten dos a nueva vida? ¿Por qué? Porque como no quedó ganado, sino atemorizado del grito, el corazón, se arrojó al tribunal de la penitencia sin propósito meditado... y endureciéndose más y más en la culpa por falta de este propósito, se aleja y se desvía de la verdadera conversión; que es cuanto el diablo desea, pues de estas misiones saca un sinnúmero de sacrilegios y un renuevo de sus cadenas en los miserables pecadores, que se llevaron de los aullidos sin penitencia interior del alma.»

44. Padre reverendísimo, no sé yo que haya misionero de nombre en España, ni predicador de juicio, que no esté bien persuadido a que ni los gritos del auditorio, ni el susto de la vieja, ni el aborto de la embarazada (que no hacía falta este *verbigracia)*, ni el desmayo de la doncella, ni la comunión de tres mil personas, ni aun de treinta mil, como ya se ha visto más de una vez, sean señales infalibles de una conversión verdadera. Saben muy bien que son señales equívocas; pero al fin son señales, si no de que se convierten todos, a lo menos de que les hace fuerza lo que oyen. La moción no está muy distante de la conmoción, según aquella sentencia del Espíritu Santo: *Ubi spiritus, ibi commotio*. Y en verdad que a San Juan Crisós-

tomo no le parecían mal las demostraciones exteriores de su pueblo antioqueno, cuando lloraba si el santo lloraba, clamaba si clamaba el santo, y se derretía en ternura si el santo se derretía. Apenas leerá vuestra reverendísima homilía alguna de este elocuentísimo padre donde no encuentre expresiones del consuelo y de la santa complacencia que esto le causaba. «En los sermones de San Vicente Ferrer —dice el historiador de su vida—, todo el auditorio era lágrimas, gritos, alaridos, desmayos, accidentes.» Y si por español descarta vuestra reverendísima, oiga lo que dice el padre Croiset, que sabe vuestra reverendísima que no lo es, en la vida del mismo santo, que se lee el día 5 de abril en su célebre *Año cristiano*:

45. «Predicaba con tanta fuerza y con tanto celo, que llenaba de terror aun los corazones más insensibles. Predicando en Tolosa (note vuestra reverendísima que no fue en Labajos, ni en algún pueblo de España) sobre el Juicio Universal, todo el auditorio comenzó a estremecerse con una especie de temblor, semejante al que causa el frío a la entrada de una furiosa calentura. Muchas veces le obligaban a interrumpir el sermón los llantos y los alaridos de sus oyentes, viéndose el santo precisado a callar por largo rato y a mezclar sus lágrimas con las del auditorio. En no pocas ocasiones, predicando, ya en las plazas públicas, ya en campaña rasa, se veían quedar muchas personas inmobles y pasmadas, como si fueran estatuas.» Y ahora dígame vuestra reverendísima, ¿parécele en puridad que al santo le sonarían mal estas demostraciones exteriores, erupciones casi precisas de la conmoción interior del corazón?

46. «¡Oh, señor, que en las misiones se comete un sinnúmero de sacrilegios!» Pase, aunque sea a trágala perra,[45] el *sinnúmero*. Pero, ¿juzga vuestra reverendísima que se cometen pocos en el tiempo de la confesión y de la comunión pascual, a que es preciso se sujete todo católico, so pena de tablillas[46] y algo más? ¿Cree buena-

45. *a trágala perra*: a la fuerza.

46. *tablillas*: «Lista, regularmente hecha de tabla, en que escriben los nombres de los públicos excomulgados; y así se dice, Fulano está en la tablilla» *(DA)*.

mente vuestra reverendísima que dejarán de cometerse algunos en los jubileos más célebres? ¿Y será bueno que por eso no sepan cuál es su alegría derecha aquellos celosos párrocos, que tanto se regocijan en el Señor cuando ven que han cumplido con la Iglesia todos sus feligreses? ¿Será bueno que vuestra reverendísima se ría del espiritual consuelo que siente todo hombre de mediano celo y amor a la religión, cuando ve un número sin número de confesiones y de comuniones en los jubileos plenísimos? ¿Será bien parecido que vuestra reverendísima asiente con la mayor rotundidad que eso es «cuanto el diablo desea», que todos confiesen y comulguen, así en el precepto pascual como en los grandes jubileos, «pues de esto saca un sinnúmero de sacrilegios»? Mi padre, como se llama, otra vez váyase vuestra reverendísima con más tiento en esas proposiciones tan universales y tan odiosas, pesando un poco más las razones con que pretende probarlas; y créame que por estar de prisa y de pura lástima, no me detengo en acribar otras clausulillas del tal donoso parrafito, en que se asoman unos granzones [47] de mala calidad.

47. Pero, ¿cómo quiere vuestra reverendísima que en Dios y en conciencia le disimule todo este montón de proposiciones injuriosísimas, por ser tan universales, que se siguen? Página 28: «También una vieja que mochea habla, habla un delirante, y un papagayo habla. ¿Y son predicadores éstos? Sí, *como nuestros predicadores...*, que no son más que unos habladores, y nada más.» Página 32: «Pues digo a *nuestros predicadores panegiristas* que no saben, que no pueden predicar de San José, de San Benito, de San Bernardo, etc., sin decir herejías.» Página 34: «¿Puede darse libertad, ni más osada ni más común, que la de *nuestros predicadores,* que ponen los santos, que panegirizan, siempre superiores a todos los del Antiguo y Nuevo Testamento?» Página 43: «*Nuestros predicadores* juntan, como en otro tiempo Pablo en las plazas de Atenas, un auditorio ociosa, que no se propone otro fin que el de oír algo de

47. *granzones*: nudos de la paja que quedan cuando se criba y que ordinariamente deja el ganado en los pesebres, por ser lo más duro de ella.

nuevo.» Página 53: «En una librería de Holanda había un gran número de volúmenes españoles: eran unos sermones impresos de *nuestros grandes predicadores*, cuidadosamente recogidos, y respaldado cada tomo con una inscripción que con letras doradas decía: *Dialéctica elocuencia de los salvajes de Europa*.»

48. Basta, que ya no hay paciencia para más. ¡Conque *nuestros predicadores* son unos delirantes, unos papagayos, unos habladores, y nada más! ¡Conque *nuestros predicadores* panegiristas no saben predicar de los santos sin decir herejías! ¡Conque *nuestros predicadores* son unos charlatanes que convocan un auditorio ocioso, «como en otro tiempo Pablo en las plazas de Atenas!» (¡Pobre Apóstol! ¡Y qué bien te ponen!) ¡Conque *nuestros grandes predicadores* son los salvajes de Europa! ¡Y para que compremos el papelejo donde esto se estampó a hurtadillas, nos despachan por el correo a todas partes papeletas impresas, en que se especifica el lugar de la impresión y las librerías extranjeras donde nos regalarán por nuestro dinero con estas donosuras! ¡Y el autor de ellas, que tanto nos honra, quizá estará comiendo sueldo de España! Como el gran Bruzen de la Martinière que, en su *Diccionario geográfico*,[48] habló de nosotros con tal descuido, ignorancia y poca estimación, que parece se lo pagaron nuestros enemigos.

49. Iba a exaltarme el atrabilis,[49] pero la eché una losa encima, porque estos negocios mejor se tratan con flema. Ora bien, reverendísimo mío, no se puede negar que entre *nuestros predicadores* hay algunos, hay muchos que son todo lo que vuestra reverendísima dice, y algo más, si pudiera ser. Pero, ¿lo son *todos nuestros predicadores*? Que eso quiere decir una proposición tan indefinida. ¿Y lo son *solamente nuestros predicadores*? Eso da a entender vuestra reverendísima, cuando en la página 40 nos propone el ejemplo de «nuestros vecinos (los predicadores franceses), que como fieles canes ladran contra los lobos, los apartan así

48. *Grand dictionnaire géographique, historique et critique* (1726-1730), de Antoine-Augustin Bruzen de la Martinière (1662-1749).
49. *atrabilis*: cólera negra. También hace alusión a la persona colérica *(DA)*.

de sus hatos, hacen constantemente la guerra la más viva al vicio», etcétera. Y después comienza vuestra reverendísima a decir por contraposición lo que pasa. «Aquí en nuestra España... *los predicadores*, mudos contra el vicio, le dejan que se arraigue, que se extienda, que se multiplique.»

50. ¡Válgame Dios! ¡Y qué flaco de memoria debe de ser vuestra reverendísima! Pues, ¿no nos acaba de contar aquel cuentecito (y con una gracia que encanta) de aquel señor obispo de Francia, que quitó la licencia de predicar «a cincuenta o sesenta predicadores»; y viendo que esto no alcanzaba, estampó aquel sermón burlesco, que se reimprimió más de cuarenta veces, sobre el texto de *sicut unguentum*, que, al leer la sal con que vuestra reverencia le refiere, se nos derrite la risa por las barbas? ¿Y esos cincuenta o sesenta predicadores «nuestros vecinos» (dentro de una misma diócesis, como es preciso suponerlo, para que estuviesen sujetos a la jurisdicción de tal señor obispo), serían «unos canes fieles que ladraban contra los lobos, y los apartaban de sus hatos»? ¿Y no podrían contarse también entre los «salvajes de Europa»? Pues ahora regule vuestra reverendísima no más que a razón de cincuenta, o sesenta, predicadores «de las barbas de Aaron», por cada uno de los ciento y seis obispados que contiene el reino de Francia, y eche no más que cien predicadores de la misma estofa a cada uno de los diez y ocho arzobispados que cuenta en sus dominios; hallará vuestra reverendísima un cuerpo de siete mil ochocientos «salvajes de nuestros vecinos»,[50] que no es mal socorro para reforzar el ejército de los salvajes de Europa». ¿Qué digo? Harto será que las tropas auxiliares no excedan el todo de las principales.

51. Mi reverendo padre, no nos alucinemos. Ninguno de los vicios que vuestra reverendísima nota en *nuestros predicadores*, dejaron de notar en los *predicadores nuestros vecinos* el señor Salignac y los padres Causino y Gisbert, en las obras que escribieron para corregir los abusos del púlpito, precisamente en sus paisanos; porque ellos no se metieron con otros, singularmente el primero y el

50. Hay un error en la suma.

último. *Si esto valiera la pena* (tampoco es maluca frase para el gusto de vuestra reverencia y el de otros camaradas), fácil cosa me sería hacer la demostración *ad oculum*; pero me fastidia detenerme tanto en su prólogo, que ya me tiene hasta las cejas. Y sería yo bien recibido en Francia, si, fingiéndome francés y aprovechándome de lo que los mismos franceses declaman contra sus malos predicadores, diese a luz un *folleto*, o llámese *libelo*, en que a rapa terrón gritase: «*Nuestros predicadores* son unos rábulas. *Nuestros predicadores* son unos charlatanes. *Nuestros predicadores* son unos papagayos. *Nuestros predicadores* son unos vocingleros. *Nuestros predicadores* no hacen conversiones. *Nuestros predicadores* no forman tal proyecto. *Nuestros predicadores* quedan muy pagados de su fervor, porque se asustó la vieja, y malparió la embarazada. *Nuestros predicadores panegiristas* no saben predicar de los santos sino herejías. *Nuestros predicadores* son los salvajes de Europa.»

52. Si yo publicase en Francia, dándome por autoridad propia el derecho de naturalidad, un librejo atestado de estas lindezas, ¿no llovieran con razón más decretos de todos los parlamentos, de fuego contra el librejo y de prisión contra mí, que han llovido algunos años a esta parte contra los curas, sobre el negocio que sabe vuestra reverendísima? ¿No me pelarían justísimamente las barbas, y me gritarían todos, hombres, mujeres y niños, *al coquin, al faquin, al maraud*, que hace una injusticia *si criante*[51] a todos los grandes predicadores que ha tenido la Francia, y que cada día están saliendo de su seno, sólo porque deshonran su púlpito un puñado de fatuos y de mentecatos? ¿No me darían en los bigotes con los Bourdaloues, con los La Colombières, con los Fleurys, con los Fléchieres, con los Segauds, con los Massillones, con los Bretonneaus,[52] y con un inmenso catálogo de oradores verdaderamente apostólicos, celosos, elocuentes, rápidos, evangélicos, sólidos, sublimes, modelos originales? ¿Y no

51. *al coquin*: al pícaro; *al faquin*: al bribón; *al maraud*: al tunante; *si criante*: tan clara.

52. Famosos oradores y predicadores franceses que vivieron entre los siglos XVII y XVIII.

me reconvendrían también con que no necesitaba la Francia de que un francés postizo se viniese a entrometer para corregir los defectos de sus compatriotas, pues ya tenía ella hijos verdaderos suyos, que lo tomasen de su cuenta con mucha más gracia y con mayor juicio? Señor padre, estamos en el mismo caso, y suplico a vuestra reverendísima que me excuse la aplicación.

53. Como soy cristiano, que ya quisiera dejarlo, porque me voy abochornado y no me puede hacer provecho para la digestión. Pero formo escrúpulo de no decir una palabrita sobre cierta digresión, la más impertinente del mundo para el intento, que hace vuestra reverendísima en la página 50. «¡Y con todo, predicando así —dice vuestra reverendísima—, han llegado varios religiosos a la mitra! ¡Como si las mitras fueran para cabezas escondidas en las capuchas! ¿Continuaremos en tener a los extranjeros persuadidos por nuestra culpa a esto? Como no están acostumbrados a ver que fuera de España obispen los frailes, cuando leen en las gacetas que el rey de España ha dado un obispado a un religioso, creen que por falta de eclesiásticos obispales se ve el rey precisado a echar mano de los religiosos, pues no tiene quien pueda ni merezca ser obispo entre los bonetes.»

54. Que se engaste este parrafito en piedras preciosas de a dos en quintal. Mientras tanto voy a sonarme las narices, porque me baja la fluxión, y lo pide la materia. Mire, padre, ninguno puede hablar con más imparcialidad que yo en este asunto; porque ha de saber su reverendísima que yo soy un pobre bonete, no tengo «metida la cabeza en la capucha», y no puedo ser obispo.[53] ¿A qué cura de San Pedro de Villagarcía se le ha sentado jamás la mitra, no digo en la cabeza, pero ni aun en la fantasía? Lo más más que tuvimos aquí fue un doctor por Sigüenza, o cosa tal, que llegó a se comisario del Santo Oficio, y estuvo la villa para sacarle un vítor pintado con almagre, lo que se dejó porque no alcanzaban los propios [54] para

53. No habla aquí Isla, sino «Lobón de Salazar».
54. *los propios* eran los bienes inmuebles que una localidad tenía para sufragar los gastos públicos.

los gastos. A mí me graduó la Universidad de Valladolid de bachiller, y casi soy un fenómeno. Cuando me oyen decir que fui opositor a cátedras (si alguna vez lo digo) se santigua el concejo, y más de dos preguntan si las cátedras son cosa de comer. ¡Considere vuestra reverendísima si con estos dictados serán humildes mis pensamientos y si podré pensar en mitra! Con una prebendica de 700 o de 800 ducados no me trocaría por un patriarca. Y dígaselo así vuestra reverendísima de mi parte al rey y al señor confesor, que como los dos quieran, está hecha la cosa; pues por lo que toca a mí, allí va anticipada la aceptación.

55. Esto supuesto, ¿no me dirá vuestra reverendísima en qué pensaba cuando se atrevió a escribir la primera cláusula de tal donoso parrafillo? «¡Y con todo, predicando así, han llegado varios religiosos a la mitra!» Esto es, han llegado a la mitra varios «rábulas, charlatanes, papagayos, habladores, delirantes, predicadores de herejías, salvajes de la Europa», porque al fin éstos son los «que predican así». A éstos ha consultado la Cámara de Castilla para obispos; se han conformado con la consulta los señores y padres confesores, y el rey los ha nombrado para la mitra. Saque vuestra reverendísima las consecuencias que se siguen de esto, que yo estoy algo de prisa, y me está llamando la cláusula que viene después: «¡Como si las mitras fueran para cabezas escondidas en las capuchas!» ¡Hay tal! ¡Conque ni las mitras son para cabezas escondidas en las capuchas, ni las cabezas escondidas en las capuchas son para las mitras! Pues mucho menos serán para el sombrero rojo (*capelo* le llama el italiano), y muchísimo menos para tiara. ¿Y tiene vuestra reverendísima bien contadas las cabezas que desde la *capucha* salieron para el *capelo*, y desde el capelo se cubrieron con la tiara, sin contar las muchas otras a las cuales encajaron la tiara casi casi encima de la *capucha*? ¿Ha leído vuestra reverendísima algo de la historia eclesiástica? Me temo que solamente ha oído hay en el mundo una cosa que se llama así; porque si la hubiera no más que saludado, sabría que por casi doscientos años (otros dicen trescientos) apenas salió la tiara de la *capucha* benedictina del céle-

bre Monte Casino. Pero, ¡qué *capuchas*! Pero, ¡qué tiaras!

56. ¿Y las mitras de Francia nunca «se hicieron para cabezas metidas en las capuchas»? ¡Pobre español pegote! ¡Y qué poco *sabe su historia*! (También esta frase es *favorita* de vuestra reverendísima.) ¿Ignora vuestra reverendísima que por más de tres siglos apenas hubo obispo en Francia que no hubiese salido de los célebres monasterios de Lérins, Pontigny, Tours, Fuente-Juan, Chalis, Mon-Marre, Isla-Barba, Brou y otros innumerables, así de benedictinos como de cistercienses, por no contar a Cluni ni al Cister, que en los siglos decimotercio y decimocuarto se llamaban *les pepinières des evêques*, como si dijéramos el plantío de los obispos? ¿Nunca leyó en su historia que en el siglo duodécimo era ya como cosa asentada que para las mitras vacantes se habían de proponer en la junta del clero y del pueblo a los abades del Cister, cuya orden florecía entonces con el mayor rigor de la más exacta observancia? ¿No reparó en ella el grande embarazo en que se halló la clerecía y la ciudad de Bourges en la muerte de su arzobispo Enrique de Sully, porque «florecía entonces el orden cisterciense en tantos sujetos insignes que esta misma multitud embarazaba la elección del clero»: palabras con que se explica la historia, como que era preciso que la elección recayese en sujeto de aquella orden? Dígame, padre español neófito, los Martines, los Guillermos, los Lubines, los Euquerios, y otro número sin número de mitras francesas, canonizadas y no canonizadas, ¿*fueron cabezas metidas* en los bonetes, o *en las capuchas*?

57. Dice vuestra reverendísima que: «Como los extranjeros no están acostumbrados a ver que fuera de España obispen los frailes, cuando leen en las gacetas que el rey de España ha dado un obispado a un religioso, creen que por falta de eclesiásticos obispales se ve el rey precisado a echar mano de los religiosos.» ¡Conque los extranjeros no están acostumbrados a ver que fuera de España obispen los frailes! ¡Conque en Italia no hay frailes obispos! ¡Ni en Alemania hay obispos frailes o religiosos! Déjelo, padre, por amor de Dios. Antes que vuestra reverendísima diese a luz esta proposición, ¿no le hubiera sido

mejor y más fácil averiguar si había en estos tiempos en Alemania y en Italia algunos frailes vestidos de obispos, que gastar el calor natural en inquirir si, dos o tres mil años ha, los niños y las niñas de los gentiles se vestían de diosecicos y diosecicas de devoción, así como se visten ahora de frailicos y monjicas de devoción muchos niños y niñas de los cristianos? Curiosa noticia, que debemos a la infatigable laboriosidad de vuestra reverendísima, pero que nos hacía poca falta, y a vuestra reverendísima le hacía mucha saber que los extranjeros están muy acostumbrados a ver fuera de España muchos frailes vestidos de obispos, y muchos obispos vestidos de frailes.

58. Finalmente, vamos a la raíz y abreviemos el camino. Es cierto, padre mío, que en el primer siglo de la institución o de la fundación de los monjes, las cabezas *metidas en las capuchas* (si es que tenían capuchas en que meterse las cabezas de aquellos primeros monjes) no sólo no se hicieron para las mitras, pero ni aun para las coronas; porque aquellos monjes primitivos, por regla general, ni recibían ni querían recibir los órdenes sagrados. Tan legos eran todos como la madre que los parió, salvo tal cual que, después de ordenado *in sacris*, se retiraba a la vida monacal. Y no era esto porque no hubiese entre ellos muchísimos hombres tan eminentes en sabiduría como en virtud, sino porque su profunda humildad los desviaba de aquel altísimo estado. Si vuestra reverendísima quiere instruirse a fondo en la materia, no tiene más que leer al padre Mabillon. Esto era en el primer siglo del instituto y de la profesión monacal.

59. Pero después que el papa Siricio, por los años de 390, consideró despacio los grandes bienes de que se privaba la Iglesia de Dios, y las grandes ventajas que podía sacar de que los monjes graves, circunspectos, ejemplares y sabios fuesen promovidos no sólo a todos los órdenes, sino a todos los oficios y beneficios de la Santa Iglesia; después que reflexionó a que no era razón que el bien particular, que los representaba a ellos su humildad, prevaleciese al bien común; y finalmente, después que, en virtud de estas consideraciones, en la famosa carta que escribió a Himerio, obispo de Tarragona, en el capítulo

13 le dice que no sólo ordene, sino que eleve a todos los oficios y beneficios eclesiásticos a los monjes que sobresalieron en gravedad, doctrina, pureza de la fe y en santidad. *Monachis quoque, quos tamen morum gravitas, et vitae ac fidei institutio sancta commendat, clericorum officiis aggregari*; [55] es gusto ver la prisa que se dieron los obispos, los pueblos, los emperadores y los mismos papas a turbar, por decir así, la santa quietud de los desiertos, y a arrancar de ellos a los extáticos cenobitas, para colocarlos en las primeras dignidades, pareciéndoles muy justo que los que habían santificado primero el claustro y la soledad fuesen a santificar después a los poblados y al mundo. Desde entonces y por muchos siglos después, apenas se vieron más que monjes en las primeras sillas de la Iglesia Universal, tanto en Oriente como en Occidente. Vea ahora vuestra paternidad muy reverenda «si las mitras se hicieron para cabezas metidas en las capuchas».

60. Conclusión.–Suplícasele, pues, a vuestra reverendísima con el mayor rendimiento, que otra vez no se meta en lo que no entiende; que haga más justicia (ya que no quiera hacerla merced) a la nación española; que cuando intente corregir abusos, hable con menos universalidad; que trate con mayor respeto las resoluciones del rey, el dictamen de sus prudentes confesores, y el parecer de sus sabios ministros; y en fin, que no eche en olvido aquel refrancito español: «Quien tiene tejado de vidrio, no tire piedras al de su vecino.»

61. Mas para que vuestra reverendísima conozca que procedo de buena fe y que no choco porque tengo gana de chocar, le digo ingenuamente que, como se hubiese contentado con la primera parte de su prólogo coracero; con haber contraído un poco más la segunda, sin meterse en el delicado punto de obispados (que ya pica en antigua historia); con no haber salpicado a todos los predicadores del rey, singularmente a *los del número*; y con haber hecho su paralelo de los dos sermones, franceses y caste-

55. «La gravedad de sus costumbres y la manera santa de vivir y de creer de estos monjes hace posible que se les pueda confiar oficios propios de clérigos.»

llanos, aunque fuese con los paréntesis y glosas en romance esguízaro que añade a estos últimos, no hubiéramos reñido. Le hubiera abandonado a vuestra reverendísima los dos sermones, con sus dos predicadores, y aunque fuesen otros dos mil como ellos, sin que hubiésemos sacado las espadas. Porque al fin vuestra reverendísima tiene muchísima razón en todo lo que dice de los tales dos sermones, y de todos los demás que sean tales como los susodichos. Convengo en eso, y por lo mismo esgrimo la pluma en este escrito, para ver si los puedo desterrar no sólo de España, sino de todo el mundo; porque, más o menos, en todo el mundo hay orates con el nombre de oradores. Si el *ungüento* de la barba de Aarón sanó en Francia a tantos predicadores relajados, como dice vuestra reverendísima, no desconfío de que el *sebo* del entendimiento de fray Gerundio haga en España iguales prodigios. En todo caso, yo tendré grande consuelo si, al acabar de oír un sermón de los que tanto se usan, dice el auditorio «que ha estado admirable el padre fray Gerundio; que el padre Gerundio lo ha hecho asombrosamente; y que no ha podido decir más el señor don Gerundio».

62. Para esto, lector mío (¿cuánto ha que no nos hablamos? Perdona, que se me atravesó este embozado en el camino, y era preciso contestarle); para esto, lector mío, ha sido indispensable citar muchos textos de la Sagrada Escritura como los citan los fray Gerundios, aplicarlos como ellos los aplican, y fingir entenderlos como ellos los entienden. Pero, ¡hola!, no te persuadas, ni aun en burlas, a que yo los cito, los aplico, ni los entiendo de veras como los entienden ellos. Tengo muy presente así el gravísimo decreto del Concilio de Trento, como las bulas de Pío V, Gregorio XIII, Clemente VIII y Alejandro VII contra esta sacrílega profanación. Protesto que antes quemara mil *Historias de fray Gerundio* que contravenir, ni aun ligerísimamente, a tan severa como sagrada prohibición. Pero no era posible hacer ridículos a los predicadores que incurren tan lastimosamente en ella, y en las censuras que la acompañan, sin hacer ridículo el modo con que ellos manejan el Sagrado Texto. Mas esto, ¿cómo podía ser sin

citar el texto y sin burlarme del modo con que le manejan ellos? Así, pues, siempre que encuentres algún lugar de la Sagrada Escritura ridículamente entendido y estrafalariamente aplicado, ten entendido que es por burlarme de ellos, por correrlos, por confundirlos; y consiguientemente, que esta impiedad debe ir de cuenta suya, y no de la mía. Cuidado con esta advertencia, que es de suma importancia; pues al fin, aunque no sea más que un pobre clérigo de misa y olla (y ésta flaca), soy un poco temeroso de Dios, me profeso rendido y obediente a las leyes de la Iglesia, y, por fin y por postre, tengo mi alma en las carnes, a la cual estimo tanto como puede estimar la suya un patriarca.

63. Pero si no eres más de lo que dices (ésta es tu última réplica), ¿quién te ha metido a ti en dibujos, y en tales dibujos? ¿Faltaban en España hombres doctísimos, celosísimos, eruditísimos y sazonadísimos que tomasen de su cargo un empeño de tanta importancia como gravedad? ¿De dónde te ha venido de repente el caudal de literatura, de juicio, de crítica, de noticias y de sal que se necesita para un empeño tan arduo? Dejo a un lado la autoridad, dictados, crédito y fama que era menester para emprenderle. ¡Un capellán de San Luis, un cura de la iglesia de San Pedro de Villagarcía, un Lobón metido a reformador del púlpito en España! ¡Un Lobón! ¡Santos cielos! ¡Un Lobón! ¡Qué sabemos quién fue los que le conocemos! ¡Un Lobón que, en tres o cuatro sermones que predicó (y algunos de ellos *de rumbo*), dejó muy atrás a todos los Gerundios pasados, presentes, futuros y posibles! ¡Éste nos quiere instruir! ¡Éste nos quiere reformar! ¡Éste se nos viene ahora a burlarse de nosotros! ¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres!

64. Sí, amigo lector, sí, aunque te pese. Ese mismo Lobón, que fue todo lo que tú dices y todo lo que quieres decir, y aún mucho más, si no estás contento, es el que se atreve a una empresa como ésta. Mayor fue la de la conversión de todo el mundo, y en verdad que para ella no se valió Dios de catedráticos, sino de unos pobres pescadores; porque al fin, amigo, el espíritu del Señor inspira donde quiere, cuando quiere y en quien quiere. Que

lo haría mucho mejor que yo cualquiera otro, no te lo puedo negar; mas como oigo que infinitos se lastiman y que ninguno lo emprende, excusándose los hombres grandes con estas, con aquellas y con las otras razones, yo, que ni me mato por ser más, ni tampoco puedo ser menos, escupí las manos, refreguélas y púselas a la obra con este tal cual caudalejo que el Señor me dio. Si acerté en algo, a Él sea la gloria; si lo erré en todo, agradéceme la buena voluntad. Y, con esto, adiós, que a fe estoy ya cansado de tanta parladuría.

EXPLICIT PROLOGUS

PRIMERA PARTE

LIBRO I

CAPÍTULO PRIMERO

PATRIA, NACIMIENTO Y PRIMERA EDUCACIÓN DE FRAY GERUNDIO

CAMPAZAS es un lugar de que no hizo mención Tolomeo en sus cartas geográficas, porque verisímilmente no tuvo noticia de él, y es que se fundó como mil y doscientos años después de la muerte de este insigne geógrafo, como consta de un instrumento antiguo que se conserva en el famoso archivo de Cotanes.[1] Su situación es en la provincia de Campos, entre poniente y septentrión, mirando derechamente hacia éste, por aquella parte que se opone al Mediodía. No es Campazas ciertamente de las poblaciones más nombradas, ni tampoco de las más numerosas de Castilla la Vieja, pero pudiera serlo; y no es culpa suya que no sea tan grande como Madrid, París, Londres y Constantinopla, siendo cosa averiguada que por cualquiera de las cuatro partes pudiera extenderse hasta diez y doce leguas, sin embarazo alguno. Y si, como sus celebérrimos fundadores (cuyo nombre no se sabe) se contentaron con levantar en ella veinte o treinta chozas, que llamaron casas por mal nombre, hubieran querido edificar docientos mil suntuosos palacios con sus torres y chapiteles, con plazas, fuentes, obeliscos y otros edificios públicos, sin duda sería hoy la mayor ciudad del mundo. Bien sé lo que dice cierto crítico moderno, que esto no pudiera ser, por cuanto a una legua de distancia corre de

1. Campazas está en Tierra de Campos, provincia de León, y Cotanes en Zamora. Isla ironiza en estos párrafos sobre el uso de fuentes documentales y parodia el estilo de las historias.

Norte a Poniente el río grande, y era preciso que por esta parte se cortase la población. Pero sobre que era cosa muy fácil chupar con esponjas toda el agua del río, como dice un viajero francés que se usa en el Indostán y en el gran Cairo; o cuando menos, se pudiera extraer con la máquina neumática todo el aire y cuerpecillos extraños que se mezclan en el agua, y entonces apenas quedaría en todo el río la bastante para llenar una vinagrera, como a cada paso lo experimentan con el Rin y con el Ródano los filósofos modernos, ¿qué inconveniente tendría que corriese el río grande por medio de la ciudad de Campazas, dividiéndola en dos mitades? ¿No lo hace así el Támesis con Londres, el Moldava con Praga, el Spree con Berlín, el Elba con Dresde y el Tíber con Roma, sin que por eso pierdan nada estas ciudades? Pero al fin los ilustres fundadores de Campazas no se quisieron meter en estos dibujos y, por las razones que ellos se sabrían, se contentaron con levantar en aquel sitio como hasta unas treinta chozas (según la opinión que se tiene por más cierta) con sus cobertizos, o techumbres de paja a modo de cucuruchos, *que hacen un punto de vista el más delicioso del mundo.*

2. Sobre la etimología de Campazas hay grande variedad en los autores. Algunos quieren que en lo antiguo se llamase *Campazos,* para denotar los grandes campos de que está rodeado el lugar, que verisímilmente dieron nombre a toda la provincia de Campos, cuya punta occidental comienza por aquella parte: y a esta opinión se arriman Antón Borrego, Blas Chamorro, Domingo Ovejero y Pascual Cebollón, diligentes investigadores de las cosas de esta provincia. Otros son de sentir que se llamó y hoy se debiera llamar *Capazas,* por haberse dado principio en él al uso de las capas grandes que, en lugar de mantellinas, usaban hasta muy entrado este siglo las mujeres de Campos, llamadas por otro nombre *las tías*; poniendo sobre la cabeza el cuello o la vuelta de la capa, cortada en cuadro y colgando hasta la mitad de la saya de frechilla,[2] que era la gala recia en el día de Corpus y de San Roque,

2. *saya de frechilla*: saya hecha en Frechilla (Palencia), donde había muchos telares.



o cuando el tío de la casa servía alguna mayordomía. De este parecer son César Capisucio, Hugo Capet, Daniel Caporal, y no se desvía mucho de él Julio Capponi. Pero como quiera que esto de etimologías por lo común es erudición *ad líbitum*, y que en las bien fundadas de san Isidoro no se hace mención de la de Campazas, dejamos al curioso lector que siga la que mejor le pareciere; pues la verdad de la historia no nos permite a nosotros tomar partido en lo que no está bien averiguado.

3. En Campazas, pues (que así le llamaremos, conformándonos con el estilo de los mejores historiadores, que en materia de nombres de lugares usan de los modernos, después de haber apuntado los antiguos), en Campazas había, a mediado del siglo pasado, un labrador que llamaban el rico del lugar; porque tenía dos pares de bueyes de labranza, una yegua torda, dos carros, un pollino rucio, zancudo, de pujanza y andador, para ir a los mercados; un hato de ovejas, la mitad parideras y la otra mitad machorras; y se distinguía su casa entre todas las del lugar en ser la única que tenía tejas. Entrábase a ella por un gran corralón flanqueado de cobertizos, que llaman *tenadas* los naturales; y antes de la primera puerta interior se elevaba otro cobertizo en figura de pestaña horizontal, muy jalbegueado de cal, con sus chafarrinadas, a trechos, de almagre, a manera de faldón de disciplinante en el día de Jueves Santo. El zaguán o portal interior estaba bernizado con el mismo jalbegre, a excepción de las ráfagas de almagre, y todos los sábados se tenía cuidado de lavarle la cara con un baño de aguacal. En la pared del portal, que hacía frente a la puerta, había una especie de aparador o estante, que se llamaba *vasar* en el vocabulario del país, donde se presentaba desde luego a los que entraban toda la vajilla de la casa; doce platos, otras tantas escudillas, tres fuentes grandes, todas de Talavera de la Reina, y en medio dos jarras, de vidrio con sus cenefas azules hacia el brocal, y sus asas a picos o a dentellones, como crestas de gallo. A los dos lados del vasar se levantaban desde el suelo con proporcionada elevación dos poyos de tierra, almagreados por el pie y caleados por el plano, sobre cada uno de los cuales se habían abierto cua-

tro a manera de hornillos, para asentar otros tantos cántaros de barro, cuatro de agua zarca [3] para beber, y los otros cuatro de agua del río para los demás menesteres de la casa.

4. Hacia la mano derecha del zaguán, como entramos por la puerta del corral, estaba la sala principal, que tendría sus buenas cuatro varas en cuadro, con su alcoba de dos y media. Eran los muebles de la sala seis cuadros de los más primorosos y más finos de la famosa calle de Santiago,[4] de Valladolid, que representaban un San Jorge, una Santa Bárbara, un Santiago a caballo, un San Roque, una Nuestra Señora del Carmen y un San Antonio Abad con su cochinillo al canto. Había un bufete con su sobremesa de jerga listoneada a fluecos, un banco de álamo, dos sillas de tijera, a la usanza antigua, como las de ceremonia del Colegio Viejo de Salamanca; [5] otra que al parecer había sido de vaqueta, como las que se usan ahora, pero sólo tenía el respaldar, y en el asiento no había más que la armazón; una arca grande, y junto a ella un cofre sin pelo [6] y sin cerradura. A la entrada de la alcoba se dejaba ver una cortina de gasa con sus listas de encajes de a seis maravedís la vara, cuya cenefa estaba toda cuajada de escapularios con cintas coloradas, y Santas Teresas de barro en sus urnicas de cartón cubiertas de seda floja, todo distribuido y colocado con mucha gracia. Y es que el *rico de Campazas* era hermano de muchas religiones, cuyas cartas de hermandad [7] tenía pegadas en la pared,

3. *zarca*: azul clara. Se emplea sobre todo para referirse al agua y a los ojos de las mujeres.

4. Según Fernández Martín (I, 110), en esta calle estaban los talleres de varios pintores discípulos de Diego Valentín Díaz.

5. El de San Bartolomé, el más antiguo de los colegios mayores de la ciudad.

6. Desgastado. Alude a la expresión «pelo de cofre», de color bermejo.

7. *cartas de hermandad*: títulos expedidos por el prelado de una comunidad religiosa a favor de alguien, admitido como hermano. Daban a éste ciertos privilegios e inmunidades. Podía hospedarse en conventos de la orden y a la inversa. Hay varias alusiones a ello a lo largo de la obra.

unas con hostia y otras con pan mascado, entre cuadro y cuadro de los de la calle de Santiago; y cuando se hospedaban en su casa algunos padres graves, u otros frailes que habían sido confesores de monjas, dejaban unos a la tía Catuja (así se llamaba la mujer del rico) y los más a su hija Petrona, que era una moza rolliza y de no desgraciado parecer, aquellas piadosas alhajuelas en reconocimiento del hospedaje encargando mucho la devoción y ponderando las indulgencias.

5. Por mal de mis pecados se me había olvidado el mueble más estimado que se registraba en la sala. Eran unas conclusiones [8] de tafetán carmesí de cierto acto que había defendido en el Colegio de San Gregorio, de Valladolid, un hermano del rico de Campazas, que, habiendo sido primero colegial del insigne Colegio de San Froilán, de León, el cual tiene hermandad con muchos colegios menores de Salamanca, fue después porcionista de San Gregorio. Llegó a ser gimnasiarca, [9] puesto importante que mereció por sus puños; obtuvo por oposición el curato de Ajos y Cebollas, en el obispado de Ávila; y murió en la flor de su edad, consultado ya en primera letra para el del Verraco. En memoria de este doctísimo varón, ornamento de la familia, se conservaban aquellas conclusiones en un marco de pino, dado con tinta de imprenta; y era tradición en la casa que, habiendo intentado dedicarlas primero a un obispo, después a un título y después a un oidor, todos se excusaron, porque les olió a petardo. Conque, desesperado el gimnasiarca (la tía Catuja le llamaba siempre *el heresiarca*), se las dedicó al Santo Cristo de Villaquejida, haciéndole el gasto de la impresión un tío suyo, comisario del Santo Oficio.

6. Su hermano el rico de Campazas, que había sido

8. *conclusiones*: «puntos o proposiciones teológicos, jurídicos, canónicos, filosóficos o médicos que se defienden públicamente en las escuelas» *(DA)*. Las conclusiones fueron criticadas por numerosos reformadores de la enseñanza.

9. *porcionista*: pensionista. *gimnasiarca*: en Grecia era el encargado de la educación física. Parece palabra inventada por Isla, pero más tarde la usarán también autores como Gutiérrez de Vegas y Ugena.

estudiante en Villagarcía y había llegado hasta medianos,[10] siendo el primero del banco de abajo como se entra por la puerta, sabía de memoria la dedicatoria que tenía prevenida para cualquiera de los tres mecenas que se la hubiera aceptado; porque el gimnasiarca se la había enviado de Valladolid, asegurándole que era obra de cierto fraile mozo, de estos que se llaman *padres colegiales,* el cual trataba en dedicatorias, arengas y cuodlibetos,[11] por ser uno de los latinos más deshechos, más encrespados y más retumbantes que hasta entonces se habían conocido, y que había ganado muchísimo dinero, tabaco, pañuelos y chocolate en este género de trato; «porque al fin —decía en su carta el gimnasiarca— el latín de este fraile es una borrachera, y sus altisonantes frases son una Babilonia». Con efecto: apenas leyó el rico de Campazas la dedicatoria, cuando se hizo cruces, pasmado de aquella estupendísima elegancia, y desde luego se resolvió a tomarla de memoria, como lo consiguió al cabo de tres años, retirándose todos los días detrás de la iglesia que está fuera del lugar, por espacio de cuatro horas. Y cuando la hubo bien decorado,[12] aturrullaba a los curas del contorno que concurrían a la fiesta del patrono, y también a los que iban a la romería de Villaquejida, unas veces encajándosela toda, y otras salpicando con trozos de ella la comida en la mesa de los mayordomos. Y como el socarrón del rico a ninguno declaraba de quién era la obra, todos la tenían por suya, y aun entre todos los del Páramo pasaba por el gramático más horroroso que había salido jamás de Villagarcía: tanto, que algunos se adelantaban a decir sabía más latín que el mismo Taranilla, aquel famoso *dómine* que atolondró a toda la tierra de Campos con su latín crespo y enrevesado, como, verbigracia, aquella famosa carta con que examinaba a sus discípulos, que comenzaba así: *Palentiam mea si quis,* que unos construían: «Si alguno mea a Palencia.»

10. *medianos*: «clase de la gramática, que era aquella en que se trataba del uso y construcción de las partes de la oración» *(DRAE).*
11. *cuodlibetos*: ejercicios de las antiguas universidades, en los que disertaba el graduado sobre materias libremente elegidas.
12. *decorado*: aprendido de memoria.

Y por cuanto esto no sonaba bien y parecía mala crianza, con peligro de que se alborotasen los de la Puebla, y no era verisímil que el dómine Taranilla, hombre por otra parte modesto, circunspecto y grande azotador, hablase con poco decoro de una ciudad por tantos títulos tan respetable, otros discípulos suyos lo construían de este modo: «*Si quis mea,* "chico mío", suple *fuge,* "huye", *Palentiam,* "de Palencia".» A todos éstos los azotaba irremisiblemente el *impitoyable* Taranilla, porque los primeros perdían el respeto a la ciudad, y los segundos le empullaban a él, sobre que unos y otros le suponían capaz de hacer un latín que, según su construcción, estaría atestado de solecismos. Hasta que finalmente, después de haber enviado al rincón a todo el general,[13] porque ninguno daba con el recóndito sentido de la enfática cláusula, el dómine, sacando la caja, dando encima de ella dos golpecillos, tomando un polvo a pausas, sorbido con mucha fuerza, arqueando las cejas, ahuecando la voz y hablando gangoso reposadamente, la construía de esta manera: «*Mea, "ve", si quis,* "si puedes", *Palentiam,* "a Palencia".» Los muchachos se quedaban atónitos, mirándose los unos a los otros, pasmados de la profunda sabiduría de su dómine; porque aunque es verdad que, echada bien la cuenta, había en su construcción mitad por mitad tantos disparates como palabras, puesto que ni *meo meas* significa, como quiera, «ir», sino «ir por rodeos, por giros y serpenteando»; ni *queo quis* significa «poder», como quiera, sino «poder con dificultad»; pero los pobres niños no entendían estos primores; ni el penetrar la propiedad de los varios significados, que corresponden a los verbos y a los nombres que parecen sinónimos y no lo son, es para gramáticos de prima tonsura, ni para preceptores de la legua.[14]

7. Ya se ve, como los curas del Páramo no estaban

13. *general*: «en la universidades es el aula adonde se leen las liciones públicas, y díjose general por ser común a todos los que quieren entrar a oír» (Covarrubias).

14. *preceptores de la legua*: como cómicos de la legua. Enseñante de pequeños lugares.

muy enterados de estas menudencias, tenían a Taranilla por el Cicerón de su siglo; y como oían relatar al rico de Campazas la retumbante y sonora dedicatoria, le ponían dos codos más alto que al mismo Taranilla. Y por cuanto la mayor parte de los historiadores, que dejaron escritas a la posterioridad las cosas de nuestro fray Gerundio, convienen en que la tal dedicatoria tuvo gran parte en la formación de su exquisito y delicado gusto, no será fuera de propósito ponerla luego en este lugar, primero en latín, y después fielmente traducida en castellano, para que en el discurso de esta verdadera historia, y con el calor de la narración, no se nos olvide.

CAPÍTULO II

EN QUE, SIN ACABAR LO QUE PROMETIÓ EL PRIMERO, SE TRATA DE OTRA COSA

DECÍA, pues, así la recóndita, abstrusa y endiablada dedicatoria, dejando a un lado los títulos que no tuvo por bien trasladar el gimnasiarca.

2. *Hactenus me intra vurgam animi litescentis inipitum, tua heretudo instar mihi luminis extimandea denormam redubiare compellet sed antistar gerras meas anitas diributa et posartitum Nasonem quasi agredula: quibusdam lacunis. Baburrum stridorem averrucandus oblatero. Vos etiam viri optimi: ne mihi in anginam vestrae hispiditatis arnanticataclum carmen irreptet. Ad rabem meam magicopertit: cicuresque conspicite ut alimones meis carnatoriis, quam censiones extetis. Igitur conramo sensu meam returem quamvis vasculam Pieridem acutum de vobis lamponam comtulam spero. Adjuta namque cupedia praesumentis, jam non exippitandum sibi esse conjectat. Ergo benepedamus me hac pudori citimum colucari censete. Quam si hac nec treperat extiterint nec fracebunt quae halucinari, vel ut vovinator adactus sum voti vobis damiumusque ad exodium vitulanti is cohacmentem. Quis enim mesonibium et non murgissonem fabula autamabit quam Mentorem exfaballibit altibuans, unde favorem exfebruate, fellibrem ut applaudam armoniae tensore a me velut ambrone collectam adoreos veritatis instruppas.*

3. Ésta es la famosa dedicatoria que el gimnasiarca de San Gregorio, cura de Ajos y Cebollas, electo del Verraco, envió desde Valladolid a su hermano el rico de Campazas; la cual, después de haber corrido por las más célebres universidades de España con el aplauso que se merecía, pasó los Pirineos, penetró en Francia, donde fue recibida con tanta estimación, que se conserva impresa una puntual, exacta y menudísima noticia genealógica de todas las manos por donde corrió el manuscrito, con los pelos y señales de los sujetos que le tuvieron, hasta que llegó a las del maldito adicionador de la *Menagiana*,[15] que le estampó en el primer tomo de los cuatro que echó a perder con sus impertinentísimas notas, escolios y añadiduras. Dice, pues, este escoliador de mis pecados, que el primer manuscrito que se sepa hubiese llegado a Francia paró en poder de Juan Lacurna, el cual era hombre hábil y bailío de Arnay-del-Duque; que después pasó al docto Saumaise, y de éste le heredó su hijo primogénito Claudio Saumaise, el cual murió en Beaune a los treinta y cuatro años de su edad el día 18 de abril de 1661; que por muerte de Claudio paró en la biblioteca de Juan Baptista Lantin, consejero, el cual, y otro consejero llamado Filiberto de la Mare, fueron legatarios por mitad de los manuscritos de Saumaise; y que de Juan Baptista Lantin le heredó su hijo el señor Lantin, consejero de Dijon.

4. Todo está muy bien, con puntualidad, con menudencia y con exactitud; porque claro está que iba a perder mucho la República de las Letras si no se supiera con toda individualidad por qué manos, de padres a hijos, había pasado un manuscrito tan importante; y si todos los investigadores hubieran sido tan diligentes y tan menudos como este doctísimo y exactísimo adicionador, no hubiera ahora tantas disputas, repiquetes y contiendas entre nuestros críticos sobre quién fue el verdadero autor de *La Pulga* del licenciado Burguillos, que unos atribuyen a Lope de Vega, y otros a un fraile, engañados sin duda

15. *Menagiana*: obra de Gilles Ménage (1613-1692), colección de anécdotas y dichos curiosos. La dedicatoria transcrita, en la edición de París, 1729, I, 92-93 (Sebold, I, 74).

porque el manuscrito, sobre el cual se hizo la primera impresión en Sevilla, se leían al fin de él estas letras: Fr. L. d. V.; entendiendo que el *frey* era *fray*, cosas entre sí muy distintas y diversas, como lo saben hasta los niños malabares.[16] Ni en Inglaterra se hubieran dado las batallas campales que se dieron a principios de este siglo entre dos sabios anticuarios de la Universidad de Oxford, sobre *el origen de las espuelas y la primitiva invención de las alforjas*, fundándose uno y otro en dos manuscritos que se hallaban en la biblioteca de la misma universidad, pero sin saberse en qué tiempo ni por quién se habían introducido en ella, que era el punto decisivo para resolver la cuestión.

5. Pero si al adicionador de la *Menagiana* se le deben gracias por esta parte, no se las daré yo; porque con su cronología sobre el manuscrito de la dedicatoria me mete en un embrollo histórico, del cual no sé como me he de desenvolver, sin cometer un *anacronismo*, voz griega y sonorosa que significa contradicción en el cómputo de los tiempos. Dice monsieur el adicionador que Claudio Saumaise murió el año de 1661, y que cuando llegó a él el manuscrito de la dedicatoria, ya había pasado por otras dos manos, conviene a saber, por las de su padre el docto Saumaise, y por las del bailío Juan Lacurna; y es mucho de notar que no dice que pasó de mano en mano, como suele pasar la *Gaceta* y el *Pronóstico* de Torres, sino que da bastantemente a entender que fue por vía de herencia, y no de donación *inter vivos*. Esto supuesto, parece claro como el agua que ya por los años 1600 se tenía noticia en Francia de la tal dedicatoria, no siendo mucho dar sesenta años al señor Lacurna, y veinte o treinta a Saumaise; porque, aunque se pudiera decir que ambos eran de una misma edad, no parece verisímil que un particular, por doctísimo que fuese, viviese tanto como un bailío;

16. «La Pulga» es una canción que aparece en el acto IV, escena 3, de *La Dorotea* de Lope. Él mismo dice que la «hizo el maestro Burguillos». Sobre la poesía dedicada a «materias ínfimas» y sobre la pulga de Lope, vid. Lope de Vega, *La Dorotea*, ed. E. S. Morby, Madrid, Castalia, 1980; 377-381.

pues, bien que esto de bailío en Francia signifique poco más que acá un alcalde gorrilla;[17] pero al fin para lo de Dios, el bailío de Arnay era tan bailío como el de Lora. Y habiendo dicho nosotros al principio de esta verdaderísima historia, o por lo menos habiendo dado a entender, que la dedicatoria la compuso un padre colegial que estudiaba en Valladolid, cuanto ya estaba muy entrado en días el siglo pasado, puesto que hasta la mitad de él no hacen mención del rico de Campazas los anales de esta posibilísima ciudad, y que se la envió su hermano el gimnasiarca, ¿cómo era posible que se tuviese noticia de ella en Francia por los años de 1600?

6. Para salir de esta intrincada dificultad, no hay otra callejuela sino decir que el padre colegial leería esta estupendísima pieza en algún librete francés, y después se la embocaría al bonísimo del gimnasiarca como si fuera obra suya; porque de estas travesuras a cada paso vemos muchas, aun en el siglo que corre, en el cual no pocos de estos que se llaman autores y que tienen cara de hombres de bien, averiguada después su vida y milagros, se halla ser unos raterillos literarios, que, hurtando de aquí y de allí, salen de la noche para la mañana en la *Gaceta* con los campanudos dictados de matemáticos, filológicos, físicos, eléctricos, protocríticos, antisistemáticos, cuando, todo bien considerado, no son en la realidad más que unos verdaderos pantomímicos.

7. Mas, dejando este punto indeciso, lo que, en Dios y en conciencia, no se puede perdonar al impertinentísimo adicionador es la injusta y desapiadada crítica que hace de la susodicha dedicatoria, tratándola de la cosa más perversa, más ridícula y más extravagante que se puede imaginar, y añadiendo que el lenguaje, aunque parece suena a latín, es de una latinidad monstruosa, bárbara y salvaje. Pero, con licencia de su mala condición, yo le digo claritamente y en sus barbas, que no sabe cuál es su latín derecho, y que se conoce que en su vida ha saludado los *cristus*[18]

17. *alcalde gorrilla*: como alcalde monterilla, rústico o labriego.

18. *cristos*: las cruces que precedían al alfabeto. Isla, al hacerlo en plural, se refiere a los rudimentos del latín.

de la verdadera latinidad; pues le hago saber que ni Cicerón, ni Quintiliano, ni Tito Livio, ni Salustio hicieron jamás cosa semejante, ni fueron capaces de hacerla. Y a lo otro, que añade con mucha socarronería, de que, aunque en la cultísima dedicatoria se hallan algunas palabras latinas que se encuentran en las glosas de Isidoro y de Papías y en la colección de Cange,[19] pero que se engaña mucho, o no se ha de encontrar ingenio tan hábil en el mundo que al todo de ella le dé verdadero y genuino sentido; yo le digo que, para que vea con efecto lo mucho que se engaña, el mismo padre colegial que dio al gimnasiarca la dedicatoria en latín, ora fuese composición suya, ora ajena, se la dio también vertida en castellano fluido, corriente, natural, claro, perspicuo, como se ve en una copia auténtica que se encontró en el libro donde el rico de Campazas iba asentando por rayas la soldada de los criados y los pellejos de ovejas que iba trayendo el pastor. La versión, pues, de dicha dedicatoria decía así, ni más ni menos:

8. «Hasta aquí la excelsa ingratitud de tu soberanía ha oscurecido en el ánimo, a manera de clarísimo esplendor, las apagadas antorchas del más sonoro clarín, con ecos luminosos, a impulsos balbucientes de la furibunda fama. Pero, cuando examino el rosicler de los despojos al terso bruñir del hemisferio en el blando horóscopo del argentado catre, que, elevado a la región de la techumbre, inspira oráculos al acierto en bóvedas de cristal; ni lo airoso admite más competencias, ni en lo heroico caben más elocuentes disonancias. Temerario arrojo sería escalar con pompa fúnebre hasta el golfo insondable donde campea, cual viborezno animado, el piélago de tu hermosura; porque hay sistemas tan atrevidos que, a guisa de emblemáticos furores, esterilizan a trechos toda su osadía al escrutinio; más no por eso el piadoso Eneas agotó sus caudales al Ródano, cubierta la arrogante faz con el crespo, falaz y halagüeño manto; que si el jazmín sostiene pi-

19. *Papías*, gramático italiano del siglo XI, autor del *Lexicon; Du Cange*, lexicógrafo francés del siglo XVII, autor del *Glossarium mediae et infimae latinitatis*.

rámides a los lisonjeros peces, también el chopo franquea espumoso lecho a las odoríferas naves; ni es tan crítico el enojo del carrasco que no destile rayo a rayo todo el alambique del aprisco. Mentor en cavilaciones del sol, pudo esgrimir orgullosas sinrazones de fanal; pero también experimentó a golpes del desengaño desagravios incautos del alevoso ceño, cuando la agigantada nobleza de tu regia exactitud embota las puntas al acero de alentada majestad. Admite, pues, este literario desdén, elegante tributo de soporífero afán; y si extiendes los aplausos de tu armonía a los hirsutos cambrones no puede menos de penetrar tu coleto la fragancia de la verdad, hasta calarse a las tripas, o hasta aniquilar con dichosa fortuna los estupros: *Ut applaudam armoniae tensore a me velut ambrone collectam adoreos veritatis instruppas.*»

CAPÍTULO III

DONDE SE PROSIGUE LO QUE PROMETIÓ EL PRIMERO

ESTE tal rico de Campazas, hermano del gimnasiarca, se llamaba Antón Zotes,[20] familia arraigada en Campos, pero extendida por todo el mundo, y tan fecundamente propagada, que no se hallará en todo el reino, provincia, ciudad, villa, aldea ni aún alquería donde no hiervan Zotes, como garbanzos en olla de potaje. Era Antón Zotes, como ya se ha dicho, un labrador de una mediana pasada; hombre de machorra, cecina y pan mediado[21] los días ordinarios, con cebolla o puerro por postre; vaca y chorizo los días de fiesta; su torrezno corriente por almuerzo y cena, aunque ésta tal vez era un salpicón de vaca; despensa, o aguapié,[22] su bebida usual, menos cuan-

20. *Zotes*: zote es ignorante, pero Zotes del Páramo es un pueblo de León, cerca de La Bañeza.

21. *machorra*: carne de oveja estéril. *pan mediado*, hecho mitad con harina, mitad con cebada.

22. *salpicón de vaca*: fiambre de carne picada, condimentado con pimiento, sal, vinagre y cebolla; *despensa*: vino que se consume habitualmente; *aguapié*: vino de baja graduación que se hace echando agua al orujo pisado y apurado en el lagar.

do tenía en casa algún fraile, especialmente si era prelado, lector o algún gran supuesto en la orden, que entonces se sacaba a la mesa vino de Villamañán o del Páramo. El genio bondadoso en la corteza, pero en el fondo un si es no es suspicaz, envidioso, interesado y cuentero: en fin, legítimo *bonus vir de Campis.* Su estatura mediana, pero fornido y repolludo;[23] cabeza grande y redonda, frente estrecha, ojos pequeños, desiguales y algo taimados; guedejas rabicortas, a la usanza del Páramo, y no consistoriales como las de los sexmeros del campo de Salamanca; pestorejo, se supone, a la jeronimiana,[24] rechoncho, colorado y con pliegues. Éste era el hombre interior y exterior del tío Antón Zotes, el cual, aunque había llegado hasta el banco de abajo de medianos con ánimo de ordenarse, porque dicen que le venía una capellanía de sangre en muriendo un tío suyo, arcipreste de Villaornate; pero al fin le puso pleito una moza del lugar, y se vio precisado a ir por la iglesia, mas no al coro ni al altar, sino al santo matrimonio. El caso pasó de esta manera.

2. Hallábase estudiando en Villagarcía y ya medianista, como se ha dicho, a los veinte y cinco años de edad. Llegaron *los quince días,* que así se llaman las vacaciones que hay en la Semana Santa y en la de la Pascua, y fuese a su lugar, como es uso y costumbre en todos los estudiantes de la redonda. El diablo, que no duerme, le tentó a que se vistiese de penitente el Jueves Santo; y es que, como el estudiantico ya era un poco espigado, adulto y barbicubierto, miraba con buenos ojos a una mozuela vecina suya, desde que habían andado juntos a la escuela del sacristán, y para cortejarla más le pareció cosa precisa salir de disciplinante; porque es de saber que éste es uno de los cortejos de que se pagan más todas las mozas de Campos, donde ya es observación muy antigua, que las más de las bodas se fraguan el Jueves Santo, el día de la Cruz de mayo y las tardes que hay baile, habiendo algunas tan devotas y tan compungidas que se pagan más de la pe-

23. *repolludo*: persona gruesa y baja.
24. *a la jeronimiana,* porque los jerónimos tenían fama de muy comilones.

lotilla y del ramal, que de la castañuela. Y a la verdad, mirada la cosa con ojos serenos y sin pasión, un disciplinante con su cucurucho de a cinco cuartas, derecho, almidonado y piramidal, con su capillo a moco de pavo, con caída en punta hasta la mitad del pecho; pues, ¿qué, si tiene ojeras a *despunte*, rasgadas con mucha gracia?; con su almilla blanca de lienzo casero, pero aplanchada, ajustada y atacada hasta poner en prensa el pecho y el talle; dos grandes trozos de carne momia, maciza y elevada que se asoman por las dos troneras rasgadas en las espaldas, divididas entre sí por una tira de lienzo que corre de alto a bajo entre una y otra, que como están cortadas en figura oval, a manera de cuartos traseros de calzón, no parece sino que las nalgas se han subido a las costillas, especialmente en los que son rechonchos y carnosos; sus enaguas o faldón campanudo, pomposo y entreplegado. Añádase a todo esto que los disciplinantes macarenos [25] y majos suelen llevar sus zapatillas blancas con cabos negros, se entiende cuando son disciplinantes de devoción y no de cofradía, porque a éstos no se les permiten zapatos, salvo a los penitentes de luz, que son los jubilados de la orden. Considérese después que este tal disciplinante que vamos pintando saca su pelotilla de cera, salpicada de puntas de vidrio y pendiente de una cuerda de cáñamo, empegada para mayor seguridad; que la mide hasta el codo con gravedad y con mesura; que toma con la mano izquierda la punta del moco del capillo; que apoya el codo derecho sobre el ijar del mismo lado (menos que se zurdo nuestro disciplinante, porque entonces es cosa muy necesaria advertir que todas estas posturas se hacen al contrario); que, sin mover el codo y jugando únicamente la mitad del brazo derecho, comienza a sacudirse con la pelotilla hacia uno y otro lado, sabiendo con cierta ciencia que de esta manera ha de venir a dar en el punto céntrico de las dos carnosidades espaldares, por reglas inconcusas de anatomía que dejó escritas un cirujano de Villamayor, mancebo y aprendiz que fue de otro de Villarramiel. Contémplese finalmente cómo empieza a brotar la

25. *macarenos*: guapos.

sangre, que en algunos, si no es en los más, parecen las dos espaldas dos manantiales de pez que brotan leche de empegar botas; cómo va salpicando las enaguas, cómo se distribuye en canales por el faldón, cómo le humedece, cómo le empapa, hasta entraparse en los pernejones [26] del pobre disciplinante. Y dígame con serenidad el más apasionado contra las glorias de Campos, si hay en el mundo espectáculo más galán ni más airoso. Si puede haber resistencia para este hechizo, y si no tienen buen gusto las mozanconas que se van tras los penitentes, como los muchachos tras los gigantones y la tarasca el día del Corpus.

3. No se le ocultaba al bellaco de Antón esta inclinación de las mozas de su tierra, y así salió de disciplinante el Jueves Santo, como ya llevamos dicho. A la legua le conoció Catanla Rebollo (que éste era el nombre de la doncella su vecina y su condiscípula de escuela); porque, además de que en toda la procesión no había otro caperuz tan chusco ni tan empinado, llevaba por contraseña una cinta negra que ella misma le había dado al despedirse por San Lucas para ir a Villagarcía. No le quitaba ojo en toda la procesión; y él, que lo conocía muy bien, tenía gran cuidado de cruzar de cuando en cuando los brazos, encorvar un poco el cuerpo y apretar las espaldas, para que exprimiesen la sangre, haciendo de camino un par de arrumacos con el caperuz, que es uno de los pasos tiernos a que están más atentas las doncellas casaderas, y el patán que le supiere hacer con mayor gracia, tendrá mozas a escoger, aunque por otra parte no sea el mayor jugador de la calva o del morrillo [27] que haiga en el lugar. Al fin, como Antón Zotes se desangraba tanto, llegó el caso de que uno de los mayordomos de la Cruz, que gobernaba la procesión, le dijese que se fuese a curar. Catanla se fue tras él y, como vecina, se entró en su casa, donde ya estaba prevenido el vino con romero, sal y esto-

26. *pernejones*: las piernas.

27. *calva*: juego que consiste en tirar piedras a un madero colocado a cierta distancia, al que hay que dar sin que la piedra toque antes el suelo. Parece que antiguamente se jugaba colocando en vez de la tabla un hueso de buey. *morrillo*: es el mismo juego.

pas, que es todo el aparato de estas curaciones. Estrujáronle muy bien las espaldas, por su acaso había quedado en ellas algún vidrio de la pelotilla, laváronselas, aplicáronle la estopa, vistióse, embozóse en su capa parda; y los demás se fueron a ver la procesión, menos Catanla, que dijo estaba cansada y se quedó a darle conversación. Lo que pasó entre los dos no se sabe; sólo consta de los anales de aquel tiempo que, vuelto Antón a Villagarcía, comenzó a correr un runrún malicioso por el lugar: que sus padres quisieron se ordenase a título de la capellanía; que él, por debajo de cuerda, hizo que la moza le pusiese impedimento; que al fin y postre se casaron; y que, para que se vea el poco temor de Dios y la mucha malicia con que habían corrido aquellas voces por el pueblo, la buena de la Catanla no parió hasta el tiempo legal y competente.

CAPÍTULO IV

ACÁBASE LO PROMETIDO

PARIÓ, pues, la tía Catuja un niño como unas flores, y fue su padrino el licenciado Quijano de Perote, un capellán del mismo Campazas, que en otro tiempo había querido casarse con su madre, y se dejó por haberse hallado que eran parientes en grado prohibido. Empeñóse el padrino en que se había de llamar Perote, en memoria o en alusión a su apellido; porque aunque no había este nombre en el calendario, tampoco había el de Laín, Nuño, Tristán, Tello ni Peranzules, y constaba que los habían tenido hombres de gran pro y de mucha cuenta. Esto decía el licenciado Quijano, alegando las historias de Castilla; pero como Antón Zotes no las había leído, no le hacían mucha fuerza, hasta que se le ofreció decirle que tampoco estaban en el calendario los nombres de Oliveros, Roldán, Florismarte, ni el de Turpín, y que esto no embargante no le había estorbado eso para ser arzobispo.

—Vaya que soy un asno —dijo entonces el tío Antón—, pues no tengo leído otra cosa.

Y es que era muy versado en la historia de los Doce Pares, la que sabía tan de memoria como la dedicatoria del gimnasiarca.

—Llámese Perote y no se hable más en la materia.

Pero el cura del lugar, que se hallaba presente, reparó en que *Perote Zotes* no sonaba bien, añadiendo, no sin alguna socarronería, que *Zote* era consonante de Perote, y que él había leído, no se acordaba dónde, que esto se debía evitar mucho cuando se hablaba en prosa.

—No gaste usted tanta, señor cura —replicó el padre del niño—, que tampoco suena bien Sancho Ravancho, Alberto Retuerto, Jeromo Palomo, Antonio Bolonio, y no vemos ni oímos otra cosa en nuestra tierra. Fuera de que eso se remedia fácilmente con llamar al niño Perote de Campazas, dándole por apellido el nombre de nuestro pueblo, como se usaba en lo antiguo con los hombres grandes, según nos informan las historias más verídicas; y así vemos hablar en ellas de Oliveros de Castilla, de Amadís de Gaula, de Artús de Algarbe y de Palmerín de Hircania, constatándonos ciertamente que éstos no eran sus verdaderos apellidos, sino los nombres de las provincias o reinos donde nacieron aquellos grandes caballeros, que por haberlas honrado con sus hazañas, quisieron eternizar de esta manera la memoria de su patria en la posteridad. Y esto no solamente lo usaron los que fueron por las armas, sino también los que fueron por las letras y dejaron escritos algunos libros famosos, como *El Piscator de Sarrabal, El Dios Momo, La Carantamaula,* el *Lazarillo de Tormes, La pícara Justina,*[28] y otros muchos que tengo leídos cuyos autores, dejando el propio apellido, tomaron el de los lugares donde nacieron para ilustrarlos; y a mí me da el corazón que este niño ha de ser hombre de provecho, y así llámese ahora Perotico de Campazas, hasta que con la edad y con el tiempo le podamos llamar Perote a boca llena.

28. El autor del *Piscator* es Sarrabal de Milán, que lo titulaba con su propio nombre. Salas Barbadillo escribió *El Dios Momo.* Lope de Rueda *La Carátula* (quizá aquí, por error, Carantamaula). López de Úbeda es el autor de la *Pícara Justina.* En la época se pensaba que Hurtado de Mendoza era el autor del *Lazarillo.*



2. –No en mis días –dijo la tía Catanla–. *Perote* suena a cosa de perol, y no ha de andar por ahí el hijo de mis entrañas, como andan los peroles por la cocina.

–¡Punto en boca, señores! –exclamó Antón Zotes de repente–. Ahora me incurre un estupendísimo nombre, que enjamás se empuso a nengún nacido y se ha de impuner a mi chicote. *Gerundio* se ha de llamar, y no se ha de llamar de otra manera, aunque me lo pidiera de rodillas el Padre Santo de Roma. Lo primero y prencipal, porque *Gerundio* es nombre sengular, y eso busco para m'hijo. Lo segundo, porque, m'acuerdo bien que, cuando estudiaba con los teatinos [29] de Villagarcía, por un *gerundio* gané seis puntos para la banda,[30] y es mi última y postrimera voluntad hacer enmortal en mi familia la memoria de esta hazaña.

3. Hízose así, ni más ni menos, y desde luego dio el niño grandes señales de lo que había de ser en adelante, porque antes de dos años ya llamaba *pueca* a su madre con mucha gracia, y decía *no chero cuerno,* tan claramente como si fuera una persona; de manera que era la diversión del lugar, y todos decían que había de ser la honra de Campazas. Pasando por allí un fraile lego, que estaba con opinión de santo porque a todos trataba de *tú,* llamaba *bichos* a las mujeres, y a la Virgen la *Borrega,* dijo que aquel niño había de ser fraile, gran letrado y estupendo predicador. El suceso acreditó la verdad de la profecía; porque, en cuanto a fraile, lo fue tanto como el que más; lo de gran letrado, si no se verificó en esto de tener muchas letras, a lo menos en cuanto a ser gordas y abultadas las que tenía, se verificó cumplidamente; y en lo de ser estupendo predicador, no hubo más que desear, porque éste fue el talento más sobresaliente de nuestro Gerundio, como se verá en el discurso de la historia.

4. Aún no sabía leer ni escribir, y ya sabía predicar; porque como pasaban por la casa de sus padres tantos

29. *teatonis*: por confusión se llamaba así a los jesuitas.

30. *banda*: a veces se dividía la clase en dos grupos –a los que llamaban bandas– que se enfrentaban, ganando el grupo que más preguntas acertaba.

frailes, especialmente cuesteros, verederos, predicadores sabatinos,[31] y aquellos que en tiempo de Cuaresma y Adviento iban a predicar a los mercados de los lugres circunvecinos; y éstos, una veces rogados por el tío Antón Zotes y por su buena mujer la tía Catanla, otras (y eran las más) sin esperar a que se lo rogasen, sobremesa sacaban sus papelones, y, ni más ni menos que si estuvieran en el púlpito, leían en tono alto, sonoro y concionatorio [32] lo que llevaban prevenido; el niño Gerundio tenía gran gusto en oírlos, y después en remedarlos, tomando de memoria los mayores disparates que los oía, que no parece sino que éstos se le quedaban mejor; y si por milagro los oía alguna cosa buena, no había forma de aprenderla.

5. En cierta ocasión estuvo en su casa, a la cuesta del mes de agosto, un padrecito de estos atusados, con un poco de copete en el frontispicio, cuellierguido, barbirrubio, de hábito limpio y plegado, zapato chusco, calzón de ante, y gran cantador de jácaras a la guitarrilla, del cual no se apartaba un punto nuestro Gerundico, porque le daba confites. Tenía el buen padre, mitad por mitad, tanto de presumido como de evaposado, y contaba cómo, estando él de colegial en uno de los conventos de Salamanca, le había enviado su prelado a predicar un sermón de ánimas a Cabrerizos, y que habían concurrido a oírle muchos colegiales mayores, graduados y catedráticos de aquella universidad, por el crédito que había cogido en ella con ocasión de graduarse cierto rector de un colegio menor, ya ordenado *in sacris*, de quien era pública voz y fama que, después de haber recibido el subdiaconato subrepticiamente y a hurtadillas, había estado un año en la cárcel eclesiástica de su tierra, por cuanto tres doncellas honradas ha-

31. *cuesteros*: dedicados a la cuestación. *verederos*: los encargados de notificar o distribuir en distintos lugares diferentes documentos. *predicadores sabatinos*: aquellos que se utilizaban para los sábados y días de poca concurrencia, por ser jóvenes o de poca cultura.

32. *concionatorio*: conción es lo mismo que sermón, pero concionatorio, por extensión, se aplica a la forma de hablar en público ampulosamente.

bían presentado al señor provisor tres papeles con palabra de casamiento. Esto se compuso lo mejor que se pudo; volvió a proseguir sus estudios a Salamanca, porque era mozo de ingenio; quiso graduarse, y encomendó una de las arengas al tal padrecito, que era paisano suyo, el cual comenzó por aquello de *aprehenderunt septem mulieres virum unum;*[33] encajó después lo de *filii tui de longe venient, et filiae tuae de latere surgent;*[34] y no se le quedó en el tintero el texto tan oportuno de *generatio Rectorum benedicetur.*[35] Y puesto que los textos y lugares de la Sagrada Escritura, en semejantes composiciones puramente retóricas y profanas, son tan impertinentes y tan importunos como las fábulas y los versos de los poetas antiguos, usados a pasto y con inmoderación, lo son en los sermones; no embargante tampoco que el tal fraile incurrió boniticamente en la excomunión que el sagrado Concilio de Trento tiene fulminada contra los que abusan de la Sagrada Escritura para liviandades, sátiras, chanzonetas y chocarrería; la tal arenga tuvo su aplauso a título de truhanesca, y el susodicho padre quedó tildado por pieza.

6. Pues como supieron que predicaba en Cabrerizos el sermón de ánimas, concurrieron con efecto a oírle todos aquellos ociosos y desocupados de Salamanca (haylos de todas clases y especies) que se huelgan a todo lo que sale; y el buen religioso quedó tan pagado de su sermón, que repetían muchas cláusulas de él en todas las casas de los hermanos donde se hospedaba.

—Oigan ustedes, por vida suya, cómo comenzaba —dijo la primera noche de sobremesa a Antón Zotes, a su mujer y al cura del lugar, que había concurrido al levantarse los manteles para cortejar al fraile y brindar a la salud de su venida, como es uso en toda buena crianza—:

7. »Fuego, fuego, fuego, que se quema la casa: *Domus*

33. Isaías, IV, 1: «Echarán mano de un solo hombre siete mujeres.»

34. Isaías, LX, 4: «Vendrán de lejos tus hijos, y tus hijas acudirán a ti de todas partes» (Sebold, I, 90).

35. Salmo CXI, 2: «Bendita será la generación de los justos» (Sebold, I, 91).

mea, domus orationis vocabitur.[36] Ea, sacristán, toca esas retumbantes campanas: *In cymbalis bene sonantibus.*[37] Así lo hace; porque tocar a muerto y tocar a fuego es una misma cosa, como dijo el discreto Picinelo: *Lazarus amicus noster dormit.*[38] Agua, señores, agua, que se abrasa el mundo: *Quis dabit capiti meo aquam?*[39] La interlineal: *Qui erant in hoc mundo.*[40] Pagnino: *Et mundus eum non cognovit.*[41] Pero, ¿qué veo? ¡Ay cristianos, que se abrasan las ánimas de los fieles! *Fidelium animae,* y sirve de yesca a las voraces llamas derretida pez: *Requiescant in pace, id est, in pice,* como expone Vatablo.[42] Fuego de Dios, ¡cómo quema! *Ignis a Deo illatus.*[43] Pero, ¡albricias!, que ya baja la Virgen del Carmen a librar a las que trajeron su devoto escapulario: *Scapulis suis.*[44] Dice Cristo: "¡Favor a la justicia!" Dice la Virgen: "¡Válgame la gracia" *Ave María.*

8. Antón Zotes estaba pasmado; a la tía Catanla se le caía la baba; el cura del lugar, que se había ordenado con reverendas de sede vacante y entendía lo que rezaba como cualquier monja, le miraba como atónito, y juró por los santos cuatro Evangelios que, aunque había oído predicar la Semana Santa de Campazas a los predicadores sabatinos más famosos de toda la redonda, ninguno le llegaba a la suela del zapato. No acababa de ponderar aquel chiste de comenzar un sermón de ánimas con *fuego, fuego, que se quema la casa.*

—Pues, ¿qué, el ingenioso pensamiento de que lo mismo es tocar a muerto que tocar a fuego?

—Tenga usted, señor cura —le interrumpió el padre

36. Isaías, LVI, 7: «Mi casa será llamada casa de oración.»
37. Salmo CL, 5: «Con sonoros cimbales.»
38. San Juan, XI, 11. Pincinelo era autor del compendio *Mundo simbólico,* utilizado por muchos predicadores (Sebold, I, 91).
39. Jeremías, IX, 1: «¿Quién dará agua a mi cabeza?»
40. San Juan, XIII, 1.
41. *Pagnino*: Santes Pagnini (1470-1541), tradujo la Biblia.
42. «Descansen en paz, esto es, en pez.» *Vatablo* es François Vatable, hebraísta del siglo XVI. Su Biblia contiene el texto hebreo, la Vulgata y la versión de León de Judá (Sebold, I, 91).
43. «Fuego traído por Dios.»
44. Salmo XC, 4: «Con sus alas.»

alargándole la caja para que tomase un polvo—; que eso tiene más alma de la que parece. Las almas de los difuntos, o están en la gloria, o están en el infierno, o están en el purgatorio; por las primeras no se toca, porque no han menester sufragios; por las segundas tampoco, porque no las aprovechan; con que sólo se toca por las terceras, para que Dios las saque de aquellas llamas; pues eso y tocar a fuego, allá se va todo. Ahora prosiga usted con su glosa, que me da mucho gusto, y se conoce que es hombre que lo entiende; y no como cierto padre maestro de mi religión, que, aunque es hombre grave en la orden y le tienen por docto y de entendimiento, me tiene ojeriza desde que le negué el voto en un capítulo del convento para que fuese prelado, y me dijo que el sermón era un hato de disparates, añadiendo que eran delatables a la Inquisición.

9. —Todos somos hombres —replicó el cura—, y como de esas envidias se ven en las religiones. A fe, que acaso su reverendísima el tal padre maestro, en todos los días de su vida daría con una cosa tan oportuna como aquella de *agua, agua, que se quema la casa,* con ser así que, después de haber tocado las campanas a fuego, se estaba cayendo de su peso el pedir agua.

—Añada usted —le dijo el padre colegial— que ahí se hace alusión al agua bendita, la cual, como usted sabe, es uno de los sufragios más provechosos para las benditas ánimas del purgatorio.

—Eso es claro —respondió el cura—, porque el fuego se apaga con el agua, y así se lo explico en la misa a mis feligreses.

—Dende que se lo oí predicar a su mercé —saltó la tía Catanla— tengo yo mucho cuidado de regar bien la sepultura de mi madre, porque dizque cada gota de agua bendita que cae sobre ella apaga una gota del fuego del pulgatorio.

—Lo que más me admira —continuó el cura— es la propiedad de los textos, que no parece sino que vuesa paternidad los trae en la manga; y cuando habla de agua, luego saca un texto que habla de agua; cuando de casa, de casa; y cuando de mundo, de mundo; todos tan claros que

los entenderá cualquiera, aunque no haya estudiado latín.

—Ése es el chiste —repondió el padre—; pero ¿va que no sabe usted por qué traje el texto de *Lazarus amicus noster dormit*, cuando dije que tocar a muerto y tocar a fuego es una misma cosa?

—Confieso que no lo entendí —dijo el buen cura—, y que, aunque me sonó a despropósito, pero como veo el grande ingenio de vuesa paternidad, lo atribuí a mi rudeza, y desde luego creí que sin duda se ocultaba algún misterio.

—¡Y cómo que le hay! —prosiguió el fraile—. Y si no, dígame usted, cuando Cristo resucitó a Lázaro, ¿no estaba éste muerto? Así lo dice San Agustín, Lyra, Cartagena y otros muchos, y no hay duda que ésta es la sentencia más probable; porque, aunque el texto dice que dormía, *dormit*, es porque la muerte se llama sueño, como lo notó doctamente el sapientísimo Idiota.[45] Pues ahora, habiendo yo dicho *tocar a muerto*, venía de perlas poner delante un difunto. ¿Y por qué escogería yo a Lázaro más que a otro? Aquí está el chiste; porque el mayordomo de la Cofradía de las Ánimas de Cabrerizos se llamaba Lázaro, y era grande amigo de nuestro convento, al cual enviaba de limosna todos los años un cordero y media cántara de vino. Por eso dijo *Lázarus amicus noster*; que al oírlo el alcalde, el regidor y el fiel de fechos,[46] que estaban delante del púlpito, sentados en el banco de la señora Justicia, dieron muchas cabezadas, mirándose unos a otros.

No pudo contenerse el cura, levantóse del asiento y, echando al padre los brazos al cuello, le dijo casi llorando de gozo:

—Padre, vuesa paternidad es un demonio.

Y añadió Catanla:

—¡Benditas las madres que tales hijos paren!

10. A todo esto estaba muy atento el niño Gerun-

45. *sapientísimo Idiota*: idiota debe tomarse en su significación latina de «inculto». Sebold (I, 94) aduce un texto de L. Beyerlinck, *Magnum theatrum vitae humanae*, IV, Londres, 1656, 6, que hace suponer se refiere a San Juan Evangelista o a San Pedro.

46. *fiel de fechos* era el individuo habilitado para ejercer de escribano en aquellos pueblos donde no lo había *(DRAE)*.

dio, y no le quitaba ojo al religioso. Pero, como la conversación se iba alargando y era algo tarde, vínole el sueño y comenzó a llorar. Acostóle su madre; y a la mañana, como se había quedado dormido con las especies que había oído al padre, luego que dispertó se puso de pies, y en camisa sobre la cama, y comenzó a predicar con mucha gracia el sermón que había oído por la noche, pero sin atar ni desatar, y repitiendo no más que aquellas palabras más fáciles que podía pronunciar su tiernecita lengua, como *fuego, agua, campanas, saquistán, tío Lázaro*; y en lugar de Picinelo, Pagnino y Vatablo, decía *pañuelo, pollino* y *buen nabo,* porque aún no tenía fuerzas para pronunciar la *l.* Antón Zotes y su mujer quedaron aturdidos. Diéronle mil besos, dispertaron al padre colegial, llamaron al cura, dijeron al niño que repitiese el sermón delante de ellos, y él lo hizo con tanto donaire y donosura, que el cura le dio un ochavo para avellanas, el fraile seis chochos,[47] su madre un poco de turrón de Villalba, que había traído de una romería; y, contando la buena de la Catanla la profecía del bendito lego (así le llamaba ella), todos convinieron en que aquel niño había de ser gran predicador, y que sin perder tiempo era menester ponerle a la escuela de Villaornate; donde había un maestro muy famoso.

CAPÍTULO V

DE LOS DISPARATES QUE APRENDIÓ EN LA ESCUELA DE VILLAORNATE

ÉRALO un cojo, el cual, siendo de diez años, se había quebrado una pierna por ir a coger un nido. Había sido discípulo en León de un maestro famoso, que de un rasgo hacía una pájara, de otro un pabellón, y, con una *A* o una *M* al principio de una carta, cubría toda aquella primera llana de garambainas.[48] Hacía carteles que dedi-

47. *chochos*: altramuces.
48. Isla se refiere a la costumbre de adornar las letras con rasgos y «garabatos».

caba a grandes personajes, los cuales por lo común se los pagaban bien; y, aunque le llamaban por esto el maestro Socaliñas, a él se le daba poco de los murmuradores, y no por eso dejaba de hacer sus ridículos cortejos. Sobre todo era eminente en dibujar aquellos carteles que llaman de letras de humo,[49] y, con efecto, pintaba un *Alabado*[50] que podía arder en un candil.[51] De este insigne maestro fue discípulo el cojo de Villaornate, y era fama que por lo menos había salido tan primoroso garambainista como su mismo maestro.

2. Siendo cosa averiguada que los cojos por lo común son ladinos y avisados, este tal cojo de quien vamos hablando no era lerdo, aunque picaba un poco en presumido y en extravagante. Como salió tan buen pendolista, desde luego hizo ánimos a seguir la carrera de las escuelas; esto es, a ser maestro de niños, y para soltarse en la letra, se acomodó por dos o tres años de escribiente con el notario de la vicaría de San Millán, el cual era hombre curioso y tenía algunos libros romancistas,[52] unos buenos y otros malos. Entre éstos había tres libritos de ortografía, cuyos autores seguían rumbos diferentes y aun opuestos, queriendo uno que se escribiese según la etimología o derivación de las voces, otro defendiendo que se había de escribir como se pronunciaba, y otro que se debía seguir la costumbre. Cada uno alegaba por su parte razones, ejemplos, autoridades, citando academias, diccionarios, lexicones *ex omni lingua, tribu, populo et natione*; y cada cual esforzaba su partido con el mayor empeño, como si de este punto dependiera la conservación o el trastornamiento y ruina universal de todo el orbe literario, conviniendo todos tres en que la ortografía era verdadera *clavis scientiarum*, el fundamento de todo el buen saber, la

49. *letras de humo* son letras sombreadas.

50. *Alabado*: era la primera palabra del motete en alabanza del Santísimo.

51. *arder en un candil*: con esta expresión se ponderaba el buen vino. También la agudeza de las personas *(DRAE)*.

52. *romancistas*: se refiere a los libros escritos en castellano, no en latín.

puerta principal del templo de Minerva, y que si alguno entraba en él sin ser buen ortografista, entraba por la puerta falsa, no habiendo en el mundo cosa más lastimosa que el que se llamasen escritores los que no sabían escribir. Sobre este pie metía cada autor una zambra de todos los diantres en defensa de su particular opinión. Al etimologista y derivativo se le partía el corazón de dolor viendo a innumerables españoles indignos que escribían *España* sin *H*, en gravísimo deshonor de la gloria de su misma patria, siendo así, que se deriva de *Hispania*, y ésta de *Hispaan*, aquel héroe que hizo tantas proezas en la caza de conejos, de donde en lengua *púnica* se vino a llamar *Hispania* toda tierra donde había mucha gazapina.[53] Y si se quiere que se derive de *Héspero*, aún tiene origen y cuna más brillante, pues no viene menos que del lucero vespertino, que es ayuda de cámara del Sol cuando se acuesta y le sirve el gorro para dormir; el cual a ojos vistas se ve que está en el territorio celestial de nuestra amada patria; y quitándola a ésta la *H* con sacrílega impiedad, oscurecióse todo el esplendor de su clarísimo origen. ¡Y los que hacen esto se han de llamar españoles! ¡Oh indignidad! ¡Oh indecencia![54]

3. Pero donde perdía todos los estribos de la paciencia y aun de la razón, era en la torpe, en la bárbara, en la escandalosa costumbre o corruptela de haber introducido la *y* griega, cuando servía de conjunción, en lugar de la *i* latina, que sobre ser más pulida y más pelada tenía más parentesco con el *et* de la misma lengua, de donde tomamos nosotros nuestra *i*. Fuera de que la *y* griega tiene una figura basta, rústica y grosera, pues se parece a la horquilla con que los labradores cargan los haces en el carro; y, aunque no fuera más que por esta gravísima razón, debía desterrarse de toda escritura culta y aseada.

53. *gazapina*: reunión de truhanes y gente vulgar.

54. Había muchas ortografías; la Academia en el tomo I del *Diccionario de Autoridades* dedicó las pp. LXI-LXXXIV a reflexionar sobre el problema. «Discurso proemial de la ortografía de la lengua castellana», 1726. Su *Ortografía* se publicó en 1743, con numerosas reediciones. Pueden verse los trabajos de E. Cotarelo y Mori y F. Lázaro Carreter sobre la Academia y más específicamente, S. Gili Gaya, *La lexicografía académica del siglo XVIII*, Oviedo, CCF, 1963.

—Por esto —decía dicho etimologista— siempre que leo en algún autor *y Pedro, y Juan, y Diego,* en luegar de *i Diego, i Pedro, i Juan,* se me revuelven las tripas, se me conmueven de rabia las entrañas, *i* no me puedo contener sin decir entre dientes *hi de pu*... y al contrario, no me harto de echar mil bendiciones a aquellos celebérrimos autores que saben cuál es su *i* derecha, *i* entre otros a dos catedráticos de dos famosas universidades, ambos inmortal honor de nuestro siglo *i* envidia de los futuros, los cuales en sus dos importantísimos tratados de ortografía han trabajado con glorioso empeño en restituir la *i* latina al trono de sus antepasados; por lo cual digo *i* diré mil veces que son benditos entre todos los benditos.

4. No le iba en zaga el otro autor que, despreciando la etimología y la derivación, pretendía que en las lenguas vivas se debía escribir como se hablaba, sin quitar ni añadir letra alguna que no se pronunciase. Era gusto ver cómo se encendía, cómo se irritaba, cómo se enfurecía contra la introducción de tantas *hh, nn, ss* y otras letras impertinentes que no suenan en nuestra pronunciación.

—Aquí de Dios y del Rey —decía el tal autor, que no parecía sino portugués en lo fanfarrón y en lo arrogante—; si pronunciamos *ombre, onra, ijo,* sin aspiración ni alforjas, ¿a qué ton *emos* de pegar a estas palabra aquella *h* arrimadiza, que no es letra ni calabaza, sino un recuerdo, o un punto aspirativo? Y si se debe aspirar con la *h* siempre que se pone, ¿por qué nos reímos del andaluz cuando pronuncia *jijo, jonra, jombre*? Una de dos: o él *jabla* bien, o nosotros escribimos mal. Pues ¿qué diré de las *nn, ss, rr, pp* y demás letras dobles que desperdiciamos lo más lastimosamente del mundo? Si suena lo mismo *pasión* con una *s* que con dos, *inocente* con una *n* que con dos, *Filipo* con una *p* que con dos, *ut quid perditio haec*? [55] Que doblemos las letras en aquellas palabras en que se pronuncian con particular fortaleza, o en las cuales, si no se doblan, se puede confundir su significado con otro, como en *perro* para distinguirle de *pero,* en *parra* para di-

55. «¿A qué tanto desperdicio?»

ferenciarle de *para*, y en *cerro* para que no se equivoque con *cero, vaya*; pero en *buro*, que ya se sabe lo que es y no puede equivocarse con otro algún significado, ¿para qué *emos* de gastar una *r* más, que después puede *acernos* falta para mil cosas? ¿Es esto más que gastar tinta, papel y tiempo contra todas las reglas de la buena economía? No digo nada de la prodigalidad con que malbaratamos un prodigioso caudal de *uu*, que para nada nos sirven a nosotros, y con las cuales se podían remediar muchísimas pobres naciones que no tienen una *u* que llegar a la boca. Verbigracia: en *qué*, en *por qué*, en *para qué*, en *quiero, et reliqua*[56] ¿No me dirán ustedes qué falta nos *ace* la *u*, puesto que no se pronuncia? ¿Estaría peor escrito, *qiero, qé, por qé, para qé*, etc.? Añado que, como la misma *q* lleva envuelta en su misma pronunciación la *u*, podríamos *aorrar* muchísimo caudal de *uu* para una urgencia, aun en aquellas voces en que claramente suena esta letra; porque, ¿*qé* inconveniente tendría *qe* escribiésemos *qerno, qando, qales*, para pronunciar *querno, quando, quales*? Aún hay más en la materia: puesto que la *k* tiene la misma fuerza que la *q*, todas las veces que la *u* no se declara, distingamos de tiempos y concordaremos derechos; quiero decir, desterremos la *q* de todas aquellas palabras en que no se pronuncia la *u*, y valgámonos de la *k*, pues aunque así se parecerá la escritura a los *kiries* de la misa, no perderá nada por eso. Vaya una verbigracia de toda esta ortografía:

5. »*El ombre ke kiera escribir coretamente, uya qanto pudiere de escribir akellas letras ke no se egspresan en la pronunciación; porke es desonra de la pluma, ke debe ser buena ija de la lengua, no aprender lo ke la enseña su madre, etc.* Cuéntense las *uu* que se *aorran* en sólo este período, y por aquí se sacará las que se podían *aorrar* al cabo del año en libros, instrumentos y cartas; y luego extrañarán que se haya encarecido el papel.

6. Por el contrario, el ortografista que era de opinión que en esto de escribir se había de seguir la costumbre, no se metía en dibujos; y haciendo gran burla de los que

56. «Etcétera.»

gastaban el calor natural en estas bagatelas, decía que en escribiendo como habían escrito nuestros abuelos, se cumplía bastantemente; y más, cuando en esto de ortografía hasta ahora no se habían establecido principios ciertos y generalmente admitidos, más que unos pocos, y que en lo restante cada uno fingía los que se le antojaba. El cojo que, como ya dijimos, era un si es no es muchísimo extravagante, leyó todos los tres tratados; y como vio que la materia tenía mucho de arbitraria, y que cada cual discurría según los senderos de su corazón, le vino a la imaginación un extraño pensamiento. Pareciόle que él tenía tanto caudal como cualquiera para ser inventor, fundador y patriarca de un nuevo sistema ortográfico; y aun se lisonjeó su vanidad, que acaso daría con uno jamás oído ni imaginado que fuese más racional y más justo que todos los descubiertos; figurándosele que si acertaba con él se haría el maestro de niños más famoso que había habido en el mundo, desde la fundación de las escuelas hasta la institución de los esculapios [57] inclusive.

7. Con esta idea comenzó a razonar allá para consigo, diciéndose a sí mismo:

—¡Válgame Dios! Las palabras son imágenes de los conceptos, y las letras se inventaron para ser representación de las palabras; con que, por fin y postre, ellas también vienen a ser representación de los conceptos. Pues ahora, aquellas letras que representaren mejor lo que se concibe, ésas serán las más propias y adecuadas; y así, cuando yo concibo una cosa pequeña, la debo escribir con letra pequeña, y cuando grande, con letra grande. Verbigracia: ¿qué cosa más impertinente que, hablando de una Pierna de Vaca, escribirla con una *p* tan pequeña como si se hablara de una pierna de hormiga, y tratando de un Monte, usar una *m* tan ruin como si tratara de un mosquito? Esto no se puede tolerar, y ha sido una inadvertencia fatal y crasísima de todos cuantos han escrito hasta

57. Así por escolapios, de las Escuelas pías fundadas por San José de Calasanz, para educar a los niños pobres. Puede haber cruce con Esculapio, dios de la medicina, o simplemente un juego más de Isla en estos párrafos sobre ortografía y etimología.

aquí. ¿Hay una cosa más graciosa o, por mejor decir, más ridícula que igualar a Zaqueo en la *z* con Zorobabel y con Zabulón, siendo así que consta de la Escritura que el primero era pequeñito y casi enano, y los otros dos, cualquiera hombre de juicio los concibe por lo menos tan grandes y tan corpulentos como el mayor gigantón del día del Corpus? Porque pensar que no llenaban tanto espacio de aire como llenan la boca, *proportione servata*, es cuento de niños. Pues ve aquí, ¡que salgan Zaqueo y Zabulón en un escrito y que, siendo o habiendo sido en sí mismos tan desiguales en el tamaño, han de parecer iguales en la escritura! ¡Vaya, que es un grandísimo despropósito! Item: si se habla de un hombre en quien todas las cosas fueron grandes, como si dijéramos un San Agustín, ponderando su talento, su genio, su comprehensión, ¿hemos de escribir y pintar en el papel estas agigantadas prendas con unas letricas tan menudas y tan indivisibles, como si habláramos, por comparanza, de las del autor del poema épico de la vida de San Antón y otros de la misma calaña? [58] Eso sería cosa ridícula y aun ofensiva a la grandeza de un Santo Padre de tanta magnitud. Fuera de que, ¿dónde puede haber mayor primor que el hacer que cualquiera lector, sólo con abrir un libro y antes de leer ni una sola palabra, conozca, por el mismo tamaño y multitud de las letras grandes, que allí se trata de cosas grandiosas, magníficas y abultadas; y al contrario, en viendo que todas las letras son de estatura regular, menos tal cual que sobresale a trechos como los pendones en la procesión, cierre incontinenti el libro y no pierda tiempo en leerle, conociendo desde luego que no se contienen en él sino cosas muy ordinarias y comunes? Quiero explicar esto con el ejemplo de un estupendo sermón predicado al

58. En el *Diario de los literatos de España*, X, 1737, 340-358, apareció una sátira de este poema, firmada por Hugo Herrera de Jaspedós, pseudónimo de José Gerardo Hervás. El poema se titula *El sol de los anacoretas, la luz de Egipto, el pasmo de la Tebaida, el asombro del mundo, el portento de la gracia, la milagrosa vida de san Antonio Abado, puesta en octavas por don Pedro Nolasco de Ocejo*, Madrid, 1737. Sobre el *Diario*, vid. los trabajos de Ruiz Veintemillas.

mismo San Agustín, el mejor que he oído, ni pienso oír en los días de mi vida. Preguntaba el predicador por qué a San Agustín se le llamaba el *Gran Padre* de la Iglesia, y a ningún otro Santo Padre ni Docto de ella se le daba este *epíteto.* (Así decía él.) Y respondió:

8. «Porque mi Agustino no sólo fue Gran Padre, sino Gran Madre y Gran Abuelo de la Iglesia. Gran Padre, porque antes de su Conversión tuvo muchos Hijos, aunque no se le logró más que uno. Gran Madre, porque Concibió y parió muchos Libros. Gran Abuelo, porque Engendró a los Ermitaños de San Agustín, y los Ermitaños de San Agustín engendraron después todas las Religiones mendicantes, que siguen su Santa Regla, las cuales todas son Nietas del Grande Agustino. Y note de paso el discreto que la Regla destruye la Maternidad, y la Regla fue la que aseguró la Paternidad de mi Gran Padre. *Magnus Parens.*

9. »Este trozo de sermón, que oí con estos mismísimos oídos que han de comer la tierra, y un pobre ignorante y mentecato, aunque tenía crédito de gran letrado y hombre maduro, trató de puerco, sucio, hediondo y digno del fuego; pero a mí me pareció, y hoy me lo parece, la cosa mayor del mundo: digo que este trozo de sermón, escrito como está escrito, esto es, con letras mayúsculas y garrafales en todo lo que toca a San Agustín, desde la primera vista llama la atención del lector y le hace conocer que allí se contienen cosas grandes, y sin poderse contener luego se abalanza a leerlo. Cuando al contrario, si estuviera escrito con letras ordinarias, no pararía mientes en él, y quizá le arrimaría sin haber leído una letra. Así que en esta mi ortografía se logra, lo primero, la propiedad de las letras con los conceptos que representan; lo segundo, el decoro de las personas de quien se trata; lo tercero, el llamar la atención de los lectores. Y podía añadir lo cuarto, que también se logra la hermosura del mismo escrito; porque son las letras grandes en el papel lo que los árboles en la huerta, que la amenizan y la agracian, y desde luego da a entender que aquélla es huerta de señor, cuando un libro todo de letras iguales y pequeñas parece de verdura y hortaliza, que es cosa de frailes y gentes ordinaria.»

10. Con estas disparatadas consideraciones se enamoró tanto el extravagante cojo de su ideada ortografía, que resolvió seguirla, entablarla y enseñarla. Y habiendo vacado por aquel tiempo la escuela de Villaornate, por ascenso del maestro actual a fiel de fechos [59] de Cojeces de Abajo, la pretendió y la logró a dos paletadas, porque ya había cobrado mucha fama en toda la tierra con ocasión de los litigantes que acudían a la vicaría. Llovían niños como paja de todo el contorno a la fama de tan estupendo maestro; y Antón Zotes y su mujer resolvieron enviar allá a su Gerundico, para que no se malograse la viveza que mostraba. El cojo le hizo mil caricias, y desde luego comenzó a distinguirle entre todos los demás niños. Sentábale junto a sí, hacíale punteros, limpiábale los mocos, dábale avellanas y mondaduras de peras; y cuando el niño tenía gana de proveerse, el mismo maestro le soltaba los dos cuartos traseros de las bragas (porque consta de instrumentos de aquel tiempo que eran abiertas), y arremangándole la camiseta, le llevaba en esta postura hasta el corral, donde el chicuelo hacía lo que había menester. No era oro todo lo que relucía, y el bellaco del cojo sabía bien que no echaba en saco roto los cariños que hacía a Gerundico, porque a los buenos de sus padres se les caía con esto la baba; y además de pagarle muy puntualmente el real del mes, la rosca del sábado que llevaba su hijo era la primera y la mayor, y siempre acompañada con dos huevos de pava, que no parecían sino mesmamente como dos bolas de trucos.[60] Amén de eso, en tiempo de matanza eran corrientes y seguras tres morcillas, con un buen pedazo de solomo; esto sin entrar en cuenta la morcilla cagalar, con dos buenas varas de longaniza, que era el colgajo [61]

59. Véase la n. 46.

60. *trucos*: «juego de destreza y habilidad, que se ejecuta en una mesa dispuesta a este fin con tablillas, troneras, barra y bolillo, en el cual regularmente juegan dos, cada uno con un taco de madera, y bolas de marfil de proporcionado tamaño, siendo el fin principal dar con la bola propia a la del contrario» *(DA)*.

61. *colgajo*: también cuelga. Costumbre frecuente en Tierra de Campos que consiste en colocar al cuello una cinta con algún regalo, el día del cumpleaños o del santo de alguien.

del día de San Martín, nombre que tenía el maestro. Y cuando paría señora (así llamaban los niños a la maestra), era cosa sabida que la tía Catanla la regalaba con dos gallinas, las más gordas que había en todo su gallinero, y con una libra de bizcochos, que se traían exprofesamente de la confitería de Villamañán. Con esto se esmeraban maestro y maestra en acariciar al niño, tanto, que la maestra todos los sábados le cortaba las uñas, y de quince en quince días le espulgaba la cabeza y sacaba las liendres.

CAPÍTULO VI

EN QUE SE PARTE EL CAPÍTULO QUINTO, PORQUE YA VA LARGO

PUES con este cuidado que el maestro tenía de Gerundico, con la aplicación del niño y con su viveza e ingenio, que realmente le tenía, aprendió fácilmente y presto todo cuanto le enseñaban. Su desgracia fue que siempre le deparó la suerte maestros estrafalarios y estrambóticos como el cojo, que en todas las facultades le enseñaban mil sandeces, formándole desde niño un gusto tan particular a todo lo ridículo, impertinente y extravagante, que jamás hubo forma de quitársele. Y aunque muchas veces se encontró con sujetos hábiles, cuerdos y maduros, que intentaron abrirle los ojos para que distinguiese lo bueno de lo malo (como se verá en el discurso de esta puntual historia), nunca fue posible apearle de su capricho: tanta impresión habían hecho en su ánimo los primeros disparates. El cojo los inventaba cada día mayores; y habiendo leído en un libro, que se titula *Maestro del maestro de niños*, que éste debe poner particular cuidado en enseñarlos la lengua propia, nativa y materna con pureza y con propiedad, por cuanto enseña la experiencia que la incongruidad, barbarismos y solecismos con que la hablaban toda la vida muchos nacionales dependen de los malos modos, impropiedades y frases desacertadas que se les pegan cuando niños, él hacía grandísimo estudio de enseñarlos a hablar bien la lengua castellana.

Pero era el caso que él mismo no la podía hablar peor; porque, como era tan presumido y tan exótico en el modo de concebir, así como había inventado una extravagantísima ortografía, así también se le había puesto en la cabeza que podía inventar una lengua no menos extravagante.

2. Mientras fue escribiente del notario de San Millán, había notado en varios procesos que se decía así: *cuarto testigo examinado, María Gavilán; octavo testigo examinado, Sebastiana Palomo.* Esto *le chocaba infinitamente*, porque decía que si los hombres eran testigos, las mujeres se habían de llamar *testigas*, pues lo contrario era confundir los sexos, y parecía romance de vizcaíno.[62] De la misma manera no podía sufrir que el autor de la *Vida de Santa Catalina* dijese *Catalina, sujeto de nuestra historia*; pareciéndole que *Catalina* y *sujeto* eran mala concordancia, pues venía a ser lo mismo que si dijera *Catalina, el hombre de nuestra historia,* siendo cosa averiguada que solamente los hombres se deben llamar *sujetos*, y las mujeres *sujetas*. Pues, ¿qué, cuando encontraba en un libro, *era una mujer no común, era un gigante*? Entonces perdía los estribos de la paciencia, y decía a sus chicos todo en cólera y furioso:

—Ya no falta más sino que nos quiten las barbas y los calzones, y se los pongan a las mujeres. ¿Por qué no se dirá *era una mujer no comuna, era una giganta*?

Y por esta misma regla los enseñaba que nunca dijesen *el alma, el arte, el agua,* sino *la alma, la agua, la arte,* pues lo contrario era *ridicularia*, como dice el indigesto y docto Barbadiño.

3. Sobre todo, estaba de malísimo humor con aquellos verbos y nombres de la lengua castellana que comenzaban con *arre*, como *arrepentirse, arremangarse, arreglarse, arreo*, etc., jurando y perjurando que no había de parar hasta desterrarlos de todos los dominios de España, porque era imposible que no los hubiesen introducido en ella

62. *romance de vizcaíno*: la forma de hablar castellano los vizcaínos estaba muy tipificada desde los siglos XVI y XVII. Generalmente se caracterizaba por la falta de concordancia de géneros y artículos.

algunos arrieros de los que conducían el bagaje de los godos y de los árabes. Decía a sus niños que hablar de esta manera era mala crianza, porque era tratar de burros o de machos a las personas. Y a este propósito los contaba que, yendo un padre maestro de cierta religión por Salamanca y llevando por compañero a un frailecito irlandés recién trasplantado de Irlanda, que aún no entendía bien nuestra lengua, encontraron en la calle del Río muchos aguadores con sus burros delante, que iban diciendo *arre, arre.* Preguntó el irlandesillo al padre maestro qué quería decir *are,* pronunciando la *r* blandamente, como lo acostumbran los extranjeros. Respondióle el maestro que aquello quería decir que anduviesen los burros adelante. A poco trecho después encontró el maestro a un amigo suyo, con quien se paró a parlar en medio de la calle. La conversación iba algo larga, cansábase el irlandés, y no sabiendo otro medio de explicarse, cogió de la manga a su compañero, y le dijo con mucha gracia: «*Are,* padre maestro, *are*»; lo cual se celebró con grande risa en Salamanca.

—Pues ahora —decía el cojo hecho un veneno—, que el *arre* vaya solo, que vaya con la comitiva y acompañamiento de otras letras, siempre es *arre,* y siempre es una grandísima desvergüenza y descortesía que a los racionales nos traten de esta manera. Y así tenga entendido todo aquel que me arreare las orejas, que yo le he de arrear a él el cu... —y acabólo de pronunciar redondamente.

A este tiempo le vino gana de hacer cierto menester a un niño, que todavía andaba en sayas. Fuese delante de la mesa donde estaba el maestro, puso las manicas y le pidió la caca con grandísima inocencia, pero le dijo que no sabía *arremangarse.*

—Pues yo te enseñaré, grandísimo bellaco —le respondió el cojo enfurecido.

Y diciendo y haciendo, le levantó las faldas y le asentó unos buenos azotes, repitiéndole a cada uno de ellos:

—Anda, para que otra vez no vengas a *arremangarnos* los livianos.[63]

63. *livianos*: burros que sirven de guía a la recua.

4. Todas estas lecciones las tomaba de memoria admirablemente nuestro Gerundico; y como, por otra parte, en poco más de un año aprendió a leer por libro, por carta y por proceso, y aun a hacer palotes y a escribir de a ocho, el maestro se empeñó en cultivarle más y más, enseñándole lo más recóndito que él mismo sabía, y con lo que lo había lucido en más de dos convites de cofradía, asistiendo a la mesa algunos curas que eran tenidos, por los mayores moralistones [64] de toda la comarca; y uno, que tenía en la uña todo el Lárraga [65] y era un hombre que se perdía de vista, se quedó embobado habiéndole oído en cierta ocasión.

5. Fue, pues, el caso, que, como la fortuna o la mala trampa deparaban al buen cojo todas las cosas ridículas, y él tenía tanta habilidad para que lo fuesen en su boca las más discretas, por no saber entenderlas ni aprovecharse de ellas, llegó a sus manos, no se sabe cómo, una comedia castellana intitulada *El villano caballero*, que es copia mal sacada y peor zurcida de otra que escribió en francés el incomparable Molière, casi con el mismo título.[66] En ella se hace una graciosísima burla de aquellos maestros pedantes que pierden el tiempo en enseñar a los niños cosas impertinentes y ridículas, que tanto importa ignorarlas como saberlas; y para esto se introduce al maestro o al preceptor del repentino caballero, que con grande aparato y ostentación de voces, le enseña cómo se pronuncian las letras vocales y las consonantes. El cojo de mis pecados tomó de memoria todo aquel chistosísimo pasaje; y como era tan cojo de entendederas como de pies, entendióle con la mayor seriedad del mundo, y la que en realidad no es más que una delicadísima sátira, se le representó como una lección tan importante, que sin ella no

64. *moralistones*: clérigos ordenados sin haber estudiado más que latín y moral *(DRAE)*.

65. El *Prontuario de teología moral* (Madrid, 1706), del dominico Francisco Lárraga, con numerosas reediciones y traducido al portugués.

66. Sobre el autor de *El villano caballero* no he encontrado información. La obra de Molière es *Le bourgeois gentilhomme* (II, IV).

podía haber maestro de niños que en Dios y en conciencia mereciese serlo.

6. Un día, pues, habiendo corregido las planas más aprisa de lo acostumbrado, llamó a Gerundico, hízole poner en pie delante de la mesa, tocó la campanilla a silencio, intimó atención a todos los muchachos, y dirigiendo la palabra al niño Gerundio, le preguntó con mucha gravedad:

—Dime, hijo, ¿cuántas son las letras?

Respondió el niño prontamente:

—Señor maestro, yo no lo sé, porqué no las he contado.

—Pues has de saber —continuó el cojo— que son veinte y cuatro; y si no, cuéntalas.

Contólas el niño y dijo con intrepidez:

—Señor maestro, en mi cartilla salen veinte y cinco.

—Eres un tonto —le replicó el maestro—, porque las dos *A a* primeras no son más que una letra con forma o con figura diferente.

Conoció que se había cortado el chico, y para alentarle añadió:

—No extraño que siendo tú un niño, y no habiendo más que un año que andas a la escuela, no supieses el número de las letras, porque hombres conozco yo que están llenos de canas, se llaman doctísimos y se ven en grandes puestos, y no saben cuántas son las letras del abecedario. Pero, ¡así anda el mundo!

Y al decir esto, arrancó un profundísimo suspiro.

—La culpa de esta fatal ignorancia la tienen las repúblicas y los magistrados, que admiten para maestros de escuela a unos idiotas que no valían aun para monacillos; pero esto no es para vosotros ni para aquí; tiempo vendrá en que sabrá el rey lo que pasa. Vamos adelante.

7. »De estas veinte y cuatro letras, unas se llaman *vocales*, y otras *consonantes*. Las vocales son cinco: *a, e, i, o, u*. Llámanse vocales porque se pronuncian con la boca.

—Pues, ¿acaso las otras, señor maestro —le interrumpió Gerundico con su natural viveza—, se pronuncian con el cu...? —y díjolo por entero.

Los muchachos se rieron mucho; el cojo se corrió un

poco; pero, tomándolo a gracia, se contentó con ponerse un poco serio, diciéndole:

—No seas intrépido, y déjame acabar lo que iba a decir. Digo, pues, que las vocales se llaman así, porque se pronuncian con la boca, y puramente con la voz, pero las consonantes se pronuncian con otras vocales.

Esto se explica mejor con los ejemplos. *A*, primera vocal, se pronuncia abriendo mucho la boca: *a*.

Luego que oyó esto Gerundico, abrió su boquita, y mirando a todas partes, repetía muchas veces:

—*A, a, a*; tiene razón el señor maestro.

Y éste prosiguió:

—La *e* se pronuncia acercando la mandíbula inferior a la superior, esto es, la quijada de abajo a la de arriba: *e*.

—A ver, a ver cómo lo hago yo, señor maestro —dijo el niño—: *e, e, e, a, a, a, e*. ¡Jesús, y qué cosa tan buena!

—La *i* se pronuncia acercando más las quijadas una y otra, y retirando igualmente las dos extremidades de la boca hacia las orejas: *i, i*.

—Deje usted, a ver si yo sé hacerlo: *i, i, i*.

—Ni más ni menos, hijo mío, y pronuncias la *i* a la perfección. La *o* se forma abriendo las quijadas, y después juntando los labios por los extremos, sacándolos un poco hacia fuera, y formando la misma figura de ellos como una cosa redonda, que representa una *o*.

Gerundio, con su acostumbrada intrepidez, luego comenzó a hacer la prueba y a gritar: *o, o, o*. El maestro quiso saber si los demás muchachos habían aprendido también las importantísimas lecciones que los acababa de enseñar, y mandó que todos a un tiempo y en voz alta pronunciasen las letras que les había explicado. Al punto se oyó una gritería, una confusión y una algarabía de todos los diantres: unos gritaban *a, a*; otros *e, e*; otros *i, i*; otros *o, o*. El cojo andaba de banco en banco, mirando a unos, observando a otros y enmendando a todos: a éste le abría más las mandíbulas; a aquél se las cerraba un poco; a uno le plegaba los labios; a otro se los descosía; y en fin, era tal la gritería, la confusión y la zambra, que parecía la escuela ni más ni menos al coro de la Santa Iglesia de Toledo en las vísperas de la Expectación.

8. Bien atestada la cabeza de estas impertinencias, y muy aprovechado en necedades y en extravagancias, leyendo mal y escribiendo peor, se volvió nuestro Gerundio a Campazas; porque el maestro había dicho a sus padres que ya era cargo de conciencia tenerle más tiempo en la escuela, siendo un muchacho que se perdía de vista, y encargándoles que no dejasen de ponerle luego a la gramática, porque había de ser la honra de la tierra. La misma noche que llegó hizo nuestro escolín ostentación de sus habilidades y de lo mucho que había aprendido en la escuela, delante de sus padres, del cura del lugar y de un fraile que iba con obediencia a otro convento, porque de éstos apenas se limpiaba la casa. Gerundico preguntó al cura:

—¿A que no sabe usted cuántas son las letras de la cartilla?

El cura se cortó oyendo una pregunta que jamás se la habían hecho, y respondió:

—Hijo, yo nunca las he contado.

—Pues cuéntelas usted —prosiguió el chico— ¿y va un ochavo a que, aun después de haberlas contado, no sabe cuántas son?

Contó el cura veinte y cinco, después de haberse errado dos veces en el *a, b, c,* y el niño, dando muchas palmadas, decía:

—¡Ay, ay!, que le cogí, que le gané, porque cuenta por dos letras las dos *A a* primeras, y no es más que una letra escrita de dos modos diferentes.

Después preguntó al padre:

—¿Vaya otro ochavo a que no me dice usted cómo se escribe *burro,* con *b* pequeña, o con *B* grande?

—Hijo —respondió el buen religioso—, yo siempre le he visto escrito con *b* pequeña.

—¡No, señor! ¡No, señor! —le replicó el muchacho—. Si el burro es pequeñito y anda todavía a la escuela, se escribe con *b* pequeña; pero si es un burro grande, como el burro de mi padre, se escribe con *B* grande; porque dice señor maestro que las cosas se han de escribir como ellas son: y que por eso una pierna de vaca se ha de escribir con una *P* mayor que una pierna de carnero.

A todos les hizo gran fuerza la razón, y no quedaron

menos admirados de la profunda sabiduría del maestro, que del adelantamiento del discípulo; y el buen padre confesó que, aunque había cursado en las dos Universidades de Salamanca y Valladolid, jamás había oído en ellas cosa semejante. Y vuelto a Antón Zotes y a su mujer, los dijo muy ponderado:

—Señores hermanos, no tienen que arrepentirse de lo que han gastado con el maestro de Villaornate, porque lo han empleado bien.

Cuando el niño oyó *arrepentirse,* comenzó a hacer grandes aspamientos, y a decir:

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué mala palabra, *arrepentirse*! ¡No, señor! ¡No, señor! No se dice *arrepentirse,* ni cosa que lleve *arre*; que eso, dice señor maestro, que es bueno para los burros, o para las ruecas.

—*Recuas* querrás decir, hijo —le interrumpió Antón Zotes, cayéndole la baba.

—Sí, señor, para las recuas, y no para los cristianos, los cuales debemos decir *enrepentir, enremangar, enreglar* el papel, y cosas semejantes.

El cura estaba aturdido, el religioso se hacía cruces, la buena de la Catanla lloraba de gozo, y Antón Zotes no se pudo contener sin exclamar:

—¡Vaya, que es una bobada! —que es la frase con que se pondera en Campos una cosa nunca vista ni oída.

9. Como Gerundio vio el aplauso con que se celebraron sus agudezas, quiso echar todos los registros; y volviéndose segunda vez al cura, le dijo:

—Señor cura, pregúnteme usted de las vocales y de consonantes.

El cura, que no entendía palabra de lo que el niño quería decir, le respondió:

—¿De qué brocales, hijo? ¿Del brocal del pozo del Humilladero, y del otro que está junto a la ermita de San Blas?

—No, señor, de las letras consonantes y de las letras vocales.

Cortóse el bueno del cura, confesando que a él nunca le había enseñado cosas tan hondas.

—Pues a mí, sí —continuó el niño.

Y de rabo a oreja, sin faltarle punto ni coma, les en-

cajó tocada la ridícula arenga que había oído al cojo de su maestro sobre las letras vocales y consonantes; y en acabando, para ver si la habían entendido, dijo a su madre:

—Madrica, ¿cómo se pronuncia la *a*?

—Hijo, ¿cómo se ha de pronunciar! Así: *a*, abriendo la boca.

—No, madre; pero, ¿cómo se abre la boca?

—¿Cómo se ha de abrir, hijo? De esta manera: *a*.

—Que no es eso, señora; pero cuando usted la abre para pronunciar la *a*, ¿qué es lo que hace?

—Abrirla, hijo mío —respondió la bonísima Catanla.

—¡Abrirla! Eso cualquiera lo dice. También se abre para pronunciar *e*, y para pronunciar *i, o, u,* y entonces no se pronuncia *a*. Mire usté, para pronunciar *a*, se baja una quijada y se levanta otra, de esta manera.

Y cogiendo con sus manos las mandíbulas de la madre, la bajaba la inferior y la subía la superior, diciéndola que cuanto más abriese la boca, mayor sería la *a* que pronunciaría. Hizo después que el padre pronunciase la *e*, el cura la *i*, el fraile la *o*, y él escogió por la más dificultosa de todas la pronunciación de la *u*, encargándolos que todos a un tiempo pronunciasen la letra que tocaba a cada uno, levantando la voz todo cuanto pudiesen y observando unos a otros la postura de la boca, para que viesen la puntualidad de las reglas que le había enseñado el señor maestro. El metal de las voces era muy diferente: porque la tía Catanla la tenía hombruna y carraspeña; Antón Zotes, clueca y algo aternerada; el cura, gangosa y tabacuna; el padre, que estaba ya aperdigado [67] para vicario de coro, corpulenta y becerril; Gerundio, atiplada y de chillido. Comenzó cada uno a representar su papel y a pronunciar su letra, levantando el grito a cuál más podía: hundíase el cuarto, atronábase la casa. Era noche de verano, y todo el lugar estaba tomando el fresco a las puertas de la calle. Al estruendo y a la algazara de la casa de Antón Zotes, acudieron todos los vecinos, creyendo que se quemaba, o que había sucedido alguna desgracia: entran en la sala, prosiguen los gritos descompasados, ven

67. *aperdigado*: metafóricamente, dispuesto para algo *(DA)*.

aquellas figuras, y como ignoraban lo que había pasado, juzgan que todos se han vuelto locos. Ya iban a atacarlos, cuando sucedió una cosa nunca creída ni imaginada, que hizo cesar de repente la gritería y por poco no convirtió la música en responsos. Como la buena de la Catanla abría tanto la boca para pronunciar su *a*, y naturaleza liberal la había proveído de este órgano abundantísimamente, siendo mujer que de un bocado se engullía una pera de donguindo hasta el pezón, quiso su desgracia que se la desencajó la mandíbula inferior tan descompasadamente, que se quedó hecha un mascarón de retablo, viéndosela toda la entrada del esófago y de la traquiarteria,[68] con los conductos salivales, tan clara y distintamente, que el barbero dijo descubría hasta los vasos linfáticos, donde excretaba la respiración. Cesaron las voces, asustáronse todos, hiciéronse mil diligencias para restituir la mandíbula a su lugar; pero todas sin fruto, hasta que el barbero le ocurrió cogerla de repente y darla por debajo de la barba un cachete tan furioso, que se la volvió a encajar en su sitio natural, bien que como estaba desprevenida, se mordió un poco la lengua y escupió algo de sangre. Con esto paró en risa la función; y habiéndose instruido los concurrentes del motivo de ella, quedaron pasmados de lo que sabía el niño Gerundio, y todos dijeron a su padre que le diese estudios, porque sin duda había de ser obispo.

CAPÍTULO VII

ESTUDIA GRAMÁTICA CON UN DÓMINE QUE, POR LO QUE TOCA AL ENTENDIMIENTO, NO SE PODÍA CASAR SIN DISPENSACIÓN CON EL COJO DE VILLAORNATE

EN eso estaba ya Antón Zotes; pero toda la duda era si le había de enviar a Villagarcía o a cierto lugar no distante de Campazas, donde había un dómine que tenía aturdida toda la tierra, y muchos decían que era mayor

68. *mascarón*: cara deforme que se emplea como adorno arquitectónico. *traquiarteria*: tráquea.

latino que el famoso Taranilla. Pero la tía Catanla se puso como una furia, diciendo que primero se había de echar en un pozo que permitir que su hijo fuese a Villagarcía a que se le matasen los teatinos;[69] porque su marido *toadía* tenía las señales de una *güelta,* de azotes que le habían dado en junta de generales,[70] sólo porque de cuando en cuando bebía dos o tres azumbres de vino más de las que llevaba su *estógamo,* y porque se iba a divertir con las mozas del lugar, que todas eran niñerías y cosas que las hacen los mozos más honrados, sin que pierdan por eso casamiento ni dejen de cumplir honradamente con la *perroquia,* como cualquiera cristiano viejo. Con esto, por contentarla, se determinó finalmente que el muchacho fuese a estudiar con el dómine; y más que Antón Zotes afirmaba con juramento que sólo él había construido la elegante dedicatoria de su hermano el gimnasiarca, sin errar: cosa que no habían hecho los mayores moralistas de todo el Páramo, ni ninguno de cuantos religiosos doctos se habían hospedado en su casa, aunque algunos de ellos habían sido definidores.

2. Luego, pues, que llegó San Lucas, el mismo Antón llevó a su hijo a presentársele y a recomendársele al dómine. Era éste un hombre alto, derecho, seco, cejijunto y populoso; de ojos hundidos, nariz adunca[71] y prolongada, barba negra, voz sonora, grave, pausada y ponderativa; furioso tabaquista, y perpetuamente aforrado en un tabardo talar de paño pardo, con uno entre becoquín[72] y casquete de cuero rayado, que en su primitiva fundación había sido negro, pero ya era del mismo color que el tabardo. Su conversación era taraceada del latín y romance, citando a cada paso dichos, sentencias, hemistiquios y versos enteros de poetas, oradores, historiadores y gramáticos latinos antiguos y modernos, para apoyar cualquiera friolera. Díjole Antón Zotes que aquel muchacho era hijo suyo, y

69. Vid. nota 29.
70. Vid. nota 13.
71. *adunca*: combada.
72. *becoquín*: papalina, gorra o birrete con dos puntas que cubren las orejas.

que, como padre, quería darle la mejor crianza que pudiese.

—*Optime enim vero*[73] —le interrumpió luego el dómine—, ésa es la primera obligación de los padres, *máxime* cuando Dios les ha dado bastantes conveniencias. Díjolo Plutarco: *Nil antiquius, nil parentibus sanctius, quam ut filiorum curam habeant: iis praesertim quos Pluto non omnino insalutatos reliquit.*[74]

Añadió Antón Zotes que él había estudiado también su poco de gramática, y quería que su hijo la estudiase.

—*Qualis pater, talis filius* —le replicó el preceptor—, aunque mejor lo dijo el otro, hablando de las madres y de las hijas:

De meretrice puta, quod sit semper filia puta.
Nam sequitur leviter filia matris iter.[75]

Lo que ya vuestra merced ve cuán fácilmente se puede acomodar a los hijos respecto de los padres; y *obiter*[76] sepa vuestra merced que a éstos llamamos nosotros versos leoninos; porque así como el león (*animal rugibile* le define el filósofo), cuando enrosca la cola, viene a caer la extremidad de ella (*cauda caudae,* cola de la cola la llamé yo en una dedicatoria a la ciudad de León) sobre la mitad del cuerpo o de la espalda de la rugible fiera; así la cola del verso, que es la última palabra, como que se enrosca y viene a caer sobre la mitad del mismo verso. Nótelo vuestra merced en el hexámetro, *puta-puta* clavado; después en el pentámetro, *iter-leviter,* de quien *iter* es eco. Porque, aunque un moderno (*quos neotericos dicimus cultissimi latinorum)*[77]

73. «Muy bien pero...»

74. «Nada más antiguo, ni más santo en los padres que el que cuiden bien de sus hijos; especialmente en los que Plutón no olvidó», es decir, en aquellos que tienen medios económicos.

75. Según Sebold (I, 120), Isla toma estos versos de la *Menagiana,* I, 172. «Piensa que la hija de la meretriz será siempre puta, pues la hija sigue con facilidad el camino de la madre.»

76. *obiter*: de paso.

77. «A los que los más cultos de los latinos llamamos neotéricos.» Llamaban neotéricos a los que seguían las nuevas ideas filosóficas, en contra de las aristotélicas.

quiera decir que esto de los ecos es invención pueril, ridícula y de ayer aca, *pace tanti viri,*[78] le diré yo en sus mismas barbas que ya en tiempo de Marcial era muy usado entre los griegos; *justa illud: Nusquam Graecula quod recantat echo.*[79] Y si fuera menester citar a Aristóteles, a Eurípedes, a Calímaco y aún al mismo Gauradas, que no porque sea un poeta poco conocido deja de tener más de dos mil años de antigüedad, yo le haría ver *luce meridiana clarius,* si era o no era invención moderna esto de los ecos; y luego le preguntaría si era inverisímil que inventase una cosa pueril y ridícula un hombre que se llamaba Gauradas. *O furor! O insania maledicendi!*

3. —Pues, señor —prosiguió Antón Zotes—, este niño muestra mucha viveza, aunque no tiene más que diez años.

—*Aetas humanioribus litteris aptissima* —interrumpió el pedante—, como dijo Justo Lipsio, y aun con mayor elegancia en otra parte: *decennis Romanae linguae elementis maturatus.*[80] Porque si bien es verdad que de esa y aun de menor edad se han visto en el mundo algunos niños que ya eran perfectos gramáticos, retóricos y poetas (*quos videre sis apud Anium Viterbiensem de Praecocibus mentis partubus),*[81] pero ésos se llaman con razón monstruos de la naturaleza: *monstrum horrendum ingens.* Y Quinto Horacio Flaco (*quem Lyricorum Antistitem extitisse, mortalium nemo iverit infitias)* [82] no gustaba de esos frutos anticipados, pareciéndole que casi siempre se malograban; y así *solemne erat illi dicere: odi puero praecoces fructus.*[83]

—Y el cojo de Villaornate, que fue su maestro... —iba a proseguir el buen Antón.

—Tenga vuestra merced —le cortó el enlatinizado dó-

78. «Con el permiso de tan alto personaje.»

79. «A propósito de lo cual: Nunca resuena [en mis versos] el eco de los griegos», *Epigramas,* lib. II, ep. 86, «A Clásico».

80. «Edad aptísima [para el estudio] de las letras humanas [Humanidades]... Maduro a los diez años, gracias a los conocimientos de la lengua romana.»

81. «Lo que puede ver, si quiere, en Annio de Viterbo, *Sobre los precoces frutos de la mente*».

82. «A quien ninguno negará ser el primero de los líricos.»

83. «Solía decir: odio en el niño los precoces frutos.»

mine—. *Siste gradum, viator.*[84] ¿El cojo de Villaornate fue maestro de este niño?

—Sí, señor —respondió el padre.

—*O fortunate nate!* —exclamó el eruditísimo preceptor—. ¡Oh niño mil veces afortunado! Muchos cojos famosos celebró la antigüedad, como lo habrá leído vuestra merced en el curiosísimo tratado *De claudis non claudicantibus,* de los cojos que no cojearon, tomando el presente por el pretérito, según aquella figura retórica *praesens pro praeterito,* a quien nosotros llamamos *enálage:* tratado que compuso un preboste de los mercaderes de León de Francia, llamado monsieur Pericón, porque, sépalo usted de paso, en Francia hasta los pericones son monsieures y pueden ser prebostes. *Imo potius,*[85] sin recurrir a tiempos antiguos *novissimis his temporibus,*[86] en nuestros días hubo en la misma Francia un celebérrimo cojo, llamado Gil Menage,[87] que aunque no fue cojo *natura sua,* al fin, sea como se fuese, él fue cojo real y verdadero, esto es, cojo *realiter, et a parte rei,* como se explica con elegancia el filósofo; y no obstante de ser cojo, él era hombre sapientísimo: *Sapientissimus claudorum quotquot fuerunt, et erunt,*[88] que dijo doctamente Plinio el Mozo. Pero, *meo videri,* en mi pobre juicio todos los cojos antiguos y modernos fueron cojos de teta respecto del cojo de Villaornate; hablo *intra suos limites,* en su línea de maestro de niños, y por eso dije que este niño había sido mil veces afortunado en tener tal maestro: *O fortunate nate!*

4. —No lo es menos —prosiguió Antón Zotes— en que vuestra merced lo sea suyo.

—*Non laudes hominem in vita sua; lauda post mortem* —dijo mesurado el dómine—. Son palabras del Espíritu Santo, pero mejor lo dijo el profano:

Post fatum laudare decet, dum gloria certa.[89]

84. «Párate, caminante.»
85. «Más aún.»
86. «En estos últimos tiempos.»
87. El autor de la *Menagiana,* vid. nota 15.
88. «El más sabio de cuantos cojos ha habido y habrá.»
89. «Conviene alabar [al hombre] después de su muerte, cuando la gloria es cierta.»

—Señor preceptor, ¿mejor que el Espíritu Santo? —le preguntó Antón Zotes.

—Pues, ¡qué! ¿Ahora se escandaliza vuestra merced de eso? ¿Cuántas veces lo habrá oído en esos púlpitos a predicadores que se pierden de vista? «Así el Profeta Rey, así Jeremías, así Pablo, pero yo de otra manera.» Eso, ¿qué quiere decir, sino: «pero yo lo diré mejor»? *Praeter quam quod,*[90] yo no digo que el dicho sea mejor, sino que está mejor dicho, porque las palabras de la Sagrada Escritura son poco a propósito para confirmar las reglas de la gramática: *Verba Sacrae Scripturae grammaticis exemplis confirmandis parum sunt idonea.*

—Eso ya lo leí yo en no sé qué libro, cuando estudiaba en Villagarcía —replicó el buen Antón—, y cierto que no dejó de escandalizarme.

—A ése llaman los teólogos —dijo el dómine— *scandalum pusillorum,* escándalo de los parvulillos; y aunque dicen que no debe despreciarse, y en este particular me parece que llevan razón; pero también dicen ellos otras mil cosas harto despreciables, por más que ellos las digan.

5. —Yo no me meto en esas honduras —respondió el bonazo de Antón Zotes—, y lo que suplico a vuestra merced es que me cuide de este muchacho, que yo cuidaré de agradecérselo, y que le mire como si fuera padre suyo.

—*Prima magistrorum obligatio* —respondió el dómine— *quos discipulis parentum loco esse decet,* dijo a este intento Salustio. «Es la primera obligación del maestro tratar a los discípulos como hijos, porque ellos están en lugar de padres.» Y dime, hijo —le preguntó al niño Gerundio, mirándole entre recto y cariñoso—, ¿has estudiado algunos cánones gramaticales?

—No, señor —respondió el chico prontamente—, los cañones que yo traigo no son grajales, que son plumas de pato que mi madre se las quitó a un pato grande que tenemos en casa. ¿No es así, padre?

Sonrióse el preceptor de la viveza y de la intrepidez del muchacho, y le dijo:

90. «Fuera del cual.»

—*Non quaero a te hoc*, no te pregunto eso; pregúntote si traes alguna talega.

—Señor, la talega era cuando andaba en sayas, pero después que me puso calzones, me la quitó señora madre.

—*Non valeo a risu temperare*[91] —dijo el dómine.

Y en medio de su grande seriedad, soltó una carcajada, añadiendo:

—*Ingenium errando probat*, aun en los desaciertos muestra su viveza. Hijo, lo que te pregunto es si has estudiado algo del arte.

—¡Ah! Eso sí, señor; ya llegué hasta *musa, ae*.

—No has de decir así: querido, sino *musa, musae*.

—No, señor. No, señor; mi arte no dice *musa, musae*, sino *musa, ae*.

—Vaya, según eso. ¿has estudiado en el *Arte* de Nebrija?

—No, señor; en mi arte no está pintada ninguna lagartija, sino un león muy guapo. Mírele usté.

Y enseñóle el león, emblema o insignia de la oficina, que está en la llana del frontis.

6. No dejaron de caer en gracia a la rectísima severidad del preceptor las candideces de Gerundio, pero volviéndose al padre, le dijo en tono ponderativo:

—*Ecce tibi sebosus*. Ve aquí uno de los errores tan crasos como velas de sebo, que yo noto en este arte de Nebrija o de la Cerda, de que usan los padres de la Compañía, con quienes también estudié yo.[92] Es cierto que son varones sapientísimos, pero son hombres, y *hominum est errare*: son agudos, son buenos ingenios y muy despiertos, pero muy despierto y muy bueno fue el ingenio de Homero, y con todo eso *quandoque bonus dormitat Homerus*.[93] Lo primero, comenzar la gramática por *musa, musae* es comenzar por donde se ha de acabar: *coepisti qua finis erat*, porque las musas, esto es, la poesía, es lo último que se ha de enseñar a los muchachos, después de la retórica. Argumento es éste que le he puesto a muchos jesuitas,

91. «No puedo contener la risa.»
92. El jesuita Luis de la Cerda reformó las *Introductiones latinae explicatae* que se seguían utilizando en los colegios de la Compañía.
93. «si el buen Homero se duerme», Horacio, *Arte poética*, 359.

clarísimos varones, y ninguno ha sabido responderme. Pero, ¿qué me había de responder, si no tiene respuesta? *Deinde,* en la impresión de muchos *Artes,* en lugar de poner: *nominativo*: *musa*; *genitivo*: *musae*; *dativo*: *musae*; *acusativo*: *musam,* todo a la larga y por extenso, por ahorrar papel lo ponen en abreviatura: *nom.*: *musa*; *gen.*: *ae*; *dat.*: *ae*; *acus.*: *am.* ¿Y qué sucede? O que los pobres chicos lo pronuncian así, *quod video quam sit ridiculum*;[94] o que sea menester gastar tiempo malamente en enseñárselo a pronunciar; *et nihil est tempore pretiosius.* Pero donde se palpan *ad oculum* los inconvenientes de estas abreviaturas son en los *Tesauros,* ya sea de Salas, ya de Requejo. Va un niño a buscar un nombre, *exempli causa*: qué hay por *madre*; y en lugar de encontrar *mater, matris,* halla *mater, tris.* Quiere saber qué hay por *enviar*; y en vez de hallar *mitto, mittis,* encuentra *mitto, is.* Busca qué hay por camisa; y en lugar de *subucula, subuculae,* no lee más que *subucula, ae.* Antójasele, como al otro muchacho, escribir a su madre una carta latina, para darla a entender lo mucho que había aprovechado, en lo cual la dice que la envía una camisa sucia para que se la lave, y encájala esta sarta de disparates: *Mater tris, mitto is, subucula ae, ut lavo as. Quid tibi videtur*? ¿Qué le parece a vuestra merced, señor Antón Zotes?

—¿Qué me ha de parecer? Que aunque había oído mil cosas de la estupendísima sabiduría de usted, y yo tenía alguna experiencia, pero habiéndole oído ahora, me he quedado aturdido; y en llegando a mi lugar, he de dar muchas gracias a la mi Catanla, porque me quitó de la cabeza el enviar al mi Gerundio a Villagarcía; pues, dempués de Dios, a ella se le debe el que m'hijo mereza tener tan doctísimo maestro.

Con esto se despidió del preceptor, dejó a su hijo en una posada y se restituyó a Campazas, donde luego que llegó dijo a su mujer y al cura, que le estaban esperando a la puerta de la calle, que si Gerundico había tenido fortuna en topar con el cojo de Villaornate, más *enfortunado* había sido *entoadía* en dar con un maestro como el dó-

94. «Lo cual veo que es muy ridículo.»

mine con quien le dejaba, porque era un latino de todos los diantres, y que todos los teatinos de Villagarcía juntos no llegaban al zancajo de su sabiduría.

—Déjelo, señor; aquello era una Gabilonia: más de una hora estuvimos palrando mano a mano, y a cada palabra que yo le decía, luego me sacaba un rimero de textos en latín, que no parecía sino que los traía en el balsopeto de una enguarina [95] muy larga que tenía puesta. Por fin y por postre, el cojo de Villaornate bien puede ser el *tuáutem* [96] de los maestros de escuela; pero en linia de preceptor, el dómine de Villamandos es el *per omnia saecula saeculorum*, y mientras Campos sea Campos no habrá quien le desquite.

7. Con efecto: el paralelo no podía ser más; porque si el cultísimo cojo tenía una innata propensión a todo lo extravagante en orden a la ortografía y a la propiedad de la lengua castellana, el latinísimo dómine no podía tener gusto más estrafalario en todo lo que tocaba a la latinidad, comenzando por la ortografía latina y acabando por la poesía. A la verdad, él entendía medianamente los autores, y había leído muchos; pero pagábase de lo peor, y sobre todo le caían más en gracia los que eran más retumbantes y más ininteligibles. Prefería la afectada pomposidad de Amiano [97] y Plinio el Mozo a la grave majestad de Cicerón; la oscuridad y la dureza de Valerio Máximo a la dulce elegancia de Tito Livio; los entusiasmos de Estacio a la elevación sublime y juiciosa de Virgilio; decía que Marcial era insulso respecto de Catulo, y que todas las gracias del inimitable Horacio no merecían descalzar el menor de los chistes de Plauto. Los cortadillos [98] de Séneca le daban grandísimo gusto; pero de quien estaba fu-

95. *balsopeto*: bolsa que se llevaba en el pecho. *enguarina* o anguarina: gabán de paño pardo, sin mangas, parecido al tabardo.

96. *tuáutem*: el que se tiene por importante y necesario para algo. Se toma de *Tu autem, Domine, miserere nobis*, últimas palabras de las lecciones del Breviario.

97. *Amiano*: Marcelino Amiano (s. IV), historiador que continuó los *Doce césares* de Suetonio.

98. *cortadillos*: juegos de palabras consistentes en cortarlas y dividirlas.

riosamente enamorado era de aquel sonsonete, de aquel paloteado, de aquellos triquitraques del estilo de Casiodoro; y aunque no le había leído sino en las aprobaciones de los libros, se alampaba por leerlas, asegurado de que hallaría pocas que no estuviesen empedradas de sus cultísimos fragmentos; porque aprobación sin Casiodoro es lo mismo que sermón sin Agustino, y olla sin tocino.

8. Para él no había cosa como un libro que tuviese título sonoro, pomposo y altisonante, y más si era alegórico y estaba en él bien seguida la alegoría. Por eso hacía una suprema estimación de aquella famosa obra intitulada *Pentacontarchus, sive quinquaginta militum ductor; stipendiis Ramirezii de Prado conductus, cujus auspiciis varia in omni Litterarum ditione monstra profligantur, abdita panduntur, latebrae ac tenebrae pervestigantur, et illustrantur.* Quiere decir: «El Pentacontarco, esto es, el capitán de cincuenta soldados, a sueldo de Ramírez de Prado,[99] con cuyo valor y auspicio se persiguen y se ahuyentan varios monstruos de todos los dominios de la literatura, se descubren cosas no conocidas, se penetran los senos más ocultos, y se ilustran las más densas tinieblas.» Porque si bien es verdad que el título no puede ser más ridículo, y más cuando nos hallamos con que todo el negocio del señor Pentacontarco se reduce a impugnar cincuenta errores que al bueno de Ramírez de Prado le pareció haber encontrado en varias facultades, y no embargante de que a la tercera paletada se le cansó la alegoría; pues no sabemos que hasta ahora se hayan levantado regimientos ni compañías de soldados para salir a caza de monstruos ni de fieras, y mucho menos que sea incumbencia de la soldadesca examinar escondrijos ni quitar el oficio a los candiles, a cuyo cargo corre esto de desalojar las tinieblas; pero el bendito del dómine no reparaba en estas menudencias, y atronado con el estrepitoso sonido de Pentacontarco, capitán, soldados y estipendio, decía a sus discípulos que no se

99. Lorenzo Ramírez de Prado, autor del *Pentacontarco* (Amberes, 1612), elogiado por Lope en *El laurel de Apolo*. Nació en Zafra. Además de esta obra, publicó varios falsos cronicones de Román de la Higuera.

había inventado título de libro semejante, y que era el modo de bautizar las obras en culto y sonoro. Por el mismo principio, le caía muy en gracia aquella parentación [100] latina que se hizo en la muerte de cierto personaje llamado Fol de Cardona, varón pío y favorecido con muchos consuelos celestiales, a la cual se la puso este oportunísimo título: *Follis spiritualis, vento consolatorio turgidus, acrophytio Sucrae Scripturae armatus, manuque Smaritani applicatus.* Es decir, «Fuelle espiritual, hinchado con el viento de la consolación, aplicado al órgano de la Sagrada Escritura, siendo su entonador el Samaritano».

—¿Quién hasta ahora —decía el pedantísimo preceptor— ha excogitado cosa más discreta ni más elegante? Si alguna pudiera competirla, era el incomparable título de aquel elocuentísimo libro que se imprimió en Italia a fines del siglo pasado con esta armoniosa inscripción: *Fratrum Roseae Crucis fama scancia redux, buccina jubilaei ultimi, Evae hyperboleae praenuntia, montium Europae cacumina suo clangore feriens, inter colles et valles Araba resonans* («Fama recobrada de los hermanos de la Roja Cruz; Trompeta sonora del último jubileo, precursora de la hiperbólica Eva, cuyos ecos, hiriendo en las cumbres de los montes de Europa, retumban en los valles y en las concavidades de Arabia»). Esto es inventar y elevarse, que lo demás es arrastrar por el suelo. Y no que los preciados de críticos y de cultos han dado ahora en estilar unos títulos de libros tan sencillos, tan claros y tan naturales, que cualquiera vejezuela entenderá la materia de que se trata en la obra, a la primera ojeada, queriéndonos persuadir que así se debe hacer, que lo demás es *pedantería,* nombre sucio y malsonante —y al decir esto, se espiritaba de cólera el enfurecido dómine—. Por toda razón de un gusto tan ratero y tan vulgar, nos alegan que ni Cicerón, ni Tito Livio, ni Cornelio Nepote, ni algún otro autor de los siglos de Augusto usaron jamás de títulos rumbosos, sino simples y naturales. *Ciceronis Espitolae, Orationes Ciceronis, Cicero de Officiis, Historia Titi Livii, Annales Cornelii Taciti*; y daca el siglo de Augusto, torna el siglo de Augusto, que nos tienen ensiglados y enaugustados

100. *parentación*: solemnidad fúnebre.

los sesos, como si en todos los siglos no se hubieran estilado hombres de mal gusto y que cometieron muchos yerros, como lo dice expresamente la Iglesia en una oración que comienza: *Deus qui errantibus,* y acaba: *per omnia saecula seculorum.* Digan Cicerón, Tito Livio y Tácito, y cien Tácitos, cien Titos Livios y cien Cicerones lo que quisieren, todo cuanto ellos hicieron no llega al carcañal de aquella estupendísima obra intitulada *Amphitheatrum sapientiae aeternae, solius, verae, Christiano-Cabalisticum, Divino-Magicum, necnon Physico-Chymicum, Tertriunum-Catholicum; instructore Henrico Cunrath* [101] («Anfiteatro de la sabiduría eterna, única, verdadera, cristiano-cabalístico, divino-mágico, físico-químico, unitrino-católico, construido o fabricado por Enrico Conrath»). Que me den en toda la antigüedad, aunque entre en ella su siglo de Augusto, cosa que se le parezca. Dejo a un lado aquella oportunidad de adjetivos encadenados, cada cual con su esdrújulo corriente, que son comprehensivos de todas las materias tratadas en el discurso de la obra. Después de haberla llamado a ésta Anfiteatro, ¿qué cosa más aguda, ni más oportuna, ni más al caso que decir *construido, fabricado,* y no *escrito* ni *compuesto* por Enrique Conrath, siguiendo la alegoría hasta la última boqueada? Si éste no es primor, que me quiten a mí el crisma de la verdadera latinidad.

CAPÍTULO VIII

SALE GERUNDIO DE LA ESCUELA DEL DÓMINE, HECHO UN HORROROSO LATINO

DESPUÉS de haberse echado el preceptor a sí mismo tan terrible maldición que, si por nuestros pecados le hubiera comprehendido, quedaría la latinidad preceptoril defraudada de uno de sus más ridículos ornamentos,

101. *Henrico Cunrath,* Heinrich Khuenrath (1560-1605), químico alemán. Isla pudo entresacar estos títulos del *Catalogus omnis generis librorum in quavis facultate et in variis linguis* que, según L. Fernández, *Cartas inéditas del Padre Isla,* Madrid, 1957, 137, tenía en su celda. Véase su artículo «La biblioteca particular del P. Isla», *Humanidades,* 4, 1952, 128-142.

pasaba a instruir a sus discípulos de las buenas partes de que se compone un libro latino.

—Después del título del libro —los decía—, se siguen los títulos o los dictados del autor; y así como la estruendosa, magnífica e intrincada retumbancia del título excita naturalmente la curiosidad de los lectores, así los dictados, títulos y empleos del autor dan desde luego a conocer a todo el mundo el mérito de la obra. Porque claro está que viendo un libro compuesto por un maestro de teología, un catedrático de prima, y más si es del gremio y claustro de alguna universidad, por un abad, por un prior, por un definidor; pues, ¿qué, si se le añade un *ex* a muchos de sus dictados, como ex definidor, ex provincial, etcétera, y se le junta que es teólogo de la Nunciatura, de la Junta de la Concepción, consultor de la Suprema, predicador de su Majestad de los del número; sobre todo, si en los títulos se leen media docena de *protos*, con algunos pocos de *archis*, como protomédico, protofilomatemático, protoquímico, archihistoriógrafo? De contado es una grandísima recomendación de la obra; y cualquiera que tenga el entendimiento bien puesto y el juicio en su lugar, no ha menester más para creer que un autor tan condecorado no puede producir cosa que no sea exquisita, y entra a leer el libro con un conceptazo de la sabiduría del autor que le aturrulla. Bien hayan nuestros españoles, y también los alemanes, que en eso dan buen ejemplo a la República de las Letras. Aunque no impriman más que un folleto, sea en latín, sea en romance, un sermoncete, una oracioncilla, y tal vez una mera consulta moral, ponen en el frontis todo lo que son y todo lo que fueron, y aun todo lo que pudieron ser, para que el lector no se equivoque y sepa quién es el sujeto que le habla: que no es menos que un lector jubilado, un secretario general, un visitador, un provincial y uno que estuvo consultado para obispo. Así debe ser; pues sobre lo que esto cede en recomendación de la obra, se adelanta una ventaja que pocos han reflexionado dignamente. Hoy se usan en todas partes *Bibliotecas* de los escritores de todas las naciones, en que a lo menos es menester expresar la patria, la edad, los empleos y las obras que dio a luz cada

escritor de quien se trata. Pues con esta moda de poner el escritor todos sus dictados, y más si tiene cuidado de declarar la patria donde nacieron, como loablemente lo practican muchos por no defraudarla de esa gloria, diciendo: *N. N. Generosus Valentinus, Nobilis Cesaragustanus, clarissimus Cordubensis, et reliqua*; ahorran al pobre bibliotequista mucho trabajo, pesquisas y dinero, porque en abriendo cualquiera obra del escritor, halla su vida escrita por él mismo, ante todas cosas.

2. «Y aun por eso, no sólo no condeno, sino que alabo muchísimo a ciertos escritores modernos que, si se ofrece buena ocasión, se dejan caer en alguna obrilla suya la noticia de las demás obras que antes dieron a luz, ya para que allí las encuentre juntas el curioso, y ya para que algún malsín no les prohíje partos que no son suyos, pues por la diversidad del estilo se puede sacar concluyentemente la suposición del hijo espurio. Por este importantísimo motivo se vio precisado a dar individual noticia de todas o casi todas las *producciones* con que hasta allí había enriquecido a la República Literaria cierto escritor neotérico, culto, terso, aliñado y exactísimo ortográfico hasta la prolijidad y hasta el escrúpulo.[102] Un autor columbino y serpentino, que todo lo juntaba, pues decía él mismo que se llamaba *Fr. Columbo Serpiente*, dio a luz un papelón, que se intitulaba *Derrota de los alanos*, contra el doctísimo, el elocuentísimo y el modestísimo maestro Soto Marne; pues no porque el Rey y el Consejo sean de parecer contrario y le hubiesen negado la licencia del escribir o de imprimir contra ese pobre hombre del maestro Feijoo, nos quitan a los demás la libertad de juzgar lo que nos pareciere.[103] Sospechóse y díjose en cierta comunidad que el autor del tal derrotado o derrotador papel era Fulano. Ya se ve, ¡qué injuria más atroz que esta sos-

102. Se trata del propio Isla, que lo hizo en la *Carta que escribió... vindicándose de la falsa voz que le hacía autor del papel intitulado «La derrota de los alanos»*, vid. *Rebusco*, II, 192-218.

103. Isla alude a la Real Orden de 23 de junio de 1750 en la que se prohibía escribir contra Feijoo. Según Isla, el autor de la *Derrota* era el sevillano Lucas Ramírez.

pecha! ¡Ni qué agravio más público que el discurso de cuatro amigos en la celda de un convento! Monta en cólera el irritadísimo doctor, enristra la pluma y escribe una carta dirigida a cierto hermano suyo, que era casi lector en aquella comunidad; dala a la estampa y espárcela por España, para que venga a noticia de todos su agravio, que sin duda era grandísimo. Y después de haber tratado a la tal *derrota* como merecía, llamándola «derrota de la conciencia y la urbanidad, derrota de la lengua castellana, derrota de la erudición, derrota del gracejo, derrota del método, derrotas que toman las nobles plumas en el mar de la crítica y de las letras», añade: «Nada hay en ella que pueda llamarse cosa mía. Ni locución, ni frase, ni contextura, ni transiciones, ni el modo de traer las noticias, ni la falta de aliño, ni la impropiedad de las voces, ni la grosería del dicterio, ni lo ramplón de unos apodos i la improporción de otros; i para decirlo de una vez, ni aquella falta de aire subtilísimo que da en los escritores a conocer sus auctores, i no lo perciben más que los entendimientos bien abiertos de poros.» Que es lo mismo que decir: Hermano, si tus frailes no fueran tan cerrados de poros, o no tuvieran el entendimiento constipado, a mil leguas olerían que no era ni podía ser obra mía esa derrota; porque en todas mis obras la locución es tersa, la frase culta, la contextura natural, las transiciones ni de encaje, el modo de traer las noticias, ni aunque vinieran en silla de manos; las voces propiísimas, los dicterios delicados, los apodos no ramplones, sino con más de cuatro dedos de tacón. Aunque no fuera más que por la ortografía, cualquiera que no estuviese arromadizado podría oler que si fuera cosa mía la *Derrota,* no permitiría que se imprimiese como se imprimió, aunque supiera quedarme sin borla. ¡Permitir yo que se escribiese la conjunción con la *y* griega y no con *i* latina! ¡Tolerar que en mis obras se estampase *de el padre, de la agua, de ayer acá,* y no con el apóstrofe, que las da tanta sal y tanto chiste, escribiendo *d'ayer acá, de l'agua, d'el padre*! Vaya que es falta de criterio y no tener olfato para percibir «aquel aire subtilísimo que da en los escritos a conocer sus auctores»; y el que no conociere que mis escritos están llenos

de este aire, no vale para podenco; declárole por mastín.

3. «Prueba perentoria de cuanto digo sean mis producciones.» Ahora entra lo que antes os decía —continuaba el dómine hablando con sus discípulos— del cuidado que tienen los escritores de mejor nota, no sólo de autorizar sus obras con todos sus dictados, sino de dejarse caer en algunas de ellas la importante noticia de todas las que las han precedido. Y no hablando de las latinas, que a la sazón cuando se escribió dicha carta se sabe que serían como media docena de arengas y otra tanta porción de dedicatorias: «De las españolas en prosa i verso —prosigue nuestro autor— unas guardan clausura en el retiro de mi celda..., otras andan como vergonzantes, embozadas siempre con los retazos de un acertijo, cuyo ribete es un anagrama; otras, en fin, llevan todo el tren de mis nombres i apellidos, campanillas i cascabeles.» Y habéis de saber, hijos —interrumpía aquí el socarrón del dómine— que en esto de cascabeles son muchos los que los tienen. «D'este calibre son (esto es, del calibre de los cascabeles) la aprobación que di a un sermón del padre M..., la que hice al sermón de..., la que está en el libro de las fiestas de..., una oración que pronuncié en el capítulo de mi orden, otra que dije en las exequias de..., el libro de las fiestas de... ¡Y qué sé yo qué más!» Veis aquí una noticia curiosa, individual y menuda de unas obras de grandísima importancia, que cualquiera autor que mañana quiera proseguir la *Biblioteca Hispana* de don Nicolás Antonio, las encuentra a mano en esta carta, y por lo menos hasta el año de 1750 sabe puntualmente todas las obras que dio a luz nuestro gravísimo escritor, «con sus nombres, apellidos, campanillas y cascabeles».

4. «Yo bien sé que algunos críticos modernos hacen gran burla de esta moda, tratándola de charlatanería y de titulomanía, con otras voces disonantes y *piarum aurium* [104] ofensivas, pretendiendo que es una vana ostentación, y muy impertinente, para dar recomendación a la obra; pues dicen que ésta no se hace recomendable por los dictados del autor, sino por lo bien o mal dictada que esté ella.

104. «De los oídos piadosos.»

Tráennos el ejemplar de los franceses y de los italianos, que por lo común nunca ponen más que el nombre, el apellido y, a lo más, la profesión del autor, aun en las obras más célebres y de más largo aliento (gústame mucho esta frase), como: *Historia romana, por Monsieur Rollin; Mabillon, Benedictino, de la Congregación de San Mauro, de Re Diplomatica; Historia Eclesiástica, por el Abad Fleury; Specimen Orientalis Ecclesiae, Authore Joanne Bapt. Salerno, Societatis Jesu.* Y aun nos quieren también decir que los títulos, así magníficos como ridículos, que han tomado algunas academias, especialmente de Italia, no son más que una graciosa sátira con que se ríen de los títulos con que salen a la luz pública algunos autores fantasmas, y que por eso unas academias se llaman *de los Seráficos, de los Elevados, de los Inflamados, de los Olímpicos, de los Parténicos, de los Entronizados;* y otras, por el contrario, *de los Oscuros, de los Infecundos, de los Obstinados, de los Ofuscados, de los Ociosos, de los Somnolientos, de los Inhábiles, de los Fantásticos.* Pero digan lo que quisieren estos desenterradores de las costumbres, usos y ritos más loables, y estos grandísimos bufones y burladores de las cosas más serias, más establecidas y más generalmente recibidas de hombres graves, doctos y píos, yo siempre me tiraré a un libro cuyo autor salga con la comitiva de una docena de dictados que acrediten bien sus estudios y su literatura, antes que a otro cuyo autor parece que sale al teatro en carnes vivas, y que no tiene siquiera un trapo con que cubrir su desnudez. Esto parece que es escribir en el estado de la inocencia, y ya no estamos en ese estado. *Obras de Fr. Luis de Granada, del Orden de Predicadores.* ¡Miren qué insulsez! ¿Y qué sabemos quién fue ese fray Luis? *Obras del P. Luis de la Puente, de la Compañía de Jesús.* ¡Otro que tal! ¿Y por dónde nos consta que este padre no fue por ahí algún granjero o procurador de alguna cabaña?[105]

5. «Y ya que viene a cuento y hablamos de esta religión, es cierto que en todo lo demás la venero mucho,

105. *cabaña*: conjunto de ganado trashumante. Las casas religiosas importantes a veces tenían grandes rebaños de ovejas, que llamaban «cabañas» (Fernández Martín, I, 176).

pero en esto de los títulos de los libros y de los autores, no deja de enfadarme un poco; aquellos por lo común son llanos y sencillos, y éstos por lo regular salen a la calle poco menos que en cueros: su nombre, su apellido, su profesión; y tal cual, su patria, por no confundirse con otros del mismo nombre y apellido, y santas pascuas. No parece sino que los autores más graves, los de primera magnitud, hacen estudio particular de intitular sus libros como si fueran por ahí la *Vida del Lazarillo de Tormes*, y de presentarse ellos como pudiera un pobre lego pelón. *De Religione, Tomus primus, Authore Francisco Suárez, Granatensi, Societatis Jesu. De Concordancia Gratie, et liberi arbitrii, Authore Ludovico de Molina, Soc. Jesu. De Controversiis, Tom. I., Authore Roberto Belarmino, Soc. Jesu.* Y si alguno de éstos añade *presbítero,* ya le parece que no hay más que decir. No alabo esta moda, o acaso esta manía; y por más que me quieran decir que es modestia, juicio, cordura, religiosidad, y aun en cierta manera mayor autoridad y gravedad, no me lo persuadirán cuantos aran y cavan, que parece son los oradores más persuasivos que se han descubierto hasta ahora. Y si no, díganme, ¿dejan de ser modestos, cuerdos, religiosos y graves aquellos autores jesuitas (no son muchos) que ponen a sus obras títulos magníficos y sonorosos, como *Theopompus, Ars magna lucis et umbrae, Pharus scientiarum,* etc. ¿Y los otros que no dejan de decir si son o fueron maestros de teología y en dónde, doctores, catedráticos, rectores? Díganme más, ¿no vemos que hasta los reyes ponen todos sus títulos, dictados y señoríos en sus reales provisiones, para darlas mayor autoridad, y que lo mismo hacen los arzobispos, obispos, provisores y cuantos tienen algo que poner, aunque sean títulos *in pártibus* o del calendario,[106] que dan señoría simple sin carga de residencia? Sólo el Papa se contenta con decir *Benedictus XIV, Servus Servorum Dei,* y acabóse la comisión; pero ésa es humildad de la cabeza de la Iglesia, que no hace consecuencia para los demás y no debe traerse a colación.

106. *títulos in partibus o del calendario*: obispados suprimidos que se dan a los obispos tutelares. Títulos del calendario, porque los ejercieron santos que figuran en el calendario.

Estas últimas razones, aunque tan ridículas, hacían grandísima fuerza a nuestro insigne preceptor; y procuraba imprimírselas bien en la memoria a sus muchachos, para que supiesen qué libros habían de escoger y de estimar.

6. De los títulos, así de las obras como de los autores, pasaba a las dedicatorias. En primer lugar, ponderaba mucho la utilísima y urbanísima invención del primero que introdujo en el orbe literario este género de obsequios; pues, sobre que tal vez un pobre autor que no tiene otras rentas que su pluma gana de comer honradamente por un medio tan lícito y honesto, logra con esto la ocasión de alabar a cuatro amigos y de cortejar a media docena de poderosos, los cuales, si no fueren en la realidad lo que se dice en las dedicatorias que son, a lo menos sabrán lo que debieran ser. En segundo lugar, se irritaba furiosamente contra el autor de las *Observaciones halenses,* y contra algunos otros pocos de su mismo estambre, que, con poco temor de Dios y sin miramiento por su alma, dicen con grande satisfacción que esto de dedicar libros es especie de petardear, o a lo menos de mendigar: *Dedicatio librorum est species mendicandi.*[107]

—Y aún no sé quién de ellos se adelanta a proferir que el primer inventor de las dedicatorias fue un fraile mendicante. ¡Blasfemia! ¡Malignidad! ¡Ignorancia supinísima! Pues, ¿no sabemos que Cicerón dedicaba sus obras a sus parientes y a sus amigos? ¿Y Cicerón fue fraile mendicante? ¿No sabemos que Virgilio dedicó, o a lo menos pensó dedicar, su *Eneida* a Augusto? ¿Y fue fraile mendicante Publio Virgilio Marón? Finalmente, ¿no saben hasta los autores malabares que Horacio dedicó a Mecenas todo cuanto escribió, y que de ahí vino el llamarse mecenas cualquiera a quien se dedica una obra, aunque por su alcurnia y por el nombre de pila se llame Pedro Fernández? [108]

107. Según Sebold (I, 140), Isla toma la cita de la *Menagiana,* II, 110, que pertenece a A. Furetière, *Roman bourgeois,* París, 1666, 610.

108. Pedro Fernández, personaje de refranes. A veces utilizó Isla este nombre como pseudónimo.

¿Y no me dirán de qué religión fue fraile mendicante el reverendísimo padre maestro fray Quinto Horacio Flaco? Así que, hijos míos, este uso de las dedicatorias es antiquísmo y muy loable; y no sólo le han usado los autores pordioseros y mendicantes, como dicen estos bufones, sino los papas, los emperadores y los reyes: pues vemos que San Gregorio el Grande dedicó el libro de sus *Morales* a San Leandro, arzobispo de Sevilla; Carlomagno compuso un tratado contra cierto conciliábulo que se celebró en Grecia para desterrar las santas imágenes, y le dedicó a su secretario Enginardo; y Enrique VIII, rey de Inglaterra, dedicó al Papa y a la Iglesia Católica, de quien después se separó, el libro que escribió en defensa de la fe contra Lutero.

7. —Y, señor dómine —le preguntó uno de los estudiantes—, ¿cómo se hacen las dedicatorias?

—Con la mayor facilidad del mundo —respondió el preceptor—, diga lo que dijere cierto semiautorcillo [109] moderno, que se anda traduciendo libretes franceses, y quiere parecer persona, sólo porque hace con el francés lo que cualquiera medianistilla con el latín; siendo así que hasta ahora no hemos visto de su pegujal más que una miserable aclamación del reino de Navarra en la coronación de nuestro rey Fernando el VI (a quien Dios inmortalice), por señas que la sacudió bravamente el polvo un papel que salió luego contra ella, intitulado *Colirio para los cortos de vista*;[110] el cual, aunque muchísimos dijeron que no tocaba a la obrilla en el pelo de la ropa, y que en suma se reducía a reimprimirla en pedazos, añadiendo a cada trozo una buena rociada de desvergüenzas a metralla contra el autor y contra los que éste alababa; y aunque también es verdad que inmediatamente le prohibió la Inquisición; pero, en fin, el tal papel ponía de vuelta y media, y más negro que su sotana, al susodicho autorcillo. Éste, pues, en cierta dedicatoria que acaba de hacer a un gran minis-

109. El propio Isla.

110. *Colirio para los cortos de vista, diversión para los discretos y explicación del cajón de sastre de la Isla trasmontada para los tontos*, Valencia, 1746.

tro, nos quiere persuadir, sólo porque a él se le antoja, «que no hay en todo el país de la elocuencia provincia más ardua que la de una dedicatoria bien hecha».[111]

8. «Yo digo que no la hay más fácil, como se quiera tomar el verdadero gusto y el verdadero aire de las dedicatorias. Porque, lo primero, se busca media docena de substantivos y adjetivos sonoros y metafóricos (y si fuere una docena, tanto mejor), los cuales se han de poner en el frontis del libro, de las conclusiones o de la estampa de papel (porque hasta éstas se dedican) antes del nombre y apellido del mecenas, que sean apropiados y vengan como de molde a su carácter y empleos. Por ejemplo, si la dedicatoria es latina y se dirige a un señor obispo, el sobreescrito, la dirección o el epígrafe ha de ser a este modo: *Sapientiae Oceano, Virtutum omnium Abysso, Charismatum Encyclopaediae, Prudentiae Miraculo, Charitatis Portento, Miserationum Thaumaturgo, Spiranti Polyanteae, Bibliothecae Deambulanti, Ecclesiae Tytani, Infularum Mytrae, Hesperiaeque totius fulgentissimo Phosphoros Illmo. Dño. Domino meo D. Fulano de Tal.* Si la obra se dedica a una santa imagen, como si dijéramos a Nuestra Señora de la Soledad o de los Dolores, hay mil cosas buenas de que echar mano, como: *Mari Amaro, Soli Bis-Soli, Orbis Orbatae Parenti, Ancillae Liberrimae absque Libero, Theotoco sine filio, Confictae non ficte, Puerperae, inquam, diris mucronibus confossae sub Iconico Archetypo de tal y tal.*[112] Pero si la dedicatoria fuere de algún libro romancista y se dirigiere a un militar, aunque no sea más que capitán de caballos, entonces se ha de ir por otro rumbo, y ante todas cosas se ha de decir: *Al Jerjes español, al Alejandro andaluz, al César bético, al Ciro del Genil, al Tamborlán europeo, al Kauli-Kan cismontano, al Marte no fabuloso, a D. Fulano de Tal, Capitán de Caballos Ligeros, del Regimiento de Tal.* Y no encajar

111. Así comienza la dedicatoria de Isla al marqués de la Ensenada del tomo II del *Año cristiano.*

112. «Al mar amargo, al sol dos veces sol, a la huérfana del padre del orbe, a la más libre esclava sin hijo, a la Teotocos sin hijo, a la no falsamente fingida, a la madre, digo, atravesada por crueles puñales bajo el icónico arquetipo.»

el nombre y el apellido del mecenas de topetón, como lo estilan ahora los ridículos modernos, diciendo a secas: *A D. Fulano de Tal; A mi señora doña Citana de Tal; A la excma. Señora duquesa de Cual*; que no parece sino sobreescrito de carta que ha de ir por el correo.

9. «Dedicatoria he visto yo muy ponderada por algunos ignorantes y boquirrubios, dirigida al mismo rey de España, la cual sólo decía en el frontis: *AL REY*, con letras gordas iniciales, sin más principios, ni postres, caireles, ni campanillas. No puedo ponderar cuánto me estomacó, moviéndome una náusea, que aun ahora mismo me está causando arcadas y bascas. *¡Al Rey!* Pero, ¿a qué rey, majadero? Pues no sabemos si es a alguno de los reyes magos, al rey Perico o al rey que rabió. *¡Al Rey!* ¿Puede haber mayor llaneza? Como si dijéramos, a Juan Fernández, o a Perico el de los Palotes.[113] *¡Al Rey!* Dime, insolente, desvergonzado y atrevido, ¿es al rey de bastos, o al de copas? Nos quieren embocar los críticos y los cultos que éste es mayor respeto, mayor veneración y también más profundo rendimiento, como que ningún español puede ni debe entender por el nombre antonomástico de rey a otro que al rey de España, y como que lo mismo debieran entender todas las demás naciones, puesto que no hay rey en el mundo descubierto que tenga tan dilatados dominios como nuestro Católico Monarca, ni con algunos millares de leguas de diferencia. ¡Bagatelas y más bagatelas! Por lo mismo, era muy puesto en razón que antes de llegar a su augusto nombre, se le diera a conocer por lo menos con unos cincuenta dictados o inscripciones alegóricas, que fuesen poco a poco conciliando la expectación y el asombro, los cuales pudieran ser como si dijéramos de esta manera: *Al poderoso Emperador de dos mundos, al Émulo del Sol, Febo sublunar en lo que domina, como el celeste en lo que alumbra, al Archimonarca de la Tierra*; y después para dar a entender sus reales virtudes personales, añadir: *Al Depósito real de la Clemencia, al co-*

113. *el rey Perico, el rey que rabió, Juan Fernández, Perico el de los Palotes*, son personajes de frases proverbiales que suelen utilizarse para indicar cosas de poco valor o para significar desprecio.

ronado Archivo de la Justicia, al sacro augusto Tesoro de la Piedad, al Escudo imperial de la Religión, al pacífico, al benéfico, al magnético, al Católico Rey de las Españas, Fernando el Sexto, Pío, Feliz, siempre Augusto, Rey de Castilla, de León, de Navarra, de Aragón, etc., y ir prosiguiendo hasta el último de sus reales dictados. Lo demás es tratar al rey como se pudiera a un hidalgo de polaina,[114] y sacarle tan sólo al teatro del papel, como si fuera uno de aquellos reyes antiguos que se andaban por esos campos de Dios pastoreando ovejas, y ellos mismos llevaban los bueyes a beber en su propia real persona.

10. »Después, tampoco me gusta que se comience a hablar con el rey espetándole un *Señor* tan tieso como un garrote, que ya no falta más sino que añadan un *Señor mío,* como si fuera carta de oficio de algún ministro superior a otro subalterno. Nuestros antepasados eran hombres más respetuosos y verdaderamente circunspectísimos, pues nunca hablaban con el rey sin que comenzasen de esta manera: "Sacra, católica, real Majestad...",[115] cosa que llenaba la boca de veneración, y de contado se tenía ya hecho un pie majestuoso para un romance heroico, al modo de las coplas de Juan de Mena. He oído que esta moda de tratar al rey, llamándole *Señor* a secas, nos la han pegado también los franceses, como otras mil y quinientas cosas más, por cuanto ellos, cuando hablan con su Rey Cristianísimo, le encajan un *Sire, in puris naturalibus*; y vamos adelante. ¡Válgate Dios por franceses, y qué contagiosos que sois! Con que si a ellos se les antojara llamar *Sirena* a la reina, ¿también nosotros se lo llamaríamos corrientemente a la nuestra? ¡Y cierto que quedaría su Majestad muy lisonjeada! Ellos tratan de *Madama* a la suya; y en verdad que si a algún español se le antojara tratar así a la reina nuestra señora, no le arrendaría yo la ganancia, salvo

114. *hidalgo de polaina*: de poca categoría, que usaba polainas como los labradores.

115. Del *Memorial* atribuido a Quevedo, que comienza «Católica, sacra, real majestad», y que en algunas copias del XVIII empezaba como lo transcribe Isla. Vid. J. M. Blecua, «Un ejemplo de dificultades», *NRFH,* VIII, 1959, 166 (Sebold, I, 145).

que fuese por ahí algún lego o algún donado de éstos que son santos y simples adredemente; que ésos tienen licencia para tutear al mismo Papa, pues ahí está toda la gracia de su santidad. Por tanto, hijos míos, lo dicho dicho, y tomad bien de memoria estas importantísimas lecciones.

11. »Nunca imprimáis cosa alguna, aunque sean unos tristes *Cuodlibetos,*[116] sin vuestra dedicatoria al canto, que en eso no vais a perder nada, y de contado mal será que no ahorréis por lo menos el coste de la impresión; pues no todos los mecenas han de ser como aquel conchudo [117] Papa (Dios me lo perdone) León X, a quien un famoso alquimista dedicó un importantísimo libro en que, como él mismo aseguraba, se contenían los más recónditos arcanos de la crisopeya, esto es, un modo facilísimo de convertir en oro todo el hierro y todos los metales del mundo; y el bueno del Pontífice (perdónemelo Dios) por todo agradecimiento le regaló con un carro de talegos, para que recogiese en ellos el oro que pensaba hacer: cosa de que se rieron mucho los mal intencionados, pero los eruditos y verdaderamente literatos la tuvieron por mezquindad y la lloraron con lágrimas de indignación. Resuelta vuestra dedicatoria, atacadla bien de epígrafes alegóricos, simbólicos y altisonantes; y si fuere a alguna persona real, cuidado con tratarla como es razón, y que no salga en público sin su compañía de guardias de corps y sin su guardia de alabarderos, esto es, de epítetos bien galoneados y bien montados, precedidos de epígrafes a mostachos, que vayan abriendo calle.

12. »Y aunque ya va un poco larga la lección, por concluir en ella todo lo que toca a lo sustancial de las dedicatorias, quiero instruiros en otros dos puntos que son de la mayor importancia. Autores latinos hay tan romancistas, que cuando llegan a poner los verdaderos títulos que tienen los sujetos a quienes dedican sus obras, como duque de Tal, conde de Tal, marqués de Tal, señor de Tal, consejero de Tal, etc., los ponen en un latín tan llano,

116. *cuodlibetos*: vid. nota 11.
117. *conchudo*: astuto, cauteloso, difícil de engañar.

tan natural y tan ramplón, que le entenderá una demandadera, aunque no sepa leer ni escribir, sólo con oírle, pues dicen muy a la pata llana: *Duci de Medinaceli*; *Comiti de* Altamira; *Marchioni de Astorga*; *Domino de los Cameros*; *Consiliario Regio,* etc. ¡Cosa ridícula! Para eso más valiera decirlo como pudiera un maragato. ¡Cuánto más culto y más latino será decir: *Coelico-Metimnensi Ductori-Satrapae*; *A Comitiis de Cacuminato-conspectu*; *Moenium Asturicensum a Markis*; *Lecti-Fabrorum Dynastae*; *A Penetralibus Regiis*! Y si no lo entendieren los lectores, que aprendan otro oficio, porque ésa no es culpa del autor, el cual, cuando se pone a escribir en latín, no ha de gastar un latín que le entienda cualquiera reminimista.[118]

13. »Otra cosa es cuando los títulos no son verdaderos y reales, sino puramente simbólicos o alegóricos, inventados por el ingenio del autor; que entonces, para que se penetre bien toda la gracia y toda la oportunidad de la invención, conviene mucho ponerlos llana y sencillamente. Explicaréme con un ejemplo. El año de 1704, cierto autor alemán publicó una obra latina intitulada *Geographia Sacra, seu Ecclesiastica* ("Geografía sagrada o eclesiástica"). Dedicóla a los "tres únicos soberanos príncipes hereditarios en el cielo y en la tierra": *Tribus summis, atque unicis Principibus haereditariis in Coelo et in Terra*; esto es, a Jesucristo, a Federico Augusto, príncipe electoral de Sajonia, y a Mauricio Guillermo, príncipe hereditario de las provincias de Saxe-Ceitz: *Christo, nempe, Friderico Augusto, Principi Electorali Saxoniae, et Mauritio Wilhelmo, Provintiarum Saxo-Cizensium haeredi.* ¡Cosa grande! Pero, ¡aun todavía la habéis de oír mucho mayor! ¿Y qué títulos inventaría nuestro incomparable autor para explicar los Estados de que era príncipe hereditario Jesucristo? Atención, hijos míos, que acaso no leeréis en toda vuestra vida cosa más divina; y lo que es yo, si fuera el inventor de ella, no me trocaría por Aristóteles, ni por Platón.

118. *reminimista*: de *minimista*: estudiante de la clase de mínimas, la segunda de las clases en que se dividía la enseñanza de la gramática, y en la cual se enseñaban los géneros de los nombres y las primeras oraciones.

14. »Llama, pues, a Jesucristo en latín claro y sencillo, como era razón que le usase en esta importante ocasión, *Imperator coronatus coelestium Exercituum*; *electus Rex Sionis, semper Augustus*; *Christianae Ecclesiae Pontifex Maximus, et Archi-Episcopus Animarum*; *Elector Veritatis, Archi-Dux Gloriae*; *Dux Vitae*; *Princeps Pacis*; *Eques Portae inferni*; *Triumphator Mortis*; *Dominus haereditarius Gentium*; *Dominus Justitiae, et Patris Coelestis a Sanctioribus Consiliis*, etcétera, etc., etc. Quiere decir, porque es importantísimo que ninguno se quede sin entenderlo: es Cristo "coronado Emperador de los Ejércitos Celestiales; electo Rey de Sión, siempre Augusto; Pontífice Máximo de la Iglesia Cristiana; Arzobispo de las Almas; Elector de la Verdad; Archiduque de la Gloria; Duque de la Vida; Príncipe de la Paz; Caballero de la Puerta del Infierno; Triunfador de la Muerte; Señor hereditario de las Gentes; Señor de la Justicia, y del Consejo de Estado y Gabinete del Rey su Padre Celestial". Y añadió el autor muy oportunamente tres *etc., etc., etc.*, para dar a entender que todavía le quedaban entre los deditos otros muchos títulos y dictados, y que de aquí a mañana los estaría escribiendo, si no bastaran los dichos, para que se conociese los que podía añadir. Muchachos, encomendad esto a la memoria, aprendedlo bien, tenedlo siempre en la uña; que se os ofrecerán mil ocasiones en que os pueda servir de modelo para acreditaros vosotros, y para acreditarme a mí.

15. »Falta decir dos palabritas sobre el cuerpo y el alma de las dedicatorias. Supónese que el latín siempre ha de ser de boato, altísono, enrevesado e inconstruible, ni más ni menos como el latín de una insigne dedicatoria que años ha me dio a construir el padre de Gerundio de Campazas, *alias* Zotes; y en verdad que se la construí sin errar un punto, a presencia de todo el arciprestazgo de San Millán, en la romería del Cristo de Villaquejida. Supónese también que a cualquiera a quien se le dedica una obra, sea quien fuere, se le ha de encontrar por aquí o por allí con el Rey Wamba, o a lo menos con don Veremundo el Diácono, sea por línea recta o por línea transversal, que eso hace poco al caso, y es negocio de cortísimo trabajo; pues ahí

está Jacobo Guillermo Imhoff,[119] dinamarqués o sueco (que ahora no me acuerdo), famoso genealogista de las casas ilustres de España y de Italia, que a cualquiera le emparentará con quien la venga más a cuento. Sobre este supuesto, ya se sabe que la entrada de toda dedicatoria ha de ser siempre exponiendo la causa impulsiva, que dejó sin libertad al autor, para emprehender aquella osadía; la cual causa nunca jamás ha de ser otra que la de buscar un poderoso protector contra la emulación, un escudo contra la malignidad, una sombra contra los abrasados ardores de la envidia, asegurando a rostro firme que con tal mecenas no teme ni a los Aristarcos ni a los Zoilos; pues, o acobardados no osarán sacar las cabezas de sus madrigueras y escondrijos, o si tuvieran atrevimiento para hacerlo, serán Ícaros de su temeridad, derretidas sus alas de cera a los encendidos centelleantes rayos de tan fogoso resplandeciente padrino. Porque si bien es verdad que aunque un libro se dedique al Santísimo Sacramento, si él es malo, hay hombres tan insolentes y tan mordaces, que, adorando al divino objeto de la dedicatoria, hacen añicos al libro, y tal vez a la misma dedicatoria no la dejan hueso sano; y más de dos libros de a folio he visto yo recogidos por la Inquisición, con estar dedicados a reyes, a emperadores y aun al mismo Papa, sin que los mecenas hagan duelo de eso ni se les dé un ardite, no hallándose noticia en la Historia de que jamás haya habido guerras entre los príncipes cristianos por la defensa de un libro que se les haya dedicado, siendo así que muchas veces las ha habido por quítame allá esas pajas; digo que aunque todo esto sea así (por justos juicios de Dios y por los pecados del mundo), en todo caso siempre debemos atenernos a aquel refrán que dice: «Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le acobija.» [120] Y de una manera o de otra, es indispensable de toda indispensabilidad que toda dedicatoria bien hecha se abra por este tan oportuno como delicado y verdadero pensamiento.

119. Jacob Wilhelm Imhoff (1651-1728), genealogista alemán.
120. Sobre la paremia y el folklore en *Fray Gerundio*, vid. R. S. Boggs, «Folklore elements in *Fray Gerundio*», HR, IV, 1936, 159-169.

CAPÍTULO IX

EN QUE SE DA RAZÓN DEL JUSTO MOTIVO QUE TUVO NUESTRO GERUNDIO PARA NO SALIR TODAVÍA DE LA GRAMÁTICA, COMO LO PROMETIÓ EL CAPÍTULO PASADO

ADMIRADO estará sin duda el curioso lector de que habiéndose dicho en el capítulo antecedente cómo salía en él de la gramática el ingenioso y aplicado Gerundico, todavía le dejemos en ella, oyendo con atención las acertadas lecciones de su doctísimo preceptor, contra la fe de la historia, o a lo menos contra la inviolable fidelidad de nuestra honrada palabra. Pero si quisiere tener un poco de paciencia y prestar oídos benignos a nuestras poderosísimas razones, puede ser que se arrepienta de la temeridad y de la precipitación con que ya en lo interior de su corazón nos ha condenado sin oírnos.

2. Lo primero, es una intolerable esclavitud, por no llamarla ridícula servidumbre, esto de querer obligar a un pobre autor a que cumpla lo que promete, no sólo en el título de un capítulo, sino en el título de un libro. ¿Qué escritura de obligación hace el autor con el lector para obligarle a eso, ni en juicio ni fuera de él? Y así vemos que autores que no son ranas ponen a sus libros los títulos que se les antoja, aunque nunca tengan parentesco con lo que se trata en ellos, y ninguno los ha hablado palabra, ni por eso han perdido casamiento. Verbigracia, al leer el título de *Margarita Antoniana*, o de *Antoniana Margarita,* con que bautizó su obra el famosísimo español Gómez Pereira,[121] que fue el verdadero patriarca de los Descartes, de los Newtones, de los Boyles y de los Leibnitzes, ¿quién no creerá que va a regalarnos con algún curiosísimo tratado sobre aquella margarita o aquella perla que valía no sé cuántos millones, con la cual, desatada en

121. Gómez Pereira, médico y filósofo del siglo XVI; su *Antoniana Margarita* se publicó en Madrid, 1554. Hay una reedición en 1749.

vino o en agua (que esto aún no está bien averiguado), brindó Cleopatra a la salud de su Antonio, o se la dio a éste de colación en un día de ayuno, que de una y otra manera nos lo cuentan las historias? Pues no, señor no es nada de eso. La *Antoniana Margarita* no es más que un delicadísimo tratado de filosofía, para probar que los brutos no tienen alma sensitiva, y para citar a juicio, con esta ocasión, otras muchas opiniones de Aristóteles, que por larga serie de siglos estaban en la quieta y pacífica posesión de ser veneradas en las escuelas, no sólo como opiniones de tal autor, sino como principios indisputables, que sólo el dudar de ellos sería especie de herética pravedad; y no obstante, aquel travieso, sutil y litigioso gallego se atrevió a ponerles a pleito la propiedad, ya que no pudiese litigarles la posesión. Pero, ¿por qué puso a su obra un título tan distante del asunto? ¿Por qué? Por una razón igualmente fuerte que piadosa, y que ninguno se la impugnará. Porque su padre se llamaba Antonio y su madre Margarita; y ya que no se hallaba con caudal para fundar un aniversario [122] por sus almas, quiso a lo menos dejar fundada esta agradecida memoria. Pues que se me vengan ahora a hacerme cargo de que no cumplo lo que ofrezco en mis capítulos.

3. Amén de eso, por grave que sea el capítulo de un libro, ¿lo será nunca tanto como el capítulo de una religión? Y no obstante, ¿cuántas veces vemos que nada de lo que se decía al principio del capítulo sale después al fin de él? ¿Y qué capítulo se ha declarado hasta ahora nulo precisamente por este motivo? Finalmente, si un pobre autor comienza a escribir un capítulo con buena y sana intención de sacarle moderado y de justa medida y proporción, y de cumplir honradamente lo que prometió al principio de él, y después se atraviesan otras mil cosas que antes no le habían pasado por el pensamiento, y le da gran lástima dejarlas, ¿es posible que no se le ha de hacer esta gracia, ni disimularle esta flaqueza?; siendo así

122. *aniversario*: oficio y misa que se celebran en sufragio de un difunto el día en que se cumple el año de su fallecimiento *(DRAE)*.

que a cada paso vemos en las conversaciones atravesarse especies que interrumpen el hilo del asunto principal por una y por dos horas, y no por eso se hacen aspamientos, antes bien, se llevan en paciencia las adversidades y flaquezas de nuestros prójimos, y vamos adelante. Pues ¿por qué no se usará la misma obra de misericordia con los autores y con los libros? Fuera de que, ¿no sería gran lástima que sólo por cumplir con lo que prometió el capítulo inconsideradamente, sacásemos a nuestro Gerundio de la gramática antes de tiempo, y sin haber oído otras lecciones no menos curiosas que necesarias, con que enriquecía a sus discípulos el pedantísimo maestro?

4. Decíales, pues, que en sus composiciones latinas, fuesen de la especie que se fuesen, se guardasen bien de imitar el estilo de Cicerón, ni alguno de aquellos otros estilos, a la verdad, propios, castizos, perspicuos y elegantes; pero, por otra parte, tan claros y tan naturales que cualquiera lector, por boto que fuese, comprehendía luego a la primera ojeada lo que le querían decir. Esto por varias razones, todas a cuál más poderosas: la primera, porque hasta en las Sagradas Letras se alaba mucho a aquel no menos valeroso que discreto héroe que trataba las ciencias magníficamente: *Magnifice etenim scientiam tractabat*,[123] y ciertamente nada se puede tratar con magnificencia cuando se usa de voces obvias, triviales y comunes, aunque sean muy propias y muy puras. La segunda, porque si no se procura tener atada la atención de los lectores y de los oyentes con la oscuridad, o a lo menos con que no esté a primer folio la inteligencia de la frase, enseña la experiencia que unos roncan y otros piensan en las Babias, por cuanto es muy volátil la imaginación de los mortales. La tercera, porque mientras el lector anda revolviendo calepinos,[124] vocabularios y lexicones para entender una voz, se le queda después más impreso su significado, y a vueltas de él la doctrina y el pensamiento del autor. La

123. Libro II de los Macabeos, II, 9. Frase referida a Salomón.

124. *calepinos*: así llamaban a los diccionarios latinos, por derivación del de Ambrosio Calepino, agustino italiano autor de un diccionario polígloto.

cuarta, y más poderosa de todas, para que sepan esos extranjerillos que notan el latín de los españoles de despeluzado,[125] incurioso o desgreñado, que también acá sabemos escribir a la papillota, y sacar un latín con tantos bucles como si se hubiera peinado en la calle de San Honorato, de París; lo que no es posible que sea mientras no se ande a caza de frases escogidas, crespas y naturalmente ensortijadas.

5. —Ahí tenéis al inglés o al escocés Juan Barclayo (que yo no tengo ahora empeño en que fuese de Londres o de Edimburgo), el cual no dirá *exhortatio,* aunque le quemen, sino *paraenesis,* que significa lo mismo, pero un poco más en griego; ni *obedire* por «obedecer», que lo dice cualquiera lego, sino *decedere,* que, sobre tener mejor sonido, es de significado más abstruso, por lo mismo que es equívoco. Llamar *Prologus* al prólogo, ¿qué lego no entenderá ese latín? Llamarle *Prooemium* suena a zaguán de lógica; *Praefatio* parece cosa de misal, y luego ofrece a la imaginación la idea del canto gregoriano; llámase *Alloquium, Anteloquium, Praeloquium, Praeloquutio,* y dejadlo de mi cuenta. Al estilo doctrinal llámesele siempre en latín *stilus didascalicus,* y caiga quien cayere. Cuando se quiera notar a algún autor latino, aunque sea de los más famosos, de que aún no ha cogido bien el aire de la lengua romana, y que hasta en ella se descubre el propio de la suya nacional, dígase, a Dios te la depare buena, *redolet patavinitatem;*[126] porque si bien es así que todavía no han convenido los gramáticos en el verdadero significado de esta voz, cualquiera que la usa queda *ipso facto* calificado de un latino que se pierde de vista, elegante, culto y terso. Sobre todo os encargo mucho que ni a mí ni a algún otro preceptor, maestro o doctor apellidéis jamás con los vulgarísimos nombres de *doctor, magister, praeceptor.* ¡Jesús, qué parvulez y qué patanismo! A cualquiera que enseñe alguna facultad, llamadle siempre *mystagogus;* porque, aunque es

125. *despeluzado*: despeinado, descompuesto, desordenado. Según Fernández Martín (I, 190), es palabra típica de Tierra de Campos.

126. *redolet patavinitatem*: huele a paduano. *Menagiana,* II, 377-378, así se describía el estilo de Tito Livio.

cierto que no viene a propósito, aun el mismo que lo conoce os lo agradecerá, por ser voz que presenta una idea misteriosa y extraordinaria. La mejor advertencia se me olvidaba. Es de la mayor importancia, cuando leáis alguna obra latina de las que *están más en boga* [127] (frase que me cae muy en gracia), decir de cuando en cuando: *hic est thrasonismus,* «éste es trasonismo»; [128] y no os dé cuidado que vosotros ni los que os oyeren entendáis bien lo que en eso queréis decir, porque yo os empeño mi palabra de que los dejaréis aturrullados y arqueando los ojos de admiración. Con esto y con hacer grande estudio en no escribir jamás trabados los diptongos de *a* y *e,* ni de *o* y *e,* como lo han hecho hasta aquí muchos latinos honrados, sino con sus letras separadas, escribiendo, v. g., *faeminae* en lugar de *fœminaœ,* y *Phoebus* en vez de *phœbus*; con no contar las datas por los días del mes, sino por las calendas, los idus y las nonas; con guardaros mucho de no llamar a los meses de julio y agosto con sus nombres sabidos y regulares, sino con los de *Quintilis* y *Sextilis,* como se llamaban *in diebus illis*; y finalmente, con desterrar los números arábigos de todas vuestras composiciones latinas, usando siempre de las letras romanas en vez de números, y ésas dibujadas a la antigua, v. g.: para poner *anno millesimo septingentesimo quinquagesimo quarto,* «año de mil setecientos y cincuenta y cuatro», no poner, como pudiera un contador o un comerciante, *anno* 1754, sino *an.* CIↃ.DCC.LIV. Digo, hijos míos, que con sólo esto podéis echar piernas [129] de latín por todo el mundo; *et peream ego, nisi cultissimi omnium latinissimorum hominum audieritis.*[130]

6. Muy atento estaba nuestro Gerundio a las lecciones del dómine, oyéndolas con singular complacencia, porque como tenía bastante viveza las comprehendía luego;

127. *están muy en boga*: galicismo.

128. *trasonismo*: expresión que sorprende o agrada. Trasón era un soldado que quería agradar a todos en el *Eunuco* de Terencio.

129. *echar piernas*: jactarse.

130. «Y muera yo, si no sois tenidos por los más cultos entre los hombres más latinos.»

y por otra parte, como eran tan conformes al gusto extravagante con que hasta allí le habían criado, le cuadraban maravillosamente. Pero como vio que el dómine inculcaba tanto en que el latín fuese siempre crespo y todo lo más oscuro que fuese posible; y por otra parte, en fuerza de la inclinación que desde niño había mostrado a predicar, su padrino el licenciado Quijano le había enviado los cuatro tomos de sermones del famoso Juan Raulin, doctor parisiense que murió en el año de 1514, los cuales, por ser de un latín muy llano, muy chabacano y casi macarrónico, los entendía perfectamente Gerundio; dijo al dómine muy desconsolado, hablándole en latín, porque había pena para los que en el aula hablasen en romance:

—*Domine, secundum ipsum, quidam sermones latini quos ego habeo in pausatione mea non valebunt nihil, quia sunt plani et clari sicut aqua* (Pues, señor, según, eso, unos sermones latinos que yo tengo en mi posada no valdrán nada, porque son llanos y claros como el agua).

—*Qui sunt hi sermones?* —le preguntó el dómine—. (¿Qué sermones son ésos?)

—*Sunt cujusdam praedicatoris* —respondió el chico— *qui vocatur Joannes de... non me recordor, quia habet apellitum multum enrebesatum* (Son de un predicador que se llama Juan de... no me acuerdo, porque tiene un apellido muy enrevesado).

—*De quo agunt?* —le volvió a preguntar el dómine— (¿De qué tratan?)

—*Domine* —respondió el muchacho—, *de multis rebus quae faciunt ridere* (Señor, de muchas cosas que hacen reír).

—Anda, ve y tráelos —le dijo el preceptor—, y veremos qué cosa son ellos, y qué cosa es el latín.

7. Partió volando el obediente Gerundio, trajo los sermones, abrió el dómine un tomo, y encontróse con el sermón 3, *De viduitate,* donde leyó en voz alta este admirable pasaje:

8. *Dicitur de quadam vidua quod venit ad curatum suum, quaerens ab eo consilium si deberet iterum maritari, et allegabat quod erat sine adjutorio, et quod habebat servum optimum, et peritum in arte mariti sui. Tunc curatus dixit: Bene, accipite eum. Et contrario illa dicebat: Sed periculum est accipere illum,*

ne de servo meo faciam dominum. Tunc curatus dixit: Bene, nolite eum accipere. Ait illa: Quomodo ergo faciam? Non possum sustinere pondus illud quod sustinebat maritus meus, nisi unum habeam. Tunc curatus dixit: Bene, habeatis eum. At illa: Sed si malus esset, et vellet me disperdere et usurpare? Tunc curatus: Non accipiatis ergo eum. Et sic curatus semper juxta argumenta sua concedebat ei. Videns autem curatus quia vellet illum habere, et haberet devotionem ad eum, dixit ei, ut bene distincte intelligeret quid campanae ecclesiae ei dicerent, et secundum consilium campanarum, quod faceret. Campanis autem pulsantibus intellexit, justa voluntatem suam quod dicerent: Prends ton varlet, prends ton varlet. *Quo accepto, servus egregie verberavit eam, et fuit ancilla quae prius fuerat domina. Tunc ad curatum suum conquesta est de consilio, maledicendo horam qua crediderat ei. Cui ille: Non satis audisti quid dicant campanae. Tunc curatus pulsavit campanam, et tunc intellexit quod campanae diceban:* Ne le prends pas, ne le prends pas. *Tunc enim vexatio dederat ei intelectum.*[131]

9. No obstante la seriedad innata y congénita del gravísimo preceptor, afirma un autor coetáneo, sincero y fidedigno, que al acabar de leer este gracioso trozo de sermón, no pudo contener la risa; y para que le entendiesen hasta los niños que habían comenzado aquel año la gramática, mandó a Gerundio que le construyese. Éste dijo que de puro leerle se le había quedado en la cabeza, y que sin construirle, si quería su merced, le relataría todo seguidamente, y aun le predicaría como si fuera mesmamente el mismo predicador. Parecióle bien la proposición, hizo silencio, dando sobre la mesa tres golpes con la palma; plantóse Gerundio con gentil donaire en medio del general, limpióse los mocos con la punta de la capa, hizo la cortesía con el sombrero a todos los condiscípulos, y una reverencia con el pie derecho, a modo de quien escarba; volvió a encasquetarse el sombrero, gargajeó y comenzó a predicar de esta manera, siguiendo punto por punto el sermón de Juan Raulin:

10. –Cuéntase de cierta viuda que fue a casa de su

131. Tomado de *Menagiana*, I, 83-84 (Sebold, I, 159). Rabelais utilizó este relato en *Gargantúa y Pantagruel* (III, caps. 9 y 27).

cura a pedirle consejo sobre si se volvería a casar, porque decía que no podía estar sin alguno que la ayudase, y que tenía un criado muy bueno y muy inteligente en el oficio de su marido. Entonces la dijo el cura: «Bien, pues cásate con él.» Mas ella le decía: «Pero está a pique, si me caso con él, que se suba a mayores, y que de criado se haga amo mío.» Entonces el cura le dijo: «Bien, pues no te cases tal.» Pero ella le replicó: «No sé qué me haga, porque yo no puedo llevar sola todo el trabajo que tenía mi marido, y he menester un compañero que me ayude a llevarle.» Entonces la dijo el cura: «Bien, pues cásate con ese mozo.» Mas ella le volvió a replicar: «¿Y si sale malo, y quiere tratarme mal y desperdiciar mi hacienda?» Entonces el cura la dijo: «Bien, pues no te cases.» Y así la iba respondiendo siempre el cura, según las proposiciones y las réplicas que la viuda le hacía. Pero al fin, conociendo el cura que la viuda en realidad tenía gana de casarse con aquel mozo, porque le tenía pasión, díjola que atendiese bien lo que la dijesen las campanas de la iglesia, y que hiciese según ellas la aconsejasen. Tocaron las campanas, y a ella le pareció que la decían según lo que tenía en su corazón: *Cá-sa-te-con-él, cá-sa-te-con-él.* Casóse, y el marido la azotó y la dio de palos tan lindamente, pasando a ser esclava la que antes era ama. Entonces la viuda se fue al cura, quejándose del consejo que le había dado, y echando mil maldiciones a la hora en que le había creído. Entonces el cura le dijo: «Sin duda que no oíste bien lo que decían las campanas.» Tocólas el cura, y a la viuda le pareció entonces que decían clara y distintamente: *No-te-cases-tal, no-te-cases-tal*; porque con la pena se había hecho cuerda.

11. Aplaudió mucho el dómine lo bien que Gerundio había entendido el cuento del predicador, y la gracia con que le había recitado, conociendo que sin duda había de tener mucho talento para predicar. Los condiscípulos también le vitoreaban, y rieron mucho el cuento. Pero el preceptor, volviendo a tomar la palabra hizo algunas reflexiones serias y juiciosas, acabando con otras que no podían ser más ridículas.

—Por lo que toca al latín —dijo a sus discípulos—, es

muy chabacano, y aun los mismos que gustaran de latín claro y corriente no le aprobarán, porque ése no tanto es claro y natural, cuanto apatanado y soez —en lo cual tenía muchísima razón—. Pero habéis de notar una cosa, y es la poca razón que tienen algunos señores franceses para hacer mucha burla del latín de los españoles, tratándonos de bárbaros en punto de latinidad, y diciendo que siempre hemos hablado esta lengua como pudieran hablarla los godos y los vándalos. Esto, porque hubo tal cual autor nuestro que realmente escribió en un latín charro y guedejudo, o como latín de boticario y sacristán. Ea, monsieures, démonos todos por buenos, que si acá tuvimos nuestros Garcías, nuestros Cruces y nuestros Pedros Fernández, también ustedes tuvieron sus Raulines, sus Maillardos, sus Barletas, sus Menotos; y en verdad que su autor de ustedes, el célebre monsieur de Cange, en el vocabulario que compuso de la *Baja latinidad,* la mayor parte de los ejemplos que trae, no los fue a buscar fuera de casa. Y de camino adviertan ustedes que cuando allá en su París se usaba un latín tan elegante como el del doctor Juan Raulin, acá teníamos, dentro de aquel mismo siglo a los Montanos, a los Brocenses, a los Pereiras, a los Leones y a otros muchos que pudieran escupir en corro,[132] y hablar barba a barba con los Tulios y con los Livios, que ustedes alaban tanto, aunque no sean de mi parroquia ni de mi mayor devoción.

12. —Esto, en cuanto al latín —dijo el dómine—, mas por lo que mira a la sustancia del sermón —continuó, cansándose de hablar en juicio, o dejándose llevar de su estrafalario modo de concebir—; por lo que mira a la sustancia del sermón, aunque de este predicador no he leído más que este trozo, desde luego digo que fue uno de los mayores predicadores que ha habido en el mundo, y me iría yo hasta el cabo de él sólo por oírle. A mí me gustan tanto en los sermones estos cuentecitos, estas gracias y estos chistes, que sermón en que el auditorio no se ría por lo menos media docena de veces a carcajada tendida,

132. *escupir en corro*: introducirse en la conversación, tratarse de igual a igual.

no daría yo cuatro cuartos por él, y luego me da gana de dormir. Yo creía que ésta era una gracia privativa de algunos famosos predicadores españoles, y que en otras partes no se estilaba este modo de predicar y de divertir a la gente; pero ahora veo que todo el mundo es país; y aunque por una parte siento que no tengan la gloria de ser los únicos en esto algunos de nuestros célebres oradores, por otra no me pesa que también participen de ella otras naciones; porque lo demás sería envidia y una especie de viciosa ambición.

No echó esta lección en saco roto nuestro Gerundio; porque, como desde niño había mostrado tanta inclinación a predicar, oía con especial gusto y atención todo cuanto podía hacerle famoso por este camino; y desde luego propuso en su corazón que si algún día llegaba a ser predicador, no predicaría sermón, fuese el que se fuese, que no le atestase bien de chistes y de cuentecillos.

13. Finalmente, el bueno del dómine instruía a sus discípulos en todas las demás partes de que se compone la perfecta latinidad, o el perfecto uso de la lengua latina, con el mismo gusto, ni más ni menos, con que les había instruido en el estilo. Decíales que la retórica no era *arte de persuadir,* sino *arte de hablar*; y que eso de andar buscando razones sólidas y argumentos concluyentes para probar una cosa y para convencer el entendimiento, era una mecánica buena para los lógicos y para los matemáticos, que se andaban a caza de demostraciones, como a caza de gangas; que el perfecto retórico era aquel que le atacaba y le convencía con cuatro fruslerías; y que para eso se habían inventado las figuras, las cuales eran inútiles para dar peso a lo que de suyo le tenía, y que toda su gracia consistía en alucinar a la razón, haciéndola creer que el vidrio era diamante, y oro el oropel. Enseñábales que no gastasen tiempo ni se quebrasen la cabeza en aprender lo que es introducción, proposición, división, prueba, confirmación, aumento, epílogo, peroración ni exhortación; porque eran cuentos de viejas, invenciones de modernos, y querer componer una oración latina con la misma simetría con que se fabrica una casa. No les disimulaba que Aristóteles, Demóstenes, Cicerón, Longino y

Quintiliano habían enseñado que esto era indispensable, no sólo para que una oración fuese perfecta, sino para que mereciese el nombre de oración; pero añadía que ésos habían sido unos pobres hombres, y porque ellos nunca habían sabido hablar en público de otra manera, dádoles ha que habían de hablar así todos los que habían de hablar bien. Prueba clara de que no tenían razón, eran millares de millares de sermones que andaban por ese mundo de Dios impresos de letra de molde, con todas las licencias necesarias y con aprobaciones de hombres muy científicos y muy sapientes, los cuales habían sido oídos con un aplauso horroroso; y sabiendo todo el género humano que los sermones no son, o no deberían de ser, otra cosa que una artificiosa y bien ordenada composición de elocuencia y de retórica, en los susodichos no se hallaba pizca de toda esa faramalla y barahúnda de introducción, proposición, división, etc., sino unos pensamientos brillantes, saltarines y aparentes, a cuál más falso, sembrados por aquí y por allí, conforme se le antojaba al predicador, sin convencimiento, persuasión ni calabaza; y con todo eso, fueron aplaudidos como piezas de elocuencia inimitables, y se dieron a la prensa para que se eternizase su memoria. De todo lo cual, legítima y perentoriamente se concluía que la verdadera retórica y la verdadera elocuencia no consistía en nada de eso, sino principalísimamente en tener bien decoradas las figuras retóricas con los nombres griegos y retumbantes con que había sido bautizada cada una, estando pronto el retórico a dar su propia y adecuada definición, siempre que fuese legítimamente preguntado.

—Y así —concluía el dómine—, dadme acá uno que sepa bien *quid est* epanortosis, elipsis, hipérbaton, paralipsis, pleonasmo, sinonimia, hipotiposis, epifonema, apóstrofe, prolepsis, upobolia, epítrope, perífrasis y prosopopeya; y que en cualquier composición, sea latina sea castellana, use de estas figuras conforme se le antojare, vengan o no vengan; que yo os le daré más retórico y más elocuente que cien Cicerones y docientos Demóstenes pasados por alambique.

Así, pues, todo el empeño del cultísimo preceptor era

que sus muchachos supiesen bien de memoria estas bagatelas; y a los que veía más instruidos y más expeditos en ellas, los decía lleno de satisfacción y de vanidad:

–Andad, hijos; que ya podéis echar piernas de retóricos por todos esos estudios de Dios y por todos esos seminarios de Cristo.

Con efecto: los retóricos del dómine *Zancas-Largas* (éste era su mote, o su verdadero apellido) eran muy nombrados por toda la ribera de Orbigo, y por todo lo que baña el famoso río Tuerto.

14. Finalmente, las lecciones que les daba sobre la poesía latina, última parte de todo lo que les enseñaba, eran primas hermanas de las otras pertenecientes a las demás partes de la latinidad. Contentábase con hacerlos aprender de memoria la prosodia, la cantidad de las sílabas, los nombres griegos de los pies, *dáctilo, espondeo, yambo, trocaico, pirriquio,* etc.; aquellos que explicaban la uniformidad o la variedad de las estrofas, *monócolos, monóstrofos, dícolos, dístrofos, tetrástrofos*; y que decorasen gran número de versos de los poetas latinos, única y precisamente para probar con ellos la cantidad de las sílabas breves o largas por su naturaleza; sin advertir que esta regla no es absolutamente infalible, por cuanto los mejores poetas latinos hicieron, no pocas veces, largas las sílabas breves, y breves las largas, o usando de la licencia poética, o también porque, no embargante de ser poetas, eran hombres y pudieron descuidarse, puesto que tal vez hasta el mismo Homero dormitó.[133] Hecho esto, como los muchachos compusiesen versos que constasen, mas que fuesen lánguidos, insulsos y chabacanos; y aunque estuviesen más atestados de ripio que pared maestra de argamasa, no había menester más para coronarlos con el laurel de Apolo. Una vez decía en el tema, o en el romance para una cuartilla, estas palabras: «Entonces se supo con cuánta razón castigó Dios al mundo con el Diluvio, y se fabricó el Arca de Noé.» Compúsola en verso latino un discípulo de Zancas-Largas, y dijo:

133. Vid. nota 93.

Diluviumque, Arcamque Noe; tum qua ratione.[134]

Por sólo este admirable verso le dio el dómine dos parces [135] y un abrazo, sin poderse contener. En otro tema se decía esta sentencia: «Se deben tolerar las cosas que no se pueden mudar.» Y un chico la acomodó en este bello pentámetro:

Quae non mutari sunt toleranda, queunt.

Valióle doce puntos para su banda,[136] y una tarde de asueto. Mandó componer en una estrofa de versos sáficos este breve romance: «Andrés Corbino convidó a Pedro Pagano a que el miércoles por la tarde fuese a merendar a su casa, porque aquel día se había de hacer en ella la matanza de un cerdo.» Un muchacho, que pasaba por ingenio milagroso, le llevó el día siguiente la siguiente estrofa:

Domine Petre, Domine Pagane,
Corbius rogat, velis, ut Andreas,
Vesperi quarta mactabimus suem,
Ad se venire.

15. Faltó poco para que el preceptor se volviese loco de contento, y luego incontinenti le declaró Emperador de la banda de Roma, hízole tomar posesión del primer asiento, o trono imperial; mandó provisionalmente fuese laureado con una corona de malvas y otras hierbas, por cuanto no había otra cosa más a mano en uno que se llamaba huerto, y era un herreñal [137] de la casa del dómine, mientras se hacía venir de la montaña un ramo de laurel; y ordenó que desde allí adelante, y por todos los siglos ve-

134. «¿por qué razón entonces el diluvio y el arca de Noé?»
135. *parces*: cédulas que por premio daban los maestros de gramática a sus discípulos; les servían de absolución para alguna falta ulterior.
136. Vid. nota 30.
137. *herreñal*: terreno donde se siembra avena, cebada, trigo y otros forrajes para el ganado.

nideros, hasta la fin del mundo, fuese habido, tenido y reputado por el archipoeta paramés (era del Páramo el rayo del muchacho), para diferenciarle y no confundirle jamás con Camilo Cuerno, archipoeta de la Pulla.[138]

16. Pararse el dómine a explicar a sus discípulos en qué consistía la alma y el divino furor de la poesía; pedirle que los hiciese observar el carácter y la diferencia de los mejores poetas; esperar que los enseñase a conocerlos, a distinguirlos y a calificarlos; pretender que los instruyese en que no se pagasen de atronamientos, ridiculeces y puerilidades, no había que pensar en eso, porque ni él lo sabía, ni él mismo se pagaba de otra cosa. Naturalmente, se le iba la inclinación a lo peor que encontraba en los poetas, como tuviese un poco de retumbancia o algún sonsonetillo ridículo, insulso y pueril. Por el primer capítulo, elevaba hasta las nubes aquellas dos bocanadas o ventosidades poéticas de Ovidio:

Semibovemque virum, semivirumque bovem;
Et gelidum borean, egelidumque notum.[139]

Y decía con grande satisfacción que en este poeta no encontraba otra cosa que alabar. Por el segundo, no había para él cosa igual a aquella recancanilla tan ridícula y tan fría de Cicerón, que para siempre le dejó tildado por tan pobre hombre entre los poetas como máximo entre los oradores:

O fortunatam natam, me Consule, Romam![140]

138. *Camilo Cuerno, archipoeta de la Pulla*: pulla es un dicho obsceno. Se hacía derivar de la palabra pulla de Apulia (hoy Puglia). Alude también a los cornudos, así C. Cuerno puede ser archipoeta de la Pulla y de las pullas.

139. «El hombre semitoro y el toro semihombre» (*De arte amatoria*, II, 24); «El helado Bóreas, y el caliente Noto» (*Amores*, II, eleg. XI, 10). Piensa Sebold (I, 168) que tal vez Isla tomó estos versos de la *Menagiana*, II, 198.

140. «¡Oh, Roma afortunada, nacida de mi Consulado!» Verso de *De suo consulato*, satirizado por Juvenal, sátira X, 122; en la *Menagiana*, I, 242-243 (Sebold, I, 168).

17. Pero nada le asombraba tanto como el divino ingenio de aquel poeta oculto que en solas dos palabras compuso un verso hexámetro cabal y ajustado a todas las reglas de la prosodia, pero tan escondido, que sin revelación apenas se puede conocer que es verso. Porque sin ella, ¿quién dirá que lo es éste:

Consternabatur Constantinopolitanus?

Y con todo eso no le falta sílaba. Así, pues, todo su mayor empeño y todo su conato le ponía en enseñar a sus muchachos puntualmente todo aquello que en materia de poesía debieran ignorar, o saberlo únicamente para abominarlo, o para hacer de ello una solemnísima burla, como la hacen cuantos hombres de pelo en pecho merecen hacerse la barba en el Parnaso. Por mal de sus pecados, había caído en sus manos cierta obra de un escritor de este siglo intitulada *De poesi germanorum symbolica* (De la poesía simbólica de los alemanes), en la cual se trata y se celebra la prodigiosa variedad de tantas especies de versos leoninos, alejandrinos, acrósticos, cronológicos, jeroglíficos, cancrinos, piramidales, laberínticos, cruciformes, y otras mil baratijas como ha inventado aquella nación, por otra parte docta, ingeniosa y sesuda; pero en este particular, de un gusto tan extravagante, que ha dado mucho que admirar y no poco que reír a las demás naciones, aunque muy rara será aquella a quien no la haya pegado este contagio. Bien así como el de las viruelas, que por lo común sólo se pegan a los niños y a los muchachos de poca edad, de la misma manera, esta ridiculísima epidemia por lo regular sólo cunde en poetillas rapaces, que aún no tienen uso de razón poética; y si tal vez inficiona a algún adulto, es mal incurable, o punto menos que desesperado.

18. A todas las demás castas de versos prefería Zancas-Largas los que son de la peor casta de todos, esto es, los leoninos o aconsonantados, que fueron, en opinión muy probable, los que introdujeron en el mundo poético la perversa secta de las rimas o de los consonantes, que con su cola de dragón arrastró tras de sí la tercera parte de las estrellas; quiero decir, que ha sido la perdición de

tantos nobles ingenios, los cuales hubieran enriquecido a la posteridad con mil divinidades, y por estos malditos de consonantes (Dios me lo perdone) felizmente ignorados de toda la antigüedad, la dejaron un tesoro inagotable de pobrezas, de impropiedades y de ripios insufribles. Encaprichado nuestro dómine en su mal aconsejada opinión, juraba por los dioses inmortales que toda la *Ilíada* de Homero, toda la *Eneida* de Virgilio y toda la *Farsalia* de Lucano no valían aquel solo dístico con que Mureto hizo burla de Gambarra,[141] poeta antuerpiense, salva empero la suciedad, la hediondez y el mal olor, que eso no era de cuenta de la poesía:

Credite, vestratum merdosa volumina vatum,
Non sunt nostrates tergere digna nates.[142]

19. Por fin y por postre, los instruía en la que él llamaba *divina ciencia* de los equívocos y de los anagramas; y de esta última, con especialidad, estaba furiosamente enamorado. «Un anagrama perfecto —decía— es arte de artes, ciencia de ciencia, delicadeza de delicadezas, elevación de elevaciones, en una palabra, es el *Lydius lapis*, o la piedra de toque de los ingenios castizos, de ley y de quilates. ¿Dónde hay en el mundo cosa, verbigracia, como llamar *bolo* al *lobo*, y *lobo* al *bolo*, como decir *pace* al gato, y *zape* al buey, cuando está paciendo? Pues, ¿qué, si en una oración perfecta se disimula no menos que un hombre y un par de apellidos, sin faltar si sobrar sílaba ni letra? Como, por ejemplo, el bello disfraz con que el autor de cierto escrito moderno ocultó y salió en público con su nombre y aledaños, diciendo en el frontis de la obra: *Homo impugnat lites*, y concluyéndola con un *pinguet olim*, que vale

141. *Mureto*. Marc-Antoine de Muret (1526-1585), filólogo y poeta francés de gran precocidad. Fue profesor de Montaigne. *Gambarra*: Lorenzo Gambarra (1506-1596), de Brescia, no de Amberes, autor de *Gigantomaquia*.

142. «Creedlo. Los merdosos volúmenes de vuestros poetas no son dignos de limpiarnos las nalgas.» El verso original: *Brixia, vestratis merdosa volumina vestris*: «Brescia...», *Menagiana*, III, 345-346 (Sebold, I, 170).

un Potosí, por cuanto es perfectísimo anagrama de sus dos apellidos, y una y otra oración tienen unos significados propísimos y que se pierden de vista. Anagramas hay imperfectos que, con ser así que lo son, son de un valor inestimable, y en su misma imperfección tienen más gracia que toda la que se pondera en las insulseces de Owen y de Marcial.[143] Por ejemplo, el que hizo un anagrama del apellido *Osma* y dijo *Asno, y sobra una pierna,* ¿no merecía por este solo dicho que le erigiesen una estatua en el Capitolio de Minerva? ¿Y merecería menos el otro que, habiendo encontrado en el nombre y apellido de cierto obispo este anagrama: *Tú serás cardenal,* pero sobraban dos *l l* que no podía acomodar, añadió: *y sobran dos l l para látigos de la posta que ha de traer la noticia*? Desengañémonos, que esto de los anagramas es cosa divina, digan lo que dijeren media docena de bufones que los tienen por juego de niños, y que nos quieren decir que aquello de Marcial:

Turpe est difficiles habere nugas
et stultus labor est ineptiarum,[144]

está bien aplicado a los anagramatistas. Y menos fuerza me hace la otra sátira del indigesto Adrián de Valois, que, porque él no sabía cuál era su anagrama derecho, cantó este bello epifonema a *deum de dere*:

Citharaedus esse qui nequit, sit aulaedus:
Anagrammatista, qui poeta non sperat.[145]

143. *Owen,* John Owen (1560-1622), epigramista que imitaba a Marcial. Sus tres libros de *Epigrammata* fueron traducidos por La Torre en 1674. No debe confundírsele con el otro John Owen que aparecerá después, teólogo favorito de Cromwell. Vid. nota 108 del segundo libro.

144. «Es vergonzoso darse a las bromas difíciles, y necio ocuparse de futilidades», Marcial, *Epigramas,* II, ep. 86, «A Clásico»; *Menagiana,* II, 287.

145. Adrian de Valois (1607-1692), historiador francés. «Sea flautista el que no puede tocar la cítara, y anagramatista el que no tenga la esperanza de ser poeta.» *Menagiana,* II, 288. Los versos que se citan después, *Menagiana,* II, 288, son de Guillaume Colletet 1659.

¡Víctor!, y denle un confite por la gracia. Pues yo le digo que el que no supiere hacer anagramas, no espere ser poeta en los días de su vida. Y el que los hiciere buenos, tiene ya andado más de la mitad del camino para ser un poetazo de a folio; porque si la poesía no es más que un noble trastornamiento de las palabras, los anagramas no son otra cosa que un bello trastornamiento de las letras. Y váyase muy enhoramala el otro Colletet, o Coletillo, que dijo con bien poco temor de Dios:

Eso de hacer anagramas
Y andar trastornando letras,
Lo hacen sólo los que tienen
Trastornada la cabeza.

CAPÍTULO X

EN QUE SE TRATA DE LO QUE ÉL MISMO DIRÁ

CINCO años, cuatro meses, veinte días, tres horas y siete minutos gastó nuestro Gerundio en aprender estas y otras impertinencias de la misma estrofa (según una puntualísima leyenda antigua, que nos dejó exactamente apuntados hasta los ápices de la cronología). Y cargado, a entera satisfacción del dómine, de figuras, de reglas, de versos, de himnos y de lecciones de breviario, que también hacía construir a sus discípulos y tomarlas de memoria, por ser un admirable prontuario para los exámenes de órdenes, se restituyó a Campazas un día del mes de mayo, que, nota el susodicho cronicón, había amanecido pardo y continuó después lluvioso. Convienen todos los gravísimos autores, que dejaron escritas las cosas de este insigne hombre, en que, siendo así que el dómine era grande azotador, y que especialmente en errando un muchacho un punto de algún himno, la cantidad de una sílaba, el acomodo de un anagrama y cosas a este tenor, iba al rincón irremisiblemente, aunque le atestase el gorro de parces.[146]

146. Vid. nota 135.

Con todo eso, nuestro Gerundio era tan exacto en t(y supo guardar tan bien su coleto, que en todo el susoui-cho tiempo que gastó en estudiar la gramática, no llevó más que cuatrocientas y diez vueltas de azotes, por cuenta ajustada, que apenas salen tres cada semana: cosa que admiró a los que tenían noticia del rigor y de la severidad de Zancas-Largas. No causa menos admiración que en todo el discurso de este tiempo no hubiese hecho Gerundio novillos del estudio sino doce veces, según un autor, o trece según otro, y ésas siempre con causas legítimas y urgentes; porque una los hizo por ir a ver unos toros a la Bañeza, otra por ir a la romería del Cristo de Villaquejida, otras dos por ir a cazar pájaros con liga a una zarza, junto a una fuente que había tres leguas del lugar; y así de todas las demás, lo que acredita bien su aplicación y el grande amor que tenía al estudio. También aseguran los mismos autores que en todo él no había muchacho más quieto ni más pacífico. Jamás se reconocieron en él otros enredos ni otras travesuras que el gustazo que tenía en *echar gatas* a los nuevos que iban a su posada. Esto es, que después de acostados, los dejaba dormir, y haciendo de un bramante un lazo corredizo, le echaba con grandísima suavidad al dedo pulgar del pie derecho o izquierdo del que estaba dormido. Después se retiraba él a su cama con el mayor disimulo, y tirando poco a poco el bramante, conforme se iba estrechando el lazo, iba el dolor dispertando al paciente; y éste iba chillando a proporción que el dolor le afligía, el cual también iba creciendo, conforme Gerundio iba tirando del cordel. Y como el pobre paciente no veía quién le hacía el daño, ni podía presumir que fuese alguno de sus compañeros, porque a este tiempo todos roncaban adredemente, fingiendo un profundísimo sueño, gritaba el pobrecito que las brujas o el duende le arrancaban el dedo. Y si bien es verdad que dos o tres niños estuvieron para perderle, pero siempre se tenía por una travesura muy inocente, y más diciendo Gerundio por la mañana que lo había hecho por entretenimiento, y no más que para reír. Por lo demás, era quietísimo; pues había semana en que apenas descalabraba a media docena de muchachos, y en los cinco años

bien cumplidos que estuvo en una misma posada, nunca quebró un plato ni una escudilla. Y lo más que hizo en esta materia fue en cuatro ocasiones hacer pedazos toda la vasija[147] que había en el vasar; pero eso fue con grande motivo, porque un gato rojo, a quien quería mucho el ama, le había comido el torrezno gordo que tenía para cenar. Su compostura en la iglesia del lugar, adonde todos los estudiantes iban a oír misa de comunidad, era ejemplar y edificante. No había que pensar que nuestro Gerundio volviese la cabeza a un lado ni a otro, como veleta de campanario; ni que tirase de la capa al muchacho que estaba delante; ni que mojando con saliva la extremidad de una pajita, se la arrimase suavemente a la oreja o al pescuezo, como que era una mosca; ni, mucho menos, que se entretuviese en hacer una cadena con lo que sobraba del cordón del justillo o de la almilla, tirando después por la punta para deshacerla de repente. Todos estos enredos, con que suelen divertir la misa los muchachos, le daban en rostro y le parecían muy mal. Nuestro Gerundio siempre estaba con la cabeza fija enfrente del altar, y con los ojos clavados en las fábulas de Esopo, construyéndolas una y muchas veces con grandísima devoción.

2. Vuelto a Campazas, ¿quién podrá ponderar la alegría y las demostraciones de cariño con que fue recibido del tío Antón, de la tía Catanla, del cura del lugar y de su padrino el licenciado Quijano, que eran los continuos comensales de la casa de Antón Zotes, y apenas habían salido de ella desde que supieron que ya había ido la burra por Gerundio?[148]

3. Después de los primeros abrazos que le dieron todos, se quedaron atónitos y aturdidos al verle echar espadañas de latín por aquella boca, que era un juicio. Hablóse luego, como era natural, del preceptor, y el chico exclamó al instante:

—*Proh Dii immortales! Mystagogus meus est homo qui*

147. *vasija* por vajilla.

148. Nota de Isla: «En Campos, cuando se envía por un chico que está estudiando gramática, se dice: Ya le envié la burra; ya fue la burra por él, etc.»

amittitur de conspectu (¡Oh dioses inmortales! Mi maestro es un hombre que se pierde de vista).

Preguntáronle si había muchos muchachos. Y al punto respondió:

—*Qui numeret stellas, poterit numerare puellas* (El que pudiere contar el número de las estrellas, podrá contar el número de los muchachos).

Su padrino el licenciado Quijano, que era el menos romancista de todos los circunstantes, le dijo:

—Mira, hombre, que *puellas* no significa «muchachos», sino «muchachas».

—*Pace tua dixerim, Domine Dripane* —le replicó su ahijado—; *puella puellae* es epiceno; *juxta illud*: *uno epicena vocant Graii*; *promiscua nostri*.[149]

No tuvo que responderle el padrino, y solamente le preguntó por qué le llamaba *Dripane*, que le sonaba a cosa de mote y le parecía atrevimiento.

—*Neutiquam, per medium fidium!* —le respondió Gerundio, sonriéndose, y como quien se burlaba de su ignorancia—. *Dripane est anagrammaton de Padrine*; *et anagrammaton figura est qua unius vel plurium vocum litterae transponuntur, vel invertuntur*.[150] Y así, señor padrino, con licencia de usted, y para que lo entiendan todos, si en lugar de decir *mi madre* dijera *mi merda*, y en vez de decir *Antonio Zotes* dijera *o Tina o Zesto, y sobran dos piernas*, tan lejos estaría de perderlos el respeto, que usaría de una de las figuras más delicadas y más ingeniosas que hay en toda la retórica.

4. Con estas y otras necedades de la misma calaña pasaba Gerundio el tiempo, dando muestras de sus grandes progresos en la latinidad y esperando a que llegase San Lucas para dar principio a las súmulas, cuando hacia

149. «Con tu permiso, te lo diré, señor Diprane, *puella puellae* es epiceno, según aquello: los nombres de un artículo se llaman epicenos entre los griegos; indistintos entre los nuestros.»

150. «De ninguna manera, ¡válgame Dios!... Diprane es anagrama de *padrine*, y el anagrama es una figura en que se trasponen o invierten las letras de una o varias palabras.» *Padrine* sería vocativo de *Padrinus*, que en latín es *patrinus*.

a mitad del verano pasó por su casa y se detuvo en ella algunos días el provincial de cierta orden, varón religioso y docto. Componíase su comitiva, como se acostumbra, de otro padre grave, que era su socio y secretario, y de un lego rollizo, despejado, mañoso y de pujanza, que en los caminos servía para los menesteres de las posadas, y en los conventos para los oficios de la celda. Era el lego de buen humor, nada gazmoño y mucho menos que nada escrupuloso. Dábale a Gerundio periquitos, rosquillas y alcorzas, con que le habían regalado unas monjas, cuyo convento acababan de visitar. Con esto se le aficionó mucho el muchacho, y también con los cuentos y chistes que contaba entre la familia, mientras su paternidad y el secretario dormían la siesta, que el lego no gustaba de dormir; y dicen que los contaba con gracia. Por las tardes, luego que acababan de refrescar los dos padres graves, el lego se salía a pasear con Gerundio, y éste le llevaba unas veces a las eras, otra al Humilladero, y otras al majuelo de su padre, que linda con el Carrascal. En estas conversaciones vertía el muchacho todos los disparates que había aprendido con el dómine. Y como el lego le oía hablar tanto en latín, que para él era lo mismo que griego, y por otra parte el chico era bien dispuesto y desembarazado, parecíale que podía ser muy a propósito para la orden, y así comenzó a catequizarle.

5. Decíale que en el mundo no había mejor vida que la de fraile, porque el más topo tenía la ración segura, y en asistiendo a su coro, santas pascuas; que el que tenía mediano ingenio iba por la carrera de maestro o por la carrera de predicador; y que, aunque la de las *leturías* era más lucida, la del púlpito era más descansada y más lucrosa, pues conocía él predicadores generales que en su vida habían sacado un sermón de su cabeza, y con todo eso eran unos predicadores que se perdían de vista y habían ganado muchísimo dinero; y que, en fin, en jubilando por una o por otra carrera, lo pasaban como unos obispos.

—Pues, ¡qué la vida de los colegiales! (que así llamamos a los que están en los estudios). Ni el rey ni el Papa la tienen mejor, por lo menos más alegre. Algunas crujías

pasan[151] con los lectores y con los maestros de estudiantes, si son un poco ridículos o celosos de que estudien. Pero, ¿qué importa si se la pegan guapamente? Nunca comen mejor que cuando les dan algún pan y agua por flojos, porque no llevaron la lección, o porque se quedaron en la cama; pues entonces los demás compañeros los guardan en la manga lo mejor de su pitanza, y comen como unos abades. Ahora, la bulla, la fiesta, la chacota que tienen entre sí cuando están solos; los chascos que se dan unos a otros, eso es un juicio; y han sucedido lances preciosísimos. Es verdad que si los pillan lo pagan, y hay despojos que cantan misterio; pero *datus sunt passatus sunt.* De la vida de los novicios no se hable. Ya se ve que asisten siempre al coro, que nunca faltan a maitines, que ayudan las misas, que tienen mucha oración y muchas disciplinas, que andan con los ojos bajos y con la cabeza colgando, a manera de higo maduro; pero eso es una friolera. En volviendo la suya el maestro, o en aquellos ratos de libertad y de asueto que les dan de cuando en cuando, hay la zambra y la trisca que se hunde el noviciado: juegan a la gallina ciega, a fiel derecho y a los batanes,[152] que no hay otra cosa que ver.

6. No se puede ponderar el gusto con que oía nuestro Gerundio esta indiscreta pintura de la vida religiosa, representada con más imprudencia que verdad: pues descubriendo únicamente las travesuras de los religiosos imperfectos, ocultaba la severidad con que se reprendían y se castigaban, disimulado el rigor con que se celaba la observancia y lo mucho que pide a todos sus individuos cualquiera religión, por mitigada que sea. Pero al bueno del lego le parecía que como él, una por una, le metiese al chico en el cuerpo la vocación, hacía una gran cosa, y

151. *algunas crujías pasan*: padecer trabajos o miserias.
152. *fiel derecho*: fil derecho, el juego del salto. *batanes*: juego entre varias personas que se tumban en el suelo pie con cabeza y, levantando las piernas alternativamente, dan un golpe en el suelo, otro en la mano y otro en las nalgas del que tiene las piernas levantadas, con un zapato u otra cosa que tienen en la mano, al compás del son que les tocan *(DA).*

que lo demás allá lo vería. Con efecto: se la metió tan metidamente, que desde luego dijo a su catequista que aunque le ahorcasen, había de ser fraile de su orden, y que aquella misma noche había de pedir el hábito al padre provincial, delante de sus padres. El lego le dio un abrazo, dos corazones de alcorza y un escapulario con cintas coloradas y su escudo bordado de hilo de oro, con lo cual se le arraigó la vocación de manera que ya no le quitarían de ser fraile, aunque le dieran el curato de su mismo lugar. Y más, que el lego le instruyó en el modo con que se había de explicar con el provincial, y que después de haber conseguido el sí, le había de pedir que él mismo fuese su padre de hábito; que de esa manera aseguraba su fortuna, por cuanto el partido de su paternidad era el que mandaba y mandaría verisímilmente por algunos años, puesto que apenas había definidor, jubilado ni prelado conventual que no fuese hijo o nieto de su reverendísima; esto es, o discípulo suyo o discípulo de sus discípulos, y que así se llevaba los capítulos en el pico, disponiendo en ellos a destajo cuanto se le antojaba.

7. Siglos se le hicieron a Gerundio las horas que faltaban hasta la de cenar, y llegada ésta, se sentó a la mesa junto a sus padres, con el provincial y secretario, como acostumbraba. Pero, en vez de que otros días los divertía mucho con sus intrepideces, latines, anagramas y versos de memoria, que decía a borbotones, aquella noche, según la instrucción del socarrón del lego, se mostró mustio, cabizbajo y desganado. Picábanle por aquí y por allí, mas él apenas hablaba palabra, hasta que, levantados los manteles, el provincial y el secretario le hicieron sentar entre los dos, comenzaron a acariciarle, y le preguntaron qué tenía. Después que se hizo bien de rogar, y de burlas o de veras se le asomaron algunas lagrimitas, dijo, por fin y por postre, que quería ser fraile de su orden, y que, aunque fuese a pie, se había de ir tras ellos hasta que le diesen el hábito. Al oír esto la buena de la Catanla, volviéndose a su marido, puestas o encrucijadas las manos y meneando la cabeza, le dijo con la mayor bondad del mundo:

—¿No te lo dije yo, mi Antón, que al cabo el chico había de ser flaire? ¿No ves cómo se cumpre el prefacio

de aquel bendito lego, que pernosticó que este niño había de ser un gran predicador?

Y volviéndose después a Gerundio, echándole la bendición, le dijo:

—Anda, bendito de Dios, con la bendición de su divina Majestad y con la mía; que, aunque te venía una capellanía de sangre, y tu padrino el licenciado Quijano quería persignar en ti el beneficio siempre de Berrocal de Arriba, más te quiero ver en un cúlpito convirtiendo almas, que si te viera arcipreste de todo el partido.

Antón Zotes, que era bueno como el buen pan, sólo respondió:

—Yo por mí, como sea buen flaire, más c'haga lo que quisiere; porque los padres no podemos quitar la voluntad de los hijos.

8. Viendo el provincial lo poco que había que hacer por parte de los padres, y conociendo que el muchacho tenía en realidad viveza y habilidad, y que los disparates que le habían enseñado eran efectos de la mala escuela, los que se podía esperar que, con el tiempo y con los libros, los conociese y enmendase, desde luego ofreció que le recibiría, y que él mismo le daría el hábito y sería siempre su padre y su padrino. Pero como era varón docto y religioso, y el punto era tan serio, temió que fuese alguna veleidad de muchacho, o que a lo menos quisiese abrazar aquel estado atolondradamente, y sin conocimiento de lo que abrazaba. Y para cumplir con su conciencia, con su oficio y con su grande entendimiento, resolvió desengañarle delante de sus mismos padres, y así le habló de esta manera:

9. —¿Sabes, hijo mío, lo que es el estado religioso? Es una cruz en que se enclava el alma con los tres votos religiosos, desde el mismo punto en que los hace, y no se desprende de ella hasta que expira. Es un martirio continuado que comienza cuando se abraza, y se acaba cuando se deja, advirtiéndote que sólo se puede dejar, o perdiendo la vida, o abandonando la honra, y también con ella el alma. Es un estado de humildad, todo de mortificación y todo de obediencia. El que no se desprecia a sí mismo, ése es el más despreciado de todos; ninguno es

más mortificado que el que menos se mortifica, con el desconsuelo de que padece más y merece menos. Al que no quiere ser obediente, se le obliga a ser esclavo. ¿Ves estas nevadas canas que blanquean mi cabeza? —Al decir esto, se quitó un becoquín [153] o escofieta que traía en ella—. Pues, sábete que ha veinte años que me la cubren, me la desfiguran y desmienten los que tengo, que aún hoy faltan algunos para llegar a cincuenta. Y nunca se anticipa tanto el color tardío de estas naturales plantas, sino cuando las deseca el calor de las pesadumbres. Y puedes observar que apenas hay religioso que no encanezca, por razón de estado, muchos años antes de lo que debiera por la edad. Ciertamente que esta violencia que se hace a la Naturaleza no puede tener regularmente otro principio que la que se hace voluntaria o involuntariamente al natural.

10. «Como nunca has tratado más religiosos que los que la caridad de nuestros hermanos y tus padres hospeda cristiana y piadosamente en su casa, temo que alguno menos prudente (pues no podemos negar que en todas partes los hay) te haya pintado la religión como aquel pintor que para ocultar la deformidad de Filipo, padre de Alejandro, a quien le faltaba un ojo, le pintó a medio perfil, representándole sólo por aquel lado de la cara que no era defectuoso, y cubriendo el otro con el lienzo. Quiero decir, temo que sólo te hayan pintado a la religión por donde puede agradarte, ocultándote artificiosamente aquello por donde pudiera retraer tu natural inclinación. Sí, hijo mío, hay en el estado religioso hombres graves, justamente atendidos por sus méritos con privilegios y con exenciones. Pero no hay ni puede haber privilegios contra la obediencia ni contra la observancia, ni hasta ahora se han descubierto en el mundo exenciones de las pesadumbres y de los trabajos. ¿Qué importa que a esos padres graves les sobre cuanto han metester en la celda, si, en caso de no ser ajustados, los falta lo que más necesitan en el corazón? Tampoco te negaré que en la religión más estrecha se encuentran inobservantes, y tal vez se ve algún es-

153. Vid. nota 62.

candaloso. Pero también en el cielo hubo ángeles apóstatas, en el paraíso hombres inobedientes, y en el Colegio Apostólico un alevoso, un presumido, un inconstante, un incrédulo y muchos cobardes; y ni el cielo dejó de ser un cielo, ni el paraíso un paraíso, ni el Colegio Apostólico la comunidad más santa que ha habido, ni ha de haber en el mundo. No se llama perfecto un estado porque no se hallen en él hombres defectuosos, sino porque a los que lo son, se les corrige, y a los que no se corrigen, no se les tolera; porque o se les corta como miembros podridos, para que no inficionen a los sanos, o se les conjura como a las tempestades, para que vayan a descargar donde a ninguno hagan daño. Quiero decir que, encerrados de por vida entre cuatro paredes, o la pena les hace entrar en sí mismo, y entonces son verdaderamente felices; o si con la desesperación echan el sello a su desgracia, sólo se perjudican a sí propios, y pasan solos de un infierno a otro, del temporal al eterno. Así, pues, hijo mío, si quieres ser religioso, has de hacer ánimo a que si fueres bueno, has de vivir y morir en una perpetua cruz; si fueres malo, aún vivirás y morirás más atormentado; y de cualquiera manera siempre te aguarda un martirio que durará mientras te dure la vida. Yo he cumplido con lo que a mí me toca. Tú ahora resolverás lo que te pareciere, en la inteligencia de que si, no obstante la claridad con que te hablo, te determinares a abrazarte con la cruz, yo, como padre y como padrino tuyo, que desde luego me constituyo por tal aunque no pueda quitártela de los hombros, haré cuanto me sea posible por aligerártela, salva siempre la religiosa observancia.

11. Atentísimos estuvieron Antón Zotes y la buena de Catanla a la discreta arenga del prudente y piadoso provincial, y no dejaron de enternecerse un sí es no es; tanto, que la última tuvo necesidad de limpiarse los ojos y las narices, éstas con el delantal, y aquéllos con la punta de la toca. Pero Gerundio la oyó con grandísima serenidad y sin ninguna atención, pensando sólo cómo había de jugar a fiel derecho cuando estuviese en el noviciado; en dar ya trazas cómo pegársela al despensero, corriendo un par de raciones cada semana; y figurándose ya en su imagina-

ción el mayor predicador de toda aquella tierra; confesando después que, mientras el provincial estaba hablando, él estaba ideando una plática de disciplinantes para cuando le echasen la Semana Santa de Campazas. A esto contribuyó también que el bellacón del lego se puso donde, sin ser visto del provincial, pudiese serlo de Gerundio, y cuando éste ponderaba alguna cosa, aquél le guiñaba el ojo, y le hacía señas con la cabeza, como que no hiciese caso de lo que le decía. Con que luego que acabó de hablar aquel prelado, el muchacho se cerró en que quería ser fraile, y que si otros pasaban por todas aquellas cosas, él también pasaría por ellas, sin dar otra razón chica ni grande. Viéndole todos tan resuelto, se determinó que lo que había de ser tarde, fuese luego; porque, teniendo ya quince años, estaba en la mejor edad para entrar en religión. Y así, dentro de dos días, el provincial con su comitiva, acompañado de Gerundio, de su padre, de su madre y del licenciado Quijano, su padrino, que quiso hacer la costa de la entrada, se fueron a un convento de la orden, no muy distante de Campazas, donde el mismo provincial le puso por su mano el hábito con grande solemnidad; y así al prelado de la casa, como al maestro de novicios, se le dejó muy recomendado, al fin, como cosa suya.

LIBRO II

CAPÍTULO PRIMERO

CONCLUIDO SU NOVICIADO, PASA A ESTUDIAR ARTES

YA tenemos a fray Gerundio en campaña, como toro en plaza, novicio hecho y derecho como el más pintado, sin que ninguno le echase el pie adelante, ni en la puntual asistencia a los ejercicios de comunidad, porque guardaba mucho se coleto; ni en las travesuras que le había pintado el lego, cuando podía hacerlas sin ser cogido en ellas, porque era mañoso, disimulado y de admirable ligereza en las manos y en los pies. No obstante, como no perdía ocasión de correr un panecillo, de encajarse en la manga una ración, y en un santiamén se echaba a pechos un jesús,[1] cuando ayudaba al refitolero a componer el refectorio, llegó a sospecharse que no era tan limpio como parecía. Y así el refitolero como el sacristán le acusaron al maestro de novicios, que cuando fray Gerundio asistía al refectorio o ayudaba a las misas, se acababa el vino de éstas a la mitad de la mañana, y a un volver de cabeza se hallaban vacíos uno o dos jesuses de los que juraría a Dios y a una cruz que ya había llenado; y aunque nunca le habían cogido con el hurto en las manos, pero que por el hilo se sacaba el ovillo, y que en Dios y en conciencia no podía ser otra la lechuza que chupaba el aceite de aquellas lámparas.

2. Era el maestro de novicios un bellísimo religioso, devoto y pío hasta más no poder, pero sencillo y cándido como él mismo. En viendo a un novicio con los ojos

1. *jesús*: vinajera. Así porque muchas vinajeras llevaban el anagrama IHS grabado en el fondo.

bajos, con la capilla calada, las manos siempre debajo del escapulario, poco curioso en el hábito, traquiñándose [2] al andar, y andando siempre arrimado a la pared, puntual a todos los actos de comunidad, silencioso, rezador, y que en las recreaciones hablaba simpre de Dios: ¿pues qué, si naturalmente era bien agestadillo y vergonzoso? ¿Si le pedía licencia para hacer mortificaciones y penitencias extraordinarias y ocultas, aunque nunca las hiciese? ¿Si acudía frecuentemente a comunicarle las cosas de su espíritu y a darle cuenta de los sentimientos que tenía en la oración, especialmente si había algo que oliese a visión imaginaria? [3] Sobre todo, ¿si en tono de caridad, de crepúsculo o de celo, iba a contarle las faltas que había notado, o que quizá sólo había aprendido en los otros su malicia? Para el buen maestro no había más que pedir. No creería cosa mala de este novicio, aunque se la predicaran frailes descalzos; y si alguno le acusaba de alguna faltilla, lo tenía por envidia o por emulación, diciendo, casi con lágrimas, que la virtud hasta en los claustros es perseguida. Los bellacos de los novicios, aunque por la mayor parte de poca edad, ya tenían bastante malicia para conocer esta flaqueza o esta bondad de su maestro; y así los más ladinos se la pegaban tan lindamente, haciéndole creer que eran los más santos. Nuestro Gerundio no iba en zaga al más raposilla de todos. Antes bien, en esta especie de farándula, los hacía muchas ventajas, y se sabía que era el queridito del maestro, y más añadiéndose a su buen parecer, disimulo y afectada compostura el ser ahijado y tan recomendado de nuestro padre provincial; porque, si bien es verdad que el maestro de novicios era varón espiritual y místico, no embargante todo eso, a mayor gloria de Dios y por el mayor bien de la religión, hacía con purísima intención su corte a los mandones, y no querría disgustar a un padre grave por cuanto tuviese el mundo.

2. *traquiñándose*, traquinar: andar con dificultad, como si llevara carga pesada. Alonso, *Enciclopedia del idioma*.

3. *visión imaginaria*: la que se representa muy claramente en el entendimiento. Se diferencia de la *visión intelectual* en que ésta no tiene forma ni figura.

3. En esta disposición del maestro, dicho se está lo mal recibidas que fueron las acusaciones del refitolero y del sacristán. Díjoles el bendito varón que conocían mal al hermano fray Gerundio, y que no sabía con qué conciencia hacían juicios tan temerarios y levantaban aquellos falsos testimonios a un novicio tan angelical; que si supieran bien quién era aquel mancebo, se tendrían por dichosos en poner la boca donde él ponía los pies; y que si era verdad que les faltaba el vino, sería sin duda porque el diablo tomaba la figura del santo novicio para beberle y para desacreditarle; concluyendo con decirles que si la orden tuviera media docena de fray Gerundios, esa media docena de santos más adoraría con el tiempo en los altares.

4. Sucedió que mientras el bueno del maestro de novicios estaba dando esta repasata a los dos legos acusadores, el angelical fray Gerundio pasó (no se sabe si por casualidad, o por aviso que tuvo) por delante de la despensa. Y viendo a la puesta de ella una cesta de huevos, se embocó media docena en el seno, y con la mayor modestia del mundo siguió su camino para el noviciado, y se fue derecho a la celda del maestro a darle cuenta de lo que le había pasado en la oración de aquel día. Entró, como acostumbraba, con los ojos clavados en el suelo, la capilla hasta como dos dedos sobre la frente, las manos en las mangas debajo del escapulario, sonroseado adredemente, para lo cual le vino de perlas la travesurilla que acababa de hacer, y en todo caso (lo que era mucho del conjuro) amagando a una risita. Luego que el maestro le vio entrar, se le renovó todo el cariño: mandóle sentar junto a sí, comenzó la cuenta de oración, y comenzaron las mentiras, ensartando todas cuantas se le vinieron a la cabeza; pero tan bien concertadas, y dichas con tanta gracia y con tanta compostura, que el bonazo del maestro, sin poderse contener, se levantó de la silla, y para alentar más y más a su novicio, le dio un estrechísimo abrazo. En hora menguada se le dio; porque, como le apretó tanto en el Señor, se estrellaron en el pecho los huevos que el angelical mancebo traía escondidos en él, y comenzaron a chorrear yemas y claras por el hábito abajo, que parecía

haberse vaciado el perol donde se batían los huevos para las tortillas de la comunidad. El maestro quedó atónito y confuso, y le preguntó al novicio:

—¿Pues qué es esto, hermano fray Gerundio?

El santo mozo, que era asaz sereno y de imaginación pronta y viva para salir con lucimiento de los lances repentinos, le respondió sin turbarse:

—Padre, yo se lo diré a su reverencia. Como ha dos meses que su reverencia me dio licencia para tomar disciplina en las espaldas, por no poderla ya tomar en otra parte, se me han hecho llagas, y llevaba estos huevos para ponerme una estopada. Y no me atreví a decirlo a su reverencia, porque su reverencia no me privase del consuelo de esta corta mortificación.

Tragó el anzuelo el bonísimo varón, y pasmado de la estupenda mortificación de su novicio, volvió a darle otro abrazo, aunque menos apretado que el primero, por no lastimarle en las llagas de la espaldas, y por no mancharse con la chorrera del hábito. Y contentándose con advertirle blandamente que mejor es la obediencia que no los sacrificios, le despidió, dándole orden de que se fuese a mudar otra saya y otro escapulario.

5. Con estas trazas pasó nuestro fray Gerundio su noviciado, y hizo su profesión *inoffenso pede*[4] sin que le faltase voto. Y como todavía duraba el provincialato de su padrino y padre de hábito, le envió luego a estudiar las artes a un convento de los más graves de la provincia, sin que pasase por la regular aduana de corista, por dos o por tres años, como pasan los demás frailes en canal que no tienen arrimo.

6. Era lector un religioso mozo, como de hasta treinta años escasos, de mediano ingenio, de bastante comprehensión, de memoria feliz, estudiantón de cal y canto, furiosamente aristotélico, porque jamás había leído otra filosofía, ni podía tolerar que se hablase de ella; eterno disputador, para lo cual le ayudaba una gran volubilidad de lengua, una voz clara, gruesa y corpulenta, una admirable consistencia de pecho y una maravillosa fortaleza de

4. *inoffenso pede*: sin tropiezo.

pulmones; en fin, un escolástico esencialmente tan atestado de voces facultativas, que no usaba de otras, ni las sabía, para explicar las cosas más triviales. Si le preguntaban cómo lo pasaba, respondía:

—*Materialiter* bien; *formaliter,* subdistingo: *reduplicative ut homo,* no me duele nada; *reduplicative ut religioso,*[5] no deja de haber sus trabajos.

En una ocasión, se le quejó su madre de que, en las cartas que la escribía, no la hablaba palabra de su salud. Y él respondió: «Madre y señoría mía: Es cierto que *signate* no decía a usted que estaba bueno, pero *exercite*[6] ya se lo decía. Ahora pongo en noticia de usted cómo estoy explicando a mis discípulos la *trascendencia* o la *intrascendencia del ente*: yo llevo la *analogía,* y niego la *trascendencia.* A mi hermana Rosa dirá usted que me alegro mucho lo pase bien, así *ut quo* como *ut quod,*[7] y que en cuanto a las calcetas con que me regala, la *materia ex qua* me pareció un poco gorda, pero la *forma artificial*[8] viene con todos sus *constitutivos.* De las cuatro libras de chocolate que usted me envía, diré *in rei veritate* lo que me parece. Las *cualidades intrínsecas* son buenas, pero las *accidentales* le echaron a perder por haber estado aplicado más tiempo del conveniente a la *naturaleza ígnea, mediante la virtud combustiva.* B. L. M. de usted su hijo *inadaequate et partialiter,* y su capellán *totaliter et adaequate.*—Fray Toribio, lector de artes.»

7. Por aquí se puede sacar el carácter del padre lector fray Toribio, que en un argumento a todos se los llevaba de calle; porque con la voz sonora, con el pecho fuerte, con la lengua expedita y con la abundancia de términos, no había quien le resistiese, y así le llamaban el azote

5. *materialiter*: materialmente, en tanto que materia; *formaliter*: en tanto forma; *reduplicative ut homo*: en cuanto hombre; *reduplicative ut religioso*: en tanto que religioso. Todos términos de la filosofía escolástica.

6. *signate*: de palabra, expresamente; *exercite*: de hecho, implícitamente.

7. *ut quo... ut quod*: es la manera... en la sustancia.

8. *forma artificial*: para la escolástica, la manera artística, por diferencia de la *forma natural*, o creación de la naturaleza.

de los concursos. Tenía atestada la cabeza de apelaciones, ampliaciones, alienaciones, equipolencias, reducciones, y de todo lo más inútil y más ridículo que se enseña en las súmulas, sirviendo sólo para gastar el tiempo en aprender mil cosas inútiles. Ejercitábase él, y hacía que sus discípulos se ejercitasen, en componer contradictorias, contrarias, subcontrarias y subalternas, en todo género de proposiciones: en las categóricas, en las hipotéticas, en las simples, en las complejas, en las necesarias, en las contingentes y en las de imposible, gastando meses enteros en estas bagatelas impertinentísimas. Sobre la importante y gravísima cuestión de *si blictiri*[9] *es término,* era cosa de espiritarse y si alguno le quería defender que la unión era tan término como todos los demás, y que en ella se resolvía la proposición *tan resolvidamente* como en el sujeto y el predicado, era negocio de volverse loco, y a lo menos no le faltaba un tris para perder el juicio.

8. El mismo exquisito gusto y la misma buena elección que tenía en las súmulas, mostraba en lo perteneciente a la lógica. Aunque sabía muy bien que ésta no es más que un arte que ayuda a la razón natural a discurrir con penetración y con solidez, enseñándola el modo de buscar y descubrir la esencia de las cosas, de formar diferentes ideas de una misma, según los diversos respetos, nociones o formalidades con que se presenta al entendimiento; y que estas diferentes formalidades, nociones y respetos le dan bastante fundamento, no para que de una sola haga dos, sino para que conciba como si fueran dos la que en realidad es una sola; y que supuesta esta penetración y esta división total, pueda ir después raciocinando y discurriendo acerca de ellas, hasta llegar muchas veces a la demostración, y casi siempre a un prudentísimo asenso. Repito que aunque el buen padre lector no ignoraba que ésta, y no otra, era la verdadera lógica, de nada menos cuidada que de instruir a sus discípulos en lo que conducía para esto, y de los nueve meses del curso,

9. *blictiri*: palabra inventada por Boecio como ejemplo de aquellas que no significan nada y pueden llenarse de cualquier contenido arbitrariamente.

gastaba los siete en enseñarlos lo que de maldita la cosa servía, sino de llenarles aquellas cabezas de ideas confusas, de representaciones impertinentes y de idolillos o figuras imaginarias. ¿Si consiste en un único hábito, cualidad o facilidad científica, o en un complejo de muchos, correspondientes a la variedad de los actos logicales? ¿Si es ciencia práctica o especulativa? ¿Si la docente se distingue de la utente, esto es, si la instrucción en las reglas se distingue del uso de ella? ¿Si su objeto es un entecillo duende enteramente fingido por el entendimiento, o una entidad que tiene verdadero y real ser, aunque puramente intelectual? ¿Si la lógica artificial es tan necesaria para aprender otras ciencias, que sin ella ninguna pueda aprenderse, ni bien ni mal? Y así de otras cuestiones proemiales, que de nada sirven y para nada conducen, sino para perder tiempo y para quebrarse la cabeza lo más inútilmente del mundo.[10]

9. Esto es, por paridad, como si un maestro de obra prima (que así se llama, no se sabe porque, a los zapateros), con un aprendiz que quisiese instruirse en el oficio, gastase un mes en enseñarle si la facultad zapateril era arte o ciencia; y si arte, si era mecánico o liberal. Otro en instruirle si era lo mismo saber cortar que saber coser, saber coser que saber desvirar,[11] o si para cada una de estas operaciones era menester un hábito o instrucción científica que las dirigiese.

—Señor, que yo quiero aprender a hacer zapatos.

—Espérate, tonto, ¿cómo has de saber hacerlo, si no sabes si el objeto del arte zapateril es el zapato que realmente se calza, o aquel que se representa en la imaginación, como idea del que después se ha de hacer?

—Señor, yo no quiero hacer zapatos imaginarios, sino estos que se palpan, se tocan y se calzan.

10. Isla parodia las enseñanzas y disputas escolásticas, criticadas a lo largo del siglo XVIII. Hito importante fue el discurso de Feijoo, «De lo que conviene quitar y poner en la lógica y la metafísica», de 1736.

11. *desvirar*: recortar lo sobrante de la suela después de haberla cosido.

—Eres un orate. Por ventura, ¿sabrás nunca hacer esos zapatos, no estando bien enterado de si las reglas que se dan para hacerlos son o no son diferentes del uso y práctica de ellas?

—Señor, ¿qué se me da a mí que lo sean ni dejen de serlo? Enséñeme usted esas reglas, pues ha cuatro meses que estoy en su casa, y hasta ahora ni siquiera una me ha enseñado.

—Ven acá, idiota. ¿Cómo te las he de enseñar yo, ni cómo las has de aprender tú, mientras no estés plenísimamente instruido en que esta arte, que llamamos de obra prima, es en parte práctica, y en parte especulativa? Práctica, porque su fin es enseñar a hacer zapatos ajustados, airosos y duraderos; especulativa, porque las reglas que da para eso, es menester que dirijan primero a la razón, sin lo cual no se gobernarían bien las manos.

—Por vida de... —y echóle redondo—, que vuestra merced matará a un santo. Y dígame, señor, para que yo aprenda esas reglas, ¿qué me importará saber si el oficio es plático o culativo, o la perra que me parió?

10. Si alguno fuera al padre lector con este cuento, bien sé yo que no lo había de contar por gracia; porque, sobre abundar de un humor escolástico flavobilioso,[12] que hiriendo en un momento las fibras del celebro, se comunicaba rápidamente al corazón por el nervio intercostal, con movimiento crispatorio, y de aquí, por una instantánea repercusión, volvía al mismo celebro, donde agitaba con igual o con mayor crispatura las fibras que se ramifican en la lengua, estaba tan furiosamente poseído de todas estas vanas inutilidades, que era capaz de chocar con el mismo sol, si pretendía alumbrarle en este punto. En primer lugar, luego daba en los hocicos con aquella prodigiosa multitud de hombres grandes que se han ocupado loablemente en estas materias, y eran tenidos de todo el mundo por hombres sapientísimos. Si alguno le replicaba que los hombres más sabios y los hombres más grandes al fin son hombres, y que no se habían acreditado, ni de grandes ni de sabios, por haber gastado el tiempo en

12. *flavobilioso*: abundante en bilis amarilla o cólera.

esas fruslerías, sino por haber escrito grave y doctamente otras materias utilísimas; y si se habían empleado en aquellas impertinencias, no era por no conocer que lo fuesen, sino porque la obediencia o la política los había precisado a no desviarse del camino carretero y a seguir el uso común, le faltaba poco para romperle los cascos. Y si lo dejaba de hacer, era de pura compasión, despreciándole como a un pobre mentecato. Después echaba mano de aquel otro lugar común con que se defienden los que no tienen bastante valor ni bastante generosidad para confesar que éstas son impertinencias, diciendo que sirven de mucho, aunque no sirven de otra cosa que de materia para aguzar los ingenios y para ejercitarlos en la disputa.

11. No había que reponerle, lo primero, que siendo la lógica la que enseña a discurrir y a disputar, parecía cosa ridícula comenzar a aprenderla arguyendo y disputando. Porque, o ya se sabían las reglas de la disputa, o se ignoraban. Si se sabían, era ociosa la lógica. Si se ignoraban, ¿cómo era posible que se disputase, sino diciendo en la materia y en la forma cuatrocientos disparates? Y así vemos que las partes más mecánicas y los oficios más fáciles no se comienzan a aprender por el ejercicio, sino a lo menos por aquellas reglas generales que son necesarias para saber imperfectamente ejercitarle. No hay oficio más fácil que el de aguador, porque en sabiendo echar al burro la albarda, y el camino del río o de la fuente, está aprendido el oficio. Con todo, es indispensable, antes de ir por agua, saber echar la albarda al burro y saber el camino. Si a un aprendiz de herrero le dijesen desde el primer día que hiciese una sartén, se reiría del maestro. Primero es menester darle una noticia general de todos los instrumentos del oficio, del uso particular de cada uno, del modo de manejarlos, y de disponer la materia para recibir la forma artificial que se pretende darla; después irle ejercitando en lo más fácil. Pues ahora, ¿hay cosa más graciosa que comenzar disputando si la lógica docente se distingue de la utente, y empedrar por precisión la disputa de toda la doctrina que se da acerca de los hábitos naturales, infusos y adquiridos; suponiendo ya sabido el modo con que éstos se engendran, y en qué consiste la vir-

tud que tienen para producir después unos hijos enteramente parecidos a sus abuelos, esto es, a los actos que engendraron a los hábitos, siendo así que el pobre niño no tiene idea ni noticia de otros hábitos que de los hábitos largos de los curas, o de los hábitos de los frailes que vio predicar la Cuaresma y pedir el agosto [13] en su lugar? ¿Qué concepto formará de toda aquella algarabía de hábitos, de actos, de semejanza específica, de semejanza genérica que es indispensable entienda, aun sólo para penetrar los términos de la cuestión, si nada de esto se le ha de explicar hasta que estudie la metafísica o la animástica? [14]

12. No había que reponerle, lo segundo, que tolerado, y no concedido, que para ejercitar el entendimiento en la disputa fuese conveniente excitar algunas cuestiones proemiales, sería razón tomarlas de aquellos puntos históricos que pertenecen al fin, invención, progresos y estado actual de la misma lógica. Como, verbigracia: ¿para qué fin fue inventada la lógica, si solamente para enseñar a discurrir bien, o para evitar que otros no nos alucinasen con sofismas y con paralogismos? ¿Si la lógica es más antigua o más moderna que la filosofía en todas sus partes? Y aquí entraba naturalmente un curioso resumen historial del origen de la filosofía, y de su división en tanta variedad de sectas: la jónica, la itálica, la cirenaica, la heliaca, la megárica, la cínica, la estoica, la académica, la peripatética, la eleánica, la pirrónica o escéptica, la epicúrea, y finalmente la ecléctica; antes de hablar de los diversos sistemas de la filosofía moderna. Hallaríase que la lógica, respecto de unas sectas, había sido muy posterior, muy anterior respecto de otras, y respecto de algunas síncrona o coetánea.

13. Después se podía preguntar si la lógica se inventó por casualidad o de propósito. Y suponiendo, como suponen todos, que se inventó por casualidad, haciendo algunas observaciones para descubrir y para desembara-

13. *pedir el agosto*: pedir limosna en especie durante la recolección. Tal vez derive de aquí el dicho «hacer el agosto».

14. *animástica*: estudio del alma.

zarse de los sofismas, se seguía la pregunta de quién fue el primero que hizo estas observaciones y formó una colección de ellas, para enseñar y para abrir los ojos a los demás. ¿Si Zenón Eleates, si Sócrates, si Platón, si Aristóteles o si Espeusipo?[15] Y contando por la historia que Zenón hizo algunas observaciones, Sócrates otras, y Platón otras, todos tres anteriores a Aristóteles de quien Platón fue maestro, preguntar por qué, no obstante eso, se tiene comúnmente a Aristóteles por inventor de la lógica o de la dialéctica. A lo cual se ha de responder necesariamente que porque fue el primero que hizo una colección de todas las observaciones de aquellos tres filósofos, añadiendo él otras muchas de suyo, disponiéndolas en estilo didascálico o instructivo, y dándolas un método seguido, claro, conexo y natural. Así como Pedro Lombardo, por otro nombre el Maestro de las Sentencias, se llama regularmente el inventor de la teología escolástica, no porque lo fuese de los tratados de que se compone; sino porque los que estaban esparcidos y sin orden en las obras de los Padres, especialmente latinos, los redujo a un método uniforme en los cuatro libros de los *Sentenciarios*, disponiéndolos de manera que formasen un cuerpo bien repartido de facultad y de doctrina; añadiendo de suyo, además de eso, el poner en estilo de escuela y de disputa algunos puntos que en las obras de los Padres se leen en estilo puramente doctrinal.[16]

14. Después de todas estas cuestiones, se concluían naturalísimamente con las pertenecientes a los progresos y estado actual de la misma lógica. ¿Si Aristóteles la concluyó, o la dejó imperfecta? ¿Si la que hoy tenemos es la misma que enseñó aquel filósofo, y otra diferente? Si la misma, aunque muy añadida, ¿qué partes son las que se añadieron, cuándo, por quiénes y con qué ocasión o mo-

15. Espeusipo (s. IV a. C.), sobrino de Platón del que sólo se conservan fragmentos de sus obras. Sucedió a su tío en la dirección de la Academia desde 347 a 339.

16. Pedro Lombardo (1100?-1160), obispo de París y teólogo. Sus *Libri IV Sententiarum* se emplearon como libro de texto durante varios siglos.

tivo? Y de estas partes añadidas, ¿cuáles son necesarias, cuáles útiles, y cuáles impertinentes? Ve aquí unos proemiales de mucha utilidad, de mucha curiosidad y de muchos y bellos materiales, para que los entendimientos se ejerciten en disputas históricas y críticas pertenecientes a la misma lógica, con tanto gusto como aprovechamiento. Pero ve aquí también lo que oía nuestro padre lector fray Toribio, unas veces con una cólera espantable, y otras con una risa falsa y despreciativa, que le caía muy en gracia. Decía por toda respuesta, que todos eran tiquismiquis, fruslerías de entendimientos superficiales, y que esos proemiales eran buenos para una lógica de corbatín o de sofocante: [17] en una palabra, admirables cuestiones para aquellos lógicos que leían las gacetas y encargaban a un corresponsal de Madrid que los enviase el *Mercurio*.[18]

15. No puede omitir la historia un caso curioso que sucedió con nuestro escolasticísimo padre lector. Cierto padre nuestro de su misma orden, hombre de vasta erudición y de igualmente grave que amena literatura, harto mejor instruido en lo que era verdadera lógica y verdadera filosofía que el bendito fray Toribio, viéndole tan escolastizado en aquellas vanísimas sofisterías, y no pudiendo reducir a la razón aquella mollera endurecida y callosa, le dijo por burla cierto día:

—Pues de ese modo, padre lector, para usted no habrá en el mundo cuestión más importante que aquella que se defendió en Alemania: *Utrum chimaera bombilians in vacuo possit comedere secundas intentiones?* [19]

Quedóse atónito y como pasmado al oír semejante

17. *corbatín*: se refiere a la lógica moderna, aludiendo a los corbatines que vestían los elegantes del XVIII, *sofocante* era el lazo que usaban las mujeres y adornaba su cuello *(DA)*.

18. *Mercurio*: se refiere al *Mercurio histórico-político en que se contiene el estado presente de la Europa*, traducción del *Mercurio de la Haya*, que dirigió Salvador José Mañer. Se comenzó a publicar en 1738 y en 1784 se llamó *Mercurio de España*; desapareció en 1830. Puede verse una relación de los colaboradores en F. Aguilar Piñal, *La prensa en el siglo* XVIII, Madrid, CSIC, 1978, 19, y la bibliografía allí citada.

19. «Si una quimera hinchándose en el vacío puede comerse segundas intenciones.»

cuestión el metafisiquísimo fray Toribio; porque, aunque no había curso tomista, escotista, suarista, occamista, nominalista ni baconista que, a su parecer, no hubiese revuelto, no hacía memoria de haber leído jamás aquella cuestión *in terminis*. Suplicó al padre maestro que se la volviese a repetir; hizólo éste con grande socarronería. Quedóse el lector suspenso por un rato, como quien repasaba allá para consigo los términos de la cuestión, queriendo penetrarlos. Y después de haber repetido dos o tres veces, en voz inteligible: *Utrum chimaera bombilians in vacuo possit comedere secundas intentiones? Utrum chimaera bombilians in vacuo possit comedere sucundas intentiones?*, dio una patada en el suelo, y prorrumpió diciendo:

—Por el santo hábito que visto, que más quisiera ser autor de esta cuestión, que si desde luego me hicieran presentado; y concluido me vea yo en las primeras sabatinas,[20] si no la defendiera en acto público, llevando la afirmativa.

Rióse a su satisfacción el bellacón del maestro del fanático lector, y para echar el sello a la burla que estaba haciendo de él, le dijo con bufonada:

—Hará bien, padre lector, hará bien; y muérase con el consuelo de que le podrán poner sobre la piedra este epitafio, que se puso sobre la sepultura de otro que era de su mismo genio y gusto:

Hic jacet magister noster,
Qui disputavit bis aut ter
In Barbara et Celarent,
Ita ut omnes admirarent
In Fapesmo et Frisesomorum.
Orate pro animas eorum.[21]

20. *presentado*: en algunas órdenes religiosas el teólogo que ha seguido su carrera y, acabadas sus lecturas, está esperando el grado de maestro. *concluido*: convencer de forma que no quepa réplica alguna. *sabatinas*: ejercicios literarios que hacían los sábados los estudiantes para acostumbrarse a defender las conclusiones.

21. «Aquí yace nuestro maestro, quien disputó dos o tres veces en *Barbara* y *Celarent*, de tal forma que todos le admiraron en *Fapesmo* y *Frisesomorum*. Rogad por sus almas.»

CAPÍTULO II

Prosigue fray Gerundio estudiando su filosofía, sin entender palabra de ella

La verdad sea dicha (porque ¿qué provecho sacará el curioso lector de que yo infierne mi alma?), que cuanto más cuidado ponía el incomparable fray Toribio en embutir a sus discípulos en estas inútiles sutilezas, menos entendía de ellas nuestro fray Gerundio. No porque le faltase bastante habilidad y viveza, sino porque como el genio y la inclinación le llevaban hacia el púlpito, que contemplaba carrera más amena, más lucrosa y más a propósito para conseguir nombre y aplauso, le causaban tedio las materias escolásticas, y no podía acabar consigo el aplicarse a estudiarlas. Por eso era gusto oírle las ideas confusas, embrolladas y ridículas que él concebía de los términos facultativos, conforme iban saliendo al teatro en la explicación del maestro. Llegó éste a explicar los grados metafísicos de ente, sustancia, criatura, cuerpo, etc. Y por más que se desgañitaba en enseñar que todo lo que existe es ente; si se ve y se palpa, es ente real, físico y corpóreo; si no se puede ver ni palpar, porque no tiene cuerpo, como el alma y todo cuanto ella sola produce, es ente verdadero y real, pero espiritual, inmaterial e incorpóreo; si no tiene más ser que el que le da la imaginación y el entendimiento, es ente intelectual, ideal e imaginario; siendo ésta una cosa tan clara, para fray Gerundio era una algarabía. Porque, habiendo oído muchas veces en la religión, cuando se trataba de algún sujeto exótico y estrafalario, *Vaya que ése es ente,* jamás pudo entender por *ente* otra cosa que un hombre irregular o risible por algún camino. Y así, después que oyó a su lector las propriedades del ente, contenidas en las letras iniciales de aquella palabra bárbara *R. E. V. B. A. U.*, cuando veía a alguno de genio extravagante, decía, no sin vanidad de su comprehensión esco-

lástica: «Éste es un *reubau*, como lo explicó mi lector.»[22]

2. Por la palabra *sustancia*, en su vida entendió otra cosa más que caldo de gallina, por cuanto siempre había oído a su madre, cuando había enfermo en casa, *Voy a darle una sustancia*. Y así se halló el hombre más confuso del mundo el año que estudió la física. Tocándole argüir a la cuestión que pregunta *si la sustancia es inmediatamente operativa*, su lector defendía que no. Y fray Gerundio perdía los estribos de la razón y de la paciencia, pareciéndole que éste era el mayor disparate que podía defenderse; pues era claramente contra la experiencia, y a él se le había ofrecido un argumento, a su modo de entender, demostrativo que convencía concluyentemente lo contrario. Fuese, pues, al general muy armado de su argumento, y propúsole de esta manera:

—El caldo de gallina es verdadera una sustancia; *sed sic est* que el caldo de gallina es inmediatamente operativo; luego la sustancia es inmediatamente operativa.

Negáronle la menor, probóla así:

—Aquello que, administrado en una ayuda,[23] hace obrar inmediatamente, es inmediatamente operativo; *sed sic est* que el caldo de gallina, administrado en una ayuda, hace obrar inmediatamente; luego el caldo de gallina es inmediatamente operativo.

Rióse a carcajada tendida toda la mosquetería del aula. Negáronle la menor de este segundo silogismo; y él, enfurecido, parte con la risa y parte con que le hubiesen negado una proposición que tenía por más clara que el sol que nos alumbra, sale del general precipitado y ciego, sin que nadie pudiese detenerle. Sube a la celda, llama al enfermero, dícele que luego le eche una ayuda con caldo de gallina, si por dicha había alguno prevenido para los

22. *REVBAU*: «Palabra mnemotécnica para recordar las propiedades del ente, o lo que suele llamarse la lista de los trascendentales, cuyas letras están contenidas en esta "palabra bárbara": *Res, Ens, Verum, Bonum, Aliquid, Unum*» (Sebold, II, 28).

23. *ayuda*: «medicamento que se usa para exonerar el vientre y se llama así porque asiste y contribuye para que la naturaleza obre. Llámase también clíster y vulgarmente melecina.» También es el instrumento con que se introduce la medicina *(DA)*.

enfermos. El enfermero, que le vio tan turbado, tan inquieto y tan encendido, creyendo sin duda que le había dado algún accidente cólico, para el cual había oído decir que eran admirable específico los caldos de pollo, juzgando que lo mismo serían los de gallina, va volando a su cocinilla particular, dispónele la lavativa y administrásela. Hace prontamente un prodigioso efecto; llena una gran vasija de las que se destinan para este ministerio, y bajando al general sin detenerse, dijo colérico al lector, al que sustentaba y a todos los circunstantes:

—Los que quisieran ver si el caldo de gallina hace o no hace obrar inmediatamente, vayan a mi celda, y allí encontrarán la prueba. Y después, que se vayan a defender que la sustancia no es inmediatamente operativa.

3. Este lance acabó de ponerle de muy mal humor con todo lo que se llamaba estudio escolástico. Y aunque algunos padres graves y verdaderamente doctos, que le querían bien, procuraron persuadirle que se dedicase algo a este estudio, a lo menos al de aquellas materias, así físicas como metafísicas, que no sólo eran conducentes, sino casi necesarias para la inteligencia de las cuestiones más importantes de la teología en todas sus partes, escolástica, expositiva, dogmática y moral, sin cuya noticia era imposible saber hacer un sermón sin exponerse a decir mil necedades, herejías y dislates, no fue posible convencerle. Ni aunque le dieron algunos panes y agua hasta llegar también a media docena de despojos, ni por ésas se pudo conseguir que se aplicase a lo que no le llevaba la inclinación, y más habiendo en casa quien le ayudaba a lo mismo.

4. Era el caso que por mal de sus pecados se encontró nuestro fray Gerundio con un predicador mayor del convento, el cual era un mozalbete poco más o menos de la edad de su lector, pero de traza, gusto y carácter muy diferente.

5. Hallábase el padre predicador mayor en lo más florido de la edad, esto es, en los treinta y tres años cabales. Su estatura procerosa, robusta y corpulenta; miembros bien repartidos y asaz simétricos y proporcionados; muy derecho de andadura, algo salido de panza; cuellierguido,

su cerquillo copetudo y estudiosamente arremolinado; hábitos siempre limpios y muy prolijos de pliegues, zapato ajustado, y sobre todo su solideo de seda, hecho de aguja, con muchas y muy graciosas labores, elevándose en el centro una borlita muy airosa; obra toda de ciertas beatas, que se desvivían por su padre predicador. En conclusión, él era mozo galán, y juntándose a todo esto una voz clara y sonora, algo de ceceo, gracia especial para contar un cuentecillo, talento conocido para remedar, despejo en las acciones, popularidad en las modales,[24] boato en el estilo y osadía en los pensamientos, sin olvidarse jamás de sembrar sus sermones de chistes, gracias, refranes y frases de chimenea, encajadas con grande donosura, no sólo se arrastraba los concursos, sino que se llevaba de calle los estrados.

6. Era de aquellos cultísimos predicadores que jamás citaban a los Santos Padres, ni aun a los Sagrados Evangelistas, por sus propios nombres, pareciéndoles que ésta es vulgaridad. A San Mateo le llamaba el *ángel historiador*; a San Marcos, el *evangélico toro*; a San Lucas, *el más divino pincel*; a San Juan, *el águila de Patmos*; a San Jerónimo, *la púrpura de Belén*; a San Ambrosio, *el panal de los doctores*; a San Gregorio, *la alegórica tiara.* Pensar que al acabar de proponer el tema de un sermón, para citar el Evangelio y el capítulo de donde le tomaba, había de decir sencilla y naturalmente *Joannis capite decimo tertio, Matthaei capite decimo quarto,* eso era cuento y le parecía que bastaría eso para que le tuviesen por un predicador sabatino. Ya se sabía que siempre había de decir *Ex Evangelica lectione Matthaei, vel Joannis capite quarto decimo;* y otras veces, para que saliese más rumbosa la colocación, *Quarto decimo ex capite.* ¡Pues qué, dejar de meter los dos deditos de la mano derecha, con garbosa pulidez, entre el cuello y el tapacuello de la capilla, en ademán de quien desahoga el pescuezo, haciendo un par de movimientos dengosos con la cabeza, mientras estaba proponiendo el tema; y al acabar de proponerle, dar dos o tres brinquitos disimulados; y, como para limpiar el pecho, hinchar los carrillos, y mi-

24. *las modales*: entonces era femenino.

rando con desdén a una y otra parte del auditorio, romper en cierto ruido gutural, entre estornudo y relincho! Esto, afeitarse siempre que había de predicar, igualar el cerquillo, levantar el copete; y luego que, hecha o no hecha una breve oración, se ponía de pie en el púlpito, sacar con airoso ademán de la manga izquierda un pañuelo de seda de a vara y de color vivo, tremolarle, sonarse las narices con estrépito, aunque no saliese de ellas más que aire, volverle a meter en la manga a compás y con armonía, mirar a todo el concurso con despejo, entre ceñudo y desdeñoso, y dar principio con aquello de *Sea ante todas cosas bendito, alabado y glorificado*, concluyendo con lo otro de *En el primitivo instantáneo ser de su natural animación*, no dejaría de hacerlo el padre predicador mayor en todos sus sermones, aunque el mismo San Pablo le predicara que todas ellas eran, por lo menos, otras tantas evidencias de que allí no había ni migaja de juicio, ni asomo de sindéresis, ni gota de ingenio, ni sombra de meollo, ni pizca de entendimiento.[25]

7. Sí, andaos a persuadírselo, cuando a ojos vistas estaba viendo que sólo con este preliminar aparato se arrastraba los concursos, se llevaba los aplausos, conquistaba para sí los corazones, y no había estrado ni visita donde no se hablase del último sermón que había predicado.

8. Ya era sabido que siempre había de dar principio a sus sermones, o con algún refrán, o con algún chiste, o con alguna frase de bodegón, o con alguna cláusula enfática o partida, que a primera vista pareciese una blasfemia, una impiedad o un desacato; hasta que, después de tener suspenso al auditorio por un rato, acababa la cláusula, o salía con una explicación que venía a quedar en una grandísima friolera. Predicando un día del misterio de la Trinidad, dio principio a su sermón con este período:

—Niego que Dios sea uno en esencia y trino en personas —y paróse un poco.

Los oyentes, claro está comenzaron a mirarse los unos

25. Todos estos gestos aquí parodiados venían siéndolo desde el siglo XVI en manuales de oratoria.

a los otros, o como escandalizados o como suspensos, esperando en qué había de parar aquella blasfemia heretical. Y cuando a nuestro predicador le pareció que ya los tenía cogidos, prosigue con la insulsez de añadir:

—Así lo dice el ebionista, el marcionista, el arriano, el maniqueo, el sociniano;[26] pero yo lo pruebo contra ellos con la Escritura, con los Concilios y con los Padres.

9. En otro sermón de la Encarnación, comenzó de esta manera:

—A la salud de ustedes, caballeros.

Y como todo el auditorio se riese a carcajada tendida, porque lo dijo con chulada, él prosiguió diciendo:

—No hay que reírse, porque a la salud de ustedes, de la mía y de todos, bajó del cielo Jesucristo y encarnó en las entrañas de María. Es artículo de fe: Pruébolo: *Propter nos homines et propter nostram salutem, descendit de coelis et incarnatus est.*

Al oír esto, quedaron todos como suspensos y embobados, mirándose los unos a los otros, y escuchándose una especie de murmurio en toda la iglesia, que faltó poco para que parase en pública aclamación.

10. Había en el lugar un zapatero, truhán de profesión y eterno decidor, a quien llamaban en el pueblo *el azote de los predicadores,* porque en materia de sermones su voto era el decisivo. En diciendo del predicador: «¡Gran pájaro! ¡Pájaro de cuenta!», bien podía el padre desbarrar a tiros largos; porque tendría seguros los más principales sermones de la villa, incluso el de la fiesta de los Pastores y el de San Roque, en que había novillos y un toro de muerte. Pero si el zapatero torcía el hocico y, al acabar

26. *ebionista*: por ebionita, hereje de los primeros siglos de la era cristiana, que sostenía ser Cristo hijo de José y María, habiendo sido adoptado por Dios. *marcionista*: de la secta de Marción, de Asia Menor, que vivió en el siglo II. Mantuvo que existían dos espíritus, uno bueno y otro malo, habiendo sido este último el creador del mundo. *arriano*: seguidor de Arrio, según el cual el Verbo no es consustancial al Padre. *maniqueo*: seguidor de Maniqueo o Manes, que admitía dos principios creadores, uno para el bien y otro para el mal. *sociniano*: seguidor de Socino, que negaba la Trinidad y la divinidad de Cristo.

el sermón, decía: «¡Polluelo! ¡Cachorrillo! Iráse haciendo», más que el predicador fuese el mismísimo Vieira en su mesma mesmedad, no tenía que esperar volver a predicar en el lugar, ni aun el sermón de San Sebastián, que sólo valía una rosca, una azumbre de hipocrás y dos cuartas de cerilla.[27] Este, pues, formidable censor de los sermones estaba tan pagado de los del padre fray Blas (que ésta era la gracia del padre predicador mayor), que no encontraba voces para ponderarlos. Llamábale *pájaro de pájaros, el non prus hurta de los púlpitos,* y, en fin, *el orador por Antonio Mesía,* queriendo decir *el orador por antonomasia.* Y como el tal zapatero llevaba en el lugar, y aun en todo aquel contorno, la voz de los sermones, no se puede ponderar lo mucho que acreditó con sus elogios a fray Blas, y la gran parte que tuvo en que se hiciese incurable su locura, vanidad y bobería.[28]

11. Compadecido igualmente de la sandez del predicador, que de la perjudicial simpleza del zapatero, un padre grave, religioso, docto y de gran juicio, que después de haber sido provincial de la orden, se había retirado a aquel convento, emprendió curar a los dos, si podía conseguirlo. Y como el día después del famoso sermón de la Anunciación le fuese a calzar el zapatero (porque era el maestro de la comunidad), y éste, con su acostumbrada bachillería, comenzase a ponderar el sermón del día antecedente, pareciéndole también que en aquello lisonjeaba al reverendísimo por ser fraile de su orden, el buen padre ex provincial quiso aprovechar aquella ocasión; y sacando la caja, dio un polvo a Martín (que éste era el nombre del zapatero), hízole sentar junto a sí, y encarándose con él, le dijo con grandísima bondad:

12. —Ven acá, Martín; ¿qué entiendes tú de sermones? ¿Para qué hablas de lo que no entiendes, ni eres

27. *hipocrás*: bebida a base de vino, canela y azúcar. *cerilla*: candela o vela muy delgada y larga, que sólo tiene mezclados con cera los pocos hilos del pabilo *(DA).*

28. Recuérdese que algo parecido sucedería en el teatro con aquel otro maestro de herrero llamado Tusa, de quien dependía en gran parte el éxito de las representaciones madrileñas.

capaz de entender? Si no sabes escribir, ni apenas sabes deletrear, ¿cómo has de saber quién predica mal ni bien? Dime, si yo te dijera a ti que no sabías cortar, coser, desvirar ni estaquillar, y que todo esto lo hacía mejor fulano o citano, de tu misma profesión, ¿no dirías con razón: «Padre, déjelo, que no lo entiende. Métase allá con sus libros, y déjenos a los maestros de obra prima con nuestra tijera, con nuestra lesna, y con nuestro trinchete?» Esto, siendo así que saber cuál zapato está bien o mal cosido, bien o mal cortado, es cosa que puede conocer cualquiera que no sea ciego. Pues si un maestro y un predicador harían mal en censurar, y mucho peor en dar reglas de cortar ni de coser, a un zapatero, ¿será tolerable que un zapatero se meta en dar reglas de predicar a los predicadores y en censurar sus sermones? Mira, Martín, lo más más que tú puedes conocer y en que puedes dar tu voto, es en si un predicador es alto o bajo, derecho o corcovado, cura o fraile, gordo o flaco, de voz gruesa o delgada, si manotea mucho o poco, y si tiene miedo o no le tiene; porque para esto no es menester más que tener ojos y oídos; pero en saliendo de aquí, no sólo te expones a decir mil disparates, sino a elogiar cien herejías.

13. —Vítor, padre reverendísimo —dijo el truhán del zapatero—. ¿Y por qué no acaba su reverendísima con *gracia* y *gloria,* para que el sermoncillo tenga su debido y legítimo final? Según eso, ¿tendrá vuestra reverendísima por herejía aquella gallarda entradilla con que el padre predicador mayor dio principio al sermón de la Santísima Trinidad: «Niego que Dios sea uno en esencia y trino en persona»?

—Y de las más escandalosas que se pueden oír en un púlpito católico —respondió el grave y docto religioso.

—Pero si dentro de poco —replicó Martín— añadió el padre fray Blas que no lo negaba él, sino el ebanista, el marconista, el marrano, el macabeo y el sucio enano, o una cosa así, y sabemos que todos éstos fueron unos perros herejes; ¿qué herejía de mis pecados dijo el buen padre predicador, sino puramente referir la que estos turcos y moros dijeron?

Sonrióse el reverendo ex provincial, y sin mudar de tono le replicó blandamente:

—Dígame, Martín, si uno echa un *voto a Cristo* redondo, y de allí a un rato añade *valillo*,[29] ¿dejará de haber echado un juramento?

—Claro es que no —respondió el zapatero—, porque así lo he oído cien veces a los teatinos, cuando vienen a misionarnos el alma. Y a fe que en esto tienen razón, porque el valillo que se sigue después ya viene tarde; y es así, a la manera, que digamos, de aquello que dice el refrán: «Romperle la cabeza, y después lavarle los cascos.»

—Pues a la letra sucede lo mismo en esa proposición escandalosa y otras semejantes que profieren muchos predicadores de mollera por cocer —repuso el buen padre—. La herejía o el disparate sale rotundo, y en todo caso descalabran con él al auditorio, y eso es lo que ellos pretenden, teniéndolo por gracia. Después entran las hilas, los parchecitos y las vendas para curarle. De manera que todo el chiste se reduce a echar por delante una proposición que escandalice, y cuanto sea más disonante, mejor; después se la da una explicación con la cual viene a quedar una grandísima friolera. ¿No te parece, Martín, que aun cuando así se salve la herejía, a lo menos no se puede salvar la insensatez y la locura?

14. —No entiendo de tulogías —respondió el zapatero—. Lo que sé es que por lo que toca a la entradilla del sermón de ayer: «A la salud de ustedes, caballeros», ni vuestra reverendísima ni todo el Concilio Trementino me harán creer que allí hubo herejía, porque la probó claramente con el Credo: *proter nostra salute descendit de coelos,* y que a todos nos dejó aturdidos.

—Es cierto —replicó el reverendísimo— que en eso no hubo herejía. Pero, ¿no me dirá, Martín, en qué estuvo el chiste o la agudeza que tanto los aturdió?

—¡Pues qué! —respondió el maestro de obra prima—. ¿No es la mayor agudeza del mundo comenzar un sermón como quien va a echar un brindis; y cuando todo el

29. *valillo*: vale lo mismo que «quise decir». Se refiere a que después de «echar un voto» se desdice.

auditorio se rió, juzgando que iba a sacar un jarro de vino para convidarnos, echarnos a todos un jarro de agua con un texto que vino que ni pintado?

—Oigase, Martín —le dijo con sosiego el reverendísimo—, cuando en una taberna comienza un borracho a predicar, ¿qué se suele decir de él?

—A ésos —respondió Martín— nosotros los cofrades de la cuba los llamamos los borrachos desahuciados; porque sabida cosa es que borrachera que entra por la mística o a la apostólica, es incurable.

—Pues venga acá, buen hombre —replicó el ex provincial—, si la mayor borrachera de un borracho es hablar en la taberna como hablan en el púlpito los predicadores, ¿será gracia, chiste y agudeza de un predicador usar en el púlpito las frases que usan en la taberna los borrachos? ¡Y a estos predicadores alaba Martín! ¡A éstos aplaude! Vaya, que tiene poca razón.

—Padre maestro —respondió convencido y despechado el zapatero—, yo no he estudiado lógica; lo que digo es que lo que me suena, me suena. Vuestra paternidad es de esa opinión, y otros son de otra; y son de la misma lana, y en verdad que no son ranas. El mundo está lleno de envidia, y los claustros no están muy vacíos de ella. Viva mi padre fray Blas, y vuestra paternidad déme su licencia, que me voy a calzar al padre refitolero.

15. No bien había salido Martín de la celda del padre ex provincial, cuando entró en ella fray Blas a despedirse de su reverendísima, porque el día siguiente tenía que ir a una villa que distaba cuatro leguas, a predicar la colocación de un retablo. Como estaban frescas las especies del zapatero, y el buen reverendísimo —ya por la honra de la religión, ya por la estimación del mismo padre predicador, a quien realmente quería bien y sentía ver malogradas unas prendas que, manejadas con juicio, podían ser muy apreciables —deseaba lograr coyuntura de desengañarle, y pareciéndole que era muy oportuna la presente, le dijo luego que le vio:

—Padre predicador, siento que no hubiese llegado usted un poco antes, para que oyese una conversación en que

estaba con Martín el zapatero; y él me la cortó cuando yo deseaba proseguirla.

—Apuesto —respondió fray Blas— que era acerca de sermones, porque no habla de otras cosas; y en verdad que tiene voto.

—Podrále tener —replicó el ex provincial— en saber dónde aprieta el zapato; pero en saber dónde aprieta el sermón, no sé por qué ha de tenerle.

—Porque para saber quien predica bien o mal —respondió fray Blas—, no es menester más que tener ojos y oídos.

—Pues de esa manera —replicó el ex provincial—, todos los que no sean ciegos ni sordos tendrán tanto voto como el zapatero.

—Es que hay algunos —respondió el padre fray Blas— que, sin ser sordos ni ciegos, no tienen tan buenos ojos ni tan buenos oídos como otros.

—Eso es decir —replicó el ex provincial— que para calificar un sermón no es menester más que ver cómo lo acciona, y oír cómo lo siente el predicador.

—No, padre nuestro, no es menester más.

—Conque, según eso —arguyó el ex provincial—, para ser buen predicador no es menester más que ser buen representante.

—*Concedo consequentiam* —dijo fray Blas muy satisfecho.

16. —¿Y es posible que tenga aliento para proferir semejante proposición un orador cristiano, y un hijo de mi padre San N., que viste su santo hábito? Ora bien, padre predicador mayor, ¿cuál es el fin que se debe proponer en todos sus sermones un cristiano orador?

—Padre nuestro —respondió fray Blas, no sin algún desenfado—, el fin que debe tener todo orador cristiano, y no cristiano, es agradar al auditorio, dar gusto a todos y caerles en gracia: a los doctos, por la abundancia de la doctrina, por la multitud de las citas, por la variedad y por lo selecto de la erudición; a los discretos, por las agudezas, por los chistes y por los equívocos; a los cultos, por el estilo pomposo, elevado, altisonante y de rumbo; a los vulgares, por la popularidad, por los refranes y por los cuentecillos encajados con oportunidad y dichos con

gracia; y en fin, a todos, por la presencia, por el despejo, por la voz y por las acciones.[30] Yo, a lo menos, en mis sermones no tengo otro fin, ni para conseguirle me va mal, porque nunca falta en mi celda un polvo de buen tabaco, una jícara de chocolate; hay un par de mudas de ropa blanca; está bien proveída la frasquera; y finalmente, no faltan en la naveta [31] cuatro doblones para una necesidad. Y nunca salgo a predicar que no traiga cien misas para el convento, y otras tantas para repartirlas entre cuatro amigos. No hay sermón de rumbo en todo el contorno que no se me encargue, y mañana voy a predicar a la colocación del retablo de..., cuyo mayordomo me dijo que la limosna del sermón era un doblón de a ocho.

17. Apenas pudo contener las lágrimas el religioso y docto ex provincial, cuando oyó un discurso tan necio, tan aturdido y tan impío en la boca de aquel pobre fraile, más lleno de presunción y de ignorancia que de verdadera sabiduría; y compadecido de verle tan engañado, encendido en un santo celo de la gloria de Dios, de la honra de la religión y del bien de las almas, en las cuales podía hacer gran fruto aquel alucinado religioso, si empleara mejor sus naturales talentos, quiso ver si podía convencerle y desengañarle. Levantóse de la silla en que estaba sentado, cerró la puerta de la celda, echó la aldabilla por adentro, para que ninguno los interrumpiese, tomó de la mano al predicador mayor, metióle en el estudio, hízole sentar, y sentándose él mismo junto a él, con aquella autoridad que le daban sus canas, su venerable ancianidad, su doctrina, su virtud, sus empleos, su crédito y su estimación en la orden, le habló de esta manera:

30. Compárense estas palabras con las de Lope en el *Arte nuevo* cuando habla del objetivo que debía perseguir el dramaturgo.

31. *frasquera*: caja con distintos compartimentos para transportar frascos. Aquí seguramente se refiere a alacena donde guarda bebidas. *naveta* por gaveta.

CAPÍTULO III

DEL GRAVE Y DOCTO RAZONAMIENTO QUE UN PADRE EX PROVINCIAL DE LA ORDEN HIZO AL PREDICADOR MAYOR DE LA CASA DONDE ESTUDIABA LAS ARTES NUESTRO FRAY GERUNDIO

—ATURDIDO estoy, padre fray Blas, de lo que acabo de oírle, tanto, que aun ahora mismo estoy dudando si me engañan mis oídos, o si sueño lo que oigo. Bien temía yo, al oírle predicar y al observar cuidadosamente todos sus movimientos antes del púlpito, en el púlpito y después del púlpito, que en sus sermones no se proponía otro fin que el de la vanidad, el del aplauso y del interés. Pero este temor no pasaba de ofrecimiento, y ni aun se atrevía a ser sospecha, porque no se fuese arrimando a juicio temerario. Mas ya veo, por lo que acabo de oírle, que me propasé de piadoso.

2. «¡Conque el fin de un orador cristiano, y no cristiano, es agradar al auditorio, captar aplausos, granjear crédito, hacer bolsillo y solicitar sus convenenzuelas! A vista de esto, ya no me admiro de que el padre predicador se disponga para subir al púlpito, como se dispone un comediante para salir al teatro: muy rasurado, muy afeitado, muy copetudo, el mejor hábito, la capa de lustre, la saya plegada, zapatos nuevos ajustados y curiosos, pañuelos de color sobresaliente, otro blanco, cumplido y de tela muy delgada, menos para limpiar el sudor que para hacer ostentación de lo que debiera correrse un religioso que profesa modestia, pobreza y humildad. Un predicador apostólico que subiese a la cátedra del Espíritu Santo con el único fin de enamorar a los oyentes de la virtud, y moverlos eficazmente a un santo aborrecimiento del pecado, se avergonzaría de esos afectados adornos, tan impropios de su estado como de su ministerio. Pero quien sube a profanarla con fines tan indecentes, y aun estoy por decir tan sacrílegos, ni puede ni debe usar otros medios. No quiero decir que el desaliño cuidadoso sea loable en un

predicador; sólo pretendo que la afectada curiosidad en el vestido o en el traje es la cosa más risible; y no hay hombre de juicio que no tenga por loco al religioso que pone más cuidado en componer el hábito que en componer el sermón, pareciéndole que el afeite de la persona puede suplir la tosca grosería del papel. En una palabra, padre mío, el que se adorna de esa manera para predicar, bien da a entender que no va a ganar almas para Dios, sino a conquistar corazones para sí. No sube a predicar, sino galantear; tiene más de orate que verdadero orador.

3. »El fin de éste, sea sagrado, sea profano, siempre debe ser convencer al entendimiento y mover a la voluntad, ya sea a abrazar alguna verdad de la religión, si el orador es sagrado, ya a tomar alguna determinación honesta y justa, si fuere profano el orador. No habrá leído ni leerá jamás el padre predicador que un orador profano, por profano que fuese, se hubiese jamás propuesto otro fin. Éste es el único que se propusieron en sus oraciones Demóstenes, Cicerón y Quintiliano, dirigiéndose todas a algún fin honesto y laudable: unas a conservar a la república, otras a encender los ánimos contra la tiranía; éstas a defender a la inocencia, aquéllas a reprimir la injusticia; muchas a implorar la misericordia, no pocas a excitar toda la severidad de las leyes contra los atrevimientos de la insolencia. Si se hubiera olido que algunos de aquellos famosos oradores no tenían otro fin en sus declamaciones que hacerse oír con gusto, captar el aura popular, ostentar el aseo o la majestad del vestido, el aire de la persona, el garbo de las acciones, lo sonoro de la voz, lo bien sentido de los afectos, la pomposa hojarasca de las palabras y la agudeza o falsa brillantez de los pensamientos; si se hubiera llegado a entender que sus arengas no se dirigían a otro fin que a solicitar aplausos, a conquistar corazones y a ganar dinero, hubieran sido el objeto de la risa, del desprecio y aun de la indignación de todos. Y si algunos concurriesen a oírlos, no sería ciertamente para dejarse persuadir de ellos como de oradores, sino para divertirse con ellos como se divertían con los histriones, con los pantomimos y con los charlatanes. Porque, en suma, mi padre predicador, el orador no es más que un hombre dedicado

por su ministerio a instruir a los otros hombres, haciéndolos mejores de lo que son. Y dígame: ¿los hará mejores de lo que son el que, desde que se presenta en el púlpito, se muestra tan dominado de las pasioncillas humanas como el que más? ¿Hará humilde al vano y al soberbio el que en todas sus acciones y movimientos está respirando presunción y vanidad? ¿Corregirá la profanidad de los adornos y el desordenado artificio de los afeites el que, dentro de los términos a que puede extenderse su estado y su profesión, sube al púlpito de gala? ¿Enmendará los desórdenes de la codicia el que se sabe que hace tráfico de su ministerio, que predica por interés, y que revuelve al mundo para que le encarguen los sermones que más valen? Finalmente, ¿a quién persuadirá que a solo Dios debemos agradar, el que confiesa que en sus sermones no tiene otro fin que el agradar a los hombres?

4. »¿No me dirá el padre predicador si los Apóstoles se propusieron este bastardo fin en los sermones con que doce hombres rústicos, groseros y desaliñados convirtieron a todo el mundo? Dirá que Dios hacía la costa. ¿Y quién le ha dicho que no lo haría también ahora si se predicara con el espíritu con que predicaron los Apóstoles? Replicará que aquéllos eran otros tiempos, y que los nuestros son muy diferentes que aquéllos. ¿Qué quiere decir en eso, padre mío? Si quiere decir que los Apóstoles predicaron a una gente idiota, bárbara, inculta, ignorante, que se convencía de cualquier cosa, y en cualquiera manera que se la propusiesen, acreditará que está más versado en leer libros de conceptillos que llaman predicables, y yo llamo intolerables y contentibles,[32] que en la historia eclesiástica y profana. ¿Sabe que nunca estuvo el mundo más cultivado que cuando Dios envió sus Apóstoles a él? ¿Ignora que aún duraban y duraron por algún tiempo las preciosas reliquias del dorado siglo de Augusto, dentro del cual nació Cristo, y en el cual florecieron más que en otro alguno todas las artes y ciencias, especialmente la oratoria, la poesía, la filosofía y la historia? Nuestro siglo presume, con razón o sin ella, de más cultivo que otro

32. *contentibles*: despreciables, sin estimación.

alguno; y no se puede negar que en algunas determinadas facultades y artes se han hecho descubrimientos que ignoraron los que le precedieron. Con todo eso, en aquellas que cultivaron los antiguos, no se ha decidido hasta ahora entre los críticos la famosa cuestión sobre la preferencia de éstos a los modernos; y sepa el padre predicador que, aunque las razones que se alegan por unos y por otros son de mucho peso, pero el número de votos que están por los primeros hace incomparables excesos al que cuentan los segundos. Vea ahora si eran ignorantes, bárbaros e incultos aquellos a quienes predicaron y convirtieron los Apóstoles, cuando se disputa con grandes fundamentos si nos excedieron en comprehensión, en ingenio, en buen gusto y en cultura.

5. »Repondrá que aun por eso mismo los Apóstoles no convertían más que a la gente popular, idiota y del vulgacho. Otra alucinación que nace del mismo principio. ¿No me hará merced el padre predicador de decirme si era idiota, popular y del vulgacho Cornelio el Centurión? ¿Si el eunuco de la reina Cándace era también del vulgacho y popular? ¿Si era idiota San Dionisio Areopagita? ¿Si era un pobre ignorante San Justino Mártir? ¿Si San Clemente Alejandrino fue idiota? ¿Si era popular y del vulgacho San Lino y sus padres Herculano y Claudia, ambos de las familias más ilustres de Toscana? ¿Si tantos reyes, tantos príncipes y tantos magistrados como convirtieron los Apóstoles en sus respectivas provincias eran del vulgacho y populares? Un predicador que siquiera se tomase el corto y necesario trabajo de leer las vidas de los santos de quienes predica, no incurriría en semejante pobreza. Pero, ¿cómo no ha de incurrir en esta y en más crasas ignorancias, cuando muchas veces quien tiene menos noticia del santo a que se predica es el mismo predicador, haciendo vanidad de tomar asuntos tan abstraídos que un mismo sermón se puede predicar a San Liborio, a San Roque, a San Cosme y a San Damián, a la Virgen de las Angustias, y en caso necesario, a las benditas ánimas del purgatorio?

6. »Pero si acaso quiere decir el padre predicador que aquellos primeros tiempos de la Iglesia, aunque no eran

menos instruidos, eran menos estragados que los nuestros, y consiguientemente no era tan dificultoso reducirlos a la verdad del Evangelio con razones claras, naturales, desnudas y sencillas, dirá otra necedad que en conciencia no se le puede perdonar. ¿Conque eran menos estragados que los nuestros unos tiempos en que los vicios eran adorados como virtudes, y las virtudes aborrecidas como vicios? ¿Unos tiempos en que la incontinencia recibía inciensos en Citerea, la embriaguez adoraciones en Baco, el latrocinio sacrificios en Mercurio? ¿Unos tiempos en que se adoraba a Júpiter estrupador,[33] a Venus incestuosa, a Hércules usurpador y a Caco ratero? ¿Unos tiempos en que la vanidad se llamaba grandeza de corazón, el orgullo elevación de espíritu, la soberbia magnanimidad, la usurpación heroísmo; y al contrario, la modestia, el encogimiento, la moderación y el retiro se trataban como bajeza de ánimo, como apocamiento no sólo inútil, sino pernicioso a la sociedad?

7. »Mas no quiero estrecharle tanto, no quiero hacer cotejo de nuestro siglo con el primer siglo de la Iglesia; conténtome con hacer la comparación entre nuestros tiempos y aquellos en que florecieron los Paduas, los Ferreres, los Tomases de Villanueva.[34] Dígame: ¿hay mucha diferencia entre nuestras constumbres y las de aquellos tiempos? Si sabe algo de historia, precisamente responderá que si hay alguna diversidad, es en los trajes, en las modas, en la mayor perfección de las lenguas y en algunos usos puramente accidentales y exteriores; que en lo demás, reinaban entonces como ahora las mismas costumbres, las mismas pasiones, las mismas inclinaciones, los mismos vicios, los mismos desórdenes, sólo que éstos eran más frecuentes, más públicos y más escandalosos en aquellos tiempos que en éstos. Con todo eso, ¿qué conversiones tan portentosas y tan innumerables no hicieron aquellos santos en los suyos? ¿Qué séquito no tenían siempre que

33. *estrupador* por estuprador.

34. San Antonio de Padua, San Vicente Ferrer, Santo Tomás de Villanueva. Este último considerado como uno de los creadores de la ascética y mística españolas.

predicaban, despoblándose las ciudades y aun las provincias enteras por oírlos? ¿Y se predicaban a sí mismos? ¿No se proponían otro fin en sus sermones que el de captar aplausos, granjear admiraciones, ganar dinero y meter ruido en el mundo? Metíanle, y grande; pero ¿era esto lo que ellos intentaban? ¿Y conseguíanlo por unos medios tan impropios, tan indecentes, tan indignos, y aun estoy por decir tan sacrílegos?

8. »Paréceme que estoy ya oyendo lo que me dirá interiormente el padre predicador: «Lo que veo es que yo lo consigo por los que uso; que también meto ruido, que me siguen, que me aplauden y que me admiran.» ¡Lindamente! Y de ahí ¿qué se infiere? ¿Que predica bien? ¿Que sabe siquiera lo que se predica? ¡Oh, qué mala consecuencia! Mete ruido; también le mete una farsa cuando entra en un lugar. Síguenle; también se sigue a un charlatán, a un truhán, a un titiritero, a un arlequín cuando hacen sus habilidades en un pueblo. Apláudenle; pero ¿quiénes? Los que oyen como oráculo a un infeliz zapatero, y los que celebran a un predicador como pudieran a un representante. Admíranse al oírle; pero ¿de qué? Los necios y los aturdidos, de su osadía y de sus gesticulaciones; los cuerdos y los inteligentes, de su satisfacción y de su falta de juicio.

9. »Ora bien, padre predicador: ¿quien le ha dicho que los aplausos y las admiraciones de la muchedumbre son hijas de los aciertos? Frecuentísimamente, por no decir las más veces, son hijas de la ignorancia. El vulgo, por lo común, aplaude lo que no entiende; y sepa que en todas las clases de la república hay mucho vulgo. Ya habrá leído u oído lo de aquel famoso orador que, arengando en presencia de todo el pueblo, y oyendo hacia la mitad de la oración una especie de alegre murmurio de la multitud que le sonó a aclamación, se volvió a un amigo suyo que estaba cerca, y le preguntó sobresaltado: «¿He dicho algún disparate? Porque este aplauso popular no puede nacer de otro principio.» Aun el mismo Cicerón, que no escupía los aplausos, desconfiaba de ellos si eran muy frecuentes, pareciéndole que no siendo posible merecerlos siempre, necesariamente había de tener en ellos mucha

parte la adulación o la ignorancia. «No gusto oír muchas veces en mis oraciones: ¡Qué cosa tan buena! ¡No se puede decir mejor!» *Belle et praeclare nimium, saepe, nolo.*

10. »Aún más equívocas son las admiraciones que los elogios: éstos nunca debieran dirigirse sino a lo bueno y a lo sólido; aquéllas pueden, sin salir de su esfera, limitarse precisamente a lo singular y a lo nuevo, porque la admiración no tiene por objeto lo bueno, sino lo raro. Y así dice discretamente un jesuita francés, muy al caso en que nos hallamos, que «puede suceder, y sucede con frecuencia, una especie de paradoja en los semones; ésta es que el auditorio tiene razón para admirar ciertos trozos del discurso que se oponen al juicio y a la razón, y de aquí nace que muy frecuentemente se condena poco después lo mismo que a primera vista se había admirado». ¿Cuántas veces lo pudo haber notado el padre predicador? Están los oyentes escuchando un sermón con la boca abierta, embelesados con la presencia del predicador, con el garbo de las acciones, con lo sonoro de la voz, con la que llaman elevación del estilo, con el cortadillo de las cláusulas, con la viveza de las expresiones, con lo bien sentido de los afectos, con la agudeza de los reparos, con el aparente desenredo de las soluciones, con la falsa brillantez de los pensamientos. Mientras dura el sermón, no se atreven a escupir, ni aun apenas a respirar, por no perder ni una sílaba. Acabada la oración, todo es cabezadas, todo murmurios, todo gestos y señas de admiraciones. Al salir de la iglesia, todo es corrillos, todo pelotones, y en ellos todo elogios, todo encarecimientos, todo asombros. ¡Hombre como éste! ¡Pico más bello! ¡Ingenio más agudo!

11. »Pero, ¿qué sucede? Algunos hombres inteligentes, maduros, de buena crítica y de juicio, que oyeron el sermón y no se dejaron deslumbrar, no pudiendo sufrir que se aplauda lo que debiera abominarse, sueltan ya esta, ya aquella especie contra todas las partes de que se compuso el sermón, y hacen ver con evidencia que todo él fue un tejido de impropiedades, de ignorancias, de sandeces, de pobrezas y, cuando menos, de futilidades. Demuestran con toda claridad que el estilo no era elevado, sino

hinchado, campanudo, ventoso y de pura hojarasca; que las cláusulas cortadas y cadenciosas son tan contrarias a la buena prosa como las llenas y las numerosas, pero sin determinada medida, lo son al buen verso; que este género de estilo causa risa o, por mejor decir, asco a los que saben hablar y escribir; que las expresiones que se llaman vivas no eran sino de ruido y de boato; que aquel modo de sentir y de expresar los afectos, más era cómico y teatral que oratorio, loable en las tablas, pero insufrible en el púlpito; que los reparos eran voluntarios, su agudeza una fruslería, y la solución de ellos tan arbitraria como fútil; que los pensamientos se reducían a unos dichicos de conversación juvenil, a unos retruécanos o juguete de palabras, a unos conceptos poéticos, sin meollo ni jugo, y sin solidez; que en todo el sermón no se descubrió ni pizca de sal oratoria, pues no había en él ni asomo de un discurso metódico y seguido, nada de enlace, nada de conexión, nada de raciocinio, nada de moción: en fin, una escoba desatada, conceptillos esparcidos por aquí y por allí, y acabóse. Conque, todo bien considerado, no había que aplaudir ni que admirar en nuestro predicador, sino su voz, su manoteo, su presunción y su reverendísimo coranvobis.[35] Los que oyen discurrir así a estos hombres perspicaces, penetrativos y bien actuados en la materia, vuelven de su alucinación, conocen su engaño, y el predicador que por la mañana era admirado, ya por la tarde es tenido por pieza; los compasivos le miran con lástima, y los duros con desprecio.

12. »No quiero más prueba de esta verdad que los sermones mismos del padre predicador. ¡Cuánto se celebró y cuánto se admiró aquella famosa entradilla del sermón de la Santísima Trinidad: «Niego que Dios sea uno en esencia y trino en personas»! ¡Cuánto se admiró y cuánto se ponderó la otra del sermón de la Anunciación: «A la salud de ustedes, caballeros»! ¿Qué elogios no se

35. *coramvobis*: equivale a presencia buena y grave; y así, del que es bien hecho y de buen talle, disposición y persona, o que afecta gravedad y compostura en ella, se dice que tiene gran coramvobis *(DA)*.

oyeron de una y otra al acabarse las funciones? Pero, ¿cuánto duraron estas admiraciones y estos aplausos? El tiempo que tardó un hombre celoso, caritativo y prudente en abrir los ojos a los oyentes, para que conociesen que la primera proposición había sido una grandísima herejía, y la segunda una grandísima borrachera. Y cuando menos, añadida la explicación de la una y de la otra, ambas habían quedado en dos grandes insulseces. Porque la primera se redujo a decir que muchos herejes habían negado el misterio de la Santísima Trinidad. ¡Miren qué noticia tan exquisita! Y la segunda, estrujada su sustancia, no vino a decir más que Cristo o el Verbo divino había encarnado por la salud de los hombres. ¡Miren qué pensamiento tan delicado! Luego que sus oyentes cayeron en la cuenta, quedaron corridos de lo mismo que habían admirado poco antes; y sé muy bien que en las mismas tardes de la Trinidad y de la Anunciación se lo dieron a entender al padre predicador, si él hubiera querido percibirlo. Porque yendo a visitar a sus penitentes, como lo acostumbra los días que predica, para recoger los aplausos de los estrados, cierta señorita le dijo el día de la Trinidad: «¡Jesús, padre predicador! Dios se lo perdone a vuestra merced el susto que me dio con el principio de su sermón; porque cierto temí que el comisario del Santo Oficio le mandase callar, y que desde el púlpito le llevase a la Inquisición.» Y también sé que otra le dijo la tarde de la Anunciación: «Cuando vuestra merced comenzó el sermón esta mañana, creí que estaba dormida, y que soñaba que en lugar de llevarme a la iglesia, me habían llevado a la taberna.» Ambas fueron dos pullas muy delicadas y bien merecidas; pero como el padre predicador todo lo convierte en sustancias, túvolas por chiste, y le entraron en provecho.

13. »Éstos son, padre mío, los aplausos que logra aun de aquellas personas que no tienen más luces que las de un sindéresis natural bien puesto: burlarse de él y estimarle en lo que vale. Las que están más cultivadas, las que tienen alguna tintura del buen gusto, y sobre todo aquellas que no miran con indiferencia un ministerio tan serio y tan sagrado de la religión, no le puedo ponderar

el dolor que las causa verle tan profanado en su boca, y la compasión con que miran tan infelizmente malogrados unos talentos que, si los manejara como debe, serían utilísimos para el bien de las almas, para la gloria de Dios, para mucha honra de nuestra sagrada orden y para más sólida y más verdadera estimación del padre predicador. No puede dudar éste la especial inclinación que siempre le he manifestado, desde que fue mi novicio; las pesadumbres de que le libré, cuando fui prelado suyo; la estimación que hice de sus prendas, siendo su provincial, pues yo fui quien le colocó en el candelero, encargándole uno de los púlpitos más apetecidos de la provincia. Ya se acordará de la carta paternal que con esta ocasión le escribí, recomendándole mucho que desempeñase mi confianza; que no diese ocasión para que me insultasen los que censuraron esta elección, sin duda porque le conocían mejor que yo; que predicase a Jesucristo crucificado, y no se predicase a sí mismo; o, a lo menos, que predicase con juicio y con piedad, ya que no tuviese espíritu para hacerlo con celo y con fervor. Protéstole [36] que uno de los mayores remordimientos que tengo de los muchos desaciertos que cometí en mi provincialato (aunque pongo a Dios por testigo que todos con buena intención), es el de haber hecho predicador al padre fray Blas, fiando la conversión de las almas a quien en nada menos piensa que en convertirlas, y a quien muestra tener la suya no poco necesitada de conversión. Díle a conocer en el mundo, cuando estaría mejor en el retiro del claustro y en la soledad del coro. Púsele en ocasión de que los aplausos de los necios le engreyesen, y la vanidad le precipitase. Conózcolo, llórolo, pero ya no lo puedo remediar; pues veo, con imponderable dolor mío, que aun dentro de la religión no faltan fomentadores de su vanidad, elogiadores y panegiristas de sus locuras: unos porque no alcanzan más, otros por adulación, algunos pocos por interés, la mayor parte porque se deja llevar de la corriente y no tiene más regla que el grito de la muchedumbre.

36. *protéstote*, de protestar: «vale también asegurar con ahínco y eficacia» *(DA)*.

14. »Entre estos últimos cuento a esa pobre juventud compuesta de colegiales, filósofos y teólogos, que se cría en este convento, y a quien es indecible el daño que hace con su mal ejemplo el padre predicador. Venle aplaudido, celebrado, buscado, regalado y sobrado de religiosas conveniencias; oyen el mismo padre predicador hacer ostentación pueril de ellas, alabarse de lo mucho que le fructifica la semilla del *Verbum Dei*, ponderar la utilidad y la estimación de su carrera, haciendo chunga y chacota de la de los lectores y maestros de la orden, a quienes trata de pelones, pobretes, mendigos, pordioseros y camaleones, que se sustentan del aire de los *ergos*, y que tienen las navetas tan vacías de chocolate como los cascos llenos de cuestiones impertinentes. ¿Qué sucede? Que cobran horror al estudio escolástico, tan necesario para la inteligencia de los misterios y de los dogmas, y para no decir de unos y de otros tantos disparates como dice el padre predicador, dedícanse a leer libros de sermonarios inútiles y disparatados, o a trasladar sermones tan ridículos, tan insustanciales y aun tan perniciosos como los del padre fray Blas. Tómanle a él mismo por modelo, remedándole hasta las acciones y los movimientos, sin advertir que los que parecen bien cuando son naturales, se hacen risibles y despreciables en el remedo. Críanse con esta leche, y salen después a ser la diversión del vulgo, la admiración de los piadosos, el descrédito de la orden, y tal vez su azote y su tormento.

15. »Viéndolo estamos todos en ese pobre, simple y atolondrado de fray Gerundio. Su sencillez por una parte, y el padre predicador por otra, ambos concurren a echarle a perder a tiros largos. Aunque no le faltan talentos para que con el tiempo saliese hombre de provecho, viendo estoy que nos ha de sonrojar y que nos ha de dar que padecer. No hay forma de estudiar una conferencia, de dedicarse a entender una cuestión, y mira con horror al estudio escolástico, gastando el tiempo en leer sermones impresos y en trasladar los manuscritos del padre fray Blas. Y esto, ¿por qué? Porque me dicen que no sale de su celda; que tienen en ella letra abierta para desayu-

narse,[37] para merendar y para perder tiempo; que el padre predicador le va imbuyendo en todas sus máximas, hasta pegarle también sus afectos y desafectos, no sólo con perjuicio de su buena educación, sino en grave detrimento de la caridad y de la unión fraternal y religiosa.

16. »Por tanto, padre mío, si al amor de nuestra madre la religión le debe algo; si tiene algún celo por la salvación de las almas que Jesucristo redimió con su preciosa sangre; si su misma estimación sólida y verdadera le merece algún cariño, ruégole, por la misma preciosísima sangre de Jesús, que mude de conducta. Sea más noble, más cristiano y más religioso el fin de sus sermones; y será muy otra su disposición. Predique a Cristo crucificado, y no se predique a sí mismo; y a buen seguro que no pondrá tanto cuidado en el afectado aliño de su persona. No busque otro interés que el de las almas: *Da mihi animas, coetera tolle tibi*;[38] y yo le fío que predicará de otra manera. No solicite aplausos, sino conversiones; y tenga por cierto que no sólo logrará las conversiones que desea, sino los aplausos que no solicita, y éstos de orden muy superior al aura popular y vana que ahora la arrebata tanto. Sobre todo, le encargo, le ruego, le suplico que cuando no haga caso de lo que le digo y se obstine en seguir el errado rumbo que ha comenzado, a lo menos no dogmatice, no haga escuela tan perniciosa, no quiera imitar aquel dragón que con la cola arrastró tras de sí la tercera parte de las estrellas. Estremézcale aquel *Vae!*[39] tan espantoso contra los que escandalizan a los pequeñuelos. Y no trate de vejez, de impertinencia, de prolijidad y de mala condición de los muchos años esta paternal, caritativa y reservada advertencia que le hago; sino mírela como la mayor prueba del verdadero amor que le profeso.

37. *desayunarse*: «en el siglo XVIII el desayuno en las comunidades religiosas no estaba establecido como comida obligatoria. Se toleraba que en particular, en la habitación propia o ajena, se tomara algún refrigerio, generalmente chocolate, bebida que estaba entonces muy de moda, sobre todo entre religiosos» (Fernández Martín, I, 258).
38. *Génesis*, XIV, 21: «Dame almas, toma lo demás para ti.»
39. ¡Ay!

CAPÍTULO IV

DE LA BURLA QUE HIZO EL PREDICADOR MAYOR DEL RAZONAMIENTO DEL EX PROVINCIAL, Y DE LO QUE PASÓ DESPUÉS CON FRAY GERUNDIO

SIN cespitar estuvo oyendo fray Blas el sermón que le espetó el reverendo padre ex provincial, y a pie firme sufrió la carga cerrada que le disparó, con una contenencia tal, que cualquiera se persuadiría que quedaba convencido, persuadido y trocado ya en otro hombre. Porque dice la leyenda de la orden que le oyó con semblante sereno, con los ojos bajos, con las manos debajo del escapulario, con el cuerpo algo inclinado hacia adelante, en postura humilde, aplicando un poco el oído izquierdo como para no perder sílaba, sin estornudar, sin escupir y aun sin sacar la caja ni tomar un polvo de tabaco en todo el tiempo que duró la misión. Ya el buen padre ex provincial se aplaudía interiormente a sí mismo de aquella feliz conquista; ya tenía por mil veces dichosa la hora en que se había determinado a hablarle con tanta resolución y claridad; ya estaba para echarle los brazos al cuello, dándole mil parabienes que finalmente hubiese abierto los ojos a la luz de la razón, cuando vio que el bueno del predicador levantó los suyos, le miró con serenidad, sacó las manos debajo del escapulario, reclinó el codo derecho sobre el brazo de la silla, refregóse la barba, echó después mano a la manga, sacó la caja, dio dos golpecitos pausados sobre la tapa, abrióla, tomó un polvo, y encarando al ex provincial, le dijo reposado:

—¿Acabó ya vuestra paternidad?

—Sí, ya acabé.

—Pues, padre nuestro, óigame vuestra paternidad este cuento.

2. «Asistía un loco al sermón del Juicio universal, que se predicaba en cierta misión. Estuvo verdaderamente fervoroso y apostólico el celoso misionero, y dejó tan aturdido al auditorio, que, aun después de acabado el sermón,

por un rato ninguno se rebullía. Aprovechóse el loco de aquel compungido silencio, y levantando la voz descompasadamente, dijo: «Señores, todo eso que nos acaba de predicar el padre misionero de juicio, juicio y juicio, sin duda que debe ser así. Pero *nondum venit hora mea*,[40] y yo llevo la contraria con el doctísimo Barradas.» Vea vuestra paternidad si manda algo para Cevico de la Torre, porque yo parto mañana.

Y sin esperar a más razones, se levantó, tomó la puerta y se fue a su celda.

3. Esperábale en ella su queridito fray Gerundio, que además de ser un eterno admirador de las locuras y de los disparates de fray Blas, cuya sola razón bastaría para que éste le estimase mucho, era, fuera de eso, un frailecito rollizo, bien agestado, muy compuestico de andadura, de acciones y de movimientos; por lo cual, no sólo se llevaba todos los cariños del padre predicador mayor, sino generalmente los de casi todos los padres graves de la casa, entre los cuales había una especie de celillos y de competencia sobre quién le había de hacer más cocos. Enviábanle desde la mesa traviesa[41] la fruta, los extraordinarios y el platillo,[42] cuando sólo tenían los padres gordos, y no los colegiales. Y aun por lo mismo era entre éstos envidiado, acechado y más que medianamente mordido, para lo que no daba él mismo poco motivo, ya por lo que se engreían con los halagos de los reverendísimos, ya por las mañuelas y artificios de que se valía para tenerlos más engaitados, ya finalmente porque el horror que tenía al estudio escolástico los daba muchas ocasiones de burlarse de él y de sonrojarle, las cuales no las perdían

40. *San Juan*, II, 4: «Todavía no ha llegado mi hora.» *Barradas* ha de ser Sebastián Barradas (1592-1615), jesuita y catedrático en Coimbra. Escribió un *Commentarium in concordiam et historiam evangelicam* (1628). Era muy ardiente como predicador y así se le llamó el «Apóstol de Portugal».

41. *mesa traviesa*: la que está en el testero del refectorio y sala de juntas de las comunidades religiosas. En ella se sientan los superiores *(DRAE)*.

42. *platillo*: extraordinario que comen los religiosos en sus comunidades los días festivos, además de la porción ordinaria *(DRAE)*.

los bellacuelos de los otros colegiales. Pero a fray Gerundio se le daba muy poco de eso, procurando en todo caso cultivar la predilección de los mandones del convento; y entre todos, inclinándose más (aunque con el mayor disimulo posible) al despejo, al garbo y a la discrección del padre predicador mayor.

4. Luego que éste entró en la celda, contó a fray Gerundio cuanto le acababa de pasar *con nuestro padre*. Hízole un resumen del sermón, remedó su voz, imitó su postura, pintó sus gestos, glosó sus palabras y burlóse de todo, tratándole de *carcuezo*,[43] de *fray Zaragüelles*, de *hombre de antaño* y de otros apodos semejantes. Finalmente le dijo:

—Chico, como la misión duró tanto, tengo gana de cierta cosa, y así con tu licencia.

Retiróse a la alcoba, tiró la cortina, hizo lo que tenía que hacer, y acabada esta función, dijo fray Blas a fray Gerundio:

—Ya sabes que mañana voy a Cevico de la Torre a predicar del patriarca San Benito, en su ermita del Otero. Es voto de villa, Pascua de flores, y hay romería, y el sermón es de los de a oncita de oro. Ante todas cosas, tómate esos dulces. —Y llenóle la manga de los que sacó de una naveta—. Cerremos la puerta, porque no venga a inquietarnos algún reverendo muletilla. —Y echó la aldaba—. Siéntate, y oirás uno de los mejores sermones que he compuesto en toda mi vida.

5. «Título y asunto: *Ciencia de la ignorancia, en la sabia ignorancia de la ciencia.*[44]

—Tenga usted, padre predicador —le interrrumpió luego fray Gerundio—. No diga más, que sólo eso me encanta. Esos retruecanillos, ese paloteo de voces y ese triquitraque de palabras con que usted propone casi todos los

43. *carcuezo*: madera con carcoma. También persona decrépita.

44. Gaudeau, *Les precheurs burlesques*, cap. XV, señala que este sermón y el del siguiente párrafo son de Soto Marne, *Florilegio Sacro.* Para la autoría de otros sermones citados en *Fray Gerundio*, vid. el artículo de J. Jurado publicado en *Edad de Oro*, VIII, cit. en la bibliografía.

asuntos de sus sermones, es cosa que me embelesa. *¡Ciencia de la ignorancia, en la sabia ignorancia de la ciencia!* Vaya, que no hay más que decir. A la verdad, yo no entiendo bien lo que quiere significar; pero lo que me suena; y signifique lo que significare, ello es una gran cosa.

—No quiere decir más —replicó el predicador— que lo que dice San Pablo, que «la ciencia de los santos es la verdadera sabiduría, y que la sabiduría de este mundo es verdadera ignorancia y estulticia».

6. —¿Conque eso y no más quiere decir?

—Sí.

—Pero, ¡válgame Dios! ¿Quién lo adivinara? Otro que no fuera vuestra paternidad diría sencillamente: «San Benito supo lo que le convenía saber, e ignoró lo que no importaba ignorar.» Y de esa manera, aunque lo entenderían todos, pero también cualquier gañán sabría decirlo. Mas eso de proponer una cosa tan común con el airecillo especial con que la propone vuestra paternidad, en el mundo hay quien lo haga con tanta gracia. Y si no, dígalo aquel otro asunto del sermón que vuestra paternidad predicó al capítulo dos meses ha, en el día de las elecciones particulares: *Elección de la rectitud, para la rectitud de la elección.* Primero que se me olvide el tal asunto, me he de olvidar yo de cómo me llamo. Pero ya que hablamos de él, ¿no me explicará vuestra paternidad el concepto? Porque, a decir verdad, no le penetré muy bien. A mí lo que me ofreció que querría decir, era que para que la elección fuese recta, era preciso que fuese recta la elección. Mas esto, claro está que no lo querría decir vuestra paternidad, porque sería una verdad de Pero Grullo.

7. —Calla, simplón —le respondió al punto fray Blas—; pues claro está que no quise decir otra cosa; y ahí estuvo el chiste, en decir una perogrullada de manera que parecía una cosa del otro mundo. Si te acordaras del modo tan claro, tan perspicuo, tan brillante con que entablé esa proposición para introducirme en el discurso, verías más claro que el sol de mediodía lo que yo quise decir.

—Como soy cristiano, que ya no me acuerdo —replicó fray Gerundio—, aunque tengo el sermón en la celda; porque el punto le trasladé, como sabe vuestra paternidad.



—Pues yo te lo traeré a la memoria, que bien en ello lo tengo.

8. »Concluida la salutación, que ése fue vino de otra cuba, di principio al sermón con este apóstrofe al Sacramento, que estaba patente: «Amorosamente sabio os ofrecéis (soberano sacramentado Monarca), Maestro y Director de este capítulo.» Nota de paso la oportunidad de llamar presidente del capítulo al Sacramento, y dime si esto se ofrece a cualquiera. Añadía después: «Para la más acertada rectitud de las elecciones, ofrece ese augusto Sacramento vitales luces a los electores prelados. Prueba parentoria y terminante: *Ego sum panis vitae.*» [45] Nota lo de *panis vitae* para las *luces vitales.* Mas por cuanto los electores eran muchos, y cada uno tenía su vida, buena o mala, como Dios sabe (que a nosotros no nos toca indagar vidas ajenas), y el texto sólo hablaba de una vida, *vitae,* era menester uno que hablase de muchas. Halléle a pedir de boca en el siriaco, que lee: *panis vitarum.* Ya tenemos al Sacramento *pan de muchas vidas.* Pero, por cuanto estas vidas podían ser de coristas, de sacristanes, de refitoleros y de otros muchos frailes que no tenían voto en capítulo, y yo había menester precisamente un Sacramento que fuese pan de las vidas de los padres capitulares y electores, aquí estuvo mi felicidad y mi discurso. Halléle, como lo podía desear, en Zacarías, en Tirino, en Menoquio y en Lyra; porque el primero llama al Sacramento *Frumentum Electorum*; el segundo, *Panem Electorum*; el tercero, *Frumentum Electorum*; y el cuarto, *Frumentum Electorum est Corpus Christi consecratum pane frumenti.*

9. —Digo que vuestra paternidad es un demonio, o que tiene familiar —le interrumpió fray Gerundio, sin poderse contener—. ¿Dónde diantres fue a encontrar unos textos tan a pelo, tan al intento y que hablan de *pan de electores* con tanta claridad, que los entenderá el más zafio batueco de los que van a vender miel a la villa de Béjar? Ahora me acuerdo que especialmente cuando oí esos textos en el sermón, me quedé como atorrollado. Es verdad que hablando después acerca de ellos con un padre maes-

45. *San Juan,* VI, 48: «Soy el pan de vida.»

tro de la casa, que me quiere mucho, me dejó un poco confuso; porque me dijo claritamente que todos ellos, en el sentido en que vuestra paternidad los entendió, habían sido unos grandísimos disparates, delatables a la Inquisición; que así el texto como los intérpretes sólo querían decir que el pan del Sacramento, o que el Sacramento, era pan de los escogidos, que eso y no otra cosa significaba *Electorum*; que aplicarlo a los electores, puramente por el sonido material de la palabra, era un abuso intolerable de la Sagrada Escritura condenado por el Concilio Tridentino, por los papas y por la Inquisición; que ésta había castigado en Roma a un predicador, porque en las honras del cardenal Cibo[46] había dicho que la carne de Cristo en el Sacramento era verdaderamente la carne del cardenal, probándolo con aquel texto: *Caro mea vere est cibus,*[47] el cual le había querido entender aquel loco (así le llamó el padre maestro), ni más ni menos, como vuestra paternidad había querido entender el *Frumentum Electorum*; que si se permitiera la licencia de usar o de abusar de la Sagrada Escritura con esa materialidad, no habría herejía, disparate, torpeza ni suciedad que no se pudiese probar con ella, Y de aquí fue ensartando tantas cosas, que me metieron en mucha confusión, y no sé cómo tuve paciencia para oírlas.

10. —¿Y tú hiciste caso de ellas?

—No, padre predicador; ¿qué caso había de hacer, si estaba conociendo palpablemente que todo era envidia? Porque el tal padre maestro es un hombre indigesto, que no sabe más que sus *ergos,* su teología, su Biblia, sus Concilios, sus Santos Padres, y *servitor.* En sacándole de ahí, no sabe una palabra: ni él ha leído jamás el *Teatro de los dioses,* ni a Ravisio Textor, ni a Aulo Gelio, ni a Natal Cómite, ni a Alejandro de Alejandro, ni a Plinio, ni a Picinelo.[48]

46. Innocenzo Cibo (1499-1550), nieto de Inocencio VIII.

47. *San Juan,* VI, 56: «Porque mi carne verdaderamente es comida.»

48. Todos estos autores en mayor o menor medida son fuente del *Teatro de los dioses,* publicado en Barcelona en 1702. Sus autores son fray Baltasar de Vitoria y Juan Bautista Aguilar.

Conque ya se ve, ¿qué obligación tiene el pobre a entender de sermones, ni a saber cómo se han de traer, o cómo no se han de traer los textos de la Sagrada Escritura? Y como por otra parte es un triste pelón que anda con la hortera [49] para tomar una jicarilla, y ve, gracias a Dios, la celda de vuestra paternidad tan abastecida de todo, se pudre a todo pudrir, y de aquí proviene que todo cuanto hace vuestra paternidad le da en rostro.

–Dame un abrazo –le dijo al oír esto el padre fray Blas–, que tú has de ser la honra de la orden. Toma esos cuatro bollos de chocolate para que te remedies en mi ausencia, y vamos adelante con el sermón capitular.

11. –Otro día hablaremos de ese sermón –dijo fray Gerundio–; que ahora, como está vuestra paternidad para irse mañana, temo que no nos ha de quedar tiempo para leer el de San Benito, aunque no sea más que la salutación, y estoy rabiando por oírla; porque sólo el pensamiento de *Ciencia de la ignorancia, en la sabia ignorancia de la ciencia* me ha excitado una curiosidad que es un horror.

–Tienes razón –respondió fray Blas–, y vamos a ella; aquí está el cartapacio sobre la mesa. Ten presente que estamos en primavera, que es Pascua de flores, y que la ermita del santo está en el campo, y oye.

12. «Al celebrado dios del regocijo consagraba la Grecia, Esparta y Tesalia festivos solemnes cultos el día 27 de marzo: *Thessali huic deo risui quotannis rem divinam in summa laetitia faciebant*,[50] dice Ravisio Textor. Tejían verdes guirnaldas esmaltadas de matizadas flores, ofreciendo una primavera de gozo al obsequiado dios del regocijo: *Vernis intexens floribus arva... risibus, et grandes mirata est Roma cachinos*,[51] dice Lilio Giraldo. Ofrecíase esta deidad al culto en la figura de un joven desnudo, coronado de mirto, adornado de alas y en la frondosidad de un prado ameno: *Puer nudus, alatus, myrtho-*

49. *hortera*: escudilla o cazuela de palo *(DRAE)*.

50. «Con la mayor alegría los tesalios ofrecían todos los años un sacrificio a este dios de la risa.»

51. «Roma se sorprendió de las grandes carcajadas cuando [los griegos] entretejían los campos con flores primaverales y risas.»

que coronatus, qui humi sedebat, dice Vincencio Cartario.» [52]

13. »¿Has visto entradilla más florida para un sermón de primavera en Pascua de flores, y toda ella no menos que con autoridad de Cartario, Lilio Giraldo y Ravisio Textor? Pues aguarda un poco, y escucha la aplicación. «Éste es vernal paralelo del esclarecido patriarca San Benito, a quien con festivo gozo consagra hoy este pueblo este solemnizado culto.» ¿Qué te parece, Gerundio amigo?

—¿Qué me ha de parecer? Lo primero, que vuestra paternidad tiene más en la uña el calendario de las fiestas de los gentiles, que la misma epacta de la orden; porque jamás le he visto errar ni siquiera una de aquéllas, y más de una vez le he notado que no sabía bien el santo de quien se rezaba aquel día. Lo segundo, que casi todos los sermones de vuestra paternidad comienzan con una fabulilla tan a pelo y tan al caso, que no parece sino que la fábula se fingió para misterio, o que el mismo Dios fue sacando el misterio por la idea de la fábula. Por ejemplo: ¿cuándo se me olvidará a mí aquella crespa entradilla del sermón de la Concepción que oí este año a vuestra paternidad y la tomé de memoria, porque no espero oír en mi vida cosa más adecuada al asunto?:

14. «De la rizada espuma del celebrado Egeo, fingió la etnicidad fabulosa, fue su idólatra Venus concebida: *Nuda Cytheresis edita fertur aquis,*[53] dice Ovidio. Concibióse de las tres celestiales Gracias sociada: *Et Veneris turba ministra fuit,*[54] dice Giraldo; porque no se verificase instante en que faltase alguna gracia a su hermosura. Y en memoria de esta concepción graciosa, celebraban los Cíclades el día 8 de diciembre con solemne alborozado culto: *Hoc tamen die octavo decembris, festum conceptionis pulcherrimae Veneris ingenti jubilo celebratur.*» [55] No me detengo ahora en reparar

52. «Un muchacho desnudo, alado, coronado de mirto, que se sentaba en el suelo.» Cartario (1520-1570) escribió *Le imagini degli dei degli antichi, nelle quali sono descritte le ragioni degli antichi, riti e ceremonie loro,* Venecia, 1556.

53. «Cíteres salió desnuda de las aguas.»

54. *sociada*: unidas. «Y la multitud fue sierva de Venus.»

55. «Sin embargo, este día ocho de diciembre se celebra con gran júbilo la fiesta de la concepción de la hermosísima Venus.»

la cultura de llamar *etnicidad* a la religión de los gentiles, y no *gentilidad* o *paganismo*, que eso lo diría cualquiera gabacho.

–Y si no la llamé *politeísmo* o *polideismidad* – interrumpió el padre predicador–, fue por reservar estos dos terminillos para otra ocasión.

–Digo que no me detengo en esto, porque con especialidad en esta invención de voces nuevas y flamantes, alambicadas de la lengua latina, es vuestra paternidad inimitable; y yo tengo ya apuntadas algunas para valerme de ellas en ocasión y tiempo, con la seguridad de que, aunque no haga más que hablar en ese estilo, no ha de haber sermón de cofradía que no me busque. Ya sé que al mar salado siempre le he de llamar *salsuginoso elemento*;[56] a la vara de Aarón, *aaronítica vara*; al contraer el pecado original, *traducir el fomes*[57] *del pecado*; *Adán futurizado*, al decreto de la creación de Adán; a su misma creación, *adamítico fundamento*; *universal opificio*,[58] a la fábrica de todas las criaturas; a la naturaleza ciega, *cecuciente naturaleza*; y a un deseo ardiente y encendido, *ígnitas alas del deseo*. Este bello claro, perspicuo y delicado estilo, déjelo vuestra paternidad de mi cuenta, y yo salgo por fiador de mí mismo que por lo que toca a él no ha de tener vuestra paternidad discípulo que más le honre.

15. »Tampoco quiero detenerme ahora en el reparo de aquella ingeniosa figura con que vuestra paternidad llamó *idólatra* a Venus, cuando dijo: «Fue su idólatra Venus concebida.» Más de dos ignorantes lo tendrían por necedad, pareciéndoles que eso quería decir que Venus idolatraba en ellos, y no ellos en Venus, y que vuestra paternidad debiera de haber dicho *su idolatrada Venus*. Pero, sobre que entonces no constaría el pie del verso heroico de que se compone dicha cláusula: «Fue su idólatra Venus concebida», que era a lo que vuestra paternidad tiraba; y, quede dicho de paso, ésta es una de las gracias que más me encantan en el elegante estilo de vuestra paternidad, la mul-

56. *salsuginoso*: salado.
57. *fomes*: causa que excita a algo *(DRAE)*.
58. *opificio*: creación.

titud de pies líricos y heroicos de que consta, que algunas veces me parece que estoy oyendo una relación, amén de los consonantes. Digo que, fuera de este primor, faltaría otro que no advierten, ni son capaces de advertir esos tontos. Ésta es aquella figura retórica que se llama... que se llama... ¡válgate Dios!, ¿cómo se llama?, que se llama... no sé cómo; la cual enseñaba a usar el presente por el pretérito, lo activo por lo pasivo; y así decimos: *mi amantísimo amigo*, por *mi amigo muy amado*; *recibí la favorecida carta de vuestra merced*, por la *carta favorecedora*; pues lo demás querría decir que se le hacía favor en recibirla, y no me parecería mucha modestia, ni mucha política. De la misma manera se puede decir tan lindamente *idólatra Venus*, por *Venus idolatrada*, como lo sabemos muy bien todos los que tuvimos la dicha de estudiar con el famoso preceptor de Villaornate; y por eso tengo yo tan en la uña todas las figuras retóricas, con sus nombres, pelos y señales.

16. »Pero dejándonos de estos pelillos, como iba diciendo de mi cuento, digo que la fábula de la concepción de Venus, para el misterio de la Concepción de María, no parece sino que vuestra paternidad mismo la inventó. Tan adecuada viene y tan al caso. Digo más: que a mi pobre juicio estuvo de sobra aquella valiente cláusula con que vuestra paternidad la aplicó: «Gallardo, aunque fabuloso, paralelo del milagroso objeto que termina los regocijados cultos de este día octavo de diciembre, en que la Iglesia católica celebra la Concepción pasiva de María, Venus del amor divino, diosa de la hermosura de la gracia»; porque no habría en todo el auditorio entendimiento tan zopenco, que no se hiciese luego cargo de la propriedad del *gallardo paralelo*, sin el cansancio de la aplicación. Porque es claro como el agua que si Venus fue madre del Amor, María fue madre del amor; si Venus fue concebida de la espuma del mar, «en la nívea espuma de la divina gracia, fue concebida María, del mar de la humana naturaleza», como dijo vuestra paternidad un poco más abajo; si en la concepción de Venus asistieron las tres Gracias, «en contrarresto a las Gracias sociaron a María en su Concepción las Horas», siendo las Horas y las Gracias dos cosas

tan parecidas, que es imposible haiga otras dos más semejantes. Finalmente, si Venus fue concebida el día ocho de diciembre, el día ocho de diciembre fue concebida María. Así que el *paralelo* no puede ser más *gallardo,* por lo que toca a estas cuatro propiedades. Y en cuanto a la segunda, en que se coteja la espuma del mar Eritreo con la «nívea espuma de la divina gracia», se encierra en ella una propiedad tan recóndita, que no es fácil se dé en el chiste a cuatro paletadas. Porque si la espuma no es otra cosa que el viento que se introduce en el agua o en cualquiera otro licor, más o menos movido y agitado del mismo aire o de algún otro agente extraño, como leí pocos días ha en uno de estos libros que se usan y tratan de novedades, es claro como el agua que la divina gracia ha de ser muy espumosa, y precisamente ha de hacer una *espuma nívea* que disgregue la vista. ¿Por qué? Porque la divina gracia se atribuye particularmente al Espíritu Santo. Éste, ya se sabe que unas veces es aura suave y apacible, y otras es viento impetuoso que, agitando a la divina gracia e introduciéndose al mismo tiempo en sus divinos poros e intersticios, necesariamente ha de levantar una *espuma nívea* como el ampo.[59] ¿Y qué cosa más propia que el que de esta *nívea espuma* fuese concebida la «Venus del amor divino»? Conque realmente no pudo ser más *gallardo* el *paralelo.*

17. »Así me lo pareció, y así lo defendí también contra aquel simplón, beatón y testarudo de fray Gonzalo, que estaba junto a mí, y al oírlo hizo muchos gestos, diciéndome después del sermón que aquello le había escandalizado. Preguntéle por qué, y me respondió el tontarrón que por hacer cotejo de la madre de la pureza con la madre de la torpeza; de la mujer más limpia con la mujer más sucia; de la Concepción Inmaculada de María con la puerquísima concepción de Venus; de las Gracias profanas con la gracia divina; y concluir llamando a María «Venus del divino amor, diosa de la hermosura de la gracia»; sobre ser la última proposisión una herejía formal, las demás eran unas blasfemias tan impías, tan sacrílegas, tan inde-

59. *ampo*: blancura resplandeciente.

centes de la boca de un cristiano, cuanto más de un predicador apostólico, como vuestra paternidad dice que lo es, mostrando su título en toda forma, que a su parecer el sermón merecía la hoguera, concluyendo con que si él fuera prelado, le quitaría a vuestra paternidad la licencia de predicar. No sé cómo Dios me tuvo de su mano y no le llené de dedos aquella cara compungida; pero conten-téme con decirle que no era la miel para la boca del asno, que no se habían hecho los gallardos paralelos paralelos gallardos, y volvíle las espaldas.

18. »Y ya que hablamos de paralelos, volvamos por Dios al *vernal paralelo* del sermón de San Benito, donde dejamos la salutación; que, como unas cosas llaman a otras y todas las de vuestra paternidad me emboban, yo mismo interrumpí la lectura sin poderme remediar. Ya me acuerdo que la introducción era del dios del regocijo, a quien celebraban los antiguos el día 27 de marzo; que le representaban un joven desnudo y en pelota como su madre le parió, muy coronado de mirto y muy adornado de alas, tendido en aquel campo, como si dijéramos, con la panza al sol: *Puer nudus, alatus, myrthoque coronatus, qui humi sedebat*; y finalmente, que el modo de celebrarle era con grandes risadas, zambra, bulla y carcajadas: *Et grandes mirata est Roma cachinos*. Decía después vuestra paternidad: «Éste es vernal paralelo del esclarecido patriarca San Benito.» Pero antes de pasar más adelante, dígame vuestra paternidad qué quiere decir *vernal paralelo,* porque confieso que no lo entiendo.

—¡Ay, bobo! Dime: ¿qué significa *ver, veris*?

—*Ver, veris* significa «la primavera», que así lo dicen los *Géneros* de Lara, por donde yo estudié.[60]

—Pues, tonto, *vernal paralelo* quiere decir «paralelo primaveral», por ser en tiempo de primavera en que se celebraba la fiesta del regocijo, y también la de San Benito. Y

60. Ignacio de Lara, *Modos breves de oraciones, divididos con proporción para el ejercicio de los estudiantes. Y explicación clara y breve de los géneros de los nombres, pretéritos y supinos de los verbos,* según uso de los Estudios de la Compañía de Jesús, Santiago, 1731, con varias reediciones.

ves ahí cómo de camino está encajada con grande arte y disimulo la circunstancia de celebrarse esta fiesta de Pascua de flores: *Vernis intexens floribus arva*; que en eso de hacerme cargo de todas las circunstancias, por ridículas que sean, aunque yo lo diga, ninguno me echará la pierna adelante.

19. —Ya estoy —dijo fray Gerundio— en lo que significa *vernal paralelo*. Ahora me falta saber la aplicación, y en qué se pareció San Benito al dios del regocijo, y la fiesta de aquél a la fiesta de éste.

—Ten un poco de paciencia —continuó el predicador—, y presto lo sabrás. Y en cuanto a la omnímoda semejanza de las fiestas, es cosa tan clara, que sólo un ciego podrá no distinguirlas sin que nadie se lo diga; porque si aquélla se celebraba en la primavera, en la primavera se celebraba ésta; si aquélla en el día 27 de marzo, cabalitamente se celebra ésta en el mismo día; si aquélla en el campo, ésta en el otero, si allí había flores, flores hay aquí; si gente en aquélla, gente en ésta, y en fin, si en aquélla había grandes carcajadas, ésta no la va en zaga. Pues no se oye otra cosa por aquellos campos, y aun dentro de la misma ermita durante el sermón; si el predicador tiene un poco de sal, ¡qué grandísimas risadas!: *Et grandes mirata est Roma cachinos*.

—Ahora digo —respondió fray Gerundio— que las dos fiestas son tan parecidas una a otra como un huevo a otro huevo. Y ahora también descubro yo la clave para aplicar cualquiera cosa que haya sucedido en el mundo, en el mismo tiempo y en el mismo día del sermón, a la fiesta que predicare, sea la que fuere.

20. «Mas dígame vuestra paternidad: ¿cómo diantres pudo casar a San Benito con el dios del regocijo?

—Con la mayor facilidad del mundo —respondió fray Blas—. ¿No dice la historia que, siendo el santo de solo quince años, se salió de Roma, se fue al desierto, se escondió entre las mayores asperezas del monte Sublac,[61]

61. *Sublac*: nombre de una colina y ciudad cerca de Roma. Hoy Subiaco. En ella se encuentra el monasterio de San Benito y es la cuna de la orden.

se sepultó en una cueva, o en una profunda cisterna; que allí hizo asperísima penitencia por espacio de tres años; que padeció crueles tentaciones del demonio; que se revolcó en una zarza hasta dejarla ensangrentada; que sólo se alimentaba de pan y agua, que de ocho en ocho días le traía un monje llamado Román, descolgándoselo por una cuerda, hasta que al cabo de los tres años un buen clérigo, por divina revelación, vino a buscarle, trayéndole vianda para comer y diciéndole que la comiese, porque era día de Pascua, lo que el santo mozo no sabía? Pues ¿qué cosa más parecida al dios del regocijo que San Benito en este pasaje de su vida? Éste joven, aquél niño; éste en el campo, aquél en el desierto; éste tendido en la yerba, aquél en el pozo; éste desnudo, aquél mal vestido, y cuando se revolcó en la zarza, tan desnudo como su madre le parió; éste coronado de flores, aquél cubierto de espinas; y finalmente, éste celebrado en tiempo de Pascua, y aquél regalándose en ella con lo que el buen clérigo le trajo. Mira tú ahora si pudo venir más ajustado el *vernal paralelo*. Porque en lo demás, aunque el dios del regocijo fuese un dios de tararira, de trisca, de bulla y de chacota, y San Benito en el desierto fuese una imagen viva de la más áspera penitencia, ejemplar asombroso de compunción y de lágrimas, eso para el asunto importa un bledo; porque ni los paralelos, aunque *vernales*, ni las semejanzas, ni las comparaciones han de correr a cuatro pies.

21. Iba fray Blas a proseguir en la lectura de su sermón, cuando llamaron a la puerta de la celda con tanta fuerza, que se sobresaltó. Y aunque a los principios hizo ánimo de no abrir, como el que llamaba era el padre prior, y le dijo en voz alta que abriese, que era el que llamaba y que bien sabía estaba dentro, no pudo resistirse, y se vio precisado a abrir. Entró en la celda el prior, y encontrando en ella a fray Gerundio, le dijo con alguna seriedad qué hacía allí perdiendo el tiempo, y por qué no se iba a estudiar. Fray Gerundio le respondió, sin turbarse, que había venido de parte de su madre a dar al padre predicador la limosna de tres misas, para que las mandase decir en el altar de San Benito del Otero, porque había parido un niño quebrado, y el Santo, en aquella santa imagen, diz

que era prodigioso con los niños que padecían este trabajo.

—¿Y qué lleva en esa manga? —le preguntó el prior.

Aquí saltó prontamente el predicador:

—Son unos dulces que le di yo, para que de mi parte los envíe a sus dos primas, las hijas del familiar [62] de Cojeces, que el otro día me regalaron con dos pares de calcetas.

No satisfizo al padre prior una ni otra respuesta. Pero como era buen hombre y nada malicioso, dejólas pasar, y contentándose con decir a fray Gerundio que tratase de ser más aplicado y de guardar más la celda, le envió a ella. Y él se quedó con el padre predicador mayor, tratando el negocio a que iba, de cuyo contenido no se encuentra rastro alguno en el archivo del convento, ni en los exactos documentos de donde se ha sacado esta puntualísima historia, lo que da bien a entender que no debió ser cosa de importancia, o a lo menos que no trataron materia alguna que tenga concernencia con ella.

CAPÍTULO V

DE UNA CONVERSACIÓN MUY PROVECHOSA QUE UN BENEFICIADO DEL LUGAR TUVO CON FRAY GERUNDIO, SI FRAY GERUNDIO HUBIERA SABIDO APROVECHARSE DE ELLA

HABÍA en aquella villa (ya conocerá el sagaz y penetrativo lector que hablamos de aquella villa donde estaba el convento); había, pues, en aquella villa un beneficiado hábil, capaz, despejado, de edad ya madura, porque estaba entre los cuarenta y los cincuenta. Había estudiado la filosofía que se usa en España con aplauso, y la teología con crédito, tanto, que había sido opositor en Toledo; y después de haberle dado uno de los mejores curatos, le renunció con pensión, porque le probaba mal la tierra, y se había retirado a su lugar, donde tenía un mediano beneficio, con el cual y con la pensión lo pa-

62. *familiar*: aquí, ministro de la Inquisición.

saba con mucha decencia. Era de costumbres muy ajustadas, de un porte eclesiástico serio y grave, pero al mismo tiempo de un genio jovial y festivo, lo que le conciliaba la general estimación de todos, acompañaba de inclinación y cariño. Dedicábase mucho al ejercicio del confesonario, y de cuando en cuando predicaba también sus sermones con juicio, con piedad y con celo; porque era muy aficionado a las obras de los padres Segneri y Bourdaloue,[63] a quienes procuraba imitar en sus sermones, así panegíricos como morales. Y como entendía medianamente las lenguas italiana y francesa, tenía algunos otros de los mejores sermonarios que se han impreso en uno y otro idioma, sin dejarse llevar tan totalmente del estudio de las Letras Sagradas y serias, que no hiciese sus excursiones hacia la más amenas, especialmente hacia los libros de crítica, de que tenía algunos selectos en su librería, no copiosa, pero escogida.[64]

2. A favor de ellos, con su natural penetración y juicio, ni estaba tan encaprichado con todas las opiniones antiguas, como lo suelen estar los que no han estudiado otras, ni tan ciegamente enamorado de las modernas, que no descubriese la fruslería y la insustancialidad de muchas. Conocía y confesaba de buena fe que en todas las facultades se habían introducido mil inutilidades, preocupaciones y no pocas extravagancias; era de parecer que en realidad necesitaban de mucha reforma; pero al mismo tiempo era de opinión que ninguna estaba más necesitada de ella que la crítica. Juzgaba que ésta se había remontado con exceso, y que era menester cortarla los vuelos; porque no contenta con rajar, cortar y trinchar, algunas veces con razón, otras sin ella, y no pocas por puro antojo o capricho, por las ciencias naturales se había atrevido

63. Paolo Segneri (1624-1694), jesuita italiano, orador elocuente de estilo sencillo. Es autor del famoso *Quaresimale* y *Le prediche dette sul pazzo apostolico*, entre otras obras. Era sordo. Sobre *Bourdaloue*, vid. la nota correspondiente en el Prólogo con morrión.

64. Los anotadores de *Fray Gerundio* coinciden en señalar que en estos párrafos Isla hace una glosa —yo diría que ideal— de su personalidad. Sobre su biblioteca, vid. el artículo ya citado de Fernández en *Humanidades*, IV, 1952, 128-141.

a escalar hasta el sagrado alcázar de la religión, con tanta osadía, que apenas dejaba costumbre inmemorial, tradición antigua, ni monumento, aun de los más respetables, que no pretendiese zapar hasta el cimiento; siendo éste el verdadero principio, no sólo de tanto error como ha brotado en el campo de la Iglesia en estos últimos siglos, sino de tanta libertad de costumbres, de tanta irreligión y aun de tanto ateísmo.

3. Sobre todo se reía mucho de la grande presunción de la crítica en punto de física natural, y de aquella intolerable satisfacción con que se jactaba de haber arrollado la de Aristóteles, abriendo los ojos al mundo para que conociese los grandes excesos que la hacía cualquiera de las físicas modernas. Aquí se descalzaba de risa el bueno del beneficiado; porque decía que, a excepción de tal cual fruslería de poca consideración, tan en ayunas se estaba el mundo de las verdaderas causas de casi todos los efectos de la naturaleza con la física de Descartes, de Newton y de Gasendo, como con la de Aristóteles; y que para él tan inconcebibles eran los torbellinos o turbillones [65] y materia etérea del primero, como la materia primera y las formas sustanciales del último, protestando que ni con una ni con otra explicación veía gota.

—Yo no sé —añadía con gracia— con qué conciencia hacen tanta burla los modernos de los aristotélicos; porque preguntados éstos en qué consiste que el fuego queme, responden: «Porque tiene una virtud ustiva o quemativa.» Convengo en que nada dicen en esto, pues en suma sólo vienen a decir que el fuego quema porque tiene virtud para quemar. Filosofía tan recóndita, que la alcanzará el más zafio sayagués.

4. »Pero quisiera saber si dicen más los modernísi-

65. *turbillones*: torbellinos. Galicismo que se incorporó mucho a la poesía ilustrada, que gustaba de insertar nombres de conceptos nuevos y de científicos como los más arriba citados. Hervás criticó esta costumbre —emplea precisamente esta palabra— en una sátira sobre los vicios de la poesía publicada en el *Diario de los literatos de España*. En esta crítica filosófica Isla sigue, como tantas veces, los dictados del padre Feijoo.

mos señores, cuando responden que el fuego quema po que es una sustancia compuesta de unas partículas pira midales o puntiagudas, sutilísimas, agilísimas que, agitadas continuamente con una rapidez en movimiento vertical, se penetran por los poros de los cuerpos más consistentes, los taladran, los desunen, los deshacen. En esta respuesta hay sin duda más aparato de voces; pero, bien reflexionada, tiene menos sustancia que la otra, porque la aristotélica siquiera ya dice una verdad de Pero Grullo, con lo cual modestamente viene a confesar su ignorancia. Mas la de nuestros físicos a la chamberí,[66] entre un gran follaje de palabras, sólo nos vende unas purísimas arbitrariedades. ¿Quién ha hecho el análisis del fuego para descubrir de qué figura son sus partículas, si piramidales, cilíndricas, ovales, cuadradas o globulosas, agudas o chatas? ¿Por dónde se prueba que su movimiento es vertical o arremolinado, siendo así que si son tan ágiles y tan sutiles como se supone, de necesidad han de ser levísimas y volátiles, mucho más ligeras que el aire, y consiguientemente su movimiento no ha de ser hacia el centro, como se observa en la llama? De donde vendría a inferirse el grandísimo absurdo de que ningún cuerpo estaría más libre de la actividad del fuego que el que estuviese más dentro de él, y que el remedio más eficaz para no quemarse uno era arrojarse en medio de la hoguera.

5. En fin, en esta materia estaba preciosísimo el bellaco del beneficiado, y concluía con decir que si él fuera hombre de talentos y de chiste, se le había ofrecido un buen proyecto con que hacer por lo menos tan ridícula la filosofía moderna como la aristotélica. Había de formar un hexaplo [67] filosófico, a manera de los bíblicos, o una filosofía políglota, compuesta de cuatro o de seis columnas, en cada una de las cuales, discurriendo por todos o por los principales tratados de la física, había de exponer con sus mismas palabras lo que dicen acerca de él Aristóteles y los jefes de las principales sectas filosóficas mo-

66. *a la chamberí*: a lo moderno.
67. *hexaplo*: obra en seis versiones, o a seis columnas, como la edición de Orígenes del Antiguo Testamento.

dernas. Por ejemplo: *Principios o constitutivos del cuerpo en general*: primera columna, Aristóteles; segunda, Descartes; tercera, Gasendo; cuarta Maignan; quinta, Newton; sexta Bayle. *Principios o constitutivos de los cuerpos celestes*: primera, segunda tercera, etc. *Principios o constitutivos del cuerpo sublunar inanimado, del vegetable, del orgánico y sensitivo, del racional*, etc.: primera, segunda, tercera, etc. Y descendiendo después a los cuerpos y efectos particulares de sol, luz, calor, frío, humedad, sólidos, fluidos, opacos, transparentes, colores, sonido, sensación, etc., trasladar en cada columna con toda fidelidad lo que dice cada jefe acerca de cada uno de estos entes naturales. Y después, para amenizar más la obra y aun para variarla, añadir por modo de apéndice un breve resumen de la variedad, de la voluntariedad, del capricho y aun de la extravagancia con que en estas y en otras materias filosóficas han discurrido aquellos modernos más acreditados, que son *nullius dioecesis*, esto es, que no son partidarios de alguna secta particular, y que aprovechándose de la libertad de conciencia para filosofar que se han tomado, especialmente en este siglo, casi todas las naciones, cada uno ha filosofado según su fantasía. Aseguraba que sólo con trasladar sus opiniones, con sus mismísimas voces, explicando las oscuras, y dejando en su tenebrosa incomprehensibilidad a las ininteligibles, se formaría una obra que en España hiciese olvidar a los Cervantes, en Francia a los Despréux, en Italia a los Bocalinis, en Alemania a los Menkenios, y arrinconarse en Inglaterra a los Waltones.

6. Así que por lo que toca a todas las filosofías sistemáticas, tanta burla hacía de unas como de otras, y aun más que de todas, se burlaba mucho de la crítica de ellas. Sólo daba algún cuartel a la física experimental, pero no tanto como otros que eran más indulgentes, pretendiendo que de cien experimentos apenas se hallarían dos hechos con la debida exactitud. En orden a la física matemática, que es hoy la física de la gran moda, adoptada por casi todas las academias de Europa, y es aquella que pretende deducir todas sus conclusiones de principios matemáticos y geométricos, se reservaba el derecho de juzgar hasta que estuviese mejor instruido en ella; bien que

decía le daba el corazón que los principios de estas dos facultades apenas podían servir más que para explicar las leyes del movimiento, la mayor o menor resistencia, gravedad o levedad de los cuerpos, su elasticidad refrectiva y algunos pocos efectos de la luz. Por lo demás, no concebía de qué utilidad podían ser los principios de la matemática y de la geometría para explicar las verdaderas causas y constitutivos de todo cuerpo sensible y natural, que es el objeto de la física. Pero, al fin, suspendía su juicio hasta que, mejor instruido en autos, se hallase en estado de pronunciar con conocimiento de causa.

7. En lo que no le suspendía era en el acierto y en la felicidad con que la crítica moderna trataba el importantísimo punto de la oratoria cristiana; en la evidencia que hacía de que ésta no sólo estaba adulterada, sino vilipendiada, estragada, despedazada y lastimosamente corrompida; en las verdaderas y radicales causas que señalaba de esta lamentable corrupción; y en las sabias, discretas e infalibles reglas que prescribía para resucitarla, para darla nueva vida y para conducirla al mayor estado de perfección a que puede llegar en lo humano.

8. Por lo que toca a la hedionda corrupción de la oratoria cristiana, la crítica no hace más que remitirnos a los sermones que oímos. Entre mil predicadores, apenas se hallarán dos o tres que sepan las partes de que se compone un sermón; y entre millares de sermones, con dificultad se encontrarán otros tantos que merezcan este nombre. Los más son un tejido de disparates sin orden, o una sarta de osadías sin juicio, o un encadenamiento de agudezas sin solidez, o una chorrera de dichicos sin jugo; y los menos malos, un matorral de verdades trivialísimas, sin método, sin cultura, sin eficacia y sin moción.

9. Las verdaderas, legítimas y originales causas de estar tan corrompido el púlpito cristiano, singularmente en España, todas se pueden reducir a tres: a la poca o ninguna estimación que hacen del púlpito los que ordinariamente nombran a los predicadores a la poca o ninguna aplicación de los mismos predicadores nombrados, que no se dedican a instruirse en su facultad y a hacerse maestros en ella, y en no pocos a su incapacidad de apren-

derla, aun cuando se dedicaran; y finalmente, al mal gusto de los auditorios, que aplauden lo que debieran abominar, y abominan lo que debieran aplaudir.

10. En casi todas las religiones de España, se aprecia mucho más la carrera de las cátedras que la del púlpito; se hace más estimación de la cátedra de Aristóteles que de la del Espíritu Santo; se conceden mayores honores al maestro más inepto que al predicador más sobresaliente. Esto es de notoriedad pública. Pero, ¿puede haber error más perjudicial ni más lamentable? Dícese que el médico comienza donde acaba el físico: *Ubi definit physicus, incipit medicus.* Si la filosofía es la que se enseña ordinariamente en nuestras escuelas, tan impertinente es para la medicina como para la música. Pero, ¿quién negará que donde acaba el teólogo, allí ha de comenzar el predicador? ¿Cómo podrá serlo, no digo sobresaliente, pero ni aun tolerable, el que no sabe los misterios de la fe, los dogmas de la religión, ni los sentidos de la Escritura? ¿Y cómo sabrá los primeros para enseñarlos al pueblo, el que no está más que medianamente versado en la teología escolástica; ni los segundos, el que ignora la dogmática; ni los terceros, el que jamás ha estudiado la expositiva, ni mucho menos la mística? ¿Cuánto desbarrará en los misterios de la Trinidad, de la Encarnación, de la Eucaristía, el que no ha estudiado estas materias? ¿Cuántos disparates dirá acerca de la predestinación, de la reprobación, de la providencia, de la economía de la gracia, de la presciencia infalible de Dios, sin perjuicio de la libertad, el que no esté más que razonablemente instruido en todos estos necesarísimos tratados? ¿Qué locuras, qué puerilidades, qué chocarrerías, y tal vez qué blasfemias hereticales no dirá, abusando de los textos de la Sagrada Escritura, el que no sabe manejarla, ni en su vida se ha dedicado a estudiar los cuatro únicos sentidos en que es capaz de explicarse: el liberal, el alegórico, el místico y el tropológico? Todo esto no se puede saber sin estar más que superficialmente versado en las cuatro partes de la teología. Pues, ¿por qué se ha de hacer más aprecio de ésta que de la oratoria, siendo así que puede uno ser gran teólogo sin ser predicador, pero no puede ser gran predicador sin ser gran teólogo?

11. Digo,[68] pues, para descargo de mi ánima, que no me parece razonable esta preferencia, y que, a mi pobre juicio, debieran reflexionar las religiones que la usan que ninguna de ellas se introdujo en el mundo, se propagó y se elevó al auge de estimación en que hoy las vemos por las funciones de la cátedra, sino por los ministerios del púlpito, ejercitados con solidez, con meollo y con celo, a la usanza apostólica. Así que no ha llegado a nuestra noticia que hasta ahora se haya fundado en la Iglesia de Dios ninguna religión de matemáticos, de físicos, de filósofos, de teólogos; y en verdad que se han fundado algunas con el título de religión de Predicadores, de Misioneros, de la Doctrina Cristiana, *et reliqua.* Pues aquí de Dios y del rey. Si las cosas se conservan por aquellos mismos principios que las producen (hablo como se acostumbra, que la verdad de este principiote quédese en su lugar); si las cosas se conservan por aquellos mismos principios que las producen, y si es indubitable que las más de las sagradas religiones fueron producidas, propagadas y elevadas a la prócera estatura en que hoy las veneramos por los apostólicos ministerios del púlpito, ¿qué razón habrá, divina ni humana, para que se haga en ellas más caudal de las fatigas literarias de la cátedra?

12. No quiero decir que esto, ni Dios permita tal, que no ha de haber en ellas maestros, y que no se ha de hacer un sumo aprecio de los que verdaderamente lo fueren; antes pretendo lo contrario. Si voy suponiendo que es imposible de toda imposibilidad que haiga buenos predicadores sin que sean buenos teólogos, ¿cómo he de intentar que no sean sumamente estimados los que los enseñan a serlo? Lo que digo es que si el predicador supone al teólogo, no debe ser más estimado el téologo que el

68. Aunque puede considerarse que el estilo cambia en los párrafos ocho-nueve, aquí el narrador pasa de la tercera persona a la primera, dando la palabra directamente al beneficiado mediante el estilo directo, mientras que antes se había mantenido en el indirecto. Isla seguramente se dejó llevar por su pasión por el tema y rompió la ilación narrativa. O jugó con el estilo y los «olvidos» al estilo cervantino.

predicador. Lo que digo es que, en mi corto entender, no debieran las religiones nombrar a alguno para que enseñe desde el púlpito, que no fuese capaz, y muy capaz, de enseñar desde la cátedra, y que ya no hubiese enseñado desde ella. Pero, ¿qué sucede por lo regular? Al que no entiende los *ergos* o mira con tedio las arideces escolásticas, como tengo buena voz, buena memoria, buena presencia y mucho despejo, hágote predicador de la noche para la mañana, y ármote de punta en blanco caballero del púlpito, con dos grandes legajos de papeles ajenos, buenos o malos, con media docena de sermonarios impresos, malos o buenos, y bandéate como pudieres.

13. De aquí nace, lo primero, que como las religiones saben muy bien hasta dónde llegan los talentos de los que por lo común hacen predicadores, los miran un poco al soslayo. Y aunque los conceden algunos honorcillos, son de prima tonsura, *ornatus gratia*, y dedaditas de miel [69] para engolosinar niños; y aquellos que llegan a jubilar por la carrera del púlpito, son jubilados de media braga o de tapadillo. Nace, lo segundo, que los que pueden ir por la carrera de las cátedras y pudieran ser predicadores eminentes, no los harán ir por la del púlpito, aunque los descrismen; y visto lo visto, de tejas abajo hacen bien, como soy clérigo. Nace finalmente, lo tercero, que los que van por esta vía son, por lo común, unos lindos religiosos que por su parola, verbosidad y despejo harían unos buenos procuradores, unos buenos sacristanes, unos famosos demandantes, pero hacen unos perversos predicadores. Hételе, si no me engaño, la principalísima causa de la corrupción de la cristiana oratoria en España, de parte de los electores.

14. Y de camino queda dicha la que hay de parte de los electos. Siendo la mayor parte de ellos unos hombres como los acabamos de pintar, poco gramáticos, nada filosóficos y menos teólogos, ¿por dónde han de saber cuál es su sermón derecho, ni hacia donde caen las partes de

69. *dedaditos de miel*: lo que se hace en beneficio de alguien para entretenerle en una esperanza o para consolarle de lo que le es adverso *(DRAE)*.

la oración, salvo las del *Arte* de Nebrija? Estudian sus mamotretos, zurcen unos, hilvanan otros, descuartizan éstos, enjalman [70] aquéllos, y vamos adelante; que al cabo de los diez o de los doce años, jubilado me he de ser, y no me ha de faltar mi platillo, ni, a mal dar, un vicariato de monjas, y desdichada la madre que no tiene un hijo predicador jubilado que llegue a definidor.

15. Finalmente, contribuye tanto como lo que más a la corrupción de nuestra oratoria el mal gusto de los oyentes. Mas porque no quiero infernar mi alma, declaro, para descargo de ella, que el mal gusto de los oyentes es hijo legítimo y de legítimo matrimonio del perverso gusto de los predicadores. Si aquellos pobrecillos no oyen otra cosa, ¿cómo no se les ha de pegar nececesariamente lo que oyen?

16. Ora bien: yo leí en cierta parte del mundo un tratadillo oratorio del padre Sanadon,[71] jesuita, en que prueba que esto del mal gusto de los ingenios es enfermedad contagiosa, y que se deben usar preservativos contra ella. Pero la lástima es que al mismo discretísimo padre le parece que es muy dificultoso encontrarlos eficaces; y en verdad que, si no me engaño mucho, lo esfuerza de manera que si no convence, concluye. Que el mal gusto se pegue como contagio, es más claro que chocolate de padre de la Compañía; y no hay más que ir discurriendo por los siglos en que reinó el más perverso, buscar la causa de su propagación, y se encontrará la prueba. Sólo hay una diferencia entre la peste y el mal gusto: que los estragos de aquélla se conocen antes que se experimenten; los de éste, hasta que se experimentan no se advierten; aquélla cunde a ojos vista, éste se propaga sin sentir; por lo demás, así como aquélla se dilata por la comunicación de los apestados, así, ni más ni menos, se va extendiendo éste por el comercio de los que se sienten tocados del gusto epidémico.

17. Que no se encuentren a dos tirones preservati-

70. *enjalman*: aparejan.

71. Noël-Étienne Sanadon (1676-1733), jesuita y latinista, profesor de retórica y bibliotecario del Colegio de Luis el Grande de París.

vos eficaces contra esta epidemia, y consiguientemente que su curación sea muy dificultosa, por no llamarla desesperada, es una verdad que casi salta a los ojos. Lo primero, hay pocos médicos capaces de emprehenderla. Los genios superiores, cuales se requieren para tomar a su cargo el desengañar a los entendimientos de sus erradas preocupaciones, son raros. Algunos hay que las conocen muy bien, que se lamentan de ellas, que en lo interior de su corazón las abominan. Pero, en el fuero externo, déjanse llevar de la corriente y hacen lo que todos los demás; porque el *laudo meliora, proboque... deteriora sequor,*[72] en toda especie de cosas, tiene muchos sectarios. Lo segundo, la naturaleza de la enfermedad la hace casi irremediable. ¿Cómo se ha de curar un mal con el cual se halla tan lindamente el enfermo, que le cae muy en gracia, y que a su parecer nunca está más robusto que cuando está más achacoso? Si algún médico caritativo intenta su curación, ríese el enfermo de la locura del médico, y dice que él es el que verdaderamente tiene necesidad de curarse. Conque ve aquí la peste del mal gusto extendida, y punto menos que sin remedio.

18. Uno solo hay, y ése es eficacísimo. Éste sería que a ninguno, a ninguno se le permitiese predicar que no fuese hombre probado en letras, en virtud y en juicio. Y no hay que decir que esto es pedir gullorías,[73] porque sólo es pedir lo que David y San Pablo piden indispensablemente a todo predicador. El primero dice en sentido acomodable al intento: *Disponet sermones suos in judicio*;[74] vele ahí el juicio. El segundo quiere que el predicador sea irreprehensible: *Oportet irreprehensibilem esse*;[75] vele ahí la virtud; de doctrina sana y capaz de argüir y de convencer a los que le contradijeren: *In doctrina sana, et eos qui contradicunt arguere*;[76] ves ahí las letras. Y no hay que salirme

72. «Alabo lo mejor y lo apruebo... pero sigo lo peor.»

73. *gullerías*: por gollerías, «delicadeza, superfluidad, demasía» *(DRAE)*.

74. Salmo, CXI, 51: «Ordenará sus palabras juiciosamente.»

75. Palabras de la Epístola I a Timoteo, III, 2 (Sebold, II, 89).

76. Epístola a Tito, I, 9, exhortar «según sana doctrina, y refutar a los que contradicen».

con la pata de gallo de que San Pablo no habla de los predicadores, sino de los obispos. ¡Bagatelas! Habla de los obispos en cuanto son predicadores; ca [77] sabida cosa es que el oficio de predicar es propio y privativo del obispo, y que en la primitiva Iglesia el obispo predicaba de oficio. Como después se multiplicó el número de los fieles, se extendieron tanto las dióceses, y no era posible que los obispos estuviesen en todas partes para repartirlos el pan de la divina palabra, introdujéronse los predicadores, a quienes los concilios llaman coadjutores de los obispos en el ministerio de predicar: *Coadjutores episcoparum in ministerio verbi*; y por tanto, sólo se escogían para eso a los que sobresalían más entre todo el clero en virtud y en sabiduría. Yo quisiera saber por qué ahora no se podría hacer lo mismo.

19. Y no que en ordenándose de misa cualquiera teologuillo, luego solicita sus licencias corrientes para confesar, predicar, bobear, etc., y allá se las campanea. Pero siendo esto tan malo, todavía no es lo peor. Hay en una universidad un manteistilla chusco, pero aplicado y grande argüidor. Ha estudiado su filosofía y sus tres o cuatro años de teología con créditos de ingenio, y ha sustentado un par de actos con despejo y con intrepidez. Hacen a su padre o a su tío mayordomo de la cofradía del Santísimo de su lugar; echa el sermón al hijo o al sobrino; acude por la licencia; despáchasele, por lo común, sin tropezar en barras; sube al púlpito con su sobrepelliz almidonada y de perifollo; representa con desembarazo lo que otro le compuso, o echa por aquella boca con grande satisfacción los disparates que él mismo enjurjó.[78] Porque un pobre muchacho sin más estudio que cuatro párrafos escolásticos, ¿qué obligación tiene a saber componer otra cosa? Acábase el sermón o lo que fuere, hay después grandes brindis y muchas coplas en la mesa. ¿Y qué sucede no pocas veces? Que al día siguiente sale una mozuela poniendo demanda de matrimonio al señor predicador; y en aquella misma iglesia donde le oyeron tanta maravillas del

77. *ca*: porque.
78. *enjurjó*: mezcló, engulló.

sacramento de la Eucaristía, le ven recibir pocos días después las bendiciones para el del santo matrimonio.

CAPÍTULO VI

EN QUE SE PARTE EL CAPÍTULO PASADO, PORQUE HA CRECIDO MÁS DE LO QUE SE PENSÓ, Y SE DA CUENTA DE LA CONVERSACIÓN PROMETIDA

PUES, como iba diciendo de mi cuento, de esta y otras bellas especies de crítica estaba más que medianamente instruido nuestro beneficiado. Y como, por otra parte, no era de aquellos sectarios plebeyos o de escalera abajo, que hay en todas las escuelas, los cuales miran a los de la contraria con sobrecejo, con desdén y aun con horror; sino de los nobles, de los distinguidos, de los verdaderamente despejados, que, haciendo la debida diferencia entre los dictámenes del entendimiento y los de la voluntad, conocen muy bien que en todas las escuelas católicas hay maestrazos que se pierden de vista, doctores sapientísimos, hombrones de doctrina consumada, y que también hay en todas insignes majaderos; aunque él había estudiado opiniones contrarias a las que comúnmente se enseñaban en el convento de su lugar, donde estudiaba nuestro fray Gerundio, veneraba mucho a algunos de aquellos padres maestros y tenía grande y familiar trato con todos los padres graves de la comunidad; los cuales, viendo su gran juicio, su porte verdaderamente eclesiástico, su mucha erudición, sus bellas y gratísimas modales, [79] su chiste y gracia natural sin salir jamás de los términos de una modesta compostura y, sobre todo, el sólido amor y estimación que profesaba a la orden, acreditadas con buenas pruebas, no sólo le correspondían con igual estimación y cariño, sino que no se reservaban de tocar en su presencia algunas materias domésticas con religiosa y amistosa confianza.

2. A dos de los padres más sabios, más religiosos y

79. Vid. nota 24 de este segundo libro.

más graves del convento, cuyas celdas eran las que él frecuentaba más y a quienes él trataba con mayor estrechez, oyó lamentarse muchas veces de los lastimosos desbarros del predicador mayor de la casa; pero mucho más del daño que hacía con su ejemplo y con sus disparatadas máximas en punto de predicar a los colegiales mozos, y especialmente al candidísimo fray Gerundio, a quien tenía tan imbuido en que para ser gran predicador no era menester ser filósofo, ni teólogo ni calabaza, que había cobrado un sumo horror a todo estudio escolástico, sin haber bastado para hacerle que se aplicase a él ni avisos particulares, ni reprehensiones públicas, ni panes y agua, ni disciplinas, ni otros castigos que usaba santamente la orden. Añadían que ya le hubieran sacado ignominiosamente de los estudios, si no tuviera unas prendas por otra parte tan amables, y a no estar apadrinado de un padre ex provincial que le había dado el santo hábito; y, sobre todo, por el respeto de sus buenos padres, que aunque eran unos labradores honrados y no ricos, con todo esto eran de los hermanos más devotos y más proficuos que tenía la orden.

3. Una de las ocasiones en que aquellos dos reverendísimos trataron esta materia con mayor vehemencia y con mayor compasión, en presencia de nuestro beneficiado, les dijo éste:

—Ora padres maestros, tanto como la cura del padre predicador mayor no me atrevo a emprenderla, porque la tengo por desesperada. Está el mal tan arraigado, que se ha convertido en naturaleza; y el enfermo tan casado con su mal, que echará a pasear a quien pretenda curarle. Pero fray Gerundio es otra cosa; el achaque está muy a los principios, ni está tan duro el alcacer;[80] y como quiera, *nihil tentasse nocebit.*[81] Yo ni confío ni desespero. Mas ¿qué

80. *ya está duro el alcacer (para zampoñas)*: «refrán que explica que el adulto o envejecido no está dispuesto para ser corregido o enseñado. Y también significa que pasada la sazón y oportunidad de los negocios, es dificultoso dirigirlos después al fin que se desea, como el alcacer, que una vez endurecido o seco, no está tratable para que los muchachos, de sus cañas, hagan zampoñas o flautillas» *(DA)*. Alcacer es el grano verde.

81. «Nada se perderá por haberlo intentado.»

vamos a perder en intentarlo? A Dios y a dicha, voy allá sin perder tiempo.

Y diciendo y haciendo, partió derecho a su celda.

4. Entró en ella con familiaridad de doméstico, encontróle leyendo, y le preguntó con festivo desembarazo:

—¿Qué hace usted, amigo fray Gerundio?

—¿Qué he de hacer, señor beneficiado? Habrá una hora que acabé de trasladar un sermón, y, cansado ya de escribir, me puse a leer en un libro el más guapo que he leído, ni pienso leer en todos los días de mi vida. Y en verdad que si le leyeran nuestros padres maestros, no me aporrearan tanto para que estudiase las impertinencias que estudian sus paternidades.

—¡Hay cosa! —replicó el beneficiado—. ¿Y cómo es la gracia de ese libro?

—¿Por cuál me pregunta usted? Que tiene muchas, y todo él es una pura gracia.

—No digo eso —continuó el beneficiado—, sino que cómo se intitula el libro.

—¡Ah! ¿Cómo se intitula? —respondió fray Gerundio—. ¿Cómo se intitula? Eso es otra cosa, y no la había entendido. ¿Cómo se intitula?... ¡Pardiez que ya no me acuerdo! Pero tenga usted, que ya se me vino a la memoria. Se intitula *El capuchino*... No, no; soy un borracho. No se intitula *El capuchino,* pero ello es cosa de barbas. ¡Ah! Ya me acuerdo se intitula *El barbón. ¿El barbón?*... No, ¡válgate Dios por memoria! Mas ello..., pues está aquí el mismo libro, ¿hay más que ir a ver la primera llana?; y lo sabremos.

5. Bien conoció desde luego el beneficiado que hablaba de la obra del Barbadiño, pero no le quiso interrumpir por el gusto que le daba oírle desatinar, y para ver si caía en cuenta de que quien no sabía ni aun el título del libro que estaba leyendo, ¿cómo había de entenderle? Al fin, viéndole tan embarazado, le dijo:

—No es menester que usted lea la primera llana, que ya sé qué libro es ése. Está escrito en portugués, y se intitula *El verdadero método de estudiar.* Y aunque su autor quiso esconderse tras de las venerables barbas de un capuchino de la congregación de Italia, y por eso tuvo por

bien llamarse el P.... Barbadiño, pero con licencia de sus barbas postizas, ya todo el mundo le conoce por las verdaderas, con sus pelos y señales; y hasta los niños, cuando pasa por la calle, le señalan con el dedo, diciendo: «Ahí va el señor arcediano.» Pero, a propósito, mi padre fray Gerundio, ¿usted entiende la lengua portuguesa?

—Toda no, señor —respondió el candidísimo religioso—; pero tanto como hasta una docena de palabras, ya las entiendo bien, y con ellas me bandeo: como *pregador, evangelho, sermões, fiéis,* y así otras a este tenor. Y como por el hilo se saca el ovillo, por unas palabras saco otras, y acá a mi modo formo el concepto de lo que quiere decir. Mas puesto que, según parece, usted ha leído esta obra, dígame qué siente de ella en Dios y en su conciencia.

6. —Eso, padre mío, es cuento largo —respondió el beneficiado—, y hoy no estoy muy de vagar.[82] Puede ser que algún día se ofrezca ocasión de que hablemos de este punto, aunque de paso diré a usted que como hubiera escrito con menos satisfacción, sin tanta arrogancia y con más respeto de muchos hombres de bien, habidos y reputados por tales entre todos los literatos del mundo, puede ser que hubiera sido mejor recibida la obra; porque no se puede negar que tiene *muita coisa boa.*

—Entre ésas —dijo fray Gerundio—, las que mejor me parecen a mí son aquellas en que da contra la lógica, la física, la metafísica, la animástica [83] y la teología escolástica, tratándolas de *ridicularias,* nombre que repite mucho, y a mí me da grande choz, porque me suena tan lindamente.

—Poco a poco, padrecito mío— replicó el beneficiado—. No levante usted ese falso testimonio al señor arcediano de Evora, aunque no es usted el primero que se lo ha levantado. Pero el hecho es que él no da contra esas facultades. Lo primero, da contra el mal método con que se enseñan en Portugal, y aun en toda España, y en eso no le falta razón; lo segundo, contra las muchas cuestiones inútiles e impertienentes que se mezclan en ellas, y

82. *estar de vagar:* estar ocioso.
83. Vid. nota 14 de este segundo libro.

en esto le sobra; lo tercero, contra el demasiado tiempo que se gasta en enseñar las que pueden ser de algún provecho, y en esto tampoco va descaminado. En materia de física natural no dice que no se estudie, sino que no es física ni calabaza la que comúnmente se estudia por acá. Y también esto, son pocos los hombres verdaderamente sabios los que no lo conozcan, aunque no sean muchos los que lo confiesen.

7. —Pues si no es física la que se enseña por acá —replicó fray Gerundio—, y yo no tengo de ir a estudiarla donde se enseña, excuso aporrearme la cabeza.

—No se ha de tomar eso tan en cerro [84] —respondió el beneficiado—, ni quiere decir el Barbadiño que nada de lo que acá se enseña sea física, sino que mucha y aun la mayor parte no lo es. Item, aunque da a entender que en Portugal y aun en toda España apenas se tiene noticia de la que es física legítima, castiza y verdadera, con licencia de sus venerables barbas, no tiene razón. No ha salido, ni verisímilmente saldrá en mucho tiempo, curso alguno español que de intento la profese y la promueva; porque para eso es menester superar muchos estorbos, que en el genio nacional son punto menos que invencibles. Pero tanto como saber hacia dónde cae todo lo que soñaron los antiguos y cavilaron los modernos, así acerca de la constitución del mundo en general, como de la composición del cuerpo natural, que es el objeto preciso de la física, impugnando con vigor, con nervio y con solidez a unos y a otros, hay por acá muchos hombres honrados que lo saben por lo menos tan bien como el reverendo padre Barbadiño.

8. »Dejo a un lado que el famoso Antonio Gómez Pereira [85] no fue inglés, francés, italiano ni alemán, sino gallego por la gracia de Dios, y del obispado de Tuy, como quieren unos; o portugués, como desean otros. Pero sea esto o aquello, que yo no he visto su fe del bautismo, al cabo español fue, y no se llamó Jorge, como se le antojó

84. *en cerro*: expresión que se dice a las caballerías cuando están sin aparejos, a pelo.
85. Vid. nota 121 del primer libro.

a monsieur el abad Ladvocat, compendiador de Moreri,[86] y no tuvo por bien de corregirlo su escrupulosísimo traductor, sin duda por no faltar a la fidelidad. Pues es de pública notoriedad en todos los estados de Minerva que este insigne hombre, seis años antes que hubiese en el mundo Bacon de Verulamio; más de ochenta antes que naciese Descartes; treinta y ocho antes que Pedro Gasendo fuese bautizado en Champtercier; más de ciento antes que Isaac Newton hiciese los primeros puchericos en Volstrope, de la provincia de Lincoln; los mismos con corta diferencia antes que Guillermo Godofredo, barón de Leibniz, se dejase ver en Leipzig, envuelto en las secundinas: digo, padre mío fray Gerundio, que el susodicho Antonio Gómez Pereira, mucho tiempo antes que estos patriarcas de los filósofos neotéricos y a la papillota levantasen el grito contra los podridos huesos de Aristóteles, y saliesen uno con su *Organo,* otro con sus átomos, éste con sus turbillones, aquél con su atracción, el otro con su cálculo, y todos refundiendo a su modo lo que habían dicho los filósofos viejísimos, ya nuestro español había hecho el proceso al pobre Estagirita. Había llamado a juicio sus principales máximas, principiotes y axiomas; habíalos examinado con rigor y con imparcialidad; y sin hacerle fuerza la quieta y pacífica posesión de tantos siglos, había reformado unos, corregido otros, desposeído a muchos y hecho solemne burla de no pocos: tanto, que aglunos críticos de buenas narices son de sentir que Antonio Gómez fue el texto de esos revolvedores de la naturaleza que ahora meten tanto ruido, pretendiendo aturrullarnos, los cuales no fueron más que unos hábiles glosadores o comentadores suyos. Y yo, aunque algo romo y pecador, me inclino mucho a que tienen razón, a lo menos en gran parte, como fácilmente lo probaría si mereciera la pena.

9. »Pero no metiéndonos ahora con los huesos del

86. J. B. Ladvocat (1709-1765), autor del *Dictionnaire historique portatif*, en cuya «advertencia» habla de Moreri varias veces, comparando los dos diccionarios, ya que L. Moreri (1643-1680) compiló el *Grand Dictionnaire historique, ou mélange curieux de l'histoire sacrée et profane* (1674).

señor Antonio Gómez, que están bien enterrados, siquiera por los que su merced hizo enterrar en Medina del Campo cuando fue médico de aquella villa, digo que bien pudiera no disimular el padre fray Barbadiño que aun en las físicas más rancias de España se hace larga y muy comprehensiva mención de las antiguas, y consiguientemente también de las modernas; porque éstas, según dijo poco ha, a la reserva de tal cual bachillería, esperimentillo o cosa tal, apenas son más que una pomposa o galana refundición de aquéllas. A Meliso[87] y Parménides, que no reconocían más que un único principio inmutable, indivisible, sin ponerle nombre ni querernos decir cómo era su gracia, pretendiendo que de la varia combinación de él se componían todos los cuerpos, y consiguientemente no reconociendo en ellos diferencia alguna específica y sustancial, sino meramente accidental, copiaron después todos los modernos que negaron las formas sustanciales y no reconocieron otro principio de todo cuerpo sensible que uno, al cual bautizó cada uno con el nombre que le dio la gana. Éste le llama átomos, aquél materia, el otro glóbulos, *et sic de reliquis.*

10. »A Meliso, Anaxímenes, Heráclito y Hesiodo, que también fueron filósofos monotelitas,[88] esto es, que tampoco reconocían más que un principio de todos los mixtos, pero dieron un pasito más adelante, y cada uno le nombró según su genio o capricho; porque Meliso, que debía de ser flemático y aguado, dijo que todas las cosas se componían de agua y no más; Anaxímenes, que debía de adolecer de fantástico y ligero, defendió que todo era puro aire; Heráclito, que sin duda era de genio ardiente y fogoso, se desgañitaba por persuadir que todo era fuego; y Hesiodo, que en su poema intitulado *Las obras y los días* acreditó su inclinación a la agricultura, y consiguientemente a los terrones, juraba por los dioses inmortales que todo cuanto veíamos y palpábamos era tierra, y no le sacarían

87. Meliso de Samos (siglo V a. C.), seguidor de Parménides.
88. *Monotelitas* eran los partidarios durante el siglo VII de las dos naturalezas divina y humana de Cristo, y de su única voluntad, divina.

de ahí cuantos araban y cavaban: digo, pues, que a estos filósofos de antaño también remedaron aquellos filósofos de hogaño que, firmes en la resolución de no admitir más que un único principio de todos los entes corpóreos, andan besando las manos a todos los cuatro elementos, unos a éste y otros a aquél, para acomodarse cada cual con el que mejor le parece. Y note usted sobre la marcha, mi padre fray Gerundio, que el peso del aire, que tanto nos cacarean los modernos como un descubrimiento muy importante que no se había hecho en el mundo hasta que se inventó la máquina neumática, y con el cual nos encajan una filosofía llena de ventosidades, ya en tiempo de Anaxímenes debía ser tan conocido como el peso del plomo. Porque si este filósofo tuvo para sí por cosa cierta e indubitable que todo cuanto veía y palpaba era aire y nada más (y, en cierto sentido, a fe que no le faltaba razón); que el plomo era aire, el hierro era aire, las piedras eran aire, necesariamente había de persuadirse a que el aire era pesado.

11. »En la misma cierta, firme y valedera persuasión estuvo no menos que el mismo Aristóteles, a quien sus propios discípulos en muchas materias dejan padecer unas persecuciones injustas de estos bellacones de filósofos modernos, que en Dios y en mi conciencia no sé cómo se lo sufre el corazón. Pero, ¿qué han de hacer los pobres, si los más ni aun por el pergamino han leído en su vida a su maestro? Pues este hombre verdaderamente grande conoció demostrativamente el peso del aire con su experimento que hizo sencillo, simple y natural, sin más máquina neumática que la de un triste pellejo. Pesóle primero estrujado, y pesóle después inflado, y halló que inflado pesaba más que estrujado; conque infirió legítimamente que, a no ser por arte de encantamiento, esto no podía suceder sin que el aire tuviese peso. Esta experiencia la refiere el mismo buen viejo claritamente, y no con palabras góticas, como él o sus intérpretes se esplican en otras partes, en el libro IV *De Coelo,* cap. IV. Y en verdad que para hacerla no hubo menester andarse con bolas de vidrio llenas de aire, ni con máquinas neumáticas para extraérsele, como lo hizo el bueno del académi-

co monsieur Amberg,[89] supongo que no más que *ad terrorem*; pues para la prueba bastaba cualquiera vejiga de puerco, de buey, y aunque fuese de un burro viejo.

12. »No le agradó a Empédocles esta monotonía en la constitución de los cuerpos; y queriendo echar el pie adelante a todos los que le habían precedido, dijo que aquéllos tan lejos estaban de componerse de un solo único elemento, que todos se componían de todos cuatro; pero no como nosotros grosera y sensiblemente los percibimos, impuros, mezclados y revueltos unos con otros; sino purísimos, desecadísimos y, en fin, como a cada uno le parió su madre la naturaleza. Preguntado en qué consistía la diferencia específica de los mixtos, puesto que todos se componían de unos mismos simples, respondía, con aquella gravedad y con aquella soberanía propia de un hombre que despreciaba coronas y cetros, que a la reserva del hombre (a quien no negaba alma racional distinta de los cuatro elementos) todos los demás mixtos sólo se diferenciaban entre sí, ya por la varia combinación de los elementos mismos, ya por el mayor predominio del uno sobre el otro; y que, así, entre la rana y el burro no había otra diferencia sino que en aquélla dominaba el agua y en éste la tierra, y que por eso croaba la una, y el otro rebuznaba.

13. »¿Parécele a usted, padre mío fray Gerundio, que los modernos no remedaron también al amigo don Empédocles? Pues cuente usted por secuaces suyos a todos aquellos médicos *à la dernière* (son éstos innumerables), los cuales no se contentan con decir que en todos los mixtos se mezclan los elementos, lo que apenas se puede dudar, sino que añaden que a ellos y a nada más se reducen todos los mixtos, pretendiendo que todo cuanto se extrae de ellos por el análisis o por la resolución es aire, agua, tierra y fuego, *et praeterea nihil*.[90] Cuente usted tam-

89. *Amberg*: Según Sebold (II, 102), se trata de Wilhelm Homberg (1652-1715), director de la Academia Real de Ciencias de París, desde 1707. Sebold escribe: «Isla está equivocado en todo lo que dice de Homberg» ya que, al parecer, lo confunde con un autor llamado Amontons.

90. «Y después, nada.»

bién por el mismo partido a los químicos, y sepa que éste el día de hoy es un partido formidable; los cuales, aunque de los elementos de Empédocles sólo admiten dos, conviene a saber, el agua y la tierra, y en lugar de los otros dos inventan ellos tres, a los cuales llaman espíritu, azufre y sal; pero en realidad el espíritu se reduce al aire, el azufre al fuego y la sal al agua; conque sólo añaden voces al sistema empedocliano. Finalmente, cuente usted por el mismo bando (según quieren malas lenguas) al habilísimo jesuita Honorato Fabri,[91] el cual, aunque en rigor hizo burla de todos los sistemas filosóficos sin declararse partidario de alguno de ellos; pero alguna mayor inclinacioncilla mostró a la opinión de nuestro Empédocles, bien que exceptuando de ella al hombre y a los brutos, porque esto no lo podía ajustar con lo que enseña la fe.

14. »Y los señores filósofos atomistas y corpusculares, que son los que hasta pocos años ha han metido más bulla, ¿piensa usted que fueron originales? Ríase de eso por su vida; tan monas, o tan monos, fueron como todos los demás. En diciéndole a usted que la filosofía atomista y corpuscular cuenta ya por lo menos cerca de dos mil y cien años de antigüedad, que la inventó Leucipo, la adelantó Demócrito y la extendió Epicuro más de trescientos años antes que naciese Cristo, sabrá que los Galileos de Galileis, los Gasendos, los Bacones, los Descartes, los Maignanes, los Saguens, los Toscas [92] y otros que no se pueden contar, no hicieron otra cosa que cristianizarla en lo que pudieron, refundirla en lo que no encontraron inconveniente, y sacarla al teatro barbihecha, afeitada y con zapatos nuevos.

91. Honoré Fabri (1607-1688), erudito que desempeñó distintos cargos dentro de la Compañía y que escribió sobre historia y matemáticas.

92. Jean Saguens, mínimo de finales del XVII y principios del XVIII, seguidor de Descartes y Maignan. Escribió *Philosophia Magnani Scholastica* (1703) y *Athomismus demonstratus* (1715). Tomás Vicente Tosca (1651-1723), de la congregación de San Felipe Neri, matemático y arquitecto valenciano. Entre otras cosas escribió *Compendio matemático* y *Compendio filosófico*. Uno de los más importantes novatores.

15. »Sólo con poner en limpio lo que dijo Empédocles está hecha la prueba. Soñó, pues, alguna noche que había cenado poco y bebido mucha agua (porque, con efecto, fue hombre templado), que allá desde la eternidad andaban revoleteando libremente y a sus aventuras, sin orden y sin concierto, por esos inmensos espacios que llamamos caos, una infinita multitud de átomos o de cuerpecillos, los cuales se estuvieron moviendo y traveseando sin forma y sin destino siglos de siglos, hasta que quiso su buena suerte y la nuestra que por dichosa casualidad se trabaron, unieron y pegaron todos unos con otros, y formaron esta prodigiosa masa de que se compone todo el universo: cielos, astros, montes, valles, ríos, plantas, brutos, hombres. Para que esta causalidad, aunque extraordinaria, no fuese milagrosa, vino muy a pelo y condujo mucho que los tales átomos o cuerpecillos no eran todos ni de una misma figura, ni de un mismo peso; sino que quiso la suerte que unos fuesen redondos, otros cuadrados, éstos cúbicos, aquéllos piramidales, unos cilíndricos, otros triangulares, agudos éstos, y aquéllos chatos, unos más pesados, y otros más leves. Y como estuvieron tanta infinidad de siglos encontrándose unos con otros, no fue imposible que al cabo acertasen a enlazarse, enredarse y engancharse recíprocamente, mezclándose con variedad unos con otros; y hétele formada toda la masa del mundo, con toda la diversidad de mixtos y de entes que la constituyen.

16. »Y no crea usted, amigo fray Gerundio, que Epicuro ni los muchos corbatines, bonetes y capillas que le copian al somormujo,[93] se embarazan en explicar la diversidad sensible de los entes según esta sentencia. ¡Bueno es eso para su despejo! Si usted les pregunta qué cosa es la tierra, responderán con la mayor satisfacción del mundo: Es un gran agregado de átomos cúbicos que juntó la casualidad en un montón, y en eso consiste la consistencia y la solidez de la tierra. Y el agua, ¿qué cosa es? Eso es

93. *somormujo*, a «lo somormujo, modo adverbial que vale por debajo del agua. Metafóricamente, vale ocultamente y con cautela» (*DA*, s. v. somorgujo).

claro como el agua. Es un casual conjunto de átomos redondos, circulares y globulosos, que no pueden estar parados si no los cierran en alguna vasija, o no los reprimen con algún dique; y ve ahí en que topa toda la fluidez de este elemento. ¿Y el fuego? El fuego, ¿quién no ve que es una masa de átomos piramidales, puntiagudos y muy afilados, que a fuerza de tales todo lo penetran, lo taladran y lo deshacen? Y el aire, ¿qué será? ¡Bella pregunta! ¿Qué entendimiento habrá tan romo, que no conozca que el aire no viene a ser más que un inmenso espacio ocupado de bolillas revoleteantes, mucho más menudas, tersas y lisas que las que componen el agua? Y en esto consiste clara e indubitablemente que aquél sea mucho más fluido y mucho más diáfano que ésta.

17. »Ve aquí, fray Gerundio amigo, los principales sueños de los filósofos antiguos y las principales imaginaciones de los modernos, que apenas se diferencian de aquéllos más que en media docena de terminillos y en haber sacado al teatro sus opiniones con otro traje más de moda. Yo no negaré que unos y otros hicieron lo que pudieron para averiguar sus secretos a la naturaleza y para sacar a luz sus escondrijos, y que esto es lo que se llama filosofía. Pero, ¿quien le ha dicho al reverendo señor don Barbadiño que esta filosofía se ignora en Portugal y en España? Cierto que, teniendo su merced tanta obligación como se sabe a no ignorar lo que ha pasado en su misma Universidad de Coimbra, causa admiración que afecte ignorar lo que escribieron los sabios jesuitas conimbricenses en su *Curso filosófico*.[94] Allí verá explicados muy extensamente todos estos sistemas y también los verá impugnados con el mayor nervio. Es verdad que como aquellos padres no alcanzaron a esos monsieures novísimos, no pudieron impugnarlos en sus propios términos. Pero sí es cosa averiguada que la que se llama filosofía nueva y flamante es sólo un tejido de las más añejas y de las más podridas del mundo. Todos los que tienen noticia de éstas, tienen noticia de aquélla; y todos los que im-

94. Eran en realidad libros para estudiar filosofía. Acabaron convirtiéndose en manuales y compendios.

pugnan las unas, impugnan la otra. Pues por esta cuenta, no sólo en el curso de los conimbricenses, sino en muchos de los cursos filosóficos que de docientos años a esta parte se han impreso en España, hallará mucha noticia de la que su paternidad barbadiña llama filosofía legítima, castiza y verdadera.

18. »Pero si todavía no se contenta con esto, y pretende que sea cierta su proposición mientras no se verifique que en los cursos de España se conoce en su propia y mismísima figura esta filosofía del tiempo, aun así será preciso que la vuelva al cuerpo. Porque si le dieran lugar para saber lo que pasa por acá sus estrechas correspondencias con ciertos amigos de Francia, y su aplicación infatigable a entender mal o a interpretar peor las bulas y breves pontificios sobre las misiones de Oriente, tendría sin duda noticia de que más ha de treinta años se publicó en España el *Curso filosófico* del sabio padre Luis de Losada,[95] cuya admirable física comienza por un largo y docto discurso preliminar en que se exponen, se examinan y se baten en brecha casi todos los sistemas filosóficos que se llaman modernos por mal nombre, representándolos todos con sus pelos y señales. Aunque esta impugnación, como imparcial y como verdaderamente sabia, no es tan en cerro ni tan a destajo, que en el discurso de la obra no se abracen algunas opiniones de los filósofos experimentales, desamparando la de los aristotélicos, a cuyo jefe, por lo demás, se sigue con juicio y sin empeño.

19. »Acordaríase también de que el insigne valenciano don Vicente Tosca no sólo nos dio larga noticia de todas las recientes sectas filosóficas, sino que aun se empeñó el santo clérigo en que había de introducirlas en España, desterrando de ella la aristotélica. No logró el todo de su empeño, pero le consiguió en gran parte; porque en los reinos de Valencia y de Aragón se perdió del todo el miedo al nombre de Aristóteles. Se examinaron sus razones, sin respetar su autoridad; se conservaron aquellas opiniones suyas que se hallaron estar bien establecidas, o

95. Luis de Losada (1681-1748). Catedrático de Filosofía de Salamanca y amigo de Isla. Juntos escribieron *La juventud triunfante.*

por lo menos no concluyentemente impugnadas; y al mismo tiempo se abrazaron otras de los modernos que parecieron puestas en razón. De manera que en las universidades de aquellos dos reinos se tiene noticia de lo que han dicho los novísimos terapeutas de la naturaleza, como se puede tener en la mismísima Berlín; y hay filósofos que pueden hablar con tanta inteligencia en estas materias a las barbas de la misma Academia de las Ciencias de París, como los Régis y los Regaults en su mesma mesmedad.[96]

20. «Finalmente, ahora, ahora en fresco, y como dicen, todavía chorreando tinta, se acaba de imprimir en Salamanca el primer tomo de un curso filosófico que ha de constar no menos que de doce volúmenes, en el cual, según promete el autor, cuando llegue al tercero, todo él le ha de emplear en llamar a juicio todas las sectas filosóficas recién nacidas o resucitadas; y el cuarto, en examinar los recovecos de la naturaleza al gusto de los modernos, sin perjuicio del derecho que se reserva de averiguar en el quinto las verdaderas causas de tantas travesuras como hacen los meteoros, y de pasearse en el sexto por los cielos como pudiera por su celda; donde es preciso que vuelva a encontrarse con los neotéricos, y, o los abrace como amigos, o los precipite de aquellas alturas como espíritus rebeldes que no merecen pisar el estrellado país que no conocen. Ora bien: yo salgo por fiador de la habilidad del autor, pero no respondo del acierto de su ejecución; y más cuando él mismo destina ya *in praevisione* el tomo undécimo para corregir los errores, descuidos o equivocaciones de los diez precedentes; lo que parece señal de que a lo menos en estos diez tiene ánimo de errar, descuidarse o equivocarse mucho, pues le ha hecho tan de antemano a dedicar todo un tomo a este único asunto. Verdad es que para eso está seguro de que en el tomo duodécimo y último no ha de padecer la menor equivocación, error o descuido en los prolegómenos a la teología positiva y dogmática, de que ha de tra-

96. Isla constata con estas palabras el diferente estado cultural que se vivía a principios de siglo en el Levante español, resultado de la acción de los novatores.

tar, si Dios fuere servido, para abrir los ojos a los teólogos y predicadores novicios. Pues a no estar muy cierto de que este último volumen no ha de contener alguna errata o descuidillo, era natural que el tomo de las erratas le reservase para el postrero, para comprehender también en él las de los prolegómenos, como lo han hecho hasta aquí todos aquellos escritores que quisieron dejarnos el buen ejemplo de confesar que fueron hombres.

CAPÍTULO VII

CÁNSASE DE HABLAR EL BENEFICIADO, SACA LA CAJA, TOMA UN POLVO, ESTORNUDA, SUÉNASE, LÍMPIASE, Y PROSIGUE LA CONVERSACIÓN

»DE todo lo cual inferirá usted, mi padre fray Gerundio, que el señor arcediano Barbadiño habló con sobrada indigestión en punto de filosofía de España; pues aunque bien se pudiera ahorrar mucho de lo que en ella se enseña, y emplearlo mejor sin salir de la materia, pero no se pierde tanto tiempo como pondera su merced muy reverenda. Y al cabo, el filósofo gasendista, el cartesiano, el newtonio y el aristotélico, algarabía más, algarabía menos, todos salimos a nuestra algarabía. Pero bien entendido que sin este tal cual estudio de la naturaleza apenas se puede dar paso con acierto en las demás sagradas facultades.

2. Atónito, estuvo oyendo el pacientísimo fray Gerundio todo el largo razonamiento del señor beneficiado, sin toser, sin escupir, sin cespitar y aun sin pestañear sino una sola vez, allá hacia el medio de la arenga, que se le puso una mosca de burro sobre la ceja zurda, y se le pegó de modo que les costó mucho trabajo el desprenderla. Pasmóse de lo que le había oído ensartar con la leve ocasión de lo que le había preguntado acerca del Barbadiño; y aunque zorroclonco,[97] no dejó de co-

97. *zorroclonco*, zorrocloco «llaman también al hombre tardo en sus operaciones y que parece bobo, pero no se descuida de su utilidad y provecho» *(DA)*.

nocer que tenía razón en lo que había dicho, pero que sobraba la mitad, y aun las tres partes y media, para lo que pedía una conversación en que no se trataba sino por incidencia acerca de este autor. Pero como, en efecto, le había dado gusto todo lo que acababa de oírle, y el empeño del frailecito era escapar el cuerpo, si pudiese, a todo estudio escolástico, por dedicarse cuanto antes al baratillo del *verbum Dei*, según la instrucción del lego su catequista y de su héroe el padre predicador mayor de la casa, quiso apurar del todo la materia. Y pareciéndole que por lo menos lo que decía el Barbadiño acerca de la teología escolástica no tenía respuesta, le dijo:

—Señor beneficiado, todo lo que usted me acaba de explicar acerca de la filosofía me parece lindamente; y aunque la verdad sea dicha que en lo más de ello yo no he entendido palabra, pero a mí me suena bien, y convengo en que no hace daño saber un poco de filosofía, aunque sea de la que nos enseñan por acá. Yo, bien o mal, ya estoy para acabar mis tres años; y tanto como hablar de materia primera, de formas sustanciales, de unión de compuesto *in fieri*, de principio *quod* y *quo*, y así de otras zarandajas, ya me atreveré a hacerlo como cualquier arcipreste. Pero eso de pensar nuestros padres en que me han de obligar a que estudie teología escolástica, ¡tararira! No lo conseguirán, aunque me emparedaran.

3. —¿Y por qué, amigo fray Gerundio? —le preguntó el beneficiado.

—¿Por qué? Por las cosas que dice de la tal dichosa teología el susodicho Barbadiño.

—Pues, ¿qué dice? —le replicó el bellacuelo del clérigo.

—¿Qué ha de decir? Mejor lo sabe usted que yo. Dice, lo primero, que esta facultad se trata pésimamente en Portugal, no sólo en los conventos, sino también en las universidades. Y consiguientemente lo mismo dirá de toda España, porque en toda ella no se trata de la teología de otra manera que en Portugal.

—Y eso, ¿cómo lo prueba, padre mío?

—¿Cómo lo ha de probar? Con una razón que no tiene respuesta; porque dice que acá se estudian cuatro años de teología, asistiéndose a cuatro cátedras, en las cuales se explican cada año dos materias de teología escolástica, una de moral, y otra de Escritura a la que ningún estudiante concurre, porque dicen que sólo es buena para los predicadores. Y en esto, en verdad que tiene razón; porque en este nuestro convento por lo menos, donde también hay estudios de teología, yo no he visto otro modo de enseñarla, y discurro que lo mismo sucederá en los demás.

—¿Y parécele a usted que eso basta —le preguntó el beneficiado— para decir que se trata pésimamente la teología?

—A mí me parece que sí —respondió fray Gerundio.

—Pues a mí me parece que no —replicó el beneficiado—; porque eso a lo sumo probará que el método no es bueno; que al cabo de los cuatro años es poca teología la que se trata; que ocho materias o tratados escolásticos, cuatro de moral y otros tantos de Escritura no bastan para que el estudiante salga teólogo hecho, ni aun para que tenga noticia de la vigésima parte de la teología. Y en esto no iría descaminado; pero no prueba que la teología, poca o mucha, que se trata, se trate pésimamente, que es lo que suena su valiente y atrevida proposición. Fuera de que no puede ignorar el Barbadiño que en una de las célebres escuelas de España, al cabo de los cuatro años, se estudian o se recorren todos los tratados de la teología escolástica por un famoso compendio que no le hizo ningún español, sino un docto religioso francés, y por lo mismo será que su aprobación. Si en otra de las escuelas no menos célebres se observa el método que él satiriza, será, o porque todavía no tiene un compendio teológico según sus principios, de su satisfacción y acomodo para el uso de los estudiantes, o por otras razones que allá ella se tendría. Pues al fin, como decía un alcalde de Villaornate, «si es teatino y se ahogó, cuenta le tendría.»

4. —¿Y qué me dice usted —le preguntó Fray Gerundio— de lo que añade poco después el mismo Barbadiño?

Que «el primer perjuicio o la primera preocupación que saca el estudiante del método de las escuelas es persuadirse que la Escritura para nada sirve al teólogo». Y el segundo «es estar en la persuasión de que no hay otra teología en el mundo, sino cuatro cuestiones de especulativa, y que todo lo demás son arengas y ociosidades de extranjeros..., siendo ésta, en efecto, la preocupación general de todos los teólogos de este reino, y no rapaces o ignorantes, sino maestros y hombres de barbas hasta la cintura».

5. —¿Qué quiere usted que me parezca? —respondió el beneficiado—. Que como el Barbadiño escribió la carta donde estampó estos disparates (y es la XIX del segundo tomo) cuando acababa de padecer ciertos vértigos, o vertígenes, o vahídos, o como quisieren llamarlos, según él mismo dice al principio de ella, y debía de ser muy acosado de este accidente, por lo que se reconoce en sus cartas, todavía parece que le duraban algunas reliquias del vértigo cuando afirmó dos proposiciones tan disparatadas con aquella osadía que es tan natural al hombre. Yo estudiante he sido, y con estudiantes he tratado en las tres Universidades de Salamanca, Alcalá y Valladolid, donde se estudia la teología escolástica, punto más, punto menos, con el mismo método que en Coimbra. Pero hasta ahora no encontré estudiante tan zopenco, que de dicho método sacase la preocupación de persuadirse que la Escritura para nada sirve al teólogo. ¿Ni cómo es posible que alguno la sacase, a menos que padeciese vértigos, viendo con sus mismos ojos que en toda la teología escolástica no hay cuestión alguna, por especulativa, por abstraída, por metafísica, por sutil o por inútil que sea o parezca, la cual, bien o mal, no se procure probar con la Escritura? Y si no, señale siquiera una el Barbadiño. Aun la que él pone repetidas veces por verbigracia de las que llama *puerilidades teológicas,* conviene a saber: «Si el principio *quo* generativo o productivo en el Padre y en el Hijo consiste en predicado relativo, o absoluto», todos los autores que siguen diferentes opiniones procuran fundar la suya en textos de la Escritura. Pues, ¿qué estudiante ha de persuadirse que la Escritura para nada sirve al teólogo, cuando

sin Escritura no encuentra siquiera una cuestión de teología?

Esto es saber hablar mal,
Por no saber hablar bien;
Y esto es mentir magistral,
Por siempre jamás, amén.

6. »El otro testimonio que levanta el Barbadiño, no ya a los estudiantes rapaces, sino a maestros con barbas hasta la cintura, de que están en la persuación de que no hay otra teología en el mundo que cuatro cuestiones especulativas, no le va en zaga al primero. Aquí donde usted me ve, sepa que también corrí mi cachico de Portugal, donde traté con *lentes* y *mestres*[98] de Teología que regentaban *as primeiras cadeiras* del reino. En España he rodado mucha bola, y, aunque indigno, pecador y vil gusano, he conversado silla a silla y facha a facha con muchos padres catedráticos, y hasta algunos padres lectores de la legua; quiero decir, aquellos lectores *in pártibus,* y como de burlas, que son lectores titulares de conventos semipinzochos,[99] los cuales suelen ser más fieros y más entonados que los mismos catedráticos. Digo que hasta alguno de estos padres lectores de honor se han dignado darme puerta y silla, tratándome con cariño y casi con amistad. Pues certifico, y en caso necesario juraré *inverbo sacerdotis,* que a ninguno, a ninguno he encontrado tan boto de entendimiento, que no supiese muy bien que además de la teología escolástica, o *positiva,* como la llama siempre el padre de las barbas largas, hay la dogmativa, la expositiva y la moral, a las que algunos añaden como teología aparte la ascética o la mística y que todas estas cuatro o cinco teologías se dan la mano unas y otras, de manera que tienen cierta dependencia o conexión entre sí, y tanta, que ninguno puede llamarse teólogo consumado si no está versado más que medianamente en todas ellas. Es verdad que suponen nuestros maestros (y por

98. Isla alude a su viaje por Portugal. «lectores y maestros».
99. *semipinchozos*: semiignorantes.

mí la cuenta si se engañaren en esta suposición) que sin entender más que a media rienda la teología escolástica, hay grande peligro de desbarrar mucho en la dogmática, de dar de hocicos en la expositiva, de no entender bien lo moral, y de escribir cien disparates en la ascética, salva siempre la iluminación sobrenatural, que lo suple todo. Esto es lo que he oído constantemente a todos nuestros maestros, no sólo a aquellos que tenían barbas hasta la cintura, pero aun a muchos que apenas los apuntaba el bozo del magisterio, y aun a tal cual que parecía capón en el fuero externo, aunque delante de la cara de Dios sería lo que Su Majestad fuese servido. Pues, ¿dónde encontró el señor padre Barbadiño esos maestros con barbas hasta la cintura, que estaban persuadidos a que no había otra teología en el mundo que cuatro cuestiones especulativas?

7. —A lo menos —replicó fray Gerundio— no me negará usted que tiene razón en lo que añade más abajo. Que «todos los teólogos escolásticos están tan satisfechos de su especulativa, que dan al diantre a los extranjeros porque se desviaron de ella..., y que no vio hasta ahora teólogo alguno de los que abrazaron con todo su corazón el peripato, que habiendo de proferir censura sobre los que introdujeron el método moderno, tomase el trabajo de examinar bien las razones en que se fundan los contrarios».

8. —¡Pobre fray Gerundio —respondió el beneficiado—, y qué bellas tragaderas que tiene! Si así engulle todo lo que encuentra en los libros, morirá de repleción de disparates. Muchos ensarta el Barbadiño en ese par de cláusulas que le copia. Supone, lo primero, que todos los extranjeros se desvían de la teología especulativa; pues eso y no otra cosa quiere decir aquella proposición indefinida y absoluta, de que los teólogos escolásticos dan al diantre a los extranjeros porque se desviaron de ella. Pero, ¿quién le ha dicho a su paternidad barbadiña que todos los extranjeros se desviaron, ni se desvían, de la teología escolástica? Gonet y Contenson, dominicos, ¿fueron portugueses o andaluces? Rhodes, Lesio, Tanero, jesuitas, ¿fueron asturianos o extremeños? El cardenal de Noris y la Martinière, agustinos, ¿fueron gallegos o campesinos? Mas-

trio y Wigand, franciscanos, ¿fueron babazorros[100] o de las Batuecas? ¿Y éstos se desviaron de la teología, cuando muchos la comentaron toda, y los más una gran parte de ella? No quiero alegarle más ejemplos, porque sería negocio de formar una biblioteca. Los únicos extranjeros que se desvían de la teología escolástica son aquellos a quienes incomoda ésta para delirar a su satisfacción en la dogmática, en la moral y en la ascética, sin reconocer otra regla para la inteligencia de la expositiva que el capricho y la bodoquera de cada uno. Quienes sean estos monsieures, no es menester declarárselo al Barbadiño; porque en sus escritos, y aun sin salir de esta carta, da fieros indicios de mantener gran correspondencia, o a lo menos de profesar mucha devoción a los principios, y tener gran fe con las noticias que gasta cierto gremio de ellos. Y aun de éstos, no todos tienen tanta ojeriza con la teología escolástica, como graciosamente quiere suponer su merced barbadiña. Y si no, ahí está el doctor Jorge Bull, profesor de teología y presbítero de la Iglesia anglicana, que murió obispo de San David el año de 1716, cuyas obras teológico-escolásticas, en folio, nada deben a las alambicadas que se han estampado en Salamanca y Coimbra. Y como los puntos que por la mayor parte trata en ellas son sobre los misterios capitales de nuestra santa fe, conviene a saber, sobre el misterio de la Trinidad y sobre el de la divinidad de Cristo, en los cuales su seudo iglesia anglicana no se desvía de la católica, en verdad que los manejó con tanto nervio y con tanta delicadeza, que los teólogos ortodoxos más escolastizados, como si dijéramos *electrizados,* hacen grande estimación de dichas obras. Y aun en los dos tratados que escribió acerca de la justificación, que es punto más resbaladizo, en los principios que abrazó no se separó de los teólogos católicos; en algunas consecuencias que infirió, ya dio bastantemente a entender la mala leche que había mamado. Pues, ¿por qué nos ha de querer embocar el señor Barbón que los ex-

100. *babazorros*: nombre que jocosamente se da a los que nacen y son de la provincia de Álava. En Aragón se aplica a los bobos que presumen de agudos *(DA).*

tranjeros se desvían de la teología especulativa, y que por eso los dan al diantre los teólogos escolásticos de Portugal y de España? Yo sí que doy al diantre los vértigos que afligieron a dicho señor, en fuerza de los cuales deliró tanto el *coitado fradinho,* y nos quiso embocar tantas *parvoices.*[101]

9. «Pues ahí es un grano de anís las que contiene la otra cláusula suya con que me reconviene usted: que «no vio *ainda* teólogo alguno de los que abrazaron con todo su corazón el peripato, que habiendo de proferir censura sobre los que introdujeron el método moderno, tomase el trabajo de examinar bien las razones en que se fundan los contrarios». Tampoco yo vi *ainda* escritor alguno de los que abrazaron con todo su corazón la mordacidad, que escribiese con mayor satisfacción ni que digiriese menos lo que escribía.

10. —¿Qué le parece a usted que entiende por teólogos que abrazaron con todo su corazón el peripato?

—Lea un poquito más abajo, y lo encontrará. Entiende los que estudian la teología escolástica, «por cuyo nombre —dice él— se entiende una teología fundada en los perjuicios [102] de la filosofía peripatética: quiere decir, sobre las *formas sustanciales* y *accidentes,* y sobre las otras galanterías de la escuela». Pero, ¿no me dirá donde encontró esta casta de teólogos, ni dónde halló teología de esta especie? La teología escolástica que se usa por acá no está fundada sobre las preocupaciones de la filosofía peripatética, ni se vale de ella para maldita la cosa, sino única y precisamente para el uso de los términos facultativos, a los cuales se les dio una significación arbitraria, como: esencia, predicados, formas, accidentes, propiedades, emanaciones, *ut quo, ut quod, formaliter, materialiter, auxilium quo, et sine quo,* ecceidades, individuaciones, relativos, absolutos, etc. Todas estas galanterías solamente la sirven para explicar con menos palabras lo que quiere decir; y se vale de estas voces por suponerlas ya entendidas desde la lógica y filosofía peripatética, donde se usa de ellas para

101. *coitado fradinho*: encogido frailecito. *parvoices*: dichos tontos.
102. *perjuicios* por prejuicios.

los mismos significados; pero estos significados se aplican a principios y asuntos muy distintos, y aun inconexos con casi toda la teología escolástica. ¿Es esto estar fundada esta teología sobre los perjuicios de la filosofía peripatética? De esta manera, también dirá que están fundados sobre el peripato todos los tratados que en este siglo han hecho entre sí los príncipes de Europa, sean de paces, sean de comercio, sean de alianza, sean también aquellos que se llaman *tratados de familia*; porque en casi todos ellos se lee el terminillo de que se quedarán las cosas *in statu quo,* que es tan peripatético como el *ut quod,* el *in eo quod quid* y el *quoad an est.* Si hay algunas cuestiones en la teología escolástica que en la sustancia sean anfibias, esto es, que igualmente pertenezcan a la teología que a la filosofía, como son las que tratan de la existencia de Dios como primera causa de la creación del mundo en tiempo, de la espiritualidad del alma, del libre albedrío o de la libertad de los actos humanos, y algunas otras pocas más, éstas se tratan con total independencia de los principios aristotélicos; y muchas de ellas con positiva oposición a ellos, y para nada recurrimos a la filosofía del Estagirita, sino puramente para explicarnos y para que recíprocamente nos entendamos. Pues, ¿qué teología escolástica de mis pecados es esta que está fundada en la filosofía peripatética? Vaya, que cuando escribió esto, todavía le debía durar el vértigo al santo padre.

11. »¿Y con qué conciencia dice que «*ainda* no vio teólogo alguno de los que abrazaron con todo su corazón el peripato, que queriendo censurar a los que introdujeron el método moderno, tomase el trabajo de examinar bien las razones en que se fundan los contrarios?» ¿De qué método habla su paternidad muy arcediana? Porque si habla del método de la teología escolástica (que es la teología en cuestión), ni los modernos, ni los antiguos, ni los peripatéticos, ni los newtonianos han inventado otro método que el que introdujo Pedro Lombardo, imitó Santo Tomás y siguieron después todos los demás. Y si no, díganos su merced, por su vida, dónde encontró otro método de teología escolástica. Si habla de la teología puramente dogmática (que será un grande despropósito para

el asunto), lo primero, hasta ahora no se ha escrito cuerpo alguno *entero* que comprehenda metódicamente *todos* los tratados pertenecientes a esta teología. Y si no, díganos el señor Barbadiño cómo es la gracia del autor que los escribió, o que a lo menos hizo la colección de ellos. Lo segundo, en los innumerables tratados dogmáticos que se han escrito, cada autor ha seguido el método que le ha parecido, o el que le ha venido más a cuento: unos, oratorio; otros, académico; éstos, con *ergos*; aquéllos, sin ellos; los más, por libros o tratados; muchos, por disputas y cuestiones; algunos, en figura de diálogos; y finalmente, los dogmáticos modernísimos que ha escrito contra las herejías del tiempo, y especialmente contra la que hoy es de la gran moda, de la cual muestra tener grandes noticias el señor fray arcediano, han preferido el método de cartas dialogizadas, el idioma vulgar y el aire un poco chufletero, para lo cual no les han faltado buenas y sólidas razones. Ningún teólogo escolástico y católico ha censurado hasta ahora alguno de estos métodos. O señálenosle con el dedo el padre de las barbas a tiros largos. Pues, ¿para qué es meter tanta bulla y fingir fantasmones para dar de palos al aire?

12. »Mas no es ésta la madre del cordero. Con el sobreescrito del método, su verdadero intento es desterrar del mundo la teología escolástica, como él mismo lo confiesa sin rebozo; pues de ella dice constantemente que no sólo es superflua, sino perjudicial a los dogmas de la religión. Esto hiede que apesta. Lutero, Beza, Calvino, Melanchton y el Barbadiño de su tiempo, Erasmo de Rotterdam, dijeron lo mismo en propios términos. Los amigotes del señor arcediano son de la misma opinión; y nada acredita más la utilidad y aun la necesidad de la teología escolástica, para la inteligencia y para la defensa de los dogmas, que lo mucho que incomoda a estos monsieures.

13. »Pues el padre de las barbas postizas escribe dentro de Italia, ya tendrá noticia (si no la tiene, yo se la doy ahora) de las obras de Benedicto Alctini, alias el padre Benedicti, jesuita, y de las explicaciones teológicas de los cánones del Concilio de Trento sobre los sacramentos que el sabio servita Juan María Bertoli imprimió en Venecia

el año de 1714. Lea lo que escribieron estos dos autores de a folio contra cierto autorcillo italiano que salió por entonces con el mismo proyecto con que sale ahora el señor Barbazas, de querer desterrar del mundo la teología escolástica, para sustituir en lugar de ella la lección y la explicación de las obras de los Santos Padres. Allí verá que el autor italiano supone, tan en falso como el señor portugués, que en las escuelas no se hace caso del estudio de los Santos Padres. ¡Impostura palmaria! Pues la teología escolástica apenas es más que un compendio de sus obras, en el cual, o se examinan sus diferentes opiniones sobre principios ciertos, comunes y admitidos por todos ellos, o se comparan y se cotejan unos con otros para discernir por medio de este examen y comparación lo que en su modo de hablar no parece tan exacto; o juntando las opiniones de todos acerca de los dogmas, se forma una especie de cadena y serie cronológica de tradición; y en fin, en ella se encuentra toda la doctrina de los Padres, pero digerida según el orden de las materias, desembarazada de digresiones inútiles, limpia, y como acribada de todos los descuidos que pudo mezclar en ella la flaqueza humana, ilustrada y confirmada con las autoridades de la Escritura y con el peso de la razón. De manera que estudiar teología escolástica es estudiar a los Santos Padres, pero estudiarlos con método. «El autor italiano —dice el sabio servita (y óigalo con atención, con docilidad y con espíritu de compunción el seudocapuchino)—, el autor italiano y sus semejantes, poco versados en este género de estudios, ingenios y genios superficiales, amigos de la novedad, que, afectando hacerse distinguir, se apartan del camino carretero, introducirían en las escuelas una extraña confusión si llegase a abrazarse su proyecto. El estudio vago y mal arreglado de los Santos Padres, reducido a leer sus obras sin haber instruido antes en los principios necesarios para entenderlas bien y para formar recto juicio de lo que quieren decir, llenaría al mundo de herejes o de sabios de perspectiva; bien cargada su memoria de lugares, de sentencia y de centones, en montón; pero su pobre entendimiento más oprimido que ilustrado con todo aquel estudio o embolismo.» Hasta aquí el docto servita.

14. »¡Y luego nos dirá en nuestras barbas el barbadísimo y aun barbarísimo señor que la teología escolástica no sólo es superflua, sino perjudicial a los dogmas de la religión! Sea por amor de Dios la desvergüenza. Si se contentara con decir que en casi todos los tratados de ella se mezclan cuestiones inútiles que pudieran y aun debieran ahorrarse; que aun muchas de las útiles y necesarias se tratan con una prolijidad intolerable; que en varias de ellas, de cada argumento se ha formado una cuestión, y aun una disputa, y aun tal vez una materia entera, para cuyo estudio no sé yo si el mismo Job tendría bastante paciencia, adelante. Ya se le oiría con cristina conformidad, y aun puede ser que en esta opinión no fuese solo. Pero espetarnos a red barredera [103] y en cerro que la teología escolástica no sólo es superflua, sino perjudicial a los dogmas de la religión, ¡voto a... que si fuera inquisidor general! Mas tomemos un polvo, mi padre fray Gerundio, y refresquémonos un poco; que ya me iba calentando.

15. Con efecto; le tomó el bueno del beneficiado, sonóse, gargajeó y prosiguió en su tono y frescura natural:

—No es tan lerdo el Barbadiño, que no conociese que luego le habían de dar en las barbas con los patronos y secuaces de la teología escolástica como, verbigracia: Alberto Magno, Santo Tomás, San Buenaventura, San Juan Capistrano, y en fin todos los santos teólogos que han florecido desde el siglo XII acá; porque su paternidad no quiere hacer más anciana a dicha teología; a algunos de los cuales santos los tiene admitidos la Iglesia por sus Doctores; y parece terrible osadía decir que los Doctores de la Iglesia enseñaron una teología perjudicial a los dogmas de la religión. No disimula el padre Barbeta este feroz argumento, aunque es verdad que le propone blandamente y como al soslayo. Pero ¿qué solución dará a él?

16. »Dice, lo primero, que esto importa un bledo,

103. *red barredera*: «red para pescar, cuyas mallas son más estrechas y cerradas que las comunes, a fin de que no se escape la pesca pequeña. Díjose así porque barre el río, llevándose cuanto encuentra. Úsase también en sentido metafórico» *(DA)*.

«porque los santos florecieron en un siglo en que casi no se sabía otra cosa, y que conformándose con lo que se practicaba en su tiempo, tiene alguna disculpa». Vamos, que la solución se lleva los bigotes;[104] y queda el entendimiento plenamente satisfecho de que la Iglesia pudo, con grandísima razón y con no menor serenidad de conciencia, colocar en la clase de sus Doctores a unos santos que enseñaron una teología perjudicial a sus dogmas, por cuanto, los pobres, no tuvieron la culpa de florecer en un siglo en que casi no se sabía otra cosa; y en caso de tener alguna en conformarse con lo que se practicaba en su tiempo, sería una culpilla venial que se quitaba con agua bendita, y no podía perjudicarles para obtener la suprema borla de Doctores de la Iglesia.

17. »Pero vaya una preguntita, así como de paso y sobre la marcha: ¿Con qué teología confundió Santo Tomás a los herejes que se levantaron en su tiempo? ¿Fue con la que aprendió y enseñó, o con la que todavía no se había fundado, ni se fundó hasta que esos teologazos modernos, llenos de celo y de caridad, abrieron los ojos a la pobre Iglesia, que por tantos siglos los había tenido lastimosamente cerrados o a lo menos legañosos? ¿Y en qué consistirá que «todos los herejes están de tan mal humor con este Santo Doctor», como dice con discreción cierto moderno? Si tu teología es tan perjudicial a los dogmas de la religión, ¿por qué no la abrazan, por qué no la siguen, por qué no hacen muchas cortesías al Santo y celebran su fiesta con un octavario de sermones? El hecho es, dice el citado recencior,[105] que el verdadero motivo «por que todos los herejes están tan avinagrados contra este admirable Doctor, es porque a él se le dabe aquel método regular que reina en las escuelas, con el cual se desenredan las opiniones, se quita la mascarilla al error, se pone de claro en claro la verdad, se explican con limpieza y con claridad los dogmas de la fe, según el verdadero sentido de la Iglesia y de los Padres.» Y concluye: «No ha

104. *se lleva los bigotes*: tiene gracia.
105. *recencior*: palabra que no se encuentra en los diccionarios pero que ha de aludir a compilador, recensor, etc.

tenido la herejía enemigo mayor que nuestro Santo, porque nunca ha podido defenderse contra la solidez y, si me es lícito hablar así, contra la casi infalibilidad de su doctrina.» ¡A, seó Calcillas![106] ¿Y todavía dirá vuestra merced y lo dirá constantemente, que la teología escolástica es perjudicial a los dogmas de la fe? Pues yo también le diré a vuestra merced constantemente que creo a ciegas en la del símbolo de los Apóstoles; mas para creer en la que vuestra merced profesa, necesito mucho examen. Y le advierto a vuestra merced que el autor de dichas palabras no es algún padre dominico a quien le ciegue la pasión, sino otro de profesión muy diferente que sabe venerar las opiniones del Santo Doctor y, si algunas no le arman, separarse de ellas con reverencia.

18. »Dice, lo segundo, que «si Alberto Magno y su discípulo Santo Tomás comentaron a Aristóteles, no fue —a lo que él cree— porque lo juzgasen útil, sino por hacer ese servicio al público, que en aquel tiempo estaba muy preocupado por Aristóteles». Hizo bien en añadir *a lo que creo,* porque el hombre da muchos indicios de creer enrevesadamente. Esto es decir en buenos términos que cree que Alberto Magno y Santo Tomás fueron unos hombres aduladores, unos doctores lisonjeros, unos maestros de aquellos que caracteriza San Pablo; los cuales, por acomodarse al gusto y a las pasiones del pueblo, le enseñan doctrina falsa, inútil y aun perniciosa, y, apartando voluntariamente los ojos de la verdad, aunque saben muy bien hacia dónde cae, le embocan fábulas, patrañas o embelecos inútiles. ¡Pobres lumbreras de la Iglesia, y en qué manos habéis caído! Siquiera no os deja el carácter de hombres de bien, de honor y de sinceridad, que no saben engañar a nadie sin que primero se engañen a sí mismos; y cuando en cualquiera materia es la mayor vileza de un autor escribir contra lo que siente, por lisonjear el mal gusto del público, en una materia de tanta gravedad y de tanta importancia como la Sagrada Teología, no repara en hacer reos de semejante ruindad a unos hombres como Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino; a quienes so-

106. *seó Calzillas*: hombre tímido.

braba su santidad, y bastaría al uno su dignidad de obispo de Ratisbona, y al otro su nacimiento, para que los hiciese más merced y más justicia. Si esto lo dijera un rapagón [107] desbarbado, adelante; pudiera pasar por rapazada. Pero decirlo y estamparlo un hombre que afecta profesión de barbas largas, ¿no merecía que se las arrancasen?

19. »Ora bien, mi sincerísimo padre fray Gerundio: un año duraría nuestra conversación, si hubiera de seguir pie a pie al Barbadiño en todos los disparates que dice, con su acostumbrada satisfacción y regüeldos, en sola esta carta sobre el método con que se estudia la teología escolástica, y si me hubiera de empeñar en impugnarlos. Yo estoy ya cansado, y sólo el hablar de este hombre me fastidia. El abrirle los ojos a él, que los tiene cerrados con la presunción, y el abrírselos a sus apasionados, que se conoce lo son a cierra ojos, y no más que por el sonsonete, sería una grande obra de caridad; pero sería obra muy larga, aunque no dificultosa. Porque yo, con ser así que soy un pobre pelón, me atrevía a hacerle ridículo y a poner de par en par más claros que la luz que nos alumbra los innumerables desbarros que profiere en casi todas las materias que trata, aunque, como dije a usted al principio de nuestra conversación, no deje de traer *muita coisa boa.* Pero ni yo estoy de vagar, ni esto es por ahora de mi instituto. Sólo diré a usted que en esta carta sobre la teología escolástica, muestra una grande adhesión a los enemigos más solapados y más perniciosos de la Iglesia; que adopta sus máximas; que celebra sus libros o sus ediciones de las obras de los Santos Padres, que están prohibidas por adulteradas; que insinúa con grande artificio su doctrina; y en fin, que todas cuantas reflexiones hace sobre la teología escolástica, con intento de desterrarla del mundo, de ellos las tomó, y en sus cenagosos charcos las bebió; especialmente de los seis libros que el año de mil y setecientos dio a luz Juan Owen, no el célebre poeta inglés, sino otro de su mismo nombre y apellido, que los intituló *De natu-*

107. *rapagón*: «el mozo joven, que aún no le ha salido la barba, y parece que está como rapado» *(DA).*

ra, ortu, progressu et studio verae theologiae.[108] Y ya que hablamos de Juan Owen, no debe llevar a mal el padre Barbadiño que me den en rostro muchas cosas suyas, cuando hago justicia al mérito de otras, siquiera porque no me comprehenda la paulina [109] del poeta al principio de sus epigramas:

Qui legis ista, tuam reprehendo, si mea laudas
Omnia, stultitiam; si nihil, invidiam.

Y porque temo que el latín que enseñó a usted el dómine Zancas-Largas no alcanza a que entienda de repente este epigrama, allá va su traducción en esta cuarteta, que se me antojó hacer ahora para alegrar un poco la conversación:

Desde luego te declaro,
Lector de estos epigramas,
Por necio, si alabas todo;
Por envidioso, si nada.

20. »Pero me hace lástima acabar esta conferencia sin que usted me ayude a reír del método que propone el Barbadiño para estudiar la verdadera y provechosa teología, después de haber hecho tan solemne burla del que se observa para estudiar la que él llama inútil y perjudicial.

21. »Dice, pues, que «el primer prolegómeno de la teología ha de ser la historia eclesiástica y civil, antes de Cristo y después de Cristo»; que, consiguientemente, «la primerita cosa que ha de hacer el estudiante que entra en la teología, es estudiar en breve la historia del Testamento Antiguo; después la de Cristo para acá; después la de los emperadores romanos, por lo menos hasta el sexto

108. John Owen (1616-1683), teólogo inglés, favorito de Cromwell y jefe del partido disidente después de la Restauración. El libro citado por Isla se publicó en 1661. No confundirlo con el John Owen poeta que aparece en el libro primero. Vid. nota 143 del libro primero.
109. *paulina*: carta de excomunión.

siglo, y que ésta se ha de estudiar *muito bem*». Que como no se puede estudiar ni entender bien la historia sin la cronología y la geografía, «ante todas cosas debe buscar una tabla cronológica de éstas que se encuentran en un pliego de papel de marca, y encajar bien en la cabeza las principales épocas de la historia civil, observando bien el orden y la serie de los tiempos». Que una vez metida bien en los cascos la cronología, debe tener siempre a la vista el tal estudiante o teólogo catecúmeno «una carta geográfica, esto es, un mapa general o muchos particulares, en los cuales, siempre que se habla de algún suceso particular, ha de buscar la provincia y el lugar donde sucedió y de esta manera irá aprendiendo facilísimamente la geografía sin trabajo y como por entretenimiento».

22. »Y por cuanto el pobre teólogo neófito no puede tener noticia de adónde caen estos mapas, ya el caritativo Barbadiño toma el trabajo de darle razón de los que a su parecer fueron los mejores autores geográficos, aprovechando esta bella ocasión de lucir su vasta erudición en la geografía; siendo así que ciertamente no le costó más que abrir el primer catálogo de alguna famosa librería que tuvo a mano, buscar el título de los autores geográficos, y trasladar al papel los primeros que se le vinieron a la pluma.

23. »Dice, pues, que es indispensable de toda indispensabilidad que el tal candidato de teólogo se arme con el *Atlas geográfico* de Janson, que se compone de ocho grandes volúmenes; o por lo menos con el compendio de él, que se reduce a un volumen de a folio, se entiende en papel de marca, como libro de coro o de solfa de facistol. Item, del *Atlas* de Blaeu que son once grandes volúmenes del mismo tamaño. Item, del de monsieur de l'Isle. Y basta esto para cartas generales. Para las particulares no se le puede dispensar en que haga provisión de las siguientes: de las de Inselim, que comprehenden la Inglaterra, Países Bajos, Francia, España y Portugal; de las de Nolin, que describen la Venecia y la Istria; de las del Padre Plácido, que siguen todo el curso del Po; de las de Ensishmid, que representan la Alemania; y de las de Scheuchzero, que demarcan la Helvecia. «Estos autores —aquí llamo la aten-

ción de mi auditorio— débense saber para buscarse en las ocasiones.» Conque si estos autores no se saben, y consiguientemente si no se tienen, voló el primer prolegómeno de la teología; y el que tuviere vocación de estudiarla ofrezca al Señor sus buenos deseos y aprenda otro oficio.[110]

24. »Bueno es que hasta aquí estábamos todos en la persuasión de que para equipar a un estudiante teólogo no era menester más que proveerle de un vade,[111] que no pasase de catorce cuartos; de un plumero, que se arma en un abrir y cerrar de ojos con un par de naipes;[112] de una redoma de tinta; de media docena de plumas; de la cuarta parte de una resma de papel; sus hopalandas[113] raídas; y adiós, amigo. Al teólogo que no fuese por la pluma, con meterle en una alforja el par de tomos de Gonet, estaba ya ajustado todo su matalotaje escolástico; y si se le añadía a Lárraga o a la *Suma* de Busembaum,[114] era una India. Y ahora, según el nuevo método barbadiñal, ve aquí usted que un triste aprendiz de teólogo, sólo para libros, ha menester llevar más equipaje que un mariscal de campo. Porque ¿qué piensa usted? ¿Que aun precisamente para la geometría se contenta con los citados? ¡Bueno era eso para su humor! Todavía le encaja otra runfla de ellos, que debió encontrar después en otro catálogo: especialmente de diccionarios geográficos, de los cuales protesta que también es necesario tener noticia, como son del de Varea, Baudrand, Ferrario, Maty y, sobre todo, del de Martinière.

25. »Sigamos después los libros cronológicos que ha

110. Todos estos autores son geógrafos del siglo XVIII, franceses, suizos y holandeses. De algunos de ellos ya nos habló Isla en el «Prólogo con morrión» al enzarzarse la primera vez con el libro de Verney.

111. *vade*: «el cartapacio o funda de cartones cubiertos de badana en que llevan los estudiantes, y guardan, los papeles que escriben en las escuelas. Llámanle también *vademecum*. Son voces latinas bárbaramente tomadas» *(DA)*.

112. *naipe*, vale lo mismo que cartón.

113. *hopalanda*: «la falda grande y pomposa, y comúnmente se toma por la falda que traen los estudiantes arrastrando» *(DA)*.

114. Lárraga: vid. la nota 65 del libro primero. Hermann Busembaum (1600-1668), autor de *Medulla Theologiae moralis* (Mun[illegible] 1645).

de llevar para mantenerse los primeros meses de estudiante teólogo. En esto está parco el Barbadiño; porque la cronología es algo indigesta, y pudiera ocasionar crudezas al estudiante si cargara de ella el estómago con demasía. Conténtase con que al principio no coma más que Strauchio o Beveregio, y algo del *Rationarium* del padre Petavio. Pero quien se sintiere con calor para digerir mayores noticias, puede engullirse la *Doctrina temporum* del mismo Petavio, la *Chronologia sacra* de Userio, y con el tiempo podrá cargar de más viandas si su estómago lo consintiere.

26. »Pero lo que no tiene remedio es que para la historia universal se eche en el maletón la primera parte del *Rationarium* del susodicho Petavio; el compendio latino de Celario; y no le hará daño el del padre Turselino, aunque éste –dice él– es más estimado por el latín que por la historia; el *Compendium historiae universalis* de Gotlob Krancio («éste –dice el padre calificador– es el mejor de todos»); el de Brietio, especialmente después de Cristo; y el de Loschi, «que es buen autor». Para la historia eclesiástica hasta Cristo, el compendio de Bolerano, que es sufrible para un principiante; después de Cristo, provéase de Riboty y de Graveson. Y porque no le tengan por impertinente, o por hombre que receta libros como píldoras un médico charlatán, concluye con grandísima bondad: *Isto basta para um principiante*. Yo añado que esto sobra para conocer que no sólo le duraba el vértigo al santo padre cuando escribió esto, sino que debía estar en la fuerza de su mayor vigor. Porque si cree que todo esto es necesario saber como primer prolegómeno de la teología, a los orates; y si no lo cree, ¿para qué se quebró la cabeza y nos la rompió a nosotros?

27. »*Ex ungue leonem*,[115] padre mío fray Gerundio. Por aquí conocerá usted qué cosazas no dirá nuestro metodista cuando entra en lo vivo de la teología y del método que se ha de observar en su estudio. Es un embrollo de embrollos, un embolismo de embolismos y un lazo de lazos para enredar a los incautos. En los lugares teológicos que señala, hace distinción entre la Iglesia Universal

115. «Se conoce al león por la garra.»

y la Iglesia Romana, como si hubiera más que una Santa Iglesia Católica Apostólica Romana; no toma en boca al Papa para nada; dice que la autoridad de la Iglesia Universal, de la Iglesia Romana y de los concilios generales «nace de la tradición»; enseña que antes que Cristo viniese al mundo, en el pueblo judaico y en la ley escrita, «la declaración del sumo sacerdote lo terminaba todo»; pero después que vino Cristo a completar *as coisas,* «su doctrina se conserva pura en los prelados, de los cuales pudiesen aprender los fieles». En conformidad de este su amado principio, afirma que «creen los católicos que la mayor parte de los obispos cristianos —como si hubiera verdaderos obispos que no lo fuesen—, *unidos al Papa,* no puede errar en las definiciones de fe». Lo que creemos los católicos que estudiamos por Astete,[116] es que el Papa para nada ha menester la mayor ni la menor parte de los obispos para errar en dichas definiciones, porque la infalibilidad no se la prometió Cristo a éstos, sino a aquél. Déjase caer, así como al soslayo, lo que sucedió en los dos conciliábulos de Rímini y de Seleucia, en que los padres, engañados en uno y violentados en otro, admitieron primero y confirmaron después una confesión de fe verdaderamente arriana. Y diciendo, como quien no quiere la cosa, que presidieron en ellos dos legados de la Santa Sede, y que el número de los obispos «fue más que bastante para formar un concilio general», deja el argumento así contentándose con decir que sin el socorro de la historia no se puede desatar. ¿Qué le costaba añadir siquiera una palabrita por donde se conociese que dichos concilios habían sido ilegítimos, no en su convocación, sino en su prosecución; que los legados habían sido depuestos y anatematizados; y que el Papa estuvo tan lejos de aprobar sus actas, que antes las condenó, primero por sí, y después en un concilio. Pero esto no le venía a cuento para sus ideas, ni para el nuevo método que propone de estudiar teología. Líbrenos Dios, que sí librará, de que se in-

116. Gaspar Astete (1537-1601), jesuita profesor de humanidades. Su *Catecismo de Doctrina Cristiana* (1599) alcanzó más de seiscientas ediciones.

troduzca en su Iglesia; porque la quiere mucho, la tiene prometida su asistencia, y los esfuerzos del metodista no prevalecerán contra ella.

28. »A vista de esto, mi padre fray Gerundio, ¿se confirma usted en su opinión, con autoridad de Barbadiño, de que la teología escolástica es inútil y aun perjudicial, y en que no quiere estudiarlas?

—Señor beneficiado —le respondió con tanto candor como frialdad nuestro fray Gerundio—, es cierto que ya no me suenan tan bien las cosas de ese padre portugués como me sonaban antes, y que no sé qué diantres de reconcomios siento acá dentro del corazón, que me dan muy mala espina acerca de este sujeto. Al fin, Dios le haga mucho bien, pero a mí Su Majestad no me lleva por las cátedras, sino por los púlpitos; y así estudiaré yo teología escolástica como ahora llueven albardas.[117]

—Si llovieran —replicó el beneficiado—, se malograrían todas las que no cayesen sobre las costillas de usted.

Y haciéndole una cortesía, se salió algo enfadado de su celda, y se volvió a la otra de donde había salido.

29. Esperábanle con impaciencia aquellos dos graves y doctos religiosos con quienes había tenido la conferencia acerca de fray Gerundio; y como duraba tanto la sesión, apenas dudaban ya de que lo había convencido. Luego que le vieron entrar, le preguntaron ansiosos cómo le había ido con el padre colegial. A lo que el socarrón del beneficiado respondió con gran cachaza:

—Saque cualquiera de vuestras reverendísimas la caja, denme un polvo y óiganme un cuento. Había en la Universidad de Coimbra un mediquillo teórico, gran disputador y muy presumido, pero ignorante y necio a par de su presunción. Tenía estomagados a todos los de la facultad; y habiendo de presidir unas conclusiones públicas, rogaron al famoso Curvo Semedo [118] que tomase de su

117. *como ahora llueven albardas*: «frase vulgar con que se explica que no puede ser una cosa que se dice, o se intenta hacer, o que no la creemos aunque sea posible» *(DA)*.

118. João Curvo Semedo (1635-1719), famoso médico portugués de métodos empíricos.

cuenta argüirle, concluirle y correrle para alejarle la vanidad. Juan Curvo le arguyó de empeño, y a pocas paletadas, para los inteligentes, le tumbó patas arriba; pero el mediquillo garlaba, manoteaba, se reía, le despreciaba, y en fin se llevó la voz del populacho. Concluida la función, uno que no había asistido a ella preguntó a Curvo cómo le había ido con el presidente, a lo que respondió el discreto portugués: *Tao grandíssimo burro é, que ñao le pudem convencer*. Adiós, padres míos; que es tarde, y el ama estará esperando.

Dijo, y retiróse a su casa.

CAPÍTULO VIII

PREDICA FRAY GERUNDIO EL PRIMER SERMÓN EN EL REFECTORIO DE SU CONVENTO, ENCAJA EN ÉL UNA GRACIOSÍSIMA SALUTACIÓN, Y DEJA LOS ESTUDIOS

ELLO no tuvo remedio: cerróse fray Gerundio en que había de ahorcar los hábitos filosóficos, y que no había de tomar los teologales, a excepción del de la fe, que ése ya le tenía desde el bautismo; el de la esperanza de salvarse, a lo menos *per modum hereditatis,* no le podía faltar; y con el de la caridad debemos piadosamente suponerle; porque parecía buen religioso, salvo sus manías y caprichos, que absolutamente podían ser sin mucho perjuicio de su conciencia. Viéndole los prelados de la religión y los padres graves del convento tan displicente con la filosofía, y tan empeñado en que no había de estudiar teología, como predicaban otros muchos, con grande séquito, aplauso y provecho de su peculio, decía que no la había menester; y a fe que en eso le sobraba la razón por los tejados. Observando, por otra parte, que mostraba bastante despejo, que tenía buena voz, que era de grata presencia, aseado, limpio, prolijo, tanto que picaba en pulcro; pareciéndoles, en fin, que llevándole la inclinación por allí con tanta vehemencia, como le armasen de buenos papeles, que no faltaban en la orden, pues se conservaban los que habían dejado en sus es-

polios[119] algunos famosos predicadores, podría acaso parecer hombre de provecho, acreditar la religión y ganar su vida honradamente, resolvieron condescender con sus deseos. Pero antes les pareció conveniente experimentar qué era lo que se podía esperar de sus talentos pulpitables.

2. Es loable costumbre de la orden ejercitar a los colegiales jóvenes, así artistas como teólogos, en algunos sermones domésticos que se predican privadamente a la comunidad, mientras se come en el refectorio, dándoles tiempo limitado para componerlos; llevando en esto la mira, lo primero, de descubrir los talentos que muestra cada uno; lo segundo, de que se vayan desembarazando y acostumbrando a hablar en público, para cuando llegue el caso de hacerlo en teatros más numerosos; y, lo tercero, de que también vayan aprendiendo a ejercitar un ministerio que debe saber ejercitar todo religioso sacerdote, siga la carrera que quisiere. En otras religiones, donde se practica también esta loable costumbre, los sermones de refectorio son por lo común sobre las festividades de año, y se suelen predicar en los mismos días en que se celebran, siendo de cargo del lector, con acuerdo del prelado, nombrar al colegial que quiere que predique. Pero como en cada religión hay sus estilos, en la de nuestro fray Gerundio esta incumbencia es privativa del predicador mayor de la casa; al cual, avisado por el superior, toca nombrar el colegial predicador y señalarle para el sermón el asunto, misterio o santo que quisiere, con todas las circunstancias que a él se le antojaren, con tal que sean de aquellas que suelen concurrir en los sermones y es gala precisa hacerse cargo en la salutación de todas ellas.

3. Apenas, pues, volvió el padre fray Blas, predicador mayor de la casa, de predicar su famoso sermón de

119. *espolio*: «por este nombre se entiende comúnmente los bienes que quedan por muerte de los prelados, de que es heredera la Cámara Apostólica, todas las veces que no ha podido restar ni disponer de ellos el prelado en virtud de facultad que el Sumo Pontífice le haya concedido.» El *DA* añade: «los ricos espolios de los obispos son de ninguna edificación, antes de grave escándalo para el pueblo.»

San Benito del Otero en Cevico de la Torre, cuando fue a presentarse al prelado y a tomar, según la ley, su *benedicite*.[120] Hechas las preguntas acostumbradas (por algunos pocos superiores menos prudentes, y muy ajenas de los más, que verdaderamente son hombres serios y cuerdos) de cómo lo había pasado, cómo se habían portado los mayordomos, cuánto le había valido el sermón, qué comida había habido, y si traía algunas misas para el convento; y habiéndoles satisfecho a todo fray Blas, entregándole por conclusión docientos reales, limosna de cien misas que había sacado, y por otra parte ochenta, para que su paternidad muy reverenda dijese otras veinte a razón de cuatro reales; oído y recibido todo con extraña benignidad por el afabilísimo prelado, que con esta ocasión volvió a confirmar a fray Blas la licencia general que la tenía dada, para que durante su gobierno admitiese con la bendición de Dios cuantos sermones le encomendasen, le dijo por fin y por postre:

—Váyase, padre predicador, a desalforjar y a descansar a su celda; y antes que se me olvide, encargue luego un sermón de refectorio a fray Gerundio, que tenga algunas circunstancias. Pero le prevengo que no se le componga el padre predicador, y déjele que le trabaje él enteramente; porque, como ese muchacho hipa tanto por el púlpito, queremos saber lo que él puede dar de suyo.

4. En un manuscrito antiguo del convento se halló advertido a la margen, que, al oír fray Blas este encargo del prelado, y trasluciendo por él que con efecto pensaban en echar por la carrera del púlpito a su querido fray Gerundio, que era lo que los dos tantas veces habían tratado en la celda a puertas cerradas, se alborozó tanto, que con aquel primer ímpetu del gozo ya había echado mano a la faltriquera para sacar el doblón de a ocho que le había valido el sermón y regalársele al prelado. Pero, pensándolo mejor en el mismo instante, sacó el pañuelo, limpióse los mocos, ofreció hacer al punto cuanto le había mandado, y partió aceleradamente.

120. *benedicite*: licencia que los religiosos piden a sus prelados para ir a alguna parte (Fernández Martín, I, 331).

5. Aún estaba con los hábitos arremangados, cuando, sin ir a su celda, se entró de golpe y como galopeando en la de fray Gerundio. Encontróle descuidado, asustóle un poco, arrojóse sobre él, diole cien abrazos, y sólo le dijo:

—Vamos, chico, vamos a mi celda; que te traigo un obispado.

Siguióle fray Gerundio, que se recobró presto del susto, y en el camino le preguntó:

—Oye usted, ¿y cómo salió el vernal paralelo?

—Hijo mío, ¡de los cielos! —le respondió el predicador.

—¿Y aquello de las grandes risadas? *Et grandes mirata est Roma cachinos.*

—Amigo, a pedir de boca, porque a carcajadas se hundía la ermita.

—Pues yo sé —añadió fray Gerundio— que lo de *puer nudus, alatus, myrthoque coronatus, qui humi sedebat* daría gran golpe.

—¿Qué llama golpe?

Dio tal porrazo, que un bachiller por Sigüenza dijo públicamente en la mesa que él había oído más de mil sermones de San Benito; pero que cosa más propia para representar al Santo cuando se revolcaba en la zarza, no la había oído.

—¿Más de mil? —replicó fray Gerundio.

—No seas material —respondió el predicador—; que eso se entiende dos ceros más o menos.

6. Con esta conversación entraron en la celda de fray Blas. Desalforjóse éste, quitóse las polainas, bajóse la saya, echó las dos manos a la capilla, que aún se mantenía descolgada, cogió vuelo; y arrojándosela primero toda sobre la cabeza de manera que ya le cubría por la parte anterior hasta muy entrado el pecho, volvió después con una especie de columpio a ponerla simétricamente sobre la mitad del cerquillo, y en fin la bajó hasta el medio del pescuezo, colgando por la parte anterior iguales las dos puntas en los lados. Tomó un peine que estaba sobre la mesa, atusóse el cerquillo y el copete, abrió una alacena, sacó un frasco de vino de la Nava con bizcochos; echaron los dos un traguito, y aún no había colado bien el último

sorbo por el gaznate de fray Gerundio, cuando éste le preguntó con impaciencia qué obispado le traía.

7. —¿Qué obispado te he de traer? —le respondió fray Blas todo alborozado—; que el prelado me dio a entender que querían sacarte de los estudios y aplicarte a la carrera del púlpito. ¿Puede haber mejor obispado para ti? Si logras esto, ¿no lo pasarás, no digo yo como un obispo, sino como un arcediano? Y más con las reglecitas que yo te daré a su tiempo.

—Padre predicador, ¿qué dice? —le replicó fray Gerundio.

—Lo dicho, dicho —respondió el predicador.

—Díjome que luego te encargase un sermón del refectorio, y que no te lo compusiese yo; porque, como muestras tanta inclinación a *sermo sermonis,* y tan poca a silogismos y a *ergos,* querían ver hasta dónde llegaba, o a lo menos lo que prometía, tu cosecha. Y así, amigo mío, apretar los codos; que a lo menos en este sermón yo no te he de decir palabra, y te he de dejar que vayas por los senderos de tu corazón. En saliendo de este barranco, será otra cosa: mis papeles serán tuyos, porque tus lucimientos serán míos.

8. En el mismo manuscrito antiguo donde se encontró la nota pasada, se halló otra que dice de esta manera: «Atónito estuvo oyendo fray Gerundio esta noticia, y le embargó tanto el gozo, que estuvo como fuera de sí por espacio de tres o cuatro credos rezados con pausa.» Luego que se recobró, echó los brazos al cuello al predicador mayor de la casa, y le dijo:

—Pues ahora bien: despachemos cuanto antes, y señáleme usted luego el sermón que tengo de predicar; pues, aunque diga cien disparates en él, a lo menos ninguno me ha de dar plumada.[121] Todo ha de salir de mis cascos, y tanto como el garbillo [122] y el modo de decir, no ha de descontentar, aunque parezca mal que yo lo diga. Y diciendo y haciendo, se subió sobre una silla o taburete (que en esto hay variedad de leyendas, y no están concordes

121. *dar plumada*: ayudar a escribir.
122. *garbillo*: de garbo, donaire.

los autores), igualó las dos puntas delanteras de la capilla, metió los dos dedos de la mano derecha por entre ella y la nuez de la garganta, como para desahogarse; miró hacia todas partes con desdén y majestad, sacó después un pañuelo de seda y se sonó con autoridad, metióle en la manga izquierda, y de la derecha sacó otro pañuelo blanco, con el cual hizo como que se limpiaba los ojos. Entonó el *Alabado sea,* etcétera, con voz grave, ahuecada y sonorosa, persignóse magistralmente con la mano muy extendida, y tanto, que al llegar al palo de la cruz que se forma desde la punta de la nariz hasta la barba, parecía que hacía la mamola. Tomó por tema: *Caro mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus,*[123] con aquello de *ex evangelica lectione Joannis capite tertio decimo*; y prorrumpió en esta disparatadísima cláusula que había tomado de memoria, habiéndola oído a otro colegial, amigo suyo, en un sermón del refectorio, y él la decoró teniéndola por cosa grande: «Al pautar las desigualdades de mi grosero pensar, fui desenhebrando las líneas de mi discurso, tirando los primeros barruntos de mi imaginativa hacia el escrutinio del Evangelio Sagrado. *Caro mea.* ¡Qué elegante está el profeta!» Y callando de repente, porque no sabía más, prosiguió predicando un sermón mudo, manoteando y remedando todas las acciones, gestos y posturas que había observado en los predicadores y a él le habían caído más en gracia; tan enfrascado en esto, que aun el mismo predicador mayor se tendía de risa por aquellos suelos, y aun llegó a temer si se había vuelto loco el pobre fray Gerundio.

9. Cerca de una hora duró esta silenciosa muestra de sus predicaderas, en el cual espacio de tiempo el buen frailecito se zarandeó tanto aquel cuerpo, con tales movimientos, con tantas posturas, con tan violentas convulsiones, unas veces cruzando los brazos, otras abriéndolos y extendiéndolos en forma de cruz, ya amagando a echarse de bruces sobre el púlpito, ya arrimándose contra la pared, a ratos poniéndose de asas, a ratos levantando el dedo hacia arriba, a manera de cuadro de San Vicente Fe-

123. «En verdad mi carne es comida y mi sangre es bebida.»

rrer, que al fin quedó tan sudado y tan tendido como si hubiera predicado de veras; y fue preciso volver a reconvenir al frasco y a refrendar los bizcochos, lo que hizo también con especial gusto, por ser esta ceremonia precisa cuando se acaba el sermón.

10. Después que descansó algo de su fatiga y estuvo un poco sereno, y después también que el predicador se recobró de lo mucho que había reído durante aquella extraña función, le dijo éste:

—Es cierto, fray Gerundio, y no se puede negar, que tienes talento conocido. Especialmente algunas acciones salen que ni pintadas; y aunque no hablabas palabra, claramente conocía yo lo que querías decir con ellas. Parece que tienes en las manos los sermones. Y aquí viene de perlas aquello del sabio: *In manu illius nos et sermones nostri.*[124] Porque, aunque en realidad allí habla de cosa muy diferente, ¿quién me quita a mí aplicarlo a otra muy distinta, cuando viene el texto tan clavado? Ahora bien: manos a la obra; que yo quiero ya señalarte el asunto a que has de predicar, y las circunstancias de que te has de hacer cargo en el sermón.

11. »Ya sabes que en la parroquia de la Santísima Trinidad hay una capilla dedicada a Santa Ana, que pertenece a la cofradía de la Santa, a quien la misma cofradía celebra una fiesta muy solemne. Ya sabes que este año son mayordomos don Luis Flores y don Francisco Romero, regidores de este pueblo. Y ya sabes, en fin, que estos dos caballeros desterraron a algunas mujeres públicas que habían venido a avecindarse en él, cuya obra fue sin duda muy grata a los ojos de Dios y muy aplaudida de todos los buenos. Éste es el asunto; éstas, las circunstancias que has de tocar precisamente. No tienes más que ocho días de término, porque no da más la orden. No hay que perder tiempo, a trabajar; y adiós, amigo.

12. ¿Has visto tal vez un cohete cuando, prendiendo la mecha en el cebo de la caña que sostenían blandamente los dos dedos de la mano derecha, en un abrir y cerrar

124. Libro de la Sabiduría, VII, 16: «En su mano estamos nosotros y nuestras palabras.»

de ojos parte desde la mano hasta lo más elevado de la esfera; y aquella misma vara, que poco ha casi tocaba con su extremidad el suelo, ya se la ve remontada hasta dar susto a las mismas estrellas, tanto, que la constelación de Virgo acude pronta a tapar la cara con las dos manos, temiendo que la va a sacar un ojo? Pues así, ni más ni menos, partió nuestro fray Gerundio derecha y rápidamente desde la celda del predicador a la librería del convento. Allí cargó con la *Biblia poliglota* de Alcalá, con las *Concordancias* de Zamora, con el *Theatrum vitae humanae* de Beyerlinck, con los *Saturnales* de Macrobio, con la *Mitología* de Ravisio Textor, con el *Mundo simbólico* de Picinelo, con los calendarios mitológicos de Reusnero, Tamayo, Masculo y Rosino; que eran los libros y los Santos Padres que veía revolver a su hombre el predicador fray Blas cuando tenía que predicar algún sermón. No se puede ponderar lo que él leyó, lo que él hojeó, lo que él revolvió en aquellos ocho días, ni las innumerables ideas que se ofrecían de tropel a aquella inquieta y turbulenta imaginación, todas a cuál más confusas, a cuál más embrolladas, a cuál más extravagantes. Nada leía, nada veía, nada oía que no le pareciese que venía de perlas para su asunto, o por símil, o por comparación o por texto. Apuntaba, notaba, quitaba, añadía, borrajeaba hasta que en fin, después de tres borradores, sacó su sermón en limpio. Estudióle, repasóle, representóle y se ensayó mil veces predicarle en la celda, sobre todos los cachivaches que había en ella: sobre la silla, sobre el taburete, sobre la mesa, sobre un banco y hasta sobre la misma cama. Pues dos días antes de la función, cuando entró el despertador a darle luz, le encontró en camisa predicándole sobre la tarima; y es que se había levantado en sueños, sin saber lo que se hacía.[125]

13. Como estas especies se habían esparcido por el convento, era grandísima la expectación en que estaba toda la comunidad para oírle. Amaneció en fin el día deseado, y se dejó ver nuestro fray Gerundio, ante todas las cosas,

125. Este paso recuerda la actitud de don Quijote en la posada, cuando se bate con los odres de vino, dormido.

afeitado, rasurado y lampiño, que era una delicia mirarle a la cara. Estrenó aquel día un hábito nuevo que para el efecto había pedido a su madre, encargando mucho que viniese bien doblado, y, sobre todo, que se pasase la plancha por encima de los dobleces para que se conociesen mejor, porque esto da a la saya no sé qué gracia; y de camino pidió un par de pañuelos de a vara, uno blanco y otro de color, porque ambos eran alhajas muy precisas para la entradilla. Todo se lo envió la buena de la Catanla con mil amores, sólo con la condición de que, ya que ella no podía oírle, la había de enviar el sermón para que se le leyese el señor cura, o su padrino el licenciado Quijano.

14. Llegada la hora y hecha con la campana la señal para comer, no faltó aquel día del refectorio ni el más ínfimo donado de la comunidad; porque en realidad todos querían bien a fray Gerundio, así por su buen genio como porque era liberal y dadivoso, y también porque a todos los picaba la curiosidad viéndole con tanta manía de púlpito, la cual entendían era más inocencia que malicia, ni mucho menos inclinación a ser haragán. Subió, pues, al púlpito del refectorio con gentil donaire; presentóse en él con tanto desembarazo, que casi comenzó a tenerle envidia el mismo predicador mayor. Echó un par de ojeadas con desdén y con afectada majestad hacia todas las partes del refectorio. Y precediendo aquellos precisos, indispensables prolegómenos de tremolar sucesivamente el par de pañuelos blanco y de color, que había hecho venir expresamente para el intento, entonó ante todas cosas con voz hueca y gutural el *Sea alabado, bendito y glorificado el Santísimo Sacramento,* concluyendo con lo de *En el primer instante de su purísimo, sagrado ser y natural animación*: Cláusula que siempre le había dado gran golpe. Santiguóse con pleno magisterio; propuso el tema, sin omitir lo de *ex evangelica lectione, capite quarto decimo*; relinchó dos veces; y rompió la salutación de esta manera, advirtiendo que no se añade ni se quita una sílaba de como se encontró de su misma letra:

15. «No es de menos valor el color verde por no ser amarillo, que el azul por no ser encarnado: *Dominus, o al-*

titudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei!;[126] como ni tampoco faltaron los colores a ser oráculo de la vista, ni las palabras en la fe de los oídos, como dijo Cristo: *Fides ex auditu; auditus autem per Verbum Christi.*[127] Nació Ana, como asegura mi fe por haberlo oído decir, de color rojo; porque las cerúleas ondas de su funesto sentir la hicieron palpitar en el útero materno: *Ex utero ante luciferum genui te.*[128] A este, pues, ángel transparente, diáfana inteligencia y objeto especulativo de la devoción más acre, consagra esta extática y fervorosa plebe estos cultos hiperbólicos; pues tiene, como allí se ve, hermoso y airoso bulto: *Vultum tuum deprecabuntur omnes divites plebis.*[129] Déjome de exordios y voy al asunto, aunque tan principal. Empiece pues el curioso a percebir: *Qui potest capere, capiat.*

16. »Fue Ana, como todos saben, madre de nuestra Señora, y afirman graves autores que la tuvo veinte meses en su vientre: *Hic mensis sextus est illi.* Y añaden otros que lloró: *Plorans, ploravit in noctem.* De donde infiero que fue María zahorí: *Et gratia eius in me vacua non fuit.*[130] Atienda pues el retórico al argumento: Santa Ana fue madre de María; María fue madre de Cristo; luego Santa Ana es abuela de la Santísima Trinidad: *Et Trinitatem in unitatem veneremur.* Por eso se celebra en esta su casa: *Haec requies mea in saeculum saeculi.*[131]

17. »¿Y qué te dan Ana, en retribución por tus compendios? *¿Quid retribuam Domino?*[132] ¿Qué paralelos po-

126. Epístola a los Romanos, XI, 33: «Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios.»

127. Epístola a los Romanos, X, 17: «La fe es por el oído, y el oído por la palabra de Cristo.»

128. Salmo CIX, 3: «En el útero antes del Lucero te engendré.»

129. Salmo XLIV, 13: «Implorarán tu favor todos los ricos del pueblo.»

130. *zahorí* «llaman a la persona que vulgar y falsamente dice ver lo que está oculto, aunque sea debajo de la tierra, como no lo cubra un paño azul» *(DA).* «Y su gracia no ha sido vana en mí», Epístola a los Corintios, XV, 10.

131. Salmo CXXXI, 14: «Éste es mi descanso por los siglos de los siglos.»

132. *tus compendios*: las perfecciones de que es compendio. Salmo CXV, 12: «¿Qué retornaré al Señor...?»

drán expresar mis voces al decir tus alabanzas? *Laudo vos? In hoc non laudo.*[133] Eres aquella misteriosa red en cuyas opacas mallas quedan presos los incautos pececillos: *sagenae missae in mari.*[134] Eres aquella piedra del desierto que en los damascenos campos erigió el amante de Raquel, para dar a su ganado agua: *Mulier, da mihi aquam.* Pero menos mal lo diré siguiendo el tema del Evangelio. Es Santa Ana aquella preciosa margarita que, fecundada a insultos del horizonte, deja ciego a quien la busca: *quaerentibus bonas margaritas.*[135] Es aquel tesoro, ya escondido, *thesaurus absconditus*, ya oculto, *nihil occultum*, que reservó el alma santa para los últimos fines de la tierra: *de ultimis finibus pretium eius.*[136] Es aquel dios escondido, como decía Filón: *tuus Deus absconditus.* Es el mayor de los milagros, como decía Tomás: *miraculorum ab ipso factorum maximum.*

18. »Varias circunstancias ennoblecen la fiesta. Unas son agravantes: *tolle grabatum tuum;*[137] otras que mudan de especie: *specie tua, et pulchritudine tua.*[138] Y es que los señores Flores y Romero, nobles atlantes de este pueblo, llaman, o anoche hicieron llamar, con aquellos truenos, hijos relámpagos del huracán más ardiente, que subían y bajaban a modo de aquellos rapidísimos espíritus de la escala de Jacob: *Angelos quoque ascendentes et descendentes.*[139] Y es la razón natural, porque todo lo que baja, sube; y todo lo que sube, baja: *Zachee, festinans descende.*[140]

19. »Cese la energía de los labios, y contemplen mis ojos, como áncoras festivas, un texto muy literal que me ofrecen los Cantares. Dice así: *Vox turturis audita est, flores apparuerunt in terra nostra; tempus putationis advenit.*[141] Cantó

133. Epístola I a los Corintios, XI, 22: «¿Os alabo? En esto no os alabo.»
134. San Mateo, XIII, 47: «Redes sumergidas en el mar.»
135. San Mateo, XIII, 45: «Que busca buenas perlas.»
136. Proverbios, XXXI, 10: «Su precio de los últimos confines de la tierra.»
137. San Marcos, II, 9: «Toma tu camilla.»
138. Salmo XLIV, 5: «Con tu belleza y hermosura.»
139. Génesis, XXVIII, 12: «Ángeles que subían y bajaban.»
140. San Lucas, XIX, 5: «Zaqueo, baja de prisa...»
141. Cantar de los Cantares, II, 12: «Se oyó el cantar de la tórtola, las flores aparecieron en nuestra tierra, llegó el tiempo de la poda.»

la tórtola bella en nuestra macilenta tierra, vinieron a celebrarla las flores, y estas mismas flores desterraron las rameras: *tempus putationis advenit.* Es tan literal el texto, que no necesita de aplicación. Pero diré con brevedad para el erudito: está representada en la tórtola Santa Ana; porque, si esta triste y turbulenta avecilla es trono jeroglífico de la castidad, Ana fue casta, pues no tuvo más que una hija: *Filia mea male a Daemonio vexatur.*[142] Lo de *tempus putationis* viene tan al pie de la letra; pues los ínclitos caballeros mayordomos desterraron aquellas samaritanas que alborotaban el barrio.

20. »Ahora me acuerdo de otro texto que, aún más bien que el pasado, comprehende todas las circunstancias del asunto: de aquella gran mujer Ana, enemiga de Fenena, como se dice en el libro de las personas reales, la cual a impulso de sus deprecaciones, ayudándola Helí, tuvo un hijo llamado Samuel. Atienda, pues, el retórico al argumento: *Helí,* en anagrama, suena lo mismo que Joaquín: *Sonet vox tua in auribus meis.*[143] Samuel fue profeta; María fue profetisa: conque, en el sentido místico, lo mismo es Samuel que María. Tengo probado difusamente el asunto, y sólo falta aplicarle a los Romeros. Pero supuesto que el romero tiene flor, dicho se estaba ello: *Flores apparuerunt in terra nostra.*

21. »Mas todavía quiero apropiar con más propiedad las circunstancias al asunto. Publicando están las historias que la Virgen Santísima tendía los pañales de su recién nacido hijo de Dios sobre los romeros. Y esto, ¿quién se lo enseñó? Su madre Santa Ana; pues todo cuanto supo, ella se lo enseñó: *Ipse vos docebit omnia.*[144] Conque Santa Ana tendía los pañales sobre los romeros. Conque los romeros servían a Santa Ana. Pues eso es lo que hacen el día de hoy; conque tenemos lo que hemos menester.

22. »Ea, pues; pidamos la gracia. Pero, ¿quién la pedirá? ¿Isaías? Ea que no. ¿Gregorio? Ea que sí. La hija

142. San Mateo, XV, 22: «Mi hija es atormentada cruelmente por el demonio.»
143. Cantar de los Cantares, II, 14: «Suene tu voz en mis oídos.»
144. San Juan, XIV, 26: «Él nos enseñará todas las cosas.»

ayudará en la labor a su madre: *Filia regum in honore suo*.[145] Ea, pues; digámosla aquella acróstica oración que ella en sus niñeces enseñó a su hija María; porque, como buena madre, al punto la enseñó a rezar el... *Ave María*.»

23. Ésta fue, sin quitar ni poner, la famosísima salutación que el incomparable fray Gerundio de Campazas encajó en el refectorio de su convento, por estrena y muestra de paño de sus predicaderas, en presencia de toda aquella venerable comunidad, incluso el reverendísimo padre maestro provincial, que por feliz casualidad había llegado la noche antes a visitar el convento. Ésta es aquella salutación que debiera perpetuarse en los moldes, eternizarse en las prensas, inmortalizarse en los mármoles, buriles y sinceles,[146] por pieza original, pieza única, pieza rara, pieza inimitable en su especie. Y Dios se lo perdone al reverendísimo padre provincial que, por su genio grave, serio, maduro y demasiadamente circunspecto, después de haber echado un jarro de agua a la fiesta, privó el cuerpo del sermón a la república de las letras, la cual ha hecho en esto una pérdida que jamás la podrá llorar bastantemente. Porque, ¿quién duda sino que sería un modelo de despropósitos, de locuras, de necedades, de herejías, de cosas inconexas y disparatadas el más gracioso y el más divertido que ha salido hasta ahora del fondo o del sudor de las agallas? Pues aunque en realidad andan por ahí impresos innumerables, infinitos sermones, especialmente de estos que llaman *circunstanciados*, los cuales, a lo menos en la salutación, que es lo que hemos visto del de fray Gerundio, no le pierden pinta; pero es de creer que en el alma y en el chiste no llegarían al zancajo del de nuestro recién nacido predicador.

24. Fue, pues, el caso que como durante la salutación hubo tanta bulla, tanta risa, tanta zambra en el refectorio, que a cada paso resonaban las carcajadas a mandíbulas batidas, hasta llegar un padre presentado a vomitar la comida de pura risa, el lector del caso a atragantarse con un bocado de queso, y hasta el lego que andaba con

145. Salmo XLIV, 10: «La hija del rey es su honor.»
146. *sinceles*, por cinceles.

la cajeta, siendo así que no entendía mucho de sermones ni de latines, cogiéndole uno de los despropósitos con el jesús en el pico, volvió a arrojar en él por boca y por narices como cosa de media azumbre que ya se había embanastado, con tal ímpetu, que asperjeó y roció medianamente a los dos colaterales. Digo, pues, que como por todos estos incidentes fuese menester que fray Gerundio se parase a cada paso, haciendo mil pausas para dar lugar a la mosquetería, y ya estuviese para acabarse la mesa; pero principalmente porque el padre provincial hizo escrúpulo de dejarle proseguir en tanta sarta de disparates, y más, que ya le pareció aquélla demasiada bulla para un acto de comunidad tan serio; por todos estos motivos, le mandó que lo dejase y que se bajase del púlpito, lo que fue para el pobre fray Gerundio un ejercicio de obediencia lleno de amarguísima mortificación, sucediendo después lo que verá el curioso lector en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IX

DE LOS VARIOS PARECERES QUE HUBO EN LA COMUNIDAD ACERCA DE LA SALUTACIÓN Y TALENTOS DE NUESTRO FRAY GERUNDIO, Y DE CÓMO PREVALECIÓ EN FIN EL DE QUE ERA MENESTER HACERLE PREDICADOR

LA primera diligencia que hizo el padre provincial, luego que salió del refectorio, fue pedir a fray Gerundio el papel; y mientras éste comía a segunda mesa, se leyó todo el sermón en la celda de su reverendísima, adonde concurrieron a cortejarle todos los padres graves del convento, sirviendo esto de rato de conversación. Y aunque allí se repitieron con más libertad las carcajadas, porque aseguraron los que fueron testigos de oídas que el cuerpo del sermón no le iba en zaga a la salutación, no hubo forma de quererle soltar jamás el provincial, por más instancias que le hicieron aquellos reverendos padres, excusándose con que hacía escrúpulo de exponerle a que se hiciese más ridículo; y sólo a duras penas alargó la salutación, permitiendo que se sacasen algunas copias, por cuan-

to ésta ya la había oído la mosquetería y populacho del convento.

2. Después, vuelto a los padres que le cortejaban, dijo con seriedad:

—Es cierto que me lastima este mozo. El talento exterior no sólo es bueno, sino sobresaliente; pero los disparates que ensarta no se pueden tolerar. Y todos nacen, lo primero, de la falta de estudio; y, lo segundo, de los cenagales donde bebe, o de los malditos modelos que se propone para imitarlos, los cuales no pueden ser peores por el modo y por la sustancia.

Maliciaron algunos que esto último lo decía el provincial por el predicador mayor de la casa; pues no ignoraba la amistad particular que profesaban los dos, ni las pésimas instrucciones que le daba; y aun el mismo predicador debió de sospechar algo, porque es fama que se puso colorado.

—Pero, sea lo que fuere —prosiguió el provincial—, yo quiero ver, en presencia de vuestras paternidades, si con maña y con suavidad puedo hacer que este muchacho conozca su bobería, estudie, se aplique y lea a lo menos buenos libros de sermones, para que tome el verdadero gusto de predicar, y la orden se aproveche de sus especiosos talentos.

Mandó, pues, al lego su socio, que había ido a servir a aquellos padres un traguito de vino rancio y unos bizcochos de canela por modo de postre, que bajase al refectorio y dijese a fray Gerundio que en acabando de comer subiese a la celda del provincial.

3. Subió al punto apresurado, sobresaltado y azorado; pero luego se serenó viendo que el provincial le decía con mucho agrado.

—Venga acá, hijo y déme un abrazo; que lo ha hecho ni más ni menos como yo esperaba. Y si no le permití que acabase su sermón, no fue porque no le oyésemos todos con gran gusto, pues ya vio cuánto se celebró, sino porque estaba ya acabando de comer la comunidad.

No es creíble cuánto se solazó y cuánto se alentó fray Gerundio al oír hablar a su provincial en un tono que ciertamente no esperaba. Pero, llevando éste adelante su prudente artificio, le preguntó:

—Ea, dígame la verdad, ¿quién le compuso la salutación?

—Padre nuestro —le respondió con una intrepidez y una sinceridad columbina—, lléveme el diablo si no la saqué yo toda de mi cabeza.

—Pues aquellos textos tan literales y tan apropiados —le replicó el provincial—, ¿cómo los podía saber si nunca ha leído la Biblia?

—Padre nuestro —respondió fray Gerundio—, eso, con una leccioncita que me dio en cierta ocasión el padre predicador mayor, es para mí la cosa más fácil del mundo.

—Pues, ¿qué leccioncita fue ésa?

—Díjome que cuando quisiese aplicar algún texto a cualquiera palabra castellana, no tenía más que buscar en las *Concordancias* la palabra latina que la correspondiese, y que allí encontraría para cada voz textos a porrillo, con que podía escoger el primero que me diese la gana. Así lo hice, y en verdad que los textos, si no me engaño mucho, me salieron a pedir de boca. Por eso, cuando dije que Santa Ana palpitaba en el útero materno, luego encajé: *Ex utero ante luciferum genui te.* Mire vuestra paternidad el *útero* clarito como el agua. Cuando dije que tenía hermoso y airoso bulto, al instante espeté lo de *vultum tuum deprecabuntur,* que ni de molde podía venir mejor. En hablando de hija, allí está, en las *Concordancias, filia mea male a Daemone vexatur*; y si hubiera querido traer otros cien textos de *filia,* también pude. Para las circunstancias agravantes, mire vuestra paternidad si el *tolle grabatum tuum* podía venir más al caso; y para aquello de las rameras, el *tempus putationis advenit* me parece que vino como nacido.

4. —¿Conque esa leccioncita le dio el padre predicador mayor? —le replicó el provincial con un poco de retintín.

—Sí, padre nuestro —respondió el inocente fray Gerundio—; y con ella no temo predicar el sermón más dificultoso y de circunstancias más enrevesadas que puede haber; pues como yo encuentre en las *Concordancias* la voz correspondiente, bien pueden llover circunstancias sobre mí, que también lloverán textos literales sobre el auditorio.

—Pero, ¿no ve, hijo —le replicó el provincial—, que esa

regla no es buena, porque puede el predicador querer probar una cosa, y el texto, donde se halla la palabra que va a buscar, hablar de otra que no tenga conexión ni parentesco con lo que él intenta? Pongo por ejemplo: ¿qué tiene que ver que Santa Ana palpitase o no palpitase en el vientre de su madre (dejo a un lado el disparate) con la generación eterna del Verbo en la mente divina, de la cual en la sentencia más común habla el texto: *Ex utero ante luciferum genui te*?

—Ello, padre nuestro —respondió fray Gerundio—, allí hay cosa de *útero*; y si no viniere el texto *al palpitar*, vendrá al *útero*, y eso basta al predicador.

5. —Pero dígame: ¿y a qué vino el *vultum tuum deprecabuntur*?

—¿A qué había de venir? A lo de *hermoso y airoso bulto*.

—¡Pecador de mí! —exclamó el provincial—. Pues, ¿no sabe que *vultus, vultus, vultui* significa «el semblante»?

—Sí, padre nuestro, ya lo sé; pero significa «el semblante del bulto»; porque si no, diría *faciem tuam, os tuum*.

Con dificultad pudo el provincial contener la risa al oír tan furioso despropósito.

—Y lo de *tolle grabatum tuum*, ¿a qué lo trajo? —le preguntó el provincial.

—¿A qué lo había de traer? —respondió fray Gerundio—. Pues, ¿no se acuerda vuesa ternidad [147] que lo traje a lo de *circunstancias agravantes*? ¿Hay cosa más parecida que *agravantes y grabatum*? Yo a la verdad no sé lo que significa *grabatum*; pero a mí me suena a cosa de agravante, y lo mismo sonará a cualquiera auditorio que tenga buen oído; y como al auditorio le suene, no es menester más para que venga bien.

6. No obstante la natural seriedad y circunspección del padre provincial, le retozaba tanto la risa la oír tan continuados y tan tremendos desatinos, que apenas podía reprimirla. Pero al fin, conteniéndola lo mejor que pudo, y empeñado ya en tocar, aunque de paso, los muchos disparates de otra especie que había dicho en la salutación, le preguntó:

147. *vuesa ternidad*: familiar, por vuestra paternidad.

—¿Y qué graves autores son los que enseñan que Santa Ana tuvo a nuestra Señora veinte meses en su vientre?

—Padre nuestro —respondió fray Gerundio—, y no lo sé, porque en ninguno lo he leído. Pero como oigo a cada paso decir a los predicadores más famosos *afirman graves autores, dicen graves autores, enseñan graves autores, sienten graves autores,* yo creí que ésa era una de las muchas fórmulas que se usan en los sermones, como cuando se dice *aquí conmigo, ahora a mi intento, vaya para el teólogo, note el discreto,* de las cuales fórmulas cada cual puede usar libremente cuando le diere la gana; y que, aunque ningún autor haya soñado en decir lo que dice el predicador, éste puede citar a bulto autores, Padres, concilios y teólogos siempre que le viniere a cuento, como también versiones, exposiciones y leyendas. Porque lo demás, padre nuestro, ¿adónde íbamos a parar? ¿Ni quién había de ser predicador si todas las noticias, erudiciones y textos que se traen en los sermones se habían de encontrar en los libros?

7. —Pues, ¿no ve, hijo mío —replicó el provincial—, que eso es mentir; y que la mentira, sobre ser vergonzosa e indigna de un hombre de bien en cualquiera parte, en el púlpito, que es la cátedra de la verdad, es una especie de sacrilegio?

—¡Buenos escrúpulos gasta vuestra paternidad! —respondió fray Gerundio—. Yo no he oído tantos sermones como vuestra paternidad, porque hasta ahora he vivido poco; pero puedo asegurar que en ninguna parte he oído tantas mentiras como en los púlpitos. Allí se dan a las piedras las virtudes que no tienen; se fingen flores, árboles, frutas, aves, peces, animales y plantas que no se encuentran en toda la naturaleza. Allí se hace decir a los Padres y a los expositores lo que no les pasó por la imaginación; y a mi parecer hacen muy bien los que lo hacen, porque si los Padres y los expositores no dijeron aquello, pudieron decirlo, y nadie los quitó que lo dijesen. Allí no pocas veces se fingen textos aun de la misma Sagrada Escritura, que no se hallan en ella; y esto, a mi ver, no tiene inconveniente; porque así como el Espíritu Santo inspiró a los Profetas y a los Evangelistas las cosas que dijeron, así puede inspirar a los predicadores las que ellos dicen.

A lo menos, cierto predicador de mucha fama así me lo dijo a mí; y aunque es verdad que esta doctrina no asentó muy bien a mi razón, pero al fin bien conocí que era de mucha conveniencia. Finalmente, allí se fingen o se cuentan sucesos y ejemplos trágicos y horrorosos que nunca sucedieron, adornándolos y vistiéndolos con tan extrañas circunstancias, que claramente se conoce que son novelas; y con todo eso, vemos que hacen mucho fruto, porque la gente gime, llora, suspira y se compunge. Mire ahora vuestra paternidad si se miente en los púlpitos.

8. —No le puedo negar que por nuestros pecados hay mucho de eso —replicó el provincial—, pero siempre es un atrevimiento y aun una desvergüenza intolerable. Y a cualquiera predicador a quien le cogieran en alguna de esas imposturas, se le debiera castigar severamente y quitarle para siempre la licencia de predicar.

—¡Ah padre nuestro! —respondió fray Gerundio—. Si se hiciera eso, ¿quién había de predicar los sermones de cofradía? ¿Y cuántos hombres honrados quedarían por puertas, o necesitarían aprender otro oficio?

9. —Pero dígame, hijo: ya que por esos disparatados motivos levantó a esos graves autores el falso testimonio de que afirmaban que Santa Ana había tenido a la Virgen veinte meses en su vientre, ¿a qué propósito, o a qué despropósito, trajo para probarlo el texto de *hic mensis sextus est illi?* ¿Seis meses son por ventura veinte?

—Lo primero, padre nuestro, que yo no traje el texto para lo de *veinte,* sino para lo de *meses*; y para eso el *hic mensis* venía que ni de molde. Lo segundo, que aunque le hubiera traído para lo de *veinte,* tampoco podía venir más al caso; porque la cuenta es clara: donde hay seis, hay cinco; seis y cinco son once; donde hay once, hay nueve; y nueve y once son veinte. Conque vele ahí los veinte clavados por las equipolencias; que no estoy tan en ayunas de súmulas como algunos piensan.

10. Reventaba de risa el provincial, no obstante su genio adusto y algo cetrino, al oír unos disparates, por una parte tan garrafales, y por otra tan inocentes; y prosiguiendo ya por entretenimiento lo que había comenzado por vía de amorosa corrección, le preguntó:

—¿Y qué graves autores dicen que Santa Ana fue abuela de la Santísima Trindad? ¿No ve que ésa es una herejía formalísima; porque la Santísima Trinidad es increada, es improducible, es eterna, y consiguientemente no puede tener madre ni abuela? Por aquí conocerá ahora cuánto le conviene estudiar teología, aun para ser predicador; porque si la estudia, no dirá herejías como ésta.

—Como yo no diga otras herejías —respondió fray Gerundio—, no me llevarán a la Inquisición.

—También yo lo creo —replicó sonriéndose el provincial—, porque a la Inquisición no llevan a los tontos. Pero, ¿dejará de conocer que esa es herejía?

—¡Buena herejía de mis pecados! —dijo fray Gerundio—. Pues dígame vuestra paternidad, padre nuestro, ¿Santa Ana no fue madre de nuestra Señora? Sí, porque así lo dice el texto: *Dixit discípulo: Ecce mater tua.* ¿Nuestra Señora no fue madre de Cristo? También, porque así lo afirma San Juan: *Dixit matri suae: Ecce filius tuus.* Luego Santa Ana fue abuela de la Santa Trinidad.

—Si no estuviera más en ayunas de súmulas de lo que piensa —replicó el provincial—, no había de sacar esa consecuencia, sino ésta: Luego Santa Ana fue abuela de Cristo.

—Pues, ¿qué más me da una que otra, padre nuestro? —preguntó fray Gerundio.

—Pues, ¿qué? —le dijo el provincial—. ¿Cristo es la Santísima Trinidad?

—Así lo fuera yo —respondió fray Gerundio. Et *Trinitatem in unitate veneremur.* Conque, ¿me negará vuestra paternidad muy reverenda que Cristo es la Santísima Trinidad?

—¡Y cómo que lo negaré! —respondió el provincial—. Es la segunda persona de la Trinidad, pero no es la Trinidad; así como fray Gerundio es persona del convento, pero no es el convento. Y si no, arguiría bien el que dijese: Cecilia Rebollo fue madre de Catanla Cebollón; Catanla Cebollón fue madre de fray Gerundio de Zotes, persona del convento de Colmenar de Abajo; luego Cecilia Rebollo fue abuela del convento de Colmenar de Abajo. Tampoco arguyó bien el hermano fray Gerundio; y cierto

hubiera sido mejor que el *retórico no hubiese atendido al argumento.*

—Padre nuestro —le respondió fray Gerundio—, «todas ésas son galanterías de la escuela», como dice el Barbadiño.

11. —¿Y son galanterías de la escuela —replicó el provincial— decir que Santa Ana, como buena madre enseñó a la Virgen a rezar el avemaría?

—Pues, ¿qué? —dijo fray Gerundio—. ¿Querrá vuestra paternidad negar también una verdad tan clara y tan patente? Una madre tan santa y tan cuidadosa de la buena crianza de su hija como fue la señora Santa Ana, ¿dejará de enseñarla la doctrina cristiana, ni más ni menos como está en el catecismo de Astete, comenzando por el *Todo fiel cristiano* hasta acabar? Y más; que hay quien diga que también la enseñó aun el mismo ayudar a misa, y que la santa niña a los siete años de su edad ayudaba todas las misas que se decían en la iglesia de su lugar, con mucha devoción y con mucha gracia; porque ya sabe vuestra paternidad que en tiempos antiguos, como lo leí en no sé qué libro, las mujeres ayudaban a misa.

—Déjelo, fray Gerundio, déjelo; que no hay paciencia para oírle ensartar tantos y tan furiosos disparates —repuso el provincial—. ¿Es posible que sea tan pobre hombre que no advierta que el avemaría es una oración que se reza a la misma Virgen; y que si Santa Ana se la hubiera enseñado, la enseñaría a que se rezase a sí misma? ¿No ha leído siquiera en el catecismo aquella pregunta: «¿Quién dijo el avemaría? El arcángel San Gabriel, cuando vino a saludar a la Virgen»; y que ésta fue la primera avemaría que se rezó en el mundo, cuando ya no estaba en él la gloriosa Santa, que había muerto tres años antes de que esto sucediese?

12. «No quiero ya hacerle más preguntas sobre la sustancia de la salutación, porque sería nunca acabar; pero no puedo menos de hacerle algunas acerca del estilo, porque algunas cláusulas me dieron mucho golpe. Verbigracia: ¿y qué quiso decir en esta prodigiosa cláusula: «A este, pues ángel transparente, diáfana inteligencia y objeto especulativo de la devoción más acre, consagra

esta extática y fervorosa plebe estos cultos hiperbólicos»?

—Padre nuestro —respondió fray Gerundio—, lléveme el diablo si yo sé lo que quise decir. Sólo sé que la cláusula es retumbante, y que en sonando bien a los oídos no hay que pedirla más. Y si no, dígame vuestra paternidad quién hasta ahora ha puesto tachas a estas cláusulas que andan impresas en un solo sermón de San Andrés, y en verdad que no son más claras que la mía?

13. «Y porque el lleno de tan celestes luces no ofusque atigencias visuales, atemperaré la discrección atenta con las lustrosas circunstancias del asunto... Al destellar los crepúsculos matutinos, iluminaban el templo de flamantes resplandores, siendo el brillante candor feliz panegiris de su sacra solemnidad... Nítidos ráfagos de flamulosas antorchas, brillantes destellos de solares luces animaban afectos obsequiosos, excitando admiraciones festivas: *Candidus insuetum miratur lumen Olympi*».[148] Y note vuestra paternidad de paso el modo de traer los textos, ni más ni menos como yo los traigo. Y más abajo: «En el hermoso cielo de esta magnífica capilla brillan soles en número distintos, Cristo y nuestro glorioso Santo: *Fulserunt quondam candidi tibi soles;*[149] pero los identifica afectivamente la fineza, porque Cristo vitaliza con los ígneos destellos de su amor al amante corazón de San Andrés: *Lampades ignis: in me manet, et ego in illo.*[150] [¡Cosa divina! Y luego me condenará vuestra paternidad el *Trinitatem in unitate veneremur.*] Con esta constelación hermosa, ya no hay que temer fascinaciones de la esfera; porque las luces, que podían recomendar propios resplandores, *gloria stellarum* [¡Ay qué gloria! Como quien dice *vultum tuum deprecabuntur.*], emplean hoy sus brillos en obsequiar de San Andrés glorias: *Et opera manuum ejus annuntia firmamentum.*» [151] Mire vuestra paternidad si yo mismo pudiera traer texto más al caso.

148. «Ingenuo admira la desacostumbrada luz del Olimpo.»
149. «En otro tiempo refulgieron para ti resplandecientes soles.»
150. «Lámparas de fuego: en mi presencia y yo en él.»
151. Salmo XVIII, 2: «El firmamento anuncia las obras de sus manos.» Este fragmento pertenece a Soto Marne (Sebold, I, XLVIII).

14. «Padre nuestro, por ahora no quiero cansar más la atención de vuestra paternidad con alegarle más cláusulas, no sólo de este sermón, sino de otros treinta y uno que están impresos con él, y se contienen en un gran libro de a folio; los cuales todos toditos están en este mismísimo estilo, que es un pasmo, es una admiración, es una borrachera.

—Ahora lo dijo todo —replicó el provincial— sin saber lo que se dijo; porque no puede haber epíteto que cuadre ni explique mejor lo que es ese género de estilo, pues sólo un hombre embriagado con el vino de la ignorancia, de la insensatez y de la presunción puede gastarle. Y digo que tiene muchísima razón: que ese estilo y el de su salutación, esas cláusulas y las suyas, son tan parecidas como una castaña a otra castaña. Pero ¿es posible que me diga que hay un libro de sermones impresos en ese estilo? No lo creo; porque ¿quién lo había de permitir? ¿Qué tribunal había de dar licencia para eso? ¿Cómo había de tolerar que una obra como ésa nos expusiese a la risa, a la burla y aun al deprecio de los extranjeros que no nos quieren bien? Y al autor que seriamente pretendiese imprimir semejantes locuras, ¿cómo podían menos de declararle por falto de juicio y de llevarle por caridad a la casa de la misericordia de Zaragoza, o a la de los orates de Valladolid?

15. —¿Conque vuestra paternidad no quiere creer que ande impreso tal libro, y con todas las licencias necesarias, y con aprobaciones rumbosas y de muy elevado coturno?

—Digo que no lo quiero creer —respondió el provincial—, y que aunque lo vea, pensaré que sueño.

—Pues espere un poco vuestra paternidad, que yo haré que lo vea y que lo palpe.

Y diciendo y haciendo, sale fray Gerundio precipitadamente de la celda del provincial, vase corriendo a la suya, vuelve volando, trae un libro de a folio muy manoseado; por que no le dejaba de la mano el bueno del frailecito, y casi le sabía todo de memoria. Preséntale al provincial y le dice:

—¿Está impreso este libro?

—Sí, impreso está —respondió su reverendísima.

—Pues lea vuestra paternidad —continuó fray Gerundio— el primer sermón de San Andrés.

Hízolo y leyó a la letra las cláusulas arriba citadas, ni más ni menos como las había recitado fray Gerundio. Quedóse pasmado; y viendo fray Gerundio que triunfaba, añadió:

—Pues ahora ábrale vuestra paternidad por cualquiera parte, y verá si se desmiente el autor, y si no es todo semejantísimo a sí mismo.

16. Abrióle por el sermón que se seguía de la Concepción, y tropezó luego con esta cláusula: «Veamos, pues, en aquellas occidentales fabulosas sombras, dibujadas estas orientales marianas luces; que no es improperio a las soberanas luces el brillar entre las sombras: *Lux in tenebris lucet*;[152] pues consta que entre la primordial tenebrosidad brilló la concepción de la luz: *Tenebrae erant super faciem abyssi... et facta est lux.*»[153] Y más abajo: «Rosas que, siendo timbre de su original pureza, carecen de las espinas de la troncal mácula: *ex spinis sine spina,* que puso el simbólico; porque a estas espinas preocuparon giros de radiantes estrellas: *in capite ejus corona stellarum.*»[154] Y para acabar la salutación: «Para ponderar la gloria que resulta a nuestra soberana Reina de su original gracia, pidamos la gracia que la comunica su gloria.» Aquí se paró un poco el juicioso provincial, y dijo:

—Este predicador sabía tanta teología como fray Gerundio, pues por aprovechar un insulso retruecanillo encajó un error teológico. La gloria a ningún bienaventurado comunica gracia, ni le añade un solo gradito más a la que tenía cuando entró en ella. Pero vamos adelante.

17. Abrióle en el sermón siguiente de la Expectación, y luego incontinenti se halló al principio con esta primera cláusula: «Tan complicado genio anima en la común

152. Palabras de San Juan, I, 5.

153. Génesis, I, 2-3: «Las tinieblas cubrían la boca del abismo... y se hizo la luz.»

154. Apocalipsis, XII, 1: «En su cabeza una corona de estrellas.»

expectación la esperanza, que su posesión y carencia son inexorables parcas de la vida.»

—¡Qué diantres quiere decir aquí! —exclamó el provincial.

—No lo sé, padre nuestro —respondió fray Gerundio—; pero ahí está el primor de ese inimitable estilo: hablar al parecer en castellano, y no haber ningún castellano que lo entienda.

—Pero tenga —añadió el provincial—, que ya por el latín que se sigue saco lo que quiso decir: *Nec tecum possum vivere, nec sine te.* Sin duda quiso decir que con esperanza no se puede vivir, y sin esperanza tampoco; que la esperanza mata, y la falta de esperanza también.

—Vaya, que eso es, reverendo padre —dijo fray Gerundio—. Por eso dice *posesión* y *carencia,* esto es esperanza y falta de ella; y por eso también concluye que ambas «son inexorables parcas de la vida», esto es, que la quitan. Por el hábito de mi padre Santo Toribio, que esto es hablar culto y elevado, y que yo me muero por esto.

Sin hacer caso el provincial de la sandez de fray Gerundio, prosiguió leyendo: «complica la esmeralda púrpura flamante con esplendor virente...[155] El Evangelio y el asunto enuncian natural incoherencia; porque si el Evangelio enuncia a Cristo en María concebido, el misterio asunta a Cristo de María suspiradamente deseado. [Ya escampa, y llovían necedades.]... Áureo tritíceo cúmulo, desciende a la Aurora mariana el Verbo eterno: *Ego sum panis vivus que de coelo descendit,*[156] dice el mismo; *Frumentum electorum,*[157] predijo Zacarías. Amaltea sacra, nuestra Emperatriz excelsa, a riegos de perlas, a fomentos de suspiros, anima su corazón sacra cornucopia de celestiales flores: *acervus tritici vallatus floribus*».[158]

—¡Jesús! ¡Jesús! —exclamó el provincial—. ¡Y esto se predicó! ¡Y se predicó esto a un ilustrísimo cabildo! ¿Y no

155. *virente*: lozano, magnífico.
156. Palabras de San Juan, VI, 41.
157. Zacarías, IX, 17: «Trigo de los elegidos.»
158. Cantar de los Cantares, VII, 2: «Montón de trigo cercado de flores.»

echaron al predicador el perrero, en vez de echarle el órgano? ¡Y esto se imprimió con todas las licencias necesarias! Vaya, hijo fray Gerundio, que ahora le disculpo.

18. «Respecto de las cláusulas que he leído, son tortas y pan pintado aquellas cláusulas de su salutación que tanto choz nos hicieron a todos: «¿Y qué te dan Ana, en retribución por tus compendios? ¿Qué paralelos podrán expresar mis voces al decir alabanzas?... Es Santa Ana aquella preciosa margarita que fecundada a insultos del horizonte, deja ciego a quien la busca... Cese la energía de los labios, y contemplen mis ojos, como áncoras festivas, un texto muy literal que me ofrecen los Cantares... Porque si esta triste y turbulenta avecilla es trono jeroglífico de la castidad, etc... Ea pues; digámosla aquella acróstica oración que en sus niñeces enseñó a su hija María.» Digo que estas cláusulas no merecen descalzar el pie a las otras, y que teniendo fray Gerundio estos modelos, no extraño que hubiese ensartado tan furiosos disparates. Ya no tengo paciencia para leer más, porque está bien vista la muestra del paño; y desde luego aseguro que el autor de estos sermones es sin duda algún mozalbetillo barbiponiente y atolondrado de estos que aún están con el vade en la cinta; que habiendo leído cuatro libros de estilo cultilatinorrumbático, y teniendo media docena de poetas, de mitológicos y de emblemistas, sin saber siquiera qué cosa es estilo, ni ser capaz de saberlo, se ha formado una idea de locución estrafalaria y pedantesca, y encaja *ab hoc et ab illo* todo cuanto se le pone delante.

19. —Poco a poco, padre nuestro —replicó fray Gerundio—; que vuestra paternidad padece en eso una enorme equivocación. El autor no es lo que vuesa ternidad piensa: no es por ahí un autorcillo como quiera; es mucho hombre, es hombrón, y ha hecho tanto ruido en España, que pocos han hecho más, ni aun tanto. Vea vuestra paternidad la primera llana del libro: lea el título de la obra y los dictados del autor, y después me dirá vuestra paternidad si es rana.

Aunque ya había cerrado el libro el provincial, y aun había hecho ademán de arrojarle con indignación por una ventana, oyendo esto a fray Gerundio, le picó la curiosi-

dad, abrió el frontis de la obra, leyó el título y halló que decía así, ni más ni menos: *Florilogio sacro. Que en el celestial, ameno, frondoso Parnaso de la Iglesia riega (místicas flores) la Aganipe sagrada, fuente de gracia y gloria, Cristo; con cuya afluencia divina, incrementada la excelsa palma mariana (triunfante a privilegios de gracia) se corona de victoriosa gloria. Dividido en discursos panegíricos, anagógicos, tropológicos y alegóricos, fundamentados en la Sagrada Escritura, roborados con la autoridad de Santos Padres y exegéticos, particularísimos discursos de los principales expositores y exornados con copiosa erudición sacra y profana, en ideas, problemas, hieroglíficos, filosóficas sentencias, selectísimas humanidades. Su autor el R. P. Fr.*, etc.

20. Por un gran rato quedó atónito el bueno del provincial, no sabiendo lo que le pasaba y pareciéndole que con efecto era sueño lo que le sucedía. Pero al fin, volviendo en sí, entregándose los ojos y palpando el libro, conoció que no soñaba. Quiso ver quién había tenido valor para aprobar aquel inmenso conjunto de desatinos y para votar que se diesen a luz unos sermones que, no sólo no debieran imprimirse, aunque no fuese más que por el honor de la nación, pero ni debieran los superiores, a quienes tocaba, haber permitido que se predicasen.

—Pues, no metiéndonos por ahora en más honduras y sin detenernos en examinar una infinidad de proposiciones osadas, disonantes y aun erróneas respectivamente, sólo la broza, el fárrago, el hacinamiento pueril de citas, textos, autoridades y lugares de todas especies, traídos sin método, sin juicio, sin elección, sin oportunidad, y las más veces por pura asonancia; sólo el intolerable abuso de valerse, por lo menos, tanto de los autores profanos como de los sagrados, hombreando Marcial, Horacio, Catulo y Virgilio con San Pablo y con los profetas, y usando más de Beyerlinck, Mafejan, Aulio Gelio y Natal Comite que de los Padres de la Iglesia; sólo el estrafalario, el loco y aun el sacrílego empeño de apoyar los misterios más sagrados y las acciones más ejemplares y más serias de los santos con una fábula, con una noticia mitológica o con una superstición gentílica; sólo el estilo tan fantástico, tan estrambótico, tan puerilmente hinchado y campanudo;

sólo un lenguaje tan esguízaro, tan bárbaro, tan mestizo, que ni es latino, ni griego, ni castellano, sino una extravagantísima mezcla de todos estos tres idiomas; sólo por esto, vuelvo a decir, que verá y notará cualquiera que tenga ojos en la cara, merecía el tal predicador que desde el primer sermón le hubieran quitado la licencia de predicar. Pero, ¡no sólo no haber hecho esto, sino haberlo permitido que imprimiese tales sermones! ¡Haber encontrado quien se los aprobase! Veamos quiénes fueron los censores.

21. Aún más pasmado quedó el celoso provincial cuando leyó el número, la autoridad y los elogios que daban al autor los aprobantes. Es verdad que en medio de los elogios, le pareció como que divisaba algunas cláusulas que le sonaban a pullas, o a discretas advertencias del modo con que el padre predicador apostólico debiera haber escrito, bien que temió que esto acaso podía ser malicia suya.

–Los primeros aprobantes dicen que han «leído el *Florilogio sacro* con singularísimo gusto»; y añaden inmediatamente: «¡Ojalá que con igual aprovechamiento!» ¿Qué sabemos si en esto quisieron decir: ¡Ojalá que el padre predicador apostólico nos hubiera edificado tanto como nos ha divertido! ¡Ojalá que hubiera hablado más al alma y al aprovechamiento, que al gusto y a la diversión! ¡Ojalá que se hubiera dejado de flores y de flores tan vulgares, tan inútiles y tan silvestres, y que nos hubiera dado sazonados frutos!?

Notó también que dichos aprobantes aplicaban a la obra un elogio que Cino y Praxitelo dieron a la *Cloaca* de Galeno, y se le ofreció si acaso lo decían por lo que esta obra tiene también de sentina, pues toda ella huele a gentilidad y a pedantismo que apesta.[159]

22. –El segundo aprobante, sumamente respetable por todas las circunstancias de su dignidad y de su persona, da bastantemente a entender que aprobó la obra *in fide parentum*, y que la leyó por poderes, siendo muy veri-

159. Se refiere a Cino de Pistoia (1270-1336), amigo de Dante, que le consideraba un gran poeta. Galeno no tiene ninguna obra titulada *Cloaca*.

símil que sus muchas y graves ocupaciones no le diesen lugar para registrarla de otra manera. Y a la verdad fue disculpable en los excesivos elogios que la dio; porque ¿quién se había de persuadir a que no los merecían unos sermones que pretendían estampar un predicador apostólico, un lector de teología y un cronista de su orden? Fuera de que quizá tendría presente lo que dijo cierto poeta en caso semejante: «Que los poetas que alaban y los censores que aprueban, nunca dicen lo que los autores son, sino lo que debieran ser.» Finalmente, en todo caso, al fin de la censura, hablando de cierto sermón que el autor predicó en la misma ciudad donde vivía a la sazón el reverendísimo, dice que tuvo «la fortuna ingrata de no haberle oído». Y si yo me conozco en desengaños, no es corto el que le ofrece en esta breve cláusula; pues ello, ingrata o no ingrata, ya dice que el no haberle oído fue fortuna suya. Yo a lo menos por tal la tengo.

23. »El tercer aprobante, de circunstancias no menos respetables que el segundo, no se anda en dibujos; y, con toda la claridad y gravedad que correspondía a su elevado carácter, desde luego le declaró lo mucho que le sobresaltó el título de *Florilogio sacro*, que le hizo entrar ya leyendo el libro «con advertencia», que es decir, en cortesía, con desconfianza por lo mucho que disuena lo florido con lo apostólico, siendo muy extrañas del apostólico predicador las flores. Y aunque después procura dorarle suavemente la píldora para que la trague, en todo acontecimiento el acíbar medicinal allá va. Si no hiciere buen efecto, atribúyalo el enfermo a su mala disposición.

24. »Pero al fin —concluyó el provincial, volviéndose a fray Gerundio—, sea lo que fuere de las aprobaciones, dígale que no le he de volver este libro; porque cosa más a propósito para acabarle de rematar en ese perverso gusto que tiene de componer sermones, es imposible que se haya estampado, ni que se estampe en todos los siglos de los siglos.

—Padre nuestro —dijo fray Gerundio—, el libro me le volverá vuestra paternidad, porque no es mío.

—Pues, ¿de quién es? —preguntó el provincial.

—No se lo puedo decir a vuestra paternidad —respon-

dió fray Gerundio—, porque me le prestaron en confesión.

Resonó en toda la celda una espantosa carcajada al oír tan gracioso despropósito; pero fray Gerundio, sin turbarse, prosiguió diciendo:

—Y en orden a las tachas que vuestra paternidad le pone; lo que yo veo es que corre con grande aplauso; que la impresión se despachó luego, y no se halla uno por un ojo de la cara, porque los que le tienen le guardan como oro en paño; y en verdad que todos son hombres de buen gusto; y que el autor se hizo famosísimo en España por una obra que publicó, dicen que en el mismo estilo que el *Florilogio,* contra cierto escritor que ha metido gran ruido en este siglo.[160] Conque si esto es predicar mal y con mal estilo, yo digo claramente a vuestra paternidad que no pienso predicar con otro estilo, ni de otra manera, mientras Dios me guarde el juicio.

Dijo, y sin hablar más palabra volvió las espaldas, y se despidió broncamente de aquella reverendísima asamblea.

25. No se puede ponderar lo irritado que quedó el provincial a vista de aquel desahogo y de una despedida tan irreverente y tan desatenta. Iba a mandar con el primer movimiento de la cólera que le emparedasen; pero algunos padres maestros, que conocían mejor la candidez de fray Gerundio, le aseguraron que aquélla no era malicia, sino pura inocencia y una mera simplicísima intrepidez. Con esto se sosegó, y se contentó con decir que si como él estaba ya para acabar el provincialato hubiera de proseguirle, tarde subiría al púlpito el majadero de fray Gerundio: expresión que no se sabe cómo se le escapó, porque era hombre moderado y comedido. Pero Dios nos libre de un hombre colérico cuando todavía están calientes las paredes.

26. Mientras pasaba esto en la celda del provincial, andaba una terrible zambra en el convento entre los frailes de escalera abajo sobre la misma salutación. Es verdad que los más eran de la propia opinión que nuestro

160. Fray Gerundio alude a *Reflexiones criticoapologéticas* que Soto Marne escribió contra las obras de Feijoo.

padre, conviene a saber: que era imposible predicarse cosa más disparatada. Pero otros defendían que había sido un asombro; y aunque no dejaban de conocer que había dicho muchos desatinos, pero los disculpaban con la poca edad, con los ningunos estudios, y en fin decían que el talentazo, el garbo, la voz y la presencia lo suplían todo. Sobre todo, el formidable partido de los legos se le calzó enteramente, y no le faltó siquiera un voto para que desde luego le ordenasen y le hiciesen predicador. Pero los que más a banderas desplegadas se declararon por él entre los legos, fueron el socio del provincial y el sacristán segundo de la casa. Éstos eran votos de grande consecuencia; porque el socio había cogido al bueno del provincial las sobaqueras, de tal manera, que hacía más caso de él que de muchos padres graves, y era voz común en la provincia que le dominaba.

27. El sacristancillo segundo por su término no le iba en zaga. Era un leguito que ni de molde: de mediana estatura, carirredondo, agraciado, lampiño, ojos alegres y chuscos, pulcrísimo de hábito, vivaracho, oficioso, servicial y mañoso, porque sabía hacer mil enredillos de manos. Cortaba flores, dibujaba decentemente, componía relojes, acomodaba vidrios; y para una cazuelita, para una tarta, para una bebida tenía unas manos de ángel. A favor de estas habilidades y de su genio blando y un sí es no es zalamero, se insinuaba en las celdas, con especialidad de los padres graves, hacíalos la cama, limpíabales las mesas, batíalos el chocolate, servíalos en otros mil menesteres; y como le encontraban pronto para todo, se había granjeado, no sólo el cariño, sino la confianza de los más, que casi los daba la ley y los hacía querer todo lo que él quería, y alabar todo lo que él alababa. No es decible cuánto importaron a fray Gerundio estos dos votos, y después el de los demás legos; porque los dos primeros llegaron a hacer blandear, el uno al provincial, y el otro a casi todos los padres gordos; y los demás, como cada cual tenía su santo de devoción, poco a poco le fueron conquistando a los frailes de misa y coro, de manera que en breves días ya casi todo el convento se declaró a favor de sus predicaderas.

CAPÍTULO X

EN QUE SE TRATA DE LO QUE VERÁ EL CURIOSO LECTOR, SI LE LEYERE

PUES con estos batidores, muñidores y panegiristas, viérades volverse la tortilla a favor de fray Gerundio; de manera que toda la comunidad, a excepción de algunos pocos hombres sesudos y religiosos de cuatro suelas, se echó sobre el provincial para que, supuesta su aversión al estudio escolástico y su inclinación al púlpito, le diese dimisorias para ordenarse y le nombrase predicador sabatino. Aun así y todo, costó mucho trabajo doblar la entereza del reverendísimo provincial. Pero al fin acabó de rendirle el socio de su reverendísima, que le sabía mejor que otros las escotaduras;[161] bien que no se rindió del todo hasta que uno de los padres más graves y más maduros del convento, que quería mucho a fray Gerundio pero que contaba más de lo justo sobre su docilidad, salió por fiador de que se enmendaría en el modo de predicar, tomando de su cuenta instruirle muy de propósito en que a lo menos predicase con juicio. Pareciéndole al prelado que de esta manera aseguraba su conciencia, y debajo de estas condiciones, consintió en que se ordenase de sacerdote y le hizo predicador sabatino de aquel mismo convento, con aplauso universal.

2. El que lo celebró más que todos fue el padre fray Blas, predicador mayor de la casa y el oráculo en materia de predicar de nuestro fray Gerundio; porque agregado ya a su gremio y hecho en cierta manera subalterno y dependiente suyo, le tenía como a su mandar para hacerle enteramente a su mano, y se proponía sacar en él un discípulo que eternizase la fama del maestro, como el tiempo lo acreditó.

3. Receloso de esto aquel padre grave que había sa-

161. *sabía... las escotaduras*: conocía su punto débil. *Escotadura* alude a los cortes de los jubones.

lido por fiador de su enmienda y se había ofrecido al provincial a instruirle, antes que le acabase de pervertir el padre fray Blas, con el pretexto de ir a recrearse algunos días a cierta granja del convento, le llevó en su compañía, y de propósito se detuvo en la casa de campo un mes cumplido para tener más tiempo de insinuarle con destreza sus instrucciones, esperando que se le pegarían, por cuanto no tenía al lado al predicador mayor, que era el que principalmente embarazaba prendiese en él la semilla de la buena doctrina que le daban; porque con sus disparatadas lecciones, y mucho más con sus ejemplos, todo lo echaba a perder. Llamábase el maestro Prudencio este padre grave, y le cuadraba bien el nombre; porque era hombre prudente, sabio, más que regularmente erudito, de genio muy apacible, aunque demasiadamente bondadoso, y por eso fácil a persuadirse a cualquiera cosa y también a ser engañado.

4. La primera tarde, pues, que salieron los dos a pasearse por entre una frondosa arboleda, dijo el maestro Prudencio a fray Gerundio con llaneza y con cariño:

—¿Conque en fin, amigo fray Gerundio, ya eres sacerdote del Altísimo y predicador sabatino del convento?

—Sí, padre maestro —respondió fray Gerundio—, gracias a Dios, a la intercesión de vuestra paternidad y a la de otras buenas almas.

—Ya sabes —continuó el maestro Prudencio— que salí por fiador con nuestro padre provincial de que cumplirías con tu obligación, y de que no nos sonrojarías.

—De eso pierda cuidado vuestra paternidad —respondió fray Gerundio—; que espero en Dios desempeñarle a satisfacción, y que no se arrepienta de la fianza.

—Pero, hombre, ¿cómo ha de ser eso —le replicó el padre maestro—, si no has estudiado palabra de filosofía, ni de teología, ni de Santos Padres, ni de retórica, ni de elocuencia y, en fin, de ninguna otra facultad. Y un perfecto orador, dice Cicerón, nada debe ignorar, porque se le han de ofrecer mil ocasiones de hablar de todo.

5. —Cicerón, padre maestro —dijo fray Gerundio—, hablaba de aquellos oradores profanos y gentiles que trataban en cosas muy distintas que nuestros predicadores.

—Pues, ¿de qué trataban? —le preguntó el padre maestro.

—Yo no lo sé —respondió fray Gerundio—; porque no he visto cosa alguna de aquellos oradores, más que unas pocas de oraciones del mismo Cicerón, que nos hacía construir el dómine Zancas-Largas; y ésas parece que todas se reducían, o a defender a un acusado, o a acusar a un reo, o a excitar los ánimos del pueblo y de la república a alguna resolución o empresa que fuese útil para todos. Y también me acuerdo haber construido una u otra que parecía elogio de algún ciudadano que había hecho servicios importantes a la república, o acciones gloriosas que podían ceder en esplendor y mayor lustre de toda ella.

6. —Con efecto; de eso trataban los oradores gentiles —replicó el padre maestro—; y a eso se reducía el fin y la materia de todas sus oraciones, a mejorar las costumbres. Y para eso sólo se valían de tres medios: de defender la virtud injustamente acusada y perseguida, de acusar al vicio inicuamente abrigado y defendido, y de elogiar a los virtuosos, proponiéndolos al pueblo por dechado y exhortándole a la imitación. Pues ves aquí, amigo fray Gerundio, como por tu misma confesión, aunque sin reparar en ello, el mismo fin debe ser el de un orador cristiano en sus sermones, que era en sus oraciones el de un orador gentil; y los mismos deben ser los medios. El fin es mejorar las costumbres, y los medios son: enamorar de la virtud, representando su hermosura y conveniencias (y esto se llama defenderlas); o infundir horror al vicio, pintando con viveza su deformidad y las desdichas aun temporales que arrastra (y esto se llama acusarle); o, finalmente, elogiar a los santos y a los hombres virtuosos, proponiéndolos por modelo al pueblo cristiano y exhortándole a la imitación de sus ejemplos. De manera que la famosa división de nuestros sermones en panegíricos y en morales está reducida a esto, y a esto también se reducía la división de las oraciones profanas. Conque, si Cicerón pedía en el orador profano tanto fondo de doctrina, porque se le habían de ofrecer mil ocasiones de tratar de todo, lo mismo se debe pedir del orador cristiano. Y consiguientemente, sabiendo yo que tú eres un

pobre ignorante, discurre si me dará cuidado mi fianza.

7. —No tiene que dársele a vuestra paternidad —replicó fray Gerundio—; lo primero, porque andan por ahí muchísimos que no saben más que yo y son unos espantapueblos[162] en esos púlpitos de Cristo; y, lo segundo, porque Cicerón no es algún Evangelista ni Padre de la Iglesia, y así importa un pito que él pida tanta sabiduría en el orador.

—No es Padre de la Iglesia ni Evangelista —respondió el maestro Prudencio—; pero es, y se llama con mucha razón, el príncipe de los oradores; y, como tal, pocos supieron mejor que él lo que es menester saber para persuadir a los hombres a que sean mejores, que es el fin de todo orador, como ya llevamos dicho.

—Y para saber persuadir a los hombres a que sean mejores —preguntó fray Gerundio— ¿es menester saberlo todo?

8. —Sí —respondió el maestro Prudencio—; en sentir de Cicerón, menos algunas curiosidades de astrología, de matemáticas y de física, que sirven más para la diversión que para el aprovechamiento, el orador debe saber, o a lo menos estar más que medianamente tinturado, en todas aquellas facultades que dicen relación a las costumbres y a las inclinaciones del hombre. Para combatir unas pasiones y excitar otras, debe estar instruido en la naturaleza de todas, y esto no puede ser sin estar bien informado de su composición. Ve aquí la necesidad de la filosofía. Para definir, proponer, dividir, probar y discernir entre sofismas y razones, entre paralogismos y discursos sólidos, es menester la lógica o la dialéctica. Sin un grande conocimiento de las leyes divinas y humanas, no es fácil distinguir qué acciones de los hombres son conformes a ellas o disformes, cuáles se han de aplaudir, cuáles se han de condenar. Y esto ya ves que no se puede saber sin tener muy profunda noticia de la teología moral, más que me-

162. *espantapueblos*: alusión al remoquete que se daba a ciertos predicadores gerundianos, v. gr. al padre Domingo Pérez, O. P., catedrático de la Universidad de Alcalá, autor de un volumen titulado *Sermones panegíricos y morales*, Madrid, 1746, conocido por el mote de «espanta Madrid» (Fernández Martín, I, 366).

diana del derecho canónico y una tintura por lo menos del derecho civil. Como las pasiones humanas nunca se conocen mejor que por los hechos, y como sola la historia es la que nos da noticia de los pasados, conocerá muy mal a los hombres el orador que no estuviese muy versado en la historia antigua y moderna, sagrada, eclesiástica y profana. ¿Y quién creerá que hasta la poesía es muy necesaria al orador? Pues lo dicho, dicho: ninguno será buen orador, si no tiene algo y aun mucho de poeta. No hablo de aquella poesía que facilita el modo de hacer versos, esto es, de hablar o de escribir en determinado número y medida; que esto es cosa muy accidental a la poesía. Hablo del alma, de la sustancia, del espíritu de la misma poesía, que consiste en la elevación de los pensamientos, en lo figurado de las expresiones, en la invención, idea y novedad de los discursos. Porque, sin esto, ¿cómo se pueden pintar con viveza los caracteres? ¿Cómo se pueden mover y remover con eficacia los afectos? ¿Cómo se pueden proponer las verdades más triviales con novedad y con agrado? Y ves aquí por qué dice Cicerón (éstas son sus formales palabras) que «el orador debe poseer la sutileza del lógico, la ciencia del filósofo, casi la dicción del poeta, y hasta los movimientos y las acciones del perfecto actor o representante.» [163] Y has de estar en la inteligencia de que el nombre de *filósofo*, en la antigüedad, no significaba un hombre precisamente versado en aquella ciencia que ahora llamamos *filosofía*; significaba un hombre lleno, un hombre verdaderamente sabio en todas las facultades. El orador que no está versado en ellas, aunque tenga buenos talentos, a la legua se le conoce. Anda arañando aquí y allá noticias triviales, conceptillos comunes para llenar su sermón, que al cabo sale un descarnado esqueleto, mostrando bien, como dice cierto ilustrísimo prelado, que «no habla porque está lleno de verdades, sino que anda buscando verdades porque tiene precisión de hablar».

9. —Eso sería bueno —replicó fray Gerundio— si los predicadores hubiesen de predicar de repente. Pero en no admitiendo sermones si no es con dos o con tres meses

163. En *De Oratore*, I, XXVIII.

de término, está todo remediado; porque en ese tiempo se pueden tomar de las bibliotecas y de las polianteas cuantas especies se quieren de todas las facultades, no sólo para llenar, sino para atestar un discurso.

—Así saldrá él —respondió el maestro Prudencio—, y no habrá hombre entendido que no lo conozca. A las mujeres, al populacho y a aquellos semisabidillos que solamente lo son por lectura de socorro,[164] puede ser que les parezca cosa grande; pero los que tienen buenas narices al punto perciben el fárrago, la inconexión, el hacinamiento y la indigestión de las especies, que ninguno tiene peor sabidas que el mismo que las ostenta con tanto aparato. No hizo más que trasladarlas del libro al papel, del papel a la memoria, de la memoria a los labios; y si se las tocan dos días después, le cogen tan de repente como si jamás las hubiera decorado. Predicadores jornaleros, que sólo trabajan lo que basta para salir del día. Quien no gasta muchos años en prepararse de antemano, nunca se preparará de repente; y al contrario, presto se dispondrá bien para un sermón particular el que anticipadamente se halla ya prevenido para todos.

10. —Y esa prevención, padre maestro —preguntó fray Gerundio—, ¿cómo se ha de hacer?

—Ya te lo he dicho —respondió el maestro Prudencio—: primeramente estudiando las facultades necesarias, y después leyendo con mucha reflexión, observación y penetración a los Santos Padres, a los expositores y oradores más acreditados.

—¡Jesús, padre maestro! —replicó fray Gerundio—. Sería ya un hombre carcuezo[165] antes de ser predicador, porque para estudiar todo eso eran menester muchos años.

—A lo menos —respondió el maestro— ninguno debiera ser predicador que no fuese maduro y bien adulto; porque el demasiadamente joven puede tener ingenio, puede tener habilidad, puede tener viveza, puede tener talentos

164. *lectura de socorro*: alude a agua de socorro o bautismo de urgencia, queriendo decir que son lecturas tomadas de aquí y de allá, de antologías, polianteas y diccionarios, sin ser algo sistemático.

165. Vid. nota 43 del libro segundo.

y todo lo demás que se quisiere; pero no puede tener la ciencia, noticias, especies y extensión necesaria, porque ésta no se adquiere sin mucho estudio y lectura, y para la mucha lectura son menester muchos años. Añádase que a los predicadores demasiadamente jóvenes, si no suplen la falta de representación con una virtud extraordinaria, nunca se les puede tener el respeto y la veneración que son tan necesarias para que hagan fruto los que ejercitan este sagrado ministerio, sin hablar de otros inconvenientes que no es menester decirlos para que cualquiera se haga cargo de ellos.

11. —Pues, ¿por qué se empeñó vuestra paternidad —le preguntó fray Gerundio— en que a mí me hiciesen predicador, siendo así que apenas he hecho más que cumplir los veinte y cinco?

—Extraño mucho que me hagas esa pregunta —respondió el padre maestro, no sin algún enfadillo—. ¿Tan presto te has olvidado de lo que tú mismo me importunaste para que hiciese este empeño? Fuera de que, viéndote encaprichado en no seguir los estudios y que echabas los bofes por aplicarte a esta otra carrera, quise ver si podías servir de algo en la religión, especialmente que los predicadores sabatinos apenas son más que aprendices de predicadores; porque solamente se les encargan algunos sermoncillos domésticos, de poco o ningún concurso, para que se vayan ensayando; y me pareció que en este tiempo podría suplir el arte lo que faltaba al estudio y a la edad.

12. —¿Conque el arte ya puede suplir eso? —replicó fray Gerundio.

—Enteramente no lo puede suplir —respondió el padre maestro—, pero de alguna manera sí.

—Por Dios, dígame vuestra paternidad, ¿cómo podrá suplirlo?

—Leyendo con cuidado buenos originales —respondió el maestro Prudencio—, esto es, los sermonarios de los mejores predicadores que han florecido en España, y procurando imitarlos, así en la sustancia como en el modo.

—Pero ¿cuáles tiene vuestra paternidad por los mejores sermonarios? —preguntó fray Gerundio.

—Toda comparación es odiosa —respondió el padre maestro—; así, no metiéndome por ahora en calificaciones respectivas, te digo que los sermones de Santo Tomás de Villanueva, en la naturalidad, en la suavidad y en la eficacia, son un hechizo del entendimiento y del corazón. Los de fray Luis de Granada, a quien llamaron con razón el Demóstenes español, en el nervio, en la solidez y en aquella especie de elocuencia vigorosa que, a guisa de un torrente impetuoso, todo lo arrastra tras de sí, acaso tendrán pocos semejantes. La novedad de los asuntos, la ingeniosidad de las pruebas, la delicadeza de los pensamientos, la oportunidad de los lugares, la viveza de la expresión, la rapidez de la elocuencia que reinan en los más de los sermones del padre Antonio Vieira, quizá le merecieron el epíteto, que le dan muchos, de monstruo de los ingenios y príncipe de nuestros oradores.

13. —En verdad —replicó fray Gerundio— que entre esos muchos, no tiene vuestra paternidad que contar al autor del *Verdadero método de estudiar,* el cual dice que «en sus sermones no se hallará artificio alguno retórico, ni una elocuencia que persuada». Que por haberse dejado arrebatar del estilo de su tiempo, tal vez fue aquel que con su ejemplo dio materia a tantas sutilezas, que son las que destruyen la elocuencia». Que «sus sermones están llenos de galanterías que divierten, pero que no persuaden». Que «los que le aplican aquellos grandes epítetos de maestro del púlpito, príncipe de los oradores, maestro universal de todos los declamadores evangélicos, águila evangélica, o no le entienden, o hablan apasionados». Finalmente, que «era un hombre estimado en Portugal, pero no en Roma», como se lo oyó el autor «a muchos jesuitas que tenían de él perfecta noticia».

14. —También yo la tengo —respondió el maestro Prudencio— de eso y de todo lo demás que dice el Barbadiño, autor de esa obra que me citas, contra este insigne hombre. Debiera éste quejarse si le tratara a él de otra manera que trata a casi todos los hombres grandes que florecieron en todas las facultades, siendo su empeño conocido dar a entender que todo el mundo tenía los ojos cerrados hasta que él vino a abrírselos por caridad, ha-

ciéndole ver que eran unos pobres idiotas los que él calificaba por maestros. Nada se le dará al padre Antonio Vieira, antes le estará muy agradecido, de que en materia de elocuencia cristiana le lleve a él por el mismo rasero por donde llevó, en materia de teología a Santo Tomás, San Buenaventura, Suárez, Vázquez y a todos los escolásticos; en materia de filosofía, a todos cuantos no la escribieron *à la dernière, et sic de reliquis.* No obstante, si su crítica no fuera tan universal, tan despótica y tan indigesta; si se hubiera contentado con decir que el padre Vieira, *especialmente en algunos de sus sermones panegíricos,* se dejó llevar, con algún exceso, y aunque dijese con mucho, de aquella especie de entusiasmo que arrebataba a su fogosa imaginación, y que rompía en las primeras ideas que le ocurrían a ella, las cuales eran por lo común sutilísimas, agudísimas, pero menos sólidas, adelante; yo por lo menos no me opondría a eso; porque estoy persuadido a que muchos de sus sermones, singularmente de los panegíricos, adolecen de este achaque. Por eso pudiste notar que yo no te lo propuse por modelo *en todos,* aun en aquellas determinadas cosas de que le alabé, sino *en los más.* Pero pronunciar en cerro y, como dicen, a red barredera que en sus sermones no se hallará artificio alguno retórico, ni una elocuencia que persuada, no fue tirar la barra de la crítica más allá de lo justo; fue propiamente tirar a desbarrar.

15. »En cuanto al artificio retórico, ni uno solo se señalará en sus sermones que no esté dispuesto con el más perfecto, con el más vivo, con el más natural y, al mismo tiempo, con el más disimulado; si es que efectivamente hay otro artificio retórico que un entendimiento bien lleno de su asunto, una imaginación fecunda, viva, espiritosa y animada, con una facundia natural, pronta, abundante y expresiva. El que estuviere dotado de estas prendas, como lo estaba el padre Vieira en superlativo grado, hará, sin pretenderlo y aun sin advertirlo, unas composiciones tan retóricas, que el mismo Tulio las admitiría; y colarán naturalísimamente de su boca y de su pluma, no sólo aquellos tropos y figuras que hizo advertir la observación, sino otras muchas que no se habían

observado y que quizá son más enérgicas que las ya sabidas. Quien no descubriere este artificio en cualquiera de los sermones del padre Vieira, no entre a leer los libros sin lazarillo.

16. »Por lo que toca a la elocuencia que persuada (que es la única que merece el nombre de elocuencia castiza y de ley), quisiera yo me señalase con el dedo el Barbadiño otra más activa, más vigorosa, más triunfante que la del padre Antonio Vieira, singularmente en todos los sermones puramente morales, y también en muchos panegíricos. Lea con reflexión los capitales asuntos que trata en los sermones de Adviento y de Cuaresma, donde desmenuza los novísimos [166] y promueve las verdades más terribles de la religión; y dígame qué orador antiguo ni moderno trató jamás estos puntos con mayor viveza, con mayor solidez, con mayor valentía, ni con más triunfante eficacia. Es un Ródano, es un Danubio, es un Tekesel, que quiere decir *espantoso,* río de la Etiopía llamado así por su asombrosa rapidez todo lo lleva tras sí, todo lo arrastra, todo lo arrebata. No hay entendimiento que no se rinda a la convincente solidez de sus razones, y apenas hay corazón que resista al rápido, vigoroso impulso con que le combate; tanto, que oí decir a un célebre misionero jesuita que si se formase un cuerpo de misión de los sermones del padre Vieira, entresacando los que corresponden a los asuntos que se suelen predicar en esta sagrada batería, con dificultad habría otros que conquistasen más almas, especialmente en auditorios cultivados y capaces. Y con efecto consta de la vida de este hombre prodigioso que no hizo menos fruto en los corazones con sus sermones morales, que causó admiración, así en España como en Italia, con la mayor parte de los panegíricos.

17. »En Italia, vuelvo a decir, por más que el cetrino Barbadiño nos quiera persuadir que oyó a muchos jesuitas italianos que «el padre Antonio Vieira era un hombre

166. *los novísimos*: «las cuatro que llaman postrimerías del hombre, que son muerte, juicio, infierno y gloria. Llámanse así por ser los sucesos últimos de la vida del hombre o del fin de ella» *(DA).*

estimado en Portugal, pero no en Roma». ¿A qué jesuitas pudo oír semejante despropósito, sino que fuese a los cocineros de las muchas casas que tiene la Compañía en aquella corte? Estoy por decir que aun éstos no ignoran el gran ruido que hizo en ella, cuando fue llamado de su general por haberle significado el papa Alejandro VI, muchos cardenales y la famosa reina Cristina Suecia la gana que tenían de oírle, por lo mucho que había publicado de él la fama en toda Europa. No ignoran que después de haber predicado varias veces en presencia del Sacro Colegio, convinieron todos en que era aún mucho mayor que su fama. No ignoran que habiendo predicado, digámoslo así, a competencia con el mayor orador que tuvo la Italia en aquel siglo, el reverendísimo padre Juan Paulo Oliva, predicador apostólico de tres Sumos Pontífices y general de toda la Compañía; no obstante el elevado mérito de este hombre verdaderamente grande; no obstante el estar reputado, y con razón, por el evangélico Demóstenes de Italia; no obstante la pasión natural con que necesariamente le habían de mirar todos los patricios; no obstante el peso que había de hacer en la balanza, o el respeto, o la dependencia, o la adulación, o todo junto, viéndole cabeza suprema de toda su religión, y con una autoridad casi despótica en la corte de Roma por la grande estimación que hicieron de él los tres Sumos Pontífices que le alcanzaron: no ignoran, vuelvo a decir, los jesuitas que, no obstante todo esto, en los dos sermones que en la fiesta de San Estanislao de Kostka predicaron el general y el súbdito, el italiano y el portugués, los extraños y los domésticos dieron al de éste la preferencia.

18. »No ignoran que el mismo general, en una carta que le escribió después, desde Roma a Lisboa, le llama «intérprete verdadero de la Escritura, singular órgano o arcaduz del Espíritu Santo, modelo de oradores y padre de la elocuencia»; siendo así que los superiores de la Compañía, y especialmente el supremo de todos, en las cartas que escriben a sus súbditos, aunque no les escapasen las expresiones paternales, les dispensan con mucha circunspección y con grande economía los elogios. Estos que el reverendísimo Oliva dedicó al padre Vieira, no sólo no los

ignoran los jesuitas de Roma, pero pudiera y debiera no ignorarlos el mismo Barbadiño; pero se hallan estampados en uno de los dos tomos de cartas de dicho general que se dieron a la luz pública. Finalmente, no ignoran los jesuitas que el mismo papa Alejandro y la reina Cristina desearon con ansia que se quedase en aquella corte; el uno, para oráculo de su capilla pontificia; y la otra, para ornamento de su real, discretísimo y doctísimo gabinete, donde concurrían los hombres más sabios y más eminentes de la Europa toda, que eran los que principalmente componían la corte de aquella extraordinaria princesa; por lo que dijo de ella con singular discreción Samuel Bochart,[167] haciendo el cotejo entre la reina de Sabá, que fue a conocer y a consultar a Salomón, y la reina Cristina:

Illa docenda suis Salomonem invisit ab oris;
Undique an hanc docti, quo doceantur eunt.

Que tradujo así un poeta castellano:

Aquélla, por oír a un sabio,
Su corte y su patria deja;
Los sabios dejan las suyas
Sólo por oír a ésta.

Pero así el Papa como la reina desistieron de su empeño por no mortificar al religiosísimo y celosísimo padre; que, habiéndose dedicado con voto al apostólico cultivo de los negros bozales de Brasil, y haciéndose intolerables los aplausos que le tributaba la Europa, suplicó rendidamente a la cabeza de la Iglesia y a aquella sabia princesa le permitiesen restituirse adonde le llamaba su espíritu y el de la divina vocación.

19. »Así lo hizo, sin que tampoco fuesen capaces de

167. Samuel Bochart (1599-1667), teólogo y arabista francés, llamado por Cristina de Suecia a su corte para conocerlo, donde permaneció un año estudiando manuscritos árabes propiedad de la reina.

detenerle en Lisboa las instancias del rey de Portugal, que quiso fijarle en ella para tener el consuelo de oírle como maestro desde el púlpito y obedecerle como padre en el confesionario, fijándole la dirección de su real conciencia. Mas el gran Vieira, firme en su apostólica vocación y superior a todas las fugaces honras con que le brindaba el mundo, enamorado de sus portentosos talentos, renovó en la corte del rey don Pedro el ejemplo que ciento y treinta años antes había dado San Francisco Javier en la del rey don Juan; pues supo representar con tanta eficacia a aquel monarca cuánto más y cuánto mejor le serviría en el Brasil, que el príncipe se dejó persuadir. Nada de esto ignoran los jesuitas italianos. Pues, ¿quiénes pudieron ser aquellos muchos jesuitas romanos a quienes oyó el Barbadiño que el padre Vieira era hombre estimado en Portugal, pero no en Roma? Harto será que cuando le pareció oír esto, no tuviese arromadizados los oídos, o a lo menos atronados, con el sonido de la tuba magna, de cuyos estruendosos ecos da muestras de gustar mucho en varias partes del *Método,* pero con más especialidad en su furiosa *Respuesta a las reflexiones de fray Arsenio de la Piedad.*

20. »Y de paso puedes notar la injusticia, y aun la temeridad, con que el Barbadiño atribuye esta que él llama falta de artificio retórico y de elocuencia que persuada «al deseo que el padre Antonio Vieira muestra, en casi todos sus sermones, de agradar al público». Un hombre que con tanta modestia y con tanto empeño huía los aplausos de la primera corte del mundo, y las honras con que ésta y la de Portugal a competencia le brindaban, por ir a emplear sus raros talentos entre los zafios y tostados negros del Brasil, ¿qué caso haría de agradar al público en sus sermones, sino que fuese de aquel racional agrado que debe pretender todo orador, para que le oigan con gusto y abra el camino al provecho? Porque, al fin, aquel agrado y aquel aplauso que consiste en las obras más que en las palabras, no es impropio, antes es muy digno, de cualquiera orador cristiano. San Crisóstomo, que ciertamente no solicitaba en sus sermones el aura popular del auditorio, no sólo no hacía ascos de este agrado, sino que le

solicitaba: *Plausum illum desidero, quem non dicta, sed facta conficiant.*[168]

21. »No obstante lo dicho, yo convengo de buena gana con el señor arcediano de Evora (pues ya sabemos todos que lo es por la gracia de Dios y la de la Santa Sede Apostólica el llamado Barbadiño) en que, no «casi todos», sino muchos de los sermones panegíricos, y aun tal cual de los morales del padre Vieira, están llenos de pensamientos más brillantes que sólidos, más ingeniosos que verdaderos, como también de lugares de la Escritura y de exposiciones traídas o aplicadas con mayor agudeza que solidez; y, consiguientemente, que sus pruebas deslumbran, pero no persuaden; deleitan, mas no convencen. Tampoco me opondré del todo a lo que añade el Barbadiño de que «tal vez fue aquel que con su ejemplo dio materia a tantas sutilezas, que son las que destruyen la elocuencia»; con tal que no quiera significar por estas palabras, como parece lo da a entender, que el padre Vieira fue el que introdujo en el mundo este mal ejemplo, siendo el primer inventor de estas sutilezas que no hacen merced a la Escritura y hacen añicos la elocuencia.

22. »En ese caso reñiremos; porque, siendo tan erudito el señor arcediano, como ciertamente lo es, no puede ignorar que cuando nació el padre Vieira, ya estaba el mundo atestado de libros de *Conceptos predicables*, así en portugués como en castellano, en italiano, en latín, y aun había algunos en francés, que tenían desterrada de los púlpitos la elocuencia verdadera y la genuina y literal explicación o aplicación de la Sagrada Escritura. Dejo aparte el reinado del sentido alegórico, que, aunque propio, es el más arbitrario y consiguientemente el más expuesto a desbarrar, si no se maneja con mucho pulso y con gran tiento; el cual se apoderó de todo el siglo decimosexto y de mucha parte del decimoséptimo, en que nació el padre Vieira. Y encontró éste muy celebradas en los púlpitos las sutilezas de Mendoza, las metafísicas de Silveira, los arrojos de Guevara, los reparillos de fray Felipe Díez; y tam-

168. «Deseo el aplauso que procuran, no las palabras, sino los hechos.»

bién en Italia, y aun en Francia, habían hecho grandes estragos en la elocuencia sagrada las delicadezas de los Berninis, de los Maronis y de los Mercenières.[169]

23. »Basten estos ejemplares para probar que no fue el padre Vieira el inventor de las sutilezas del púlpito, y para que no se le recargue con que tal vez fue aquel que con su mal ejemplo dio materia para que éstas se introdujesen en perjuicio de la verdadera elocuencia. No por eso negaré que los sermones panegíricos, con especialidad, están demasiadamente cargados de ellas, y por eso no te los propongo absolutamente por modelo. Pero los morales, con toda seguridad, pueden servirte de ejemplar, aunque se encuentre en ellos tal cual agudeza o pensamiento no tan sólido; pues morales y muy morales son todas las homilías de San Juan Crisóstomo, y no obstante encontrarse en ellas uno u otro pensamiento que no parezca tan cimentado, no hay en la Iglesia de Dios modelo de elocuencia más acabado ni más perfecto.

24. Insensiblemente fueron caminando cerca de una legua en esta conversación el maestro Prudencio y nuestro fray Gerundio, el cual daba muestras de oírla con atención y con gusto: tanto, que rogó al padre maestro que tuviese la bondad de irle instruyendo poco a poco en aquellas materias, y aun le suplicó que le diese unas reglas breves, claras y comprehensivas para componer todo género de sermones panegíricos, morales, y también las que se llaman oraciones fúnebres, a cuyas tres clases pueden reducirse todas las especies de sermones que se predican. Pidióle más: que no sólo le diese reglas para componerlos, sino también para el modo de predicarlos, descendiendo hasta las mayores menudencias del gesto de la persona, de la decadencia del traje, del juego de la voz y del movimiento y decoro de las acciones. Todo se lo ofreció el bueno del maestro Prudencio, bañándose, como dicen, en agua rosada y rebosando en el semblante una

169. Todos estos autores, algunos difíciles de identificar por haber varios con el mismo apellido, se caracterizaron, como puede deducirse del texto, por ser predicadores elocuentes, sutiles y pomposos.

suma complacencia, por parecerle que le iba saliendo bien su traza, y muy persuadido ya a que había de sacar en fray Gerundio un predicador de gran pro, con desempeño de la fianza que había hecho, no sin acreditar en ella la bondad de su corazón más que la bellaquería de su buen juicio. Pero como el paseo había sido largo, era hora de comer, y los ácidos hacían su oficio en los estómagos de los dos, especialmente en el del robusto fray Gerundio, se limitó la sesión para ocasión más oportuna, y se retiraron a la granja a acallar las justas quejas de las túnicas estomacales.

LIBRO III

CAPÍTULO PRIMERO

DE UN ENREDO DE BARRABÁS QUE HIZO EL MAL DIMOÑO, PARA ACABAR DE REMATAR A FRAY GERUNDIO

HABRÁ notado acaso el muy crítico y muy curioso lector (y también es muy natural que no lo haya notado) que la división y comenzamiento de este libro tercero no está según arte; porque, habiendo acabado el primero con las niñeces, primeras letras y estudios pueriles de nuestro incomparable fray Gerundio, hasta dejarle en el noviciado con el hábito de la religión, parecía que el segundo libro se había de cerrar con los estudios, pocos o muchos, que tuvo en ella, y que debiera comenzar el tercero desde que se halló ya sacerdote de misa y con el nombramiento de predicador sabatino; por cuanto el nuevo estado, y asimismo el nuevo empleo, eran una época de su vida, natural, oportuna y propia para esta tercera división. De donde acaso el mismo lector querrá poner pleito al pobre libro segundo, sobre su capítulo décimo, diciendo que éste toca de justicia al libro tercero, y que ha sido usurpación y tiranía privarle de él.

2. Yo no juraré que no tenga sus vislumbres o apariencias de razón el que hiciere este reparo. Pero, sobre que hasta ahora no se ha publicado alguna pragmática sanción que dé reglas fijas, ciertas y universales para el amojonamiento, término, límites ni cotos de los párrafos, capítulos ni libros; pues hasta en las lindes de los puntos, que son más necesarias para que no haiga pleitos en la jurisdicción e inteligencia de las cláusulas, sabe Dios y todo el mundo los trabajos que hay, por no haberse recibido alguna ley obligatoria que ligue y cause entero per-

juicio a los escritores y a los escribientes; como esta costumbre de la división de capítulos y libros, dicen que se ha introducido en el mundo literario para que descansen y tomen huelgo así los que escriben como los que leen, en asegurando yo que no me cansé hasta que dejé a fray Gerundio, no sólo con el título de predicador sabatino, sino con los primeros crepúsculos de la instrucción del padre maestro Prudencio, paréceme que, por lo que mí toca, tapé la boca al crítico reparador. Si mis lectores se cansaron antes, eso no debe ser de mi cuenta. ¿Quítoles yo, por ventura, que cierren el libro cuando les diere la gana y se echen a dormir hasta que despierten, con lo cual no sólo dividirán, sino que podrán hacer jigote los capítulos y los libros, siempre y cuando les pareciere puesto en razón?

3. Pero me dirán que aunque no hay ley escrita que arregle estas divisiones, las reglas y como que las dicta la misma ley natural, esto es, el sindéresis y la razón de los escritores metódicos, claros y de buena economía. A eso respondo que en esto de sindéresis y de razón natural cada cual tiene la que Dios le dio, y que los entendimientos son tan diferentes como las caras. A tal le parece que escribe y que habla con el mejor método del mundo; y al otro que le lee o que le oye, le parece un eterno embrollador y una confusión de confusiones. Vaya un ejemplo. Díganle al autor del *Verdadero método de estudiar* que es un embolismo todo lo que escribe; que en muchas partes apenas se perciben las reglas prácticas que da; y que las que se perciben, o es imposible, o sumamente dificultoso practicarlas, y consiguientemente que por ellas ninguna facultad se aprenderá. Se espiritará de cólera, se pelará las barbas al quitar con que quiso engalanarse; y a cualquiera que le vaya con esta embajada, le dará una rociada de *parvoices*, de *ridicularias* y de *crasas ignoranzas*, con que le haga retirar más que de paso.

4. Vaya otro ejemplo. No ha muchos años que cierto cirujano latino (así decía él que lo era), hombre bonísimo, imprimió un libro con este título: *Método racional y gobierno quirúrgico para la curación de los sabañones.* ¿Quién no creería, según el epígrafe de la obra, que ésta se redu-

cía a dar reglas prácticas y metódicas para curar estas bachillerías de la sangre, que dan tan malos ratos a la gente de poca edad, y tal vez a los hombres barbudos y aun canosos? Pues no, señor; de los trece capítulos a que se reduce todo el librete, sólo el último tiene algún tastillo [1] de metódico o de práctico. Los otros doce, sobre ser impertinentísimos para el asunto, tienen tanto de método y de gobierno quirúrgico como de oportunidad. Empeñóse en hacérselo conocer al autor un tal Juan de la Encina, escritor desalmado de tres cartas asaz bien escritas, en que esgrimió sobre las costillas del pobre cirujano toda la pujanza de su postizo apellido.[2] Y aunque, con efecto, le hizo evidencia de que el nombre de *Método* sólo podía ponérsele a la obrilla por mote o por antífrasis, el bonazo del autor se fue a la otra vida muy persuadido a que no se había escrito en ésta, cosa más metódica ni más gubernativa. Vénganse nos ustedes ahora con que el sindéresis y la razón natural dictan a cada autor el método que debe observar en el económico repartimiento de sus escritos.

5. Pero al fin, ¿qué nos estamos quebrando la cabeza? Note el curioso lector que en el primer párrafo o número del capítulo último del libro antecedente, quedó nuestro fray Gerundio presbítero *in facie Ecclesiae* y predicador sabatino en toda propiedad; y respóndame en Dios y en su conciencia a esta preguntilla: ¿Sería bien parecido que aquel capítulo no se compusiese más que de un solo párrafo, y que se presentase en el libro como capitulillo de teta o de miñatura, siendo así que los otros pueden pasar por capítulos generales, aunque sean de la religión más numerosa, por la multitud de especies y de números que concurren a componerlos? Haga justicia el prudente y *equitativo* lector; y si en medio de eso no me concediere la razón, *pacencia, Calros, pacencia.*

6. Hecha esta digresión, tan necesaria como impertinente y molesta, volvamos a atar el hilo de nuestra historia. Es tradición de padre a hijos que estaban acabando

1. *tastillo*: asomo, indicio.

2. Ya se dijo que el cirujano era José de Carmona y que Encina es un pseudónimo de Isla.

de comer el maestro Prudencio y nuestro fray Gerundio, por señas que les servían de postre unos caracoles de alcorza y algunas bellotas de mazapán, con que había regalado al padre maestro cierta monja de la orden, confesada suya, cuando comenzaron a llamar con grande fuerza a la puerta de la granja. Salió al ruido de los golpes el lego que cuidaba de ella, y encontróse (¡quién tal imaginara!) no menos que con el padre predicador mayor de la casa, el incomparable fray Blas, y con un labrador guedejudo, fornido, rechoncho y de pestorejo, que venía en su compañía; caballero el padre predicador en un rocín acemilado, tordo, sutil, zanquilargo, y ojeroso; montado el paisano en un pollinejo rucio, aparrado,[3] estrecho de ancas, rollizo, orejivivo y andador. Era el caso que en una aldea presumida de lugar, dos leguas distante de la granja, que se llamaba antiguamente Jaca la Chica y ahora, o porque se corrompió el vocablo, o por reducir a una sola voz el diminutivo, se llama Jacarilla,[4] había fundado pocos años antes una cofradía dedicada a Santa Orosia el cura del lugar, que era aragonés y muy devoto de la santa. El mayordomo de aquel año, que era el labrador que venía acompañando a fray Blas, le había echado el sermón; y aunque éste no valía más que quince reales, dos libras de turrón y un frasco de vino de la tierra, fray Blas le había admitido; porque en materia de sermones llevaba la opinión de los mercaderes, que muchos pocos hacen un mucho, y recibir a todo pecador como viniere. Algo se rodeaba por la granja; pero, por comer en casa de la orden, y sobre todo por ver a su querido fray Gerundio, aunque había tan poco tiempo que se habían separado, quiso hacer este rodeo.

7. Tanto como se alegró fray Gerundio con la vista de su amigo, tanto sintió el maestro Prudencio aquella importuna visita, temiendo que si los dejaba hablar a los dos a solas, echaría a perder el aturdido del predicador todo lo que, a su modo de entender, había adelantado él

3. *aparrado*: como las parras, se dice de los árboles que se extienden horizontalmente.

4. Jacarilla está en Alicante, cerca de Orihuela.

por la mañana. Hizo, pues, ánimo a no perderlos un punto de vista hasta que marchase fray Blas, suponiendo que lo haría después de comer. Y para que lo ejecutase cuanto antes, dio orden al lego para que los calentase a toda prisa lo que había sobrado de la comida, añadiendo algunos torreznos fritos, que es el agua de socorro para huéspedes repentinos, cuando llegan al levantar de los manteles.

8. Mientras se aderezaba la comida, no los divirtió poco el labrador, que, aunque zafio de explicaderas, grosero de persona y no muy delicado de crianza, era bastante ladino y un sí es no es socarrón. Ya sabía que el maestro fray Prudencio era hombre de mucho respeto en la orden, porque se lo había prevenido fray Blas en el camino. Y así, luego que entró en la sala donde estaba, le hizo una grande reverencia, escarbando hacia atrás con el pie y pierna izquierda, tanto, que le faltó poco para hincar una rodilla, pero sin quitarse el monterón perdurable que tenía calado hasta las orejas. Y saludando al maestro, le dijo:

—Tenga su eternidad güenas tardes, endísimo padre fray maestro, y güen provecho haga su esencia. Prega a Dios que todo se le convierta en unjundia.[5]

Y diciendo y haciendo, sin esperar a que nadie se lo rogase, echó mano de uno de los vasos de vino que estaban sobre la mesa en una salvilla, para echar a la que llaman de San Vitoriano, y con despejo patanal añadió, sin detenerse:

—A la salud de su trinidad muy raborenda; y también a la de mi padre predicador fray Bras, que es la frol de los perdicadores de chapa;[6] y también a la de ese flaire mocico, que mal año para quien me quiera mal, si no tiene pergeño de ser con el tiempo otro padre flay Bras; y también a la de mi amigo el padre granjero flay Grigorio, que

5. *endísimo* por reverendísimo; *esencia* por excelencia; *prega* por plega (plazca); *unjundia* por enjundia.

6. *de chapa*, «hombre o mujer de chapa. Frase vulgar de conversación familiar para explicar y significar que un hombre o una mujer es persona de prendas, valor, juicio y prudencia. En lo general se usa en estilo jocoso» *(DA)*.

aunque no es de misa, tampoco lo fue su padre, Dios l bendiga; pero en una feria de carneros, que se venga emparejar con él un hatajo de padres persentados; por que, por fin y por postre, de todo se sirve Dios.

Acabada esta letanía, echóse a pechos el vaso, que er de mediano portante; y volcándole boca abajo sobre la salvilla, él se dejó caer en un banco, repantigándose en él con mucha autoridad.

9. Cayó muy en gracia al bueno del maestro Prudencio toda esta introducción; y como era de genio tan bondadoso y apacible, le dijo con mucho agrado:

—Buen provecho, tío. ¿Cómo se llama?

—Bastián Borrego, para servir a su ausencia —respondió el labrador, y al decir esto, hizo ademán de levantarse un poco la montera.

—Por muchos años, en vida y salud de su mujer y de sus hijos, si los tiene —continuó fray Prudencio.

—Y como unas froles, aunque parezca mal que yo lo diga— replicó el tío Bastián—; especialmente uno que tengo vestido con el habitico de San Juan de Dios, de estos que llaman flaires gaspachos.[7] Déjelo su usandísima, eso es bobada.

—¿Conque el tío Bastián —prosiguió el padre maestro— es mayordomo de Santa Orosia?

—Y también lo jui —respondió Borrego— de la cofradía del Santísimo, y serví la de la Cruz y la de las Ánimas; y ahora sólo me falta que me echen a cuestas la de San Roque, que no dejarán de hacerlo; porque para los probes se hicieron los trabajos.

—Según eso, tiene por trabajo el servir a los santos —replicó el padre maestro.

—A los santos, padre nuestros, güeño es servirlos; pero el caso es que, según mi corto maginamiento, en estas mayordomías de mis pecados, se sirve poco a los santos y mucho a los cofrades. Y si no, dígame su reverencia, ¿se servirá mucho a los santos en que un probe como yo gaste en cada uno de estas mayordomías sesenta rales en

7. *flaires gazpachos*: hermanos de órdenes dedicadas a la curación de enfermos, como las de Malta o san Juan de Dios.

vino, veinte en tortada, diez en avellanas, todo para dar la caridad a los cofrades, sin contar la cera, ni la comida a los señores sacerdotes, ni la limosna del padre perdicador, que todo junto hace subir la roncha[8] a más de ciento y veinte rales? Ya la cera, la limosna del sermón, y aunque digamos también la comida de los curas, pase; porque todo esto parece cosa de Igresia. Pero ¡el vino de los cofrades, que hay hombre que se mama dos cuartillas! ¡La tortada y las avellanas para yesca! Y añada su trinidad el baile por la tarde a la puerta del mayordomo, que dura hasta muy entrada la noche; y más, si toca el tamboritero el son que se llama el espantapulgas. ¿Querráme decir su usandísima que de esto se sirve Dios, ni los santos?

10. —De eso no creeré yo que se sirvan mucho —respondió fray Prudencio—, y por lo mismo estoy también mal con ello. Pero si el tío Bastián conoce que las mayordomías y las cofradías se vienen a reducir a esas borracheras, ¿para qué entra en ellas?

—¿Para qué entra en ellas? ¡Güena pregunta! Bien se conoce que su ausencia está metido allá con sus libros, y no sabe lo que pasa en el mundo. Padre nuestro, en los lugares es preciso entrar en todas las cofradías, porque es preciso, y no digo más; que al güen entendedor, pocas palabras. Juera de esta razón, que pesa un quintal, viene un flaire y pondera tanto las undulgencias de una cofradía, viene otro y perdica tantas cosas sobre los suflagios que hace la otra por sus defuntos, que si un hombre no los cree, le llevan qué sé yo adónde; y si los cree y no lo hace, le tienen por judío.

11. —Pero aunque entre en las cofradías —replicó fray Prudencio—, no le pueden obligar a que sea mayordomo.

—¿No me pueden obligar? —respondió el tío Borrego—. Si usa caridad no sabe más de tulugía que de cofradías, no trueco mi cencia por toda la suya. ¿Qué razón habrá divina ni humana para que, habiendo yo bebido el vino y comido el turrón de los demás cofrades, no beban y coman ellos el mío? Amén de eso, si entro a la parte en

8. *roncha*: «metafóricamente significa el daño recibido en materia de dinero, cuando se le sacan con cautela o engaño» *(DA)*.

los suflagios y en las undulgencias, también tengo a entrar en los gastos. Pues, ¿qué? ¿No hay más que entrar uno cofrade, morir bien o mal, como Dios le ayudase, irse al pulgatorio y salir luego de él de mogollón y, como dicen, de bóbilis bóbilis, sin que le cueste tanto como a cualquiera otro probe? A buen bocado, buen grito; lo que mucho vale, mucho cuesta; donde las dan, las toman; y donde no las toman, no las dan.

12. —Pero si el cofrade se va al infierno— replicó el padre maestro—, ¿de qué le sirven los sufragios ni las indulgencias?

—Ahora sí —respondió el tío Bastián— que su eternidad muy reverenda dio en el punto, y se conoce que es tiólogo. Sin serlo yo, he puesto esa enfecultá a muchos padres perdicadores, y en verdad que no han sabido desenredarse bien de ella. Las cofradías que se reducen todas a suflagios y a undulgencias, sólo sirven para los que están en gracia; mas para ponerse en ella no sirven, sino que sea por muchos arrudeos. Pues aquí de Dios y del rey, digo yo ahora. ¡Cuánto más valen aquellas cofradías que llaman conjuraciones!

—*Congregaciones* querrá decir, tío Bastián— le interrumpió fray Prudencio.

—Su usandísima no repare en venablos, o en vucablos —prosiguió Bastián Borrego—; que entendiéndonos, nos entendemos, y cada probe estornuda como Dios le ayuda. Digo que ¡cuánto más valen aquellas conjuraciones, o congrigaciones, o lo que jueren, que obrigan a escobijar[9] la concencia confesando y comulgando a menudo, como si dijéramos cada mes o los días de las fiestas recias; que dan regras para vivir un cristiano honradamente, en las cuales no hay mayordomías ni estos embelecos o dimonios de caridades; y que, en fin, son medios para librarle a un hombre del infierno; que las otras que lo más más a que tiran es a sacarle a uno del pulgatorio! A eso digo yo, padre nuestro, que una vez metido en el pulgatorio, tarde o templano yo saldré de él; pero *in Enferno mula es enrentio*,[10] y

9. *escobijar* por escobillar, limpiar, cepillar.
10. En realidad, *In Inferno nulla est redemptio.*

en verdá que no me han de sacar de él los oficios de Ánimas que hace la cofradía por los cofrades enfuntos.

13. Grandísimo gusto le daba al bueno del padre maestro la conversación del tío Bastián, porque en medio de sus charras explicaderas, descubría que era hombre de humor y de entendimiento. Así, pues, deseoso de oírle hablar más, le preguntó quién había fundado en Jaca la Chica, o en Jacarilla, la Cofradía de Santa Orosia, porque le parecía cosa extraordinaria; puesto que aunque había visto muchas Cofradías del Sacramento de las Ánimas, de San Roque y de San Blas y de algunos otros santos, pero que de Santa Orosia nunca la había visto ni oído, atento a que esta santa, aunque tan grande, era poco conocida en Castilla.

—A eso responderé, esentísimo padre —dijo el tío Bastián, y a este tiempo tomó un polvo de la caja que a tal punto abrió el padre maestro—, que en cada villa su maravilla, y cada ladrón tiene su santo de devoción. El cura de mi lugar es aragonés, nacido y bautizado en la zuidá de Jaca, que dicen está allá junto a tierra de moros; y de camino quiero que sepa su ausencia que no quiere que le llamen *señor* Guillén (que éste es el apellido de su alcurnia), sino *mosén* Guillén, porque diz c'así s'usa en su tierra; y al emprencipio, cierto que todos nos ríamos muchísimo, porque esto de *mosén* nos olía a cosa de Moisés.

—No —le interrumpió el padre maestro—; es voz muy antigua de la lengua castellana, tomada de la arábiga, para explicar *mi señor,* y se ha conservado en Aragón como por distintivo y mayor respeto de los señores sacerdotes.

—Pues este tal cura —prosiguió el tío Borrego— es un santo (¡así lo juera yo delante de la cara de Dios!); y porque diz que en la zuidá de Jaca, donde él nació, tienen grandísima devoción con Santa Orosia, que es su patrona, él también se la tiene; y como mi lugar se llama Jaca la Chica, nos perdicó en un sermón (¡Válgame Dios! ¡Y qué sermón nos perdicó!) que sería güeno que tuviese la misma patrona que Jaca la Grande, porque Dios y los santos no reparan en estaturas; y para esto me acuerdo que trajo allá un tiesto de Isabel cuando unció [11] por rey a David.

11. *unció* por ungió.

—*Samuel* diría el cura —interrumpió el maestro Prudencio.

—*Samuel* o *Isabel*, que para lo de Dios todo es uno —prosiguió el tío Borrego—; a quien dijo Su Majestá que no mirase en su estatura, si era grande o chica; y luego lo dijo en latín tan craro y tan clavado, que lo entendió hasta la mi Coneja, que así se llama mi mujer, Bartola Conejo, para servir a Dios y a su eternidad. En fin, tantas y tales cosas nos dijo de la groriosa Santa, que se juntó aquel mismo día el concejo, y allí encontinenti votamos todos que había de ser patrona del lugar; y de más a más fundamos una cofradía, en que entraron casi todos los vecinos; y, por fin y por postre, hicimos todos obrigación ante el fiel de fechos [12] de hacer todos los años a la bendita Santa una fiesta que, déjelo, señor, no la hay más célebre en toda la redonda. Y como digo, cada mayordomo se esmera en traer el perdicador más famoso de toda la tierra; y ansí en los tres años cá que se fundó la cofradía, el primero perdicó un padre infinidor que se perdía de vista; el sigundo, uno de estos padres gordos que se llaman... que se llaman...¡válate Dios! ¿cómo se llaman?... se llaman padres... padres... es ansina una cosa a manera de *gubilete.*

—Padres *jubilados* —dijo el maestro Prudencio.

—Sí, un padre jibalado —continuó el tío Borrego—, y en verdá que era una águila. Y este año, que es el tercero, y a mí me ha tocado ser mayordomo, luego puse los ojos en nuestro padre fray Bras; porque desde que le oí el sermón de San Benito del Otero en Cevico de la Torre, al memento le eché el ojo y dije acá para mi sayo: Ya te veo que eres garza, y como yo sirva alguna cofradía, no se me escapará este pájaro.

14. A este tiempo entró el granjero con la comida; y ya le pesaba al maestro Prudencio haberle dado tanta prisa para que los despachase, porque iba tomando gran gusto a la conversación del tío Bastián. No obstante, como le hacían mayor fuerza los inconvenientes que temía de que el predicador mayor y fray Gerundio hablasen a solas y despacio, llevó adelante su primera idea de que comiesen

12. Vid. nota 46 del libro primero.

presto y despedir a los huéspedes luego que comiesen. Y así dio orden al lego para que, mientras ellos tomaban un bocado, echase un pienso a las caballerías.

15. Durante la comida, preguntó el padre maestro al tío Borrego cómo se entendían los predicadores para predicar de una santa de quien había tan pocas noticias en Castilla.

—A eso, padre nuestro —respondió el tío Bastián—, ya nuestro cura da providencia; porque ha de saber su excelentísima que le unviaron de Jaca un rimero de sermones como así —y levantó la mano derecha como media vara—, todos imprimidos, que es un pasmo. Parece a ser que estos sermones todos son ejemplares, o como se llaman, de uno que compuso un flaire a la señora Santa Orosia para perdicarle en la zuidá de Jaca, y que al cabo no le perdicó no sé allá por qué tracamundanas y correveidiles que dubió de haber habido. En fin, el flaire, que dicen era hombre encercunstanciado y de los más guapos perdicadores que había en aquellas tierras, aunque no perdicó el sermón, le emprimió. Y porque tiene grande amistad con el señor cura, le envió el rimero que dije; y el señor cura, luego que sale mayordomo de la cofradía, le da un ejemplar para que se lo entregue al perdicador que nombrare y le sirva como dicen de pautero. Pero a la salú de su ausencia, esentísimo padre, y mojemos la palabra —y echóse a pechos un vaso de a cuartillo.

16. —Buen provecho, tío Bastián —respondió el maestro Prudencio, y continuó diciendo—: Sin duda que ese sermón debe ser muy especial, y que traerá grandes noticias de Santa Orosia.

—Yo, padre nuestro —prosiguió el buen Borrego, limpiándose los bigotes y relamiéndose el trago—, soy un probe simpre que no sé leer ni escrebir, y no lo entiendo; pero un hijo mío, que es un lince, pues no tiene más que dieciocho años y ya anda por proceso,[13] nos le leyó una noche a la mi Coneja y a mí, y nos pareció que decía

13. *andar por proceso*: encontrarse en el último de los ejercicios de lectura, que se hacían cuando aprendían a leer. Consistía en leer textos de procesos.

unas cosas muy hondas. Ello es empusible de Dios que no sea uno de los más estupendísimos sermones que se han perdicado en el mundo; porque, vea usa trinidad, ¡sobre que anda de letra de molde y se ha empremido! Pero si su caridá gusta de leerle, deje; que yo pediré uno a mosén Guillén, y se le traeré cuando güelva a dejar en su convento a nuestro padre perdicador mayor.

17. —No es menester —replicó fray Blas—; que yo daré a vuestra paternidad el que me presentó el señor mayordomo, que ahí le traigo en la alforja, porque me embelesa tanto su lectura, que no acierto a dejarle de la mano, y de puro leerle casi le he aprendido de memoria. Es de los grandes sermones que he leído en mi vida.

—¿Y toca todas las circunstancias? —preguntó entonces fray Gerundio.

—Déjame echar un trago a la salud de nuestro padre maestro, y después te responderé.

Bebió fray Blas otro vaso de vino, que estaba a nivel con el de su mayordomo, limpióse con sosiego y con autoridad, y prosiguió diciendo:

—¿Qué llama si toca todas las circunstancias? No deja una que no toque; pero ¿cómo? Toca el sitio donde está fabricada la iglesia de Jaca; toca su escudo de armas; toca el del señor obispo que era a la sazón; toca el número de los regidores de la ciudad; toca el de las mujeres que en otro tiempo la defendieron contra los moros; y aunque es verdad que ninguno oyó el sermón, porque no se predicó, pero como le compuso para que le oyesen, toca el número sin número de los que pudieran oírle; y, finalmente, toca hasta el de los que llevaban el palio, que eran ocho. Y todo esto con unos textos tan oportunos, tan adecuados y tan literales, que no hay más que pedir, y parecía imposible que ingenio mortal pudiese llegar a tanto. ¡Esto es predicar, esto es componer sermones! Que todo lo demás es paja.

Y casi fuera de sí, dio una palmada en la mesa, tan recia, que faltó poco para que vasos, salvillas y jarro diesen en tierra; y lo que es el jarro, asegura un autor fidedigno que hubiera caído al suelo, a no haberse abrazado prontamente con él, al tiempo de volcarse, el vigilantísimo Sebastián Borrego.

18. Siglos se le hacían al bendito fray Gerundio los instantes que tardaba en leer un sermón que ponderaba tanto un hombre como el padre fray Blas, a quien él tenía por el mayor espantapueblos que conocían los púlpitos de aquel siglo. Reventando estaba por pedírsele, y ya tenía en el borde de los labios las palabras, cuando le contuvo el respeto del padre maestro, a quien ya el otro se le había ofrecido. Y también fue parte para detenerle un poco de miedo que le había cobrado, hasta saber qué dictamen formaba del tal sermón su paternidad; y más, que le notó no sé qué gestos displicentes mientras fray Blas estaba ponderando el primor y la menudencia con que se tocaban en él todas las circunstancias.

19. Con efecto: al machucho del padre maestro fray Prudencio le había disonado tanto esto, que prorrumpió diciendo:

—Acepto el sermón que me ofrece el padre predicador, no más que para divertirme con él y compadecerme del que le compuso; pues por lo demás, supuesto lo que el padre predicador dice, no necesito leerle para juzgar desde luego que será un tejido de despropósitos, de disparates y de puerilidades, sin que tenga de sermón más que el título y el tema. ¡Sermones de circunstancias, y de tales circunstancias! No se ha inventado locura mayor, más torpe, más indigna de la cátedra del Espíritu Santo, ni que más acredite la mala cabeza del predicador, el depravado gusto de los oyentes y la lastimosa ignorancia que hay en unos y en otros de lo que es verdadera elocuencia. Sólo en España se estila esta vergonzosa necedad; y aun en España no se introdujo hasta más de la mitad del siglo pasado, en que comenzaron a profanar el púlpito con estas ridículas indecencias unos títeres o unos poetuelas en prosa, a quienes la ignorancia del vulgo aclamó por grandes predicadores. No se me señalará ni un solo sermón de estos que se llaman circunstanciados, que sea de data más antigua. Todas las naciones extranjeras hacen una gran burla de nosotros (y lo peor del caso es que la tenemos bien merecida) por esta impertinente, loca y pueril extravagancia.

20. «¡Sermón de circunstancias! Pues, ¿acaso hay otra

circunstancia en el sermón que la de predicar del santo del misterio, o del asunto de que se habla? ¿Qué conexión tiene con las virtudes de Santa Orosia que la catedral de Jaca esté en este sitio ni en el otro, y se llame así o asá? ¿Que las armas del obispo sean un león o un avestruz? ¿Que la iglesia catedral tenga por escudo dos llaves con dos puertas, o dos arcas sin cerradura? ¿Que los regidores sean nueve, o sean veinte? ¿Que lleven el palio ocho ni ochenta? Y finalmente, ¿qué arte ni parte tuvo Santa Orosia, ni qué gloria se la sigue, de que las mujeres jaquetanas hubiesen defendido la ciudad contra los moros, cuando esta hazaña sucedió muchos años antes que hubiese Santa Orosia en el mundo? ¿Conduce nada de esto para formar un gran concepto del mérito de la Santa, una gran idea de su poder, una viva confianza en su protección, ni para alentar a la imitación de sus heroicas virtudes, que es o debe ser todo el empeño de los sermones panegíricos?

21. «Los maestros de la elocuencia sagrada, ni aun profana, ¿usaron jamás estas impertinencias? ¿Hállase por ventura ni un remoto rasgo de ellas en los sermones, en las homilías, en los panegíricos de los Santos Padres? ¿Cicerón y Quintiliano hicieron nunca asunto de semejantes bagatelas? Si un abogado se introdujese en estrados públicos a hablar en un pleito, haciendo circunstancias de las armas del presidente, de los escudos de los jueces, del dosel de la sala, del artesonado de la pieza y de otras necedades semejantes, ¿habría paciencia para dejarle acabar su arenga? ¿Y no dispondrían luego que fuese a concluirla a los orates? Pues aquí de Dios y de la razón. ¿Cómo se sufre esto en los predicadores? ¿Cómo se les aplaude? ¿Cómo se les celebra? ¿Cómo no se convierten en silbos los elogios? ¿Y cómo no vuelan contra ellos los sombreros y las monteras, a falta de tronchos? Pero esto era para más despacio, y tampoco es para aquí. Ahora, pues ustedes han acabado ya de comer y tienen que andar cinco leguas hasta Jacarilla, fray Gregorio, saca las caballerías; fray Blas, déjeme ese sermón para entretenerme; y no hay que perder tiempo, que se va haciendo tarde.

22. Por mal de sus pecados, al querer levantarse de

la mesa el bueno del mayordomo, no pudo; porque le pesaba más la cabeza que lo restante del cuerpo. Era el caso que, mientras el celoso fray Prudencio había estado tan enardecido predicando contra los predicadores que perdían neciamente el tiempo en hacerse cargo de ridículas circunstancias, el tío Bastián no le había perdido, y menudeando los tragos, que todos eran de a folio, el vino hizo su oficio; y cuando quiso ponerse en pie, cayó entre la mesa y el banco, teniendo la desgracia de tropezar con la cabeza en la esquina de éste, y se hizo una herida que parecía una espita. No hubo más remedio que aplicarle una estopada, llevarle entre cuatro mozos de la labranza a la cama, y darle tiempo hasta el día siguiente para que volviese del rapto.

23. Mucho sintió este accidente el maestro Prudencio, porque ya era preciso que a lo menos aquella tarde estuviesen juntos el predicador y fray Gerundio; y temía que aquél echase a perder lo que juzgaba había adelantado por la mañana. Viendo que ya no tenía otro remedio, propuso en su ánimo no dejarlos ni un instante solos. Y cuando estaba trazando el modo de tenerlos entretenidos, el mal dimoño, que no duerme, dispuso que en aquel instante viniese a visitarle el arcipreste del partido, que era cura de un lugar poco distante de la granja; y, después de hechos los primeros cumplidos, dijo que, con licencia de aquellos padres, traía algunos casos que consultar en secreto con su reverendísima.

CAPÍTULO II

SÁLENSE A PASEAR FRAY BLAS Y FRAY GERUNDIO, Y DE LAS RIDÍCULAS REGLAS PARA PREDICAR QUE LE DIO AQUÉL CON TODOS SUS CINCO SENTIDOS

ELLOS, que no deseaban otra cosa, sin aguardar a más razones, toman los báculos y los sombreros y sálense solos al campo, bien resueltos a no volver a la granja hasta muy entrada la noche. Quiso ante todas cosas el predicador mayor leer luego a su querido sabatino el sermón que

había de predicar a Santa Orosia y le llevaba en el pecho, entre el coletillo y la saya del hábito, asegurándole que era de los sermones más a su gusto que había compuesto hasta entonces. Pero fray Gerundio le dijo que para leer el sermón ya habría tiempo, y que en aquella tarde tenía mil cosas que decirle, las cuales no querría que se le olvidasen; especialmente que como la ocasión es calva, era menester cogerla por los cabellos, pues acaso no pillarían otra semejante en mucho tiempo. Espetóle toda la conversación que había tenido por la mañana con el padre maestro: lo que le había dicho acerca de las facultades en que debía estar por lo menos medianamente instruido todo buen orador; la necesaria lectura de los Santos Padres y, a falta de ésta, el modo de suplirla con la lección atenta de buenos y escogidos sermonarios, los que determinadamente le había señalado que eran los de Santo Tomás de Villanueva, fray Luis de Granada y el padre Vieira; y, finalmente las reglas que a petición suya había ofrecido darle para predicar bien todo género de sermones.

2. —¿Y a ti qué te pareció de todo lo que te dijo ese santo viejo? —le preguntó fray Blas.

—¿Qué quiere usted que me pareciese? —le respondió fray Gerundio—. Que todos los viejos saben a la pez, y que, en fin, los viejos no dicen más que vejeces.

—Ahora bien —le replicó fray Blas—, excusemos de razones, porque contra experiencia no hay razón; y para que veas cuán sin ella habla ese santo hombre, oye un argumento sencillo pero convincente. Yo no he estudiado ninguna de esas facultades que te dijo eran necesarias para ser uno buen predicador. Yo no he leído de los Santos Padres más que lo que encuentro de ellos en las lecciones del Breviario y en los sermones sueltos que se me vienen a las manos, o en los sermonarios de que uso. Yo no sé que haya visto, ni aún por el pergamino, los sermones de Santo Tomás de Villanueva. Por lo que toca a los de fray Luis de Granada, lléveme el diablo si en mi vida he leído ni siquiera un renglón. Y sólo de Vieira he leído algunos sermones, porque me gustan mucho sus agudezas. Siendo esto así, te pregunto ahora: ¿parécete en Dios y en tu conciencia que predico yo decentemente?

—¿Qué llama decentemente? —replicó con viveza fray Gerundio—. Yo en mi vida he oído ni espero oír a otro predicador semejante.

—Luego para predicar bien —concluyó fray Blas— no es menester nada de eso que te quiso encajar el antaño de fray Prudencio.

3. —El argumento no tiene respuesta —dijo el candidísimo fray Gerundio—, y así desde ahora le doy a usted palabra de no hacer caso de todo cuanto me diga. Mi guía, mi ayo, mi maestro y, como dicen, mi padrino de púlpito ha de ser usted. Sus consejos han de ser mis oráculos, sus lecciones mis preceptos, y no me apartaré un punto de lo que usted me enseñare. Así, pues, ya que la tarde es larga y la ocasión no puede ser más a pedir de boca, déme usted algunas reglas claras, breves y perceptibles, de manera que yo las pueda conservar en la memoria, para componer bien todo género de sermones; porque aunque muchas veces hemos hablado, ya de éste, ya de aquel punto tocante a la materia, pero nunca le hemos tratado seguidamente y, como dicen, por principios.

—Soy contento —respondió el predicador—, y óyeme con atención, sin interrumpirme.

4. «Primera regla: elección de libros. Todo buen predicador ha de tener en la celda, o a lo menos en la librería del convento, los libros siguientes: Biblia, *Concordancias*; poliantea, o el *Theatrum vitae humanae* de Beyerlinck; *Teatro de los dioses*, los *Fastos* de Masculo, o el *Calendario étnico* de Mafejan; la *Mitología* de Natal Cómite, Aulo Gelio, el *Mundo simbólico* de Picinelo y, sobre todo, los poetas Virgilio, Ovidio, Marcial, Catulo y Horacio. De sermonarios no ha menester más que el *Florilogio sacro*, cuyo autor ya sabes quién es, porque en ése solo tiene una India.

5. »Segunda regla...

—Tenga usted —le interrumpió fray Gerundio—. ¿Y no será bueno añadir algún expositor o Santo Padre?

—No seas simple —le respondió fray Blas—; para nada son menester. Cuando quieras apoyar algún concepto o pensamientillo tuyo con autoridad de algún Santo Padre, di que así lo dijo el Águila de los Doctores, así la Boca

de Oro, así el Panal de Milán, así el Oráculo de Seleucia. Y pon en boca de San Agustín, de San Juan Crisóstomo, de San Ambrosio o de San Basilio lo que te pareciere; lo primero, porque ninguno ha de ir a cotejar la cita; y lo segundo, porque aunque a los Santos Padres no los hubiese pasado por el pensamiento decir lo que tú dices, pudo pasarlos. Por lo que toca a los expositores, no hagas caso de ellos, y expón tú la Escritura como te diere la gana, o como te viniere más a cuento; porque tanta autoridad tienes tú como ellos para interpretarla. Que Cornelio diga esto, que diga lo otro Barradas, que Maldonado piense así, ni que el Abulense discurra asá, ¿a ti qué te importa? Cada cual tiene sus dos deditos de frente, como el Señor le ha deparado. Y en fin, porque me hago cargo de que para parecer hombre leído y escriturado es menester citar a muchos expositores, no te quito que los cites cuando te diere la gana, antes te aconsejo que los cites a puñados; pero para citarlos no es necesario leerlos, y haz con ellos lo que te dije que hicieses con los Santos Padres. Prohíjales lo que quisieres, teniendo gran cuidado de que el latín no salga con solecismos; y por mí la cuenta, si te lo conocieren en la cara. Un solo expositor te aconsejo que tengas siempre a la mano: éste es el Silveira, porque es cosa admirable para un apuro; y si se te antojare probar que la noche es día y que lo blanco es negro, harto será que no encuentres en él con qué apoyarlo.

6. »Tercera regla: El título o asunto del sermón sea siempre de chiste, o por lo retumbante, o por lo cómico, o por lo facultativo, o por algún retruecanillo. Pondréte algunos ejemplares para que me entiendas mejor: *Triunfo amoroso, sacro himeneo, epitalamio festivo*, etc., sermón que se predicó a la profesión de cierta religiosa; por señas que en el primer punto la hizo *ciervo*, y en el segundo *león*, dos animales que se registran en el escudo de su familia. ¡Éstos son títulos, éstos son asuntos y ésta es inventiva! Si en el blasón de la señorita hubiera un hipogrifo, ni más ni menos le hubiera acomodado el predicador a su profesión religiosa; porque los hombres de ingenio son los verdaderos químicos que de todo sacan preciosidades. Oye otros tres admirables títulos, por términos contrarios:

Parentación dolorosa, oración fúnebre, epicedio[14] *triste,* en las exequias de otra religiosa de grande esfera; y aunque el orador no tomó asunto determinado, sino historiar poéticamente la vida de su excelentísima heroína, lo hizo tan conforme a las reglas del arte, que en la frase jamás se apartó de él, en la cadencia apenas le pierde de vista, y tal vez le sigue exactamente hasta en la misma asonancia. Escucha, por Dios, cómo da principio al cuerpo de la oración, y pásmate si no te quieres calificar de tronco: «Adiós, celeste coro; adiós, lirios seráficos; adiós, amadas hijas; adiós, cisnes sagrados.» ¿Qué la falta a esta cláusula para ser una perfecta redondilla de romance ordinario, sino haber hecho esdrújulo el último pie del postrer verso, como lo pudo hacer fácilmente el reverendísimo orador diciendo *adiós, cisnes extáticos?* En verdad que nada le costaría, como nada le costó la otra perfectísima redondilla de romance que se sigue pocos renglones más abajo: «Querida esposa, ¿a qué aguardas? Bella mujer, ¿a qué esperas? Sal de esa caduca vida y ven a lograr la eterna.»

7. »Bien sé que algunos monos condenan mucho en la prosa esta especie de cadencia, y mucho más cuando se junta la asonancia, queriendo persuadirnos que tanto disuena el verso en la prosa como la prosa en el verso. Citan para eso, entre otros muchos, a no sé qué Longino, autor allá del siglo de oro que trata de pueriles, de insensatos y aun de rudos a los que usan de este estilo: *Puerile est, imo tardi rudisque ingenii solutam orationem inamoena versus harmonia contexere.*[15] Pero, ¿qué importa que lo diga Longino? ¿Ni qué caso hemos de hacer de un hombre que acaso sería tercero o cuarto nieto del que dio la lanzada a Cristo? Fuera de que Longino escribió en griego, y los que le tradujeron en latín y en francés le pudieron

14. *parentación*: «la solemnidad fúnebre o exequias en honor de los difuntos parientes, y se extiende a las que se hacen por los demás.» *epicedio*: «el verso o elegía que se recitaba en lo antiguo sobre el cuerpo difunto, antes de darle sepultura» *(DA).*

15. «Es pueril, más aun, de ingenios tardos y rudos, mezclar la prosa con la fea armonía del verso.» Vid. «Longino», *Sobre lo sublime*, ed. J. García López, Madrid, Gredos, 1979.

haber levantado mil testimonios. Finalmente, lo que a todo el mundo suena bien, ¿por qué ha de ser disonante? Pero vamos prosiguiendo con los títulos y asuntos de sermones.

8. »*Mujer, llora y vencerás,*[16] sermón a las lágrimas de la Magdalena. ¿Qué cosa más divina que haber acertado a representar el amargo llanto de la mujer más penitente con el título y aun con los amatorios lances de una de las comedias más profanas? Estos primorcillos no se hicieron para ingenios ramplones y de cuatro suelas. *El Lazarillo de Tormes,* sermón predicado en la dominica cuarta de Cuaresma, llamada comúnmente de Lázaro, a cierta comunidad religiosa; en el cual apenas hay travesura, enredo, ratería ni truhanada de aquel famoso pillo, o idea fingida de un famoso salteador de figones y malcocinados,[17] que no se acomode con inimitable propiedad a la resurrección de Lázaro, de la que hizo asunto el predicador, dejando el propio de la dominica y predicando sólo del nombre que se daba a aquella semana. *Lo máximo en lo mínimo,* sermón predicado a San Francisco de Paula, sin salir de este oportuno retruecanillo que parecía nacido para el intento.[18]

9. »*El particular in essendo, y universal in praedicando,* sermón famoso al célebre confalón [19] de ciudad, que es el *lydius lapis* [20] de los predicadores de rumbo; y los sermones suelen ser unas bellas corridas de toros, ingeniosamente representadas desde el púlpito, sacando a plaza todos cuantos toros, novillos, bueyes y vacas pacen en los campos de las Letras Sagradas y profanas, y convirtiéndose el estandarte o bandera del confalón de banderilla, que comúnmente clava el auditorio al predicador, «porque no ha dado en el chiste». En fin, porque ya me voy dilatando demasiado en esta regla, si quieres tú dar en el chiste

16. *Mujer, llora y vencerás* es el título de una pieza de Calderón.
17. *malcocinados*: donde se vende el menudo de las reses *(DRAE)*.
18. Fray Blas alude a que San Francisco de Paula fundó la orden de mínimos.
19. *confalón*: «estandarte o pendón. Es voz tomada del italiano, pero de poquísimo uso» *(DA)*.
20. *lydius lapis*: piedra de Lidia.

de los asuntos, no tienes más que imitar los del celebérrimo *Florilogio sacro,* que debe ser tu pauta para todo. Allí encontrarás los siguientes: *Gozo del padecer en el padecer del gozar,* a los dolores gozosos de la Virgen; *Real estado de la razón contra la quimérica razón de estado,* Viernes de Enemigos;[21] *Luz de las tinieblas en las tinieblas de la luz,* al Santísimo Sacramento; *Dicha de la desgracia en la desgracia de la dicha,* al entierro de los huesos de los difuntos; y así de casi todos los asuntos de aquel nunca bastantemente alabado ingenio y verdaderamente monstruo de predicadores. Si algún hombre de genio melancólico, indigesto y cetrino quisiere persuadirte, como muchos han intentado persuadírmelo a mí, que esta especie de asuntos o de títulos, sobre no tener sal, gracia, agudeza ni rastro de verdadera ingeniosidad, son pueriles, alocados y muy ajenos de la seriedad, gravedad y majestad con que se deben tratar todas las materias en el púlpito, nunca te metas a disputar con ellos. Déjalos que abunden en su opinión, hazlos una grande cortesía y sigue tú la tuya. Porque, aun dado caso que ellos tengan razón, los que la conocen son cuatro, y los que se pagan mucho de estos sonsonetes, epítetos cómicos, antítesis y bocanadas son cuatrocientos mil.

10. »Cuarta regla: Sea siempre el estilo crespo, hinchado, erizado de latín o de griego, altisonante y, si pudiera ser, cadencioso. Huye cuanto pudieres de voces vulgares y comunes, aunque sean propias; porque si el predicador habla desde más alto y en voz alta, es razón que también sean altas las expresiones. Insigne modelo tienes en el autor del famoso *Florilogio,* y sólo con estudiar bien sus frases harás un estilo que aturrulle y atolondre a tus auditorios. Al silencio llámale *taciturnidades del labio*; al alabar, *panegirizar*: al ver, *atingencia visual de los objetos*; nunca digas *habitación,* que lo dice cualquiera payo, di *habitáculo* y déjalo por mi cuenta; *existir* es vulgaridad, *existencial naturaleza* es cosa grande. Que la culpa original se deriva

21. *Viernes de Enemigos*: Viernes Santo, refiriéndose a que Poncio Pilatos y Herodes, que eran enemigos, se amigaron ese día (San Lucas, XXIII, 12).

por el pecado, a cada paso lo oímos; pero que *se traduce por el fomes*[22] *del pecado,* si no fuere más sonoro, a lo menos es más latino y más oscuro; y acaso no faltará algún tonto que juzgue que el primer pecado se cometió en hebreo, y que un escritor o literato llamado *Fomes* le tradujo en castellano. Algún escrupulillo tengo de que la proposición (salvo la hermosura de la frase) es disparatada; porque la culpa no se deriva, o no se traduce, por el pecado, sino por la naturaleza que quedó infecta con él. Pero al fin, la verdad de esto quédese en su lugar; porque, como soy poco teólogo, no me quiero meter en lo que no entiendo.

11. »Guárdate bien de decir nunca la *vara de Aarón,* porque juzgaría que es la vara de algún alcalde de aldea; en diciendo la *aaronítica vara,* se concibe una vara de las Indias, y se eleva la imaginación. *Cecuciente naturaleza,* es claro que suena mejor que naturaleza corta de vista, porque esta última expresión parece que está pidiendo de limosna unos anteojos de vista cansada. Sobre todo, *ígnitas aras del deseo,* por deseo ardiente y encendido, es locución que embelesa. Basten estos verbigracias para que sepas las frases que has de estudiar, o a lo menos imitar, en el *Florilogio sacro,* y con esto sólo harás un estilo cultísimo por el camino más fácil. Para que comprehendas mejor qué cosa tan bella es ésta, oye una cláusula en el mismo estilo, formada casi solamente de los propios términos: «Cuando la cecuciente naturaleza, superando los ígnitos singultos[23] del deseo, erumpe del materno habitáculo y presenta su existencial ser a las atingencias visuales, aunque con la labe[24] original traducida por el fomes, los circunstantes se erigen, cual aaronítica vara, ansiosos de conspicirla.»[25] Dígote de verdad que un sermón en este estilo, no hay oro en el mundo para pagarle.

12. »Hay otro estilo también muy elevado, aunque por diferente rumbo, el cual no consiste en frases pere-

22. Vid. nota 57 del libro segundo.
23. *singultos*: hipos, sollozos *(DA).*
24. *labe*: «lo mismo que mancha» *(DA).*
25. *conscipirla*: contemplarla.

grinas o latinizadas, sino en una junta y armoniosa mezcla de voces que, siendo cada una de por sí natural, llana y sencilla, las da la colocación no sé qué aire primoroso que hechiza, suspende y arrebata. Esto mejor se explica con ejemplos. Supongamos que me hubiesen encargado un sermón de honras, y que para explicar mi dolor por la muerte de la persona a quien se dedicaba la oración fúnebre, diese principio a ella de esta manera: «¡Ay de mí! No sé qué siento en el alma: parece que ésta se me arranca, o forcejea por salirse del cuerpo. El corazón quiere seguirla; la garganta se me añuda; la voz no acierta con los labios. A no suplir un precepto la falta del espíritu, no sería posible hablar. Los suspiros se atropellan en la boca; y al salir del tropel, mezclándose con las lágrimas, turban la vista, sin dejarla percibir más que objetos melancólicos y tristes.» ¿No te parece que sería ésta una grandísima frialdad, y que a lo menos cualquiera simple vejezuelo entendería lo que quería decir? Pues oye cómo explicó este mismo concepto un venerable varón en el exordio de aquella *Parentación dolorosa, oración fúnebre y epicedio triste* de que te hablé en la segunda regla:

13. »«¡Ay de mí! ¡Qué pavor recibe el alma! ¡Qué desmayo el corazón asusta! El alma, fugitiva de sí misma, aun de sí misma no acierta a dar noticia; el corazón, saliéndose del pecho, apenas late, porque a penas de esa tumba sólo pulsa; anudada la garganta, es áspero cordel el mismo aliento; desmayada la voz, halla un cariño que las ausencias supla del espíritu, porque se ve animada de un precepto; árbitro éste del balbuciente labio, confundiendo los atropellados suspiros del pecho con la copiosa lluvia de los ojos, sólo libres para atormentarse con tristeza.» ¿Qué te parece? ¿No es éste un encanto? ¿Y qué importará que el ilustrísimo señor Valero,[26] en aquella su célebre carta pastoral (que no sé cierto por qué la han alabado tanto los hombres más doctos de la monarquía), haga una sangrienta sátira contra el estilo elevado en los sermones,

26. Francisco de Valero y Losada (m. 1720), obispo de Badajoz y arzobispo después de Toledo. Su célebre *Carta pastoral* es *acerca de la ignorancia de las verdades cristianas*, con muchas reediciones.

especialmente cuando le usan unos hombres que por su profesión austera y penitente, y por su traje de mortificación, menosprecio del mundo, mortaja y desengaño, parecía que ni en el púlpito ni fuera de él habían de abrir la boca sino para pronunciar huesos, calaveras, juicio final y fuego eterno? No me acuerdo de sus palabras formales, pero bien sé que son muy semejantes a éstas:

14. »«¡Qué es ver subir al púlpito a un predicador amortajado más que vestido con un estrecho saco, ceñido de una soga, de que hasta el mismo tacto huye o se retrae, calado un largo capucho piramidal hasta los ojos, con una prolongada barba salpicada de canas cenicientas, el semblante medio sorbido de aquel penitente bosque, y lo demás pálido, macilento y extenuado al rigor de los ayunos y de las vigilias, los ojos hundidos hacia las concavidades del celebro, como retirándose ellos mismos de los objetos y gritando mudamente: *Apartadnos, Señor, de la vanidad del mundo*! ¡Qué es ver, digo, a este animado esqueleto en la elevación de un púlpito, asustando con sola su vista aun a los que no son medrosos, proponer el tema del sermón con majestad, arremangar el desnudo brazo, mostrar una denegrida piel sobre el duro hueso hasta el mismo codo, y dar principio al sermón de esta o de semejante manera:

15. »«*Bizarro, propugnáculo de España, célebre colonia latina, idea de cónsules clarísimos y gloria de los pueblos arévacos, ¿qué es esto?... ¿Qué es esto, bella emulación del orbe, jurada reina de los carpetanos montes, en cuya ilustre falda, si la vista de dos profundos valles te ciñe, al murmureo de Eresma, y de Clamores te acompaña?... ¿Qué es esto, arco de paz peregrina, donde los ciento y cincuenta y nueve de tu puente son trofeos gloriosos del que ostenta Milán en este día por real, florido iris de su cielo?* Et reliqua.

16. »«¿No quedaría escandalizado el auditorio —prosigue la sustancia de dicho melancólico prelado— al oír aquel viviente cadáver prorrumpir en unas voces tan pomposas, tan hinchadas, tan floridas; y cuando esperaban escuchar de unos labios emboscados en la espesura de aquella penitente barba, o desengaños que los aterrasen, o inflamados afectos que los encendiesen, hallarse con una

relación crespa, sonora, retumbante, la mitad en prosa y la mitad en verso, que no parecería mal en unas tablas? Si saliese al teatro un comediante con su peluca blonda y empolvada, sombrero fino de plumaje, y por cucarda [27] un lazo de diamantes, chupa de riquísima tela, casaca correspondiente a la chupa, medias bordadas de oro, zapatos a la gran moda con dos lazos de brillantes por hebillas, espadín de puño de oro, bastón del mismo puño, camisola y vueltas de París bordadas con exquisito primor; y él de estatura heroica, de semblante grato y señoril, de talle airoso, de bizarra planta, de noble y desembarazado despejo; y, puesto en medio del tablado, componiéndose las vueltas, dando dos golpecillos halagüeños hacia las caídas del peluquín o de la peluca, proporcionando la postura, hecha una airosa cortesía al silencioso concurso, y calado garbosamente el sombrero, rompiese en esta relación:

Ahora, Señor, ahora
Que la inexorable Parca
Quiere aplicar a mi vida
Los filos de su guadaña:
Ahora, ahora, Señor,
Que, postrado en esta sama,
Me siento tal, que no sé
Si he de llegar a mañana.

¿Habría bastantes silbos para él en la mosquetería? ¿No agotaría todas las peras, manzanas y troncos de la cazuela? El alcalde de corte que fuese semanero, ¿no daría pronta providencia para que llevasen a aquel pobre hombre a la casa de la misericordia? Sí. Pues, a mal dar, tan loco es un capuchino que representa en el púlpito, como un comediante que hace misión en el teatro. Y lo mismo se debe entender de cualquiera predicador, sea de la profesión que fuese; pues el haber puesto el ejemplar en un capuchino es por la especial disonancia que hace esta hojarasca y vana frondosidad en aquel traje.» Hasta aquí la

27. *cucarda*: escarapela *(DRAE)*.

sustancia de dicho ilustrísimo; pero, ¿qué sustancia tiene todo esto? El maligno cotejo que hace entre el predicador y el comediante no viene al caso, por más que parezca convincente; porque si en las tablas se representan vidas de santos y autos sacramentales en verso, ¿por qué no se podrán predicar en los púlpitos relaciones y jácaras en prosa? ¡Que me respondan! ¡Que me respondan a esta retorsioncilla!

17. »Otro estilo hay que, sin ser elevado en la expresión, es de gran gusto en el sonsonete; y son pocos los autores que no se alampan por él. Éste es el cadencioso, diga Longino lo que quisiere, y digan lo que se les antojare todos los descendientes por línea recta de los sayones que dieron muerte al Salvador. El estilo cadencioso es de dos maneras: una, cuando la cadencia es de verso, ya lírico, ya heroico; otra, cuando consiste en cierta correspondencia que tiene la segunda parte de la cláusula con la primera, como si la primera acaba en *onte*, que la segunda concluye en *unte*; si la caída de una es en *irles*, la de la otra sea precisamente en *arles*; si aquélla termina en *Tamborlán*, ésta termine en *Matusalén*. Los ejemplos te pondrán esto mejor delante de los ojos.

18. »Cadencia de verso lírico. Fuera del divino ejemplar que ya te puse en el famoso sermón intitulado *Parentación dolorosa, oración fúnebre, epicedio triste*, oye otro sacado de cierto sermón que se predicó con extraordinario aplauso en una catedral donde hervían los hombres doctos, como los garbanzos en olla de potaje, y todo él fue por el mismo estilo, sin perder siquiera pie ni sílaba. «Asustada mi ignorancia,... confuso mi encomigiento,... ni sé si atribuya a dicha,... ni sé si desgracia sea... la que buscó en mi elección... para tanto desempeño... mil asuntos al sonrojo,... mil materiales al susto... Pues si balbuciente el labio,... se esfuerza a articular voces... es seguro el desierto: *Dat, lingua nesciente, sonos.*[28] Y si, abismado en sí mismo,... a impulsos de conocerme,... busco en el silencio asilo,... o es silencio irreverente,... o es sospechoso el silencio: *Silentium mihi ignaviae tribuisti.*[29] Pero entre

28. «La lengua produce sonidos sin advertirlo.»
29. «Atribuiste mi silencio a cobardía.»

estos dos escollos,... tenga paciencia el Escila,... y tolérame el Caribdis;... que por no estrellarme ingrato... en peñas de desatento,... escojo naufragar triste... contra rocas de ignorante.» Y así va prosiguiendo sin perderle pizca hasta el mismo *quam mihi.*[30] No te puedo ponderar cuánto se celebró este sermón: en el mismo templo resonaron mil vítores y vivas, y después hasta las mismas damas compusieron décimas en elogio del predicador. Por merecer esta dicha y por lograr esta gloria, ¿no se pueden llevar en paciencia todas las lanzadas de ese Longino, o Longinos de mis pecados, que tan mal está con este bellísimo estilo?

19. »Cadencia de verso heroico. Un sermón al glorioso San Ignacio de Loyola comienza de esta manera: «Al Marte más sagrado de Cantabria,... al que en las venas del nativo suelo... para morrión, espada, peto y cota... forma encontró y materia innaccesible;... a la bomba, al cañón, al rayo ardiente,... al que nació soldado, mal me explico,... al que nació Alejandro de la gracia... y, desde que dejó el materno albergue,... con una Compañía y con su brazo,... aspiró a conquistar a todo el mundo,... juzgando (y no tan mal) que le sobraba... la mitad de la tropa y mucho aliento;... al grande Ignacio, digo, de Loyola,... reverentes consagran estos cultos... émulos de su fuego sus paisanos», etc. Aseguróme uno que se halló presente cuando se predicó este gran sermón, que no obstante de ser inmenso el auditorio, no se oyó en todo él ni siquiera un estornudo. Tanta era la suspensión de los ánimos y el embeleso con que todos le escuchaban. Pues ¿qué caso hemos de hacer de cuatro carcuezos que, porque ellos tengan ya el gusto destituido del calor natural, nos vengan a jerobear la paciencia y a decirnos que este estilo y modo de predicar no es de oradores, sino de orates?

20. »Finalmente, hay cadencia que, sin ser de verso lírico ni heroico, es de correspondencia de períodos; y no hay duda sino que es una belleza. Admirable ejemplo en un sermón predicado con sobrepelliz y bonete a la canonización de San Pío Quinto. Su principio era éste: «Ya,

30. Palabras finales de los sermones.

ya sé a quiénes intima fatales *sobresaltos,* el eco de estos sonoros universales *cultos.* Ya, ya sé que el apoteosis del Máximo Pontífice Pío *Quinto,* inquieta, alborota, turba sus erizadas olas al *Lepanto.* Ya, ya sé que el eco del sonoro clarín del *Vaticano,* desmaya, estremece, atemoriza el orgulloso corazón del *agareno.*» Y así va prosiguiendo, sin que en todo el sermón (que no es corto) se encuentre media docena de cláusulas que no medien y no terminen en este airosísimo sonsonete. Dime, amigo fray Gerundio: ¿no te embelesan estos diferentes géneros de estilo? ¿No te hechizan? ¿Y no es menester que tengan unos oídos con todo el órgano al revés aquellos a quienes disuenan?

Íbale a responder fray Gerundio a tiempo que llegó a ellos, corriendo y exhalado, un mozo de la granja, diciendo que el padre maestro los llamaba, porque el arcipreste había hecho su visita, acabado su consulta y se había vuelto a su casa.

21. No es ponderable cuánto sintieron uno y otro que se les interrumpiese la conversación, porque había tela cortada para muchas horas. Pero no pudiendo excusarse de acudir al llamamiento de *nuestro padre,* tuvieron que volverse a la casa, dejando dentellones de la obra para proseguirla en mejor ocasión. No obstante, por el camino, en que no aceleraron mucho el paso, fray Blas volvió a repetir brevemente las mismas lecciones a su discípulo, para que se le imprimiesen en la memoria. Y añadió que todavía tenía que darle otras reglas muy importantes acerca de las partes más esenciales de que se compone un sermón, como de las *entradillas,* o de los *arranques,* de las *circunstancias en la salutación,* que diga *nuestro padre,* ni un capítulo entero de *padres nuestros,* lo que se les antojare, son la cosa más necesaria, la más oportuna, la más ingeniosa y la que más acredita a un predicador; del *elogio de los otros predicadores,* en funciones de octava o fiestas de canonización, cuando han precedido o se han de subseguir otros sermones; del *modo de disponer y de guisar estos elogios; de la clave para encontrar en la Sagrada Escritura y en las letras profanas el nombre o el oficio de los mayordomos, y muchas veces todo junto*; del *uso de la mitología, de las fá-*

bulas, de los emblemas y de los poetas antiguos, cosa que ameniza infinitamente una oración; de los *asuntos figurados o metafóricos,* tomándolos, ya de los planetas, ya de los metales, ya de las plantas, ya de los brutos, ya de los peces, ya de las aves, como, verbigracia: llamar a Cristo en el Sacramento el *Sol sin Ocaso,* o el Sol que nunca se pone; a San Juan Crisóstomo el *Potosí de la Iglesia,* aludiendo a las minas del Potosí, y a que Crisóstomo quiere decir *Boca de Oro*; a Santo Domingo la *Canícula en su tiempo,* con alusión al perro que le figuró en el seno materno, y a que la fiesta del santo se celebra en la canícula; a Santa Rosa de Lima la *Rosa de la Pasión*; a San Francisco Javier el *Heleutropio sagrado,* o el *divino Girasol,* porque siguió con sus pasos al planeta que, dicen, sigue esta planta con su vista; y así de los demás.

22. —Estas y otras mil cosas tenía que decirte; pero lo que se dilata no se quita, y los mismos sermones que vayas predicando me irán dando oportunidad para decírtelas. Lo que ahora te encargo en que no hagas caso de las maximotas de nuestro padre maestro fray Prudencio, ni de las de otros de su calaña; porque estos hombres tienen tan arrugado el gusto como la piel, y solamente les agradan aquellos sermones que se parecen a los de los teatinos, infierno por delante y Cristo en mano.

Diole palabra fray Gerundio de que no se apartaría un punto de sus consejos, de sus principios y de sus máximas. Y con esto entraron en la granja, donde pasó lo que dirá el capítulo siguiente.

CAPÍTULO III

LEE EL MAESTRO PRUDENCIO EL SERMÓN DE SANTA OROSIA; DA CON ESTA OCASIÓN ADMIRABLES INSTRUCCIONES A FRAY GERUNDIO, PERO SE ROMPE INÚTILMENTE LA CABEZA

NO era temprano cuando los dos volvieron a la granja, que no hallasen al maestro Prudencio con el velón encendido, montados los anteojos en la punta de la nariz, con el sermón de Santa Orosia delante de sí, un polvo en

una mano, reclinada la cabeza sobre la otra, la caja abierta encima de la mesa, y el gesto un sí es no es avinagrado. Y fue así, que como el predicador fray Blas le había dicho que llevaba el sermón de Santa Orosia en las alforjas y se le había ofrecido, él, luego que montó el arcipreste y apenas acabó de rezar maitines y laudes para el día siguiente, cuando, con la licencia de anciano y con la autoridad de padre maestro, registró las alforjas, dio con el tal sermón a poco escrutinio y se puso a leerle. Pero a la primera cláusula fue tal el enfado que le causó, que a no haberle contenido su genio blando y apacible, le hubiera hecho pedazos.

Apenas avistó en la sala a los dos paseantes, cuando encarando con fray Blas, le dijo, no sin alguna colerilla:

—Dígame, padre predicador, ¿y es posible que me alabase tanto este sermón de Santa Orosia? Ya por su misma relación sospechaba yo lo que sería, ya me daba el corazón que no había de encontrar en él más que necedades y disparates; pero confieso que nunca creí encontrar tantos. Yo no sé por qué motivo no le predicó el orador; sólo sé que si yo hubiera de dar licencia para predicarle, tarde le predicaría.

—Padre maestro —respondió el predicador entre entonado y desdeñoso—, alabé ese sermón y vuelvo a alabarle, y digo que son pocos todos mis elogios para los que él merece.

—Pues dígame, pecador de mí —le replicó el maestro Prudencio—, ¿no basta la primera cláusula para calificar al autor de un pobre botarate? «Señores, ¿estamos en Jaca, o en la Gloria?» Todo el chiste de esta pueril y ridícula entradilla consiste en que es muy parecida a aquella vulgaridad de chimenea o bodegón: «Señores, ¿estamos aquí, o en Jauja?» Miren por Dios qué arranque tan oportuno para dar principio a una oración sagrada y en un teatro tan serio. Vamos adelante. «Pero, ¿quién duda estamos en la Gloria, estando en Jaca? Porque si el sitio de la Gloria es el cielo, hoy es un cielo este sitio.» ¿Puede haber retruencanillos más insulsos, ni paloteado de voces más insustancial?

3. »¿Y cómo probará que la iglesia de Jaca se equi-

voca con el cielo? Valiéndose de un embrollo de embrollos sin atar ni desatar, y confundiendo el cielo material con la Gloria, como a él le parece que le viene más a cuento. Dice que es un cielo aquella iglesia; lo primero, porque la Gloria se llama Iglesia triunfante, y es iglesia triunfante la de Jaca, porque en el sitio que ocupa se ganó una victoria contra los moros, y desde entonces se llamó el Campo de la Victoria. Por esta cuenta también, la famosa mezquita de Damasco se pudiera llamar mezquita triunfante, pues en ella ganaron los moros una victoria contra los cristianos. ¡Despropósito ridículo, y extravagante acepción de la Iglesia triunfante! Que no se llama así porque hubiese sido campo de batalla ni de victoria de los santos que la componen, sino porque triunfan allí de lo que pelearon acá. Y no ha dejado de caerme en gracia que para probar la trivialísima vulgaridad de que el Cielo se llama Iglesia triunfante, embarra la margen con una prolija cita de Silveira, notando el tomo, el libro, el capítulo, la exposición y el número; muy parecido al otro tontarrón de predicador que decía: «*Humilitas* llamó profundamente mi padre San Bernardo a la humildad, como lo puede notar el curioso en sus *Libros de consideración* al papa Eugenio.» [31]

4. »La segunda prueba de que la Iglesia de Jaca es un cielo, es porque el Sol es presidente del cielo, al Sol le llaman *Mitra* los persas, el domicilio del Sol es el signo de León, y el señor obispo de Jaca tiene mitra y un león por escudo de armas. Por esta regla, más cielos hay de tejas abajo que de arriba; porque de tejas arriba sólo se cuentan once, y acá podremos contar más de once mil, siendo cosa averiguada que todas las iglesias catedrales tienen obispo, todos los obispos tienen mitra, y si el persa llama *Mitra* al Sol, tenemos acá abajo tantos soles como obispos y tantos cielos como iglesias catedrales. Vamos claros; que la prueba es ingeniosa, sutil y terminante. ¡Y qué nos querrá decir el padre doctor predicador en que el signo de León es el domicilio del Sol! Si quiere decir que

31. Los cinco libros *De Consideratione*, de san Bernardo de Claraval, dedicados a Eugenio III, cisterciense como él.

aquélla es su casa propia o alquilada donde vive de asiento, que eso significa *domicilio,* es un despropósito de que se reirá cualquiera ventero que tenga en el portal de la venta, junto al papel de la tasa,[32] un miserable almanac. Si le llama domicilio del sol porque este brillante postillón del cielo en su jornada anual hace mansión por algunos días en la venta, o en la casa imaginaria de este signo, para dar cebada de luz a sus caballos, tan domicilio del sol es el signo de Cabra como el signo de León; y cualquiera de los otros once signos, donde descansa este planeta, tiene el mismo derecho para llamarse su domicilio.

5. »Tercera prueba: La iglesia de Jaca es cielo, porque el cielo se llama *tiara,* y Cartario dice que tiene dos puertas con dos llaves. Las armas de la catedral de Jaca son dos llaves y una tiara. Pues aquí, ¿qué tenemos que hacer para declararla por cielo con autoridad de Cartario? ¡Pobre monigote! Todas las iglesias que no tienen escudo de armas particular, usan el de la Iglesia de Roma, que es una tiara con dos llaves, en significación de su jurisdicción o potestad espiritual y temporal; y para significar dichas iglesias particulares que no tienen otro patrono que al Pontífice, y que son de la comunión católica, apostólica, romana. Pues hételе que por esta razón tanto derecho tiene a ser cielo la más pobre iglesia rural como la catedral de Jaca, y queda muy lucido el padre doctor con su impertinente cita de Cartario. Pero donde está más donoso es en las otras tres razones de congruencia que añade, para que la iglesia de Jaca tenga las mismas armas que la de San Pedro en Roma, cabeza de todas las iglesias. Dice que esto será, «o porque ni la cabeza del orbe, Roma, puede gloriarse de mayor nobleza que la insigne catedral de Jaca —hicieron bien en no dejarle predicar este sermón, porque tengo por cierto que sólo por esta proposición aquel ilustre y cuerdo cabildo le hubiera echado el órgano, los perreros y aun los perros—; o porque parece debía de estar la cabeza de la Iglesia en Jaca, a no haberla colocado San Pedro en Roma —ya escampa, y llovían necedades—; o porque el cielo, hermosa república de tanto bri-

32. *papel de la tasa*: nota de precios (Fernández Martín, I, 417).

llante zafiro, es sólo condigna imagen de cabildo tan respetoso». Y suponiendo que su Cartario habla del Cielo formal, que es la Gloria, porque de ésta dice que tiene dos puertas con dos llaves, afirmar que la Gloria sólo es «condigna imagen de la iglesia de Jaca», ¿no merece una coroza y una penca, o a lo menos un birrete colorado? [33]

6. »Déjolo; que no tengo ya paciencia para leer tanta sarta de despropósitos. ¡Y este sermón se imprimió! ¡Y en su elogio se compusieron décimas, octavas y sonetos! ¡Y el buen cura de Jaquetilla o de Jacarilla se le presenta por modelo a los predicadores de Santa Orosia! ¡Y el padre predicador alaba tanto este sermón!

—Lo dicho, dicho, padre maestro —respondió el predicador—; le alabo y le alabaré; porque si todos los sermones se hubieran de examinar con esa prolijidad, y si en ellos se hubiera de reparar en esas menudencias, allá iba a rodar toda la gala y toda la valentía del púlpito.

—¡Qué gala ni qué valentía de mis pecados! —exclamó el maestro Prudencio—. ¿Es gala el decir tantos disparates como palabras? ¿Es valentía el pronunciar a cada paso herejías, blasfemias o necedades? Y dígame, padre fray Blas: ¿qué tiene que hacer nada de esto con las heroicas virtudes de Santa Orosia, con el poder de su patrocinio, ni con la imitación de sus ejemplos, que son los tres únicos fines que puede y debe proponerse en su panegírico un sagrado orador? ¿Qué conducirá para la grandeza de la santa que el Sol entre por el mes de junio en el signo de Cáncer, ni que este signo se componga de nueve estrellas, las cuales, en sentir de nuestro reverendísimo orador, representan los nueve senadores o los nueve regidores que constituyen el ayuntamiento de aquella ilustrísima ciudad? ¿Y qué sabemos si ésta se dará por ofendida de que para su elogio hubiese buscado un símbolo encancerado, que cierto la hace poquísima merced? ¿Y qué

33. *penca*: «Se llama por semejanza el pedazo de cuero o vaqueta con que el verdugo azota a los delincuentes» *(DA)*. *birrete colorado*: los comentaristas de *Fray Gerundio* coinciden en señalar que se refiere a burla, o gorro de bufón. Según el *DA*, los birretes «a los principios eran comúnmente colorados o rojos».

tendrá que ver el martirio de Santa Orosia con que en las estrellas haiga machos y hembras, disparate de a quintal de que debiera reírse el padre maestro, aunque le leyera en todos los libros de la Biblioteca Bizantina, cuanto más en las tautologías de Villarroel, y no traerle a colación en el púlpito, para que el auditorio imaginase que las estrellas procreaban y propagaban por vía de generación?

7. —Padre maestro —replicó el predicador fray Blas—, hágase vuestra paternidad cargo de que todo eso se dice en la salutación, la cual se destina únicamente para tocar las circunstancias, y no tiene conexión con el cuerpo del sermón, que es donde corresponde el elogio del santo o de la santa.

—Téngase, padre predicador —repuso con alguna viveza el maestro Prudencio—; eso es decir que la cabeza no ha de tener conexión con el cuerpo, que el principio no la ha de tener con el medio ni con el fin, y que el cimiento ha de ir por un lado y el edificio por otro. ¿La salutación es parte del sermón, o no lo es? Si no lo es, ¿para qué se gasta el tiempo en ella? Si lo es, ¿por qué no ha de tener conexión, orden y trabazón con todo lo demás? ¿Y en dónde ha leído el padre predicador que la salutación o el exordio de los sermones se hizo para lisonjear a los cabildos, para disparatar a costa de los mayordomos, para engaitar a los auditorios, para pasearse por los retablos, para correr toros y novillos, para tocar el son a las danzas y para otras mil necedades e impertinencias como éstas de que se ven atestadas las más de las salutaciones?

8. —Yo no sé, padre maestro, si lo he leído o no lo he leído —respondió el satisfechísimo fray Blas—. Sólo sé que lo que se usa no se excusa, que ése es el estilo general de España, y que a los oradores se nos encarga estar al uso, según aquella reglecita que saben hasta los niños: *Orator patriae doctum ne spreverit usum.*

—Bien se conoce —replicó el maestro —que el padre predicador entiende todas las cosas no más que por el sonido, y de esa manera no es de admirar que forme tan extrañas ideas de ellas. Lo primero, esa regla no se hizo para los que llamamos oradores o predicadores, sino para

aquellos que hablan o pronuncian el latín en prosa, la cual se llama *oración,* para distinguirla del verso. A éstos se les previene que cuando encontraren algún acento que en verso no tiene cantidad fija o determinada de breve o larga, sino que unas veces se pronuncia largo y otras breves, en prosa le pronuncien siempre como acostumbran los inteligentes y eruditos de su país, y que no presuman hacerse singulares despreciando esa costumbre. Lo segundo, aunque la regla hablara con los que llamamos oradores, que son los predicadores, tampoco favorecería su intento; porque no dice o encarga que el predicador siga y no desprecie cualquiera uso, sino el uso docto: *doctum ne spreverit usum,* esto es, el arreglado, el puesto en razón, el que acostumbran los hombres universalmente reputados por doctos y por inteligentes en la facultad. Éste es el que propiamente se llama *uso*; que los demás son abusos y corruptelas. Pues ahora señáleme un solo orador de España de estos que la gente cuerda tiene por verdaderos oradores y no por orates, de estos que no los buscan para títeres de los púlpitos y para dominguillos de las festividades, de estos que logran y merecen general reputación de hombres sabios, cultos, bien instruidos y circunspectos: señáleme, vuelvo a decir, uno solo de éstos que siga ese mal uso, que no le desprecie, que no le abomine, que no se compadezca de los que le practican y le aplauden, o que no haga burla de los unos y de los otros; y después hablaremos.

9. »Por el contrario, yo estoy pronto a mostrarle muchos sermones impresos y manuscritos de insignes oradores modernos de nuestra España que, habiendo predicado las mismas festividades y con las mismas llamadas circunstancias sobre las cuales bobearon y desbarraron sin tino otros predicadores que los precedieron, ellos, o las despreciaron todas con generosidad, sin tomarlas siquiera en boca, o si las tocaron, fue con un aire de burla y de desprecio, que hizo visible y aun risible a todo el auditorio la ridiculez de esta costumbre. Algunos sermones de éstos tengo en la celda; pero por casualidad traje conmigo uno cuya salutación le he de leer, que quiera que no quiera, y aquí le tengo debajo del atril, porque estaba en

ánimo de leérsele a fray Gerundio. El padre predicador debe oírla con particular cariño por lo que se toca en ella de su santo, San Blas, de quien se hace también particular circunstancia. Es la salutación de un sermón que se predicó a la Purificación de Nuestra Señora en el día de San Blas, y en la iglesia de los Niños de la Doctrina de Valladolid, cuya ciudad es su patrona, juntamente con la Real Congregación de la Misericordia. Todas estas teclas dicen que se han de tocar, y el predicador de quien voy hablando todas las tocó; pero de una manera que debía llenar de provechosa vergüenza a todos los que las tañen. Después de hacer reflexión a que en el misterio de la Purificación la Virgen hizo a Dios dos grandes sacrificios: el primero, el de la reputación o concepto de su virginidad, pues se purificó, como si necesitara de purificarse; el segundo, el de su unigénito Hijo, pues se le ofreció aquel día al Eterno Padre, con pleno conocimiento de todo aquello para que se le ofrecía; y después de reflexionar con juicio, con solidez y con piedad que en estos dos grandes sacrificios padeció cuanto podía padecer como virgen y como madre, concluyó que de cualquiera manera que se considerase el misterio, se debía convenir en que el misterio de la Purificación de la Virgen era el misterio de su dolorosa Pasión. Y propuesto este devotísimo asunto, prosiguió de esta manera.[34]

10. »«Pues ahora hablemos sin preocupación y discurramos con serenidad. ¿Será bien parecido que en un sermón tan serio como el de la Pasión de la Virgen me deje yo llevar de la pasión de la vanidad, acomodándome con una vergonzosísima costumbre que ha introducido la total ignorancia de lo que es elocuencia verdadera? ¿Será bien que por no parecer menos que otros haga traición a mi sagrado ministerio, pierda el respeto a ese gran Dios Sacramentado en cuya presencia estoy, profane la cátedra del Espíritu Santo, y prácticamente me burle de un auditorio tan numeroso, tan grave, tan piadoso, tan docto, tan

34. Este sermón, del que se transcriben varios párrafos a continuación, es de Isla y está publicado en el tomo VI de sus *Sermones morales y panegíricos*.

acreedor a todo mi respeto y a toda mi veneración? ¿Y no haría yo todo esto si practicase lo que altamente abomino, lo que abominan todas las demás naciones del mundo, y lo que no cesan de llorar con lágrimas de sangre cuantos hombres de verdadero juicio y de verdadera crítica hay en la nuestra?

11. »«Llamado y traído aquí por la Real, por la gravísima, por la piadosísima Congregación o Cofradía de la Misericordia, para predicar del tierno, del doloroso, del instructivo misterio de la Purificación de la Virgen, un sermón digno de un orador cristiano, ¿no haría yo todo lo dicho, si en el sermón o en el exordio me entretuviese puerilmente en hacer asunto de la misma Cofradía y del título que da razón de su misericordioso instituto? ¿Si levantase figura sobre la accidentalísima circunstancia de que la fiesta no se celebre en el día propio, sino en el siguiente, dedicado a San Blas, obispo de Sebaste, y de que se celebre en una basílica consagrada también al mismo santo prelado y mártir? Si, finalmente, hiciese misterio de la educación de esos Niños de la Doctina, que están en primer lugar al amparo de la Virgen y de San Blas, y después bajo la caritativa protección de esta noble y leal ciudad y de esta Real Cofradía, ¿no me diréis qué conexión tienen con la Purificación de la Virgen unas circunstancias tan distantes del misterio y tan fuera del asunto? ¿Puede haber texto en la Sagrada Escritura que las ate ni las comprehenda, sino que sea desatando de su lugar al mismo texto, arrastrándole por los cabellos, violentándole y profanándole, contra lo que tan severamente nos tiene prohibido a los predicadores y a todos la Santa Iglesia?

12. »«Si yo quisiera hacer esto como regularmente se estila, ¿no sería una cosa fácil para mí? Para unir la Purificación con la Misericordia, sólo con prevenir que esta fiesta se llamó antiguamente en la Iglesia Latina, y todavía se llama hoy en la Iglesia Griega, la fiesta del Encuentro, venía clavado el textecito de *misericordia et veritas obviaverunt sibi:* [35] saliéronse al encuentro la misericordia y

35. Salmo LXXX, 10: «La misericordia y la verdad se encontraron.»

la verdad; pero vendría clavado con toda propiedad, esto es, taladrado de parte a parte. Para la circunstancia de celebrarse la fiesta, no en el día propio, sino en el siguiente, no tenía que salir del evangelio del día. Observaría el modo con que se explica el Evangelista: *Postquam impleti sunt dies*, después que se cumplieron los días de la Purificación. Notaría con muchas recancanillas [36] que el Evangelista no dice *cuando* se cumplieron, sino *después* que se cumplieron: *postquam impleti sunt*; y concluiría, muy satisfecho de mi trabajo, que esta proposición no se verifica rigurosamente en el día en que se cumplen, sino en el día después. Y, consiguientemente, que el día propio de celebrar esta fiesta es aquel en que la celebra esta Real Cofradía. Pero esto, ¿qué vendría a ser en conclusión? Querer corregir la plana a la Santa Iglesia, y merecer que me quitasen la licencia de predicar.

13. »«Para hacer que San Blas hiciese papel en el misterio de la Purificación, no me sobraría otra cosa que materiales, aunque tales serían ellos. Pues ¿no estaba ahí el santo viejo Simeón, a quien muchos hacen sacerdote, y aun algunos quieren que fuese pontífice? Con hacer a uno figura o representación del otro, estaba todo ajustado. Si me replicasen que esto no podía ser; porque San Blas es abogado contra las espinas, y Simeón en el mismo misterio clavó a la Virgen una que la penetró hasta el alma y la duró toda la vida; diría, lo primero, que no es lo mismo espina que espada, y que Simeón habló de ésta y no de aquélla; diría, lo segundo, que hay espinas que atragantan y espinas que vivifican, espinas que se atraviesan y espinas que nos libertan. Y para probar estos retruecanillos citaría cien textos de espinas apetecibles, que sólo me costaría el trabajo de abrir y trasladar las *Concordancias*; y, en vez de salutación o exordio, predicaría un erial. Pero si no me pareciese acomodar a San Blas por este camino, a la mano tenía otro. ¿No dice Simeón que habiendo visto al Niño Dios, vio al que era la salud de su pueblo? *Quia*

36. *recancanillas*: «metafóricamente se toma por el tonillo afectado en el hablar, con tergiversaciones o vuelta en lo que se habla» *(DA)*.

viderunt oculi mei salutare tuum.[37] ¿San Blas no fue médico de profesión antes de ser obispo? Pues con médico, con salud y con pueblo enfermo, ¿qué bulla, qué jira y qué zambra no podría traer?

14. »«El patronato de la ciudad y la piadosa protección con que ampara a estos niños desamparados, estaba acomodado con la mayor facilidad del mundo. ¿Tenía más que recurrir a aquella ciudad santa del Apocalipsi que es el refugio de los que predican por asonancia, o no más que por el sonsonete, y decir que yo estaba ahora viendo en realidad lo que San Juan no había visto más que en figura; porque aquella ciudad no era más que representación de ésta, con la diferencia de que va tanto de la una a la otra, cuanto va de lo vivo a lo pintado? Y para probar este disparate con otro mayor, ¿había más que decir que aquella ciudad, en sentir de muchos expositores, representaba a la santa ciudad de Jerusalén; y haciendo memoria de que el Niño Jesús se perdió en Jerusalén, y que esos Niños de la Doctrina se ganan en Valladolid, preguntar en tono enfático y misterioso cuál será ciudad más santa? ¿Aquella es donde hasta el Niño Jesús se pierde, o aquella en donde se ganan los que no son Niños Jesuses? Ello no sería más que una pregunta escandalosa, con su saborete de blasfema. Pero, ¿faltarían ignorantes que la oyesen con la boca abierta, y que, al acabar el sermón, exclamasen: *Numquam sic locutus est homo*? ¡Éste sí que es hombre! ¡Esto sí que es predicar! ¡No hay hombre que predique como éste!

15. «Valga la verdad, señores: ¿no es éste el modo más común con que se ajustan estas que se llaman *circunstancias*? ¿Y no es cosa vergonzosa ajustarlas de este modo? Pero, ¿por ventura se pueden acomodar de otra manera? ¿Y ha de haber valor, no digo en un orador cristiano, sino en un hombre de juicio, en un sujeto de mediana literatura, para hacerlo, ni en un auditorio cuerdo, capaz, culto y discreto, para aplaudirlo? No lo creo. De mí sé decir que, hecha esta salva de una vez para siempre, encárguenme el sermón que me encargaren, nunca

37. San Lucas, II, 30.

haré el más leve aprecio de otras circunstancias que de aquellas que tuvieren una proporción natural y sólida, o con el misterio, o con el asunto. Verbigracia: la presencia de Cristo Sacramentado, para solemnizar la Purificación de su Santísima Madre, tiene una naturalísima correspondencia con el asunto y con el misterio. Con el asunto, porque éste se reduce a representar lo que la Virgen padeció en el misterio. Con el misterio, porque una de sus principales partes fue el sacrificio que hizo la Virgen en ofrecer a su Hijo para que padeciese lo que padeció por los hombres; y en esta voluntaria oferta consistió todo lo que en la Purificación padeció la Virgen como madre. Pues ahora, el Sacramento es memoria de la Pasión de Cristo: *Recolitur memoria Passionis eius.* La Purificación también es recuerdo de ella, con sola esta diferencia: que en el Sacramento se hace memoria de lo que Cristo padeció; en la Purificación, de lo que había de padecer. La Pasión de la Madre en el templo de Jerusalén no fue otra que la Pasión del Hijo en el monte Calvario. Pues, ¿qué cosa más natural ni más proporcionada que el que esté a la vista el monumento más sagrado de la Pasión del Hijo, en el día en que se hace memoria de la Pasión de la Madre? De ésta voy a predicar, implorando la asistencia de la divina gracia. *Ave María.*»

16. »Mire ahora el padre predicador si hay en España quien haga justicia, y si falta quien saque la espada de recio contra este pueril e ignorantísimo uso que me cita. Y ha de saber que esta salutación fue oída con tanto aplauso del numeroso y escogido auditorio en cuya presencia se predicó, que aun aquellos mismos que por inadvertencia o por falta de valor estaban comprendidos en lo que ella abominaba y reprehendía, salieron tan convencidos de su error, que se decían unos a otros lo que Ménage y Balzac,[38] dos célebres escritores franceses, se dijeron mutuamente al acabarse la primera representación

38. *Ménage*, autor de *Menagiana*. *Jean-Louis Guez de Balzac* (1597-1654), escritor, consejero de Estado e historiador de Francia nombrado por Richelieu. Escribió, entre otras obras, *Sócrates cristiano* y *Aristipo.*

de la famosa comedia de Molière intitulada *Las preciosas ridículas*, en que con inimitable gracia se hizo burla del estilo metafórico y figurado que por entonces se estilaba en Francia: «Molière –se dijeron el uno al otro– tiene sobrada razón; ha hecho una crítica juiciosa, delicada, justa y tan convincente, que no tiene respuesta; de aquí adelante, monsieur, es menester que abominemos lo que celebrábamos, y celebremos lo que aborrecíamos.» Con efecto: algunos de los predicadores que oyeron esta salutación y que antes se dejaban llevar de la corriente, avergonzados de sí mismos, despreciaron después dicha mala costumbre y comenzaron a predicar con solidez, con piedad y con juicio; sin que por eso se les diminuyese el séquito, antes conocidamente creció la estimación y el aplauso.[39]

17. –Muy dóciles eran esos reverendos padres –respondió con su poco de airecillo irónico el padre fray Blas–, si es que eran religiosos, o muy blandos de corazón eran sus mercedes si fueron seglares. De mí sé decir que no me ha convertido la salutación. Tan empedernido estoy como todo eso; porque aunque parece que hacen fuerza sus razones, a mí me hace mayor fuerza la práctica contraria de tantos predicadores insignes como la usan, y sobre todo el aplauso con que celebran los auditorios el toque y retoque de las circunstancias; enseñando la experiencia que como éstas se toquen bien o mal, aunque lo restante del sermón vaya por donde se la antojare al predicador, siempre es celebrado; y al contrario, como aquéllas no se zarandeen, bien puede el predicador decir divinidades, que el auditorio se queda frío, tiénenle por boto, y le dan la limosna del sermón a regañadientes y de mala gana.

18. »Ni me diga vuestra paternidad que éste es mal gusto del vulgo y errada opinión de los que no lo entienden. Maestrazos y muy maestrazos están en el mismo dictamen, y no quiero más prueba que ese mismo sermón de Santa Orosia, que tan en desgracia de vuestra paterni-

39. Podemos pensar que Isla, como autor del sermón citado, consiguió lo que pretendía con él con su *Fray Gerundio*.

dad ha caído. Tres aprobaciones tiene de tres maestros conocidos y bastantemente celebrados, uno dominico, otro jesuita, y el tercero de la misma orden del autor que compuso y no predicó el sermón. Lea vuestra paternidad los encarecidos elogios que le dan todos tres, y los dos primeros específica y nombradamente por el toque de las circunstancias; y dígame después si es cosa del vulgo, del populacho y de ignorantes el aplaudir que se haga caso de ellas.

19. —Mire, padre predicador —repuso el maestro Prudencio con sorna y con cachaza—; una pieza me ha movido sobre la cual tendría que hablar algunas horas si fuera ocasión y tiempo, aunque bastantes han hablado ya mucho y bien acerca de ella. Ésta es la impropia y extravagantísima costumbre, introducida en España y en Portugal, pero escarnecida generalmente de las demás naciones, de que las censuras de los libros, y aun de los miserables folletos, se conviertan en inmoderados panegíricos de sus autores; siendo así que al censor sólo le toca decir breve y sencillamente si el libro o el papel contiene o no contiene algo contra las pragmáticas y leyes reales, o contra la pureza de la fe y buenas costumbres, según fuere el tribunal que le comete la inspección, o que le despacha la remisiva. Digo que no es ahora ocasión ni oportunidad de censurar a los censores, porque se va haciendo tarde, y se pasará la cena. Sólo le digo que en esas mismas aprobaciones que me cita, o yo soy muy malicioso, o la del maestro jesuita es muy bellaca; y hasto será que, bien entendida, no sea una delicada sátira contra los desaciertos del sermón en todas sus partes. A mí a lo menos me da no sé qué tufo de que el padrecito tiró a echarse fuera de alabar dicho sermón, y a lo menos es cierto que por su misma confesión declara repetidas veces que él «nada aprueba ni alaba».

20. »Supónese el bellacuelo muy de la familia y muy de la casa o orden del autor; y asiéndose fuertemente del aldabón de *laudet te alienus,* que él construye «alábete el extraño», dice una vez que «no debe admitir el empleo de aprobante»; dice otra que «cuenta por una de sus mayores dichas el no poder alabar aquel sermón»; dice la

tercera que «él es muy de casa para meterse en alabarlo»; dice la cuarta, hablando determinadamente de las circunstancias, que «a él no le toca celebrarlo»; dice la quinta que «los elogios caerán mejor en cualquiera otra boca que en la suya»; y finalmente, dice la sexta que «aun por lo que toca al buen gusto del caballero que da a la prensa el sermón, será mayor consecuencia, o a lo menos no dejará de ser mayor cortesanía, dejar toda la acción de elogiarle a los de fuera: *laudet te alienus*». O yo soy un porro y no entiendo palabra de ironías, o el tal censor es un grandísimo bellaco. Todo su empeño es echar el cuerpo fuera del asunto, huir la dificultad, y decir con gracia y con picaresca que alaben otros lo que él no puede ni debe alabar. Y más, que he llegado a maliciar (Dios me perdone el juicio temerario) que en aquella taimada construcción que da al *laudet te alienus*, «alábete el extraño», por la palabra *extraño* no entiende él precisamente a los que no fueren tan de casa, o en el efecto, o en el afecto, como él se supone, sino que deja en duda si se han de entender los extraños en la facultad, los forasteros en ella; más claro: los que no entienden palabra. Bien puede ser malicia mía, pero a mí me da el corazón que no me engaño.

21. —Pues a mí me da el mío —replicó fray Blas— que vuestra paternidad se engaña mucho; porque si ese padre maestro no quería aprobar el sermón, ¿quién le obligaba a hacerlo? ¿Quién le ponía un puñal a los pechos para que le aprobase? A que se añade que si el autor se valió confiadamente de él para que le hiciese esa merced, como regularmente sucede que las censuras se remiten por los jueces a los que les significan los autores, no es verisímil que le hiciese esa traición y que cuando el pobre esperaba un panegírico, se hallase con una sátira. La hombría de bien parece estaba pidiendo que si no podía acomodar con su conciencia intelectual el aprobarle, se excusase de hacerlo, y no salir después con esa pata de gallo.

22. —Poco a poco, fray Blas —repuso el padre jubilado—; que aunque tu réplica es sin duda especiosa, y tu modo de discurrir, siquiera por esta vez, está fundado, no carece de respuesta, pues no siempre lo más verisímil es lo más verdadero. ¿Qué sabemos si al aprobante le pu-

sieron en alguna precisión política o caritativa a que no pudiese honradamente resistirse? A mí se me figura un caso que le tengo por muy natural. Es constante que dicho sermón no se predicó, no se sabe por qué, también lo es que por lo mismo que no se predicó, el autor, que era hombre bastantemente condecorado en su religión, y sus parciales hicieron empeño en que había de imprimirse, como en despique o en satisfacción de aquel desaire. Pues ahora supongamos que el provincial de dicha religión no fuese muy de la devoción del autor, que fuese estrecho amigo del aprobante, y que se cerrase en que no había de dar licencia para que el sermón se imprimiese mientras no pasase por la censura de éste. Ve aquí un caso muy verisímil, en que el autor o sus parciales batirían en brecha al pobre jesuita, ponderándole cuánto se interesaba la estimación, el honor y aun los ascensos de aquel religioso en que no se negase a hacerles este obsequio. Puesto un hombre de bien y de buen corazón en este estrecho, ¿qué partido había de tomar? Negarse a la censura, no había términos para eso; aplaudir el sermón a cara descubierta, no hallaba méritos para ello, ni lo podía componer con su sinceridad; reprobarle, era perder sin recurso al autor en el concepto de su jefe y hacerse del bando de los que le insultaban. Pues, ¿qué arbitrio o qué remedio? No parece se podía escoger otro más prudente que el que tomó: dar una censura equívoca, que ni aprobase ni desaprobase el sermón, buscando un especioso pretexto para excusarse de alabarle él, y para remitir a otros toda la acción de alabarle.

23. —Bien puede ser eso así —replicó fray Blas—; pero los elogios de los otros dos aprobantes no son equívocos; son muy claros y muy significativos; y en verdad que ni uno ni otro son por ahí dos pelaires; ambos son sujetos de tanta forma, que les sobran dictados para asistir a un concilio.

—No lo niego —respondió el maestro Prudencio—; pero ya tengo dicho que de elogios de censores y de poetas se ha de hacer poco caso, por cuanto unos y otros, regularmente hablando, no dicen lo que verdaderamente son las obras que elogian, sino lo que debieran de ser. Si el mé-

rito de éstas se hubiera de calificar por las ponderaciones de aquéllas, las obrillas más infelices y más miserables, las indignas de la luz pública y dignas solamente de una pública hoguera, las que contribuyen más y con mayor justicia a que abulten más y se aumenten cada día los expurgatorios, ésas serían las más excelentes; porque ésas puntualmente son las que salen a la calle con más ruidosas campanillas de aprobaciones, acrósticos, epigramas, décimas y sonetos mendigados, cuando tal vez no los haya fabricado el mismo autor, buscando sólo amigos para que le presten sus nombres. ¿Y dejan por eso de estar expuestas a las carcajadas y al desprecio de los inteligentes, ni a que el Santo Tribunal de la Inquisición se entre por ellas con vara levantada, sin dársele un bledo por la autoridad ni por la turbamulta de los aprobantes?

24. »Es cierto que si éstos se redujeran precisa y puramente a los estrechos términos de su oficio, que es ser unos meros censores; si desempeñaran como debían la grande confianza que se hace de ellos, no aprobando obra que no examinasen primero con el mayor rigor; si tuviesen la santa sinceridad de exponer todos sus reparos a los tribunales que les cometen las censuras, y se mantuviesen después con tesón en la honrada resolución de no aprobar la obra hasta que se hubiese dado plena satisfacción a sus reparos, o se hubiesen corregido los desaciertos; entonces sí que serían de gran peso aun los elogios más moderados de las aprobaciones. Pero si sabemos cómo se practica comúnmente esta farándula; si es notorio que la amistad, la conexión o la política son las únicas que, por regla general, dan la comisión a los aprobantes; y ya se ha reducido esto a una pura formalidad y ceremonia, tanto, que si algún ministro celoso, no menos de la honra de las ciencias que del crédito de la nación, quiere que esto se lleve por el rigor de la razón y de la ley, se le tiene por ridículo y aun se le trata de impertinente; ¿qué aprecio hemos de hacer de los elogios que leemos en esos disparatados panegíricos llamados censuras por mal nombre?

25. »¡Oh fray Blas! ¡Fray Blas! ¡Y cuántas veces he llorado yo a mis solas este perjudicialísimo desorden de

nuestra nación, que no trasciende menos a Portugal, y apenas es conocido en otras regiones! ¡Y qué fácil se me figuraba a mí el remedio! ¿Sabes cuál es? Que se procediese contra los aprobantes como se procede contra los contrastes[40] y contra los fiadores. ¿Qué cosa más justa? Porque el aprobante no es más que un contraste que examina la calidad y los quilates de la obra que se le remite; es un fiador que sale de la evicción y saneamiento de todo aquello que aprueba. ¿Declaraste que era oro lo que era alquimia, que era plata lo que era estaño, que era piedra preciosa un pedazo de vidrio baladí? Pues págalo, bribón, y sujétate a la pena que merece tu malicia o tu ignorancia. Si crees que real y verdaderamente merece esa obra que apruebas los excesivos elogios con que la ensalzas, tácitamente te constituyes por fiador de sus aciertos; si no crees que los merezca, eres un vil adulador y lisonjero. Pues, bellacón, trata de pagar lo que corresponde a la ruindad de tu lisonja o a la precipitación de tu fianza.

26. —Padre nuestro —replicó fray Blas—, si se estableciera esa ley, ninguno se hallaría que quisiese admitir la comisión de aprobante o de censor.

—Sí, se hallaría tal —respondió fray Prudencio—; porque en ese caso debieran señalarse censores de oficio en la corte, en las universidades y en las ciudades cabezas de reino o de provincia, a quienes, y no a otros, se remitiese el examen de todos los libros que hubiesen de imprimirse, como se practica en casi todas las naciones de Europa fuera de nuestra península. Éstos, claro está que habían de ser unos hombres de autoridad, de respeto, de gran caudal de ciencia, doctrina, erudición y sana crítica, pero sobre todo de una entereza a toda prueba. Se les habían de señalar pensiones proporcionadas; y se habían de tener presentes su laboriosidad, su integridad y su celo, para premiarlos con los ascensos correspondien-

40. *contrastes*: «oficio público, erigido en las principales villas y ciudades, para pesar las monedas de oro y plata que unas personas hubieran de dar en pago a otras, y juntamente reconocer el peso y quilates del oro, plata y piedras preciosas» *(DA)*. Generalmente eran contrastes los plateros y cerrajeros.

tes a sus respectivas carreras. Pero si alguno blandease; si fuese flojo de muelles; si por respetos humanos y políticos, por flojedad o por otros motivos no cumpliese con su obligación, y aprobase libros, sermones, discursos o papeles volantes que no fuesen dignos de la luz pública; ¿sabes a qué le había de condenar yo? Después de privarle de oficio, y de una declaración pública y solemne de su insuficiencia o de su mala fe, le había de condenar a que repitiesen [41] contra él todos los compradores de la obra que había aprobado, y a que satisfaciese sin remisión el dinero que malamente habían gastado aquellos pobres sobre la palabra y hombría de bien de su censura.

27. »A más se había de extender esta providencia. Se había de mandar seriamente a los censores que se ciñesen rigurosamente a los términos de su oficio, esto es, que fuesen censores y no panegiristas, diciendo en pocas palabras, claras y sencillas, el juicio que formaban de la obra, sin meterse con Séneca, Plinio ni Casiodoro, y dejando descansar a los Padres, a los expositores, a los humanistas y a los poetas, cuyas autoridades sólo sirven para acreditar la pobre y miserable cabeza del censor, que quiere aprovechar aquella ocasión de ostentarse erudito con aquellos desdichados ignorantes que califican la erudición de un autor por lo cargado y por lo sucio de las márgenes, sin saber los infelices la suma facilidad con que el más zurdo y el más idiota puede hacer esta maniobra. Nada de esto es del caso para cumplir con su oficio, el cual se reduce a dar su censura breve, grave y reducida a lo que toca a la jurisdicción del tribunal que se la comete.

28. »¡Cuántas necedades se atajarían con esta providencia! ¡Cuánto papel se ahorraría! ¡Y cuánto gasto excusarían los autores, a quienes no pocas veces cuesta tanto la impresión de las aprobaciones como la de la misma obra! Muchas y muchas pudiera citar en que aquéllas ocupan casi tanto volumen como todo el cuerpo de ésta, pero las callo por justos respetos. Ningunos son más perjudicados que los autores mismos, si es que costean la im-

41. *repitiesen*, repetir: «volver a pedir a uno lo que es suyo, o pedir muchas veces o con insistencia» *(DA)*. Reclamar.

presión; porque compran ellos mismos sus elogios, y ellos los imprimen a su costa para que vengan a noticia de todos. ¿Puede haber mayor sandez ni mayor pobreza de espíritu? Semejantes, en cierta manera, a los que alquilan plañideras para los entierros, a quienes les cuesta su dinero las lágrimas fingidas y artificiosas que en ellos se derraman.[42]

29. »No para aquí la miseria humana de algunos de nuestros escritores o escribientes. ¿Será creíble que se hallen no pocos que, a falta de hombres buenos y por no deber nada a nadie, ellos mismos se alaban a sí propios, siendo los artífices de aquellos elogios suyos que se leen estampados en la antesala de sus obras? Pues sí, amigo predicador, se hallan hombres de tan buena pasta y de tan envidiable serenidad. Más de dos y más de veinte pudiera nombrarte yo que han caído en esta flaqueza. No son tan simples, claro está, que suscriban sus nombres y apellidos al pie, o a la frente, de sus elogios; que ése ya sería un candor que se iría acercando al gorro verde o colorado.[43] Pero con un anagrama o con un nombre supuesto, o prestándoles el suyo ciertos aprendices de eruditos que hay en todas partes, hermanos del trabajo, y las más de las veces bajo la inscripción anónima de *Un amigo,* de *Un Apasionado,* de *Un Discípulo del Autor,* el buen señor se alaba a taco tendido,[44] y embóquense esta píldora los lectores boquirrubios.

30. —Pero, padre maestro —le interrumpió el predicador—, ése es juicio temerario, o no los hay entre los fie-

42. Nota de Isla: «La escrupulosa fidelidad con que nos ceñimos a los monumentos que seguimos en esta historia, no nos permite el suprimir esta juiciosa invectiva del maestro Prudencio contra los abusos referidos; pero como hoy sabiamente se han reformado por auto del Real y Supremo Consejo de Castilla de 19 de julio del año pasado de 1756, a cuya justa prudente providencia es de desear y de esperar que se conformen los jueces eclesiásticos en la parte que les corresponde. Aunque sea cierta la enfermedad, le está ya aplicada la conveniente medicina, y ya no hay necesidad de la receta que apuntan los monumentos de nuestra historia.»

43. Vid. nota 33 de este libro.

44. *a taco tendido*: absolutamente, sin límite ni reserva.

les cristianos. ¿De dónde le consta a vuestra paternidad que aquellos elogios fueron fabricados por los mismos autores de las obras? ¿Acaso se lo confiaron ellos a vuestra paternidad?

—Mira, fray Blas —respondió el maestro Prudencio—, no has de ser tan sencillo; que, cierto, algunas veces tienes unas *parvoices che fan pietà*. No es menester que los autores nos lo revelen para conocerlo: el mismo estilo se está descubriendo a sí propio. Ni en prosa ni en verso es fácil desmentirse o desfigurarse; y sin tener todo aquel olfato que tienen «los entendimientos bien abiertos de poros para percibir el aire sutilísimo que da en los escritos a conocer sus autores», como se explica galanamente al autor de la carta contra la *Derrota de los alanos*, cualquiera entendimiento o, mejor diremos, discernimiento que no esté muy arromadizado luego sigue el rastro, porque le dan unos efluvios que le derriban. Fuera de que autores hay tan bonazos, que ellos mismos lo confiesan. ¡Y qué! ¿Juzgas que es sencillez? A la verdad que no es otra cosa; pero los bellacones no lo decían por tanto, sino porque no tienen valor para resolverse a carecer de aquella gloria, o de aquella vanidad, que les resulta de que sepan sus confidentes que también saben hacer coplas, aunque sean a sí mismos.

CAPÍTULO IV

ENTRA EL GRANJERO LA CENA; INTERRÚMPESE LA CONVERSACIÓN, Y SE VUELVE A CONTINUAR DE SOBREMESA

IBA fray Blas a replicarle, cuando entró el granjero fray Gregorio con los manteles para poner la mesa, diciéndole con gracia y con labradoril desembarazo:

—Padres nuestros, *onia tiempus habent, tiempus despuntandi et tiempus cenandi*.[45] El bendito San Cenón sea con vuesas paternidades, y ahora déjense de circunloquios; que

45. «Todas las cosas tienen su tiempo, tiempo para disputar y tiempo para cenar.»

los huevos se endurecen, el asado se pasa, y por el reloj de mi barriga son las nueve de la noche.

—Tiene razón fray Gregorio —dijo el maestro Prudencio.

Y sentáronse todos a la mesa. No fue la cena espléndida, pero fue honrada y decente: dos ensaladas, una cruda y otra cocida, un par de huevos frescos, pavo asado, liebre guisada, y postres de queso y aceitunas; pero fray Gerundio los divirtió mucho en la cena. Como su pedantísimo preceptor el dómine Zancas-Largas, para cada cosa, para cada especie y aun para cada palabra, tenía de repuesto en la memoria un montón de latinajos, versos, sentencias y aforismos que espetaba a todo trance, viniesen o no viniesen, sólo con que en sus textos centones se hallase alguna palabra que aludiese a lo que se discurría o se presentaba; y por este medio pedantesco se hubiese adquirido entre los ignorantes el crédito de un monstruo de erudición y pozo *de cencia*, como le llamaban en aquella tierra; su buen discípulo fray Gerundio procuró copiarle esta impertinencia, así ni más ni menos como todas las otras extravagancias que eran en el dichoso dómine más sobresalientes. Con esta idea se atestó bien de versos latinos, apotegmas y lugares comunes, para lucirlo en las ocasiones; y cuando le venía el flujo de erudito, era el frailecito una diarrea de disparatorios en latín, inestancable.

2. Luego, pues, que por primera ensalada se presentaron unas lechugas crudas en la mesa, vuelto a su amigo fray Blas, le hizo esta pregunta:

Claudere quae cenas lactuca solebat avorum;
Dic mihi cur nostras inchoat illa dapes?[46]

Algo atajado se halló el padre predicador con la preguntilla; porque, como era en verso latino, y él sólo había estudiado el latín que bastaba para el gasto del Breviario,

46. Marcial, *Epigrammata*, XIII, 14: «La lechuga que solía cerrar las cenas de nuestros abuelos, dime ¿por qué da comienzo a las nuestras?

y aun ése no bien, no la entendió mucho al primer envión, y así le dijo:

–Habla más claro si quieres que te responda.

Pero al fin, volviendo fray Gerundio a repetirle el díctico, pronunciándole con mayor pausa, como por otra parte el latín tampoco era muy enrevesado, vino a entenderle fray Blas y dijo:

–En suma, lo que pregunta ese verso «por qué nosotros comenzamos a cenar por lechugas, cuando nuestros abuelos solían acabar con ellas». Pues la razón salta a los ojos: porque en casi todas las cosas nosotros comenzamos por donde acabaron nuestros abuelos.

–Díjolo Claudiano –interrumpió al punto fray Gerundio aplaudiendo la explicación–: *Coepisti qua finis erat.*[47]

Y el maestro se rió tanto de la impertinente prontitud del uno como de la sandez del otro.

3. Siguiéronse después unos puerros cocidos sin cabeza, y apenas los vio fray Gerundio, cuando exclamó:

–Fila Tarentini graviter redolentia porri
Edisti quoties, oscula clausa dato.[48]

Confesó fray Blas que sólo entendía que el verso hablaba de puerros, por aquello de *porri*; pero que para descargo de su conciencia, no percibía lo que quería decir. Entonces fray Gerundio le puso a la vista el régimen o el orden de la construcción: *Quoties edisti fila graviter redolentia porri Tarentini, dato oscula clausa*; advirtiéndole de paso que en el territorio de la ciudad de Tarento se dan los puerros más afamados de toda Italia, como en Navarra los ajos de Corella, y en Castilla la Vieja los espárragos de Portillo. Con cuya luz dijo fray Blas:

–Ya me parece que entiendo el concepto del verso. Quiere decir, si no me engaño, que siempre que se comen

47. «Comenzaste por el final»; Claudiano, poeta alejandrino de la época de Honorio.

48. Marcial, *Epigrammata*, XIII, 8: «Las fibras de los puerros de Tarento tienen un desagradable olor; si los comes a menudo, besa con los labios cerrados.»

puerros de Tarento, y lo mismo discurro que sucederá aunque los puerros sean de Melgar de Arriba, más parece que se besa que se come, por cuanto más es chupar que comer, y para chupar se pliegan los labios.

—Dio usted en el hito —replicó fray Gerundio—; pero, con todo esto, mejor que el poeta latino, explicó la insulsez de esta ensalada el castellano que dijo:

Quien nísperos come,
Quien bebe cerveza,
Quien puerros se chupa,
Quien besa a una perra,
Ni come, ni bebe, ni chupa, ni besa.

No dejó de reírse tampoco esta vez el maestro fray Prudencio de la candidez de fray Gerundio, cayéndole en gracia el chiste de la coplilla; y aunque alabó la felicidad de su memoria, todavía se compadeció algún tanto de que no la emplease mejor.

4. Él, que se vio celebrado, se tentó un poquillo de vanidad, y hizo empeño de no dejar cosa que saliese a la mesa sin saludarla con su dístico. Así, pues, luego que se pusieron en ella los huevos, cogió uno en la mano, arrimóle a la luz y, pareciéndole que tenía pollo, soltó la carcajada y dijo:

—Candida si croceos circumfluit unda vitellos,
Hesperius scombri temperet ova liquor.[49]

5. Quedóse en ayunas el bueno de fray Blas, porque éste era mucho latín para un predicador romancista; y en ayunas se hubiera quedado, a no haberse compadecido de él su buen amigo fray Gerundio, explicando el pensamiento en este serventesio, que sabía de memoria:

Cuando algún pollo o polla
Encierra el huevo en cándido recinto,

49. Marcial, *Epigrammata*, XIII, 40: «Si un líquido blanco rodea las yemas amarillas, la salsa española del pimiento la acompañe.»

La barriga es la olla,
Y cuézase en porción de blanco o tinto.

6. Aprovechóse de esta ocasión el maestro Prudencio para chasquear un poco al predicador, insultándole sobre su cortedad en el latín, y le dijo con alguna picaresca:

—Paréceme, fray Blas, que tú eres como aquel cura que decía a sus feligreses: «Yo, a la verdad, no sé mucho latín; pero no tiene remedio, me he de dedicar a estudiarle, y hasta que le aprenda no he de hacer más que predicar.»

—Paso con esos golpes, padre nuestro —replicó algo atufado fray Blas, que entendió todo el énfasis picante de la satirilla—; para predicar no he menester entender latín de poetas: bástame construir medianamente el de la Biblia; y para eso el calepino y yo a otros dos guapos.

7. En esto salió el asado a la mesa, que era medio pavo; y apenas le columbró fray Gerundio, cuando exclamó en tono de plañidera:

—Miraris quoties gemmantes explicat alas;
Et potes hunc saevo tradere dure coquo![50]

Y sin dar lugar a que volviese a sonrojarse su amigo, dio él mismo la explicación en el siguiente epigrama.

Cuando el pavo ostentoso
La rueda tiende, y brilla majestuoso,
Asombrado le miras;
Y a éste, que tanto admiras,
Cruel, duro, severo,
¡Le entregas tú después a un cocinero!

Pero sin embargo de la compasión que esto le causaba, no dejó de meterle bien el cuchillo por la coyuntura; y después de hacer plato al padre maestro, él se quedó con una buena ración de entrepechuga y pellejo, alargando la fuente a fray Blas, con quien no gastaba ceremonias.

50. Marcial, *Epigrammata*, XIII, 70.

8. A este tiempo ya se había envasado algunos tragos, y a cada uno que bebía dedicaba su dístico de los muchos de que había hecho provisión para estas ocasiones, sin pararse en que los dísticos hablasen de los vinos más famosos de Europa en la antigüedad, y el que él bebía fuese un chacolí o un vinagrillo de la tierra. Como él espetase sus versos que hablasen de mosto cocido, todo lo demás era para él muy indiferente; y así al primer trago le saludó con esta impertinencia:

Haec de vitifera venisse picata Viena
Ne dubites; misit Romulus ipse mihi.[51]

Al segundo con este disparate:

Hoc de Caesareis mitis vindemia cellis
Misit Iulaeo, quae sibi monte placet.[52]

Al tercero con este requiebro:

Haec Fundana tulit felix autumnus opimi
Expressit mulsum Consul, et ipse bibit.[53]

9. En fin, a ningún trago dejó sin su dedicatoria latina; y consta por buenos papeles que en sólo aquella cena brindó veinte veces, y esto sin perjuicio de la cabeza, que la tenía a prueba de jarro, por haberse criado en Campazas con la mejor leche del Páramo y de Campos. No se puede poderar lo aturdido que estaba el bueno del predicador al oír chorrear tanto latinorio [54] a su amigo y queri-

51. Marcial, *Epigrammata*, XIII, 107: «No dudes que este vino que sabe a pez ha venido de Viena [Francia], el mismo Rómulo me lo ha enviado.»

52. Marcial, *Epigrammata*, XIII, 109: «Este vino de la bodega de César, te lo envía de la dulce vendimia de la que se enorgullece el monte Juleo.»

53. Marcial, *Epigrammata*, XIII, 113: «Estos vinos de Fundi fueron cosechados en el feliz otoño de Opimio. Fue el cónsul quien pisó el mosto y lo ha bebido.»

54. *latinorio*, como latines o latinajos, palabra seguramente inventada por Isla.

dito; pues aunque lo más de ello se le pasaba por alto, y allá se iba por el ánima más sola, con todo eso se le caía la baba viéndole lucir tan a taco tendido, protestando que si bien siempre había hecho alto concepto de su ingenio, nunca creyó que llegase a tanto, por no haber concurrido con él en otra función semejante. No sabía cómo diantres había podido meter en la cabeza tanta multitud de versos; y sobre todo, se asombraba de aquella oportunidad con que los aplicaba, siendo así que el desdichado fray Gerundio no esperaba más oportunidad para encajar sus versos, que la de oír o de ver alguna cosa de la cual se hiciese mención en los que tenía hacinados en su burral memoria, usando de la erudición profana puramente por la asonancia, ni más ni menos como había usado de la sagrada en la chistosa salutación que había predicado en el refectorio. Pero como el buen fray Blas tampoco entendía de otras propiedades para el uso y para la aplicación de sus textos, no distinguía de colores; y lo que le sonaba le sonaba, confirmándose en el dictamen de que mozo como aquel no le había pillado la orden en dos siglos.

10. Creció su admiración cuando, sirviéndose a la mesa una cazuela de liebre guisada, oyó a fray Gerundio prorrumpir en esta definitiva sentencia:

—Inter aves turdus, si quid, me judice, certet;
Inter quadrupedes, gloria prima lepus.[55]

No entendió el predicador más que a media rienda y así en bosquejo lo que quería decir aunque ya le dio al corazón poco más o menos cuál sería el pensamiento, cuando notó que diciendo y haciendo, se echaba fray Gerundio en su plato casi la mitad de la cazuela. Pero el padre maestro, que comprendió muy bien toda el alma del concepto, dijo con su apacibilidad acostumbrada:

—Hombre, eso de que en tu dictamen «entre las aves

55. Marcial, *Epigrammata*, XIII, 92: «Entre las aves, si algo vale mi juicio, el tordo; entre los cuadrúpedos, la liebre es la que se lleva la gloria.»

no hay plato más regalado que el tordo, ni entre los animales, que la liebre», prueba bien que el mismo gusto tienes en el paladar que en el entendimiento, y que el mismo voto puedes dar acerca de una mesa que acerca de un sermón. Yo siempre oí que el tordo era extraordinario de fraile, y la liebre plato de cofradía.

—¿Y quién le ha dicho a vuestra paternidad —replicó fray Gerundio— que en las cofradías no sirven muy buenos platos, y que a los frailes no les dan extraordinarios muy delicados?

—Sustanciales, sí —respondió el maestro Prudencio—; pero delicados, no.

11. En esto salieron los postres: un queso y un plato de aceitunas. Aquí le pareció a fray Blas que sin duda alguna se le había acabado la talega a fray Gerundio; porque, ¿qué poeta se había de poner a tratar de aceitunas y de queso? Pero le engañó su imaginación; y quedó gustosamente sorprehendido cuando vio que tomando el queso en una mano y un cuchillo en otra para partirle, recitó con mucha ponderación este par de coplitas:

Caseus, Etruscae signatus imagine lunae,
Praestabit pueris pradia mille tibi.[56]

Y sin detenerse añadió esta traducción, que también había leído:

Con un queso parecido
A la luna de Toscana,
Hay para dar de almorzar
A los niños mil mañanas.

—Eso lo mismo será —glosó fray Prudencio sonriéndose—, aunque se parezca a la luna de Valencia; pues no sé que para el caso ni para el queso tenga más gracia una luna que otra. ¿Y qué? ¿No dices nada a las aceitunas?

—Allá voy, padre maestro —respondió fray Gerundio, y tomando media docena de ellas, dijo—:

56. Marcial, *Epigrammata*, XIII, 30.

Haec, quae Picenis venit subducta trapetis,
Inchoat atque eadem finit oliva dapes.[57]

Que uno construyó así:

Ésta, que no fue al molino
Para que no fuese aceite,
Unas veces es principio
Y también postre otras veces.

—¿Qué dices, borracho? —le preguntó fray Blas en tono de zumba—. ¿Cuándo sirvieron de principio las aceitunas?

—¿Cuándo? —respondió fray Gerundio—. Cuando se comenzaba a comer por donde ahora se acaba, y cuando las lechugas servían de postre, *juxta illud:*

Claudere quae cenas lactuca solebat avorum, etc.

Y si no, acuérdese usted de lo que dijo al principio de la cena, que nosotros comenzamos por donde acabaron nuestros abuelos.

12. Halló bastante gracia el maestro en esta reconvención, y se confirmó en su antiguo dictamen de que a fray Gerundio no le faltaba cantera, y que sólo le había hecho falta el cultivo, la aplicación a facultades serias y precisas, la crítica y el buen gusto. Pero al fin con no poco se acabó la cena, se dieron gracias a Dios, y se levantaron los manteles. Después de lo cual, tomó la mano fray Blas y dijo:

—Padre maestro, acabemos de evacuar el punto de las censuras de los libros, que nos interrumpió fray Gregorio; porque, a lo que veo, me parece que vuestra paternidad es del mismo dictamen que aquel famoso censor del segundo tomo del *Teatro crítico universal,* que huyendo el cuerpo a la censura del libro, se metió a censurar a los censores. Pero en verdad que llevó brava tunda en cierta aprobación del tercer tomo.[58]

57. Marcial, *Epigrammata,* XIII, 36: «Estas aceitunas, que vienen de los lagares de Piceno, lo mismo abren que cierran las comidas.»

58. La censura del tomo segundo del *Teatro Crítico Universal* es de Interián de Ayala, y el ataque, de los frailes José Pérez, Plácido Blanco, Baltasar Díaz y Pedro Otero.

—En la sustancia —respondió el maestro—, del mismo parecer soy, y hallo que tiene mucha razón en lo que dice. El modo puede ser que no hubiese agradado a todos, porque le oí notar de pomposo, arrogante y satisfecho. Y a algunos tampoco les pareció bien que reservase esta crítica para aquel lugar, en que no venía muy al caso, adelantándose tal cual a argüirle de menos consiguiente; pues protestando en la misma censura que no se hallaba «con ánimo de ayudar fructuosamente al autor del *Teatro* en el arduo y mal recibido oficio de desengañador», él mismo le está ejercitando en la misma censura; con esta diferencia, que el autor del *Teatro* ejerce el oficio de *desengañador* de sabios y de ignorantes, pues a todos comprehenden los *errores comunes*; pero el censor ejerce el de *desengañador* únicamente de sabios, porque a solos éstos, o en la realidad o en la estimación, se fían por lo común las aprobaciones de los libros.

13. «Sobre la zurra que le da todo un colegio de padres aprobantes del tercer tomo, también he oído variedad de opiniones. Convienen todos en que la corrección fraterna está discreta, bien parlada y con mucha sal, sin que la falte su granito de pimienta; pero como los autores de ella son de la misma estameña que el autor del *Teatro*, algunos desearan que esta comisión se la hubieran encargado a otro de diferente paño, en quien caería mejor. Dicen que esto de salir a la defensa de uno de su ropa sólo porque no se le alaba, no suena bien; otra cosa sería si positivamente se le hubiera injuriado sin razón, que entonces a ningunos tocaba más inmediatamente sacar la cara por él que a los de casa. Pero este reparo me parece poco justo y aun poco reflexionado; porque aquellos padres maestros no impugnan directamente al censor porque no alaba al autor del *Teatro*, sino porque censuraba a los que le alaban a él y a todos los demás autores; conque no tanto es defensa del autor como de los censores, y en ésta todo el mundo tiene derecho a meterse, con especialidad aquellos a quienes se les ha encomendado este oficio.

14. «Algunos maliciosos aún se adelantan a más: paréceles a ellos que ven una gran diferencia de estilo en lo restante de la aprobación y en el párrafo en que se cen-

sura al censor de los censores. Con esta aprehensión se les figura, por otra parte, que el estilo de este párrafo es muy parecido al nobilísimo, perspicuo y elegante que gasta el autor del *Teatro.* ¿Y qué quieren inferir de aquí? Lo que se está cayendo de su peso: que este parrafillo le dictó el mismo autor, pues se hallaba dentro de casa; y sin explicarse más, hacen un gesto y tuercen el hocico. Pero ésta me parece demasiada temeridad y sobrada delicadeza. Conocer en pocos renglones añadidos a otros muchos la diversidad de estilo es para pocos o para ninguno, sin exponerse a juzgar erradamente, salvo que aquella sea tan visible que luego salte a los ojos; pues claro está que si en un sermón del padre Vieira se mezclaran solos cuatro renglones del autor del *Florilogio,* un topo vería al instante la diferencia y aun la disonancia más no estamos en el caso. Fuera de que a los buenos escritores nunca los puede faltar un buen estilo, dice Quintiliano: *Bonos numquam honestus sermo deficiet*; y así como no es imposible, sino muy regular, que uno dé en el mismo pensamiento que otro, así tampoco lo es que le explique de una misma manera. Mas supongamos que el párrafo en cuestión sea del mismo autor del *Teatro. Quid inde*? No veo en ello cosa que me disuene; porque en él nada se le elogia, y antes se me representa un rasgo de su moderación y de su prudencia. Finjamos por un poco (y es una cosa bien natural) que los reverendísimos aprobantes hubiesen dejado correr la pluma en este punto con algún mayor calor y libertad de lo que pedía la materia. Demos por supuesto (y no es menos natural que lo primero) que confiasen al autor su censura para que la viese antes que se estampase. Como la leyó a sangre fría, notó que estaba un poco acalorada, y tomó de su cuenta templarla, dictando un párrafo en que se dice lo que basta y en realidad a ninguno saca sangre. Esto es lo que yo concibo que pudo ser; pero si fue otra cosa, todo ello importa un bledo.

15. »En lo que no convengo, ni convendré jamás, es en que las censuras de los libros, especialmente las que se hacen de oficio, esto es, por comisión de tribunal legítimo, se conviertan en panegíricos. Y perdónenme los reverendísimos censores del censor de todos ellos; que no

me hace fuerza la razón con que intentan defender la práctica contraria. Dicen que «el panegírico que se introduce en la censura, siendo el mérito del autor sobresaliente, es deuda; siendo mediano, urbanidad; y sólo siendo ninguno; será adulación». Yo diría, con licencia de sus reverendísimas, que el panegírico que se introduce en la censura, aunque el autor le merezca, siempre es impertinente; y si no, le merece, no sólo es una adulación indigna, sino una mentira, un engaño sumamente perjudicial al progreso de las ciencias, al honor de toda la nación y a la utilidad común. Al censor solamente le mandan que diga sencillamente su parecer sobre el mérito de la obra, aprobándola o desaprobándola, sin que se detenga el alabar al autor, sino que sea indirectamente por aquel elogio que necesariamente le resulta de que se apruebe su producción. Conque pararse muy de propósito a hacer un gran panegírico del autor, aunque sea el de mayor mérito, sin dejar epíteto que no le aplique, renombre con que no le proclame, ni erudición que no obstente el aprobante para exornar su encomio, no sólo no es deuda, sino una obra muy de supererogación.

16. »Ya se entiende que hablo solamente de aquellos largos panegíricos que de propósito se introducen en las censuras adornados de todo género de erudición, los cuales son los que únicamente se pueden llamar *panegíricos*. Y de éstos digo que, aunque los autores los tengan muy merecidos, son fuera del asunto en las aprobaciones, digámoslo así, judiciales; y en este sentido, a mi ver, habló también el censor de los censores. Pero aquellos elogios que resultan del breve y sencillo juicio que se forma del mérito de la obra, como de su utilidad, de su inventiva, de su solidez, de su buen estilo, etc., éstos, así como no merecen el nombre de panegíricos, así tampoco deben condenarse en los censores. Antes apenas pueden cumplir con su oficio sin que digan algo de esto; y en este sentido, convengo también en que los elogios pueden ser deuda y pueden ser urbanidad.

17. »Pero, ¿quién ha de tener paciencia para sufrir otros diferentes rumbos que siguen los aprobantes? Todos o casi todos son panegiristas, y de éstos ya he dicho bas-

tante. Algunos añaden a este oficio el de glosadores o adicionadores de la obra que aprueban; otros se meten a apologistas del asunto, especialmente si éste es de materia crítica o de algún punto contencioso. Cuando la obra es apologética, las aprobaciones, por lo común, se reducen a una apología de la misma apología; y aprobación bien larga he visto yo que, sin tocar en la sustancia de la obra hasta el último párrafo, gasta el aprobante muchas hojas en alabar la patria del autor, la nobleza de su origen, las glorias de su religión; y de todo esto infiere que el libro es una cosa grande, y que no puede contener ápice ni punto que se oponga a los dogmas de la fe, ni a la más severa disciplina. Digo y vuelvo a decir que todas éstas me parecen unas grandísimas impertinencias dignas de ser desterradas de nuestra nación, como lo están de casi todas las demás del mundo, cuyos censores se ciñen precisamente a lo que se les manda, diciendo en breves y graves palabras su dictamen y dejando a los lectores que hagan de la obra y del autor todos los panegíricos que se les antojaren.

18. Muy enfrascado estaba el maestro Prudencio en la conversación, cuando advirtió que fray Gerundio se había quedado dormido en la silla como un cepo, y que el predicador bostezaba mucho, cayéndosele los párpados de manera que cada instante necesitaba apuntalarlos. Hízose cargo de la razón, y dispertando a fray Gerundio, no sin mucha dificultad, se fueron todos a la cama, quedando despedido el predicador fray Blas desde la noche; porque pensaba madrugar mucho el día siguiente para marchar a Jacarilla en compañía de su mayordomo el tío Bastián, que para entonces ya le suponían perfectamente convalecido del accidente que le había acometido de sobrecomida, o sobrebebida.

CAPÍTULO V

ESTRENA FRAY GERUNDIO EL OFICIO DE PREDICADOR SABATINO CON UNA PLÁTICA DE DISCIPLINANTES

AÚN no bien había amanecido el día siguiente, cuando llegó un mozo del convento con una carta del prelado en que mandaba a fray Gerundio que cuanto antes se retirase; porque le hacía saber que la villa había votado una procesión de rogativa por el agua de que estaban necesitados los campos, en la cual había determinado salir la cofradía de la Cruz, y que era menester disponerse para predicar la plática de los disciplinantes. Mucho se holgó nuestro predicador sabatino con esta noticia por cuanto estaba ya reventando por darse a conocer en el público, y se le hacían siglos los días que tardaba una función. Pero fue tan desgraciado, que media hora antes que llegase el propio, había partido para Jacarilla su grande amigo fray Blas, y esto no dejó de contristarle algún tanto; porque le podía dar alguna idea o algunas reglas propias de su buen gusto para disponer aquella especie de función, de la cual nunca habían tratado en particular, y siendo la primera le importaba mucho salir de ella con el mayor lucimiento. Ya se le ofreció consultar el punto con el maestro Prudencio, pero dijo allá para consigo:

—Este viejo me dirá alguna de las que acostumbra: aconsejárame que encaje a los cofrades un trozo de misión; que diga cómo las calamidades públicas siempre son castigo de los pecados públicos y secretos; que lo confirme con ejemplos de la Sagrada Escritura y de la historia profana, de los cuales me contará un rimero de ellos, porque el viejo sabe más que Merlín; prevendráme que después me deje naturalmente caer sobre la necesidad de aplacar a la divina justicia por medio de la penitencia, porque no hay otro; y por fin y postre querrá que los espete que de este único medio se valió el mismo Jesucristo, derramando toda su sangre por nuestros pecados para satisfacer a su Eterno Padre y aplacar la justa indignación

contra todo el linaje humano; y al llegar aquí querrá que me afervorice y que los exhorte a despedazar primero su corazón y después sus espaldas, no con espíritu de vanidad, sino con espíritu de compunción. Esta retahíla me encajará el padre maestro como si la oyera, y me querrá persuadir que a esto y no a otra cosa se debe reducir este género de pláticas; pero a otro perro con ese hueso. ¡Cierto que quedaría yo bien lucido en la primera función en que me estreno de puertas a fuera con predicar como pudiera un carcuezo, y con decir lo que diría cualquiera vieja! Yo me guardaré de preguntarle nada a su paternidad, y compondré mi plática como Dios me diere a entender, sin ayuda de vecinos.

2. Con este pensamiento se entró en el cuarto donde estaba el maestro Prudencio todavía recogido, porque con la conversación de sobrecena se le había encendido la cabeza y había pasado mala noche. Diole parte de la carta que se hallaba del prelado, el cual le había enviado mula al mismo tiempo para que se retirase, y díjole que si mandaba algo para el convento. El maestro, puesto que no dejó de sentir este incidente, porque había consentido en que ya que no le quitase del todo la bodoquera, podría quitarle algunos bodoques en los paseos y conversaciones de la granja; pero al fin, viendo que no tenía remedio, hubo de conformarse, y solamente le previno que tratase de platicar con juicio y con piedad, porque el asunto lo pedía; advirtiéndole que mediante Dios esperaba oírle.

—Bien está, padre maestro —le respondió fray Gerundio—, pierda cuidado vuestra paternidad; que por esta vez pienso que he de acertar a darle gusto.

Y con esto se despidió.

3. Dice una leyenda antigua de la orden que en todo el camino que había desde la granja al convento, que no era menos que de cuatro leguas largas, iba nuestro fray Gerundio tan pensativo y tan dentro de sí mismo, que no habló ni siquiera una palabra al mozo que iba delante de la mula; y lo que más admiración causó a todos los que le conocían fue que no sólo no se paró a echar un trago en una venta que había en la mitad del camino, pero que ni siquiera reparó en ella. Esto consistió, como él

mismo lo confesó después, en que iba totalmente preocupado en hacer apuntamientos mentales, y en buscar especies y materiales allá dentro de su memoria, para disponer una plática de rumbo, que diese golpe y que de contado le acreditase.

4. Desde luego se le ofrecieron a la imaginación como en tropel las confusas ideas de esterilidad, rogativa, cofradía, cruz, penitentes, pelotillas, ramales, sangre, penitentes de luz, etc. Y todo su cuidado era cómo había de encontrar en la mitología o en la fábula algunas noticias que tuviesen alusión con estas especies, pues por lo que toca a la coordinación y al estilo, eso no le daba maldita la pena; pues siguiendo el mismo que había usado en el sermón de Santa Ana, y procurando imitar el inimitable del *Florilogio,* estaba seguro del aplauso del auditorio, que era el único objeto que por entonces se le proponía.

5. Para hablar de la esterilidad, al instante se le ofreció la edad de plata y la edad de hierro; porque hasta la primera los hombres eran unos angelitos y la tierra producía por sí misma todo género de frutas y de frutos para su sustento y regalo, sin necesitar de cultivo, el que enteramente ignoraban; pero como en la edad de plata comenzasen a ser un poco bellacos, también la tierra comenzó a escasearles sus frutos, y se empeñó en que no les había de dar alguno sin que les costase su trabajo. Mas aquí estaba la dificultad; porque los pobres hombres, acostumbrados a la abundancia y al ocio, no sabían cómo habían de beneficiarla, hasta que compadecido Saturno bajó del cielo y los enseñó el uso del azadón y del arado, para que, en fin, costándolos su trabajo y sudor, la tierra los sustentase. Pero luego le ocurrió que esto no venía muy a cuento, porque aquí no se trataba de esterilidad nacida de falta de cultivo, sino de falta de agua, y para ésta había de menester una fábula, como el pan para comer.

6. Dichosamente se le vino en aquel punto a la memoria la edad de hierro, en la cual nada producía absolutamente la tierra, ni cultivada ni por cultivar; y es que los dioses la negaron enteramente la lluvia en castigo de las maldades de los hombres, que se habían hecho muy taimados y sólo trataban de engañarse los unos a los otros,

como dice el doctísimo conde Natal. No se puede ponderar la alegría que tuvo cuando se halló, sin saber cómo, con una introducción tan oportuna; y apuntándola allá en el desencuadernado libro de su memoria, pasó a resolver en su imaginación algunas especies de mitología que se pudiesen aplicar a cosa de rogativa.

7. A pocas azadonadas se le vino oportunamente a ella aquel famoso caso de Baco cuando, hallándose en la Arabia Desierta [59] por donde caminaba a cierto negocio de importancia, y muriéndose de sed por no encontrar una gota de agua en medio de aquellos adustos arenales, juntó los pastores de la comarca, y formando con ellos una devota procesión o rogativa en honra del dios Júpiter, ofreció que le fabricaría un templo si le socorría en aquella necesidad; y al punto se apareció el mismo Júpiter en figura de un carnerazo fornido y bien actuado de puntas retorcidas, que escarbando con el pie en cierta parte, brotó una copiosa fuente de agua dulce. Y Baco, agradecido, cumplió su voto edificando al dios carnero el primer templo con el título de Júpiter Amón. Diose mil parabienes por este hallazgo, especialmente cuando supo después que el mayordomo de la cofradía de la Cruz en aquel año se llamaba Pascual Carnero, y propuso en su ánimo hacerle Júpiter Amón; con lo que le pareció haber encontrado un tesoro para tocar la circunstancia principal, y tuvo por sin duda, allá para consigo, que desde aquel punto no habría sermón de cofradía que no le pretendiese con empeño.

8. Remachóse en este buen concepto que hizo de sí mismo y de su grande suficiencia, cuando para hablar de la misma cofradía, compuesta por la mayor parte de labradores, se le vinieron al pensamiento los sacrificios ambarvales [60] que se hacían en honor de la diosa Ceres tutelar de los campos y de las cosechas; a los cuales sacrificios presidía cierta especie de cofradía compuesta de doce cofrades, que se llamaban los hermanos arvales, esto es,

59. *Arabia desierta*: la parte norte de la Península arábiga; pétrea era la noroeste y feliz el resto.

60. *sacrificios ambarvales*: procesiones que se hacían en honor de Ceres recorriendo los campos arados.

los cofrades del campo, derivando su denominación de *arvus, arvi,* que le significa; porque aunque es verdad que éstos no eran más que doce, y los cofrades de la Cruz pasaban de ciento, ése le pareció chico pleito, pues si el número siete en la Sagrada Escritura significa multitud, más significará el número doce en la mitología.

9. Donde se halló un poco apurado fue en tropezar con alguna erudición de buen gusto que pudiese aludir a cofradía de la Cruz; y después de haberse aporreado por algún tiempo la cabeza, sin encontrar cosa que le satisfaciese, su buena fortuna le deparó una admirable especie que a un mismo tiempo le sirvió para cumplir gallardamente con la circunstancia agravante de la Cruz, y con la de los penitentes de sangre, que no le daba menos cuidado que la otra. Acordóse haber leído en un extraordinario libro, que se intitula *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional,*[61] cómo en honor del dios Izcocauhqui, que era el dios del fuego, iban los indios al monte por un grande árbol, que con mucho acompañamiento, música y aparato conducían al patio del templo. Allí le descortezaban con extraordinarias ceremonias; le elevaban después a vista de todo el pueblo, para que constase a todos que tenía la altura que prescribía la ley; después le bajaban, y cada uno le adornaba con ciertos papeles teñidos en sangre propia; hecho lo cual, volvían a levantarle con gran tiento, devoción y reverencia. Entonces los amos tomaban a cuestas a sus esclavos, y bailando alrededor de una grande hoguera, que estaba encendida junto al árbol, cuando los pobres esclavos estaban más descuidados, daban con ellos en las llamas y se hacían ceniza.

10. No cabe en la imaginación cuánto se regocijó el bendito fray Gerundio con este, a su parecer, felicísimo y oportunísimo hallazgo; porque en sólo él tenía cuanto había menester para lo que le restaba que ajustar. Había

61. Obra de Lorenzo Boturini Benaducci, publicada en Madrid, 1746. Italiano naturalizado español, fue nombrado por Felipe V historiador general de Indias. Isla poseía el libro citado, vid. L. Fernández, «La biblioteca particular...», p. 137.

árbol traído del monte con mucho acompañamiento y elevado con grande devoción en el patio del templo. ¿Qué símbolo más propio del árbol de la Cruz? Y más, que por descortezarle después no perdía nada para el intento. Había papelitos teñidos en sangre de los cofrades que levantaban el árbol; cosa ajustadísima y pintiparada a los penitentes de sangre; pues que ésta tiñese papeles o tiñese faldones, es cuestión de nombre, particularmente cuando ya se sabe que de los faldones se hace el papel. Había amos que bailaban alrededor del árbol y de la hoguera con los esclavos a cuestas, a los cuales echaban después en la lumbre, y ellos se quedaban riendo; metáfora muy natural de los penitentes de luz, que son como los amos de la cofradía, los cuales se contentan con alumbrar a los penitentes de sangre para que éstos se quemen y se abrasen a azotes, ya entre los manojos de los ramales, ya entre las ascuas de las pelotillas.

11. Mil parabienes se dio a sí mismo por haber encontrado con una provisión de materiales los más exquisitos y más adecuados para el intento que, a su modo de entender, se podían juntar; y ya quisiera él que la plática fuese el día siguiente para darse cuanto antes a conocer, pues una vez juntos los materiales, en dos horas le parecía que podría disponerla, particularmente habiéndose de reducir a una exhortación muy breve como él mismo lo había observado en las pláticas de aquella especie que había oído, por cuanto se comenzaba a platicar al mismo tiempo que se iba ya formando la procesión. Y en orden a tomarla de memoria, eso le daba poco cuidado, porque realmente era de una memoria feliz y, como dicen, burral.

12. No obstante, haciendo un poco más de reflexión sobre todas las circunstancias de esta última erudición mitológica, no podía enteramente aquietarse, pareciéndole que la aplicación de los papelitos teñidos en sangre a los penitentes de la cofradía era un poco violenta; y aunque juzgó que en caso de necesidad y en un lance forzoso ya pudiera pasar, mayormente en una aldea donde no hubiese más críticos ni más censores que el barbero y el fiel de fechos; pero bien quisiera él hallar otra cosa más terminante y como en propios términos de penitentes de

sangre para asegurar más su lucimiento, sin exponerse a melindrosos reparos de gentes escrupulosas, de las cuales había algunas en su comunidad y en el pueblo; que, como llevamos significado, era una villa de media braga, ni tan desierto como Quintanilla del Monte, ni tan poblado como Cádiz y Sevilla.

13. Con este cuidado se iba ya acercando al lugar, asaz pensativo y no poco pesaroso, cuando de repente dio un alegre grito, acompañado de una gran palmada sobre el albardón de la mula, y prorrumpió diciendo:

—¡Hay borracho como yo! ¡Vaya, que soy un mentecato! En el mismo admirable libro intitulado *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional,* pocas hojas más allá donde se refiere lo del árbol y lo de los papelitos de sangre en honor del famoso dios Izcoacauhqui, me acuerdo haber leído dos especies que luego las apunté para estas ocasiones, y son tan nacidas para ellas, que aunque yo mismo las hubiera fingido, no podían venir más a pelo. Ambas especies se encuentran en el párrafo diez, que trata de los símbolos de los meses indianos, según Gemelli Carreri;[62] y la primera dice así, porque la tengo en la memoria como si la estuviera leyendo:

14. »«*Tozoztli,* símbolo del segundo mes, quiere decir "sangría o picadura de las ventanas"; porque así mismo en el segundo día de este mes los indios, o fuese con la punta del *maguey,* o con navajas de pedernal, en señal de penitencia se sacaban sangre de los muslos, espinillas, orejas y brazos, y ayunaban al mismo tiempo... Era esta fiesta de penitentes dedicada al dios Tláloc, dios de las lluvias.» Y más abajo: «Los que tenían el oficio de hacer *xuchiles,* o ramilletes, entre año, llamados *xochimanque,* festejaban en la tercera edad a la diosa Chivalticue, que es lo mismo que decir "enaguas de mujer", o por otro nombre Coatlatona, "diosa, de los mellizos". La segunda especie es, como sigue, sin faltarle tilde:

15. »«*Hueytozoztli,* superlativo de *tozoztli,* símbolo del

62. Giovanni Francesco Gemelli Careri (1651-1725) publicó un *Giro intorno al mondo* (Nápoles, 1699-1700), resultado de su propia vuelta al mundo.

tercer mes, quiere decir "punzadura o sangría grande"; porque en deteniéndose las aguas, que no comenzaban hasta este tiempo, correspondiente a nosotros por abril, se aumentaban las penitencias, crecía la saca de la sangre, y eran mayores los ayunos, y aun los sacrificios. La fiesta se hacía al dios Cinteolt, dios del maíz, etc.» Estas dos especies tengo apuntadas en mi cuaderno y encomendadas a mi memoria; ¿y me andaba yo aporreando los cascos por encontrar otras que se adaptasen a las circunstancias principales del asunto? ¿Dónde las había de hallar más exquisitas? ¿Dónde más nuevas? ¿Dónde más cortadas al talle del intento? Aquí tengo esterilidad de la tierra por falta de agua; aquí tengo a Tláloc, dios de las lluvias; aquí tengo una procesión de penitentes de sangre, y no menos que en el mes de *hueytozoztli,* que es el mismísimo mes de abril en que nos hallamos y en que se ha de celebrar nuestra procesión; aquí tengo *xuchiles* y *xochimanques,* esto es, los que hacían ramilletes o *ramales,* que allá se va todo y es bien corta la diferencia; aquí tengo Coatlatona o enaguas de mujer, cosa tan precisa para que se vistan los penitentes; y en fin, aquí tengo una India y ya no me trueco ni por cuarenta fray Blases, ni por cuantos autores de *Florilogios* puedan producir las dos Extremaduras. ¡Hola! Pero esto no quita que yo los venere siempre como a mis dos maestros, como a los dos modelos, como a mis originales en la facultad de la carrera que emprendo.

16. Embelesado en estos pensamientos y casi loco de contento, nuestro fray Gerundio llegó a la puerta reglar de su convento; apeóse, fue a la celda del prelado, dio su *benedicite,* tomó la venia, retiróse a la suya, desalforjóse, desocupóse, echó un trago, y sin detenerse un punto puso manos a la obra. Trabajó su plática, que aquella misma noche quedó concluida; y llegado el día de la procesión, a que concurrió mucho gentío de la comarca, Antón Zotes y su mujer, a quienes el mismo hijo había escrito para que viniesen a oírle, sin faltar tampoco el maestro Prudencio, que la noche antes se había retirado de la granja, con gentil denuedo representó su papel, que copiado fielmente del original, decía así, ni más ni menos:

17. «A la aurífera edad de la inocencia: *Lavabo inter innocentes manus meas,*[63] en trámite no interrupto sucedió la argentada estación de la desidia: *Argentum et aurum nullius concupivi.*[64] No llegó la ignavia de los mortales a ser letálica culpa, pero se arrimó a ser borrón nigricante de su nívea candidez primeva:[65]

Pocula tartareo haud aderant nigrefacta veneno.[66]

Sobresalientes los dioses: *Ego dixi: Dii estis,*[67] determinaron prevenir el desorden con admonición benéfica. Admirablemente el simbólico: *Ante diem cave;*[68] y paralogizaron la corrección en preludios de castigo: *Corripe eum inter te, et ipsum solum.*[69]

18. »La madre Cibeles (ya sabe el docto que en el étnico fabuloso lexicón se impone este cognomento a la tierra: *Terra autem erat inanis et vacua*);[70] la madre Cibeles, *Cybeleia mater,* que dijo oportuno el probóscide poeta:[71] la madre Cibeles, que hasta entonces espontaneaba sus fruges,[72] resolvió negarlas mientras no la reconviniese por ellas el penoso afán del mádido colono: *In columna nubis.*[73] Mas, ¡oh cielos!, ¿cómo había de elaborar el infeliz agrícola, si le faltaba la causa instrumental para el cultivo, y si del todo ignoraba la causa material y la eficiente para el instrumento? *Quaecumque ignorant, blasphemant: quomo-*

63. Salmo XXVI, 6: «Lavaré mis manos en la inocencia.»
64. Hechos de los Apóstoles, XX, 33: «No he codiciado plata ni oro.»
65. *nigricante*: negruzco: *primeva*: primitiva.
66. «No habrá copas ennegrecidas por el veneno tartareo (infernal).»
67. Salmo LXXXII, 6: «Yo dije: sois dioses.»
68. «Antes del día, precávete.»
69. San Mateo, XVIII, 15: «(si pecare tu hermano contra ti), ve y repréndele a solas.»
70. Génesis, I, 2: «La tierra estaba confusa y vacía.»
71. Se refiere a Ovidio, juego de palabras bastante habitual entre naso, Nasón y nariz.
72. *fruges*: frutos.
73. *mádido*: húmedo. Números, XII, 5: «En la columna de nube.»

do fiet istud?[74] Commiserado Saturno, bajó de lo alto del Olimpo: *Descendit de coelis*; y enseñó al hombre el uso del azadón tajante y del arado escindente: *Terra scindetur aratro.*[75] ¿Habéislo entendido, mortales? Luego bien decía yo que siempre son los pecados ocasión de los castigos: *Et peccatum meum contra me est semper.*[76] Pero aún no estamos en el caso.

19. »A la argentada estación sucedió el século ferrugíneo: *Saeculum per ignem*; y aunque en él había instrumentos para el cultivo, y poseían los hombres científica comprensión de su manejo; *Possedit me in initio viarum suarum,*[77] obstruida la cibélica madre, correspondía con esterilidades a los afanes del agrícola: *Et pater meus agricola est.*[78] Aquí el reparo. Si la reconvenía con sus sulcos el corvo hierro, si la llamaba con sus golpes la afilada plancha, ¿por qué no se daba por entendida? ¿Por qué no producía la tierra verdigerantes frutos? *Germinet terra herbam virentem.*[79] ¡Qué oportuno Lyra! Porque el cielo empedernido la negaba la lluvia: *Non pluit menses septem.* Pero ¿qué motivo pudo tener esa tachonada techumbre para tan cruel duricie?[80] Díjolo Cartario muy a mi intento: porque los hijos de los hombres habían multiplicado las nequicias: *Et deliciae meae esse cum filiis hominum.*[81] Pues, ¿qué remedio? Oíd al sapientísimo mitólogo:

20. »Despréndase el gran Baco de esa bóveda celeste; enseñe a los hombres a compungirse y a implorar la clemencia del Tonante con una rogativa penitente: *Te rogamus, audi nos*; ofrézcale cultos y sacrificios en futuras aras, y bajará el mismo Júpiter Amón, que es lo mismo

74. Epístola a San Judas, 10: «Pero estos blasfeman de cuanto ignoran.»

75. «La tierra se abrirá con el arado.»

76. Salmo LI, 5: «Y mi pecado está siempre delante de mí.»

77. Proverbios, VIII, 22: «(Yavéh) me poseyó al principio de sus caminos.»

78. San Juan, XV, 1: «Y mi padre es labrador.»

79. Génesis, I, 11: «Haga brotar la tierra hierba verde.»

80. *duricie*: dureza.

81. *nequicias*: maldades *(DRAE)*. Proverbios, VIII, 31: «Siendo mis delicias los hijos de los hombres.»

que Carnero, y con una sola patada, o debajo de la planta de su pie: *A planta pedis,* hará que broten aguas que apaguen la sed y fertilicen los campos: *Descendit Jesus in loco campestri.*[82] Para el docto no es menester aplicación; vaya para el menos entendido. ¿No es así que ha siete meses que las nubes nos niegan sus salutíferos sudores? ¿No es así que a esta denegación se han seguido los síntomas de una tierra empedernida? Pues institúyase una devota rogativa; vayan en ella los cofrades de la Cruz de penitentes; presídala su digno mayordomo Júpiter Amón, Pascual Carnero, que debajo de sus pies: *de sub cujus pede,* brotarán aguas copiosas que fecunden nuestros campos:

Horrida per campos bam, bim, bombarda sonabant.

Más: es muy celebrado en las Sagradas Letras el Cordero Pascual: *Agnus Paschalis.* Sabe el discreto que de los corderos se hacen los carneros. Luego nuestro insigne mayordomo Pascual Carnero sería, cuando niño, Cordero Pascual. La ilación es innegable. Pero aún no lo he dicho todo.

21. »A la frugífera Ceres, diosa tutelar de los campos y de las cosechas, se ofrecían aquellos sacrificios que se llamaban ambarvales, y se hacía una solemne procesión alrededor de los campos para ofrecerla estos sacrificios: *Ambarvales hostiae.* ¿Y quiénes eran los que principalmente la formaban? Unos devotos cofrades que se llamaban arvales: *Arvales fratres*; los cuales, en sentir de los mejores intérpretes, eran todos labradores. No lo levanto yo de mi cabeza; dícelo el profundísimo Catón: *Ambarvalia festa celebrabant Arvales fratres, circumeuntes campos, et litabant Ambarvales hostias.*[83] ¿Y a quién se ofrecían? Ya lo he dicho: a la diosa Ceres, que se deriva de *cera,* para denotar también a los cofrades de luz: *Vos estis lux mundi.*[84]

22. »Mas, porque el crítico impertinente o escrupu-

82. San Lucas, VI, 17.
83. La fiesta ambarval era celebrada por los hermanos campesinos rodeando los campos y ofreciendo sacrificios.
84. San Mateo, V, 14: «Vosotros sois la luz del mundo.»

loso no eche de menos a los penitentes de sangre, id conmigo; y veréis que esto de los penitentes no es invención de modernos, como quieren algunos ignorantes, sino una cofradía muy antigua, establecida en todos los siglos y en todas las naciones. Ea, dad un salto a la América Septentrional.

23. »Allí veréis al dios Tláloc, superintendente de las lluvias, haciéndose de pencas [85] y no querer desatarlas en el mes de *tozoztli*, que es el de marzo. Allí veréis que para moverle a piedad se arman los indios de *magueys* o puntas de pedernal, y se sacan copiosa sangre de todas las partes de su cuerpo. Allí veréis que el irritado Tláloc continúa las señas de su enojo en el mes de *hueytozoztli*, que corresponde al de abril, en que nos hallamos; y negando en él la agua por los pecados de aquellos infelices, arrepentidos éstos, aumentan las penitencias y se sacan sangre hasta correr por el suelo al rigor de los *xuchiles*, esto es, a la violencia de los ramales, empapando en ella a la diosa Chivalticue, que es tanto como la diosa de las enaguas; y dirigiendo la penitente procesión al templo de Cinteolt, dios del maíz o trigo de Indias, para que intercediendo con Tláloc y uniéndose con él, los franquease los frutos de la tierra.

24. »Ea, hermanos, a vista de tan oportunos como eficaces ejemplares, ¿qué hacéis? ¿En qué os detenéis? *Quid facis in paterna domo, delicate miles?* [86] ¿A qué aguardáis para empuñar con brioso denuedo esos cándidos *xuchiles*, y convocando primero el humor purpúreo a las dos carnosidades postergadas no le sacáis después con los cerosos *magueys*, hasta dejar empapadas las albicantes Chivalticues, y corra por ellas la sangre a regar la dura tierra: *Guttae sanguinis decurrentis in terram?* [87] Mirad, fieles, que está enojado nuestro divino Tláloc, mirad que el benéfico Cinteolt se pone de parte de su ceño. Corred, corred a aplacarlos; volad, volad a satisfacerlos; empuñad, vuelvo

85. *hacerse de pencas*: «No consentir fácilmente en lo que se le pide, rehusar lo mismo que desea» *(DA)*.
86. «¿Qué haces en la casa paterna, delicado soldado?»
87. San Lucas, XXII, 44.

a decir, esos *xuchiles*; tomad bien la medida de esos *magueys*; brote de vuestra espalda el rojo licor a borbotones. Así aplacaréis la ira de los dioses; así satisfaréis por vuestras culpas; así conseguiréis para vuestros campos epitalamios de lluvia, para vuestras almas epiciclos soberanos de gracia, prenda segura de la Gloria: *Quam mihi et vobis*, etc.»

25. No bien había pronunciado la última palabra, cuando resonaron en el templo unos gritos que salían por entre los caperuces, a manera de voces encañonadas por embudo o cerbatana, que decían:

—¡Vítor el padre fray Gerundio, vítor el padre fray Gerundio!

Y lo que más es, que quedaron los penitentes tan movidos con la desatinada plática, no obstante que los más, y aunque digamos ninguno de ellos, había entendido ni siquiera una palabra, que al punto arrojaron las capas con el mayor denuedo y comenzaron a darse unos azotazos tan fuertes, que antes de salir de la iglesia ya se podían hacer morcillas con la sangre que había caído en el pavimento. Las mujeres que estaban junto a la tía Catanla la dieron mil abrazos, y aun mil besos, dejándola al mismo tiempo bien regada la cara de lágrimas y de mocos, todos de pura ternura, y diciéndola que era mil veces dichosa la madre que había parido tal hijo. Un cura viejo, que se hallaba por casualidad inmediato a Antón Zotes, y que sin embargo de haber llevado tres veces calabazas para epístola, una para evangelio y dos para misa, todavía por sus años y por su bondad era hombre respetable, dándole un estrecho abrazo, le dijo:

—Señor Antón, cincuenta y dos pláticas de disciplinantes he oído en esta iglesia, desde que soy indigno sacerdote (en buena hora lo diga); pero plática como ésta, ni cosa que se le parezca, ni la he oído, ni pienso jamás oírla. Dios bendiga a Gerundio, y no me mate su Majestad hasta que le vea presentado.

26. Déjase a la consideración del pío y curioso lector cómo quedarían el tío Anton y la señora Catuja, cuando oyeron estas alabanzas de su hijo y fueron testigos oculares de sus aplausos. Y también es más para considera-

do que para referido el gozo, la vanidad y la satisfacción propia que en aquel punto se apoderaron del corazón de fray Gerundio, al escuchar él mismo tan grandes aclamaciones. Pero como son poco duraderos los contentos de esta vida, y siempre dispone Dios que en medio de los mayores triunfos sucedan algunos acaecimientos tristes que nos acuerden que somos mortales, quiso la mala trampa que al bajar del púlpito y en la misma sacristía de la iglesia, le dieron al bueno de fray Gerundio un humazo de narices,[88] que a ser otro que no fuera de tan buena complexión, le hubiera trastornado.

27. Fue el caso que se hallaba de recluta en aquella villa un capitán de infantería capaz, despejado, muy leído; y habiendo oído la plática, luchando a ratos con la cólera y a ratos con la risa, determinó finalmente holgarse un poco a costa del predicador; y entrando en la sacristía, después de darle un abrazo ladino, pero muy apretado, le dijo con militar desenfado:

—Vamos claros, padrecito predicador; que aunque he rodado mucho mundo, y en todas partes he sido aficionado a oír sermones, en mi vida he oído cosa semejante. ¡Plática mejor de carnestolendas y exhortación más propia para una procesión de mojiganga, ni Quevedo!

Algo cortado se quedó fray Gerundio al oír este extraño cumplimiento; y como en punto de desembarazo no podía medir la espada con el despejo del señor soldado, le preguntó con alguna turbación y encogimiento:

—Pues, ¿qué ha tenido la plática de mojiganga ni de cosa de antruidos? [89]

28. —No es nada lo del ojo, y llevábale en la mano —le replicó el fiel oficial—. Ahí es un grano de anís las fabulillas con que vuestra paternidad nos ha regalado para compungirnos. La de Saturno vale un millón; la de Baco se debe engastar en oro; lo de Júpiter Amón y Pascual Carnero, con aquel retoquecillo del cordero pascual, no

88. *dar un humazo de narices*: «desaire o pesadumbre que molesta y desazona» *(DA)*.

89. *antruidos*: forma antigua y popular de antruejo, los tres días de Carnestolendas.

hay preciosidades con que compararlo. Y en fin, todo aquel pasaje de los penitentes americanos con enaguas, ramales y pelotillas, los pelos y señales, el motivo de ellas, y hasta la oportunidad de los meses en que las hacían, todo es un conjunto de divinidades. Y vuestra paternidad, aunque tan mocito, puede ser predicador en jefe, o a lo menos mandar un destacamento de predicadores, que si son como vuestra paternidad, pueden acometer en sus mismas trincheras a la melancolía, y no sólo desalojarla de su campo, sino desterrarla del mundo.

Y sin decir más ni dar tiempo a fray Gerundio a que replicase, le hizo una reverencia y salió de la sacristía.

CAPÍTULO VI

DONDE SE REFIERE LA VARIEDAD DE LOS JUICIOS HUMANOS, Y SE CONFIRMA CON EL EJEMPLO DE NUESTRO FAMOSO PREDICADOR SABATINO, QUE NO HAY FATUIDAD QUE NO TENGA SUS PROTECTORES

ASÍ despidió el bellacón del capitán del bueno de fray Gerundio, habiendo echado un jarro de agua a todas las complacencias con que se hallaba el santo varón por los vítores y aplausos de la iglesia, y dejándole triste, desconsolado y pensativo. Pero como en esta vida ni los gustos ni los disgustos son muy duraderos, el que le causó la satirilla viva y desenfadada del señor oficial le duró poco; porque apenas subió de la sacristía a la celda, cuando se le entró en ella toda la mosquetería del convento: es decir, la gazapiña [90] de colegiales, coristas, legos y gente moza. Como éste, por lo común, es uno de los vulgos más atolondrados del mundo, y por lo mismo uno de los más perjudiciales, no es ponderable el porrazo que dio a casi todos la tal plática; porque no distinguiendo de colores, y gobernándose sólo por el boato y por el sonsonete, a los más les pareció un milagro del ingenio.

2. Entraron, pues, de tropel en la celda de fray Ge-

90. *gazapiña* por gazapina, junta de truhanes.

rundio, con tal zambra, gresca y algazara, que parecía venirse a tierra el convento; y como todos habían sido sus condiscípulos, siendo con corta diferencia de una misma edad, aunque él era ya sacerdote y predicador, no acertaban a mirarle con respeto. Conque dejaron correr las expresiones de su gozo con toda la libertad de una familiarísima llaneza. Unos le abrazaban, otros le vitoreaban, éstos le hablaban por un lado, aquéllos por el otro, algunos le tiraban por el hábito y por las mangas para que les contestase, y no faltaron otros que le levantaron en el aire, aclamándole ya por el mayor predicador que tenía la orden; tanto, que uno que era segundo vicario de coro exclamó con voz gruesa y corpulenta:

—Hasta ahora creía yo que en el mundo no había otro fray Blas; pero bien puede aprender otro oficio, porque todo cuanto predica, aunque tan exquisito, tan conceptuoso y tan raro, es bazofia respecto de lo que hoy hemos oído a fray Gerundio.

A un lego anciano, sencillo y bondadoso, que había sido refitolero más de cuarenta años, y le estaba mirando de hito en hito, se le caían las lágrimas de puro gozo y ternura. El despensero le dijo que tenía a su disposición todo el vino de la despensa; porque a quien tanto honraba el santo hábito, era razón que todo se le franquease. El cocinero se le ofreció muy de veras a su servicio; y hasta el procurador, que no suele ser gente muy bizarra, le regaló desde luego, *in voce,* con dos barriles de sardinas escabechadas. Y esto sin perjuicio de regalarle con otros dos de otras, cuando las tuviese, en prendas de su amor y complacencia.

3. Déjase a la consideración del pío y curioso lector cuánta sería la de nuestro fray Gerundio, al oírse alabar con tantas aclamaciones; por cuanto no era hombre insensible a sus aplausos, ni tampoco era de parecer, como el otro orador afilosofado, que el grito de la muchedumbre inducía fuertes sospechas de grandes desaciertos.

4. Pero ves aquí que cuando la gente del chilindrón [91] estaba en lo mejor de su trisca, y el bendito fray Gerun-

91. *del chilindrón*: ruidoso, chancero y alegre.

dio más engolfado en sus glorias, entraron en su celda el prelado, el maestro fray Prudencio y los demás padres graves a darle lo que llaman la *acenoria*;[92] esto es, la enhorabuena de la función, como loablemente se estila en todas las religiones. Al punto cesó la algazara de los mozos, y cada cual se compuso lo mejor que pudo, metiendo las manos debajo del escapulario, y arrimándose hacia las paredes con los ojos bajos y con reverente silencio. El prelado se contentó con decirle que descansase; y habiéndose detenido un breve rato sin hablar más palabra, se retiró luego. De los demás maestros, unos sólo hicieron el ademán de bajar un poco la cabeza, murmullando entre dientes una especie de enhorabuena estrujada que no se entendía; otros se la dieron con palabras claras, pero tan equívocas, que algún malicioso podía interpretarlas con poca benignidad, como el que le dijo:

—Fray Gerundio, ¡cosa grande!; por el término[93] no la he oído mayor, ni espero oírla igual sino que sea a ti.

Dos o tres de ellos que eran algo encogidos, y un sí es no es taciturnos, solamente le dijeron:

—Dios te lo pague, fray Gerundio; que lo has trabajado mucho.

Y el bueno del frailecito quedó muy solazado, pareciéndole que era lo mismo trabajarlo mucho, que trabajarlo bien.

5. A todo esto callaba el maestro Prudencio, sin hacer más que mirarle de cuando en cuando con unos ojos entre compasivos y severos. Mas, luego que se retiraron los otros padres maestros, viendo que los colegiales amagaban hacer lo mismo, los dijo:

—Esténse quietos; que ahora tengo yo que platicar a nuestro padre platicante, y mi plática también puede ser provechosa para ellos.[94]

92. *acenoria*: zanahoria, forma típica de Campos. Aquí, cumplimiento o expresión afectada (Fernández Martín, I, 469).

93. *término*: pueblo.

94. *ellos*: el sentido requiere «ustedes», no ellos. Es posible que, como en otro caso anterior ya señalado, Isla no haya tenido en cuenta el paso de estilo indirecto a directo.

Sentóse en una silla; hizo a fray Gerundio que se sentase en otra, y volviéndose hacia él, le habló de esta manera:

6. —Fray Gerundio, ¿has perdido el juicio? ¿Estabas en él cuando compusiste una sarta de tanto disparate, y cuando tuviste valor para predicarla? ¿Es esto lo que me ofreciste cuando te despediste de mí en la granja, diciéndome que perdiese cuidado, que por esta vez pensabas que habías de acertar a darme gusto? Pues, ¿qué? ¿Piensas que podía yo gustar del mayor tejido de locuras y de despropósitos que he oído en los días de mi vida, sino que le exceda o le compita la desatinada salutación del sermón de Santa Ana? ¡Y esto es una función de suyo tan seria, tan tierna, tan dolorosa, en que todo debiera respirar compunción, lágrimas, gemidos y penitencia! Estoy por decir que cuando no se hubiera cometido otro pecado que el de tu plática, él solo merecía que nos castigase Dios con el terrible azote de la sequedad y de la esterilidad que padecemos. Pero no me atrevo a decir tanto, porque conozco que no pecas de malicia, sino de ignorancia o de inocencia.

7. »Ven acá, hombre. ¿Tu plática se ha reducido a otra cosa que a atestarnos los oídos de fábulas ridículas, insulsas e impertinentes, verificándose a la letra lo que ya dijo en profecía el Apóstol por ti y por otros predicadores como tú, que huirían de la verdad y convertirían toda su atención a las fábulas, trascendiendo este depravado gusto a los oyentes: *A veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur?*[95] ¿Qué fuerza han de tener éstas para movernos a hacer penitencia de nuestras culpas, y aplacar por este medio el rigor de la divina justicia, tan justamente irritada contra ellas?

8. »¿No tendrían más eficacia los ejemplos verdaderos de la Sagrada Escritura y de la historia eclesiástica, una y otra atestadas de los horrendos castigos temporales con que Dios en todos tiempos ha escarmentado los pecados de los hombres, sin dejar el azote de la mano hasta

95. Epístola II a Timoteo, IV, 4: «Apartarán los oídos de la verdad para volverlos a las fábulas.»

que se le diese satisfacción por medio del dolor, de la enmienda y de la penitencia? Los diluvios, las inundaciones, las guerras, las hambres, las pestes, las esterilidades, los terremotos, los volcanes y todos los demás movimientos extraños de la naturaleza gobernados por el supremo Autor de ella, ¿han nacido jamás de otro principio ni han tenido otro fin?

9. »¿Qué siglo de oro, ni qué siglo de estaño, ni qué siglo de hierro, ni qué embustes de mis pecados? No ha habido más siglo de oro que la estrechísima duración del estado de la inocencia, reducida según los más a pocos días, y según algunos a pocos instantes. Entre la inocencia y la malicia no hubo medio. Desde que comenzaron a multiplicarse los hombres, comenzaron a multiplicarse los pecados, de suerte que éstos solamente fueron pocos mientras fueron pocos los que podían pecar. Y desde entonces comenzó Dios sus amorosos avisos castigando a unos para escarmentar a otros, hasta que extendida la maldad sin dejarse reconvenir del escarmiento, fue también menester que se extendiese el castigo.

10. »Si el tiempo que has perdido miserablemente en leer ficciones lo hubieras dedicado a hojear, aunque no fuese más que de paso, la Sagrada Biblia, en ella encontrarías historias infalibles en que fundar tu exhortación, sin el ridículo y aun sacrílego recurso a patrañas fabulosas. Esterilidad nacida de falta de agua y de sobra de pecados, encontrarías en Egipto en tiempo de Faraón y de José. Esterilidad procedida del mismo principio encontrarías en Israel en tiempo del profeta Elías. Esterilidad originada de la misma causa encontrarías en el reino de Judá en tiempo de los dos Joranes [96] cuñados. Y si después de la historia sagrada hubieras siquiera pasado los ojos por la eclesiástica y por la profana, apenas hallarías siglo que no te ofreciese a docenas los ejemplares en diversos reinos y provincias, con la circunstancia de que no cesó el castigo mientras no cesaron o se disminuyeron los pecados. Pues, ¿a qué fin el recurso a los sueños y a las fábulas?

96. *Joranes*: uno, hijo de Josafat, rey de Judá y esposo de Atalia; otro, hijo de Acab y hermano de Atalia.

11. »No quiero decir que el estudio o la noticia de éstas sea inútil, y que no tenga su uso. Tiénelo y muy loable, así para la inteligencia de los autores gentiles, especialmente poetas, como para la comprehensión de la teología pagana, que toda estaba reducida al sistema fabuloso. Pero en el púlpito no debe tener otro uso que el de un altísimo desprecio. Si tal vez se toca alguna, que fuera mejor no hacerlo, debe ser tan de paso y con tanto desdén, que el auditorio conozca la burla que el mismo predicador hace de ella. ¡Es bueno que los gentiles, como escribe Tertuliano, hacían tanta de nuestros sagrados misterios, que solamente los tomaban en boca en los teatros para hacer irrisión de ellos; y ha de haber predicadores cristianos que hagan tanto aprecio de sus fábulas, que apenas se valgan de otros materiales en los púlpitos para engrandecer nuestros misterios, o para persuadir las verdades más terribles y más ciertas de nuestra religión! ¿Cómo se puede persuadir con solidez una verdad por medio de una mentira? ¿Ni qué parentesco pueden tener los misterios de Jesucristo con los embustes de Belial? *Quae conventio Christi ad Belial?*[97]

12. »Pero supongamos que en la fábula se halle algún remedo, como en muchas de ellas se halla en realidad, de nuestras verdades o de nuestros misterios. ¿Qué fuerza añade a unas, ni qué esplendor aumenta a otros, este ridículo remedo? Adelanto más: quiero suponer que la fábula tenga la mayor semejanza imaginable con algunos de los misterios que creemos y adoramos, como, por ejemplo, el nacimiento de Minerva, diosa de la sabiduría, que se fingió haber nacido del cerebro de Júpiter, con la generación del Verbo, que es sabiduría eterna, que fue engendrado desde la eternidad de la mente del Padre. ¿Y qué sacamos de eso? ¿Se nos hace más creíble o más respetable esta verdad porque encontremos un borrón o una oscurísima sombra suya en aquella disparatada mentira?

13. »Ya sabemos todos que el demonio, a quien llama no sé qué Santo Padre perniciosísima mona, para confundir más los misterios de la fe o para hacerlos ridícu-

97. Epístola II a los Corintios, VI, 15.

los, introdujo algunos rasgos o como algunos vislumbres de ellos en las supersticiones paganas, pero tan envueltos entre éstas y tan mezclados de hediondeces, despropósitos y extravagancias, que se conoce el diabólico artificio con que tiró a oscurecerlos o a hacerlos enteramente risibles. ¡Y es posible que lo que el diablo inventó para burlarse de lo que creemos y de lo que él mismo cree con fe tan experimental, ha de servir para que nosotros lo apoyemos!

14. »Pero si el valerse de fábulas en el púlpito para persuadir nuestras verdades siempre es cosa intolerable y en cierta manera especie de sacrilegio, lo es mucho más cuando se predica a gente vulgar y sencilla. El auditorio discreto da a la fábula el valor que se merece, recíbela por su justo precio, y en fin sabe que la fábula es mentira. Respecto de él no hay más inconveniente que mezclar lo sagrado con lo profano, y lo fabuloso con lo verdadero. Sobrada monstruosidad es esta mezcla; pues hasta en los pintores y en los poetas, cuyas licencias son tan amplias, la calificó de intolerable el mejor de los satíricos:

Sed non ut placidis coëant immitia, non ut
Serpentes avibus geminentur, tigribus agni.[98]

Mas cuando se predica a un concurso compuesto por la mayor parte de gente del campo, inculta y sin letras, hay el gravísimo inconveniente de que entienda la fábula por historia, la ficción por realidad, y por verdad la mentira. Dígalo, si no, el testamento de aquella vieja que, por haber oído a su cura en los sermones que hacía a sus feligreses hablar muchas veces del dios Apolo, dejó en él este legado: «Item, mando mis dos gallinas y el gallo al bendito señor San Pollo, por la mucha devoción que le tengo, desde que oí predicar tanto de él al señor cura.» ¿Parécete que será imposible que entre tantos pobres hombres de que se compone la cofradía de la Cruz, a la cual has

98. Horacio, *Arte poética*, 12-13: «Mas no será razón valga este fuero para mezclar con lo áspero lo suave, con la serpiente el ave, o con tigre manso cordero.»

platicado, no haya algunos y aun muchos que vayan persuadidos a que Ceres, Júpiter, Amón, Baco y los demás avechuchos que citaste son unos grandes santos, y los tengan por especiales abogados de la lluvia?

15. »¿Y qué te diré de aquel tejido de dislates tomado de la mitología americana, en que pareció consistía lo fuerte de tu plática, según te inculcaste en ello, y según el esponjamiento y la satisfacción con que lo representaste? No creí que ni aun tú fueses capaz de desbarrar tanto, y mira que ésta es una grande ponderación. ¿Quién diantre te deparó aquellas noticias, ni cómo tuviste la poca fortuna de tropezar con ellas para hacerte más ridículo? Cierto que tienes singular talento de dar con lo peor de los libros, y gracia conocida para aprovecharte de ello. Valga la verdad: tú quieres hacer ostentación de tu memoria y de tu feliz pronunciación, quedándote con aquellos nombres bárbaros, exóticos y estrafalarios de *Tláloc, tozoztli, hueytozoztli, magueys, xuchiles, Chivalticue* y *Cinteolt*, pareciéndote que esto era una gran cosa y que dejabas aturdido al auditorio. Con efecto: así fue, porque aquella pobre gente no distingue de colores, y le basta no entender lo que se dice para admirarlo.

16. »Pero, ¿no me dirás qué gracias o qué chiste tiene eso? La memoria local y material suele ser prenda muy común de los más rudos. Y en fe de que yo lo soy, la poseo tan feliz, aun siendo un pobre viejo, que a la primera vez que oí esos nombres me quedé con ello, como lo acabas de ver. Pues, ¿qué mucho los hubieses aprendido tú a costa quizá de un ímprobo trabajo?

17. »No quiero decirte nada del estilo pueril, atolondrado, necio y pedantesco, porque es perder la obra y el aceite.[99] Fray Blas y ese maldito *Florilogio*, que debiera quemarse en una hoguera, te tienen infatuado el gusto y todo conocimiento de lo que es idioma castellano puro, castizo y verdadero. El que usas en el púlpito ni es romance, ni es latín, ni es griego, ni es hebreo, ni sé lo que en suma es. Dime, pecador, ¿por qué no predicas como hablas?

99. *perder la obra y el aceite*: perder el trabajo, el tiempo y los medios utilizados para conseguir algo.

18. »¿Qué quiere decir *aurífera edad, trámite no interrupto, letálica culpa, borrón nigricante, candidez primeva, paralogizar la corrección, espontanear las fruges, mádido colono,* y toda la demás retahíla de nombres y verbos latinizados con que empedraste tu plática, que la entenderían los cofrades como si los hubieras platicado en siriaco o en armenio? ¿No conoces, desdichado de ti, que ésa es una pedantería que solamente la gastan los ignorantes y aquellos pobres hombres que ni siquiera saben la lengua en que se criaron? ¿No merecías que al acabar la plática, en lugar de los vítores con que te aclamaron los simples, te hubiesen aplicado este otro vítor que te venía tan de molde como al padre fray Crispín,[100] que sin duda debió de ser el fray Gerundio de su tiempo?:

Vítor el padre Crispín,
De los cultos culto sol,
Que habló español en latín,
Y latín en español.

19. »De propósito he querido decirte lo que siento a presencia de todos estos mozos, y para ese fin los hice detener; porque sobre estar ya cansado de hacerte algunas advertencias privadas, y haber visto, con grande dolor mío, que no inútiles mis correcciones particulares, hice juicio que debía hablarte ya más en público, para que no trascendiese a ellos tu mal ejemplo. Mis años y mis canas me dan licencia para esto; y la parte que tuve en que se te dedicase a esta carrera, que tanto apetecías, me obliga en cierta manera a dar esta satisfacción, porque nunca se piense apruebo lo que abomino.

20. »Ni creas que sólo yo soy de este dictamen; pues en ese caso se podía atribuir a la mala condición que regularmente se achaca a los de mi edad, aunque por la misericordia de Dios, la mía no está reputada por la peor. Acompáñanme en él todos los padres graves de la comunidad, esto es, los únicos que tienen voto en la materia. Todos se lastiman, igualmente que yo, del malogro de tus

100. *Crispín*: nombre frecuente en la *commedia dell'arte.*

prendas; y en la sequedad y seriedad con que se presentaron a darte la enhorabuena, pudiste conocer lo mucho que los había desazonado tu plática. Si no todos te hablan con la claridad que yo, será, o porque no todos te estiman tanto, o porque no concurren en ellos las particulares circunstancias que concurren en mí para no lisonjearte, o porque en las comunidades tiene grandes inconvenientes el oficio de desengañador; tanto, que hasta los prelados necesitan ejercitarse con mucho tiento, no obstante que su empleo les precisa a practicarle. Yo atropello por todo, pensando menos en mí cuanto tú puedas pensar, otros discurrir y muchos murmurar, que el deseo de tu estimación, el bien de las almas, el decoro del púlpito y el crédito de la orden.

21. Y al decir esto se levantó de la silla, tomó la puerta, se salió de la celda y se fue a la suya. Fray Gerundio quedó pensativo, los colegiales por un largo rato silenciosos, y los legos mirando a éstos y a aquél. Unos escupían, otros gargajeaban, algunos se sonaban las narices; y ninguno se atrevía a hablar palabra, hasta que un colegial, teólogo del cuarto año (como lo dejó notado un autor curioso, indagador y menudo), el cual era alegrete, vivaracho, intrépido y decidor, rompió el silencio diciendo:

—¿Quién va tras el viejo con bizcochos y vino, y a hacerle mudar camisa, porque el sermón ha estado largo, patético, moral y fervoroso?

Riéronse todos menos fray Gerundio, que aún se mantenía suspenso, cabizbajo y como medio corrido.

22. Pero presto le consoló el teologuillo; porque llegándose a él y dándole dos palmadas sobre los hombros, le dijo:

—Hola, fray Gerundio, *sursum corda.*[101] Pues, ¿qué? ¿Haces caso de las misiones de nuestros padres Matusalenes? ¿No ves, hombre, que tienen el gusto con más cazcarrias y lagañas que ojos de aprendiz de bruja? ¿Qué saben ellos cómo se ha de predicar, si ya casi se les ha olvidado cómo se ha de vivir? Todo lo que no les huele a antaño les ofende, y ellos nos apestan a los demás con

101. *sursum corda*: arriba el corazón.

sus antañadas. Ellos conocieron al mundo así, y dádoles ha que se ha de mantener el mundo como ellos le conocieron, sin hacerse cargo de que la bola da vueltas, que por eso es bola. Como ya no pueden lucir, rabian cuando otros lo lucen; a manera de aquellos árboles secos de puro carcuezos, que en tiempo de primavera, al llenarse los otros de flores y de verdes hojas, ellos parece que se secan más de pura envidia.

23. »Hablan de los sermones como de las modas y de los bailes. Un corbatín los espirita, por cuanto ocupa el lugar que debiera ocupar una valona y no pueden mirar sin furor unos calzones ajustados, acordándose de sus zaragüelles. La mariona, la pavana y las folías valen para ellos más que todos los paspieses del mundo, y todos los valencianos juntos los darán gana de vomitar en comparación de un zapateado. Ni más ni menos en los sermones: erudición, mitología, elevación de espíritu, cadencia armoniosa, pinturas, descripciones, chistes, gracia, todo los provoca a vómito; y es que tienen el estómago del gusto tan destituido de calor como el del cuerpo. Nada pueden digerir, sino que sean papas, puches, picadillos y, a lo sumo, carnero y vaca cocida.

24. »¿Hay cosa como querernos persuadir que las fábulas no se hicieron para el púlpito? Pues, ¿para dónde se hicieron? ¿Para los estrados y para los locutorios de monjas? ¿Puede haber gracia mayor ni mayor ingenio que probar una verdad con una mentira, y calificar un misterio infalible con una ficción? Aquellos de *salutem ex inimicis nostris*,[102] ¿no es del Espíritu Santo? Y lo otro de *contraria contrariis curantur*, ¿no es del divino Hipócrates? Y lo de más allá de *opposita juxta se posita magis elucescunt*, ¿no es del profundo Aristóteles? ¿Cuándo está mejor ponderada la virtud del sacramento del bautismo y la del agua bendita, que poniéndola al lado de la que fingían a las aguas lustrales con que se purificaban los gentiles para disponerse a los sacrificios? *Lustravitque viros*, que dice el incomparable Virgilio. ¿No cómo es posible explicar con gracia la que tiene el sacramento del matrimonio, sin hacer

102. San Lucas, I, 71.

una bella descripción del dios Himeneo, presidente de las bodas o el dios casamentero, joven bizarro, de estatura heroica, blanco y rojo como un alemán, pelo blondo, su hacha encendida en la mano y coronado de rosas? Y para ponderar la fineza de Cristo en el sacramento de la eucaristía, ¿se ha encontrado hasta ahora razón más convincente, ni se ha inventado en el mundo pensamiento más delicado que el de aquella fabulilla de Cupido, cuando para rendir a cierto carazón un poco duro, después de haber apurado inútilmente todas las flechas del aljaba, él se flechó en el arco y él se disparó a sí mismo, con lo cual quedó el susodicho corazón blando y derretido como una manteca?

25. »Dice el padre nuestro que usar de fábulas en el púlpito es de ignorantes y de pobres hombres. Eso sería allá cuando su paternidad nació y se usaba el baile de las paraletas; pero hoy que está el mundo más cultivado, es otra cosa. Yo tengo es mi celda varios sermones impresos de un famoso predicador de estos tiempos, que asombró en Aragón, aturdió en Navarra y atolondró en Madrid; tanto, que se ponían los soldados a las puertas de los templos donde predicaba, para evitar la confusión y el desorden en el tropel de los concursos. Y este tal predicador, a quien no negará el padre maestro, ni hombre mortal se lo ha negado, que es ingenuo conocido, apenas predicaba sermón cuyas pruebas no se redujesen a encajonar una fábula entre un lugar de la Sagrada Escritura; y en verdad, en verdad que no perdió casamiento,[103] y que no comoquiera le aplaudieron los vulgares, sino también muchos hombres que tenían señoría.

26. »Entre otros me acuerdo de cierto sermón, que predicó en la profesión de dos ciertas señoras muy distinguidas, y luego se dio a la prensa como cosa grande; en el cual, porque el hábito de la orden es de color negro, las comparó con grandísima propiedad a la diosa Vesta, que sobre la fe y palabra de Cartario, vestía también de

103. *no perder casamiento*: «frase que se usa decir por modo de chanza al que se queja de una cosa ligera, que le han dicho, hecho o sucedido, que se da por sentido sin necesidad ni razón» *(DA)*.

este mismo color: *Factum est ut nigra appellaretur propter vestem nigram.*[104] Después dijo, y dijo muy bien, que Minerva había sido la primera fundadora de la enseñanza de las niñas, citando unas palabras del mismo Cartario, que aunque sólo prueban que Minerva fue la inventora de las labores mujeriles, hilar, coser, devanar, etc., porque Cartario no dice más; pero harto dice para que creamos que también se las enseñaría a otras, pues el que éstas fuesen niñas o fuesen ya mujeres casaderas y aun casadas, no hace para el intento, y siempre se verifica haber sido la fundadora de la enseñanza, que es la sustancia del negocio.

27. »Finalmente, más allá trae una comparación gallarda para probar cuánto se enamora Dios de las almas religiosas que viven en clausura; pues cita con la mayor oportunidad la fábula de Dánae, hija de Acrisio, rey de las argivos, a la cual, siendo doncellita, encerró su padre en una torre donde no pudiese tener comunicación alguna con los hombres, para que no se verificase el fatal pronóstico del oráculo, que le intimó había de morir a manos de un nieto suyo. Pero Júpiter se la pegó al astuto viejo; porque enamorado de la señorita, se transformó en lluvia de oro, se caló en la torre, y la doncella parió a su tiempo a Perseo, que yendo días y viniendo días, finalmente vino a cumplir el fatídico oráculo, quitando la vida a su abuelo. Y no hay que reparar en que la lluvia se introdujese por la torre, porque podían estar abiertas las ventanas; o aunque fuese la torre de un rey, no hay repugnancia en que tuviese algunas goteras.

28. »¿Quién creyera que una fábula, al parecer tan sucia, pudiese jamás servir de prueba para una cosa tan limpia como es el especial amor que profesa Dios a las almas castas que viven en clausura? Pues aquí está el ingenio: nuestro sutilísimo orador la aplicó con la mayor delicadeza y con la mayor energía. «En Danae —dice— contemplo una alma retirada que vota permanencia en la clausura; en Júpiter, transformado en lluvia de oro, a Cristo, que baja como lluvia y pan del cielo.» Y luego al margen

104. «Es un hecho que se llamó negra por su vestido negro.»

un par de textecitos literales: para la palabra *pan: Panis de coelo descendens*; para la palabra *lluvia: Et nubes pluant justum.* ¿Puede haber cosa más bien dicha? ¿Ni pudiera imaginarse invención más propia ni más feliz? Porque ahora, que Dánae no fuese la doncella más casta ni más recatada del mundo como lo acreditó el efecto, y que Júpiter fuese un dios bellaco y estrupador, ése es chico pleito. Ello hay virgen, hay clausura, hay un dios que visita a la doncella, sea por lo que fuere; que eso no nos toca a nosotros averiguarlo. Pues, ¿qué más se ha menester para probar que Cristo profesa una ternura muy especial a las vírgenes encerradas, y para *contemplarlas* a éstas Dánaes, y Júpiter a aquél? Que es sin duda una *contemplación* sobre ingeniosa, devota y pía.

29. »Así, pues, amigo fray Gerundio, ríete de las vejeces de nuestro padre maestro; déjale que gruña; créeme, que los viajes por lo común se disgustan de todo lo que ellos no saben hacer, y que a los más se les puede aplicar, con la variación de una sola palabra, aquello de *...Nam quae non fecimus ipsi... Vix ea recta voco.*[105] Y tú prosigue predicando como has comenzado; que si continúas así, llegarás sin duda a ser la honra de tu patria, el crédito de la orden, el oráculo de los pueblos y, en fin, el hombre del mundo.

30. No se puede ponderar el aplauso con que fue recibida de toda aquella juvenil mosquetería la arenga del colegialillo barbiponiente y bullicioso. Después de haberle vitoreado, casi tanto como los cofrades de la Cruz habían vitoreado la plática de disciplinantes, repitieron los plácemes y las enhorabuenas a fray Gerundio, aun con mayor algazara que antes, exhortándole todos a que siguiese el milagroso rumbo de predicar a que había dado tan dichoso principio, y pidiéndole los más que les diese el papel de la plática para sacar muchos traslados. Con esto, no sólo respiró nuestro fray Gerundio, sino que se esponjó, se empavonó, se encaramó, se llenó de vanidad, y quedó tan persuadido a que el modo de predicar era aquél

105. «Con dificultad llamamos buenas a aquellas cosas que no hemos hecho nosotros.»

y a que cualquiera otro modo era una pobretería, que ya no le sacarían de su error frailes descalzos.[106] Pero lo que le acabó de rematar fue un soneto, en elogio suyo, que salió el día siguiente y decía así:

No hay otro fray Gerundio, ni le ha habido.
Hará inmortal el nombre de Campazas.
En casas, en conventos, calles, plazas,
Va dos cuartos que mete mucho ruido.

No nos cite el francés envanecido
A Fleury, a Bourdaloue ni a otros mazas.
¿Qué Segneri, qué Oliva o calabazas?
¿Ni qué Vieira, portugués erguido?

¿Demóstenes y Tulio? Dos zoquetes.
¿Los demás oradores? Mil orates,
Por no llamarlos pobres monigotes.

Sólo fray Blas con otros mozalbetes,
Si no le exceden, le hacen sus empates.
Por lo demás, es gloria de los ZOTES.

Fin de la Primera Parte

106. *no le sacarían...*: «frase figurada y familiar con que se pondera la obcecación de una persona» (Fernández Martín, I, 482).

SEGUNDA PARTE

LIBRO IV

CAPÍTULO I

DONDE SE PONDRÁ LO QUE IRÁ SALIENDO
Y VERÁ EL CURIOSO LECTOR

PUES, como íbamos diciendo de nuestro cuento, yendo días y viniendo días, el bendito entre todos los benditos de nuestro fray Gerundio quedó tan satisfecho de su trabajo con la arenga panegírica y apologética a favor de su plática de disciplinantes que le hizo el susodicho teologuillo, con los aplausos de la escuela moza y con la gritería de la griega,[1] que por poco no tuvo al maestro Prudencio por hombre que había perdido el seso. Pero a lo menos, pareciéndole que le hacía mucha merced, hizo juicio firme y valedero de que ya estaba algo chocho, y propuso en su corazón no hacer caso de nada que le dijese. Y aun se adelanta un autor a sospechar que hizo propósito oculto de huir el cuerpo al viejo todo cuanto le fuese posible, bien que esto no lo asegura como noticia cierta, y solamente lo da por conjetura fundada en unos apuntamientos de letra muy gastada que se hallaron en el hondón de un cojín. Y el diablo, que no dormía, para remachar el clavo de su sandez, dispuso que algunos días después recibiese una carta de su íntimo amigo fray Blas, escrita desde Jacarilla, la cual decía así:

1. *griega*: «la [escuela] griega significa por antífrasis, los hermanos laicos, donados, etc., los más ignorantes de todos, y los que no comprendían ni el latín. Un chiste corriente en los conventos. (Nota del traductor inglés.)» (Sebold, III, 3).

2. «Amigo fray Gerundio: Doyte mil abrazos con el corazón, ya que no puedo con la boca. En toda esta tierra no se habla más que de tu famosa plática de disciplinantes. Fray Roque, el refitolero, me escribe maravillas, y el sacristán de Gordoncillo, que te oyó y ha venido aquí a concertar un esquilón, comienza y no acaba. Ambos tienen voto, o yo soy un porro. Mosén Guillén, que es el señor cura de este lugar y tiene en la uña al *Teatro de los dioses,* desea un traslado de ella y dice que la ha de hacer imprimir, aunque sepa vender el macho falso que compró en la feria del botiguero.[2] Envíamele por el portador, que es el barbero de este pueblo, persona segura y de mi estimación. A él me remito sobre mi sermón de Santa Orosia, pues no parece bien que yo me alabe; y sábete que tiene tan buena tijera para cortar un sermón como para igualar un cerquillo. Sólo te digo que además de la limosna del mayordomo, que no es maleja, me ha valido ya dos borregos y docena y media de chorizos; que de todo se sirve Dios, que te guarde muchos años. Tu amigo hasta la muerte, a pesar de cazcarrientos,

F. BLASIUS.»

3. Cuando fray Gerundio se halló con que le pedían su plática allá de luengas tierras, pues para su geografía ocho leguas de distancia era la mitad del mundo, cuando consideró que se la pedían no menos que para imprimirla y se vio en vísperas de ser autor de la noche a la mañana, y esto sobre ser hombre en cuyo elogio y aplauso incontinenti se escribían y se divulgaban sonetos, se tuvo en su corazón por el mayor predicador que habían conocido los siglos. Y no sólo se confirmó en la estrafalaria idea de predicar que ya se había formado, sino que con el tiempo fue salpicando todas las más ridículas y más extravagantes, como se verá en el discurso de esta puntual historia.

4. Pero ves aquí que en el mismo zaguán de la segunda parte de ella, parece hemos dado un trompicón, que a buen librar harto será que escapemos sanas las narices.

2. *botiguero*: «mercader de puerta abierta» *(DA).*

¿Es posible –dirá un lector que las tenga de podenco–, es posible que habiendo oído la famosa plática Antón Zotes de Catanla Rebollo, su mujer, habiendo sido testigos de los aplausos y de los vítores con que fue celebrada, habiendo visto por sus mismos ojos el prodigioso fruto que hizo en la valentía con que arrojaron las capas los penitentes de sangre, y en el denuedo con que manejaron unos el ramal y otros la pelotilla, que habiendo recibido ellos tantos plácemes, tantos parabienes, tantas bendiciones, así en la iglesia, como fuera de ella, es posible, vuelvo a decir tercera vez, que no tuvieran siquiera una enhorabuena que llegar a la boca para dársela a su hijo? ¿Se hace verisímil que, ya que no fuese aquella noche por ser ya tarde y por dejarle descansar, a lo menos la mañana siguiente muy de madrugada no fuesen a la iglesia del convento o a la portería, y que allí Antón Zotes no diese cien abrazos a su hijo, y la tía Catanla no añadiese de más a más otros tantos besos, aforrados en lágrimas y mocos, todos de purísima ternura? ¿Se hace creíble tanta sequedad y tanto despego? Y si esto no fue así, sino que con efecto los buenos de los padres de fray Gerundio hicieron con su hijo todas estas demostraciones de cariño, dándole las debidas señas de su complacencia y de su gozo, ¿con qué conciencia pasa en silencio el historiador una circunstancia tan substancial, que tanto puede servir para el aliento y aun para la edificación?

5. A esto pudiéramos responder muchas cosas, pero las dejamos todas por no ser prolijos.

6. Y confesando de buena fe que todo pasó así ni más ni menos, añadimos, en consecuencia de la verdad y de la fidelidad que profesamos, que no solamente hubo dichos mocos, lágrimas, besos y abrazos, sino que Antón Zotes, en presencia del prelado y de otros padres graves que habían bajado a cortejarle a él y a su mujer, dijo a fray Gerundio:

–Ya te unvié a escribir como m'habían echado la mayordomía del Sacramento, pero entonces no te unvié a decir que me perdicases tú el sermón, porque como no t'había uído perdicar, no quería ponerme a que quedásemos envergonzados. Ahora que te he uído, dígote que me

l'has de perdicar con la bendición de su reverencia, nuestro reverendísimo padre.

No pudo negarse el prelado a concederla, aunque del escapulario adentro no le dio mucho gusto, porque como a hombre serio y de razón le había desazonado la plática. Pero, ¿qué había de hacer en aquella coyuntura, y con unos hermanos tan devotos de la Orden, que hacían al convento toda la limosna que podían? Al fin sacáronlos unas tortillas, chanfaina, queso y aceitunas. Almorzaron muy bien, sirviéndoles el almuerzo de comida, y se volvieron a Campazas, no viendo la tierra que pisaban ni las horas de Dios por llegar al lugar, para contar al licenciado Quijano y a toda la parentela lo que habían visto por sus ojos, oído con sus oídos y palpado con sus manos.

7. Dejemos ir en buena hora a los dos dichosísimos consortes, en buena paz y compañía, mientras nosotros nos volvemos a nuestro fray Gerundio, que desde el mismo punto y momento en que le echó su padre el sermón del Sacramento, no pensaba de día, ni de noche soñaba en otra cosa que en el modo [de] cómo había de desempeñarle. Hacíase cargo de todas las circunstancias, que le ponían en el mayor empeño: primer sermón que predicaba en público, porque a la plática de disciplinantes no la calificaba de sermón; predicarle en su lugar y en la misma parroquia donde le habían bautizado, porque no había otra; ser mayordomo su padre; cantar la misa, como lo daba por supuesto, el licenciado Quijano, su padrino; los danzantes de la procesión, el auto sacramental que siempre se representaba, los novillos que se corrían, las dos o tres docenas de cohetes que se arrojaban, y la hoguera que se encendía la víspera de la fiesta. Todo esto se le ofrecía continuamente a la imaginación como punto céntrico y principal de su empeño, pareciéndole, no sólo que era indispensable el hacerse cargo de todo ello, sino que en esto sólo estribaba toda la dificultad; pues por lo que tocaba al asunto de Sacramento, en cualquiera sermonario encontraría campo abundante donde forrajear.

8. Es cierto que no le habían olvidado las juiciosas reflexiones que había oído al maestro fray Prudencio contra la ridícula y extravagante costumbre de tocar en los

sermones estas que se llaman *curcunstancias*. También es cierto que tenía muy presente la salutación del sermón de la Purificación en día de San Blas, que el mismo maestro Prudencio había leído al predicador mayor y a él, en que con gravedad y no sin gracia se hace ridícula esta costumbre, convenciéndola de tal con razones que no admiten réplica. Pero también es igualmente cierto que se le imprimió altamente la salida de su amigote el predicador fray Blas, la cual se redujo a aquel apotegma que puede hacerse lugar entre los principios de Maquiavelo: *Sentire cum paucis, vivere cum multis* («Sentir con los pocos, y obrar con los muchos»). Y aun por su desgracia había leído en aquellos días, no se sabe dónde, el dicho que comúnmente se atribuye a nuestro insigne poeta Lope de Vega; y harto será que no sea un falso testimonio, porque no cabe que un hombre de tanto juicio y de tanta discreción dijese una truhanada tan insulsa; pero al fin ello se cuenta que reconociendo él mismo los defectos de sus comedias, los excusa diciendo que los conoce y los confiesa, mas que con todo eso las compone así, porque las buenas se silban y las malas se celebran.[3] Esto le hacía más fuerza que todo a fray Gerundio, y resolvió por última determinación no omitir circunstancia alguna de las insinuadas, aunque lloviesen fray Prudencios.

9. Sólo dudó por algún tiempo si para hacerse cargo de ellas acudiría por socorro a las fábulas, o apelaría a algunos textos y pasajes de la Sagrada Escritura; porque de todo había visto en los más famosos predicadores. Algo más se inclinaba a lo primero por llevarle hacia allí su genio, ayudado del ejemplo de fray Blas y de la continua lectura del *Florilogio*. Pero como estaba tan reciente la fuerte repasata que le había dado el padre maestro contra el uso o contra el abuso de la fábula en la seria majestad del púlpito, no pudiendo sobre todo borrar de la memoria aquello que le había oído de que esto era especie de sacrilegio (expresión que le había estremecido, porque al

3. Isla alude en estas líneas a diferentes pasajes del *Arte nuevo...*, suficientemente conocidos, en los que Lope defiende su forma de hacer teatro.

fin no dejaba de ser hombre timorato a su modo), por esta vez, y sin perjuicio hasta que examinase bien el punto, se determinó a buscar en la Sagrada Escritura acomodo honrado para todas las susodichas circunstancias.

10. Hallóle fácilmente donde le encuentran todos, que es en las *Concordancias de la Biblia,* sin más trabajo que ir a buscar por el abecedario la palabra latina que corresponde a la castellana para la cual se desea algún texto, y aplicar cualquiera de los muchos que hay en la Escritura, casi para cada una de cuantas voces se pueden ofrecer. En menos de una hora dispuso los apuntamientos siguientes:

11. «Primera circunstancia: Primer sermón que predico. Viene clavado aquello de *Primum quidem sermonem feci, o Theophile.*[4] Segunda: Predícole en mi lugar, que se llama Campazas. Para ésta viene como nacido aquel texto: *Descendit Jesus in loco campestri.*[5] Tercera: Predico en la parroquia donde me bautizaron y se llamaba Juan el que me bautizó. ¿Qué cosa más propia que aquello de *Joannes quidem baptizavit in aqua, ego autem in aqua et Spiritu Sancto*? [6] Cuarta: Es mayordomo mi padre: *In Domo Patris mei mansiones multae sunt.*[7] También mi padre es labrador: *Pater meus agricola est.*[8] Llámase Antón Zotes; y el arca del Testamento, figura del Sacramento, anduvo por el país de los azotes, o de los azotios: *Abiit in Azotum.*[9] Quinta: Echóme el sermón mi padre, el cual está vivo y sano: *Et misit me vivens Pater.*[10] Cantará la misa mi padrino...»

12. Aquí se halló un poco atascado, porque habiendo revuelto cuantas concordancias se hallaban en su celda, conviene a saber, las antiquísimas de Hugo Cardenal, las de Halberstadt, las de Harlodo, las de Roberto Esteban y, por última apelación, las de Zamora, no encontró la pala-

4. Hechos de los Apóstoles, I, 1.
5. San Lucas, VI, 17.
6. Hechos de los Apóstoles, I, 5.
7. San Juan, XIV, 2: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas.»
8. San Juan, XV, 1.
9. Libro I de los Macabeos, X, 78.
10. San Juan, VI, 58: «Y me envió el Padre que vive.»

bra *padrino* en todas ellas. Y ya desesperado, estaba resuelto a acudir al *Theatrum vitae humanae,*[11] o a cualquiera poliantea por algún padrino de socorro y aun en caso necesario valerse del *Tu es patronus, tu parens* de Terencio, en el *Heautontimorumenos,*[12] cuando su dicha le deparó el texto más oportuno del mundo. Tropezó, pues, con aquello que se lee en el verso 14 de capítulo 16 de la Epístola de San Pablo a los Romanos: *Salutate Patrobam.*[13] Y pasando luego a leer el capítulo, encontró en él un tesoro porque casi todo el referido capítulo se reduce a las memorias, hablando a nuestro modo, que el apóstol encargaba se diesen de su parte a todos los cristianos que se hallaban en Roma y eran de su especial cariño, o por su mayor favor, o por algún beneficio particular que habían hecho a la Iglesia, o porque se habían esmerado más en favorecer y en amar al mismo apóstol. A todos los va nombrando por sus nombres, y en el versículo 14 nombra entre otros a Patroba.

13. —*Teneo te, terra* —dijo entonces fray Gerundio, más alegre que si hubiera hallado una mina—. De *Patroba* a *padrino* no va un canto de un real de a ocho de diferencia, y con decir que el padrino antiguamente se llamaba Patroba, y que corrompido el vocablo se llamó después padrino, está todo ajustado. Si alguno me replicare (que él se guardará bien de eso), le responderé que con mayores corrupciones que ésta nos tienen apestados los etimologistas, y trampa adelante. Pues ahí, es decir que nc dará golpe el *Salutate Patrobam,* haciendo reflexión sobre el *salutate,* diciendo que hasta el Apóstol se acordaba del padrino en la salutación.

14. Bien quisiera él encontrar también algún textecillo oportuno para encajar el apellido Quijano, no dejando de conocer que ése sería el *non plus ultra* del chiste y del ingenio; porque el texto de padrino en general se podía

11. *Magnum Theatrum vitae humanae,* Londres, 1656, su autor Laurentius Beyerlinck.
12. Estas frases no están en el *Heautontimorumenos,* sino en los *Adelphi* (Sebold, III, 11).
13. «Saludad a Patrobas.»

aplicar a cualquiera pastor que sacase de pila a un hijo de Juan Borrego. Pero túvolo por caso desesperado. No obstante, después de haber andado batallando largo tiempo en su imaginación sin ofrecérsele cosa que le cuadrase, le ocurrió el pensamiento más disparatado que se podía ofrecer a un hombre mortal.

15. —*Quijano* —se decía él a sí mismo— sale de *quijada*. Esto no admite duda. Pues ahora, de las quijadas se dicen cosas grandiosas en la Sagrada Escritura; porque dejando a un lado si Caín mató o no mató a su hermano Abel con la quijada de un burro, que esta circunstancia no consta, a lo menos de la Vulgata, y aunque constara no podría yo ajustarla bien para mi cuento; pero consta ciertamente que Sansón, con la quijada de un asno, quitó la vida a mil filisteos; consta que habiendo quedado muy fatigado de la matanza, y estando pereciendo de sed, sin haber en todo aquel campo ni contorno una gota de agua con que poder aliviarla, hizo oración a Dios para que le socorriese en aquella extrema necesidad, y del diente molar de la quijada brotó un copioso chorro de agua cristalina, con que apagó la sed y se refociló Sansón. Consta, finalmente, que en memoria de este prodigio se llamó el lugar donde sucedió, y se llama el día de hoy, la Fuente del que invoca desde la quijada: *Idcirco appellatum est nomen loci illius, Fons invocantis de maxilla, usque in praesentem diem.*[14]

16. ¡Qué cosa más divina para mi asunto! Aquí tenemos una misteriosa quijada que con agua celestial y milagrosa da nuevo espíritu a Sansón y le restituye la vida, a lo menos se la conserva. El agua es símbolo del agua del bautismo, cuya virtud es milagrosa y celestial; y la quijada que la suministró, sombra muy propia del padrino que la administra, cuyo apellido de Quijano está haciendo clara alusión a aquel misterioso origen. Que la quijada fuese de un burro, o fuese de un racional, ése es chico pleito para la substancia del intento; y más cuando a cada paso leemos en la Sagrada Escritura que los brutos y las fieras simbolizan a los mayores hombres.

14. Jueces, XV, 19: «Por esto fue llamado aquel lugar, hasta el día de hoy, Fuente del que invoca desde la quijada.»

17. Ajustada tan felizmente esta circunstancia, por todas las demás se le daba un pito; pues para los danzantes tenía la danza de David delante del arca del Testamento, que sale en todas las danzas del Corpus.[15] Y si no quería echar mano de ésta por demasiadamente vulgar, tenía la danza de los de las melenas largas, como él lo construía, de la cual hace mención el profeta Isaías cuando dice: *Et pilosi saltabunt ibi*;[16] y más, que se acordaba muy bien de que los danzantes de su lugar siempre llevaban tendidas las melenas, cosa que los agraciaba infinitamente, y lo de *pilosi saltabunt* venía para ellos a pedir de boca.

18. Para el auto sacramental le pareció que podía acomodar todos los textos que hablaban de alguna figura del Sacramento; porque figura y representación, discurría él, todo es una misma cosa. Conque si tenemos representación y Sacramento, ¿qué nos falta ya para auto sacramental? Donde iba muy holgado y, a su parecer, literal, era en la circunstancia de los novillos; porque aunque fuesen menester cien textos diferentes para cien corridas, estaba pronto a sacarlos de la Escritura, aplicando todos los que hablan de vítulos.[17] Y si, como eran novillos, fueran toros, por lo menos para más de treinta corridas ya tenía previsión de textos. Los cohetes y las carretillas[18] que se disparaban, los encontraba él vivísimamente figurados en aquellos cuatro misteriosos animales que tiraban de la carroza de Ezequiel, los cuales iban y volvían por el aire *in similitudinem fulguris coruscantis*,[19] como unos rayos, como unos relámpagos y como unas exhalaciones. La hoguera no le daba maldito el cuidado, puesto que tenía en la Escritura más de cien hogueras a que calentarse, sin más trabajo que arrimarse a cualquiera de las que se encendían para consumir los holocaustos. Y si se le ponía en la cabeza hacer también circunstancia de los muchachos

15. En el Libro II de los Reyes, VI, 14.
16. Isaías, XIII, 21: «Y allí saltarán los peludos.»
17. *vitulos* es latinismo, becerro.
18. *carretillas*: «se llama también al cohete buscapiés» *(DA)*.
19. Ezequiel, I, 14.

que saltaban por la hoguera sin quemarse, ¿qué cosa más propia ni más natural que los tres muchachos del horno de Babilonia?[20]

19. Así acomodó en sus apuntamientos todas las circunstancias que le parecieron precisas y absolutamente indispensables; pero faltábale una que, aunque no todos los predicadores se hacían cargo de ella, a él no le sufría el corazón dejar de tocarla. Ésta era hacer alguna conmemoración de su querida madre; porque hacerla de su padre y de su padrino, y no hacerla de la madre que le parió y que le había tenido nueve meses en sus entrañas, se le representaba una dureza insoportable, y que no se componía bien con el tierno amor que le profesaba. Ya se ve que para hablar en general de madre, de hijo, de parir y de vientre, tenía los textos a millares. Pero él no se contentaba con esta generalidad, y quisiera un textecillo terminante y peladito, que hablase de su madre Catanla Rebollo, con sus pelos y señales.

20. Anduvo, tornó, volvió y revolvió por mucho tiempo así las *Concordancias* como los sesos, sin poder hallar cosa que le aquietase, hasta que al fin se le vino a la memoria el ingenioso medio de que se valió cierto predicador para salir de semejante aprieto. Llamábase María Rebenga la mayordoma de cierta cofradía de mujeres, en cuya fiesta predicaba; y no pudiendo encontrar en la Escritura texto que hablase expresamente de Rebenga, ¿qué hizo? Dijo que la Esposa había convidado al Esposo para su huerto con estas palabras: *Veniat dilectus meus in hortum*:[21] «Venga mi Amado a espaciarse por el huerto.» Y como se diese por desentendido al primer convite, le volvió a instar con las mismas voces: *Veniat dilectus meus in hortum*: «Venga a espaciarse por el huerto mi Querido.» Ahora noten: dos veces le dice que venga *(veniat, veniat)*, como quien dice *venga y revenga*. Con cuyo arbitrio salió el discreto predicador del empeño con el mayor lucimiento;

20. Alude a Daniel, III, 20-50. Son los tres jóvenes judíos que, arrojados al fuego por negarse a adorar la estatua que Nabucodonosor había erigido, no sufrieron el menor daño.
21. Cantar de los Cantares, V, 1.

y más cuando añadió que a la primera instancia en que la Esposa no le dijo más que *venga,* hizo como que no quería, pero cuando en la segunda oyó la palabra *revenga (veniat, veniat),* no pudo menos de rendirse.

21. A este modo le pareció a fray Gerundio que también él podría desempeñarse, haciendo reflexión a que el apellido *Rebollo* parece que suena dos veces *bollo;* y tuvo por imposible que no se hallase algo de *bollo* en la Biblia, en cuyo caso él se ingeniaría para la aplicación. Pero se quedó yerto cuando en toda ella no encontró siquiera un bollo que llegar a la boca; y pareciéndole que a lo menos alguna cosa de *repollo*[22] no podía faltar en alguno de tantos huertos de que se hace mención en los Sagrados Libros, ni aun esto pudo encontrar. Y aburrido ya, abandonó del todo el pensamiento de nombrar a su madre expresamente por el apellido; pero apuntó el texto de *Beatus venter qui te portavit, et ubera quae suxisti,* para aplicarle cuando se ofreciese buena ocasión.[23]

22. Dispuesto así el plan de la salutación, por el cuerpo del sermón se le daba un comino; pues en haciendo a Cristo en el Sacramento, o sol, o fénix, o águila, o jardín, o ametisto,[24] o piropo, o cítara, o clavicordio, o fuente, o canal, o río, o azucena, o clavel, o girasol, y después cargar bien de broza y de fajina,[25] textos, autoridades, glosas, varias lecciones, versos latinos, sentencias, apotegmas, alusiones, tal cual fabulilla apuntada, aunque no sea más que para mayor adorno, estaba seguro de componer un sermón que se pudiese dar a la imprenta.

23. En lo que estuvo un poco indeciso, fue en si seguiría o no seguiría el mismo estilo que había usado, así en el sermón del refectorio, como en el de la plática de disciplinantes. Es cierto que él estaba perdidamente enamorado de él; porque sobre adaptarse mucho a su prime-

22. *repollo*: «cierta especie de berza recogida y apretada» *(DA).*

23. San Lucas, XI, 27: «Bien aventurado el vientre que te llevó, y los pechos que te amamantaron.»

24. *ametisto,* como amatista.

25. *fajina*: «hablar mucho inútilmente metiendo bulla y mezclando cosas impertinentes» *(DA).*

ra educación, especialmente en la escuela del dómine Zancas-Largas, todas aquellas voces rumbosas, altisonantes y estrambóticas, le hallaba canonizado en la práctica de su héroe, el predicador fray Blas, y veía que en todo caso mucho le celebraba la turbamulta. No obstante, no dejaba de hacerle grandes cosquillas la burla que así el padre provincial como el maestro Prudencio habían hecho de tal estilo. Pero, sobre todo, lo que le hizo titubear más fue un papel que por rara casualidad llegó a sus manos, como lo dirá el capítulo siguiente.

CAPÍTULO II

LEE FRAY GERUNDIO UN PAPEL ACERCA DEL ESTILO, Y QUEDA ATURRULLADO

HABÍA muerto por aquellos días en el convento un padre predicador jubilado, hombre de mucha suposición en la Orden, que había seguido la carrera del púlpito con el mayor aplauso y, lo que es más, muy merecido; porque sobre ser un gran religioso, era verdaderamente sabio, elocuente, nervioso, de juicio muy asentado, de buen gusto y de acreditado celo. Su espolio (así se suelen llamar en las religiones aquellas alhajuelas que dejan los religiosos difuntos), su espolio casi todo él se reducía a sus sermones manuscritos, y a algunos otros papeles y apuntamientos concernientes por la mayor parte de la misma facultad. Y aunque en la comunidad hubo muchos golosos de ellos, especialmente de la gente moza que suele hacer su veranillo [26] en semejantes ocasiones, pero el prelado con mucho acuerdo y prudencia se los aplicó a fray Gerundio; lo primero, porque parecía más acreedor que otro alguno, hallándose al principio de la carrera; y, lo segundo y principal (que ésta fue en realidad la máxima del prudentísimo prelado), para que leyendo aquellos sermones y tomándoles el gusto, procurase imitarlos, y si no podía o no quería, a lo menos los predicase a la letra,

26. *veranillo*: cosecha.

lográndose en cualquiera de estos arbitrios que aprovechase sus talentos y no dijese en el púlpito tantos disparates.

2. Puntualmente se hallaba nuestro fray Gerundio batallando con sus dudas sobre el estilo que había de seguir en el sermón, cuando entró en su celda el prelado con los papeles y sermones del difunto. Entregóselos con cariño, recomendóle mucho su lectura y su imitación; y luego se retiró, porque le llamaban otras dependencias. Fray Gerundio, con su natural viveza y curiosidad, no pudo contenerse sin registrar luego los títulos de aquellos papeles y sermones, que venían todos repartidos en tres legajos. Desató el uno, y lo primero que encontró fue un cartapacio de pocas hojas con este epígrafe: *Apuntamientos sobre los vicios del estilo.* Pasmóse de aquella extraordinaria casualidad, comenzó a leer, y halló que decía así:

3. «Primer vicio: *Estilo hinchado.* Llámase así por analogía con aquella viciosa disposición del cuerpo viviente cuando, en lugar de carne y de suco nutricio, está ocupada alguna parte de él de una porción de pituita nociva, que causa el tumor o inflamación.[27] Consiste este estilo, dice Tulio, en inventar nuevas voces, o en usar de las anticuadas, o en aplicar mal en una parte las que se aplicarían bien en otra, o en explicarse con palabras más graves y majestuosas de lo que pide la materia.

4. »La hinchazón del estilo unas veces está en solas las palabras, otras en solo el estilo, y otras en todo junto. Ejemplos de hinchazón en las palabras: Dionisio el Tirano llamaba a las doncellas *expectanti viras,* las expectantes de varón; a la columna *Menecratem* o *validi potentem,* la forzuda. Y Alexarco, hermano de Casandro, rey de Macedonia, llamaba al gallo *manicinero,* el músico matutino; al barbero *dracma,* porque esta moneda se pagaba por afeitarse; al pregonero *choenice,* porque con la medida de este

27. *suco nutricio*: «humor de que se alimentan los cuerpos... comúnmente se dice jugo.» *pituita*: «especie de flema, que es un humor crudo, acuoso y excrementicio, engendrado y recogido en el cuerpo, natural o preternaturalmente: como los mocos» *(DA)*.

nombre se medían las cosas que se vendían al pregón. No cabe mayor ridiculez.

5. »Ejemplos de hinchazón en el sentido: Séneca, en la tragedia de *Hércules Eteo,* le introduce pidiendo el cielo a su padre Júpiter con estas fantuosísimas palabras:

Quid tamen nectis moras?
Numquid timemur? Numquid impositum sibi
Non poterit Atlas ferre cum caelo Herculem?

Quiere decir: «¿Qué detención es ésa? ¡Qué! ¿Me temes? O si yo subo a él, ¿tienes recelo de que Atlante no pueda con el cielo?» Parece que no es posible pensamiento más hinchado, pero todavía lo es más el que se sigue:

Da tuendos, Jupiter, saltem Deos;
Illa licebit fulmen a parte auferas,
Ego quam tuebor.

No es más que decirle:

A lo menos, o Júpiter, permite
que amparar a los dioses solicite,
y para los que tomare a mi cuidado
sobran tus rayos, bástales mi lado.

De esto hay infinito en los poetas y oradores castellanos.[28]

6. »Ejemplos del estilo hinchado en las palabras y en el sentido: El poeta Nono [29] hace decir al gigante Tifón lo que se sigue: «No pararé hasta montar a caballo sobre mi hermano el cielo; pero en llegando allá, tengo de fabricar otro cielo ocho veces más grande que el antiguo, porque en éste no quepo yo. Asimismo he de hacer que se casen las estrellas, para que sea más numerosa la po-

28. Versos que corresponden al acto I, esc. I, de *Hércules en el Eta, Tragedias,* II, ed. J. Luque Moreno, Madrid, Gredos, 1980.

29. Nono, poeta griego del siglo IV considerado el más importante de la época del helenismo, autor de unas *Dionisíacas.* Tifón es variante de Tifeo, jefe de los Gigantes.

blación de los astros. A Mercurio le he de poner en un cepo, y a la luna la recibiré por moza de cámara para que haga las camas. Cuando me quiera lavar, mandaré que me echen en una palangana todo el Erídano celestial, etc.» Cada pensamiento es una locura, y cada expresión una arrogancia.

7. »Segundo vicio: *Estilo cacocelo*...[30]

Algo se sorprendió fray Gerundio cuando leyó esta expresión, que le pareció malsonante y *piarum narium*[31] ofensiva; pero luego se sosegó con la explicación que se seguía en esta conformidad:

8. »Llámase estilo *cacocelo* aquel estilo afectado que consiste en imitar mal las palabras o los pensamientos del otro, de manera que las que en una parte están en su lugar y tienen alma, en otra no pueden estar más dislocadas ni ser más frías. Ejemplos: Pintó Parrasio[32] a un muchacho con un canastillo de uvas, tan vivas éstas y tan naturales, que engañados los pájaros bajaban a picarlas. Celebróse mucho esta pintura; y el mismo Parrasio, o por modestia verdadera, o por hacer burla de los que la celebraban, notándolos de poco inteligentes, dijo que la pintura no podía estar peor; porque aunque las uvas fuesen verdaderas, si el muchacho estuviese bien pintado, no se arrimarían los pájaros a ellas.

9. »Leyó un retórico pedante llamado Spiridion este hecho y este dicho; y ofreciéndosele celebrar otra pintura del mismo Parrasio, colocada en el templo de Minerva, en la cual se representaba el cuerpo de Prometeo en el monte Cáucaso, continuamente despedazado de un buitre y continuamente reproducido, para que le estuviese perpetuamente despedazando, después de muchas ponderaciones sobre la horrible propiedad de la pintura, dijo por última exageración, queriendo imitar la de las uvas, que hasta en el mismo templo bajaban los buitres a en-

30. *cacocelo*, transcripción de la palabra latina *cacozelus*: imitador de mal gusto.

31. *piarium narium*: narices virtuosas, pías.

32. Parrasio, pintor enemigo de Zeuxis, que fue quien realmente pintó el cuadro con las uvas.

carnizarse en el retrato. Riéronse con razón los oyentes de un remedo tan frío como impropio; porque los buitres no son como las golondrinas, los murciélagos y las lechuzas, que saben muy bien lo que pasa en los templos. Aquéllos sólo pueden dar noticia de lo que sucede en los montes y en los peñascos.

10. »Otro ejemplo: Dio principio un célebre orador al sermón de honras de Felipe IV con esta enfática expresión: «Conque, en fin, ¡hasta los reyes mueren!» Y paróse un poco, dando lugar a que el auditorio reflexionase sobre ella. Fue sumamente aplaudida la naturalidad y la elevación de este misterioso principio. Pocos días después pronunció la oración fúnebre del capiscol[33] de cierta iglesia, un predicadorcillo; y queriendo remedar lo que había oído aplaudir, comenzó de esta manera: «Conque, en fin, ¡hasta los capiscoles mueren!» Fueron tales las carcajadas del auditorio, que el orador no pudo proseguir más adelante; y los que comenzaron honras acabaron entremés.

11. »Tercer vicio: *Estilo frío*. Es en parte parecido al *cacocelo* o al remedador; pero se diferencia en que el frío principalmente consiste en pensamientos nuevos, extraños, peregrinos y, cuando se llegan a apurar, insulsos. Tal fue el de Hegesias, insulsísimo sofista, en el panegírico de Alejandro, cuando dijo que se había abrasado el celebérrimo templo de Diana en Éfeso, al mismo tiempo que Olimpias estaba pariendo a aquel príncipe; porque ocupada la diosa en asistir a este parto, no pudo acudir a apagar el fuego de su templo. Pensamiento tan frío, añade Plutarco, que él sólo bastaba para apagar el fuego: *Huius epiphonematis tantum est frigus, ut id ipsum ad Ephesii templi incendium restinguendum satis validum fuisse videatur.*[34]

12. »A esta frialdad de estilo están muy expuestos aquellos predicadores que se entregan inmoderadamente al sentido alegórico de la Sagrada Escritura. Usado este sentido con economía, con elección y con prudencia, como

33. *capiscol*: «el que gobierna el canto en las iglesias catedrales, que hoy comúnmente se llama chantre» *(DA)*.

34. Pasaje de Plutarco, *Vida de Alejandro*, V. Hegesias de Magnesia escribió una historia de Alejandro de la que sólo quedan fragmentos.

le usaron los Santos Padres, es ameno, oportuno y provechoso. Pero en practicándole con exceso y a pasto, no hay cosa más fría, que más fastidie, ni que menos se pegue. ¿Quién podrá, por ejemplo, tolerar que perpetuamente le anden predicando estas o semejantes interpretaciones: «El pórtico de Salomón es la conversación de Cristo; la estrella Arcturo es la ley; las Pléyades, la gracia del nuevo Testamento; las luces, los consejos de los Santos Padres; las grullas, los padres espirituales; el céfiro, los predicadores de la ley evangélica; la perdiz, el diablo; y los cínifes, los lógicos o los sofistas»? Pasen en buen hora todas esas alegorías. Pero, ¿quién no se empalaga, cuando le llenan las orejas de ellas?

13. »Cuarto vicio: *Estilo pueril.* Consiste éste en una suavidad sin jugo, en una dulzura empalagosa, en unas palabras y expresiones afeminadas, en retruecanillos sin substancia, en juegos o en paloteados de voces, en equivoquillos, en ternuras afectadas, en alusiones cariñosas, en ciertas figurillas alegres y floridas, en pinturillas teatrales y, finalmente, en todo lo que suena a estilo cadencioso o clausulado. Por lo regular sólo usan de este estilo los entendimientos aniñados, o los que están poseídos de la loca pasión del amor; porque acostumbrados a leer en los romancistas requiebros, ternuras, halagos, rosas, azucenas y claveles, y hechizados de los conceptillos que lisonjean su pasión, juzgan que no hay cosa mayor ni más divina. De este principio nacieron aquellos versos que compuso el emperador Adriano dirigidos a su alma, como quieren unos, o a la del joven Antínoo, de quien estaba extremadamente enamorado, como quieren otros:

Animula vagula, blandula,
Hospes comesque corporis,
Quae nunc abibis in loca
Pallidula, rigida, nudula,
Nec, ut soles, dabis jocos![35]

35. «Alma pequeña, vaga, blanda, / compañera y huésped del cuerpo, / que ahora te alejas, / pálida, helada, desnuda, / ya no harás bromas como solías.»

14. »Vaya una pintura en el mismo estilo pueril, copiada a la letra de cierto sermón que anda impreso: «Quiere el águila, hidrópica de luz, beber al planeta más propicio la impetuosa corriente de su raudal fogoso; navega por el mar del viento, sirviendo de seguros remos la ligereza de sus alas; nunca vuelve los ojos al suelo, porque siempre los tiene fijos en el flamante globo. Si dejó amenidades de los vergeles, domina campos azules; si la tierra con verdores la lisonjea, el sol con benévolas influencias la halaga. Lleva pendiente de su pico, o prisionera en la estrecha cárcel de sus garras, a su prole hermosa y tierna; mírala con desvelo, atiéndela con cuidado, registra sus ojos, repara sus movimientos. Pero sin ella, o embriagada de luces o ciega de resplandores, vuelve el rostro, encorva el cuello, o pestañean sus dos pequeños orbes, declinando en cobardes timideces, la despeña con ira, la precipita con rabia; y arrojándola de las nubes, la destina para pasto de crueles voracidades. Mas, si amante de aquella mayor antorcha, alada Clicia de su incesante carrera, enamorada de su esplendor, apasionada de su brillantez, conserva estable la vista, aguantando el tropel de tantas llamas, en plácidos ademanes la expresa más intensos sus amores, siendo prueba de su legítima filiación el simpático afecto a la claridad.» Pintura pueril, donde no se encuentra ni un solo pensamiento masculino, ni un solo concepto nervioso y varonil, reduciéndose toda ella a figurillas comunes y a metáforas vulgares; porque en quitando aquello de llamar al sol «el planeta más propicio» o la «mayor antorcha», a sus rayos «corriente de raudal fogoso», al cielo «flamante globo», a los ojos «dos pequeños orbes», no queda más fuego ni más substancia que clausulillas cortadas, antítesis ridículas y repetición de frases para explicar un mismo concepto. Y cuando el autor dijo que «si el águila dejó amenidades de los vergeles, domina campos azules», debió sin duda de pensar que las águilas anidan en jardines y en florestas, como los ruiseñores y canarios; porque si supiera que las águilas tienen siempre su nido en los sitios más horrorosos de la naturaleza, buscando unas veces la cima y otras el hueco de algún peñasco escarpado, no diría el disparate de que «de-

jaba amenidades de los vergeles», y hubiera buscado otro antítesis más propio para acompañar a su dominación sobre los «campos azules».

15. «Quinto vicio: *Estilo parentirso*.[36] Llámase así aquel modo de predicar descompuesto, desentonado y furioso, en que el predicador más parece un orate que un orador: todo gritos, todo exclamaciones, todo ponderaciones intolerables, todo gestos, todo contorsiones del cuerpo, todo movimientos convulsivos, y todo figuras magníficas y grandiosas para explicar las cosas más bajas y más ridículas. Dase con mucha propiedad el nombre de *parentirso* a este estilo por alusión al tirso, o garrote nudoso cubierto de hojas, que se usaba en las fiestas bacanales, con el cual se sacudían de garrotazos unos a otros los que las celebraban, como si estuvieran locos; porque, en realidad, no hay cosa que más descalabre, ni que más rompa la cabeza, que este estilo o este modo de predicar.

16. »No es menester citar ejemplos para conocer este estilo; porque bien frecuentes los tenemos a la vista, especialmente en sermones de Cuaresma, que llaman de misión cuando los predican ciertos predicadores bisoños, llenos de celo, pero faltos de experiencia y no sobrados de juicio. Suélense reducir sus sermones a pasmarotas, a interrogaciones impertinentes, a exclamaciones importunas, a voces descompasadas y a una continua agitación del cuerpo, tan violenta, que al acabar el sermón quedan más quebrantados y más molidos que si hubieran estado cavando todo el día. Y mientras ellos se retiran muy satisfechos de su trabajo, la mayor parte del auditorio se va riendo de su bobería, o compadeciéndose de su locura.

17. »Suelen éstos en el discurso del sermón llorar, encenderse, enojarse, irritarse, invocar al cielo y a la tierra lo más importunamente del mundo; y lo más gracioso es que cuando dicen las cosas más comunes o más frías, pareciéndoles que tienen ya al auditorio conmovido, dicen con la mayor satisfacción: «Pero ya veo que se os despedazan las entrañas, ya veo que se os parte el corazón, ya veo que corren hasta el suelo vuestra lágrimas.» Y lo que

36. *parentirso*: del griego *parenthyrsus*, «afectación estilística».

hay en el caso es que mientras tanto, los oyentes están con los ojos muy enjutos, con el corazón entero y con las entrañas frescas y sanas, salvo que se les despedacen de risa.

18. »Sexto vicio: *Estilo escolástico.* Incúrrese de varias maneras: o cuando el sermón más parece una disputa que una oración por las pruebas, por la confirmación, por los argumentos, por las respuestas y por las réplicas; o cuando en el discurso de él, aunque por lo demás tenga mucho de aire oratorio, se introducen frecuentemente silogismos formales con su mayor, menor y consecuencia; o cuando se citan, con exceso y con afectación de sabios, puntos controvertidos en la escuela, con aquello de *dicen los filósofos, enseñan los teólogos, sabe el maestro,* etc. Incurren por lo común en este vicio tres géneros de gentes: los predicadores demasiadamente mozos, que aún están, como se dice, con el vade en la cinta;[37] los demasiadamente viejos, encanecidos en las aulas y en las universidades; y aquellos, así viejos como mozos, que por su profesión o instituto no pueden lucir sus estudios escolásticos en teatros públicos destinados para eso, y escogen el púlpito para hacer importuna ostentación de ellos.

19. »También se llama estilo escolástico el de aquellos oradores tan supersticiosamente aligados a las leyes y reglas de la oratoria, que antes quebrantaran todos los preceptos del Decálogo, que faltar al más mínimo canon de la retórica. Éstos tienen gran cuidado de que todo el artificio se descubra de par en par: el exordio, la proposición, la división, las pruebas, la exornación, el epílogo; y de ir midiendo las figuras como con un compás, distribuyéndolas y repartiéndolas en sus cajoncillos y cuadrados, como tablero de damas. No hay cosa más insufrible ni más fastidiosa que una composición tan arreglada. Hasta el gesto y el tono de la voz, el movimiento del cuerpo y las acciones de las manos, ponen el mayor estudio en que salgan a nivel. Con mucha gracia se burlaba de ellos Demóstenes, cuando decía que no creía pendiese la fortuna

37. *con el vade en la cinta*: con el cartapacio en la cintura, que aún son novatos o primerizos en el arte de predicar.

de la Grecia de que la mano se moviese hacia aquí ni hacia allí: *Fortunas Graeciae ex eo non pendere an manum in hanc aut in illam partem inflexeris.* Éste es aquel estilo que por otro nombre se llama también pedantesco.

20. »Séptimo vicio: *Estilo poético.* Dice Teofrasto,[38] y ya convienen todos en ello, que es sumamente útil al orador ejercitarse en la lectura de los mejores poetas, especialmente cómicos y trágicos; y aun añade Dionisio Halicarnaseo que no puede ser perfecta una oración si no es muy parecida a un buen poema.

21. »La verdadera inteligencia de esta regla, que también la adoptan Cicerón y Quintiliano, es la que dan ellos mismos. Dice Cicerón que el orador ha de aprehender del poeta a hablar con número y con medida, pero no con aquella medida que hace el verso; porque éste es vicio de la oración, *nam id quidem orationis est vitium,* sino con aquella medida que causa en los oídos cierta armonía llena y numerosa, siendo cierto que es numeroso[39] todo lo que suena bien. Por eso dijo un discreto que para hacer buena prosa era menester tener buena oreja.

22. »Quintiliano explica más la materia; y dice que el orador debe aprehender del poeta la elevación del concepto, la viveza de la expresión, el imperio y la moción de los afectos, la propiedad y el decoro de las personas. Pero advierte que no ha de pasar de aquí, y que no debe imitar al poeta ni en la arrogancia y libertad de las palabras, ni en la licencia de las figuras, ni en la forzosa medida de los pies: *Meminerimus tamen non per omnia poetas oratori esse sequendos, nec libertate verborum, nec licentia figurarum, nec pedum necessitate.*

23. »Por no entender bien esta regla o por entenderla al revés, han caído tantos historiadores y tantos oradores en el intolerable vicio del estilo poético, tomando de los poetas lo que debieran huir, y huyendo de lo que debieran tomar: de la sublimidad del pensamiento, de la va-

38. *Teofrasto,* sucesor de Aristóteles en la dirección del Liceo. Escribió unos *Caracteres* y dos tratados sobre plantas.

39. *numeroso*: «vale también armonioso, o lo que tiene proporción, cadencia o medida» *(DA).*

lentía y majestad de la expresión y del divino fuego con que inflaman los afectos, nada absolutamente; pero de sus entusiasmos, de sus frases floridas y pomposas, de sus figuras arrebatadas y de las medidas de sus pies, absolutamente todo, sin faltarles más que las rimas o los consonantes.

24. »Quién ha de tener paciencia para oír a un orador sagrado que desde toda la grave majestad del púlpito pinta a un león de esta manera: «Mirad ese coronado monstruo de la selva, dominante terror de la campaña; atended cómo eriza la melena, cómo afila el acero tajante de las uñas, cómo furioso acomete, cómo estremeciendo ruge.» *Da pedes, et fient carmina.* No le faltan más que los pies para ser verso, pero ni aun los pies le faltan; porque aquello de «coronado monstruo de la selva, dominante terror de la campaña, atended cómo eriza la melena», son tres pies cabales de verso heroico y lo otro de «cómo furioso acomete, cómo estremeciendo ruge», son dos pies muy ajustados de verso lírico.

25. «Amiano, Enodio y Sidonio Apolinar [40] fueron los que introdujeron esta peste, y con ella inficionaron las cuatro partes del mundo. Para decir Amiano que una injusta y cruel guerra abrasó a toda la ciudad, se explica con estas poéticas frases: *Cumque primum aurora surgeret, universa quae videre poteram armis stellantibus coruscabant ac ferreus equitatus campos opplebat et calles... saeviens per urbem aeternam urebat cuncta Bellona, ex primordiis minimis ad clades ducta luctuosas, quae obliterasset utinam juge silentium:* «Apenas la aurora había dejado el lecho, y pude con su luz descubrir lo que pasaba, cuando vi que toda la campiña resplandecía con las armas centellantes, y que la caballería cubierta de hierro acerado llenaba campos y calles... Belona, cruelmente enfurecida, todo lo reducía a pavesas

40. Amiano Marcelino (s. IV), autor de los *Rerum gestarum libri XXXI*, de estilo afectado, pero fidedignos por haber tomado parte el autor en las campañas que describe. Magno Félix Enodio, san Enodio, uno de los Padres de la Iglesia, vivió a caballo de los siglos V y VI. Sidonio Cayo Solio Apolinar (430-472) escribió panegíricos de hombres ilustres de su época, fue prefecto de Roma.

en aquella ciudad interminable, pasando de los menores daños a estragos tan lastimosos, que ojalá los hubiera borrado de la memoria el silencio o el olvido.»

26. Pero esto no tiene comparación con la pintura que hace del suelo helado y resbaladizo en tiempos de invierno: *Hieme vero humus crustata frigoribus et tanquam levigata ideoque labilis incessum precipitantem impellit, et patulae valles per spatia plana glacie perfidae vorant nonnumquam transeuntes:* «Encostrada en invierno la tierra al rigor de fríos y de escarchas, pasa de desigual y consistente a lisa y resbaladiza; y así impele con violencia al que quiere caminar con paso precipitado, de manera que ofreciéndose a la vista los valles más espaciosos, tal vez tan llenos de perfidia como de hielo, se tragan al mismo caminante.»

27. »No se traen más ejemplos del estilo poético; porque no hay cosa más de sobra en los libros, ni apenas se oye otro en los púlpitos, con tanto dolor de los celosos como risa de los verdaderos críticos.

28. »Octavo vicio: *Estilo metafórico y alegórico.* Tiene mucho parentesco con el poético en lo hinchado de las frases; y sólo se diferencia de él en que éste huye de aquellas voces proprias y naturales que se inventaron para la sencilla explicación de las cosas, y busca estudiosamente las que solamente significan los conceptos por alguna semejanza o analogía. La metáfora se puede ejercitar en una sola palabra, como cuando de un hombre fiero se dice que *es un león,* o de un empedernido que *es una piedra, es un mármol.* La alegoría se ha de seguir o continuar en una o en muchas cláusulas, sin perderla de vista ni abandonarla hasta que llegue a hacer completo y perfecto sentido de la oración, como cuando decimos que *Embarcada el alma en la nave del cuerpo, se hace a la vela por el mar de este mundo; y surcando piélagos de miserias entre borrascas de contradicciones, escollos de fortunas peligrosas y bajíos de adversidades, ya zozobra, ya naufraga, hasta que soplando el viento favorable de la gracia, llega feliz al puerto de salvamento.*

29. »No se puede negar que así la metáfora como la alegoría, usadas con oportunidad y con moderación, dan mucha gala al estilo, le ennoblecen y le elevan Pero, ¿quién podrá tolerar una oración o un libro entero escri

to todo él en este estilo? Sólo el gusto gótico,[41] que estragó todas las ciencias y las artes, pudo hallar gracia en esta frialdad; y solamente aquellos que llamaban *el hierro de Cicerón* a la divina elocuencia de este hombre incomparable, podían reputar por oro su asquerosísima basura.

30. »¿Dónde hay cosa más ridícula que la alegoría con que Enodio alaba la descripción que hizo del mar un amigo suyo en cierta obra? *Dum salum quaeris verbis in statione compositis, et incerta liquentis elementi placida oratione describis; dum sermonum cymbam inter loquelae scopulos rector diligens frenas et cursum artificem fabricatus trutinator expendis; pelagus oculis meis, quod aquarum simulabas eloquii, demonstrasti.* Quiere decir: «Cuando intentas pintar el salobre charco con palabras escogidas a mano, como flores; cuando pretendes describir con plácida oración, así las inconstancias, como los inquietos rumbos del líquido elemento; cuando gobiernas, diestro piloto, la navecilla de las voces entre los escollos de la facundia, y con mano maestra de artífice perito examinas, balanceas y equilibras el peso de las expresiones, no representaste a mis ojos el piélago de aguas, que disimulabas, sino el océano de elocuencia, que no pretendías.» Sólo puede competir en esta insulsez la carta que un estudiante escribió a su padre para darle a entender lo mucho que había aprovechado en la retórica y, sobre todo, lo bien que sabía seguir una alegoría. La carta decía así:

31. »«Origen y señor mío: Derivándose de usted, como de su manantial inagotable, este corto arroyuelo de mi vida, que hoy serpentea líquido por estos dilatados campos de Villagarcía, es de mi obligación poner en noticia de usted cómo ya es muy delgado el hilo de su corriente; porque los rayos del sol, que nos abrasó en carnestolendas, elevaron hacia arriba tantos vapores, que apenas le han dejado caudal para humedecer la hierba. Por tanto, si usted no quiere que el arroyuelo se seque, socórrale con raudales, ya sea por arcaduces de lino [las alfor-

41. *gusto gótico*, alude despectivamente al gusto y estilo «ultrabarroco» pero sobre todo a la actitud y valores políticos, estéticos y morales que tal gusto aunaba.

jas], ya por conductos de pieles embetunadas [botas o pellejos]. A mi señora elucubradora [la madre que le dio a luz],[42] que esta su menor antorcha se pone a la obediencia de sus rayos. B. l. m. de usted su fénix varón [era el único con dos hermanas], el precursor sin hiel [llamábase Juan Palomo].»[43] ¿Habría hombros en la naturaleza que pudiesen con un libro o con un sermón en este estilo? Y a los de Atlante que pudieron con el cielo, ¿no les brumaría una cosa tan pesada?»

32. Hasta aquí el papel de apuntamientos con que tropezó fray Gerundio, que leyó *de verbo ad verbum,* sin perder sílaba ni coma. Y apenas acabó de leerle, cuando se quedó suspenso por un rato, cerró los ojos, sentó el codo derecho sobre el brazo de la silla, reclinó la cabeza sobre la mano, teniendo en la izquierda el papel que había leído. Estuvo un buen espacio de tiempo pensativo; y al cabo levántase con ímpetu de la silla, coge el papel entre las dos manos, hácele dos mil pedazos, arrójale con indignación por la ventana; y dando dos paseos por la celda, acompañados de media docena de patadas, exclamó diciendo:

—¡Válgate el diantre por papel y por el grandísimo impertinente que te fabricó, que me habéis revuelto los sesos! Es imposible que el autor no fuese el hombre más prolijo y el más indigesto que ha nacido de mujeres. Pues, ¡qué! Para hablar uno como Dios le ayudare, ¿ha menester tantas ceremonias? Y si este autorcillo avinagrado tiene por viciosos todos los estilos que acaba de nombrar, ¿dónde hallará uno que no sea pecador? Al magnífico le llama *hinchado*; al culto, *remedador,* o *caco-* ¿qué sé yo?; al figurado, *frío*; al tierno, florido y delicioso, *pueril*; al vehemente, *parentirso* o *paren-diablo*; al arreglado, *escolástico*; al rumboso, *poético;* y al alusivo, *metafórico* o *alegórico.* Pues, ¿en

42. *elucubradora,* de *elucubrare* (lat.), en el sentido etimológico de trabajar con luz artificial y con cuidado. El verbo latino *elucubro* significa «componer con esmero».

43. *precursor sin hiel... Juan Palomo,* alude a la bebida *paloma sin hiel,* que se componía con agua y aguardiente anisado. Todavía hoy la «palomita» es una mezcla de agua con anís.

qué estilo hemos de hablar y escribir? ¡Váyase, vuelvo a decir, con cuatrocientas mil pipas de dem...![44] —y díjolo redondo, porque no era escrupuloso—. Que yo escribiré y hablaré en el que me diere la gana; y, pues, el que he usado hasta aquí ha merecido tantos aplausos, aténgome a él, y no a lo que dice este apuntador descontentadizo y malhablado.

33. Con efecto: en un santiamén dispuso el sermón, sin apartarse un punto de su estilo estrambótico, ni desamparar sus queridas frases estrafalarias. Para fecundar bien la imaginación o la fantasía en ellas, leyó un par de sermones de su riquísimo tesoro, el *Florilogio sacro*; y aun para mayor abundamiento, volvió a recorrer cierto sermón impreso de otro autor, que le habían prestado en una ocasión para que le leyese, y a él le cayó tan en gracia, pareciéndole un milagro de elocuencia, que no paró hasta que su dueño le hizo entera y absoluta donación de él *inter vivos,* transfiriéndole su dominio y omnímoda propiedad.

34. Este sermón se intitulaba *Triunfo amoroso, sacro Himeneo, Epitalamio festivo, mirífico Desposorio, que con el Cordero Eucarístico celebró en su profesión solemne la Madre Sor..., etc., compuesto por el R. P. Fr..., etc.* El título solo de la pieza le encantó y le arrebató las potencias y sentidos. Reparó que la dedicatoria y aprobaciones ocupaban tanto como el sermón, porque en materia de hojas estaban tantas a tantas; y de contado esto le hizo formar un concepto superior del mérito de la obra, pues a cada palabra de ella correspondía otra en elogio suyo. Comenzó a leerla, y juzgó que no se había engañado en su concepto; porque se quedó como extático de admiración y de asombro al encontrarse con las primeras cláusulas de la salutación, que decían así, ni más ni menos:

35. «O el amor está de bodas, o yo no entiendo al amor. ¡Qué invención! ¡Qué sacro enigma! ¡Dulce, divino Cupido! ¡Sol de justicia amoroso! ¡Qué laberinto de luces disimula en gloria tanta ese disfraz de misterios!» Es cierto que el estilo no le pareció tan elevado como el del *Flo-*

44. *Váyase... demonio*: Gerundio une la expresión *Tomar pipa* (marchar, irse) y *váyase con el demonio.*

rilogio, porque en realidad las voces son regulares y de estas que se usan en tierra de cristianos. Pero, ¿qué importa, si en cambio aquella perfecta cadencia de verso lírico es un dulcísimo encanto? Sobre todo, aquel arranque: «O el amor está de bodas, o yo no entiendo al amor», le pareció a nuestro sabatino que no había oro para pagarle; y él por lo menos daría alguno porque se le ofreciese alguna cosa parecida para dar principio a su sermón. No dejó de ofrecérsele que la tal entradilla: «O el amor está de bodas, o yo no entiendo al amor», parecía un poco más retozona de lo que a religiosos conviene, y que acaso algún bufón del auditorio diría, allá para su coleto: «¡Cuerno en el fraile, y qué respingón que sale! ¡Cierto que perdería mucho la Iglesia de Dios en que su paternidad no entendiese ni de bodas ni de amor! Antes creo que nada ganará, si entiende mucho su reverendísima de la materia.» Digo que todo esto le pasó por el pensamiento a fray Gerundio; pero lo despreció con una noble libertad de espíritu, por dos importantísimas razones: la primera, porque si los predicadores hubieran de hacer caso de truhanes y bellacos, ahorcarían el oficio, pues apenas podrían decir cosa que no la torciesen y la maliciasen; la segunda, porque si no disonó aquel arranque en un predicador de profesión mucho más austera y de hábito mucho más penitente que el suyo, con la circunstancia de estar cubierto de canas y cargado de años y empleos en la religión, mucho menos disonaría en él por las razones contrarias.

36. Desembarazado tan felizmente de este reparillo, y persuadido a que no era posible abrir el sermón con cláusula más airosa, comenzó a batallar en su imaginación con una multitud de cláusulas que de tropel se le ofrecieron, todas parecidas a ella, sin saber cuál había de elegir, porque cada una le parecía la mejor. Aseguró después a un confidente, por cuya deposición lo supimos (pues sin algo de esto o sin que él lo dejase anotado en alguna parte, ¿cómo era posible que llegase hasta nosotros la noticia de lo que le había pasado por el pensamiento?), aseguró, vuelvo a decir, a un confidente suyo que entre las cláusulas semejantes a la primera del *Epitalamio festivo,* que a borbotones se le vinieron al pensa-

miento, las que más le dieron que hacer, porque le agradaron más, fueron las siguientes:

37. «O hay Sacramento en Campazas, o no hay en la Iglesia fe.» Ésta le pareció una invención milagrosa para captar desde luego una suspensión extática. «O Jesucristo está allí, o yo no sé donde estoy.» También juzgó que este principio estaba lleno de una exquisita novedad. «O aquél es cuerpo de Cristo, o no hay en los naipes ley.» Mucho le agradó este ofrecimiento; porque sobre ser el más popular de todos, aquello de cotejar la existencia de Cristo en el Sacramento con la ley de los naipes se le figuró una valentía de ingenio jamás oída ni vista. En esto último tenía razón; y como no fuese una blasfemia heretical, vamos claros que era un pensamiento singularísimo. «O aquél no es vino ni es pan, o soy un borracho yo.» Aun esta cláusula le agradaba más que todas, si no fuera por la palabra *borracho,* que le pareció demasiadamente llana. Y aunque ya se le ofreció que *ebrio* y *beodo* significaban lo mismo con alguna mayor decencia; pero sobre que no ajustaba tan bien el pie del verso, creyó que en quitando la palabra *borracho,* se le quitaba a la cláusula toda la gracia.

38. Finalmente, bien considerado todo, se determinó a dar principio a su sermón con la cláusula primera: «O hay Sacramento en Campazas, o no hay en la Iglesia fe.» Para tomar esta acertada determinación, tuvo buenas y legítimas razones; pues sobre ser aquella cláusula, sin disputa alguna, la más suspensiva y la más enfática de todas, era también la más verdadera, siendo indubitable que si en Campazas no había Sacramento, supuesta la consagración, tampoco le habría en la Iglesia de San Pedro, en Roma, ni en ninguna de toda la cristiandad, y allá iba la fe por esos trigos de Dios. Fuera de que esta cláusula le venía de perlas para el asunto que ya había resuelto tomar, conviene a saber, que Campazas era la patria nativa del Sacramento de la Eucaristía, lo que, a su modo de entender, estaba concluyentemente probado; porque llevando, como él llevaba, la opinión, y es en realidad la más probable, de que el verdadero y legítimo nombre de Campazas en su primitiva institución había sido *Campazos,* esto es, «campos espaciosos y largos, campos muy dilatados», y

consiguientemente que el lugar de *Campazos* fue, digámoslo así, como el tronco, como el fundador, o como el lugariarca [45] de la frugífera región de Campos, a la cual dio glorioso y oportuno nombre. Supuesto todo esto, discurría nuestro fray Gerundio con tanta solidez como sutileza, de esta manera:

—La materia remota del Sacramento de la Eucaristía es el trigo; la patria del trigo es Campos; la casa solariega de Campos es Campazas; luego Campazas es el solar y la patria del Santísimo Sacramento.

39. »Esto por lo que toca a la miseria del Sacramento en la especie del pan; vamos a la misma materia en la especie del vino. *Sic argumentor*: el vino es materia remota de la Eucaristía; el vino nace en las viñas; las viñas, en los campos; los campos, en Campazas; *ergo*, etc. Para la exornación no me sobra otra cosa que materiales tomados de la Escritura, de los Padres, de los expositores, de los autores profanos; y si me resuelvo a valerme de la fábula, también de los mitológicos. Todo cuanto se dice de los campos y de todo lo que pertenece a ellos, especialmente de trigos, viñas y vino, viene clavado a mi asunto. Pasan de ciento los textos de la Escritura que hablan de campo; y sólo con leer a Gislerio en la exposición de cualquiera capítulo de los Cantares, encontraré un carro de autoridades para llenar el sermón de latín, todo perteneciente a viñas, trigos y campos, y para cargar las márgenes de tantas citas que apenas quepan en ellas, de manera que sólo con verlas me tengan por el hombre más leído y más sabio que ha nacido de mujeres. De los autores profanos, no hay más que abrir las *Geórgicas* de Virgilio y algunas de sus églogas; que en ellas hallaré versos a pasto, y todos muy al intento, con que podré aturrullar a mi mismo preceptor el dómine Zancas-Largas. Y, en fin, si quiero amenizar la función con la erudición florida de las fábulas, que a eso todavía no me he determinado, ahí están los prodigios que se cuentan de Ceres, Baco, Flora,

45. *lugariarca*: construcción semejante a gimnasiarca, etc., que es bastante frecuente en Isla. Significaría algo así como el lugar principal entre todos los lugares.

Pomona y, por fin y postre, toda la cornucopia de la divina Amaltea; pues todas estas deidades son de la jurisdicción y adelantamiento de la provincia de Campos, que me darán barro a manos, no sólo para competir la amenidad de mi grande amigo fray Blas, sino casi casi para apostárselas al soberano autor del pasmoso *Florilogio*».

40. Ni más ni menos como lo ideó fray Gerundio, así dispuso su sermón. Y estudiado que le hubo, llegándose el día de predicarle, montó en un macho de noria, tuerto y algo perezoso, que le envió su padre, y partió a Campazas donde sucedió lo que dirá el capítulo siguiente.

CAPÍTULO III

PREDICA FRAY GERUNDIO EN SU LUGAR, Y ATÚRDESE LA GENTE

HABÍA corrido por toda aquella comarca la noticia de que nuestro fray Gerundio bajaba a predicar en la función del Sacramento, en la célebre fiesta de Campazas; ya porque Antón Zotes como mayordomo había convidado a todos los amigos que tenía en los lugares a la redonda, que no eran pocos, así de labradores como de clérigos y frailes; ya porque el mismo fray Gerundio no se había descuidado en echar también la voz entre sus muchos conocidos y apasionados, siendo tentación tan común en todo predicador principiante, que tal vez cunde hasta en los más adultos y provectos, dejarse caer al descuido con cuidado, ya en las conversaciones, ya en las cartas el día o los días que predican; lo que algunos maliciosos atribuyen a demasiada satisfacción o vanidad y, a mi pobre juicio, no es más que un poco de ligereza mezclada con una buena dosis de bobería.

2. Amén de eso, la fiesta de Campazas era tan famosa en toda aquella tierra por los novillos y por el auto sacramental, que sin que nadie convidase y aunque fuese el predicador el mayor zote del mundo, siempre concurría a ella innumerable gentío, no sólo despoblándose los lugares del contorno, sino que rara vez se dejaba de ver

en ella mucha gente ociosa y alegre de León, de la Bañeza y Astorga. Pero añadiéndose en este año la fama del predicador y el convite de Antón Zotes, convienen todos los autores de quienes nos hemos valido para recoger las noticias más puntuales que componen el cuerpo de esta verídica historia, que fue en él extraordinario el concurso.

3. Danse por supuestas las demostraciones de alegría y de ternura con que fue recibido nuestro fray Gerundio de su padre el tío Antón, de su madre la buena de la Catanla y de su padrino el licenciado Quijano. Esto más es para considerado con un casto silencio, que para explicado con la pluma; pues aunque fuese de águila, de buitre o de avutarda, nunca podría remontar el vuelo hasta la cumbre de tan alta esfera. ¡Cuánto más la nuestra, que no puede seguir el tardo movimiento del más pesado avestruz! Baste decir que apenas se desmontó del macho zancarrón (así le llamaba el director de la noria), cuando la tía Catanla le dio mil tiernos abrazos y otros tantos maternales ósculos, dejándole bien rociadas las barbas de lágrimas y mocos. Iba a limpiarse éstos y aquéllas, pero no le dieron lugar las rociaduras semejantes que se siguieron; porque como era la primera vez que se dejaba ver en el lugar después de fraile, no sólo concurrieron a verle, abrazarle, y besarle todas las tías del barrio, unas con la licencia de viejas y otras con la de parientas, sino que apenas quedaron dos en el lugar de Campazas que no hiciesen lo mismo. Y aun esas únicas dos, es fama que lo dejaron, una porque estaba en la cama con cámaras y pujos,[46] y otra porque dos días antes había saltado de su corral al de la tía Catanla una gallina y no había parecido, de lo cual estaba hecha ella una furia contra la buena de la Rebollo, que nada sabía de eso. Y aun se decía que la dueña de la gallina quería acudir a León a sacar una *descomunión* o una *pollina* a matacandelas (así llamaba ella la excomunión y la paulina) contra la encubridora de su ave. Por lo demás, hombres,

46. *cámaras*: «el flujo del vientre, que ocasiona obrar repetidas veces en breve tiempo». *pujos*: «enfermedad muy penosa, que consiste en la gana continua de hacer cámara, con gran dificultad de lograrlo» *(DA)*.

mujeres, viejos y mozos, todos acudieron a casa del tío Antón Zotes a ver al *flairecico* y a dar la enhorabuena a sus padres de que tuviesen el gusto de verle en su casa y ya tan aprovechado. Ello es así, que consta de documentos y papeles antiguos de aquel tiempo, que se gastaron en aquella tarde cuatro cántaras de vino, ocho quesos y dieciséis hogazas y media en agasajar a los que concurrieron a casa del tío Antón. De donde podrá inferir el prudente y discreto lector los muchos que serían, y lo bien quistos que estaban en todo el pueblo Antón Zotes y su sanísima mujer.

4. Faltaban tres días para la función, en los cuales fueron llegando aquellos convidados especiales que eran más estrechos amigos de la casa de los Zotes, donde estaban prevenidas no menos que veinte camas para los huéspedes: cuatro para los de mayor autoridad y respeto en las cámaras altas de la casa; y las demás se acomodaron en una panera, que a este fin se desocupó y se barrió, colgando las paredes con mantas de mulas y caballerías de la labranza, así de las que había en casa, como de otras que se pidieron prestadas, quedando la pieza, a juicio de la mayor parte del lugar, tan ostentosa que se podía hospedar en ella un obispo.

5. El primero que llegó fue un primo de tío Antón, y consiguientemente tío segundo de nuestro fray Gerundio, que había sido colegial mayor y era actualmente magistral de la Santa Iglesia de León, hombre ya hecho, sabio, agudo, discreto, muy leído, gran teólogo e insigne predicador, en fin, de prendas tan sobresalientes, que había sido consultado [47] en tercer lugar para un obispado. Éste traía de camarada a otro canónigo de su misma iglesia, de estos que se llaman canónigos de cuello ancho y por otro nombre de capa y espada; [48] jovencito aún y en la flor de sus años, pues no pasaba de los veinticinco; pero muy despejado, muy alegre, naturalmente chistoso y decidor; poeta más que decente, que decía de repente con bas-

47. *consultado*: propuesto.

48. *canónigo... espada*: el que obtenía el cargo en razón de su alcurnia y sangre, sin haber hecho los estudios adecuados.

tante gracia, con no poca sal y por lo común sin sacar sangre (cosa muy dificultosa, y por lo mismo bien rara en los que tienen esta habilidad y hacen profesión de ella); por cuyas buenas partidas estaba muy prendado de él el señor magistral.

6. Como unas dos horas después se apeó otro labrador, pariente también del tío Antón, que vivía en un lugar distante cuatro leguas de Campazas. Era familiar del Santo Oficio y, aunque hombre de explicación cerril y apatanada, tenía una razón natural bien puesta, y discurría con acierto en aquellas materias que se proporcionaban a su capacidad. En el camino se le había incorporado un donado de cierta religión, que habiendo sido tres veces casado y cinco años viudo, por fin y postre, cansado del mundo, se entró a servir en un convento, donde pretendió para lego, pero no le quisieron dar el hábito; porque, aunque hombre muy forzudo y servicial, era extraordinariamente zafio y, allende de eso, locuaz y más que medianamente bebedor, no de manera que se privase *in totum,* pero se quedaba a unos medios pelos que olían a chamusquina, y entonces con especialidad hablaba por todas las coyunturas y en todas la materias que se ofrecían, porque sabía leer y había leído la *Historia de los Doce Pares de Francia,* a *Guzmán de Alfarache,* la *Pícara Justina* y cuantos romances de ciego se cantaban de nuevo en los mercados, gustando sobre todo de leer gacetas, aunque maldita la palabra entendía de ellas. Conque era el donado un hombre muy divertido y, en fin, pieza de rey.

7. Mucho se alegró nuestro fray Gerundio cuando se halló en compañía de todos estos huéspedes, pero especialmente de su tío el magistral, quien como hombre entendido y de la facultad, le pareció que había de hacer justicia a su sermón, del cual estaba tan satisfecho, que se persuadía con el mayor candor del mundo a que en su vida habría oído ni leído otro semejante. Y ya daba por hecho que, en oyéndole, se había de enamorar tanto el tío de los talentos del sobrino, que cuando fuese obispo, le había de llevar consigo y le había de hacer su confesor, no pareciéndole tampoco imposible que con el tiempo su tío el obispo (pues ya le consideraba como tal) le

granjease por ahí, aunque no fuese más que un obispadillo en Indias. Todos estos pensamientos le pasaron por la imaginación, lisonjeándole infinito y llenándole de un inexplicable gozo.

8. Pero, ¿quién podrá declarar dignamente con palabras el que se apoderó de su corazón cuando contra toda su esperanza, y sin que siquiera se le hubiese ofrecido tal cosa al pensamiento, vio apearse en el corral de la casa a su íntimo amigo el predicador fray Blas, acompañado de un religioso de otra religión que él no conoció? Pero todas las señas eran de ser hombre muy reverendo; porque traía anteojos con cerquillo de plata, becoquín [49] de seda, sombrero fino con cordón y dos borlas de lo mismo, quitasol, bastón de caña con puño de china; y venía montado en una bizarra mula con su gualdrapa muy cumplida de paño negro, con grandes fluecos y caireles, sirviéndole de mozo de espuela uno muy gallardo, asaz bien apuesto y con toda gala la de los majos y petimetres del oficio: zapatillas blancas, medias del mismo color, calzón de ante, una gran faja de seda encarnada a la cintura, armador de cotonía, capotillo de paño fino de Segovia, de color amusgo; [50] redecilla verde con su borla de color de rosa, que colgaba hasta más abajo de la nuca; la cinta que la ceñía y apretaba, de color nácar; sombrero chambergo rodeado de una cinta de plata color de fuego, con su rosetón o lazo a la parte posterior, que remataba en la copa. Todo esto lo observó fray Gerundio muy bien observado, y todo le hizo imaginar que aquel religioso era por lo menos catedrático de la Universidad de Salamanca o de Alcalá, cuando no fuese quizá algún padre definidor o presentado.

9. No se engañó mucho; porque a lo menos era vicario de unas monjas, que estaban junto a Jacarilla, y antes de eso había cuidado seis años de una granja, en cuya administración no se había perdido, porque él mismo confesaba ingenuamente, cuando se ofrecía la ocasión, que le

49. *becoquín*: birrete o solideo con orejeras.

50. *armador*: jubón de ante forrado de seda. *cotonía*: «cierta tela hecha de hilo de algodón, ordinariamente blanca, con sus labores de realce o de gusanillo». *amusgo*, *amusco*, pardo *(DA)*.

había valido por lo menos tanto como a la casa, porque había sacado un decente bolsillo, que sufría ancas para socorrer a cuatro parientes pobres, para servir a dos amigos y para subvenir a sus necesidades religiosas, aunque la vida fuese un poco más larga que lo ordinario. Comoquiera, cuando fray Gerundio vio a su amiguísimo fray Blas, pensó perder los sentidos de puro contentamiento; y después de haber hecho los primeros cumplidos al reverendísimo padre vicario, como lo pedía la urbanidad, dio muchos abrazos a fray Blas. Y supo de él cómo habiendo tenido noticia en Jacarilla del sermón que le habían echado en su lugar, hizo ánimo de no volver al convento hasta que se le hubiese oído predicar, logrando con esta ocasión ver la fiesta de Campazas y pasar en su compañía cuatro días alegres, con toda libertad y sin el molesto acecho y murmuración de los frailes.

10. Díjole que para sacar la licencia del prelado, sin que ni él ni los frailes reparasen en que estaba tanto tiempo fuera del convento, le había escrito una carta atestada de mentiras, suponiendo que había caído gravemente enferma una viuda rica sin hijos ni herederos forzosos; que le había pedido con grandes instancias que la confesase y la asistiese hasta entregar el alma a Dios, dándole a entender que no lo perdería él ni su comunidad, porque podía disponer libremente de sus bienes, como Nuestro Señor la inspirase; que no obstante eso, él se había resistido, por cuanto la enfermedad tenía traza de ir muy larga, aunque decía el barbero del lugar, hombre muy inteligente, que sin milagro no podía escapar de ella; que la misma viuda le había obligado a que escribiese a su paternidad, esperando que no la negaría este consuelo; y que así lo hacía con la mayor indiferencia, aguardando su determinación, porque todo su gusto sería obedecerle, bien que si hubiese de consultar su inclinación, ya estaría en el convento; porque sobre la penalidad y trabajo de asistir continuamente a una enferma, pasando malos días y peores noches, siempre le habían parecido mal los frailes que estaban mucho tiempo fuera de la campana, a que se añadía que siendo él predicador mayor de la casa, no era razón que cargasen otros con los sermones que por su oficio le tocaban a él.

11. –Ésta fue, amigo fray Gerundio –añadió el predicador–, la cartica que le espeté; que aunque yo lo diga, no iba urdida del peor estambre. Ya conoces la poca malicia del buen hombre, y también su lado flaco. En amagándole en algo para el convento o para su peculio, no puede resistirse y dará licencia a un súbdito para que se case con tal que lo haga sin pecar... El santo varón tragó el anzuelo y me respondió, sin perder tiempo, alabando mucho mi celo, mi obediencia y mi religiosidad, pero mandándome en virtud de santa obediencia y en remisión de mis pecados, que asistiese a la enferma hasta que a vida o a muerte saliese de aquel peligro, aunque la enfermedad durase un año, encargándome que procurase fomentarla la devoción a la Orden, y que no dejase de exagerarla las particulares necesidades de aquel convento. Pero me prevenía que esto fuese con prudencia y cuando se ofreciese buena coyuntura. Por lo demás, concluía que los sermones no me diesen cuidado, pues corría del suyo el encargarlos, fuera de que teniéndote a ti, no necesitaba de otro; pues aunque todavía estabas un poco verde, esto no desdecía de tus años, y por otra parte era prodigiosa tu facilidad.

12. –Vamos claros –dijo fray Gerundio–; que el enredo está de mano maestra. ¿Y cuánto tiempo ha de durar la enfermedad de la viuda?

–Lo que duraren las fiestas de los lugares a la redonda –respondió fray Blas–, porque ninguna pienso perder.

–¿Y qué diablos ha de decir usted después –le preguntó fray Gerundio–, cuando se vea que no hay tal herencia ni calabaza?

–¿En esto te paras, majadero? –respondió fray Blas–. ¿Hay más que decir que habiendo hecho la enferma su testamento cerrado, en que dejaba al convento por su universal heredero, después de algunos legados de corta cantidad a algunos parientes pobres, estando ya con la unción, hizo una promesa y cobró la salud milagrosamente?

–Pero, ¿si se averigua –replicó fray Gerundio– que no hubo tal viuda ni tal enfermedad de mis pecados, y que todo fue un puro embuste de usted para pretex-

tar con ese piadoso sobrescrito la tuna y el pispoleo?[51]

—Calla, simple —respondió fray Blas—. ¿Cómo se ha de averiguar, no habiendo otra correspondencia en el convento con Jacarilla que la que yo tengo? Fuera de que, aunque por alguna casualidad llegue a saberse, *quid inde?* Dirán que fue una de las trampillas que están muy en uso. Mira, Gerundio, los frailes y las mozas de servicio nunca salen de casa sino con sobrescritos devotos. Éstas siempre piden licencia para ir a rezar; y aquéllos, cuando quieren ir a tunar o desenfrailar, como ellos dicen, alegan, por lo común, o el sermón que les echaron y ellos pretendieron, o el que en la realidad no hay, o las disensiones de los parientes, o el testamento y la enfermedad del padre. Y a la sombra de tan piadosos pretextos pasan un par de meses de *vita bona.* Decir que un fraile ha de pedir licencia derecha y claramente para ir a divertirse cuatro días en casa de un amigo, esto es cuento. Tal cual tonto lo suele hacer por acreditarse de sincero, pero regularmente llevan calabazas; porque los prelados se revisten del celo de la observancia, y mientras no los cohonestan la salida, dicen que la pierna en la cama, la moza con la rueca, y el fraile en la celda.

13. —Pero a propósito de fraile —interrumpió fray Gerundio—, ¿quién es ese reverendísimo que viene con usted? Porque parece personaje.

—Y es lo que parece —respondió fray Blas—; porque aunque ahora es vicario de unas monjas y antes fue granjero, siguió la carrera de los estudios con mucha honra. Y aburrido de que hubiesen graduado antes a otro condiscípulo suyo por empeños,[52] se aplicó a este rumbo, de lo que no está arrepentido; porque aunque no parece de tanta honra, es sin duda de mucho mayor provecho. Hizo mucho doblón en la granja; después pretendió esta vica-

51. *pispoleo*: el ms. dice "bisboleo", tal vez error. Según Fernández Martín (II, 536), viene de "pispa": muchachita vivaracha, y de ahí, apispar, ser vivos, aprovecharse de la ocasión. Palabra típica de Tierra de Campos.

52. *empeños*: «vale también la persona o personas que favorecen y patrocinan a uno o alguna cosa» *(DA).*

ría, que le dieron sin dificultad; las madres le regalan como a cuerpo de rey, y él lo pasa como un pontífice. Es muy amigo mío desde que me oyó predicar en Cevico de la Torre, no sé por qué casualidad. Vino a oírme el sermón de Santa Orosia. Llevóme a su vicariato, donde me detuvo ocho días, tratándome como un patriarca. Temporadilla mejor no espero pasarla en mi vida. Comíamos en el locutorio por la parte de afuera, y comían al mismo tiempo que nosotros cuatro monjitas por la parte de adentro; y a fe que no eran de las más viejas del convento, porque éstas se excusaban por sus achaques o, por mejor decir, nosotros las excusábamos a ellas. Durante la mesa había brindis, había finecitas de parte a parte, había también unas coplillas; y en levantándose los manteles, venían las ancianas y las graves de la comunidad a darnos conversación. Después se retiraban éstas, y nos dejaban con la gente moza. Comenzaba la bulla y la chacota, cantaban, representaban; y tal vez, ellas de la parte de allá y nosotros de la de acá, bailábamos una jotita honesta o un fandanguillo religioso. Mira tú, si pasaría buenos días.[53] En fin, como hice ánimo de venirte a oír, en fe de nuestra amistad y de la confianza que tengo con tus padres, convidé al padre vicario a que se viniese conmigo, ponderándole la fiesta de Campazas, diciéndole mil cosas de ti y asegurándole que sería muy bien recibido.

14. —¡Y cómo que lo será! —le interrumpió fray Gerundio—. Antes éste es un nuevo beneficio de que me confieso deudor a la fineza de usted; porque sobre las prendas que me pondera del padre vicario, de esta hecha entablo conocimiento con él, y cátate ya el camino abierto para irme a holgar días alegres, cuando se ofrezca ocasión, con aquellas señoras monjas.

15. Con esto se entraron en la sala, donde ya estaba el padre vicario, después de haberse quitado los ajuares de camino, en compañía del magistral, de los demás huéspedes, de Antón Zotes y de la tía Catanla, que le recibieron con el mayor cariño; el cual creció mucho más cuan-

53. En la edición de Monlau (BAE, XV, 176b) se suprimen las frases que van desde «Comíamos en el locutorio» hasta aquí.

do su hijo y el predicador mayor los informaron en secreto de quién era. Finalmente, fueron concurriendo poco a poco todos los convidados, con algunos más que no lo habían sido; y en los dos días que faltaban hasta el de la fiesta, parece que no debió de suceder cosa que de contar sea, porque los autores casi todos los pasan en silencio. Sólo uno de ellos apunta (aunque muy de paso) que fray Gerundio, después de haber hecho su cumplido a los que iban llegando, se retiraba a repasar su sermón, unas veces a un desván, otras al campo. Y porque ni aun en éste le dejaba libertad la multitud de forasteros que acudían de toda la comarca, finalmente se vio precisado a encerrarse en la bodega para decorar [54] su cartapacio. El mismo autor da a entender, también en general, que en aquellos días pasaron cosas preciosas con el donado, a quien luego conoció el humor don Basilio (así se llamaba el canónigo mozo); y haciéndose muy amigo de él, poniéndose en todo de parte de sus necedades, con grandísima gracia y con no menor socarronería, fomentaba sus simplezas, de manera que sucedieron lances extraordinariamente sazonados. Pero como el referido autor no los especifica, y nosotros en materia de verdad somos tan escrupulosos, aunque sospechamos los que pudieron ser, no nos atrevemos a referirlos; porque es infidelidad irremisible en un historiador adelantarse a vender las sospechas por noticias.

16. Llegado que hubo el día deseado de la fiesta y la hora de la función, vinieron a sacar de casa a fray Gerundio su padre como mayordomo de aquel año, un tío suyo que lo había sido el antecedente, ambos con sus varas de la Cofradía del Santísimo, dadas de almazarrón y de almagre, que no había más que ver; los dos alcaldes y los dos regidores del lugar, con su fiel de fechos y con su alguacil detrás en el sitio que les correspondía, añadiéndose de comitiva voluntaria y para mayor cortejo muchos clérigos circunvecinos y una multitud de frailes aventureros [55] de

54. *decorar*: aprender de memoria.

55. *aventureros*: «los que voluntariamente se introducen en cualquiera acción sin ser del número de los destinados y llamados a ella con ánimo de ver, saber o por otro fin» *(DA)*.

diferentes religiones, que se hallaban en aquellas cercanías y no quisieron perder la comedia ni los novillos. Precedíalos a todos el tamboril y la danza, compuesta de ocho mozos de los más jaquetones y alentados de Campazas, todos con sus coronas o caronas [56] arrasuradas sobre el cráneo o plan de la cabeza, ésta descubierta y las melenas tendidas; jaquetillas valencianas de lienzo pintado, con dragona [57] de cintas de diferentes colores; su banda de tafetán prendida de hombro a hombro y colgando a las espaldas en forma de media luna; un pañuelo de seda al pescuezo, retorcido por delante como cola de caballo, y prendido en punta por detrás como hacia la mitad de la espalda; camisolas de lienzo casero, más almidonadas que planchadas, y tan tiesas, que se tenían por sí mismas en cualquiera parte; calzones de la misma tela que la jaquetilla; y en la pretina, por el lado derecho, colgado un pañuelo de beatilla [58] con mucha gracia; las bocapiernas de los calzones holgadas y anchas, guarnecidas de una especie de cintillo o cordón de cascabeles; medias de mujer, todas encarnadas; zapatillas blancas con lazos de hiladillo negro; y, en todo caso, todos ceñidos con sus corbatas,[59] para meter los palos del paloteado en el mismo sitio, y ni más ni menos como los arrieros llevan el palo en el cinto.

17. Ya estaban fray Blas y fray Gerundio a la puerta de la casa, esperando el acompañamiento; porque a fray Blas le pareció atención precisa en su amistad y en la hermandad de profesión, acompañar a fray Gerundio; y no sólo le dio por todo aquel día la mano derecha, sino que le fue sirviendo de fray Juan [60] hasta dejarle en el púlpito.

56. *caruna*: «el pellejo de cualquier caballería quitado el pelo que le cubre por encima del lomo» *(DA)*. Isla compara a los jaques con burros.

57. *dragona*: adornos de hombros como las charreteras.

58. *beatilla*: «ciertas tela de lino delgada y clara, de que suelen hacer tocas las beatas y mujeres recoletas» *(DA)*.

59. *corbatas*, con el sentido de fajas.

60. *servir de fray Juan*: según Fernández Martín (II, 540) es servir de compañero a un religioso, para cumplir la regla de no salir de casa solo. Aunque es posible que Isla, en este y otros casos, como

Y aun se hubiera sentado en la escalera, a no haberlo embarazado Antón Zotes, que le obligó a sentarse en el banco de la Cofradía entre los dos mayordomos.

18. Salió, pues, de casa nuestro fray Gerundio, más resplandeciente que el sol, más risueño que el alba, más brillante que la aurora. Habíase, claro está, afeitado aquel mismo día con la mayor prolijidad, encargando mucho al barbero que se esmerase en la operación; pues no le valdría menos que un real de plata, y con efecto le dejó el maestro tan lampiño y con el rostro tan liso, que parecía bruñido. Sobre todo en el cerquillo aplicó el mayor esmero: el plano no parecía sino un cuadrilongo de papel fino de Génova, alisado con diente de elefante; la orla, un flueco de seda negra cercenada por las puntas con la mayor igualdad, sin que ni un solo cabello se adelantase a descomponer la línea; el capote elevado como dos dedos y medio con maravillosa proporción al fondo del cerquillo, que formaba la circunferencia; todo el campo del cogote que corría desde el extremo del cerquillo por la parte posterior hasta la entrada del tozuelo,[61] rasurado también, a medio rape, para que negreando un poco el fondo, sobresaliese más lo restante de la rasura. Había estrenado aquel día un hábito nuevo, que su buena madre le tenía prevenido, y una hermana suya, moza ya casadera, se había esmerado en doblarle, plegarle y aun a plancharle, pasando la plancha no más que por los pliegues y dobleces, con tanto primor y delicadeza, que al desdoblarle se dejaban ver todos ellos distribuidos con graciosa proporción y simetría. Particularmente los pliegues del escapulario hacían una albor que encantaba; y como la tela de la capa y de la capilla era flamante, a manera de estameña aprensada, hacía unos visos que deslumbraban la vista. Calzóse, ya se ve, unos zapatos muy ajustados, hechos a toda costa, en cuanto lo permitía la hechura que se usaba en la religión;

---

en el siguiente párrafo 22, dé a la expresión un sentido irónico. En cualquier caso, ha de ser apropiación de un sentido tomado del refranero.

61. *tozuelo* por cerviz. Es el término que se emplea con algunos animales.

pero, en todo caso, había encargado al maestro que las puntadas fuesen iguales y muy menudas, y que el hilo no estuviese muy cargado de cerote, para que lo blanco de ellas sobresaliese más. La noche antes le había regalado el padre vicario con dos solideos de seda de los que fabricaban sus monjas con exquisito arte y chulada, cuyo centro era una borlita muy chusca elevada con la debida proporción; y fray Gerundio estrenó uno de ellos aquel día, así para mostrar la estimación que hacía del regalo, como por ser un adorno tan preciso como precioso para su pontifical. No se olvidó, ni podía olvidarse, de echarse en una manga un pañuelo de seda, de dos caras y de vara muy cumplida, siendo una faz de color de rosa y la otra de color de perla; y en la otra manga metió segundo pañuelo de cambray muy fino, con sus cuatro borlas de seda blanca a las cuatro puntas, teniendo por cierto que cualquiera de los dos pañuelos que se le hubiese olvidado, sería bastante para que el sermón no pareciese la mitad de lo que era.

19. Dudó por algún tiempo si llevaría anteojos, cosa que le parecía a él daba infinita autoridad al predicador, y añadía gran peso y una maravillosa eficacia a lo que decía; pensamiento que le tuvo inquieto la noche precedente, en que no fue posible pegar los ojos, que no pudiendo echarle de sí, dispertó a su amigo fray Blas (porque dormían juntos en una cama) y le consultó esta duda. Pero fray Blas, que por aquella vez tuvo más juicio del que acostumbraba, se rió mucho de su ofrecimiento, diciéndole que los anteojos en un mozo, aun cuando tuviese alguna necesidad de ellos, lo que rara vez sucedía, era la cosa más ridícula del mundo, y que así los hombres de juicio como los bellacos hacían gran burla de aquella afectación, bastando ver a un rapaz muy armado de sus gafas para que todos le tuviesen por mozo de poco seso.

—Aun en los anteojos habituales de los viejos —añadió fray Blas—, son muy pocos los que creen; porque son muy pocos los que los necesitan a pasto, y más desde que se ha observado que en las religiones regularmente se echan esta gala aquellos sujetos de media braga [62] que es-

62. *de media braga*: mediocres.

tuvieron consultados para perpetuo coro o cosa equivalente, y después o por empeños o por paisanaje, o en fin porque los hallaron con una arrastrada medianía, los destinaron a una de las dos carreras de púlpito o de cátedra cumpliendo con ellas entre si basta o no basta, y a *sal aquí, traidor*. Éstos son por lo común los mayores y los más perdurables anteojistas, vanamente persuadidos a que pueden suplir con los accidentes lo que les falta de substancia, y pretendiendo persuadir a otros que su continua aplicación a los libros los quebrantó la vista. Pocos hombres hay de los verdaderameante sabios y aplicados que usen de este mueble, sino cuando realmente le han de menester, que es para escribir y para leer; y así, amigo fray Gerundio, déjate de locuras y déjame dormir.

20. Con esto no volvió fray Gerundio a pensar más en antojeras [63] y, excusando este dije, salió de casa para la iglesia con todo el tren que llevamos referido. Llevaba tras de sí los ojos de cuantos le miraban, porque iba con el cuerpo derecho, la cabeza erguida, el paso grave, los ojos apacibles, dulces y risueños, contoneándose un poco, haciendo unas majestuosas y moderadas inclinaciones con la cabeza a uno y a otro lado para corresponder a los que le saludaban con el sombrero o con la montera, y no descuidándose de sacar de cuando en cuando, ya el pañuelo blanco para limpiarse el sudor que no tenía, ya el de color para sonarse las narices, que estaban muy enjutas. Apenas llegó a la iglesia, hizo una breve oración y se entró en la sacristía, cuando se dio principio a la misa, que cantó el licendiado Quijano, sirviéndole de diácono y de subdiácono dos curas párrocos de la vecindad.

21. El coro lo llevaban tres sacristanes de las mismas cercanías, porque el de Campazas servía en el presbiterio el incensario y cuidaba del facistol; los cuales sacristanes en punto de tono gregoriano eran los que hacían raya por toda aquella tierra, sirviendo de bajo el carretero del lugar que tenía una voz asochantrada, y de tiple un muchacho de doce años, a quien ex profeso habían capado para aco-

63. *antojeras*, por anteojeras.

modarle en la música de Santiago de Valladolid.[64] No había órgano, pero éste le suplían con muchas ventajas dos gaitas gallegas, que de propósito había hecho venir de la Maragatería el mayordomo, y las tocaban dos maragatos rollizos, tan diestros en el arte, que los llamaban para todas las fiestas recias de San Román, Foncebadón y el Rabanal, de donde se extendió la fama el mismo Páramo, con ser así que hay más de ocho leguas de camino. Y Antón Zotes, a quien llegaron estas noticias por haberlas oído casualmente en la puente Vizana a un criado del maragato Andrés Crespo, al tiempo que cargaba la recua, al instante envió a llamar a los dos famosos gaiteros, ofreciéndoles veinte reales a cada uno, traídos y llevados, comidos y bebidos; y como era ésta la primera vez que se había oído semejante invención en las misas de aquella tierra, no se puede ponderar el golpe que dio a todos la novedad, y más cuando oyeron por sus mismos oídos que los dos músicos de bragas anchas, así en la *Gloria* como en el *Credo*, seguían el tono gregoriano con tanta puntualidad, que no había más que pedir. Celebróse infinito el buen gusto de Antón Zotes, y es tradición de padres a hijos que desde entonces quedó establecido en el Páramo el uso de las gaitas gallegas en toda misa de incienso, y que de aquí nace el llamarlas en algunos lugares *el órgano de los Zotes*; etimología que, a nuestro modo de entender, no carece de mucha probabilidad.

22. En fin, llegó la hora y el punto tan deseado de subir al púlpito nuestro fray Gerundio. Dejamos a la prudente consideración del pío y discreto lector figurarse allá para consigo con qué bizarría y desembarazo saldría de la sacristía, precedido de cuatro cofrades con sus cabos de blandones, porque el mayor no llegaría a cuarta y media; de los dos mayordomos con la insignia de sus varas, de cuatro clérigos con sobrepellices; y de su amigo fray Blas, que, como dijimos, quiso hacer aquel día los honores de fray Juan hasta dejarle en el púlpito. ¡Con qué majestad subiría las gradas del presbiterio! En cuyo número están divididos los autores, porque unos dicen que

64. Se refiere a la iglesia de Santiago, en Valladolid.

eran diez, otros doce, y no falta alguno que se adelanta a asegurar que llegaban a catorce, aunque todos convienen en que hay muchos campanarios que no tienen tantas. ¡Con qué autoridad recibiría la bendición de su padrino el licenciado Quijano! De quien es pública voz y fama que se enterneció un si es no es al tiempo de dársela. ¡Con qué despejo y gravedad caminaría hacia el púlpito, haciendo inclinaciones con la cabeza hacia todos lados, pero con especialidad hacia donde estaba el banco de la justicia y regimiento y el de la Cofradía! Y finalmente, ¡con qué soberanía se presentaría en el púlpito, haciéndose primero cargo del auditorio con reposado desdén, y después hincándose de rodillas!

23. Así le dejaremos por ahora, mientras se divierte la narración y la pluma a dar alguna noticia del teatro, para que camine más holgada la comprehensión en la inteligencia del asunto.

24. Era la iglesia de tres naves, aunque tan reducidas, que cuando entró en ella el canónigo don Basilio, dijo que bastaría llamarla de tres botes. El presbiterio y la capilla mayor, en misas de tres en ringle,[65] no sufrían más ancas que los ministros precisos del altar, tanto, que el facistol para cantar la Epístola y el Evangelio, era menester colocarle fuera de su jurisdicción. La nave principal era tan estrecha, que cuando concurrían la justicia y el regimiento en un banco, y alguna cofradía en el banco opuesto, era obligación precisa del sacristán dar a besar la paz a un mismo tiempo a la justicia y a la cofradía, lo que ejecutaba fácilmente yendo por medio de la nave y llevando una paz en la mano derecha y otra en la izquierda; pues sólo con abrir los brazos, y no muy extendidos, alcanzaba a uno y a otro banco, de manera que a un mismo tiempo y a un mismo punto la iban besando por su orden los que estaban sentados en entrambas bandas. Verdad es que lo que a las naves las faltaba de anchas, lo suplía ventajosamente lo que las sobraba de largas; por lo que diría yo, con la licencia del señor don Basilio, que

65. *misa de tres en ringle*: misa solemne con diácono y subdiácono.

la iglesia era de tres gabarras argelinas o de tres galeras turcas. A los pies de ella estaba el coro alto, sin más balaustrado que un madero tosco y en bruto, que atravesaba de arco a arco, con algunos palos a trechos, a modo de estacada, para evitar que algún muchacho travieso se cayese en la iglesia y se rompiese la cabeza, que era el mayor daño que le podía suceder, porque la elevación era de pocas varas.

25. Como quiera que el templo fuese, ancho o estrecho, largo o breve, eso no era de cuenta de nuestro predicador; porque ni a él le tocaba hacerle más capaz, ni la estrechez de la iglesia podía perjudicar un punto la magnificencia del sermón, siendo ya cosa acreditada repetidas veces por la misma experiencia que en la iglesia más suntuosa de la cristiandad se puede predicar un sermón malo, y en una desdichada ermita o humilladero rural se puede predicar un excelente sermón. Lo que hace a nuestro intento y a la inmortal gloria de nuestro fray Gerundio, es que la iglesia de Campazas, tal cual Dios se la deparó, estaba toda de bote en bote, y que aunque cayese (por comparación) de las mismas nubes un alfiler, lo que es al pavimento no podía llegar; porque o se quedaría en el tejado de la misma iglesia, como es lo más natural, o, en caso de meterse por alguna rendija, boquerón o gotera, tropezaría en las cabezas del auditorio, y allí o en el vestido pararía sin duda hasta que la iglesia se fuese desocupando.

26. Pero ya es tiempo de que volvamos a nuestro fray Gerundio, que le tenemos incomodado y puesto de rodillas por más tiempo del que se acostumbra, no sin grande impaciencia suya por tanta detención, especialmente cuando estaba reventando, así por salir de su cuidado, como por desplegar las velas del discurso, navegando viento en popa por el mar de su mayor lucimiento.

27. Levantóse, pues, con bizarrísimo denuedo, volvió a hacerse cargo de todo el auditorio con grave y majestuoso despejo, tremoló sucesivamente sus dos pañuelos, primero el de color, con que se sonó en seco, y después el blanco, que pasó por la cara *ad pompam et ostentationem*. Entonó su *Alabado* con voz gutural y hueca. Persig-

nóse espurriendo bien la mano derecha; y teniendo con la izquierda la parte anterior de lo que se llama muceta en la capilla, propuso el texto sumisa pero sonoramente. Y dio principio a su sermón de esta manera. Pero, salvo el mejor y más acertado parecer de nuestros lectores, a nosotros nos parecía más conveniente hacer capítulo aparte, porque el presente harto será que no sea ya muy prolijo.

CAPÍTULO IV

Expónense a la admiración algunas cláusulas del sermón de fray Gerundio

Duró por mucho tiempo en nuestra indecisión la grave duda de si copiaríamos a la letra todo el sermón de nuestro famoso predicador, o nos contentaríamos con escoger algunas cláusulas entre aquellas que a nuestra limitada comprehensión se representaban como las más sobresalientes, para que el discreto lector por la parte viniese en cabal conocimiento del todo, no de otra manera que una sola uña bien dibujada en el lienzo da a conocer la majestuosa ferocidad del monarca coronado de la selva, y una sola línea, que corrió al desgaire por el campo de la tabla, hace presente a los ojos penetrantes la diestra mano que dio milagroso impulso a la delicadeza del pincel.

2. Por una parte, nos hacía lastimosa compasión, y aun en cierto modo nos parecía especie de usurpación injusta y hurto literario, defraudar al público aun de la más mínima palabra que se hubiese desprendido de la boca de nuestro divino orador, siendo cierto que hasta las que se salían de ella a excusas de su advertencia merecían engastarse en diamantes, para que compitiese su duración con la permanencia de los siglos. Por otra, se nos representaba que como no todos los lectores son tan inteligentes, ni tan pacíficos, ni de tan buena condición como nosotros los quisiéramos, ¿qué sabíamos si quizá nos depararía nuestra mala suerte algunos de ellos tan cetrinos, tan indigestos y de gusto tan estragado, que diesen al diantre nuestra historia, viendo interrumpido el hilo

de la narración con prolijos trasuntos de los partos intelectuales de nuestro héroe? Y acaso no faltaría alguno tan atrevido, que nos echase a los hocicos que aun cuando los referidos partos fuesen tan preciosos como a nosotros nos los figuraba nuestra pasión, era impertinencia empedrar de ellos la historia, por cuanto al historiador toca hacer fiel relación de los hechos y proezas de su héroe, pero no una impertinente colección de sus obras; porque, de otra manera, si los que escribieron las vidas de los cuatro Santos Doctores de la Iglesia y de tantos escritores venerables, emprehendiesen insertar en ellas todas las producciones de sus plumas, no dejarían de hacerse un si es no es molestos y pesados.

3. Confesamos de buena fe que esta última razón nos hizo un poquito de fuerza; y así dejando al cuidado de otra más feliz pluma que la nuestra el empeño y la gloria de enriquecer al orbe literario con una colección de los incomparables sermones de nuestro fray Gerundio, ilustrándolos con glosas, notas y escolios, en cuyo glorioso afán tenemos entendido que trabaja una academia de ingenios del primer orden, nosotros nos contentaremos con extractar tales cuales rasgos de aquellos que salieren al encuentro de la narración y nos parecieren necesarios para facilitar a los lectores la mejor inteligencia de los hechos. Fue pues la primera cláusula del sermón que predicó en Campazas fray Gerundio, la que se sigue:

4. «Si es verdad lo que dice el Espíritu Santo por boca de Jesucristo, ¡ay, infelice de mí!, que voy a precipitarme, o es preciso confundirme. El oráculo pronuncia, que ninguno fue en su patria, predicador ni profeta: *Nemo profeta in patria sua.* Pues, ¿cómo atrevido yo, presumí este día ser, predicador en la mía? Pero teneos, señores, que también para mi aliento, leo en las Sagradas Letras, que no a todos hace fuerza, la verdad del Evangelio: *Non omnes obediunt Evangelio.*[66] ¿Y qué sabemos si es ésta, alguna de

66. San Pablo a los Romanos, X, 16: «No todos obedecen al Evangelio.» Como otras veces, Isla, al margen en su ms. autógrafo, escribe comentarios. En este caso: «Disparatada introducción, parecida a muchas» (p. 55).

aquellas muchas, que, como siente el filósofo, se dice sólo *ad terrorem*?»

5. Esta entradilla puso en la mayor suspensión al grueso del auditorio, pareciéndole que era imposible encontrar con introducción más feliz ni más oportuna. Pero el magistral, que de propósito se había metido en el confesionario del cura (el cual estaba en frente del púlpito) y había cerrado la celosía de la parte anterior, para observar a su gusto a fray Gerundio sin peligro de turbarle, apenas le oyó romper en dos disparates o en dos blasfemias heréticas tan garrafales como dudar si era verdad lo que había dicho el Espíritu Santo por boca de Jesucristo, y suponer que muchas verdades del Evangelio era sólo para espantar y poner miedo, de pura vergüenza bajó los ojos, que tenía clavados en su sobrino, y desde luego hizo ánimo a no oír en aquel sermón más que herejías, atrevimientos o necedades. De buena gana se hubiera salido de la iglesia; pero sobre no ser posible penetrar por el concurso sin grande alboroto, se hizo cargo de que no era razón echar un jarro de agua a la fiesta, y así tomó el partido de disimular hasta su tiempo y de aguantar la mecha. Mientras tanto iba nuestro fray Gerundio prosiguiendo su sermón o su salutación, y a pocas paletadas se metió de paticas en lo más vivo de todas las circunstancias. Aquí me habrán de perdonar los críticos mal acondicionados; porque, cánseles o no les canse, en Dios y en conciencia, no puedo menos de trasladar al papel, *de verbo ad verbum*, el primoroso artificio con que las tocó todas, ya que no sea posible trasladar a él la valentía, el garbo y el espíritu con que las animó. Dijo pues así, cansándose del estilo cadencioso, o mudándole con todo estudio en el hinchado, así porque la variedad es madre de la hermosura, como porque a este estilo le llevaba más la inclinación:

6. «Ésta es, señores, la estrena de mis afanes oratorios; éste, el exordio de mis funciones pulpitables. Más claro para el menos entendido: éste es el primero de todos mis sermones. ¡Qué a mi intento el Oráculo Supremo! *Primum quidem sermonem feci, o Theophile!*[67] Pero, ¿dónde se

67. Vid. nota 4 de este libro.

hace a la vela el bajel de mi discurso? Atención, fieles; que todo me promete venturosas dichas, todas son proféticas vislumbres de felicidades. O se ha de negar la fe a la evangélica historia, o también el hipostático Ungido predicó su primer sermón en el mismo lugar donde recibió la sagrada ablución de las lustrales aguas del bautismo. Es cierto que la evangélica narración no lo propala, pero tácitamente lo supone. Recibió el Salvador la frígida mundificante: *Baptizatus est Jesus*;[68] y al punto se rasgó el tafetán azul de la celeste cortina: *Et ecce aperti sunt caeli*;[69] y el Espíritu Santo descendió revoleteando, a guisa de pájaro columbino: *Et vidit Spiritum Dei descendentem sicut columbam.*[70] ¡Hola! ¡Bautizarse el Mesías, romperse el pabellón cerúleo, y bajar el Espíritu Santo sobre su cabeza! A sermón me huele, porque esta divina paloma siempre bate las alas sobre la cabeza de los predicadores.

7. «Pero son supervacáneas las exposiciones cuando están claras las voces del Oráculo. Él mismo dice que bautizado Jesús, se retiró al desierto, o el diablo le llevó a él: *Ductus est in desertum a Spiritu, ut tentaretur a diabolo.*[71] Allí estuvo por algún tiempo, allí veló, allí oró, allí ayunó, allí fue tentado; y la primera vez que salió de allí, fue para predicar en un campo, o en un lugar campestre: *Stetit Jesus in loco campestri.*[72] ¡Oh, qué estival paralelo de lo que a mí me sucede! Fui bautizado en este famoso pueblo, retiréme al desierto de la religión, si ya el diablo no me llevó a ella: *Ductus est a Spiritu in desertum, ut tentaretur a diabolo.* ¿Y qué otra cosa hace un hombre en aquel desierto sino orar, velar, ayunar y ser tentado? Salí de él la primera vez para predicar. Pero, ¿en dónde? *In loco campestri*: en este lugar campestre de Campazas, en este compendio del campo damascena, en esta emulación de los campos de Farsalia, en este envidioso olvido de los sangrientos campos de Troya: *Et campos ubi Troja*

68. San Marcos, I, 9.
69. San Mateo, III, 16.
70. San Mateo, III, 16
71. San Mateo, IV, 1.
72. San Lucas, VI, 17.

fuit; en una palabra, en este emporio, en este solar, en este origen fontal de la provincia de Campos: *in loco campestri.*

8. «Aun hay más en el caso: el lugar campestre donde predicó el primer sermón el Hipostático, fue a la esmeraldática margen del argentado Jordán, donde había sido bautizado. ¿Y quién duda que le oiría Juan, su padrino del bautismo? *Venit Jesus ad Joannem, ut baptizaretur ab eo.*[73] ¡Y qué cosa más natural que al oír el padrino a su ahijado, y más si hizo de él feliz reminiscencia en la misma salutación *(Salutate Patrobam,* que dijo muy a mi intento el Apóstol), saltase ahora de gozo, como palpitó en otra ocasión de placer en el útero materno: *Exultavit infans in utero matris!*[74] El caso es tan idéntico, que sería injuriosa la aplicación para el docto; pero vaya para el insipiente.[75] ¿No se llama Juan mi padrino de bautismo? Todos lo saben: *Joannes est nomen ejus.*[76] ¿No me está oyendo este sermón que predico? Todos lo ven: *Audivi auditum tuum et timui.*[77] ¿No le están bailando los ojos de contento? Todos lo observan: *Oculi tui columbarum.*[78] Luego no hay más que decir en el caso.

9. »Sí, hay tal. Gracia y agua es el complejo de la fuente bautismal, y agua y gracia es lo que simboliza su nombre y apellido. Que Juan es lo mismo que gracia, lo saben hasta los predicadores malabares: *Joannes, id est, gratia.* Pero que *Quijano* sea lo mismo que agua o fuente copiosa de ella, lo ignoran hasta los más eruditos; pero presto lo sabrán. Ya tiene entendido el teólogo, y mucho más el sabio escriturario, que la quijada de asno es muy misteriosa en las Sagradas Letras, o desde que Caín quitó la vida con una de ellas a su hermano Abel, como quieren unos, o desde que Sansón magulló con otra las cabezas a mil agigantados filisteos, como saben todos: *In maxilla*

73. San Mateo, III, 13.
74. San Lucas, I, 41.
75. *insipiante*: ignorante.
76. San Lucas, I, 63.
77. Habacuc, III, 2: «Oí tu fama y he temido.»
78. Cantar de los Cantares, I, 14.

asini..., percussi mille viros.[79] Después de esta hazaña se moría de sed el fatigado Sansón. No había en todos aquellos espaciosos estrados de la odorífera Flora un hilo de plata líquida con que poder apagarla, cuando veis aquí que de la misma quijada que había sido la mortal filisticida, brota un raudal de aljófar derretido, que refrigeró al inhiante forzudo. Y quedó el sitio sigilado hasta el día de hoy con el cognomento de la Fuente de la Quijada: *Idcirco appellatum est nomen loci illius, Fons invocantis de maxilla, usque ad praesentem diem.*[80]

10. »Id ahora conmigo. Sabida cosa es, en nuestras historias genealógicas, que el antiquísimo y nobilísimo apellido de los Quijanos deriva su origen y su alcurnia no menos que del tronco de Sansón, cuyos hijos y nietos desde esta gloriosa hazaña comenzaron a llamarse los Quijanos, por no equivocarse con otra no menos antigua, aunque menos doble y mucho más extendida, familia de los Quijotes. No es menos cierta la noticia que desde entonces las armas de los Quijanos son una quijada de un burro en campo verde, brotando un chorro de agua por el diente molar, como lo afirman cuantos tratan del blasón. Asimismo es cosa muy averiguada que los Quijanos, en las batallas con los moros, no usaban de otras armas que de la quijada de un jumento cubierta con piel del mismo asno, siendo tan hazañosos con esta arma rebuznable, como a cada folio se refiere en los anales. Dígalo, si no, aquel héroe Gonzalo Sansón Quijano, que con una majilla[81] de jumento, *in maxilla asini,* quitó la vida por su propia mano en menos de media hora a treinta y cinco mil sarracenos, en la famosa jornada de San Quintín, debajo de Julio César, capitán general del rey don Alfonso, el de la mano horadada; proeza que premió el agradecido monarca mandando que en adelante se pintase la quijada del escudo de los Quijanos con treinta y cinco mil dientes, y en cada uno de ellos, como si fuera una escarpia, clavada una cabeza de moro, cosa que hace una vista que embelesa. Y

79. Jueces, XV, 16.
80. Vid. nota 14 de este libro.
81. *majilla,* forma antigua de mejilla (quijada).

de paso quiero añadir o, diré menos mal, quiero acordar a todos la erudición tan sabida de que el primer escudo que se grabó con toda esta multitud de cabezas y de dientes no era mayor que la más menuda lenteja, siendo lo más admirable que quijada, dientes y cabezas, con todos sus pelos y señales se distinguían perfectamente a más de cien pasos de distancia. ¡Oh, asombro de la invención! ¡Oh, prodigio de la habilidad! ¡Oh, milagro de los milagros del arte! *Miraculorum ab ipso factorum maximum*, que dijo a este intento Casiodoro.

11. »Pero atención; que oigo no se qué articulado acento en las etéreas campanas: *Vox de caelo audita est.* Pero, ¿de quién es ese gutural, verbífico sonido? Oigamos lo que dice; que quizá por ello deduciremos quién lo profiere, como por el efecto se viene en conocimiento de la causa, y por el hilo se saca el ovillo. *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi complacui*: «éste es mi querido Hijo, dulce objeto de mis complacencias.» [82] ¡Hola! ¿Dice la voz que el que está predicando en el lugar donde fue bautizado es su hijo? Luego la voz es del padre; sabe el lógico que es legítima la consecuencia. ¿Y quién es ese padre? *Pater meus agricola est*: «mi padre es un labrador honrado.» Ea, que, ya vamos descubriendo el campo. Pero, ¿qué tiene el padre con el sermón del hijo? No es nada lo del ojo, y llevábale en la mano. ¿Qué ha de tener, si él mismo se le encarga? Dícelo expresamente el texto: *Misit me vivens Pater*: el que me envió, o el que me trajo a predicar, es mi padre. Y nota oportunamente el texto mismo que cuando su Padre le envió a predicar, estaba vivo, *vivens Pater*; la interlineal, *sanus*, que estaba sano; los Setenta,[83] *robustus*, que estaba robusto; Pagnino, *vegetus*, que estaba terete [84] y fuerte. Apelo a vuestros ojos, y decidme si no es idéntico el caso.

12. »Vamos adelante, que aún no lo he dicho todo.

82. San Mateo, III, 17.

83. *los Setenta*, alude a la versión griega del Antiguo Testamento encargada por Tolomeo Filodelfo a setenta y dos judíos egipcios (c. 282 a J. C.).

84. *terete*: «rollizo, duro y de carne fuerte» *(DA)*.

¿Y cómo se llamaba ese generativo principio, ese paternal origen de aquella dichosa prole? Aquí deseo arrecto [85] vuestro órgano auscultativo. El sermón que mi padre, vivo, robusto, sano y terete, encomendó a mi insuficiencia, ¿no es del eucarístico panal? Sí. El arca del Testamento, ¿no fue el más figurativo emblema de ese ovalado armiño? Dígalo el docto y el versado en la teología expositiva. ¿Y por dónde anduvo prófuga esta cóncava testamentífera arca? Vamos a las sagradas Pandectas: *Et asportaverunt eam a lapide adjutorii in Azotum*: «condujéronla al país de los a-Zotes.» [86] ¡Vítor! que ya tenemos Zotes en campaña. ¿Entra el arca en la provincia de los Zotes? ¿Manda un padre a su hijo que predique de esa arca? Pues, ¿qué apellido ha de tener ese padre, ni qué cognomento ha de distinguir a ese hijo, sino el de los Zotes, principales de la provincia? *Et asportaverunt eam in Azotum.*

13. »Es convincente el discurso, pero vaya una interrogacioncilla. ¿Y ese hijo no tenía madre? ¡Y cómo que la tenía! Pues consta que la madre y el padre le buscaron: *Ego et pater tuus quaerebamus te.*[87] Está bien. ¿Y la madre no tuvo parte en el sermón? Fue el todo; pues ya es cosa sabida que siempre que un predicador se desempaña con lucimiento, se refunden en la madre sus aplausos. Por eso al acabarse la función exclaman todas las piadosas mujeres: «¡Bien haya la madre que te parió! ¡Dichocas las madres que tales hijos paren!» *Beatus venter qui te portavit, et ubera quae suxisti!* [88]

14. »Pero ¿qué ruido estrepitoso, qué armoniosa algarabía divierte mi atención hacia otra parte? ¿Qué percibe la potencia auditiva? ¿Qué especies visuales se presentan delante de la visiva? Más claro y más para el vulgo: ¿qué oigo?, ¿qué veo? ¿Qué he de ver, ni qué he de oír, sino un coro de danzantes? *Quid vides in Sunamitis, nisi choros castrorum*? [89] ¡De danzantes! Ea que sí; pues a vista

85. *arrecto*: atento, del latín *arrectus*, p.p. de *arrigo*.
86. Libro I de Samuel, V, 1.
87. San Lucas, II, 48.
88. San Lucas, XI, 27. Vid. nota 23 de este libro.
89. Cantar de los Cantares, VII, 1: «¿Qué queréis contemplar en la Sulamita, danzando a doble coro?»

de la eucarística arca, aun a las mismas testas coronadas se las bullen los pies. Dígalo el rey penitente de Idumea: *Et David saltabat totis viribus ante Dominum.*[90] Nótese la frase *saltabat totis viribus:* «brincaba con todas sus fuerzas». No se andaba ahora en paspieses pulidos, en carrerillas menudas, en cabriolas ni en vueltas de pechos acompasadas; daba unas vueltas en el aire, echando las piernas con cuantas fuerzas podía: *saltabat totis viribus.* ¿No es eso lo que ahora estamos viendo en esos ocho robustos atletas y luchadores a brazo y pierna partida con el viento? Más: era David un danzante coronado; pues, corona por corona, no le deben nada a David nuestros danzantes. Pero aún descubro en Isaías otras señas más claras de ellos: *Et pilosi saltabant ibi:*[91] «y danzaban allí los que tenían largo el pelo, los de grandes cabelleras, los de las melenas tendidas.» No puede ser la visión más adecuada para el caso presente.

15. »De buena gana me iría un poco más tras de la danza, si no me embelesara ese teatro que ya observo erigido junto a las puertas del templo, *ad fores templi,* que dijo elegantemente el mitrado panal de Lombardía (hablo del melifuo Ambrosio). ¿Y qué significa ese teatro? Según uno es signo natural, o según otros es signo *ad placitum,* de un auto sacramental, representación del Sacramento. ¿Sí? Pues de esas representaciones llenas están a cada paso las páginas de la Escritura. ¿No fue representación del Sacramento el maná? Así lo afirma Cayetano. ¿No fue representación del Sacramento Cordero el vellón de Gedeón? Así lo siente Lorino. ¿No fueron representación del eucarístico trigo las espigas de Rut? Así lo asegura Papebrokio. Y todas estas representaciones, ¿no se hicieron en el campo? Es común sentir de expositores y padres. Pues representaciones del Sacramento y representaciones en el campo, ¿quién podrá dudar que fueron proféticas figuras de las representaciones del Sacramento que se hacen todos los años en mi amada patria de Campazas, *in loco campestri?*

90. Libro II de Samuel, VI, 14.
91. Vid. nota 16 de este libro.

16. »Mas, afuera, afuera; aparta, aparta; huye, escápate, corre; mira que te coge el toro. ¿Qué es esto? Rodeado me veo de estos cornúpetos brutos. ¡Qué cerviguillo, qué lomo, qué roscas en el pescuezo, qué lucios y qué gordos! *Tauri pingues obsederunt me.*[92] ¿No hay quien me socorra? Que me cogen, que me pillan, que me revoletean. Pero, ¡ea!, que fue terror pánico, ilusión de la fantasía, ente de razón raciocinante. No son toros de muerte ni furiosos. Son sí unos novillos alegres y vivos, pero ni marrajos ni sangrientos: *vituli multi* o, como lee otra letra, *mutilati*: unos novillos desmochados, esto es, o sin puntas en el asta, o sin fuerzas en las puntas. Gracias a Dios que respiro, porque me había asustado. Pero, ¿qué tienen que ver los novillos con la fiesta del Sacramento? ¡Ignorantísima pregunta! ¿Qué fiesta del Sacramento puede haber cabal, si la faltan los novillos?, puesto que el profeta penitente adelanta más la materia cuando dice que los novillos se deben correr o, lo que allá se va todo, se deben presentar en las mismas aras: *Tunc imponent super altare tuum vitulos.*[93]

17. »Ya no me detengo, ni en las hogueras, ni en las luminarias nocturnas, que precedieron a este festivo día. ¿Cuándo se descubre el Señor sin que se enciendan brillantes céreos piropos? ¿Ni qué más hicieron los tres milagrosos niños en la flamígera hoguera[94] del babilónico furno, que lo que anoche vimos hacer a los pubescentes muchachos de mi predilecta patria en las fumigerantes hogueras que encendió la devoción y la alegría de sus fervorosos íncolas?[95] Si aquéllos jugaron con las llamas sin que les tocasen el pelo de la ropa, éstos brincaron por ellas sin que les chamuscasen ni un solo cabello de la cabeza: *Et capillus de capite vestro non peribit*, que dijo la Boca de Oro.[96] Pues, ¡qué, la multitud de estruendosos vo-

92. Salmo XXII, 13.
93. Salmo LI, 21: «Entonces ofrecerán becerros sobre tu altar.»
94. Vid. nota 20 de este libro.
95. *íncolas*: «moradores o habitadores de un pueblo o lugar» *(DRAE)*.
96. San Lucas, XXI, 18. *Boca de oro* es traducción de Crisóstomo, como se llamaba a San Juan Crisóstomo por su elocuencia. ¿De-

ladores que subieron serpenteando por ese diáfano elemento, saetas encendidas, que disparó la bizarría y el valor para disipar el nigricante escuadrón de las tinieblas! Parece que les estaba viendo el monárquico adivino cuando cantó vaticinando: *Sagittas suas ardentibus effecit.*[97] Pero más al caso presente lo pronosticó, el que dijo que resonaba por todo Campos el horrísono, bom, bom, bom, bom, bom de las bombardas:

Horrida per campos bam, bim, bombarda sonabant.[98]

18. »Paréceme que tengo tocadas y retocadas las circunstancias del día. Pero no; que la más especial, por nunca vista hasta aquí, se me olvidaba. Hablo de ese vocal instrumento, y al mismo tiempo ventoso, que tan dulcemente titila nuestros oídos; hablo de ese equivalente o, como se explica el discreto Farmacopola,[99] de ese *quid pro quo* de órgano, que añade tanta majestuosa armonía a la solemnidad del sacrificio; hablo, en fin, para que me entiendan todos, de esa sonora gaita gallega que tanto nos encanta y nos hechiza. Pero, ¡qué oportuna, qué discreta, qué ingeniosa fue la invención de mi paternal mayordomo cuando discurrió y resolvió festejar con ella la función del Sacramento! Porque pregunto: ¿no es el Sacramento en el viril el escudo, las armas y el blasón del nobilísimo reino de Galicia? Así me lo atestiguó anoche un

---

rivará de aquí la expresión burlesca «pico de oro»? *Pico de Oro* es el mote del doctor Rimbombo, abogado que aparece en las *Aventuras de Juan Luis*, de A. D. Rejón de Lucas, Madrid, Ibarra, 1781, 61: «Si vierais qué talento, que verbosidad, que informes. Unos en rigurosa cadencia [recordemos las cadencias de los sermones de fray Blas], y otros fundados en refranes: se llenaban las salas cuando oraba en ellas.» El *DA* define así «pico de oro»: «se llama al sujeto que es muy elocuente, lo que regularmente se dice de los oradores y predicadores de estilo elegante»; definición que no se ajusta al uso literario satírico que hemos encontrado.

97. *monárquico adivino* es David. Salmo VII, 14: «Hace encendidas sus saetas.»

98. Vid. nota 56 del libro III.

99. *farmacopola* es el farmacéutico, no un autor.

peregrino que viene en romería de Santiago. Pues, siendo esto así, era cosa muy congruente, y en cierta manera *simpliciter necessaria* (ya me entiende el lógico y el teólogo), que no faltase en la misa del Sacramento aquel instrumento armonioso, apacible y delicado que deriva su alcurnia y su apellido del mismo nobilísimo reino; porque, como dice el filósofo, *propter unum quodque tale et illud magis*. ¡Gran gloria de Galicia, tener por escudos de armas al Sacramento! Pero, ¡mayor de Campazas, ser la patria y el solar de la sagrada Eucaristía! Porque o hay Sacramento en Campazas, o no hay en la Iglesia fe. Éste será el arduo empeño en cuyo golfo desplegará las velas el bajel de mi discurso; y para que lo haga viento en popa, será preciso que sople por el timón el aura benéfica de aquella deífica Emperatriz de los mares, implorando su protección y su gracia con el acróstico epinicio [100] del celestial paraninfo: *Ave Maria*.»

19. Bien puede discurrir el advertido lector que es imposible a toda humana pluma, no digo ya explicar cabal y adecuadamente, pero ni aun delinear un levísimo rasguño por donde se venga en tal cual obscuro conocimiento de la admiración, del pasmo, del asombro con que fue oída esta salutación por la mayor parte de aquel guedejudo y pestorejudo auditorio. Fue milagro de Dios que le diesen lugar para predicar el que se llama cuerpo del sermón; y seguramente no se lo hubieran dado, a no tenerles todavía tan pendientes la suspensión y la curiosidad del asunto tan singular y tan raro que había propuesto; porque esto de probar que Campazas era el solar y la patria del Santísimo Sacramento, y que si no había Sacramento en Campazas, no había en la Iglesia fe, ¿qué seis granos de láudano bastarían para amodorrar al más dormilón y somnoliento? En medio de eso, no pudo contenerse el auditorio sin prorrumpir de contado, primero en un alegre y bullicioso murmurio muy parecido al que hacen las abejas alrededor de la colmena, después en aclamaciones y en vítores descubiertos, arrojando hasta la bóveda o artesonado de la iglesia, no sólo las monteras y

100. *epinicio*: «canto de victoria, himno triunfal» *(DRAE)*.

sombreros, sino que no falta quien diga se vieron también revoletear algunos bonetes. Sobre todo el maragato de la gaita gallega, cuando oyó su gaita no menos oportuna que repentinamente alabada, no pudo contenerse sin echar al predicador una alborada; esto de contado y, como dicen, por vía de provisión, reservándose el derecho de echar todos los registros luego que el sermón se concluyese perfecta y completamente. En fin, la algazara y la gritería fue tal, que en más de medio cuarto de hora no le fue posible a fray Gerundio proseguir su panegírico; y aunque el sacristán hacía pedazos el esquilón del altar para que se sosegase la bulla, no lo pudo conseguir hasta que de bueno a bueno [101] se fueron todos aquietando.

20. Mientras tanto, el sabio, prudente y discreto magistral estaba también aturdido, pero sin acertar a discernir cuál de las dos cosas le asombraba más, si la satisfacción y sandez del orador, o la ignorancia y bobería de aquel rústico auditorio. El canónigo don Basilio, aunque no ahondaba tanto como el magistral, porque sus estudios no habían pasado de los precisos para entender medianamente el Breviario y un puntico de Concilio, pero como era de una razón natural tan despejada y tan bien puesta, comprehendió sin dificultad que la salutación era un gracioso tejido de furiosos disparates, y desde luego hizo ánimo a holgarse bien a costa de fray Gerundio. El otro pariente suyo, familiar del Santo Oficio, hombre de bastas explicaderas pero de más que mediana razón, decía allá para consigo:

—O yo soy un porro, o este flaire no sabe las enclinaciones de los hombres, ni ha estudiado a *selmo, selmonis* como el mi Cuco (llamábase Francisco un hijo suyo, que comenzaba aquel año el arte), o toda esta gente está borracha. Mas al fin yo soy un probe lego sin letras, y puede ser que me encalibre.[102]

101. *de bueno a bueno*: poco a poco. Cervantes, *Quijote*, II, cap. 24, usa la expresión en femenino: «Pero, sí con todo de buenas a buenas, sin mucha solicitud...»

102. *encalibre*, como encalabrine: «hinchir el celebro de algún mal olor y tufo, de suerte que llegue a turbar el sentido y casi trastor-

21. Esto pasaba por el pensamiento de los tres cuando fray Gerundio dio principio al cuerpo de su sermón, que probó, confirmó y exornó puntual y literalmente según la ingeniosa idea que se le había ofrecido, de la cual dimos bastante noticia al fin del capítulo segundo, donde podrán volverla a leer, si gustaren, nuestros píos y benévolos lectores; porque si bien es verdad que nos podíamos prometer de su mucha benignidad el que no llevasen a mal se la volviesen a poner delante de los ojos un poco más extendida y con aquella energía, cultura y formalidad que era propia de nuestro insigne orador; pero al fin, todo bien considerado, nos ha parecido más acertado consejo no abusar de su buena inclinación, haciéndonos cargo de que toda repetición es fastidiosa, sin ser nuestro ánimo derogar por eso un punto la buena fama y opinión del que dijo que hay cosas *quae septies repetita placebunt,* que darán gusto y no fastidiarán, aunque se repitan siete veces. Háyalas enhorabuena; pero nosotros no presumimos tanto de las nuestras, que las consideremos comprehendidas en este número; y llamamos nuestras a las de nuestro fray Gerundio, porque en tanto nos las apropiamos, en cuanto están sujetas a la jurisdicción de nuestra tarda y deslucida pluma. Y en fin, ¿para qué es rompernos la cabeza, si tenemos ya hecha una firme, determinada e irrevocable resolución *inter vivos* de no copiar dicho sermón, ni trasladarle en nuestra historia? Haga cuenta el curioso lector que le leyó. Dé por supuestas y aun por oídas muchas más aclamaciones, muchos más vítores, muchos más *vivas* al acabarse el panegírico, que al concluirse la salutación. Tenga por cosa cierta que no sólo la gaita, sino que el mismo gaitero estuvo también para reventar, el uno soplando, y la otra siendo soplada. Suponga como noticia indubitable, que allí incontinenti y en la misma iglesia al bajar la escalera del púlpito, hubieron de sofocar a fray Gerundio a puros abrazos, y que antes de llegar a la sacristía, pensó ser ahogado en lágrimas y en mocos de las tías, que se atropellaban por abalanzarse a él, habiendo

---

narle por lo fuerte del hedor. Sale del nombre calabre, que vale hedor, así dicho de cadáver» *(DA).*

corrido respectivamente la misma fortuna Antón Zotes y la dichosísima Catanla Rebollo, su consorte. Finalmente, dé por asentado lo que asegura un autor fidedigno y sincero, conviene a saber, que el mismo licenciado Quijano, no embargante de estar revestido con las vestiduras sacerdotales, ni acordándose siquiera de que estaba celebrando el santo sacrificio de la misa, se mantuvo sentado en la silla hasta que su ahijado pasó por el prebisterio para entrarse en la sacristía, y entonces sin poderse contener, se arrojó a él y dióle un estrechísimo abrazo; y vuelto al altar, apenas pudo entonar el *Credo* por las lágrimas que derramaba de puro gozo y ternura; demostración que no se hallará semejante en toda la historia eclesiástica, aunque sea en la del mismísimo Elías Dupin,[103] autor diligentísimo en recoger todas las noticias apócrifas y ridículas que podían hacer despreciables las más sagradas, augustas y venerables ceremonias de la Santa Iglesia.

22. Salió nuestro fray Gerundio de la de Campazas lo mejor que pudo; y no le costó poco trabajo, porque es tradición que apenas le dejaron poner los pies en el suelo hasta que llegó a su casa, llevándole en el aire los innumerables que concurrieron a congratularle y se incorporaron después en la comitiva, que se compuso de casi todo el inmenso gentío que había acudido a la fiesta. Parécenos que no es necesario decir los parabienes, los plácemes, las enhorabuenas que allí se repitieron, unos ensalzando al predicador, otros congratulando a sus padres, éstos complaciéndose con fray Blas, que recibía las enhorabuenas en nombre de su Religión, aunque aplicándose a sí la mayor parte de ellas, aquéllos clamando a voz en grito que era dichoso el lugar que había merecido ser patria de tal hijo y, finalmente, gritando todos a una voz que fray Gerundio era de presente la honra, y había de ser con el tiempo la inmortal memoria de su siglo. Cosas tan comunes y regulares, no es razón que los historiado-

103. *Elías Dupin* (1657-1719), historiador eclesiástico y profesor de la Sorbona, escribió una *Nouvelle Bibliothèque des auteurs eclésiastiques*, París, 1686-1704, que acabó siendo incluida en el *Índice* de 1757.

res gasten el tiempo en referirlas; porque los lectores las deben dar por supuestas; y más cuando a la sazón era ya la una de la tarde, estaban las mesas puestas, se pasaba el asado, y los convidados tenían gana de comer.

CAPÍTULO V

DASE CUENTA DE LO QUE PASÓ EN LA MESA DE ANTÓN ZOTES

No es nuestro ánimo hacer una pomposa descripción de la gran mesa, ni referir el orden de asientos que guardaron entre sí los convidados, ni mucho menos dar al lector una individual y menuda noticia de los platos que se sirvieron en ella. Sobre que podría parecer a muchos una prolijidad impertinente, no faltarían acaso algunos que la calificasen de impropia o de muy ajena de aquella majestad que debe reinar siempre en esta gravísima historia, en la cual nunca pueden hacerse lugar oportuno noticias que no sean de la mayor importancia; porque si bien no pocos historiadores nos han dado en esto ejemplos harto perniciosos, haciéndole en las suyas a cosas asaz extravagantes y ridículas, como el que se paró muy de propósito a tomar la medida a las bragas de Calígula, haciendo una pintura de su corte y previniendo con toda seriedad que se las atacaba con agujetas, y no con botones ni corchetes, que era lo más regular en aquel tiempo; y el otro que refiriendo aquel caso (cierto o dudoso) cuando el rey don Pedro el Cruel se arrojó con la espada desnuda al río Guadalquivir para matar al legado del Papa, que le había excomulgado desde un barco que estaba prevenido, y éste se escapó a fuerza de remo, con cuya ocasión el bueno del historiador se detiene muy despacio en medir los pies que tenía el barco de largo, los que contaba de ancho, cuántos eran los remeros, de qué iban vestidos, sin omitir el color de las birretinas, y con la advertencia de que llevaban bordado de realce en ellas el escudo o las armas de don Enrique, conde de Trastamara, hermano y competidor de don Pedro. Digo que estas y

otras menudencias que nos refieren los historiadores, son de aquellos ejemplos más admirables que imitables, y que a nosotros nos ha parecido más conveniente respetar con una profunda veneración, que empeñarnos en seguirles.

2. Fuera de que habiendo hecho ya una puntual descripción topográfica de la casa de Antón Zotes a la misma entrada de esta nuestra verídica historia, con su figura, dimensiones y repartimientos, le será fácil comprender a cualquiera lector (por escasa que sea la sagacidad de que le haya dotado el cielo) que dentro de la casa no era fácil encontrar pieza cubierta capaz y proporcionada para tantos convidados; porque la panera, que era la única que había, estaba ya legítimamente empleada en otro necesario destino, como lo dejamos advertido en el capítulo tercero de esta segunda parte. Y aunque hubo votos de que se desocupase el pajar para poner en él las mesas, no lo consintió la discreción del mayordomo; lo primero, porque era lugar indecente; lo segundo, porque dar de comer a los convidados donde estaba la despensa de lo que habían de comer las bestias, podía parecer pulla, y era dar asunto para que se sacasen coplillas y cantares; lo tercero, porque, ¿dónde se había de echar la paja?; lo quarto, porque todo el techo estaba entoldado de telarañas; y lo quinto, finalmente, porque no había otra entrada para el pajar que el boquerón por donde se arrojaba la paja, desde el cual hasta el pavimento había más de seis varas.

3. —Esa última enfecultá —dijo un compadre de Antón Zotes, que asistía a la consulta— no me hace nenguna fuerza; porque con bajar los señores por la escalera de mano por donde bajan los mozos cuando el pajar llega a las escurriduras, estaba todo acabado.

—¿Y cómo se había de servir la comida? —replicó el tío Antón.

—¿Cómo? —respondió el compadre—. Subiendo y bajando los servidores; y si no, con una estratagema sotil que ahora me incurre. ¿Había más de que estiviesen dos mozos enriba del boquerón, con dos herradas atadas a sus dos sogas, y que por ellas subiesen y bajasen los pratos, que habían de recebir o enviar las mozas que estiviesen

en bajo? Compadre, esa enfecultá no vale nada; para las otras sí que no topo absolución.

4. Por todo lo cual es más verisímil que las mesas se dispusiesen debajo de aquel cobertizo que estaba delante de la primera puerta interior de la casa, en frente por frente de la que caía a la calle, del cual dimos puntual y exacta noticia en el capítulo primero del libro primero, página *mihi* 3, de esta circunstanciada historia; y más, habiendo para eso la congruencia de estar muy inmediata la cocina, cosa que conduce mucho para que los platos salgan calientes a la mesa, como lo notó sabiamente monsieur Ferneyer, primer cocinero de Su Alteza Real al señor duque de Orleáns, en su docto tratado de *El cocinero a la moda*, capítulo segundo: *Del sitio donde se debe colocar la cocina. Ibi:* «Il faut mettre le cuisine le plus proche qu'il sera possible de la chambre à manger, par la raison que les viandes façonnés soient mises dans la table avec le température qu'il faut.» Palabras dignas de eternizarse en la memoria de todos, y que nos ha parecido conveniente traducir con la mayor fidelidad, para que no se priven de ellas los que tienen la desgracia de ignorar la lengua francesa. «Conviene —dice el docto autor— que se fabrique la cocina lo más cerca que sea posible del cuarto donde se come, y es la razón porque así los platos saldrán a la mesa con el temperamento con que deben salir.» «Esto es —añade en su erudita nota el anónimo escoliador—, ni más fríos, ni más calientes de lo que conviene.»

5. Por lo que toca al orden de asientos, es natural que hubiese ocupado el primero en cabecera de mesa el señor magistral, como persona más digna, teniendo a sus dos lados al padre vicario de las monjas y al canónigo don Basilio, el cual quiso absolutamente que fray Gerundio se sentase junto a él; pues aunque por ser tan de casa le tocaba ocupar los últimos asientos, y él por su modestia así lo pretendió, pero por novio, digámoslo de esta manera, convinieron todos en que le correspondía sentarse de los primeros; y aun añadieron más, que su madre, la tía Catanla, debía sentarse junto al hijo, para que comiese con más gusto; y la buena de la Rebollo, sin hacerse de rogar, lo ejecutó luego así. Los primeros convidados to-

maron sus asientos sin preferencia personal, observando sólo la de los estados; porque así lo dispuso el familiar con mucho acierto, diciendo:

—Señores, la Igresia tiene ya enregrado el cirimonial. Lo que se platica en las procisiones hemos de platicar en esta mesa en gracia de Dios: primero, los flaires; dempués, los señores curas; detrás, los legos; y a la trasera de todos, las mujeres, porque este ganado allá se entiende.

6. No parece que llevó muy a bien este repartimiento el hermano Bartolo (así se llamaba el donado), por lo cual dijo al familiar:

—Hermano síndico [éralo de su convento], si su caridá no entiende más de cosas de Enquisición que de asentaderas de mesa, dígole que es un probe menistro. La persición es percisión, y la mesa es mesa; y va tanta endiferiencia de la una a la otra, como de mí al Padre Santo. Para sentarnos flaires junto a flaires, estaríamos en nuestros conventos. Lo que yo he visto siempre en mesas de respeuto (porque aunque probe y pecador, he comido con muchas personas que tenían señoría), es que las señoras se sentaban enjunto a los flaires, y los flaires enjunto a las señoras, siendo éste un lobítico [*levítico* quería decir] muy arregrado a concencia y a razón; porque por fin y por postre, todos tenemos faldas y, como dijo el otro, la variedad es madre la hermosura. Y para que su caridá lo sepa todo, hubo ocasión en que me mandaron sentar y comer junto a sí una duquesa...

—También yo he visto comer junto a otra —dijo el familiar— a una negra, a un enano y a una mona.

Iba a proseguir; pero un religioso de la misma orden y del mismo convento, que había llegado aquella mañana, le atajó, diciendo:

—Hermano síndico, no haga caso de ese simple; pues ya le conoce, como no ha dicho misa ni comulgado, harto será que esté en ayuno natural. Lo dispuesto está bien dispuesto; y lo contrario, ni es modestia, ni aun decencia religiosa. Si el derecho canónico encarga severamente, no sólo a los religiosos, sino aun a los mismos clérigos seculares, que huyan en cuanto les sea posible de los públicos convites: *Convivia publica fugiant*, ¿qué parecerá un

religioso en un convite público, sentado entre dos mujeres, o una mujer entre dos religiosos?

No se atrevió a replicar el hermano Bartolo, y todos tomaron sus asientos según la prudente disposición del sesudo familiar.

7. Diose principio a la comida según la loable costumbre de Campos en mesas de mayordomía, con un plato de chanfaina. Hubo su cordero asado, sus conejos, su salpicón, su olla de vaca, carnero, cecina, chorizos y jamón, todo en abundancia, sirviéndose por postres aceitunas, pimientos y queso de la tierra; suponiéndose que no sólo andaba rodando por las mesas el vino del Páramo, sino que el de la Nava hizo rodar por aquellos suelos al cabo de la comida a más de dos convidados. No fue de este número el hermano Bartolo, porque no llegó a tanto la virtud del específico. Pero a lo menos al cuarto trago (que hay opiniones se completó al acabar el plato de chanfaina), no pudo llevar en paciencia tanta gravedad, mesura y silencio como se observaba en la mesa, sin hacerse cargo de que así comienzan por lo regular todos los convites que acaban en bulla, algazara y aun locura, según aquel apotegma: *Primo, silentium; secundo, stridor dentium; tertio, rumor gentium; quarto, vociferatio amentium.*[104] Pero como el donado no entendía latín, no le paró perjuicio la ignorancia de esta sentencia; y queriendo desde luego alegrar la función, tomó en la mano un vaso de buen portante, encaró con la tía Catanla y, diciendo en alta voz *¡Bomba!* para llamar el silencio y la atención, rompió en esta disparatadísima décima, que así la llamó él:

Oh tú, Catanla Rebollo,
Madre de este científico repollo,
Eres la madre más dichosa
De cuantas han parido alguna cosa.
La fama con su clarín
Y retintín
Hará que llegue tu gloria
Desde Campazas hasta Vitoria;

104. *amentium*: de dementes.

Y es lástima, como dicen estos señores,
Que no paras una camada de predicadores.

8. Aplaudióse infinito la décima con repique universal de vasos y de platos, siendo como la señal de acometer; pues desde aquel punto todo fue bulla, zambra y algazara, tanto, que se atropellaban unos a otros los brindis y las coplas. El canónigo don Basilio, que no deseaba otra cosa para soltar la rienda a su festivo humor y a su admirable facilidad en el decir, tomó el vaso, gritó *¡Bomba!*, callaron todos, y dijo así:

—Yo no he oído sermón tal,
Ni se oyó de polo a polo:
La décima de Bartolo
Sólo puede serle igual.
Está mi juicio neutral;
Y tanto el cotejo aprieta
Entre una y entre otra veta,
Que es la salida mejor,
Que uno es tan grande orador
Como el otro gran poeta.

9. Sólo el magistral, algunos de los religiosos y tal cual clérigo, a los cuales se añadió el socarrón y cortezudo familiar, entendieron lo ladino de la decimilla. Los demás se lo tragaron como sonaba, y especialmente a los dos interesados los hizo muy buen provecho; porque el donado se esponjó visiblemente, y fray Gerundio, que entendía tanto de versos castellanos como de sermones, quedó muy agradecido. El familiar, hombre en extremo veraz y que no podía disimular lo que sentía, dijo con mucha gracia:

—Mal año para los que me quieren mal, si la coplilla no abrasa. Ella se me asemeja a lo que me respondió un flaire muy taimado, a quien le pregunté cuál de dos hermanos míos, también flaires, que vivían en su convento, era mejor estudiante, y él me respondió: «Ambos son peores.»

10. El predicador fray Blas, que había callado hasta

entonces, no pudo llevar en paciencia la pulla del señor familiar; y como él se picaba también de poeta, y en realidad era de aquellos poetillas en cierne que saben de lo que consta un verso, y toda la gracia la ponen en equivoquillos insulsos y pueriles, desenvainó al punto su décima y, mirando de hito en hito al familiar, habló de esta manera:

—El sentido singular
En que el familiar se explica,
Aunque repica, no pica,
Que es estilo familiar.
A fray Gerundio alabar
No me toca, sí al donado,
El cual digo de contado
Que si es bueno, es lo mejor;
Pero será hombre mayor,
Como sea Maldonado.

11. Aturrullóse el familiar, y se quebraron algunos vasos y aun platos en fuerza de los repiques con que fue celebrada la décima de fray Blas. Especialmente cuatro curas del Páramo quedaron asombrados; porque aquello de *pica* y *repica, familiar* y *familiar, buen donado* y *Maldonado* los aturdió verdaderamente, pareciéndoles que era hasta donde podía llegar el ingenio humano. Conociólo don Basilio, y para burlarse de los curas tanto como del poeta, prorrumpió al instante en estas dos quintillas:

—Tus equívocos, fray Blas,
Nos admiran, como soy;
Mas perdonen los demás,
Porque soy admirado estoy
Que no sean muchos más;
Pues tu ingeniosa cabeza
Se equivoca sin preludio,
Con tal primor, tal destreza,
Que lo que parece estudio
Es en ti naturaleza.

12. Tragósela fray Blas, teniendo por lisonja la satirilla; y pareciéndole a fray Gerundio que era obligación suya corresponder a los elogios que se dedicaban a su amigo (ya que a éste no se lo permitía la modestia), quiso también sacar los pies de las alforjas poéticas. Pero como no tenía uso, le costaba mucho trabajo: esto se entiende para encontrar los consonantes; pues por lo que toca a los pies, no hallaba dificultad en sacarlos ajustados, por lo mucho que le gustaba el estilo cadencioso. Pero salió felizmente del empeño, acordándose en aquel punto de una décima que se atribuye a don Francisco de Quevedo cuando estaba preso en San Marcos de León, y dicen la compuso a un canónigo de aquella santa iglesia que se intitula Santa María de Regla, el cual era gran copleador, pero muy poco asistente al coro. La décima decía así:

La musa de mi compadre,
Con efecto, es musa bella;
Y si no es musa doncella,
Es en cambio musa madre.
No hay cosa que más la cuadre;
Porque ya es baza asentada
En soltera y en casada,
Como Hipócrates lo arregla,
Que si falta la regla,
Parirá o está preñada.

13. Disimuló don Basilio la insulsez, y aun afectó celebrarla como la mayor agudeza, para tomar ocasión de volver a la carga en los aplausos de fray Gerundio. Pero lo suspendió; porque a este tiempo tocó al vaso el padre vicario, haciendo señal de *bomba.* Callaron todos; y él, después de calzarse mejor los anteojos, componer el becoquín, deshogar el pecho, empuñar el vaso y mirar con gravedad y con desdén hacia todas partes, dijo así, con mucho remilgamiento:

Octava rima

—Sermones oí sí de circunstancias,
Pero tan circunstanciados como éste,
Ni Soto, ni fray Fiel, ni fray Ganancias,
Ni el mismo don Juan Lobo el arcipreste.
Cotilla tiene mil extravagancias,
Son de Guerra los dichos una peste.
¡Oh Gerundio, orador siempre divino,
No eres Gerundio, no, sino Supino!

14. Un poco se paró el canónigo don Basilio al oír esta octavilla, que no le pareció del todo despreciable, y como que concibió un poco de respeto al padre vicario, teniéndole por poeta más que de mesa de cofradía, porque si la octava era irónica, mostraba ingenio, buena crítica y bastante travesura. No obstante, le quedó algún escrúpulo de que el padre vicario hablaba en todos sus cinco sentidos; porque sus modales, su aire presumido y su afectado remilgamiento le daban no sé qué tufo de que también era de los predicadores del uso, y que debía de ser un poco más inocente de lo que parecía. Para sondearle, pues, le dijo con su acostumbrada picaresca:

—Padre maestro, a excepción del señor magistral y de estos reverendísimos, todos los demás que estamos en la mesa somos algo legos, aun inclusos los de corona; pues ya sabe vuestra reverendísima que también hay eclesiásticos de capa y espada. No entendemos de más libros que el Breviario, y aun ése sabe Dios si le entendemos. Conque no podemos hacernos cargo de quiénes son esos autores que vuestra reverendísima ha citado en su eruditísima octava, que por todos sus pies está chorreando alusiones exquisitas. Sin duda que debieron ser los príncipes de la oratoria española, cuando vuestra reverendísima los trae a colación para cotejarlos con el reverendísimo padre maestro fray Gerundio.

15. —¡Y cómo que lo son, señor canónigo! —respondió con gran tiesura y pomposidad el padre vicario—. A lo menos en mi pobre juicio, hasta que oí al padre fray Gerundio, no hallé quien los excediese; y aun puedo añadir

que no sé si encontré quien los igualase, especialmente en tocar con el mayor primor y delicadeza las circunstancias más menudas, que por lo mismo son las más preciosas.

16. »El primero, en un sermón a cierta función de jubileo, concedido nuevamente por Su Santidad, queriendo hacerse cargo a un mismo tiempo, así del nuevo jubileo, como de un esquilón nuevamente fundido que pocos días antes se había colocado en el campanario de la iglesia, trajo oportunamente aquello de *Ecce nova facio omnia,*[105] y añadió inmediatamente lo otro de *Laudate eum in cymbalis jubilationis; laudate eum in cymbalis bene sonantibus.*[106] Los textos son comunes, no lo niego, pero la aplicación fue singular y pasmosa.

17. »Al segundo no se le escapó la rara circunstancia de haberse puesto peluca por la primera vez, en el mismo día de la función, el mayordomo de la fiesta a que predicaba; y habiendo hecho una bizarra pintura de los cabellos de Absalón, dijo que su padre David mandó que se los cortasen luego que tuvo noticia de su infausta muerte, cuando quedó colgado de ellos; y dando orden para que de los mismos cabellos le hiciesen una cabellera rizada, se la puso el mismo día en que fue bailando delante del Arca; para cuya exquisita erudición citó el sabio orador al célebre rabí Akados [107] y no sé qué pasaje del *Talmud*, que venía muy a pelo.

18. »El tercero tuvo presente que la noche antes de la función había parido un niño muy rollizo la mayordoma, a la cual llamaban en el lugar la *Princesa* (no se sabe si por sátira o por mote); y con la mayor gracia y primor imaginable se le ofreció de repente encajar en la salutación aquel oportunísimo lugar de *Puer natus est nobis, et filius datus est nobis; et factus est principatus super humerum*

105. Apocalipsis, XXI, 5: «He aquí que hago nuevas todas las cosas.»

106. Salmo CL, 5: «Alabadle con címbalos sonoros, / alabadle con címbalos resonantes.»

107. Yehudáh ha-kádos, rabino que dio forma definitiva a la *Mischná.*

ejus;[108] cosa que aturdiría a todos cuantos la oyesen, y que desde que yo la leí, no he dejado de admirarla.

19. »El cuarto...

Iba a proseguir el padre vicario, pero le atajó el canónigo, diciéndole:

—Padre maestro, no se canse vuestra reverendísima; que por el hilo se saca el ovillo, y sobra lo dicho para que yo conozca con cuánta razón, con cuánto candor y sinceridad religiosa celebra vuestra reverendísima a esos héroes de nuestra oratoria española. Del cuarto ya tengo yo alguna noticia desde que leí un epigrama de Horacio, que le aplicó un malhablado con ocasión de no sé qué sermón que predicó satirizando a otro de su paño, cuyos aplausos parece que no le sonaron bien; y el bellacón del deslenguado (¡Dios me lo perdone!), aludiendo a que el tal orador debía de ser corto de persona, pero presumido de hombre grande y de lindo, dijo por bufonada:

Bellus homo et magnus vis idem, Cotta, videri,
Sed qui bellus homo est, Cotta, pusillus homo est.[109]

20. »Pero ahora dígame vuestra reverendísima: ¿qué es lo que quiso decir en el último concepto de su admirable octava, conviene a saber, que nuestro inimitable orador ya no es Gerundio, sino Supino? Porque si es lo que comprehende mi malicia, harto será que esto ceda en el mayor elogio suyo.

—Señor canónigo —respondió no sin alguna seriedad el padre vicario—, yo no sé lo que su malicia de usted comprehende ni deja de comprehender, porque no soy amigo de meterme en malicias ajenas. Lo que sé es que la inteligencia de aquel concepto está clara: el supino es lo último adonde puede llegar todo verbo, y no puede

108. Isaías, IX, 6: «Porque nos ha nacido un niño, / nos ha sido dado un hijo, / que trae sobre los hombros la soberanía.»

109. Como ya señaló Lidforss, el epigrama es de Marcial, no de Horacio. *Epigrammata*, I, 9: «Tú quieres a la vez, Cotta, pasar por galán y por gran personaje, mas el que galán es, Cotta, muy poca cosa es.»

pasar de allí. Véalo usted, si no: *amo, amas, amavi, amatum*; *lego, legis, legi, lectum*; *doceo, doces, docui, doctum. Doctum, lectum, amatum* son el supino de estos verbos, los cuales todos paran en él; y no hay que andar dándole vueltas, que no me señalará usted ni siguiera un verbo que dé un paso más adelante. Pues ahora está ya claro lo que quiero decir; y es que así como el supino es el *non plus ultra* de los verbos, así el reverendísimo fray Gerundio —al decir esto, hizo ademán de quitarse el becoquín por respeto y reverencia— es el *non plus ultra* de los predicadores.

21. —También lo es vuestra reverendísima de los poetas agudos —respondió el taimado de don Basilio—; y apuesto a que ningún ingenio daba en la genuina significación del pensamiento, si vuestra reverendísima no nos hubiera hecho la honra o, por hablar al uso, no hubiera *tenido la bondad* de explicárnosle. ¡Lo que es el no entenderlo! Como yo había leído, no me acuerdo dónde, que en latín a un hombre tardo, rudo y que todo lo trastorna se le llama un hombre *supino*, y también se aplica este significado a los perezosos, haraganes y galbaneros, que todo el día se están, como se dice, *con la panza al sol*, confieso que me sobresalté algún tanto cuando oí el acabamiento de la octava. Y pareciéndome que podía ser pulla, ya estaba con la musa en ristre para volver por el decoro de nuestro incomparable orador, al cual, sin hacerle injusticia, no se le podía aplicar el epíteto de *supino* en ninguno de los significados que yo le atribuía; porque ni tiene nada de haragán o perezoso, siendo la misma laboriosidad, ni mucho menos se le puede llamar tardo o rudo de ingenio, pues yo no le he conocido hasta ahora más delicado, como lo acredita cada rasgo del sermón que acabamos de oírle.

22. »Confieso que el *supino* en este sentido lo soy yo, pues no caí en una significación que se estaba viniendo a los ojos. También declaro, para descargo de mi conciencia y para mayor confusión mía, que ya no me parece el nombre de *Gerundio* tan propio y tan adecuado a los méritos del padre predicador, como lo sería el de *Supino*. Antes de haber oído la erudita, ingeniosa y cabal explica-

ción de su significado, juzgaba yo que no había en toda la nomenclatura... llámase así, señora Catanla (porque somos deudores a todos), aquel vocabulario, almacén o despensa de donde se sacan los nombres propios... que no había, vuelvo a decir, en toda la nomenclatura otro nombre más ajustadito al talle de nuestro gran modelo de predicadores que el de *Gerundio*; porque los gerundios son los que dan a conocer el carácter de los sujetos con quienes tratamos. Y así a un hombre de condición altiva, furiosa y arrebatada le llamamos hombre *tremendo*; a un religioso grave, autorizado y respetable le damos el título de padre *reverendo*; a uno que sea maligno, disoluto y contagioso, y más si está públicamente excomulgado, le distinguimos con el arrimadizo de *vitando*; y sabe ya el docto que *vitando, tremendo* y *reverendo* son tan gerundios en nuestra lengua como lo son en la latina *cenandus, prandendus, potandus.*

23. »Esto supuesto, desde que tuve la dicha de conocer, tratar y oír al padre fray Gerundio, discurría yo así: Éste es un hombre verdaderamente *admirando, estupendo, preconizando* y *colendo,*[110] los cuales todos son legítimamente gerundios, o no los hay en el mundo. Luego se le puso el nombre de *Gerundio* con la mayor propiedad imaginable. Pero desde que oí a vuestra reverendísima, digo y vuelvo a decir que harto mejor le cuadraba el de *Supino,* porque éste es mucho más cosa. Y esto se entienda sin perjuicio de los aciertos y de la discreción del señor licenciado Quijano, su dignísimo padrino, que fue quien se le puso.

24. El buen licenciado, que en toda la comida había cerrado la boca, pero tampoco la había abierto para hablar palabra, sino parte para comer y parte para admirar los grandes elogios que, a su modo de entender, se habían dicho en la mesa de su querido ahijado, solamente respondió:

—Señor don Basilio, yo soy un pobre clérigo que no entiendo de esas honduras. Algo estudié de gerundios y de supinos, pero jamás me metí en cuál era más, cuál era

110. *colendo*: venerando.

menos; porque no soy amigo de revolver huesos,[111] que al fin son cosas odiosas. Si a fray Gerundio le puse este nombre y no otro, mis razones me tuve que no he menester decir a nadie. Lo que podré asegurar a usted es que mi ahijado, allí donde usted le ve, tan conocido ha de ser en el mundo con el nombre de *Gerundio*, como puede haberlo sido cualquier Supino que haya nacido de mujeres.

25. —¡Bomba! —dijo a este punto el hermano Bartolo—. Que ésa ya es endemasiada prosa; se va acabando la mesa, y entodavía no hemos dicho una palabra al señor mayordomo. Allá va a Dios y a dicha.

Callaron todos, y él soltó esta disparatadísima chorrera de desatinos:

—Carlomagno y todos los Doce Pares
Fueron, ¡oh Antón Zotes!, en tu comparanza
Como el dedo meñique a respeuto de tu panza,
Y como dos pajitas enjunto a dos pajares.
No venciste al gigante Fierabrás,
Pero hiciste mucho más,
Cuando por tu endustria vino al mundo
Ese pozo de cencia tan profundo
Como la noria de mi convento,
Que tiene más de mil brazas y aun más de ciento.
Si no fuera por ti y por la tía Catanla tu consorte,
No metería fray Gerundio tanto ruido en la Corte,
Donde la reina, el rey, el Papa y los cardenales,
Los duques, los marqueses y hasta los mismos provinciales
Le celebran a porfía;
Que dicen que es una batahola, una algarabía.
Si el árbol se conoce por el fruto,
Como dijo un teólogo llamado Marcos Bruto,
El cual añadía que aun por eso
Las grandes camuesas endican un gran camueso,
¡Qué árbol serás tú! ¡Qué nobre tronco!
Sólo de imaginarlo me pongo ronco.
La Fama...

111. *revolver huesos*: volver sobre malos recuerdos o errores familiares.

26. —Basta, hermano Bartolo, basta —le interrumpió el magistral, que ya no podía aguantar más tanto disparate.

Y aunque había disimulado su mal humor todo lo posible por no desazonar la función, apurada ya la paciencia, se levantó de la mesa con pretexto de ir a dormir la siesta, haciendo lo mismo todos los demás convidados, a excepción de don Basilio, el padre vicario, fray Blas, fray Gerundio, el familiar y el donado, que se quedaron de sobremesa, donde pasó lo que dirá el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VI

DE LA CONVERSACIÓN, NO MENOS ÚTIL QUE GRACIOSA, QUE SE TUVO SOBRE COMIDA

—PERMÍTAME usted, padre fray Gerundio, que le dé mil abrazos —dijo don Basilio—, ahora que hemos quedado solos. Rato mejor que el que usted me dio con su admirable sermón, no le he tenido ni le he de tener en mi vida. Eso es predicar, y todo lo demás es hojarasca.

—Yo tal digo —añadió el padre vicario—; y si un joven al principio de su carrera comienza así, ¿qué será cuando la acabe? Yo conocí a un predicador de cierta orden, hombre ya de canas y provecto, que aunque predicaba a este mismo aire que el padre fray Gerundio, no merecía descalzarle los zapatos; y con todo eso le llamaban *espantamadrid.*[112] Pues, ¿qué será el padre fray Gerundio cuando llegue a sus años? Seguramente que le llamarán el *Monstruo de España,* y todavía le vendrá estrecho el renombre.

2. —¿No te lo dije yo, amigo fray Gerundio? —interrumpió a esta sazón fray Blas, rebosando gozo por todas sus coyunturas—. Si no hubieras seguido mis consejos, y te hubieras dejado gobernar de las vejeces de nuestro reverendo padre fray Caduco, ¿lograrías ahora estos aplausos?

112. *espantamadrid*: con este nombre se conocía al padre Domingo Pérez, de la orden de predicadores, que publicó sus sermones en 1746.

3. —¿Quién es ese flaire? —preguntó el familiar—. ¿Y qué consejos daba a mi sobrino?

—Es un reverendísimo Matusalén —respondió fray Blas—, de esos que alcanzaron las valonas,[113] el cual está muy mal con todo lo que en los sermones se llama *conceptos, agudezas, equívocos, circunstancias*; en una palabra, con todo aquello que hace el gusto y embeleso del auditorio, y produce el aplauso del predicador. Dádole ha que se ha de predicar a lo ramplón y a lo solidote: asuntos serios y naturales, verdades indubitables y de cuatro suelas; pruebas macizas y de cal y canto y, como dicen, de estas que aplastan. De *circunstancias* no se hable. Dice que no hay más circunstancias que las del misterio del Santo o del objeto de que se predica, y que todo lo demás es locura y profanación, que muchas veces se roza en sacrilegio. Añade que solicitar en los sermones el gusto o el deleite del auditorio y el aplauso del orador, es contra toda regla de la verdadera elocuencia, la cual sólo debe tirar a convencer, a persuadir y a mover; pretendiendo que los conceptos delicados, las agudezas, los equívocos y las pinturillas deleitan, pero no convencen, ni persuaden, ni mueven. Vaya usted viendo lo que adelantaría un pobre predicador con estas reglecitas, y si al cabo del año tendría dos arrobas de chocolate en el cajón, o si rodarían media docena de doblones en la naveta.

4. —¿Conque eso decía ese buen flaire? —volvió a preguntar el familiar.

—Sí, señor; eso decía, eso dice y eso estará diciendo por toda la eternidad, si Dios no lo remedia —respondió fray Blas.

—Pues mi alma como la de su reverencia —continuó el familiar—; yo soy un probe monigote como ustedes ven, que sólo sé leer con trabajo y echar mi firma con enfecultá; pero por fin y por postre, dos deditos de entendimiento, de pricisión los ha de tener todo hombre inracional. Mi voto le doy a ese fray Matías de Jerusalén, o como le llama el padre perdicador, y que me emprumen

113. *que alcanzaron las valonas*: forma de ponderar la vejez del fraile, que vivió o nació en la época en que se usaban valonas.

si no le sobra la razón por los tejados. Cuando voy a oír un semón, sea el que se juere, voy siempre son entinción de que m'hagan güeno, o espirándome deseos de emitar las vertudes del santo a quien se perdica, o propuniéndome alguna verdá de emportancia, que me la metan bien en la cabeza, y dempués como que me empujen el corazón a platicarla. Pero vaya usté con Dios; que las más de las veces m'hallo con una retahíla de garambainas, de entresijos, de sotilezas y de cercunloquios que, en mi ánima jurada, los entiendo yo tanto, ni sé a lo que vienen, como ahora llueven pepinos. Daca el mayordomo, vuelve la comedia, torna los novillos; si la ciudá se llama así, si su enfundidor se llamó asado; si danzaron o no danzaron los profetas; si se usaron hogueras y cuetes y carretillas y triquitraques en la ley de los judíos. Dempués entran los ángeles que suben y bajan por la escala de Jacó; dempués aquellos serafines con sus seis alas, que no parecen sino los gorriones de todos los sermones, porque ansí como los gorriones se encuentran en todos tiempos y en todas partes, ansí esos probes serafines salen a volar en todos los sermones; que no sé, a fe mía, cómo tienen ya fuerzas ni prumas, y en verdá que hicieron bien en ponerles tantas alas, una vez que hubiesen de estar volando tan encontinuamente. Pues, ¿qué diré de aquel que unos llaman *carro,* y otros *carroza,* de un tal Enzequiel? Habrá acarreado el dichoso carro más paja en esos púlpitos de Dios que todos los carros de Campos, desde que se enfundió en el mundo la labranza. Conque al cabo del sermón me güelvo a mi casa tan malo como me salí, sin haber entendido una palabra de toda aquella chanfonía. Y vaya usté con Dios, que hemos de decir que el perdicador es un hombre que se pierde de vista, siendo ansina que a muchos de ellos los llevara yo a la Inquisición, si el Santo Tribunal me lo mandara.

5. —Señor familiar —replicó fray Blas—, no hable usted en lo que no entiende.

A que añadió prontamente fray Gerundio:

—Tío, pensar usted que ha de alcanzar más que tantos predicadores famosos como predican así, y tantos hombres discretos como los celebran y los aplauden, es demasiado pensar.

—Sobrino —respondió el familiar—, cada probe ascanza aquello que Dios le ayuda. A eso de que tantos perdicadores perdican ansí, y que tantos hombres discretos los celebran, digo que porque son tantos los que perdican ansina, por eso me encarabrino yo tanto; y en cuanto a los hombres discretos que los celebran peor es hurgallo. Yo confieso, porque el diabro no se ría de la mentira, que también los he uído apraudir a muchos; pero acá en mi imaginamiento todos eran unos tontos. Y a lo otro que dijo el padre perdicador de que yo no lo entiendo, respondo a su usencia que como los sermones se perdican para que los entiendan todos, por el mismo caso que yo no entiendo los más, digo que son malos; y no me sacarán de esto cuantos tiólogos hay en la Uneversidá de Salamanca.

6. —A muchos ha hecho bien poca merced el señor familiar —dijo a esta sazón el padre vicario con su acostumbrado entonamiento—. Si son necios los que predican de esa manera y los que gustan de sermones a ese aire, se verificará a la letra lo que dice el Espíritu Santo, que *stultorum infinitus est numerus*;[114] y será preciso contar en ese número a muchos hombres de bien, y yo, aunque no lo sea, desde luego me encuentro entre ellos, porque más quiero errar con los muchos, que acertar con los pocos.

7. —¡Fuego de Dios en la másima! —replicó con viveza el familiar—. No me la meterá su esendísima en la cabeza. En todo caso, a mí me parece más mijor acertar con uno solo, que errar con todo el mundo; porque en concrusión el errar siempre es errar, y el acertar siempre es acierto.

—No estará usted tan solo por ese partido —dijo a esta sazón don Basilio—, que no tenga también a su lado al señor magistral; porque así en los sermones que le he oído, como en las conversaciones que se han ofrecido sobre la materia, con el ejemplo y con la palabra se muestra tan opuesto a este modo de predicar, que es gusto oírle cuando se zumba de él, y estremece cuando le combate en serio.

114. Eclesiastés, I, 15.

8. —Por algo ha estado tan grave y tan espetado en toda la mesa —interrrumpió el hermano Bartolo—; que en toda ella no ha dicho esta boca es mía, y alguna vez que yo le miraba, estaba con un ceño que parecía un enquisidor. Pero, dempués de todo, yo me atengo a nuestro padre vicario y al reverendo padre fray Bras, que son perdicadores leídos; y de mí sé decir que cuando oigo uno de estos sermones agudos, me embobo tanto, que es un alabar a Dios. Pues ¡qué, si el perdicador es hombre de manoteo, y lo representa con garbo y, como dicen, con empropriedad! Entonces no trocaría yo el sermón por una comedia.

9. —Ésa es otra —replicó el familiar—: perdicadores he uído que no parecen sino mesmamente a unos farsantes que vi en Valladolí una vez que fui allá a cosas del Santo Oficio, y había comedias. Ni más ni menos traquiñan las manos cuando perdican, como las traquiñaba [115] el primer galán, que decían era un pordigio. Si habran de cruz, espurren los brazos; si de una bandera, hacen como que la tirimolan; si de una batalla, dan cuchilladas; si de una ave, parece que vuelan.

—En eso hacen lo que deben —respondió magistralmente el padre vicario—; porque las acciones han de acompañar a las palabras, en lo cual no debe diferenciarse el predicador del representante.

10. —A otro perro con ese hueso —dijo el familiar—, que yo no le roeré. ¿Conque quiere su ausencia encajarnos que un comediante y un perdicador han de representar de la mesma manera?

—Ambos han de pintar, en cuanto sea posible, con las acciones aquello que expresan con las palabras —replicó el padre vicario.

—Sí, señor, ambos tienen esa obrigación; pero el comediante como comediante, y el perdicador como perdicador.

—Pues explíquenos usted la diferencia —dijo con un poco de desdén el padre vicario.

—¡Oh!, si yo supiera expricarla como acá la tengo en

115. *traquiñaba*: trajinaba, agitaba.

mi calletre —respondió el familiar—, no me truecaría por un arcediano.

11. —A mí me parece —saltó entonces don Basilio— que comprehendo lo que quiere decir el señor familiar. Parécele que siendo tan diversos los fines que se deben proponer el comediante y el predicador, han de ser también muy diferentes los medios, y que lo que en el uno es gala, hermosura, viveza y propiedad, en el otro sería locura, ridiculez, irrisión y extravagancia. El comediante sólo tira a deleitar, a embelesar y a divertir; el predicador únicamente debe intentar convencer, persuadir y mover. En aquél las acciones, los gestos y los movimientos parecen mejor cuanto más airosos, cuanto más vivos y cuanto más desenfadados; en éste todo debe respirar gravedad, majestad, modestia y compostura; y perteneciendo a la acción, no sólo el movimiento de las manos, sino el aire del semblante, la postura del cuerpo y hasta el tono de la voz, en todo debe reinar una modestia que no se pide al comediante. Y a este propósito me acuerdo haber leído en Quintiliano que el buen orador ha de querer más parecer modesto y encogido, que garboso y desembarazado: *Modestus et esse et videri malit.*[116] Y debe ser sin duda la razón porque siendo el principal fin del orador el persuadir y el mover, todo aquello que le hace más amable, le hace también más eficaz, siendo cierto que el que es dueño del corazón se hace más presto señor del entendimiento; y como el orgullo, la presunción y la arrogancia desagradan tanto a todos, el predicador que en sus movimientos, gestos, acciones y meneos se ostenta orgulloso, arrogante y presumido, de contado se hace aborrecible, o por lo menos enfadoso. De aquí es que la modestia y el encogimiento, que pocas veces cae en gracia a un comediante, siempre es necesaria al predicador; y harto será que no fuese esto lo que el señor familiar quiso decir.

12. —Pero ¿cuándo lo expricaría yo con esa herejía y craridad? —exclamó el familiar, lleno de gozo, dando un abrazo a don Basilio—. Usté me bebió el pensamiento; y ya que una cosa llama a otra, díganos usté por vida suya,

116. En el lib. II, cap. XII, sec. 10 de *De institutione oratoria.*

y así tenga Dios en descanso al ánima de su señora madre (conocíla mucho, y era una mujer..., ¡válame Dios, qué mujer era!); díganos usté, vuelvo a decir, qué cosa es modestia de la voz. Porque ansí al descuido con cuidado se dejó usté caer este vocabro, y yo no entiendo bien lo que sanefica.

13. —Tampoco yo lo entendería mucho —respondió el canónigo—, si por casualidad no lo hubiera leído pocos días ha en cierto libro que me envió un amigo de Madrid, y trata de estas cosas de los predicadores. Intitúlase *La elocuencia cristiana*, y su autor es un jesuita francés llamado el padre Blas Gisbert,[117] hombre sin duda hábil, discreto y erudito, que trae admirables especies, aunque a mi pobre parecer escritas no con el mejor método del mundo; porque repite mucho, hacina bastante, no sigue la caza, pica mil cosas y luego las deja; y en muchos ejemplares que trae de San Juan Crisóstomo, a quien propone con grandísima razón por el mejor modelo de la elocuencia sagrada, aunque todos ellos son muy escogidos, me parece que está algo prolijo. Pero, ¡hola! ¿Quién soy yo para meterme a crítico, sin acordarme que esta facultad no se hizo para un pobre canónigo bolonio? Vuelvo a la pregunta.

14. »Dice pues este padre, si no me acuerdo mal, hablando de la voz, poco más o menos estas palabras: «Serás modesto por esta parte si evitas en tu voz cierto aire bronco, hinchado y dominante que introduce hasta el corazón de los oyentes aquella enfadosa disonancia que su mismo desentono causa en el oído. Una voz dulce, fuerte, igual, flexible y modestamente imperiosa es de admirable auxilio para la persuasión. Por el contrario, el entendimiento siente no sé qué repugnancia en rendirse a unas razones que se derivan por un canal tan ingrato y tan desagradable como es una voz grosera, desapacible, fiera, impetuosa y violenta.»

15. —¿Y dónde ha de ir a comprar otra —replicó fray Blas— aquel a quien Dios se la dio con esas tachas?

117. B. Gisbert, *L'éloquence chrétienne dans l'idée et dans la practique*, Amsterdam, 1728. Por esta edición, que debía tener Isla, es por la que citan los personajes, como puede verse por el párrafo 17.

—Eso no le dice mi autor —respondió el canónigo—; y yo no he tomado el oficio de instruir a los predicadores, porque soy poco hombre para eso. Sólo refiero lo que he leído, bien que a mí me parecía que el arte, el trabajo y el cuidado podían corregir esos defectos; y aun hago memoria, si no me equivoco, de haber oído o leído que Demóstenes y Cicerón, los dos mayores oradores que ha conocido el mundo, habían recibido de la naturaleza una voz bronca y destemplada, y ambos la redujeron a un medio templado, sonoro y apacible con el cuidado y con el ejercicio.

16. —Pues oye su mercé, señor don Basilio —dijo el familiar—; aunque es así que esas vozarronas que parecen berreaduras de güey o de becerro y esos meneos empetuosos de los perdicadores, como los llama ese padre teatino Bras de qué sé yo qué, parece que le rompen a uno los cascos; pero a mí no me amohínan menos otros perdicadores que hay tan enmelados con unas palabricas tan de azucre y de almíbare, unos ceceos y unos meneos de dama remilgada y de *sí, señor,* que cierto dan a un hombre gana de gomitar.

—Cuando todo eso es natural —respondió el canónigo—, porque nace de un genio verdaderamente dulce, suave y blando y de algún natural defecto de la lengua, no sólo no fastidia, sino que cae en gracia, persuade y mueve. Pero cuando se mezcla en ella la afectación y el artificio, no hay cosa que más empalague ni que más irrite. Aun en una conversación, el que afecta dulzaina, dengues y remilgamiento, se hace extremadamente fastidioso; pero cuando esto se quiere remedar también en el púlpito, no hay paciencia para tolerarlo.

17. —En eso vamos conformes —interrumpió el padre vicario, y es que él tenía una voz sonora grata y medianamente corpulenta—. No lo estamos tanto en el dictamen sobre esa obrita del padre Gisbert, que tengo en mi celda y he leído con bastante cuidado; pues aunque usted la ha notado algunos defectillos, veniales a la verdad, pero en el fondo se conoce que la aprecia. ¿Ha leído usted los reparos críticos de monsieur Lenfant sobre esa obra?

—Sí, padre reverendísimo; porque están al fin de la segunda edición, que es la que yo tengo.

—¿Y qué le parece a usted de ellos? —preguntó el padre vicario.

—Padre maestro —respondió don Basilio—, un triste canónigo de capa y espada como yo soy no puede dar parecer en esta materias. Pero pues vuestra reverendísima desea saber lo que siento, valga lo que valiere, digo que fuera de las notas que le pone (y a mí me parecen justas) sobre la falta de método, la repetición y la prolijidad de los lugares que extracta de San Juan Crisóstomo, casi todos los demás reparos de monsieur Lenfant son fútiles, ridículos y pueriles; y en fin, pidiendo primero licencia para usar de este equivoquillo, reparos propiamente de niños, que eso quiere decir *l'enfant* en nuestra lengua.

18. —Pues, ¡qué! —replicó el vicario—. ¿Pueril llama usted al primer reparo que pone sobre lo que dice en el prólogo el padre Gisbert, que «la hermosura del discurso suple la falta de la brevedad»? Y añade el crítico que «aquí hay obscuridad y algún sentido equívoco, pues se quiere decir que lo hermoso del discurso excusa lo prolijo». Este reparo me parece justo y sólido.

19. —¡Lo que es no entenderlo! —respondió el canónigo—. Pues a mí me parecía que era insulso, fútil y sin razón alguna; porque no comprehendía yo que entre estas dos cláusulas: *la hermosura de un razonamiento suple la falta de la brevedad* —*la hermosura de un discurso excusa la prolijidad* hubiese otra diferencia que la de decir una misma cosa con más o con menos palabras, pero que en lo demás ambas proposiciones eran igualmente claras y perceptibles. Mas las superiores luces de vuestra reverendísima descubren lo que no vemos los que las logramos más escasas.

20. —Pues la segunda nota de monsieur Lenfant sobre el prólogo —dijo el padre vicario— aún es más substancial que la primera, y no sé qué se pueda replicar a ella. Para excusar el padre Gisbert la prolijidad de los ejemplos que propone, dice que en eso no hizo más que imitar a San Agustín; y añade oportunamente el discreto crítico: «Si el método es malo, no le autoriza el ejemplo

del Santo; fuera de que San Agustín no es tan prolijo, ni con mucho, en sus citas como lo es el padre Gisbert en las que hace de San Juan Crisóstomo.» ¿Tratará usted de pueril este reparo?

21. –Yo me guardaré bien de eso –respondió el canónigo–; porque aunque es verdad que a nosotros los eclesiásticos legos nos disuena mucho esto de hablar con menos respeto de los Santos Padres, y más de un Padre tan sabio, tan ingenioso y tan crítico en todo como dicen que fue San Agustín, pero eso nacerá sin duda de que nosotros no lo somos. Por eso nos escandaliza oír que cuando las cosas son malas, el ejemplo de los Santos Padres no las autoriza; porque nos parecía a nosotros que una vez que las autorizase el ejemplo de los Santos Padres, debíamos de creer que no eran malas. Por lo que toca a si son o no son tan largas las citas de San Agustín, como los ejemplos que copia el padre Gisbert de San Juan Crisóstomo, yo no puedo hablar con conocimiento de causa; porque confieso que sólo he leído por el forro las obras de San Agustín en la librería del señor magistral, pero como el padre Gisbert asegura que San Agustín traslada lugares muy considerablemente largos de los profetas, de San Pablo y de San Cipriano, en su libro o tratado *De la doctrina cristiana,* paréceme que debemos creerle sin escrúpulo; porque no tiene traza de hombre que habla a bulto, ni de quien cita en falso.

22. »Pero demos de barato que las citas del santo hubiesen sido más breves o más cortas: acá, a mi modo de concebir, me parece que no hace fuerza el cotejo, siendo muy clara la disparidad. San Agustín, en el libro *De la doctrina cristiana,* no toma por asunto instruir a un predicador en el modo de predicar, sino imbuirle en los dogmas o doctrina de la religión que debe de enseñar, y para esto no era menester copiar pasajes largos de los Padres anteriores al Santo Doctor.[118] Por el contrario, todo el empeño y todo el asunto del padre Gisbert es instruir a un orador cristiano en el método y en el modo con que ha de disponer sus sermones; y para esto era al parecer in-

118. *Santo Doctor*: Tomás de Aquino.

dispensable hacer un poco largos los ejemplares que se proponen para la imitación, porque, como dice el mismo padre, si no se da a estos modelos del buen gusto una cierta proporcionada extensión, es imposible sentir o reconocer en ellos perfectamente la práctica de las reglas. Es verdad, como signifiqué al principio, que aun para este fin me parecen un poco prolijos algunos pasajes de San Juan Crisóstomo que copia el padre Gisbert; pero yo soy un pobre canónigo en romance,[119] y debo someter mis bachillerías al superior dictamen de vuestra reverendísima, a quien suplico se sirva decirme qué hombre fue ese monsieur Lenfant cuyas notas han tenido la fortuna de agradarle tanto.

23. —Señor don Basilio —respondió el padre vicario—, confieso que no lo sé, ni me he metido en averiguarlo; porque cuando leo un libro, me importa poco saber la vida y milagros del autor. Si me gusta, le acabo y le celebro; y si me enfada, le cierro y le arrimo, sin meterme en más honduras ni averiguaciones.

24. —¡Hay cosa! —replicó el canónigo—. Pues yo estaba en el errado concepto de que para hacer juicio de una obra, especialmente crítica y en materia que se roza con la religión, convenía mucho saber por lo menos en general los estudios, las circunstancias y, especialmente, la profesión o la religión del autor. Confieso que habiendo observado en las notas de monsieur Lenfant el empeño en critiquizar, morder y censurar los lugares que traslada el padre Gisbert (porque en suma a esto se reducen sus principales notas, o a lo menos aquellas que no son sobre puras fruslerías), y habiendo reparado que desde la misma carta que sirve de prólogo a la obrilla muestra su poca inclinación a este célebre Padre de la Iglesia,[120] cuando dice que aunque él es uno de los que más admiran su elocuencia y su genio, con todo eso no quisiera proponerlo hoy por modelo sin muchos correctivos: confieso que todo esto me hizo entrar de mala fe con este

119. *canónigo en romance*: de poca altura, poco instruido.
120. *este célebre Padre de la Iglesia*, se refiere al mencionado San Juan Crisóstomo.

monsieur, y me dio fiera tentación de averiguar qué personaje era.

25. »Tuve bien poco que hacer en conseguirlo; porque como soy uno de aquellos eruditos de repente y haraganes de la moda, que quieren saber mucho a poca costa y hablar en todas materias sin comprehender ninguna, en saliendo algún diccionario, compendio, epítome, sinopsis, o cosa que lo valga, luego escribo a mi corresponsal de Madrid para que le haga venir a mi librería romancista.[121] En ella tengo el *Diccionario histórico, abreviado,* de Moreri, escrito en francés por el abad Ladvocat y traducido harto fielmente en castellano por don Agustín de Ibarra, clérigo laborioso y aplicado. En él se dice que Jacobo Lenfant fue un famoso teólogo e histórico de la religión protestante, que dejó un gran número de obras y murió paralítico el año de 1728. Por señas, antes que se me olvide, que se asegura nació en Bazoche en el Bauce, provincia que no se sabe dónde cae, pues sólo se tiene noticia del Bausès o Beaucès, bajo y mediano, que comprehende el país de Chartres y el de Vandoma, pero esto importa un bledo. Lo que a mi ver importa más es que habiendo sido monsieur Lenfant un protestante tan famoso como arrabiado, parece que se deben leer con alguna desconfianza sus notas sobre la obra de un jesuita, y más sobre tal obra.

26. —Pues, ¡qué! —replicó el padre vicario no sin algún desdén—. ¿Es usted de aquellos entendimientos vulgares que juzgan no puede escribir con acierto un hereje en ninguna materia?

—No, padre reverendísimo —respondió el canónigo—, no soy tan lego como todo eso. Sé muy bien que entre ellos ha habido autores eminentes en algunas facultades; sé muy bien (porque al fin ya llegué a estudiar las súmulas) que no vale esta consecuencia: *Es hereje, luego no sabe lo que se dice, ni lo que se escribe*; sé también que así como hay cierta especie de locos que solamente desvarían en

121. Recordemos la sátira que años después escribió Cadalso criticando este tipo de «hombre moderno», *Los eruditos a la violeta.* Personaje que, sin embargo, ya había sido bastante criticado en escritos costumbristas y novelas.

determinadas materias, así hay muchas clases de entendimientos que solamente desbarran en asuntos determinados. Pero al mismo tiempo estoy persuadido a que por esta última razón debemos leer siempre con mucha cautela y desconfianza aquellas obras de los herejes que directa o indirectamente tratan de puntos de religión, cuales son sin duda las que hacen crítica de los Santos Padres, cuya veneración y concepto procuran ellos disminuir por todos caminos. Por otra parte, siendo tan notoria la inquina que los herejes profesan a las religiones, especialmente a los jesuitas, paréceme que cuando aquéllos escriben contra éstos, pide la equidad que se las lea con un poquillo de precaución, porque son parte apasionada.

27. El donado, a quien se le secaba la boca con tanto silencio, y no podía llevar en paciencia una conversación más seria de lo que él quisiera, y de la cual apenas entendía palabra, pareciéndole que había llegado la suya, dio una gran palmada en la mesa, y dijo con voz temulenta:

—¡Los herejes son unos perros judíos, pero los teatinos!... y no digo más. Al fin toda es gente honrada, pero mi casa no parece.

28. —Calla, borracho —le interrumpió no sin alguna indignación el otro religioso de su convento, que después de un ratico de siesta había vuelto a la mesa, y se halló a la mitad de la conversación—. Demasiado has dicho para conocer que has bebido demasiado. ¿Qué quieres significar por esas palabras tan preñadas?

—Lo que yo quiero saneficar —dijo el donado— está bien craro; porque si los herejes pretenden deshonrar a los Padres de la Igresia, como ese señor Infante lo quiere hacer con San Juan Cristósomo, los teatinos no tratan mejor a Santo Tomás de Enquino.

—¡Boterate! ¡Cose esa boca! —le replicó el religioso—. Y no hables lo que no entiendes, ni eres capaz de entender. No hay religión en la Iglesia de Dios, después de la dominicana, que más se haya empeñado en ilustrar a Santo Tomás que la Compañía; ninguna que cuente tanto número de expositores de las obras del Santo Doctor. Si en algunos lugares aquéllos le entienden así, y éstos de otra manera, lo mismo sucede en muchos textos de la Sa-

grada Escritura, que unos Padres los interpretan de un modo, y otros de otro muy diferente, y aun muy contrario, sin que ninguno diga por eso que los Padres de la Iglesia no siguen la Escritura o que tiran a desacreditarla. Aun entre los mismos autores dominicos se dan batallas campales sobre la inteligencia de muchos lugares de Santo Tomás, y no por eso le deshonran. Antes por lo mismo le ilustran más, pero esto no es para cabeza de bolo como la tuya.

29. —Cabeza de bolo o no cabeza de bolo —replicó el donado—, hasta ahora no he uído que ningún Padre Santo hubiese llamado a la religión de los teatinos *religión de la verdá,* como se la llamó a la religión de Santo Domingo un Padre Santo de Roma.

—Tampoco se la ha llamado —replicó el religioso— a la religión de San Francisco, ni a la de San Benito, ni a la de San Bernardo, ni a la de San Agustín, ni a ninguna otra de las innumerables que instituyó el mismo Dios por medio de los Santos Patriarcas para ornamento de su Iglesia. ¿Y qué sacaremos de eso? ¿Que todas las demás religiones son órdenes de la mentira, y sólo la religión de Santo Domingo es orden de la verdad? Sólo una cabeza tan burral como la tuya sacará esta consecuencia.

30. —Aquí entro yo —dijo el familiar—; porque soy menistro del Santo Oficio, y si alguno dijera de cualquiera de las religiones esa morería o esa judiada, al mimento le echaba la garra y daba con él de paticas en la Enquisición. Pero...

CAPÍTULO VII

LEVÁNTASE DE LA SIESTA EL MAGISTRAL, Y PROSIGUE LA CONVERSACIÓN DEL CAPÍTULO ANTECEDENTE, CON TODO LO DEMÁS QUE IRÁ SALIENDO

A tal instante se dejó ver el señor magistral, después de haber dormido una siesta muy decente. Todos se levantaron por respeto; y los más se retiraron, unos a rezar, y otros a descabezar el sueño, entre los cuales ase-

guran varios autores que el hermano Bartolo era el más necesitado. Fray Gerundio hizo también ademán de retirarse; pero el magistral le detuvo, quedando solos tío y sobrino, don Basilio y el bueno del familiar. Tomó un polvo el magistral para despejarse, estregóse los ojos, sonóse las narices, y es fama que encarándose con el sobrino, le habló en esta substancia:

2. —Sin duda, fray Gerundio, que habrás quedado muy vanaglorioso con tu desbaratado sermón. Los aplausos de los ignorantes, la gritería de esa pobre gente, el voto de la muchedumbre y las aclamaciones de los lisonjeros, si ya no han sido irónicos elogios de los zumbones o de los malignos, te tendrán persuadido a que nos dejaste a todos asombrados. Con efecto: fue así, y dudo que algún otro lo hubiese quedado más que yo, pero no de tu discreción, ni de tu agudeza, ni de tu despejo, sino de tu lastimosa ignorancia, de tu juvenil osadía, de tu raro atolondramiento y de tu total falta de gusto y de reflexión.

3. »Mucho me había escrito mi amigo y tu favorecedor, el padre maestro Prudencio, de tu modo de predicar; algo me apuntó de las cuerdas y oportunas advertencias que te había hecho para que no malograses tus talentos; no me habían dicho poco algunos que te oyeron no sé qué plática de disciplinantes en tu comunidad. Todo me hizo concebir que ibas muy descaminado, pero confieso que no juzgué, ni aun imaginé posible, que lo fueses tanto. Desde el primer período de tu sermón, me hubiera salido de la iglesia, a haberlo podido hacer sin mucha nota y sin igual tumulto o alboroto del apiñado auditorio. Éste me sitió en el confesonario, que todo el tiempo que duró el sermón, no fue para mí tribunal de la penitencia, sino ejercicio de ella.

4. »Llaméle sermón, y le di un nombre muy impropio; porque ni fue sermón, ni cosa que de mil leguas se le parezca. Es dificultoso definir lo que fue, pero veré si me puedo acercar a dar a entender lo que concibo. Fue una escoba desatada de inconexiones; fue una tarabilla suelta de impertinencias y de extravagancias; fue un confuso hacinamiento de textos y lugares de la Sagrada Escritura, ridículamente entendidos y osadamente aplicados;

fue un turbión de conceptillos superficiales, falsos, pueriles, no sólo ajenos de un orador que en todo debe buscar la verdad y la solidez, sino insufribles aun en un mediano poeta.

5. »Dejo a un lado el intolerable abuso, la necia costumbre y el ignorantísimo empeño de tocar en la salutación aquellas que se llaman *circunstancias*. Sé que contra esta impertinentísima y tontísima costumbre te han dicho ya más de lo que yo te puedo decir. Sólo añadiré (por si acaso no te lo han dicho) que ya está únicamente reducida al ínfimo vulgo de los predicadores, y que sólo se oye celebrada por las heces más despreciables de los auditorios. Tú no te contentaste con tocar las más comunes, que suelen repiquetear otros oradores de tu estofa; descendiente hasta las más menudas y ridículas, para que llegase hasta donde podía llegar tu extravagancia. Te hiciste cargo de tu padre, de tu madre, de tu padrino, de los cohetes, de las hogueras del auto sacramental, de los novillos, de los danzantes, de sus melenas; y, en fin, por no dejar ninguna impertinencia en el tintero, hiciste circunstancia de la gaita gallega. No es menester más que referirlo sencillamente para conocer, para palpar la suma ridiculez. Tus mismos colores están ahora acreditando la vergüenza que te causa sólo el oírlo. Pues, ¿cómo tuviste valor para practicarlo?

6. »Pero, ¿cómo? Como lo han hecho hasta aquí todos cuantos te precedieron, y como no puede dejar de suceder, porque no hay otro arbitrio ni otro medio: violentando textos, descuartizando lugares, arrastrando, y aun tal vez fingiendo, exóticas exposiciones; o construyendo las palabras de la Escritura con tanta materialidad como pudiera el más zafio sayagués o el más rústico batueco.

7. »Porque fue éste el primer sermón que has predicado, trajiste aquellas palabras de San Lucas con que da principio a los Hechos de los Apóstoles: *Primum quidem sermonem feci, o Theophile*; sin hacerte cargo, lo primero, de que el Evangelista no trata allí de sermones, sino del Evangelio que había escrito, como él mismo lo dice expresamente: *Primum quidem sermonem feci de omnibus, o Theophile, quae coepit Jesus facere et docere usque in diem*, etc.;

lo segundo, que aunque hablara de sermones, diría todo lo contrario de lo que tú pretendías, porque no afirmaba que era aquel el primer sermón que predicaba, antes suponía que había predicado otro u otros, pues decía: «El primer sermón que prediqué», etc.: *Primum quidem sermonem feci.* Pero no, señor; tú leíste que el Evangelista hablaba de *primer sermón*; y sin más ni más, entendiendo materialísimamente sus palabras, te pareció que venían muy al intento del primer sermón que predicabas, sin reflexionar que una vez tolerado este groserísimo modo de traer las palabras de la Escritura, no hay absurdo que no se pueda confirmar con ellas.

8. »De la misma manera, y aun mucho peor si es posible, aplicaste los demás textos a tus extravagantísimas ideas. Sería cosa interminable si quisiera detenerme en recorrerlos todos en particular, y por eso bastará traerte ligeramente a la memoria los más estrafalarios. El cotejo que hiciste del retiro de Cristo al desierto con el tuyo a la religión, dejó de ser atrevido por pasar a ser sacrílego; y la disyuntiva que añadiste de que bautizado Jesús, se retiró al desierto, o el diablo le llevó a él, fue un arrojo que quiso parecer gracia, y vino a parar en una blasfemia. Alucináronte a ti, como a otros muchos, aquellas palabras de que *ductus est ab Spiritu,* sin advertir que no fue el espíritu maligno, sino el Espíritu Santo el que le condujo al retiro, como lo sienten los Padres Santos, y es casi evidente en el contexto de la letra. Pero a ti te hacía al caso esta exposición; porque te abría camino para la otra chocarrería de que te retiraste al desierto de la religión, «si ya el diablo no te llevó a ella». Chufleta escandalosa en que no es fácil decidir si sobresale más la impiedad, o el descontento que muestras con tu religioso estado.

9. »No ignoro lo que enseña Santo Tomás, hablando de la docilidad con que debemos abrazar los consejos que son buenos, aunque las costumbres y la intención del que los da sean perversas. Bien sé que dice el Santo que aunque constara que era el diablo el que te aconsejaba que entrases en religión, debieras seguir su consejo; porque suponiendo que su intención siempre sería torcida, podrías enderezarla hacia tu mayor provecho, según aque-

llo de *Salutem ex inimicis nostris.* Pero el Angélico Doctor habla hipotética, no categóricamente. Discurre en la suposición de que esto sea posible; no supone que lo sea, ni mucho menos lo da por hecho.

10. »Las locuras que ensartaste para hacer lugar en la salutación a tu padrino el licenciado Quijano, debieran conducirte a la Inquisición, si ellas mismas no acreditaran que competía su juicio a la casa de los orates. Cuanto dijiste de la quijada de asno con que Caín quitó la vida a su hermano Abel (si es cierto que ejecutó el fratricidio con este instrumento), cuanto disparataste sobre la famosa quijada de Sansón, y cuantas boberías historiales fingiste sobre las armas de los Quijanos y de los Quijadas, familias a cuál más ilustre en el reino de León, te harían reo de dos gravísimos delitos, si no los disculpara tu sandez, ignorancia y bobería. Los esclarecidos individuos de una y otra nobilísima familia se reirán de tu necedad, o se compadecerán de tu desbarato; y nunca tendrán por asunto digno de su queja que un simple como tú forje despropósitos, que no son capaces de obscurecer su esplendor.

11. »Si vuelvo los ojos al estrafalario asunto que tomaste, apenas hallo términos para explicar lo que concibo. «Campazas es el solar de la Eucaristía; y así o hay Sacramento en Campazas, o no hay en la Iglesia fe.» ¿A quién sino a ti pudo venir al pensamiento tan furioso desatino? Puedo preguntarte lo que un duque de Toscana preguntó a cierto poeta, que le presentó un poema con grande satisfacción de que le había de asombrar, y con no menor confianza de que se lo había de pagar bien: «Dicami per Dio dove pigliò questo acervo di pazzie e questa farragine di minchionerie.» «Dígame por Dios donde encontró este montón de necedades y este fárrago de despropósitos y boberías.»

12. »A un asunto tan exótico precisamente habían de corresponder unas pruebas tan exóticas como él, porque una proposición extravagante no se puede confirmar con razones que no lo sean. ¿Es Campazas el solar de la Eucaristía, porque la materia remota de este Sacramento es el pan y el vino, que nacen en los campos, de donde se

deriva el nombre de Campazas? Por esa regla el Sacramento de la Eucaristía será originario de toda tierra de pan y vino llevar; y no tendrá más derecho Campazas a ser la alcurnia de este augusto Sacramento, que Campomayor, Campoverde, Camposanto, Campo del Villar y, en fin, toda tierra y lugar de *Campos* que tenga este nombre por delante o por detrás, como Medina del Campo, Villanueva del Campo, Morales del Campo, etc. Por el mismo principio el solar de la Extremaunción será todo país donde haya aceite; el del bautismo, donde haya agua; y el de la penitencia, todo el mundo, porque en todo él se usan pecados, que son su materia remota.

13. »Del mismo calibre es el otro despropósito, conviene a saber, que «o hay Sacramento en Campazas, o no hay en la Iglesia fe». ¿Qué quisiste decir con esto? ¿Que la fe de la Iglesia Católica dependía de que hubiese Sacramento en Campazas? ¡Terrible locura! Tanto depende la fe de la Iglesia Católica de que haya o no haya Sacramento en Campazas, como de que le haya o le deje de haber en Londres ni en Constantinopla. No te tengo por tan mentecato como todo eso. Quisiste sin duda significar (pareciéndote que decías una gran cosa) que si no era verdad que había Sacramento en Campazas, puesta allí la materia y la forma por ministro competente y con la debida intención, tampoco era verdad que le había en Roma, ni en parte alguna de la Iglesia de Dios. Pero ven acá, simple; ¿no conoces que ésa es una insulsísima perogrullada, y que lo mismo se puede decir de la más infeliz alquería donde entre el divino Sacramento? Salvo que seas tan páparo [122] como el otro charro que habiendo visto los magníficos monumentos de Sevilla, dijo muy satisfecho: «Los munimentos buenos son, pero Sacramento como el de mi lugar no le hay en todo el mundo.»

14. »¿Sabes de dónde nace este disparatado modo de discurrir, y esas proposiciones, parte heréticas, parte absurdas y parte malsonantes, que echas a borbotones? Pues

122. *páparo*: «el aldeano u hombre de campo, simple e ignorante que de cualquier cosa que ve (para él extraordinaria) se queda admirado y pasmado» *(DA)*.

no es otro el principio sino el lastimoso desprecio que hiciste de la dialéctica, de la filosofía y de la teología, persuadido neciamente a que no las habías menester para ser gran predicador. Ya estoy informado de lo que trabajaron tus prelados y otros hombres sabios y celosos por desvanecerte este grosero error de la cabeza, y también lo estoy de que todo fue inútilmente. No presumo tanto de mis fuerzas, que me linsojee de poder conseguir lo que ellos no lograron; y más, cuando separado ya de los estudios, parece fuera de sazón la doctrina que voy a darte. No obstante, por no quedar con ese remordimiento, y porque puede ser te haga más fuerza lo que te dice un tío tuyo que te ama de corazón, y que está o debe estar tan práctico en la materia como yo (porque al fin no tengo otro oficio en mi Santa Iglesia), te expondré con toda la brevedad y con toda la claridad que me sea posible, no ya mi dictamen particular, sino el universal de todos cuantos enseñan a formar un perfecto orador; pues si fuere tan feliz que te hagan fuerza mis razones, aunque hayas dejado de ser discípulo de los lectores en el aula, puedes serlo de los libros en la celda.

15. »Cicerón dice que es imposible haiga perfecto orador sin que sea perfecto dialéctico, añadiendo que sin dialéctica conoció a muchos locuaces, a muchos habladores, pero a ningún elocuente: *Disertos se vidisse multos, eloquentem omnino neminem.*[123] Y él mismo afirma de sí que si es que llegó a ser orador, no aprehendió este oficio en las escuelas de los retóricos, sino en las academias o universidades de los filósofos: *Fateor me oratorem, si modo sim aut quicumque sim, non ex rhetorum officinis, sed ex academiae spatiis extitisse.*[124] Demóstenes, Quintiliano, Longino y todos los demás maestros de la oratoria convienen en el mismo principio. La razón de él salta a los ojos; porque siendo todo el fin del orador convencer, persuadir y mover, no puede convencer sin discurrir bien, y no puede discurrir bien si ignora el arte de hacerlo con acierto; aquel

123. Aunque mal citado, *De oratore*, I, 21.
124. Cicerón, *Orator ad Marcium Brutum*, III, sec. 12 (Sebold, III, 135).

que enseña a discernir lo brillante de lo sólido, lo real de lo aparente, lo superficial de lo profundo, lo probable de lo cierto y el sofisma de la demostración. Tal es la verdadera dialéctica.

16. »Otra hay, no sólo inútil sino perniciosa a todo buen orador, pero mucho más al orador cristiano y evangélico. Ésta es aquella dialéctica, eterna disputadora de todo, quisquillosa, bachillera, sofística y cavilosa, como la llama Quintiliano: *dialectica cavillatrix*;[125] aquella que hace gala de sutilizar, de refinar, metafisiquear sobre todos los asuntos; aquella que se evapora en sutilezas, se exhala en pensamientos volátiles, y se quiebra o se confunde en su misma delicadeza; aquella que se complace en representar lo falso como verdadero, en dar cuerpo a la sombra y realidad a la apariencia; aquella que hace profesión de vender oropel por oro, sofismas por evidencias y trampantojos por demostraciones; aquella, en fin, que descuartiza, que hace gigote el objeto que toma entre manos, en lugar de dividirle para aclararle o para comprehenderle. Esta dialéctica no sólo es indigna de un orador, sino de un hombre de bien; porque sólo puede conducir para alucinar, mas no para encontrar la verdad, ni mucho menos para persuadirla.

17. »La dialéctica no sólo conveniente, sino absolutamente necesaria a todo buen orador, es aquella sutil a la verdad, pero viva y penetrante, que discierne con seguridad lo verdadero de lo falso, distinguiendo con precisión y con exactitud lo que es propio del asunto y lo que es forastero a él; aquella que reconoce con toda claridad las partes que constituyen el todo, y sabe distribuirlas, ordenarlas y disponerlas con la unión, orden y método que deben observar entre sí; aquella que divide con destreza la materia, pero sin hacerla añicos ni desmenuzarla en partes tan delicadas, que apenas las percibe la vista más perspicaz; aquella que va siempre derecha a su objeto y a su fin, sin perderle jamás de vista, ni divertirse a episodios o digresiones extrañas, que hacen olvidar el objeto principal, cansando la atención hasta llenarla de fastidio; aque-

125. En *De institutione oratoria*, Lib. VII, cap. III, sec. 14.

lla que da al discurso una justa libertad, sin violentarle ni oprimirle, y desviando de las expresiones todo sentido equívoco u obscuro, las deja imprimir en el entendimiento una idea clara, limpia y precisa de lo que quieren decir; aquella que dispone con tan bello orden y con tanta naturalidad todas las proposiciones del discurso, que parezcan como nacidas unas de otras, y subiendo insensiblemente a los primeros principios, deduce de ellos unas consecuencias necesarias, naturales y evidentes; aquella que descarta siempre toda prueba que no sea concluyente e invencible; aquella, en fin, que sabe unir todo el discurso como en un solo punto, para que haga más viva y más pronta impresión en el ánimo del que le oye, porque de una sola ojeada le entiende, le comprehende, le penetra.

18. »Ésta es la dialéctica necesaria a todo buen orador, ésta es aquella ciencia de los filósofos sin la cual, dice Cicerón, es imposible que un hombre sea verdaderamente elocuente; porque sin ella, ¿cómo ha de discernir en las cosas el género de la especie? ¿Cómo ha de acertar a explicarlas ni a definirlas? ¿Cómo ha de distinguir lo falso de lo verdadero? ¿Cómo ha de inferir las consecuencias legítimas, evitar las contradicciones, cautelarse contra los equívocos y desembarazarse de las ambigüedades? ¿Cómo es posible que sin ella sepa hablar con peso y con penetración de las obligaciones de la vida civil, de la virtud, de las costumbres, etc.?

19. »A vista de esto, ¿qué quieres que diga de ti y de otros predicadores o, por mejor decir, de otros cómicos, representantes, charlatanes y habladores tan ignorantes como tú, que hacen un sumo desprecio del estudio de la filosofía (comprehendida en el nombre de la dialéctica), teniendo por tiempo perdido el que se emplea en aprehenderla, por juzgarla absolutamente inútil para la oratoria, y que como tal debe abandonarse a las cavilaciones y a las disputas de la escuela? Cabezas desahuciadas, entendimientos infelices, ingenios atolondrados, que presumen caminar seguros sin luz en medio de las tinieblas, no advirtiendo que por precisión han de dar tantos tropiezos como pasos, faltándoles aquella arte a quien el mayor orador del mundo llamó «la máxima entre todas

lar artes»; porque ella es la luz que disipa la confusión y la obscuridad de todas las demás: *Hic* [Servius] *attulit hanc artem omnium maximam, quasi lumen, ad ea quae ab aliis confuse dicebantur. — Dialecticam mihi videris dicere. — Recte inquam intelligis.*[126]

20. »Pero si la dialéctica es de una indispensable necesidad para la oratoria cristiana, no lo es menos la sagrada teología. Y si no, dime, ¿qué cosa es ser teólogo? Es ser un hombre cuya profesión le enseña a hablar bien y con propiedad de Dios y de sus atributos, exponiendo las verdades de la religión, explicando sus misterios, y distinguiendo las verdades reveladas de las opinables, con bastante instrucción para combatir los errores, discernir la naturaleza de las virtudes, y penetrar así la naturaleza como la diferencia de los vicios. Es ser un hombre muy versado en la Sagrada Escritura y en la inteligencia de su verdadero y legítimo sentido, para sacar de aquel fondo inagotable pruebas eficaces y vigorosas que confirmen lo que dice; un hombre noticioso de la antigüedad, informado de la historia eclesiástica, bien instruido en Padres y en Concilios. Esto es ser teólogo. Y ser predicador, ¿qué será? Es ser todo esto y algo más; porque es poseer esas noticias y, sobre ellas, destreza para usarlas, elocuencia para persuadirlas y talento para representarlas. De donde se infiere concluyentemente que puede uno ser gran teólogo sin ser gran predicador, pero es imposible que sea gran predicador sin ser gan teólogo.

21. »Y si a esto se añade la gran diferencia de teatros en que uno y otro han de ejercer su profesión, y la suma distancia del modo con que entrambos la ejercitan, es preciso quedes convencido de que el predicador ha de ser más teólogo que el teólogo mismo. Y si no, dime, ¿en qué teatro o en qué auditorio tiene que enseñar el teólogo las verdades de la religión? En una aula reducida y a

126. Cicerón, *Brutus*, XLI-XLII (sec. 153). «Esta arte, que es la más importante de todas, él la ha aplicado, como luz, a estas cuestiones [de derecho] que, ya sea en las consultas, ya en los procesos, eran confusamente tratadas por los otros. "Tú pareces aludir a la dialéctica", dijo. "Bien entiendes", respondí» (Sebold, III, 138).

un puñado de discípulos, por lo común despejados, jóvenes, instruidos ya en otras facultades, libres de toda preocupación y, no sólo sin embarazo, pero con positiva disposición para abrazar las verdades en que se les quiere imbuir, oyendo a sus maestros como oráculos. ¿Y cuál es el teatro y el auditorio del predicador? O un templo muy capaz, o tal vez las plazas y los campos cubiertos de una inmensa multitud, que se compone de todo género de gentes, de niños, de viejos, de hombres, de mujeres, de sabios, de ignorantes, de rudos, de ingeniosos, de dóciles, de duros y, en fin, por lo general preocupados casi todos contra lo que el predicador les intenta persuadir. ¿Para cuál de los auditorios se necesitará más caudal de sabiduría y más abundancia de doctrina?

22. »Junta a esto el diversísimo modo con que deben enseñar el predicador y el teólogo: a éste le basta hacerlo de una manera abstraída, seca y poco inteligible, o inteligible sólo a unos entendimientos cultivados y hechos ya a comprehender otras verdades sutiles, delicadas y metafísicas, inaccesibles a los más y accesibles para pocos. Pero el predicador debe enseñar de un modo claro, perspicaz, inteligible a todo el mundo, proporcionado a las ideas comunes, de manera que igualmente le comprehenda el plebeyo que el noble, el rústico que el cultivado, el rudo que el capaz, el ignorante que el sabio, proponiéndolo de suerte que al incrédulo le convenza, al disoluto le aterre, al obstinado le ablande y, en fin, a todos los persuada y los mueva. Para esto, claro está que es indispensablemente necesario que el predicador tenga en cierto modo un conocimiento casi intuitivo de las verdades y de los misterios de la religión, esto es, que los comprehenda todo cuanto es posible comprehenderlos en esta vida; que en fuerza de su profunda meditación los domine, y sea dueño absoluto de manejarlos a su voluntad para proponerlos de mil formas, figuras y maneras. ¿Y qué predicador sabrá hacer esto, si no es más teólogo que el teólogo mismo? ¿Y quién merecerá el nombre de predicador, si no sabe hacerlo?

23. »¿Mereceránle aquellos predicadores que cuando tienen que predicar de algún misterio, como del Sacra-

mento, de la Trinidad, de la venida del Espíritu Santo, su mayor cuidado es huir de él por no engolfarse en aquel abismo, dejar el misterio a un lado y contentarse con proponer algún punto moral, unas veces deducido naturalmente de la meditación del mismo misterio, pero las más arrastrado y como traído por fuerza? Bueno es lo primero, mas no basta; ni cumple con su obligación el predicador, el cual debe al auditorio la explicación de nuestros misterios, no atada, ni seca, ni descarnada, ni mucho menos que sepa a escuela y a cartapacio, sino libre, jugosa, llena de fuego, con aquella buena disposición que pide el púlpito y la oratoria.

24. »¿Mereceránle los otros que por el lado contrario reventando de teólogos y regoldando a escolásticos, suben al púlpito como pudieran a la cátedra, y hacen una lección de oposición en lugar de sermón, con sus sentencias, con sus pruebas, con sus argumentos, confundiendo en los misterios lo que es de fe con lo que no lo es, lo cierto con lo dudoso, lo infalible con lo opinable, sin advertir que al pueblo no se le ha de proponer el cómo, sino el qué, ni en los sermones se debe hacer lugar a puntos contenciosos, sino a los indubitables, según aquella gran máxima del Apóstol: «Mis sermones son fieles y verdaderos, porque en ellos no se tratan materias que estén sujetas a opiniones de sí y de no»: *Fidelis Deus, quia sermo noster, qui fuit apud vos, non est in illo est et non est?*[127]

25. »¿Mereceránle aquellos predicadores inconsiderados, indignos de que se les permita ejercitar el sagrado ministerio, que para explicar los misterios más venerables, se valen de las ideas más ridículas, como aquel que predicando al Sacramento en la domínica infraoctava del Corpus, con el Evangelio de la Cena Magna, tuvo osadía para tomar por asunto que el Sacramento era la Cena sin sol, sin luz y sin moscas; que no sé cómo no le llevaron a la casa de la misericordia, ya que por insensato le perdonase el Santo Tribunal? ¿Y el otro que predicando al mismo

127. Epístola a los Corintios, I, 18. La traducción de Nácar-Colunga no es tan libre como la que aquí se presenta: «Dios me es fiel testigo de que nuestra palabra con vosotros no es SÍ y NO.»

misterio, porque el mayordomo se llamaba Fulano Maestro, y la mayordoma Citana Largo, escogió por idea de su sermón que Cristo en el Sacramento era el *Maestro Largo*: puerilidad (por no decir otra cosa peor) que debiera ser castigada con quitarle las licencias de predicar *in perpetuum*?

26. »¿Éstos son teólogos o predicadores, o no son sino orates mal disimulados, y mucho peor consentidos? Sin ser teólogo es imposible pintar el vicio con aquellos colores vivos y propios que le hagan aborrecible; porque no se puede conocer su naturaleza, su esencia, sus propriedades, sus diferencias, su deformidad, sus resultas, sus efectos y sus consecuencias. Sin ser teólogo no es posible describir la virtud de modo que enamore, que hechice, que mueva a abrazarse y practicarse, atreviéndome a decir que el que no se hubiere hecho dueño del excelente tratado de Santo Tomás sobre las virtudes y los vicios, apenas sabrá pintar la hermosura de aquéllas ni la fealdad de éstos con los colores vivos y naturales que les corresponden.

27. »Sin ser teólogo ninguno podrá explicar acertadamente un solo precepto del Decálogo, porque no sabrá determinar su extensión ni sus obligaciones, y confundirá lo que es de perfección o de puro consejo con lo que es de necesidad y de precepto. Expondráse a dar tantos tropiezos como pasos, o extendiendo sus límites más de lo justo, o estrechándolos más de lo conveniente, unas veces imponiendo a las almas cargas que no deben llevar, otras exonerándolas temerariamente de las que tienen obligación a sufrir, y siempre incurriendo en la terrible amenaza que fulmina Dios contra aquellos que por su antojo o por su ignorancia aumentan o disminuyen a lo que está escrito en el Libro de la Ley: *Si quis apposuerit ad haec... Et si quis diminuerit de verbis libri, auferet Deus partem ejus de libro vitae.*[128]

28. »De aquí podrás inferir cuánto desbarran en el

128. Apocalipsis, XXII, 18-19: «Si alguno añadiese a estas cosas... si alguno quitara palabras del libro..., quitará Dios su parte del árbol de la vida.»

verdadero concepto que debieran formar de la oratoria cristiana, aquellos predicadores inconsiderados y aturdidos que para excusar ciertas proposiciones arrojadas, temerarias, hiperbólicas, o ciertos conceptillos que llaman predicables, sutiles y delicados en la apariencia, pero falsos y sin substancia en la realidad, responden con grande satisfacción que hablaron *more concionatorio, et non scholastico,* como predicadores y no como teólogos; añadiendo, como por chiste y por gracejo, que *el púlpito no tiene poste,*[129] esto es, que no se arguye ni se replica contra lo que se dice en el púlpito.

29. »Si les parece que responden algo, tengan entendido que no pueden echar mano de despropósito mayor. ¿Quién les ha dicho que la cátedra del Espíritu Santo pide menos peso, menos solidez, menos miramiento que la de la universidad? ¿Quién les ha dicho que las proposiciones que se harían risibles en el aula pueden jamás ser tolerables en el púlpito? En aquélla se examina su verdad con el mayor rigor, para que pueda después exponerse en éste con la más segura certidumbre. Es cierto que *el púlpito no tiene poste,* que no se arguye ni se replica contra lo que se dice en él. Pero, ¿por qué? Porque nada se debe decir en el púlpito que admita réplica, disputa ni argumento.

30. »Pero cuando insisto tanto en que no es posible que sea buen predicador el que no fuere buen teólogo, no pretendo que suba el predicador al púlpito a hacer vana ostentación de que lo es: *dicen los teólogos*; *saben los teólogos*; *ya me entiende el teólogo*; *vaya esto para el teólogo,* etc. Cosa ridícula, vanidad pueril, que hace despreciable al que la usa para todo hombre de juicio que le oye. Si no se conoce que eres teólogo sin que tú lo digas, sólo un pobre mentecato creerá que lo eres sobre tu palabra. Esos regüeldos podrán alucinar a los páparos, pero causan bas-

129. *el púlpito no tiene poste*: se alude a la expresión «asistir al poste»: «en las universidades es ponerse el catedrático después de bajar de la cátedra, a esperar, por cierto tiempo, si a los discípulos se les ocurren algunas dificultades sobre lo que han oído leer, para desatárselas» *(DA).*

cas a todo hombre advertido y de razón. En el púlpito no se trata de lo que sabe el teólogo, sino de lo que todos deben saber; y siempre que dices algo que no vaya igualmente para la vejezuela más simple que para el teólogo más perspicaz, por reventar de teólogo dejaste de ser predicador.

31. »Supuesto que es tan necesaria la teología, la filosofía o la dialéctica para la oratoria, tú, que no eres dialéctico, ni filósofo ni teólogo, ¿cómo has de predicar? Tú, que no has visto los Concilios, los Padres y los expositores, sino que sea por el forro (y aunque los vieras por dentro, seguramente no los entenderías), ¿cómo has de predicar? Tú, que ni de los misterios, ni de los preceptos del Decálogo, ni de los de la Santa Madre Iglesia, ni de los vicios, ni de las virtudes sabes más que lo que enseña el Catecismo, ¿cómo has de predicar? Dirás que leyendo buenos sermonarios. ¿Y cómo has de saber cuáles son buenos y cuáles son pésimos, cuáles se deben imitar y cuáles abominar de ellos, especialmente cuando entre tanta peste de estos escritos como tenemos en España apenas hay dos o tres autores que puedan servir de modelo? Responderás que oyendo a buenos predicadores. ¿Y dónde has de ir a buscarlos? ¿Te parece que hay tanta abundancia de ellos en este siglo? No obstante, ya algunos van abriendo los ojos, y procuran también abrírselos a otros; ya van entrando por el camino derecho, y solicitan con glorioso empeño que otros entren igualmente por él; ya se oyen en España algunos predicadores (no son muchos por nuestros pecados) que se oirían sin vergüenza, y acaso con envidia, en Versalles y en París. Pero, ¿por dónde has de saber discernirlos tú, ni mucho menos tomarlos el gusto? Tú, que en todo le tienes tan perverso, que a guisa de escarabajo racional te tiras siempre a lo peor de lo peor; tú, que a lo que infiero del disparatado sermón que acabo de oírte, tanto te has pagado de un maldito *Florilogio* que anda por ahí para vergüenza inmortal de nuestra nación, y para que se rían de ella a carcajada suelta todos aquellos que nos quieren mal; tú...

CAPÍTULO VIII

CORTA EL HILO Y LA CÓLERA AL MAGISTRAL UN HUÉSPED NO ESPERADO, PIEZA MUY DIVERTIDA, QUE A TAL PUNTO SE APEÓ EN CASA DE ANTÓN ZOTES

AL tercer *tú* del celoso y encendido magistral, quiso Dios y la buena fortuna del bendito fray Gerundio (el cual estaba ya tamañito, viendo al tío que lo tomaba en un tono tan alto y tan desengañado) que entró por la puerta del corral y se apeó en el zaguán de la casa, con mucho estrépito de caballos, relinchos, lacayo, ayuda de cámara y acompañamiento, un huésped repentino, que ni se esperaba ni podía pensarse en él. Era cierto caballerete joven, asaz bien apuesto, de bastante desembarazo, vecino de una ciudad no distante de Campazas, que había estado en la Corte largo tiempo, en seguimiento de un pleito de entidad, para el cual le había favorecido el magistral (aunque no le conocía) con varias cartas de recomendación, que le habían servido mucho; y noticioso por una casualidad de que su protector se hallaba en aquel lugar, torció el camino real, y a costa de un corto rodeo le pareció razón, y aun obligación precisa, ir a dar las gracias a quien tanto le había favorecido.

2. Llamábase don Carlos el sujeto de nuestra historia; y como por una parte no era del todo lerdo, y por otra había estado tan despacio en Madrid, frecuentando tocadores, calentando sitiales, asistiendo al patio de los Consejos, dejándose ver en los arrabales del Palacio, y no dejando de tener introducción en algunas covachuelas, se le había pegado furiosamente el aire de la gran moda. Hacía la cortesía a la francesa, hablaba el español del mismo modo, afectando los rodeos, los francesismos y hasta el mismo tono, dialecto o retintín con que le hablan los de aquella nación. Se le habían hecho familiares sus frases, sus locuciones y sus modos de explicarse, ya por haberlas oído frecuentemente en las conversaciones de la Corte, ya por haberlas observado aun en los sermo-

nes de aquellos famosos predicadores que a la sazón daban la ley y con razón eran más celebrados en ella, ya por haberlas bebido en los mismos libros franceses, que construía o entendía medianamente, y ya también por haberlas aprehendido en las obras de los malos traductores, de que por nuestros pecados hay tanta epidemia en estos desgraciados tiempos. En fin, nuestro don Carlos parecía un monsieur hecho y derecho; y por lo que tocaba a él, de buena gana trocaría por un *monsieur* todos los dones y turuleques [130] del mundo, tanto, que hasta los dones del Espíritu Santo le sonarían mejor, y acaso los solicitaría con mayor empeño, si se llamaran *monsieures.*

3. Luego que se apeó y fue recibido de Antón Zotes con aquel agasajo y cariño que llevaba de suyo su natural bondad, le preguntó don Carlos si estaba en aquel *villaje* y en aquella casa monsieur el teologal de León.

—Sí, señoría —le respondió el tío Antón, dándole desde luego el tratamiento que a su parecer correspondía a un hombre que traía lacayo y repostero; porque aunque no entendió lo que significaba *monsieur* ni *teologal,* pero bien conoció que sin duda aquel extranjero preguntaba por su primo.

—Monsieur el teologal —añadió don Carlos— es uno de mis mayores amigos; y aunque no he tenido el honor de conocerle, estoy reconocido a su gran bondad hasta el exceso. Suplico a usted que se tome la pena de conducirme ante todas cosas a su cámara, retrete o apartamiento.

4. El bonazo del tío Antón, que jamás había oído hablar aquella jerigonza, como entendió cosa de cámara y retrete, ¿qué pensó? Que a aquel pobre caballero se le ofrecía alguna urgencia natural de las que dan pocas treguas, y quería desembarazarse de ella antes de ver al magistral. Y así, con grandísimo candor le condujo a un cuarto estrecho y obscuro, cuya puerta falsa daba a la alcoba donde dormía su primo, y le dijo en voz sumisa:

—Entre ahí su usía, y a manderecha hallará lo que tiene de menester; porque ahí está la cámara de mi primo el canónigo.

130. *turuleques*: títulos.

Avergonzóse un poco don Carlos; pero como era mozo de despejo, volvió lugo en sí y dijo al tío Antón:

—Bien se conoce que el huésped es un grueso burgés [131] y un miserable paisano. Por ahora no he menester estos utensilios. Lo que digo es que me conduzca al cuarto o a la sala del señor magistral.

—¡Ah! Eso es otra cosa —respondió el bonísimo de Antón—. Si su usía se hubiera expricado ansina desde luego, ya le hubiera entrado en ella sin arrudeos.

5. Metióle en la sala donde estaba el magistral con los demás que dijimos en el capítulo antecedente, y entró en ella al mismo tiempo que llegaba el tercer *tú* de su fogosa repasata, como lo dejó notado el manuscrito antiguo que se guarda en el archivo de los Zotes, y tuvimos presente para sacar estas individualidades y menudencias de todos los lances sucedidos en esta ocasión en Campazas. Luego que vio el magistral delante de sí a un caballero de tanto respeto, se levantó de la silla apresuradamente; y cuando le iba a hablar con la debida urbanidad, don Carlos le atajó diciéndole:

—Señor magistral, no se dé usted la pena de incomodarse. Yo me he tomado la libertad de entrar en esta casa a la francesa. Ésta es la gran moda, porque las maneras libres de esta nación han desterrado de la nuestra aquellos aires de servidumbre y de esclavitudinaje que constriñéndonos la libertad, no nos hacían honor. Yo soy furiosamente francés, aunque nacido en el seno del reino de León. Yo tengo el honor de venir a presentar a usted mis respetos y mis agradecimientos. Yo soy don Carlos Osorio, a quien usted tuvo la bondad de favorecer tanto con sus cartas de recomendación; que sería yo el más ingrato de todos los hombres, si no publicara altamente que a ellas es a quien debo la dicha de haber tenido la felicidad de haber ganado mi proceso. Yo, monsieur...

6. El magistral, hombre ramplón, castellano macizo, leonés de cuatro suelas, y que aunque estaba más que me-

131. *burgés*: «el vecino o natural de alguna villa o ciudad. Es voz tomada, y de poco tiempo acá introducida, del francés bourgeois, que significa esto mismo» *(DA)*.

dianamente versado en la lengua francesa, haciéndola toda la justicia que se merece, era muy amante de la suya propia, bien persuadido a que para maldita la cosa necesita las ajenas, teniendo dentro de sí misma cuanto ha menester para la copia, para la propiedad, para la hermosura y para la elegancia: el magistral, vuelvo a decir, se empalagó mucho desde el primer período y desde luego le hubiera atajado con desprecio, a no contenerle el respeto debido al nacimiento de don Carlos y la urbanidad con que era razón tratar a un hombre que venía a buscarle por puro reconocimiento. No obstante, resolvió divertirse un poco a su costa con el mayor disimulo que pudiese, procurando templar la burla sin descomponer la atención, y así le dijo:

—Yo, señor don Carlos, no soy monsieur, ni nunca lo he sido, venerando de tal manera a los que lo son, que sin envidiarles este tratamiento, por desconocido en España, me contento con el que tuvieron mis padres y mis abuelos; y más cuando no he menester ser monsieur para ser muy servidor de usted con todas veras.

7. —Ésos, señor magistral, son prejuicios de la educación; y hace lástima que un hombre de las luces de usted se acomode a los sentimientos del bajo pueblo. Hoy los entendimientos de primer orden se han desnudado dichosamente de esas preocupaciones, y hallan más gracia en un *monsieur* que en un *don,* o en un *señor*; que en las naciones cultivadas se aplica a un marchante o a cualquiera grueso burgés, y no me negará usted que un *monsieur le Margne,* un *monsieur Boona* suena mejor que un *don Fulano Mañer* o un *don Citano Noboa.*[132]

8. —Como eso de sonar mejor —replicó el magistral— es cosa respectiva a los oídos, y ha habido hombre a quien sonaba mejor el relincho de un caballo que la cítara de Orfeo, no me empeñaré en negarlo ni en concederlo. Sólo aseguro a usted que a mí, como buen español, nada me suena tan bien como lo que está recibido en nuestra len-

132. *Le Margne* es anagrama de Mañer, redactor del *Mercurio. Boona* es anagrama de Novoa. Hay varios Novoas, y no sé a cuál se refiere Isla.

gua, y esto con ser así que no soy del todo peregrino en las extranjeras.

9. —¡Ah, señor Magistral, y qué domaje [133] es que un hombre de las luces de usted se halle tan prevenido de los prejuicios nacionales!

10. —Mi capacidad o mis alcances —respondió el magistral— (pues supongo que eso quiere decir usted cuando habla de mis *luces*), no obstante de ser bien limitados, me obligan a conocer que es ligereza indigna de nuestra gravedad española y desestimación injuriosa a nuestra lengua, introducir en ella voces de que no necesita y modos de hablar que no la hacen falta. Pero en fin, señor don Carlos, dejando a cada uno que hable como mejor le pareciere, usted no habrá comido y ante todas cosas es menester...

—Perdóneme usted, señor magistral —interrumpió don Carlos—; ya hice esa diligencia en un pequeño villaje que dista dos leguas de aquí, y así no es menester que nadie tome la pena de incomodarse.[134]

11. —Yo no sé —dijo el familiar— que en estas cercanías, ni aun en todo el Páramo, haiga algún lugar que se llame Villaje.

Rióse don Carlos de la que le pareció simplicidad de aquel buen labrador, a quien no conocía, y díjole en tono algo desdeñoso:

—Paisano, llámase *pequeño villaje* toda aldea o lugar corto.

—Pero, señor don Carlos —le replicó el magistral—, si aldea o lugar corto es lo mismo que *villaje*, ¿qué gracia particular tiene el *villaje* para que le demos naturaleza en nuestra lengua?

12. —¡Oh, señor magistral! —respondió don Carlos—; usted es diablamente castellano; y del aire en que le veo, tampoco dará cuartel a *libertinaje*, por *disolución*; a *libertino*, por *disoluto*, a *pavis*, por *pavimento*; a *satisfacciones*, por

133. *domaje*: galicismo, pena, sometimiento, esclavitud.

134. Galicismo que ya ha repetido D. Carlos un par de veces. En el *Joseph Andrews* (1742) lib. II, caps. 4 y 6, de Fielding, aparece un personaje muy semejante a éste.

gustos; a *sentimientos*, por *dictámenes, máximas* o *principios;* a *moral evangélica*, por *doctrina del Evangelio*; a *no merece la pena*, por *es digno de desprecio*; a *acusar el recibo de una carta*, por *avisar que se recibió*; a *cantar, tocar, bailar a la perfección*, por *cantar, tocar, bailar con primor*; a *ejercitar el ministerio de la palabra de Dios*, por *predicar*; a *darse la pena*, por *tomarse el trabajo*; a *bellas letras*, por *letras humanas;* a *nada de nuevo ocurre en el día*, en lugar de *por ahora no ocurre novedad*; a...

13. —Tenga usted, señor don Carlos —le interrumpió el magistral—. No se canse usted más; que sería interminable la enumeración, si se empeñara usted en reconvenirme con todas las frases, voces y modos de hablar afrancesados que se han introducido de poco tiempo a esta parte en nuestra lengua, y cada día se van introduciendo con mucha vanidad de los extranjeros y con no poco dolor de todo buen español de juicio y de meollo. Dígole a usted que ni a esos ni a otros innumerables francesismos, que sin qué ni para qué se nos han metido de contrabando a desfigurar nuestra lengua, daré jamás cuartel ni en mis conversaciones ni en mis escritos.

14. —Pues, poca fortuna hará usted en la Corte —respondió don Carlos—; y presto sería usted el juguete de las oficinas y de los tocadores, si se fuera allá con esos sentimientos.

—Por lo que toca a los tocadores —dijo el magistral—, pase; y convengo en que en los más sería mal recibido. Donde se habla tanto de *petibonets, surtús* y *ropas de chambre*, no puede esperar buena acogida el que llama cofias, sobretodos y batas a todos esos muebles; pero en las oficinas no sería tan mal recibido como a usted le parece, porque en ellas hay de todo. Es cierto que se encuentra tal cual de aquellos iniciados en el ministerio, quiero decir, de aquellos covachuelistas, aprehendices o de prima tonsura, que...

anno non amplius uno
et minimo sudore et amico abdomine salvo,[135]

135. «Por no más de un año, y con el mínimo sudor y con su querido estómago a salvo.»

sólo porque leyeron las obras de Feijoo, los libros de ciencia de Corte,[136] el *Espectáculo de la naturaleza,* la *Historia del pueblo de Dios* [137] y algunos otros pocos de los que hoy son más de moda, no sólo se juzgan capaces de hablar con resolución y con desenfado en todas las materias, sino que se imaginan con bastante autoridad para introducirnos aquellas voces extranjeras que suenan mejor a sus mal templados oídos: y aunque las tengamos acá igualmente significativas, no hay que esperar se valgan de ellas, ni aun se dignen solamente de mirarlas a la cara.

15. »Éstos, si escriben una carta gratulatoria, no dirán: «Doy a usted mil enhorabuenas por el nuevo empleo que ha merecido a la piedad del Rey», aunque los saquen un ojo; sino : «Felicito a usted por el justo honor con que el Rey ha premiado su distinguido mérito.» Si quieren expresar su complacencia a un amigo por algún feliz suceso, no tema usted que le digan pura y castellanamente: «Complázcome tanto en los gustos de usted como en los míos propios»; es menester afrancesar más la frase y decir: «No hay en el mundo quien se interese más que yo en todas las satisfacciones de usted; ellas tienen en mi estimación el mismo lugar que las mías.» Escribir o decir a uno sencillamente: «Mande usted, que le serviré en cuanto pudiere», lo tendrían por vulgaridad y aldeanismo; «cuente usted conmigo en todo trance» es expresión que huele a Corte, y lo demás es de patanes. «Ese negocio no

136. Según Sebold (III, 155) se alude a libros como el *Oráculo* de Gracián; a *Sólo Madrid es Corte,* de Alonso Núñez de Castro; a las *Visiones y visitas de Torres* y a las *Recetas morales, políticas y precisas para vivir en la Corte,* de Gómez Arias. Quizá habrá que añadir la *Guía y avisos de forasteros que vienen a la Corte,* de Liñán y Verdugo y otros.

137. *Espectáculo de la Naturaleza* se llamaba la obra de Noël Antoine Pluche, en 9 tomos (París, 1732). En España apareció en los años 1756-1758. De la *Historia del pueblo de Dios* es autor J. I. Berruyer (1681-1758), obra condenada por las autoridades eclesiásticas ya que Berruyer consideraba que la Biblia, como texto, no estaba bien escrita, era ambigua, farragosa y desagradable. Él quiso reescribirla correctamente, darle una acción lógica y hacer que los personajes se expresaran de forma consecuente, lo que no deja de ser una aplicación de la nueva estética novelesca a algo parecido a un «romance».

toca a mi departamento», para explicar que no corresponde a su oficina, jamás se les olvidará. «Ya está sobre el bufete», para decir que «ya está puesto al despacho», es cláusula corriente; y carta he visto yo de cierto covachuelista, que decía: «Esa dependencia ya está sobre el tapiz», cosa que sobresaltó mucho al sujeto interesado, porque juzgó buenamente que por hacer burla de él le habían retratado de mamarracho en algún paño de tapicería.

16. »Digo, pues, que con estos pocos oficiales novicios de covachuela no lograría buen partido mi lenguaje ramplón y ceñido escrupulosamente a las leyes de Covarrubias y a las de otros que reconozco y venero por legítimos legisladores o jueces de la lengua castellana; pero ésta tiene también otros muchos partidarios dentro de las mismas covachuelas, pudiendo asegurar que son los más y los de mejor voto que hay en todas las oficinas. Créame usted que éstas están llenas de hombre eruditos, cultivados y aun doctos, amantísimos de nuestra lengua, bien instruidos de las riquezas que encierra, y muy persuadidos a que dentro de su tesoro tiene sobrados caudales para salir con lucimiento de cuantas urgencias se la puedan ofrecer, a excepción de tales cuales voces facultativas y de otras pocas peculiares que es preciso se presten unas lenguas a otras, sin que se eximan de esta necesidad las primitivas, matrices u originales. Cónstame que estos verdaderos españoles gimen ocultamente de haber hallado ya entremetidas y como avecindadas en sus oficinas muchas voces, que pudieran y debieran haberse excusado, como *departamento, inspección, aproches, glacis, bien entendido que, hacer el servicio, será responsable, inteligenciado el Rey, exigir del vasallo* y otras innumerables; pues son tantas, que

nec tot simul Apula muscas
Arva ferant, nec tot vendat mendacia falsi
Institor unguenti, nec tot deliria libris
Asseruit logicis, physicis aliisque Noriscus.[138]

138. «Ni todos los campos sembrados de Apulia atraen tantas moscas, ni vende tantas mentiras el mercader de ungüentos falsos, ni ha afirmado Norisco tantas locuras en sus libros de Lógica, Física y otros.»

17. »Bien quisieran ellos desterrarlas de sus mesas, de sus cartas y despachos; mas o no se hallan con fuerzas para tanto; o viéndolas ya como connaturalizadas en virtud de la posesión, aunque no muy larga, no quieren meterse a disputarlas la propiedad; o, en fin, las dejan correr por otros motivos políticos, que a mí no me toca examinar. Pero comoquiera, esté usted persuadido a que éstos no me recibirían mal ni me oirían con desagrado, siempre que les hablase como hablaban nuestros abuelos.

18. –A lo menos –replicó don Carlos– no saldré yo por garante de que los traductores de libros franceses hiciesen a usted buen cuartel; y en verdad que éstos no son ranas, ni son en pequeño número, y que en la Corte hacen la más bella figura.

19. –Déjelo usted, señor don Carlos, déjelo por Dios –replicó el magistral–. Un punto ha tocado usted en que no quisiera hablar; porque si me caliento un poco, parlaré una librería entera. ¡Traductores de libros franceses! ¡Traductores de libros franceses! No los llame usted así, llámelos *traducidores* de su propia lengua y corruptores de la ajena; pues, como dice con gracia el italiano, los más no hacen *traducción,* sino *traición* a uno y a otro idioma, a la reserva de muy poquitos, *quos digito monstrare omni, vel caeco, facile est.*[139] Todo el resto échelo usted a pares y nones, y tenga por cierto que es la mayor peste que ha inficionado a nuestro siglo.

20. »No piense usted que estoy mal, ni mucho menos que desprecio a los que se han dedicado o se dedican a este utilísimo y gloriosísimo trabajo. Disto tanto de este concepto, que en el mío son dignos de la mayor estimación los que le desempeñan bien. En todos los siglos y todas las naciones han consagrado los mayores aplausos a los buenos traductores, y no se han desdeñado de aplicarse a este ejercicio los hombres de mayor estatura en la República de las Letras. Cicerón, Quintiliano y el mismo Julio César enriquecieron la lengua latina con la traducción de excelentes obras griegas; y a San Jerónimo

139. «A los que es fácil señalar con el dedo, incluso a un ciego.»

le hizo más célebre, y le mereció el justo renombre de Doctor máximo de la Iglesia, la versión de la Biblia que llamamos la *Vulgata,* más que sus doctos *Comentarios sobre la Escritura* y los excelentes tratados que escribió contra los herejes de su tiempo. Santo Tomás tradujo en latín los libros políticos de Aristóteles, y no le granjeó menos concepto esta bella traducción que su incomparable *Summa Theologica.* Y a la verdad si son tan beneméritos de su nación los que traen a ella las artes, las fábricas o las riquezas que descubren en las extrañas, ¿por qué lo han de ser menos los que comunican a su lengua aquellos tesoros que encuentran escondidos en las extranjeras?

21. »Así, pues, soy de dictamen que un buen traductor es acreedor a los mayores aplausos, a los mayores premios y a las mayores estimaciones. Pero, ¡qué pocos hay en este siglo que sean acreedores a ellas! ¡Nada convence tanto la suma dificultad que hay en traducir bien, como la multitud de traducciones que nos sofocan; y cuán raras son, no digo ya las que merezcan llamarse buenas, pero ni aun tolerables! En los tiempos que corren, es desdichada la madre que no tiene un hijo traductor. Hay peste de traductores, porque casi todas las traducciones son una peste. Las más son unas malas y aun perversas construcciones gramaticales, en que a buen librar queda tan estropeada la lengua traducida, como desfigurada aquella en que se traduce; pues se hace de las dos un batiborrillo que causa asco al estómago francés, y da gana de vomitar al castellano. Ambos desconocen su idioma: cada uno entiende la mitad, pero ninguno entiende el todo. Yo bien sé en qué consiste esto, pero no lo quiero decir.

22. »Lo que digo es que, con efecto, los malos, los perversos, los ridículos, los extravagantes o los idiotas traductores son los que principalísimamente nos han echado a perder la lengua, corrompiéndonos las voces tanto como el alma. Ellos son los que han pegado a nuestro pobre idioma el mal francés, para cuya curación no basta ni aun todo el mercurio preparado por la discreta pluma del gracioso Fracastorio:

unicum illum
Ulcera qui jussit castas tractare camenas.[140]

Ellos son los que han hecho que ni en las conversaciones, ni en las cartas familiares, ni en los escritos públicos nos veamos de polvo gálico, quiero decir, que parece no gastan otros polvos en la salvadera que arena de la Loira, del Ródano o del Sena, según espolvorean todo cuanto escriben de galicismos o de francesadas. En fin, ellos son los que debiendo empeñarse en hacer hablar al francés en castellano (porque al fin ésa es la obligación del traductor), parece que intentan todo lo contrario, conviene a saber, hacer hablar al castellano en francés; y con efecto, lo consiguen.

23. »En esto son más felices aquellos traductores que en realidad son más desgraciados. Si por su dicha y por nuestra poca fortuna encontraron con una obra curiosa, digna, instructiva y divertida, con ella nos echan más a perder; porque cuanto más curso tiene y mayor es su despacho, cunde más el contagio, y el daño es más extendido. Por ahí anda cierta obra que se comprehende en muchos volúmenes, la cual, sin embargo de ser problema entre los sabios si es más perjudicial que provechosa, ha logrado, no obstante, un séquito prodigioso. No hay librería pública ni particular, no hay celda, no hay gabinete, no hay antesala, ni aun apenas hay estrado donde no se encuentre, tanto, que hasta los perrillos de falda andan jugueteando con ella sobre los sitiales. Cayó esta obra en manos de un traductor capaz, hábil y laborioso a la verdad, pero tan apresurado para acabarla cuanto antes, que la publicó a medio traducir, quiero decir, que la mitad de ella la dejó en francés, y la otra mitad la vertió en castellano. Olvidóse sin duda el presuroso traductor de que siempre se da bastante prisa el que hace las cosas bien; y el que las hace mal, haga cuenta que las hizo muy despa-

140. Girolamo Fracastorio (1483-1553), médico y poeta, famoso por su poema *Syphilis, sive morbus gallicus* y por su obra *Homocentrica,* en la que presenta un sistema del mundo que sustituye al de Ptolomeo. «Ese único que mandó tratar de úlceras a la castas musas.»

cio. ¿Y qué sucedió? Lo que llevo ya insinuado: como estos libros se han hecho ya de moda en toda España; como los leen los doctos, los leen los semisabios, los leen los idiotas, y hasta las mujeres los leen; y como todos encuentran en ellos tantos términos, tantas cláusulas, tantos arranques y aun tantos idiotismos franceses que jamás habían hallado en las obras más cultas y más castizas de nuestra lengua, ¿qué juzgan? Que ésta es sin duda la moda de la Corte; y encaprichados en seguirla en el hablar como la siguen en todo lo demás, unos por no parecer menos instruidos y otros por ser en todo monas o monos, apenas aciertan en la conversación con una cláusula que no parezca fundida en los moldes de París.

24. »Pocos días ha que hablando con cierta dama, me espetó esta jerigonza:

—Un hombre de carácter tuvo la bondad de venir a buscarme a mi casa de campaña, y por cierto que a la hora me hallaba yo en uno de los apartamientos que están a nivel con el parterre; porque como el pavis es de bello mármol y el depósito de la gran fuente cae debajo de él, sobre lograrse el más bello golpe de vista, hace una estancia muy cómoda contra los ardores de la estación. Este hombre de cualidad estaba penetrado de dolor, por cuanto habían arrestado a un hijo suyo, haciéndole criminal de no sé qué pretendidos delitos, que, todo bien considerado, se reducían a unas puras bagatelas y venía a suplicarme tuviese con él la complacencia de interponer mi crédito con el ministro, para que se le levantase el arresto.

Iba a proseguir; y no teniendo ya paciencia para sufrir su algarabía, la pregunté si sabía la lengua francesa.

—Perdóneme usted, señor magistral —me respondió al punto—: no estoy iniciada ni aun en los primeros elementos de ese idioma todo amable.

—Pues ¿cómo habla usted —la repliqué yo— un elegante francés en castellano?

—¡Ah, señor! —respondió ella—; estoy leyendo la célebre *Historia de...* que es un encanto.

25. »—Ya me lo daba a mí el corazón —repliqué yo—: esa *Historia* es sin duda una de las obras más extraordinarias que hasta ahora se han emprehendido: la materia

de que trata no puede ser de mayor interés; y los documentos en que se funda, de los cuales no se desvía un punto, son infalibles. Por eso es la única historia de cuantas se han escrito en el mundo de la cual puede y debe uno fiarse enteramente, dando un ciego asenso a todo lo que dice. Añádese a esto que en la lengua francesa está escrita con tanta elegancia, con tanta gracia y con tanta dulzura, que verdaderamente embelesa; y en tomándola en la mano, no acierta un hombre a desprenderse de ella. No obstante, hubo grandes dificultades para permitir que corriese en español, y se examinó por largo tiempo la materia, pretendiendo muchos hombres doctos que su publicación en lengua vulgar estaba expuesta a graves inconvenientes. Prevaleció la opinión contraria; y aunque no sé si se siguieron o no los inconvenientes que se temían, a lo menos es visible la experiencia de uno bastantemente perjudicial, aunque no de aquella línea, que acaso no se esperaba. Éste es la corrupción o el estropeamiento de nuestra lengua, que a lo menos en la extensión es reo principalmente el traductor de esta obra.

26. »Fue tan feliz en su despacho, como poco dichoso en su traducción; cuanto mayor ha sido aquél, más se han extendido los desaciertos y los francesismos de ésta. Y como no hay pueblo ni aun rincón en España donde esta *Historia* no se lea con ansia, tampoco le hay donde más o menos no se haya pegado el contagio francés de que adolece. Éste ha inficionado con mucha especialidad a las mujeres inclinadas a libros. Como casi todas se hallan destituidas de aquellos principios que son necesarios para discernir lo bueno de lo malo, y como todas sin casi son naturalmente inclinadas a la novedad, han encontrado mucha gracia en las voces, en las frases, en las transiciones y en los modos de hablar afrancesados que hierven en dicha traducción, y no es creíble la ansia con que los han adoptado.

27. »Sucede a nuestras damas españolas con la lengua francesa lo que sucedió a las latinas o toscanas con la griega. Teníase por vulgar la que no empedraba de griego la conversación; y aun llegó a tanto la extravagancia, que entre ellas no se reputaba por linda la que no pro-

nunciaba aun el mismo latín con el acento o con el dialecto ático. Todo lo habían de hacer a la griega: hablar, vestirse, tocarse, comer, cantar, reír, asustarse, enojarse; en una palabra, afectaban el aire griego en todos sus gestos, acciones y movimientos. Y esto, ¿de qué nació? No sólo del comercio de los griegos con los latinos, sino principalmente del desacierto de algunos traductores latinos, que por ignorancia o por capricho se empeñaron en latinizar una infinidad de nombres griegos. Cayó esto muy en gracia a las damas; hicieron moda de la extravagancia, y dieron motivo a Juvenal para que justamente se burlase de ellas en la sátira sexta, cuando dijo:

Quaedam parva quidem, sed non toleranda maritis.
Nam quid rancidius, quam quod se non putat ulla
Formosam, nisi quae de Tusca Graecula facta est,
De Sulmonensi mera Cecropis? Omnia graece,
Cum sit turpe magis nostris nescire latine.
Hoc sermone pavent, hoc iram, gaudia, curas,
Hoc cuncta effundunt animi secreta. Quid ultra?
Concumbunt graece.[141]

28. »—Si no temiera que usted se había de ofender —añadí a dicha señora—, la recitaría una glosa no del todo desgraciada, que cierto amigo mío hizo de este trozo Juvenal, aplicándole a nuestras damas españolas ciegamente apasionadas por todo cuanto ven, oyen o leen, como venga de la otra parte de los Pirineos.

—No me haga usted la injusticia de tenerme por tan delicada —respondió la dama—; y así puede usted recitar con toda libertad de espíritu ese pasaje.

—Pues, con licencia de usted —continué yo—, la glosa

141. Juvenal, sátira VI, vv. 184-191: «Hay algunas cosas, en sí pequeñas, es verdad, intolerables para los maridos. Porque, ¿qué hay más asqueroso que el que ni una de ellas se crea hermosa, a menos de convertirse de toscana en griega, de sulmonense en ateniense? Aunque para nosotros es muy vergonzoso ignorar en latín, hay que decirlo todo en griego. En esta lengua se asustan, se enfadan, se alegran, se preocupan, expresan los secretos de su alma. ¿Qué más? Se acuestan a la griega.»

de mi amigo sobre nuestras españolas a la francesa dice así: [142]

Otros defectos tienen no crecidos,
Mas serán unas bestias los maridos,
Si los sufren y callan;
Pues cuando piensan se hallan
Con una mujer andaluza o castellana,
Sin sentir, de la noche a la mañana
Se les volvió en francesa,
Por cuanto dicen que la moda es ésa.
Amaneció contenta con su doña,
Y acostóse madamà de Begoña,
Pues aunque su apellido es de Velasco,
Comenzó a causarle asco
Cuando supo que en Francia las casadas
Están acostumbradas
A dejar para siempre su apellido,
Por casarse aun así con el marido;
Y suelen ser más fieles con el nombre,
Las que menos lo son con el buen hombre.
La que nació en Castilla,
Aunque sea la nona maravilla,
No se tiene por bella
Mientras no hable como hablan en Marsella;
La manchega, extremeña o campesina
Afecta ser de Orleáns; la vizcaína,
Entre su Jaincoa *y* Echeco Andrea,
Nos encaja un monsieur de Goicochea,
Muy preciadas de hablar a lo extranjero,
Y no saben su idioma verdadero.
Yo conocí en Madrid a una condesa
Que aprehendió a estornudar a la francesa,
Y porque otra llamó a un criado chulo,
Dijo que aquel epíteto era nulo

142. Esta glosa es de Isla, *Rebusco de las obras literarias...*, I, Madrid, 1790, con el título «Otra a las que degenerando del carácter español afectan ser extranjeras, y aman todas las invenciones y embelecos que vienen de la otra parte de los Pirineos.»

Por no usarse en París tan mal vocablo;
Que otra vez le llamase pobre diablo,
Y en haciendo un delito cualquier paje,
Le reprehendiese su libertinaje.
Una mujer de manto
No ha de llamar al Papa el Padre Santo.
Porque, cuadre o no cuadre,
Es más francés llamarle el Santo Padre.
Para decir que un libro es muy devoto,
Diga que tiene unción, *y tendrá el voto*
De todas cuantas gastan expresiones
Necesitadas de tomar unciones.
Al Nuevo Testamento
(Éste es el aviso del mayor momento),
Llamarle así es ya muy vieja usanza:
Llámese à la dernière *Nueva Alianza.*
Al Concilio de Trento o de Nicea
Désele siempre el nombre de Asamblea;
Y si se ofenden de eso los malteses,
Que vayan con la queja a los franceses.
Logro la dicha *es frase ya perdida;*
Tengo el honor *es cosa más valida.*
Las honras que usted me hace *es desacierto;*
Las honras se me harán después de muerto.
Llamar a un pisaverde pisaverde,
No hay mujer que de tal nombre se acuerde;
Petimetre *es mejor y más usado,*
O por lo menos más afrancesado.
Ya hice mis devociones
Por ya cumplí con ellas, *¡qué expresiones*
Tan cultas y elegantes!
Y no decir, como decían antes,
Ya recé, *frase baja, voz casera,*
Sufrible sólo en una cocinera.
Tiene mucho de honrada, *no hay dinero*
Para pagar este lenguaje; pero
Decir a secas que es mujer honrada,
¡Gran frescura, valiente pamplingada!
Doña Fulana es muy amiga mía,
Eso mi cuarta abuela lo decía;

Pero ella es la mejor de mis amigas,
¡Oh, qué expresión! Parece que hace migas
El alma en la dulzura
De esta almibaradísima ternura.
Voy a jugar mañana
Es frase chabacana;
A una partida he de asistir de juego
Se ha de decir, y luego
Se ha de añadir: Ormaza
También a otra partida va de caza.
¡Oh Júpiter! ¿Para cuándo son los rayos?
Si esto es ser cultos, más vale ser payos.[143]

29. »Todo esto recité a la tal señora mía, porque ya entonces lo sabía tan de memoria como ahora; y sin dar lugar a que hablase otra palabra, levanté la visita, y la dejé, a mi parecer, si no del todo enmendada, a lo menos un poco corrida y no tan satisfecha de sus traducciones esguízaras o mestizas, que nos han afrancesado nuestro purísimo y elegantísimo idioma, tanto, que si ahora resucitaran nuestros abuelos, apenas nos entenderían. Y por no disimular nada, sepa usted que el autor de esta satirilla es este señor eclesiástico, mi compañero y amigo, canónigo también de mi santa iglesia.

Y al decir esto señaló con el dedo a don Basilio, que, no obstante su despejo, se sonrojó un si es no es.

30. Apenas lo oyó el familiar, cuando sin libertad para otra cosa le echó los brazos al cuello, y exclamó todo alborozado:

—¡Oh señor don Basilio! ¿Conque su mercé tiene engenio para componer unas copras en verso tan aventajadas? Ya me lo daba a mí el corazón, dende que le uí en la mesa aquella décima de diez pies, que me quedé aturrullado. Bien haya su mercé que emprea la habilencia que Dios l'ha dado en golver por el habra de nuestros traseros, y no c'ahora ha dado en usarse una jirigonza que en mi ánima jurada no parece sino que todos habrán latín. La postrera vez que juí a Vayaolí a cosas de Enquisición,

143. *payos*: ignorantes, rudos, campesinos.

uí a un crérigo que dizque era de una cofradía que se llama, se llama... ansina, como cosa de *Acá mía,* el cual estuvo palrando con un señor enquisidor más de una hora; y aunque al parecer palraba en castellano, si le entendía un vocabro, se me escapaban ciento. Bien haya la madre que le parió a su mercé, y Dios le dé mucha vida para emprearse en tan güenas obras.

31. Como vio don Carlos que no tenía de su parte al auditorio, y que no había que esperar se introdujese en Campazas el castellano a la papillota, temiendo por otra parte que si duraba más la conversación, le habían de hacer añicos aquellos patanes, que por tales reputaba él a cuantos no entraban en el lenguaje a la moda, levantó la visita; y con pretexto de que tenía precisión de dormir aquella noche en la Bañeza, se excusó a las muchas instancias que le hizo el magistral para que la pasase en su compañía, montó a caballo, y prosiguió su camino.

CAPÍTULO IX

DONDE SE CUENTA EL MARAVILLOSO FRUTO QUE HIZO EL SERMÓN DEL MAGISTRAL EN EL ÁNIMO DE FRAY GERUNDIO

EL cual, así atendió a toda la entretenida y graciosa conversación que pasó entre el magistral y el *monsieurísimo* de don Carlos, como ahora llueven albardas; porque enteramente preocupado de la jabonadura que aquél le estaba dando, no podía echar de la imaginación las especies, pegándosele más aquellas que le herían más en lo vivo, no de otra manera que una mosca de burro se clava más en la carne que otra mosca regular, por cuanto aquélla tiene el aguijón más penetrante que ésta. Sobre todo le afligía extrañamente ver desvanecidas en un instante todas aquellas alegres ideas de fortuna que él se había representado, dando por supuesto que su tío quedaría encantado de sus prendas y talentos, luego que le oyese predicar. Lloraba amargamente dentro de su corazón, que ya el magistral, aunque llegase a ser arzobispo de Toledo, no haría caso de él, y que ni siquiera solicitaría con la

Orden que le hiciesen superior de una pinzocha,[144] cuanto más proporcionarle un obispadillo en Indias, como ya él lo tenía consentido, y tanto, que había dado palabra a una buena viuda del lugar que cuando le hiciesen obispo (lo que a su parecer no podía tardar mucho), llevaría consigo a un hijo suyo, que a la sazón tenía doce años, y le haría su paje de cámara; cosa que consoló infinitamente a la bendita de la mujer, la cual le pidió por gracia que no le dejase comer turrón, ni mermelada ni cosa dulce, porque el muchachuelo era goloso y padecía mucho de lombrices, concluyendo que así se lo suplicaba por amor de Dios a su Ilustrísima. Fray Gerundio la empeñó su palabra episcopal de que ésta sería la primera advertencia que haría, así a su mayordomo, como al maestro de pajes; y dándola a besar la mano con mucha autoridad, la echó la bendición y la despidió muy consolada.

2. Pero como todas estas alegres imaginaciones se convirtieron en humo luego que se acabó o se interrumpió la terrible repasata del juicioso y docto magistral, no se puede ponderar qué triste, melancólico y pensativo quedó el pobre fray Gerundio. Todos los demás salieron a despedir a don Carlos; sólo él se quedó en la sala sentado en una silla, el codo derecho sobre el brazo de ella, la cabeza reclinada sobre la mano, los ojos clavados en la tierra, y lanzando profundos suspiros de lo más íntimo de su corazón. En esta postura le encontró su grande amigo fray Blas, que hasta entonces había estado durmiendo la siesta, para cuya larga duración había hecho méritos en la mesa; y como no había oído el sermón del magistral, ni asistido a la visita del cortesano don Carlos, quedó extrañamente sorprehendido cuando vio a fray Gerundio convertido en una viva imagen de la misma melancolía.

3. —¿Qué es esto, Gerundio amigo? —le preguntó sobresaltado—. ¿Qué novedad es ésta? ¿Así te dejas dominar de la tristeza en el día de tus mayores glorias? Cuando has llenado de regocijo a tu patria, ¿has de dar entrada en tu corazón a esa negra melancolía? ¿Es posible que

144. *pinchoza*: de poca consideración.

las bocas de todos están hoy empleadas en panegirizar tus asombrosos talentos, sin acertar con otras voces que no sean las de tus mayores aplausos, y solamente la tuya ha de obscurecer la celebridad del día con dolorosos suspiros? ¿Te duele algo? ¿Te ha sentado mal la comida? ¿O acaso te atormenta tu aprehensión, pareciéndote que dejaste algo que desear en el asombroso sermón que predicaste, o que omitiste alguna circunstancia substancial, o que pudiste tocar mejor alguna de las que tocase, o finalmente que alguno de los innumerables textos que trajiste no vino tan a pelo como ahora se le representa a tu delicadísimo ingenio? Pues te hago saber que si es algo de esto lo que te melancoliza, miente tu aprehensión como una grandísima embustera; y no has de hacer más caso de ella que de un cínife que te zumba a los oídos, todo bulla y nada substancia. No ha oído el Páramo sermón igual; ni en los famosos púlpitos que bañan las aguas del río Tuerto y las del río Grande,[145] se ha de predicar en muchos siglos panegírico mayor: ora se mire la propiedad ingeniosa del asunto, ora se atienda la delicada oportunidad de las pruebas, ora se considere la menuda y sutil comprehensión de todas las circunstancias, ora se reflexione la casi divina aplicación de los textos, ora se examine la sutileza de los reparos y la agudeza de las soluciones; ora, finalmente, se pare la consideración en la variedad hermosa del estilo, unas veces elevado, otras cadencioso, pero siempre sonoro, y elegante siempre. Pues siendo esto así, ¿de qué te entristeces? ¿Qué motivo tienes para estar tan melancólico, tan enajenado y tan pensativo?

4. —¡Ay, padre predicador mío de mi alma —exclamó fray Gerundio—, y cómo se conoce que no sabe usted lo que me ha pasado con mi señor tío el magistral! Pero aquí no estamos bien, ni podemos hablar con libertad. Tomemos los sombreros y los báculos, y salgamos al campo por la puerta del corral, mientras la gente está allá ocupada y divertida en despedir a un tal don Carlos, que

145. *Río Tuerto*, el Esla; *Río Grande*, el Cea (Fernández Martín, II, 633).

viene de Madrid, y para mí debió de ser algún ángel del cielo que trajo Dios para que me conservase la vida; porque llegó a tiempo que ya no podía más, y temí que me diese un accidente, oyendo las cosas que me estaba diciendo mi tío. La entrada de don Carlos cortó la conversación, y ellos tuvieron allá otra a que yo no atendí, aunque me hallaba presente; porque me ocupaba enteramente la atención aquello que me dolía. Salgámonos, salgámonos al campo; que ya reviento por desahogarme con usted, y oirá cosas que le aturdirán.

5. Cogieron los sombreros, tomaron los báculos; y sin que los viese ninguno de los que estaban enfrascados en la bulla de la despedida, se salieron al campo por la susodicha puerta. Contó fray Gerundio a su estrechísimo amigo todo cuanto le había dicho el magistral, sin perder casi punto, sílaba ni coma; porque sobre ser de una memoria feliz, como le había penetrado tanto las razones de su tío, se le habían grabado profundamente en el alma. Díjole que lo más que había sentido en aquella sangrienta corrección era que se la hubiese dado a presencia del canónigo don Basilio y del familiar; porque además de lo que perdería con ellos, no dejarían de divulgarlo entre otros muchos, y con eso iba su crédito por los suelos. Especialmente desconfiaba mucho de su pariente el familiar; porque le había notado la grande complacencia con que estaba oyendo al magistral, y que a su modo cerril y tosco seguía en todo las mismas máximas, a que se añadía tener un genio zumbón a lo socarrón y ladino, en fuerza del cual no dejaría de divertirse a su costa todas las veces que se ofreciese. Finalmente, no le disimuló que le habían hecho mucha fuerza las razones del magistral, y que estaba muy tentado a dejar la carrera, porque conocía que no era para ella, y entablar la pretensión de que le volviesen a los estudios o, cuando esto no pudiese ya ser, que le dedicasen al coro.

6. —¡Vítor! —dijo fray Blas—. ¡Y que te den un confite por la gracia! Vamos claros, que la docilidad del chico y su blandura de corazón es admirable. ¿Es posible (¡pecador de mí!) que te haya hecho tanta fuerza el lastimoso sermoncillo del señor magistral, que si sólo se redujo

a lo que me has contado y yo te he estado oyendo con grandísima paciencia, es de lo más fútil y ridículo que se puede pensar? Dime, hombre apocado, ¿te dijo alguna cosa tu tío que no hayas oído ya cincuenta mil veces? ¿Añadió algo de substancia a las vejeces de nuestro reverendo padre fray Borceguíes Marroquíes,[146] alias el nuestro fray Prudencio? La misioncita que te predicó a ti el circunspectísimo señor don magistral, ¿no es tan parecida, como un huevo a otro huevo, a la otra que me predicó a mí aquel otro reverendísimo de marras, después de mis dos famosos sermones de la Trinidad y de la Encarnación, cuya memoria durará por los siglos de los siglos, y de cuyas utilidades se conservarán reliquias por algunos años en el baúl y en las navetas?

7. »¡Oh Señor, que son disparates! ¡Oh Señor, que son locuras! Esto se dice, pero no se prueba. Mas séanlo en buen hora. Si las locuras y los disparates granjean tanto aplauso, ¿dónde hay en el mundo mejor ni mayor sabiduría? Si los disparates y las locuras son tan proficuos, ¿qué mayor locura que ser cuerdo? ¿Ni qué mayor disparate que predicar con juicio? A este precio sea sabio el que quisiere, que yo a mi bolsillo me atengo. Éntrese en casa la dicha, y más que se entre por la garita. Díjolo todo divinamente un teatino, que en Dios y en mi conciencia es lástima que lo sea:

Quod si haec insania dici
Debet, amabilior nulla est sapientia; malo
Desipere hoc pacto, fias utcumque beatus;
Optandum ut fias; sunt et deliria tanti.[147]

8. »Ven acá, corazón de lana. ¿Tú no sabes la estrecha amistad y la grande correspondencia que tiene el señor

146. Como también señala Sebold, «borceguíes marroquíes» es un verso del romance del «Rey moro que perdió Valencia». Vid. *El Romancero*, ed. G. Di Stefano, Madrid, Bitácora, 1981, 273-275.

147. «Porque si esta debe llamarse locura, ninguna sabiduría es más amable que ella; prefiero ser ignorante de este modo, con tal de ser feliz; hay que desear que lo seas, los sueños son dignos de aprecio.»

magistral con los padrotísimos de la Orden? ¿Ignoras que éstos le han pegado sus máximas de *in illo tempore,* y que las suyas no son más que ecos de las de sus reverendísimas? Pues si no te hicieron fuerza en la boca de éstos, ¿por qué te la han de hacer en la de aquél? ¿Acaso las da más peso la sobrepelliz y el bonete que el escapulario y la capilla?

9. »Amén de eso, has de tener entendido que tu señor tío, a lo que he oído decir, se ha ceclarado sectario de ciertos predicadores que ahora se van usando así en la Corte como fuera de ella, los cuales se llaman *predicadores modernos,* o *a la moderna,* para distinguirlos de los antiguos, a quienes se los da el nombre de *predicadores veteranos,* y con grande propiedad a mi pobre juicio; porque así como en la milicia vale más un soldado veterano que cuatro bisoños, así en las campañas del púlpito un *veterano predicador* importará por cuatro modernos; y créeme que hablo con modestia, porque no exageraría mucho aunque dijese que valía por cuarenta.

10. »Porque al fin, ¿a qué se reduce esta secta? Ante todas cosas sienta por primera máxima fundamental que todo sermón, sea panegírico, sea moral, sea fúnebre y aunque sea también de ánimas (cosa ridícula), se ha de dirigir primaria y principalísimamente a la reformación de las costumbres, haciendo amable la virtud y aborrecible el vicio; con sola esta diferencia: que en los del género laudatorio, a que se reducen los panegíricos y los fúnebres, se hace comúnmente por vía de imitación; en los morales, a fuerza de razones; y en los de ánimas se ha de proceder por el terror y por el escarmiento. ¿Has oído en tu vida cosa más extravagante? Conque hételе que todo sermón ha de ser una misioncita, y el predicador que no se meta a misionero, que aprehenda otro oficio... Vamos claros, que es buena impertinencia.

11. »Supuesto este principiote, se sigue naturalísimamente el otro, conviene a saber, que todo asunto, sea en la oración que se fuere, ha de ser mazorral y a plomo, quiero decir, tan sólido y tan macizo, que no haiga más que desear. Pongo por ejemplo: predicas un panegírico en la fiesta de Todos Santos; pues has de tomar por asunto

esta proposición u otra equivalente: «La santidad es la verdadera sabiduría; ésta habita en los santos y reina en toda su conducta.» Lo más más que se te permite es que dividas el mismo pensamiento u otro semejante en dos proposiciones, proponiéndolos con un airecillo de antítesis, como si dijéramos: «El santo tenido por ignorante es el verdadero sabio *(primera parte);* el sabio sin virtud, reputado por docto, es el verdadero ignorante *(parte segunda).*» ¿Has visto cosa más fría?

12. »Predicas el panegírico de un santo, verbigracia de San José: pues guárdate bien de tomar por asunto que San José fue más padre de Jesús que el mismo Padre eterno, fue más hijo del Padre eterno que el mismo Verbo divino, fue más esposo de la Virgen que el mismo Espíritu Santo; porque este divino asunto predicado por un orador portugués, monstruo del púlpito (y no es el padre Vieira), aunque se reduce en suma a tres hipérboles galantes, levantarán el grito los sectarios de la nueva moda, y te dirán con la mayor frescura en tus mismas barbas que son tres herejías valientes. Sólo, pues, te será lícito decir que San José, como padre putativo de Jesús, fue el hombre a cuyas órdenes estuvo Dios más rendido, y fue el hombre que más se rindió a las órdenes de Dios. Mira por tu vida, ¡qué grandísima frialidad!

13. »Quieres predicar de algún misterio como, verbigracia, de la Trinidad? Si te empeñaras en probar que las tres divinas personas en una indivisible esencia eran el Gerión de la gracia, o el imposible de Edipo, o el lazo gordiano burlador del acero de Alejandro, todos estos oradores a la moderna te gritarían: «¡Al loco, al blasfemo, al impío!» Y no te verías de polvo,[148] siendo así que todos tres son otros tantos pensamientos asombrosos que andan impresos con todas las licencias necesarias, y que merecen realmente eternizarse, no digo yo en los moldes, sino en letras de diamantes. Pero tú guárdate bien de empeñarte en esas valentías del ingenio; porque estos hombres hocicudos que tienen ojeriza con todo lo que es delicadeza,

148. *no te verías de polvo*: frase para indicar los muchos insultos de que ha sido (o puede ser) objeto alguien.

sobre los silbos susodichos, te delatarían a la Inquisición, o te harían ridículo en estrados y tertulias. Conténtate, pues, con decir simple y sencillamente, como pudiera un sayagués: «El misterio de la Santísima Trinidad es entre todos los misterios, lo primero, el más obscuro a la razón; y, lo segundo, el más evidente a la fe.» Insulsez que es capaz de hacer insípida y zonza a la misma sal.

14. »Consiguientes en todo a su sistema, dicen después que estos asuntos de argamasa se han de probar con razones de cal y canto, y es claro que las han de encontrar en abundancia y a cual más metida en harina; porque como todas aquellas proposiciones son unas verdades perentorias, que parece las está dictando la misma razón natural, a la primera azadonada de la reflexión descubren una cantera de pruebas, con que fabrican un sermón más sólido que la obra del Escorial. Es cierto que estas razones las tornean, las vuelven y las revuelven de mil modos diferentes, adornándolas con tropos, con figuras y con todo el aparato retórico, que no parece sino que está un hombre oyendo a Cicerón, a Junio Bruto, a Cayo Graco o a Cornelio Cetego.[149] No dejan de la mano a aquel eterno hablador que se ha levantado lo más inicuamente del mundo con el título de *Príncipe de los Oradores,* siendo así que le cuadraría mejor el de *Director* o *Bastonero de todos los Locutorios:*

manibus Cicerunculus haeret
Semper, et attritus nocturno idemque diurno
Pollice.[150]

Conceptos, agudezas, equívocos, reparos sutiles, réplicas delicadas, todo eso lo destierran de sus sermones; y si tal vez tocan algo de mitología, de fábula o de erudición profana, es tan de corrida y con tanta vergüenza, que visiblemente se llena de bermellón doncel su pudibundo semblante.

149. Marco Cornelio Cetego, cónsul y orador romano considerado por Cicerón como el primer orador elocuente de Roma.

150. «Siempre se pega a tus manos Cicerón [algún libro], desgastado día y noche por tus dedos.»

15. »A la historia sagrada, a la eclesiástica y a los Santos Padres ya dan lugar; pero, ¿cómo? No como nosotros, que si citamos algún paso historial, o algún texto o sentencia de Santo Padre, aunque sea muy larga, lo presentamos todo con su ser, corpulencia y tamaño natural, para que venga a noticia de todo el auditorio con sus pelos, señales y circunstancias. Ellos no van por ese camino: toda esa erudición la entretejen, la embuten o la incrustan en sus proprios discursos, de modo que todo parece una misma pieza, sin que se descubra rima, encaje, barniz ni escotadura. Sermones parecidos a las fábricas modernas de Roma que llaman *impelichadas,*[151] las cuales parecen todas de pórfido, mármol, jaspe o alabastro, cuando en realidad de todas esas piezas no tienen más que una hojita superficial para engaño de los ojos, que se deja levantar al impulso de una uña:

Vana superficies quam solus judicat unguis
Aut oculus.[152]

Y hay tanta diferencia en el modo de citar de los predicadores veteranos al modo de citar de los modernos, cuanto va de las fábricas modernas a las antiguas. En éstas, para formar una urna de jaspe, era menester consumir un monte:

Scilicet ut grandem mons integer iret in urnam;[153]

y en aquéllas se fabrica un palacio con el jaspe que antes se gastaba en una urna.

16. »Allá se va el modo con que citan los otros textos de la Escritura, que no son historiales, sino doctrinales, sentenciosos o proféticos. Los más los dan desleídos en sus mismos raciocinios, pareciendo el texto, la glosa y la aplicación vino todo de una misma cuba, al modo que

151. *impelichadas*, del it. *"impellicciare"*, forrar con pieles, abrigar, recubrir.
152. «Vana superficie que sólo la uña o el ojo distingue.»
153. «Es decir, que un monte entero iba en una urna.»

San Bernardo los cita sin citarlos, componiendo una cláusula perfecta la mitad de sus palabras, y la otra mitad de palabras de la Sagrada Escritura. Tal cual textecillo presentan al auditorio a cara descubierta, pero con grande parsimonia, como se usan las especies en los guisados: porque dicen que en cargándolos de ellas, los hacen desabridos en lugar de sazonarlos. Aun los poquitos que sacan al teatro son por lo común literales; porque del sentido alegórico gastan y gustan muy poco; del tropológico o acomodaticio, casi nada, y no les falta un tris para condenarle. No lo hacen con las palabras, pero lo hacen con la obra dejándole arrinconado y no dándoseles un pito de que se cubra de telarañas.

17. »De intérpretes, expositores y versiones, cuya hermosa variedad adorna tanto nuestros sermones y nos sirve para probar todo cuanto se nos antoja, hacen ellos poquísimo caudal o, por mejor decir, ninguno. Veráse, no digo ya todo un sermón, sino un tomo entero de sermones a la moderna, sin que en todo él se haga memoria ni del sabio Cornelio, ni de la púrpura de Hugo, ni del erudito Calmet, ni del profundo Baeza, ni de Celada, a quien nada se le esconde, ni del agudo Zuleta, y lo que es más, ni del doctísimo Silveira; siendo así que con este último inagotable expositor puede un predicador, que sepa manejarle, andarse por ese mundo de Dios y probar hasta la existencia de los mismos imposibles en caso urgente y necesario, siendo cosa averiguada que no hay almagacén [154] más socorrido para un aprieto y para cualquiera asunto.

18. »Es lástima oír cómo tratan estos predicadores de moda a muchos expositores. No se atreven a tocar en los Santos Padres, de los cuales hablan en realidad con respeto; porque no quiero infernar mi alma ni levantarles falsos testimonios. También hacen la cortesía a algunos pocos intérpretes de los que no están tan arriba, confesando que fueron hombres verdaderamente sabios, de penetración, de juicio y de una profunda inteligencia de la Sagrada Escritura, a la cual convienen que ilustraron mucho con sus doctos comentarios. Pero de otros expo-

154. *almagacén*: almacén.

sitores, a quienes llaman ellos *de escalera abajo, de turbamulta,* o *expositores de munición,* da cólera oírlos hablar. Dicen que los más no hicieron otra cosa que poner en mal latín los sermones que habían predicado en peor romance; que con el glorioso título de *Comentarios* sobre esta o aquella parte de la Escritura embarraron cantidad inmensa de papel, llenándolo de conceptillos aéreos, de pensamientos inanes, de discursos pueriles y de disertaciones fantásticas, cargándolas de erudición a metralla; y, finalmente, que los más, como totalmente ignorantes de las lenguas hebrea, siriaca, caldea y griega, en que se escribieron originalmente los Libros Sagrados, desbarraban lastimosamente en la inteligencia del texto de la Vulgata, dándole una significación tal vez contraria a su verdadero sentido, muy violenta y casi siempre arbitraria. Imbuidos en estas máximas, quiebra el corazón ver el desprecio con que tratan a los mejores y más socorridos autores de que se compone regularmente la escogida librería de un predicador de tabla;[155] y así no los verás citados en sus sermones aunque te descejes, ni aunque des una peseta por cada cita.

19. »De eso de variedad de versiones no se trate. Su Vulgata a pasto y tal cual vez, por plato extraordinario, un poco de la versión de los Setenta, y adiós amigo. La siriaca, la caldea, la de Pagnino, la de Vatablo, ni saber como leyó Arias Montano, les da a ellos el mismo cuidado que averiguar cuál fue el centésimo abuelo de Tamas Kauli Kan;[156] siendo así que nosotros los predicadores veteranos, con la diferencia de versiones, nos bandeamos maravillosamente para guisar, probar y ajustar todo cuanto queremos, sazonando nuestros pensamientos con tanta delicadeza, que el apetito más dormido abre tanto ojo, y el paladar más melindroso se chupa los dedos tras de

155. *de tabla*: tiene el sentido de corriente, habitual, pero también se refiere, en el ámbito religioso, a «oficios puestos en tabla», es decir, obligaciones, como la del sermón del canónigo magistral, cuyas fechas se señalaban en una tabla. Vid. Correas, *Vocabulario.*

156. Tamas Kauli Kan (Tahmasp Kuli Khan), sha de Persia desde 1736 hasta 1747, en que fue asesinado.

ellos. Porque, en realidad, ¿dónde hay cosa más aguda, ni más divertida, ni más sazonada que decir un predicador: «Donde la Vulgata lee *piedra,* el siriaco vierte *anillo,* el caldeo *círculo,* los Setenta *cúpula*; y donde lee *pan* la Vulgata, Vatablo leyó *espada,* Pagnino *misericordia,* Arias Montano *sabiduría* y el Burgense *calabaza*»; y, haciendo después, de todas estas ideas, cuantas combinaciones a uno se le antoje, probar todo lo que quisiere con ingenio y con sutileza? Fuera de que oyendo el auditorio que el predicador cita a roso y velloso [157] al siriaco, al caldeo, al griego y al hebreo, se persuade sin razón de dudar que sabe todas estas lenguas como la suya propia, tiénele por monstruo de sabiduría, y oye todo cuanto dice con un respeto que pasma. Los oradores modernos se burlan de todo esto, teniéndolo por ostentación, aparato, alharacas y charlatanería; pero yo, con licencia de sus mercedes y de sus reverendísimas, me burlo de todos ellos.

20. »Ves aquí, Gerundio amigo, el plan de la nueva secta, de la cual, según tengo entendido, se ha declarado ciego partidario tu tío el señor magistral, siendo uno de los que más furiosamente predican a la francesa; que, en suma, a eso se viene a reducir la nueva moda. No te disimularé que la gente sesuda, la que se llama *crítica,* la devota y la que se precia de culta, se ha declarado también a banderas desplegadas por el mismo partido. Vase tras de un orador a la moderna, como los niños se van tras los danzantes y tras la tarasca [158] en el día del Corpus. A éstos los celebran, los ensalzan, los colocan más arriba de las nubes, cuando a nosotros nos desprecian, nos deprimen, haciendo tanta burla y tanta chacota de nuestro modo de predicar, que no parece sino que hemos nacido para ser los dominguillos [159] de sus conversaciones y tertulias.

157. *roso y velloso*: «modo de hablar que vale todo, sin excepción ni distinción ninguna en la materia de que se habla. Regularmente se dice en materia de destrucción» *(DA).*

158. *tarasca*: figura de sierpe que sacan delante de la procesión del Corpus. Tenía una boca muy grande por la que arrojaban dulces los que iban dentro.

159. *dominguillos*: peleles que se ponían en las plazas para diversión del pueblo durante las fiestas.

21. »Pero, ¿qué importa, ni qué nos empece este puñado de gente melancólica y descontentadiza, cuando tenemos a nuestro favor la mayor, la más sana y la más discreta parte de nuestra península, desde oriente a poniente y desde el septentrión a mediodía? Nuestras son todas cuantas cofradías levantan varas o enarbolan estandartes en el continente español, desde los Pirineos hasta la embocadura del Tajo y desde Finisterre hasta las Algeciras. Nuestros son todos los mayordomos de estos ilustres cuerpos que se exhalan por buscarnos y se empobrecen por enriquecernos. Nuestros son los formidables gremios de zapateros, curtidores, sastres, barraganeros,[160] mercaderes, escribanos, procuradores; y hasta en el respetable gramio de los abogados, no nos faltan innumerables parciales. Nuestra es la muchedumbre de las ciudades, el concejo de las villas, el total de las aldeas, la mosquetería de las universidades, la juventud de los claustros, y aun en la misma ancianidad podemos contar amigos, auxiliares y defensores.

22. »Dígalo, si no, aquel famoso campeón y aquel valiente paladín que a los sesenta y más años de su edad y a los veinte y más de predicador veterano, ejercitados muchos de ellos en el mayor teatro de España, salió tan denodadamente a nuestra defensa. Había predicado a la moderna en una de las funciones más famosas de la Corte cierto orador, catedrático a la sazón en una célebre universidad; y aunque no de muchos años, estaba reputado por gran teólogo, por insigne predicador, por ingenio conocido y, en fin, por hombre verdaderamente sabio, más que regularmente instruido en las divinas y en las humanas letras. (Quédese esta opinión en su lugar, que yo no soy amigo de quitar a nadie la buena o mala que Dios le deparare.) En fin, él predicó un sermón que logró exquisito aplauso de todos los antiveteranos: asunto grave, pruebas macizas, mucho de esto que se llama elocuencia, pocos textos, citas por alambique, reflexiones morales en

160. *barraganero*: el que fabrica barragán, «género de tela hilada sutilmente, y hecha de lana de diferentes colores, su ancho poco menos de una vara» *(DA)*.

abundancia, Escritura desleída, Evangelio y a ello, nada de chistes y lo mismo de circunstancias. Imprimióse la oración, y aprobóla con grandes campanillas cierto clérigo de autoridad, que ha dado la gente en la manía de que es el Gallo de los oradores,[161] y que como tal puede y debe cantar en toda España, como si dijéramos en su propio muladar. Mas hay hombres de tan mal gusto, que no dudan decir que este Gallo, respecto de nuestra oratoria evangélica, a la cual suponían sepultada en una obscurísima noche, es el precursor del día, el despertador del sol, el que derrite las densas tinieblas que se habían apoderado de nuestro polo pulpital, el que disipa las patrullas de los predicadores arlequines, saltimbanquis, ligeros y matachines que divertían a la gente en vez de instruirla, y empeoraban las costumbres en lugar de enmendarlas. Aplícanle, sin más ni más, aquel par de estrofas de cierto himno:

A nocte noctem segregans
Praeco dici jam sonat,
Jubarque solis evocat.
Hoc excitatus Lucifer
Solvit polum caligine;
Hoc omnis errorum cohors
Viam nocendi deserit.[162]

23. »¿Y qué te parece? ¿Que se contentan con esto? No paran aquí; pasan adelante, y no dudan aplicarle otro buen trozo del mismo himno, queriéndonos persuadir que le viene como de molde. Empéñanse en decir que este Gallo hace abrir los ojos a los amodorrados, mete tanto aguijón a los somnolientos, confunde y convence a los pertinaces; y, en fin, que a fuerza de cantar él en el púl-

161. Por el autógrafo de Isla sabemos que se trata del padre Nicolás Gallo, muerto «poco tiempo después que se escribió esto».
162. «El pregonero del día se deja oír separando noche de noche y llamando a los rayos del sol. Por él despertado este lucero libera a la tierra de la oscuridad, por él toda la cohorte de los errores abandona el camino del daño.»

pito como se debe, hay esperanza de que haga cantar a todos los demás predicadores como es razón:

Gallus jacentes excitat
Et somnolentos increpat;
Gallus negantes arguit.
Gallo canente spes redit.[163]

De este hombrón, como de los predicadores y corifeo de la nueva secta, es la aprobación susodicha.

24. »No la pudo sufrir aquel predicador veterano, cuyos nobilísimos sermones peinaban tantas canas como su cándida cabeza. Caló el morrión, echóse la visera, vistió la cota, que algunos por lo breve de su cuerpo dijeron era cotilla, enristró la lanza; y desde la misma dedicatoria, dirigida a un gran señor, comenzó a correr el Gallo.[164] Pero, ¿cómo? Desplumándole, descrestándole y, en fin, haciéndole añicos. Alaba lo que él reprueba, y condena lo que él aplaude, haciendo una descripción tan galante de los sermones de moda, que no hay más que pedir. Yo la tomé de memoria, porque me cayó muy en gracia, y dice así:

25. »«Si vuestra excelencia, señor, para mientes, como dice nuestro castizo idioma, hallará en estos sermones que ya llaman de moda, si no el todo, parte mucha de lo que en aquel gabinete sucedía: *Vamos, vamos a oír al padre don F., al señor don Z., al doctor tal, que predica de moda.* Quiere, a mi ver, decir esta palabra: un cuadro sin imagen, una imagen sin templo, un templo sin altar, un altar sin sacrificio, un sacrificio sin sacerdote, y un sacerdote sin el proporcionado ornamento. Es puntual descripción de un

163. «El gallo despierta a los que duermen e increpa a los somnolientos; el gallo acusa a los que niegan. Con el canto del gallo vuelve la esperanza.»

164. *correr el gallo*: «Divertimento de Carnestolendas que se ejecuta ordinariamente enterrando un gallo, dejando solamente fuera la cabeza y pescuezo y, vendándole a uno los ojos, parte desde alguna distancia con la espada en la mano y el lance consiste en herirle o cortarle la cabeza con ella. Otros le corren continuamente hasta que le alcanzan» *(DA)*.

sermón de moda.» ¿Qué te parece, amigo Gerundio? ¿Has oído en tu vida comparación más a pelo, símil más adecuado, ni descripción más puntual de un sermón a la moderna? Porque, en realidad, si la cosa se considera bien y sin pasión, la multitud de textos, la bulla de citas, el aparato de erudición, la variedad de versiones, el paloteado de retruécanos, la gala de los equívocos, lo sutil de los conceptos, la delicadeza de los reparos, el escape de las soluciones y, de cuando en cuando, el chiste de los gracejos, son puntualísimamente la imagen, el templo, el altar, el sacrificio, el sacerdote, el amito, el alba, el cíngulo, el manípulo, la estola y la casulla de un sermón equipado como es justo; y al que le falta todo esto, hágote un sermón en carnes vivas, que es una vergüenza y una compasión.

26. »No es mi intento, ni por ahora sería del asunto, hacerte una relación individual de todo lo que dijo el predicador veterano en el discurso del sermón que dedicó al susodicho gran señor, en inmortal gloria nuestra y en eterna confusión de los modernos. Ésa sería obra larga, y era menester producir toda la pieza, que es única en su línea y la conservo en la celda encuadernada en papel dorado, para molde y original de mis sermones (se entiende después del *Florilogio sacro*), si es que alcanzan mis fuerzas a una débil imitación. Ni quiero cansar tu atención con referirte que un tal don Gutierre Fernández (hombre ignorantísimo y desalmado, si los ha habido jamás) disparó un par de cartas insolentes y atrevidas a un cual don Fulano Valdenoches, las cuales, puesto que no salieron a luz, anduvieron de ronda de mano en mano, de casa en casa y de estudio en estudio, así en la Corte como fuera de ella, e hicieron una riza de todos los diantres. Pero, ¿en quiénes? En los antioradores magistrales y en sus secuaces, que son unos pobres pelones; porque aunque es así que las tales cartas convencen que en el sermón de nuestro heroico defensor se hallan tres o cuatro proposicioncillas heréticas, algunas otras malsonantes, tal cual textecillo de la Escritura supuesto, muchos mal citados, este u el otro testimonio venial levantado a los Santos Padres, y así de otras cosuelas a este tenor, ¿qué hombre de juicio

hace caso de semejantes bagatelas? ¿Quién no sabe que ésas son hipérboles galantes, valentías del discurso, arrojos del ingenio y festivísimas aperturas de una fantasía que se eleva, que se arrebata y no anda arrastrando por el suelo? Si se hubiera de reparar y cortar en nuestros sermones estos icáricos vuelos, ¿dónde iríamos a parar?

27. »En fin, este orador insigne a la veterana, que contaba entonces sesenta y ocho años de edad, y de éstos veinte y cuatro de púlpito, al cual, según esta cuenta, no subió hasta los cuarenta y cuatro, que es ya edad madura, en la cual al predicador más tardío le puede haber salido el uso de la razón pulpitable; este orador veterano, vuelvo a decir, añoso, famoso y canoso, acredita bien que aún dentro de los claustros tenemos partido, no sólo entre aquellos que apenas los apunta el bozo de la oratoria, que ésos a red barredera los puedes contar por nuestros, sino entre los más añejos, más veteranos y aun más vetustísimos. Y hay la gracia particular de que éstos hablan por experiencia, en cuya escuela, que es la más segura y la más convincente, han aprendido lo bien que les ha salido la cuenta predicando a la veterana; pues no hay mejores cien doblones que los que se hallan de repuesto en sus religiosas navetas, ni chocolate más rico, ni botes de tabaco más exquisito, ni pañuelos de tela y de color más finos, ni ropa blanca más delgada que la que encontrarás en sus pobres alacenas, cajones y baúles.

28. »Pues siendo todo esto así, *quis furor, quae te dementia coepit?* ¿Qué locura es la tuya, qué delirio se apoderó de tu cabeza, cuando así te la trastornó ese tu tiesísimo y circunspectísimo tío, tumbándote patas arriba a cuatro razones miserables que te alegó el tal dómine Espetera? Perdóname si me descompongo, porque no me puedo contener al hablar de estos encaprichados y testarudos parciales de la sinrazón, aunque por otra parte sean hombres de autoridad y de respeto. No quiero ya que hagas caudal de mis razones, sin embargo de ser todas tan convincentes, tan triunfantes, que no admiten réplica ni sufren resistencia. Tampoco quiero ya que te hagan fuerza los ejemplares que te he puesto delante de los ojos, ni tantos millares de millares de predicadores veteranos

como han hecho fortuna por este camino, ni lo que has tocado y estás tocando por tus propias manos en mí mismo, que siempre le he seguido y que en mi vida no pienso seguir otro. ¿Será posible, Gerundio del alma, que no te convenza tu experiencia propia? ¿Tan mal te ha ido desde que comenzaste la carrera, emprehendiéndola por esta vía láctea o, hablando con más propiedad, por este caminito de la plata? Sermón y medio has predicado hasta ahora en público, y otro entre las paredes del convento, ¿y qué hombre hay ya más famoso en toda la redonda? ¿De qué otro retumban mayores ni más encarecidos aplausos en todo el dilatado y espacioso ámbito del Páramo? ¿Piensas que tu fama se ha limitado a las paredes solas de Campazas? ¡Oh cuánto te engaña tu encogimiento y tu modestia! Llegó ya a Villaquejida, extendióse a Villamandos, se dilató a Villamañán, y hasta en las márgenes del Órbigo resuena el eco de tu nombre con tanta claridad como en las concavidades de Villaornate. Poco dije: o me engaña mucho el pensamiento, o siento acá en lo más interior del alma no sé qué proféticos presagios de que en breve tiempo no se ha de hablar de otra cosa que de fray Gerundio en toda España, y aun se adelanta el vaticinio a descubrir, entre no sé qué lejanas lumbres, que ha de penetrar tu famoso nombre hasta las provincias extranjeras.

29. »Mientras tanto, es cierto que ya no se sabe hablar sino de tus sermones, de tus prendas y de tus talentos en esos caminos, en esos campos, en esas tierras, en esas viñas, en esos herreñales, en esas eras y aun en todos esos mercados del contorno. Mientras tanto, es indubitable que ya no hay cofradía que no te desee, no hay mayordomo que no te solicite, no hay sermón de ánimas que no te aguarde, no hay retablo nuevo que no clame por ti, y no hay Semana Santa que no te tienda los brazos. Pues, corazón amilanado, ¿por qué te acobardas? Alma de cántaro, ¿por qué te quiebras? Espíritu pusilánime, ¿por qué te desmayas? Desprecia, desprecia generosamente ese terror pánico que se ha apoderado de tu pecho; no hagas caso de esas pasmarotas con que intentan aturrullarte los ciegos y apasionados sectarios de la novedad; y confir-

mándote en el heroico empeño de no desviarte un punto del camino real y derecho que tan gloriosamente has comenzado, ríete a carcajada tendida de todos aquellos que pretenden arredrarte de él, no dando otra respuesta a sus razones que la que yo di, y también te suministré en ocasión muy semejante:

Mingere cum bombis, res est gratissima lumbis!» [165]

30. No de otra manera que cuando en el corazón del invierno amanece el horizonte cubierto de una densa niebla, la cual poco a poco se va al principio enrareciendo, luego que el sol presenta la batalla, comenzando la función con la escaramuza de sus rayos; pero no se declara tan de repente la derrota de los escuadrones tenebrosos, que no disputen por largo tiempo el terreno, pues, titubeante al parecer y como neutral la victoria, ya el sol abre los nebulosos escuadrones; ya éstos se vuelven a cerrar más densamente, muchas veces aquél los rompe, y otras tantas éstos le rebaten; ya el ejército del sol pasa por el vientre del campo de la niebla, y aunque con luz cansada, no tanto dora cuanto argentea la cima de un vecino monte; ya se vuelve a cerrar el ejército enemigo, y repeliendo al contrario, parece que le retira hasta su mismo atrincheramiento, durando el flujo y el reflujo de la dudosa contienda hasta que al acercarse el mediodía, encendidas en fogosa cólera, las tropas de la luz acometen tan furiosamente al campo de la niebla, que por todas partes le rompen, le penetran, la pisan, le atropellan, le disipan; y dueño enteramente el sol del campo de la batalla, se deja ver en todo el hemisferio el más claro, el más sereno y el más despejado día: así, ni más ni menos, disipó el razonamiento de fray Blas las nieblas que habían obscurecido el entendimiento de nuestro fray Gerundio, y quedó tan despejado y tan claro como el día más apacible y más sereno del mes de enero o de febrero. Dio mil abrazos a su amigo por lo que le había consolado, iluminado y alen-

165. «Mear con pedos es cosa gratísima a las nalgas», E. Tabourut, *Menagiana*, I, 180 (Sebold, III, 193).

tado; y renovó en sus manos el pleito homenaje que ya había hecho en otra ocasión de que no predicaría de otra manera en todos los días de su vida, aunque el mismo Gallo de la Pasión le predicara lo contrario. Con esto dieron la vuelta al lugar, donde sucedió lo que dirá el capítulo siguiente; pero antes de escribirle suplico al lector que tenga un poco de paciencia, porque voy a tomar un polvo.

LIBRO V

CAPÍTULO PRIMERO

ENCÁRGANLE UN SERMÓN DE HONRAS, Y NO LE ESCUPE, CON TODO LO DEMÁS QUE IREMOS DICIENDO

—PERO, mira —le dijo fray Blas en el camino—; si tu tío te volviere a tocar la especie, tú has de hacer la gatatumba y el agachapanza:[1] quiero decir que te has de mostrar convencido de sus razones, rendido a sus consejos, dócil a sus instrucciones, oyéndole en lo exterior con mucha humildad, respeto y reverencia, pero allá dentro de tu corazón has de estar bien resuelto a reírte y hacer burla de todo cuanto te dijere. La razón de este admirable y no menos importantísimo consejo salta a los ojos; porque estas gentes de la Iglesia, constituidas ya así en alguna dignidad y más cuando están asomadas a una mitra, suelen ser muy delicadas, gustan de que en todo se les oiga como a oráculos, y llevan muy a mal que se les replique. Cuando a esto se añade la razón del parentesco, y más siendo tan inmediato y tan superior como el del tío, los da un peso de autoridad sobre toda la familia, que no parecen sino unos concilios; y hasta los hermanos mayores, que no han ido por la Iglesia, los oyen con una veneración que causa espanto. Es verdad que no siempre es oro todo lo que reluce, pues tal vez hacen burla de ellos interiormente; pero los tiene cuenta el paladearlos en el fuero externo, así para disfrutarlos en vida, como para he-

1. *gatatumba*: «simulación, ficción de obsequio, reverencia, dolor u otra cosa semejante» *(DA)*. *agachapanza*: se usa en sentido figurado, «dejar pasar algún contratiempo, persecución o acusación sin defenderse ni excusarse, para sacar después mejor partido» *(DRAE)*.

redarlos en muerte. A ninguno importa más que a ti el tener grato a tu tío; porque ninguno le necesita más que tú, ya por los socorrillos que te suele enviar, y ya por lo mucho que con su autoridad y con la de sus amigos te puede servir dentro y fuera de la religión para tus adelantamientos. Por tanto, sigue este mi consejo capital, y trata de hacer bien tu papel: calla, disimula, humíllate, muéstrate convencido, dale palabra de enmendarte, consúltale en todo lo que se ofreciere, pero tú haz aquello que se te antojare.

2. Aunque la leccioncilla del padre predicador mayor no era de aquellas que más se conforman con el Evangelio, ni aun con el catequismo,[2] le cayó muy en gracia al docilísimo fray Gerundio, y la tomó tan de memoria que jamás se le olvidó. Llegaron a casa, donde encontraron ya refrescando a toda la patrulla. Era el refresco limonada de vino y bizcochos, que es el regular en las fiestas recias de Campos. Y se habían agregado a los huéspedes de casa muchos curas del contorno, que habían concurrido a la función, y también no pocos labradores de los más pestorejudos, todos con el motivo de dar la enhorabuena a fray Gerundio, a sus padres y a toda la parentela.

3. Fueron graciosas las expresiones con que se explicaron algunos, especialmente de aquellos que se preciaban más de tener voto en esto de sermones. Uno que había servido todas las mayordomías de su lugar, y estaba persuadido a que ninguno le echaba el pie adelante en la elección de los mejores oradores, dijo con voz ponderativa:

—El padre fray Gerundio ha perdicado un sermón que, mientras Campazas sea Campazas, no habrá quien le desquite.

Otro que había sido muchos años procurador de la tierra, y era hombre de cabeza abultada y muy maciza, pareciéndole que el otro había andado corto, añadió como para corregirle:

—Sí, ¡andaos ahora a Campazas! En León he uído yo a los mayores pájaros de España, pero otro fray Gerun-

2. *catequismo*, por catecismo.

dio... Y no digo más, porque toda comparanza es udiosa.

Al hermano Bartolo se le hacían ya limonada las palabras; y no pudiéndolas contener, prorrumpió en el despropósito de que en todos los días de su vida había oído ni esperaba oír sermón más *matemático*. Voz cuyo significado no entendía, pero siempre le había parecido que significaba alguna cosa grande e inaudita. Allá se fue el elogio del sacristán de Benafarces, que se halló en la función no se sabe por qué casualidad, y era tenido entre los que le conocían por uno de los hombres más cultos de los que a la sazón gorgoritaban *parce mihis*. Éste pidió silencio, teniendo en la mano un vaso de limonada, que rebosaba por el borde; y estando todos callados y suspensos, dijo con voz gutural, recalcada y circunspecta:

—Señores, vamos haciendo justicia; que el sermón desde el principio hasta el postre, desde la cruz hasta la fecha, y desde el tema hasta el *quam mihi*, fue una pura construcción de filosofía.

Quedaron todos mirándose los unos a los otros; y aunque ninguno entendió lo que el sacristán quiso decir, fue general la opinión de que tampoco se podía decir más.

4. A todo esto había estado muy atento, pero igualmente callado, un buen clérigo de estos que llaman de misa y olla, que con su capellanía y un decente patrimonio lo pasaba quieta y pacíficamente en su lugar, mejor que un arcediano. Era a la verdad de pocas letras, pues sólo tenía las precisas para entender el Breviario y el Misal a media rienda; pero por su buena razón, por su genio apacible y bondadoso, y porque era limosnero y amigo de hacer bien, le estimaban mucho en su pueblo. Apenas moría alguno en él que no le dejase por su principal testamentario; y él admitía sin repugnancia estos encargos, así por tener alguna cosa en que emplear loablemente el tiempo, como por haber hecho concepto que si cumplía fiel, legal y puntualmente con este piadoso y caritativo oficio, podía hacer mucho bien a los difuntos y ser muy útil a los vivos.

5. Había fallecido pocos días antes el escribano de su lugar, que era ya viudo; y no sólo le había nombrado por su testamentario, sino también por tutor y curador

de sus hijos, con la expresión de que no se le tomasen cuentas o se pasase por las que él quisiese dar, todo en crédito de la confianza que hacía de su pureza, exactitud y legalidad. Dejaba encargado en el testamento que se le hiciesen honras y cabo de año con sermón, según costumbre; y señalaba doscientos reales de limosna para el orador que se las predicase, «en atención —decía él— al trabajo que ha de tener cualquiera pobre predicador en hallar de qué alabarme; porque si no quiere mentir, se ha de ver bien apurado».

6. Con efecto: debía de ser así, porque era pública voz y fama que el tal escribano había sido hombre no muy demasiadamente escrupuloso. Cuando entró en el pueblo, pues fue el primer escribano que entró en él, no había pleito ninguno, ni aun memoria de que le hubiese habido jamás desde su primera fundación; pero al año, y no cabal, de su residencia, ya todo el lugar se ardía en pleitos; y cuando murió, dejó pendientes treinta y seis, aunque no pasaba la población de docientos vecinos. Encendía a unos, azuzaba a otros y los enzarzaba a todos. Si dos partes contrarias le consultaban sobre una misma dependencia, a cada una en particular respondía afectando una modestia socarrona, que él no era abogado, ni entendía los puntos de derecho, ni le tocaba dar parecer; pero por lo que le había enseñado la experiencia en tantos años de ejercicio y en tantos pleitos como habían pasado ante él, era corriente su justicia, temeraria la pretensión del contrario, y que a buen librar le condenarían en costas, concluyendo con que si esto no salía así, había de quemar el oficio; que esto se lo decía a él solo en confianza, encargándole mucho el secreto. Después que a uno y otro los había metido tanto aguijón, añadía con grande remilgamiento que aunque era cierto todo lo dicho, ¿para qué quería pleito?; que era mejor componerse, porque aunque ninguno se interesaba más que él en que cada cual siguiese su justicia, pues al fin no comía de otra cosa ni tenía otros mayorazgos, pero que amaba más la paz del pueblo que todos los intereses del mundo. Con este artificio después de haber irritado a las dos partes, él echaba el cuerpo fuera y cobraba crédito de hombre desinteresado.

7. En habiendo cualquiera quimerilla en el pueblo, por ligera que fuese, especialmente si había sido cosa de paliza, con algún rasguño u efusión de sangre, al punto buscaba los alcaldes y se estrechaba con ellos. Y en tono de amistad y de confianza los persuadía a que levantasen un auto de oficio, y que tratasen de cubrirse, intimidándolos con que hoy o mañana vendría una residencia,[3] y no faltaría alguno que los quisiese mal y los acusase de omisos o de parciales, y a buen librar caería sobre sus costillas una multa que los levantase tanta roncha. Después de hecho el auto de oficio, arrestados los de la riña y borrajeado mucho papel en declaraciones, cargos y descargos, cuando ya no tenía pretexto para chupar más a las dos partes, solicitaba él mismo por debajo de cuerda que se compusiesen; y cargando bien la mano en las costas a unos y a otros, porque a ninguno se las perdonaba, a un mismo tiempo llenaba el bolsillo y era aplaudido entre los inocentes con el glorioso renombre de pacificador.

8. Era muy franco en dar testimonios, aun de aquello que no había visto; y para quitar el escrúpulo a los que podían reparar en esta mala fe, los decía, con una bondad que encantaba, que un hombre de bien se había de fiar de otro hombre de bien más que de sí mismo; que debía de dar más crédito a los ojos ajenos que a los suyos propios, porque éstos podían alucinarle y engañarle, pero de los otros no era razón, ni buena crianza, ni aun conciencia presumirlo; y, finalmente, que esto mismo se estaba palpando a cada paso en el uso de los anteojos, con los cuales ve uno más y mejor que con sus propios ojos. De donde infería que, así como puede un escribano dar fe válida, lícita y legalmente de aquello que ve con anteojos, siendo así que no son sus ojos los anteojos, así ni más ni menos puede y debe darla de lo que ve con los ojos de un hombre honrado, cuando éste le asegura que lo ha visto y que pasó la cosa ni más ni menos como él

3. *residencia*: «se toma asimismo por la cuenta que toma un juez a otro, o a otra persona de cargo público, de la administración de su oficio, de aquel tiempo que estuvo a su cuidado» *(DA)*.

se la cuenta. Y a la réplica que le podían hacer, que él no sabía si era o no hombre honrado el que le pedía el testimonio, ya él salía al encuentro, diciendo que mil veces había oído a los abogados ser principio de derecho que ninguno se debe presumir malo hasta que se pruebe que lo es, y que en caso de duda siempre se debe presumir lo mejor.

9. Quedábanse atónitos los pobres páparos al oírle esta doctrina, que les parecía a ellos más clara que la luz del mismo día; y el símil de los anteojos, aunque tan disparatado, los ataba de pies y manos. Para acabarlos de aturrullar y convencer enteramente, añadía otro símil en el cual los dejaba como embobados y lelos.

—Está un escribano —decía— actuando con un señor alcalde o con cualquiera otro juez, firma éste, y después más abajo el escribano *ante mí, Fulano de Tal.* ¿Cuántas veces sucede que el juez, al tiempo de firmar, no está *delante* del escribano, sino a un lado o a las espaldas, porque el alcalde, verbigracia, se está paseando la sala? ¿Y quién dirá por eso que el escribano es falsario, porque autorizó o legalizó la firma del juez diciendo que había sido *ante él*? Pues si ésta no es falsedad, ¿por qué lo ha de ser dar un testimonio de lo que no se vio ni se oyó, en la buena fe de que trata verdad el que me asegura que lo ha visto y oído? A los de mi oficio que tropiezan en estos melindres y delicadezas, se les puede decir que tienen escrúpulos de fray Gargajo.[4]

10. En virtud de esta misma docilidad, no sólo era bizarrísimo en dar testimonios de lo que jamás había visto, sino que con su bondadoso corazón no se podía negar a darlos muchas veces contrarios a lo que había palpado, sin detenerse mucho en dar dos testimonios opuestos a las dos partes contrarias, porque decía que era enemiguísimo de desconsolar a nadie. Y aunque esto le ocasionó más de una vez algunos embarazos enfadosos en los tribunales superiores, al cabo de ninguno salió tan mal como

4. *escrúpulos de fray Gargajo,* variante de «escrúpulo del padre Gargajo» o «escrúpulos de Marigargajo»: escrúpulos ridículos, infundados.

se podía temer, porque tenía maña para todo. Sólo era muy detenido en franquear los testimonios cuando sospechaba que solían perjudicar a alguna parte predilecta suya, bien entendido que su predilección nunca se fundaba sino en un honrado reconocimiento a expresiones prácticas, no de las más ordinarias. Cuando se hallaba en este caso, decía con grande compostura que no podía dar testimonio alguno sin que se lo mandase la señora justicia; y cuando le reconvenían con que estaba obligado a hacerlo en virtud de su mismo oficio, por cuanto todo fiel cristiano tenía derecho a que le diese testimonio de lo que había visto u oído, él respondía con mucho fruncimiento que esto era ignorar las nuevas pragmáticas sanciones que habían salido sobre el oficio de escribano. Y los pobres patanes, al oír el nombre de *pragmática sanción,* quedaban tamañitos, pareciéndoles que debía ser alguna excomunicación [5] del Padre Santo de Roma, para que los escribanos no se metiesen en cumplir con su obligación sin licencia de los alcaldes.

11. Éste había sido el ejemplarísimo escribano [6] que había dejado por su principal testamentario al licenciado Flechilla (que así se llamaba el clérigo de quien íbamos hablando, habrá como dos hojas), dando orden en su testamento para que se le predicase su sermón de honras corriente, como era uso y costumbre en aquella tierra. Pues el tal clérigo, yendo días y viniendo días, luego que oyó a fray Gerundio el sermón del Sacramento, quedó verdaderamente espantado, y dijo allá dentro de su corazón:

—No se me escapará este pájaro; y así predicará otro las honras del escribano de mi lugar, como yo soy arzobispo.

En efecto: después de haber oído con el más profundo silencio la variedad de expresiones con que todos daban la enhorabuena a nuestro fray Gerundio, se levantó pausada y boníticamente de su asiento, encaminóse

5. *excomunicación* por excomunión.

6. Esta actitud de los representantes de la justicia está extensa y agudamente tratada en la novela de F. Gutiérrez de Vegas, *Los enredos de un lugar,* Madrid, M. Martín, 1778-1781, 3 vols.

hacia donde aquél estaba, diole un estrecho abrazo y, asomándosele las lágrimas de puro gozo, le dijo con bondadosísima ternura:

—Padrecito mío, obras son amores, que no buenas razones. Yo tengo la incumbencia de encargar un sermón de honras al difunto escribano de mi lugar, que vale doscientos reales; y si valiera doscientos mil, con otros doscientos mil amores, le pondría yo a la disposición de vuesa paternidad. El tal escribano, que Dios haya, ciertamente no fue hombre canonizable, pero por lo mismo los asuntos dificultosos se hicieron para ingenios peregrinos. El de su reverencia lo es, o tengo yo de quemar a mi Lárraga y al Piscator de Salamanca, que es toda mi librería.

12. No cabe en la ponderación el empavonamiento [7] de que se sintió repentinamente embestido el corazón de nuestro fray Gerundio, viéndose convidado en aquella publicidad y en aquellas circunstancias con un sermonazo de aquel tamaño; pues habría más de cuatro padres definidores que se tendrían por muy dichosos en haberlo conseguido después de haberlo pretendido mucho, y a él se le había venido a las manos, como dicen, sin saber leer ni escribir. Desde aquel mismo punto se le barrió de la memoria todo cuanto le había dicho su tío el magistral, como si jamás lo hubiera oído, y ya miraba tan debajo de sí al mismo magistral, que por poco no le tenía lástima. Pero, sin embargo, resolvió respetarle en el fuero externo por la formalidad, teniendo presente la importante lección de su íntimo fray Blas.

13. Respondió, pues, al licenciado Flechilla, muy agradecido a la honra que le dispensaba, y aceptando cuanto era de su parte el sermón de honras, bajo el beneplácito y la bendición de su prelado, que no dudaba se la franquease, con agradecimiento al honor que hacía a la Orden en la persona del más mínimo individuo suyo. Hay quien diga que casi le respondió con estas mismas voces, aunque tan forasteras a su común estilo, bien que no faltan otros que lo contradicen, fundados en esto mismo, persuadidos a que las expresiones eran más cultas de lo

7. *empavonamiento*: vanidad, ostentación, orgullo.

que correspondía a su crianza y a la idea de hablar que se había formado, así en conversaciones privadas como en las funciones públicas. Nosotros no nos atrevemos a tomar partido en este intrincado punto de crítica, bien que nos inclinamos a creer que aunque la substancia de la respuesta fuese de fray Gerundio, pero el guiso y las voces tienen traza de ser del curioso que hizo los apuntamientos de donde sacamos estas menudencias.[8]

14. Comoquiera que esto hubiese sido, lo que consta de cierto es que fray Gerundio, no se descuidó en pedir al licenciado Flechilla algunos apuntes de la vida, virtudes y milagros del difunto escribano; diligencia muy necesaria para disponer su fúnebre panegírico, y al mismo tiempo quiso informarse del día en que pensaba se celebrase el pomposo funeral.

—Los sufragios, padre predicador —le respondió el bonísimo clérigo—, los sufragios por las ánimas benditas del purgatorio, aunque no se supongan tan necesitadas de ellos como la de nuestro escribano, cuanto más antes se hagan, mejor; porque el lugar no es muy acomodado, y ciertamente las pobres no están para esperar mucho en él. Dilatárselo por pereza es crueldad, que sólo cabe en quien haga poca reflexión a lo que están padeciendo aquellos ya dichosos pero atormentados espíritus. Y así cuanto más aprisa disponga su paternidad el sermón, más pronto tendrán el alivio las ánimas benditas, más presto saldré yo de la obligación a mi compadre el escribano (¡Dios tenga su ánima en descanso!), y más anticipado lograremos el gusto de oírle sus apasionados.

15. Quedaron de acuerdo en que dentro de un mes le predicaría, porque fray Gerundio protestó que necesi-

8. Todo este párrafo recuerda la diatriba que dividió en el siglo XVIII a los estudiosos del *Quijote* respecto a que Sancho fuese unas veces muy discreto y otras un patán. Mayans, en la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* (1737), aludió al asunto en varios párrafos, pero ya antes Montiano se refirió a ello al editar en 1732 el *Quijote* apócrifo. Nasarre después, y en 1786, Jacinto M.ª Delgado dio su propia explicación al asunto en las *Adiciones a la Historia del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha...*, Madrid, Blas Román, al igual que lo hicieron otros en sus escritos sobre el *Quijote*.

taba por lo menos de este tiempo para disponerle, especialmente siendo ésta la especie de sermones a su parecer más enrevesada, y necesitaba tomar algunas reglas para enjurjarla.[9] Ningún sermón de honras había oído en su vida, y aun por entonces le pareció que tampoco le había leído; pero le fue infiel en esto su memoria, como presto se verá. En fin, por no perder tiempo, despachó luego un propio a su prelado, pidiendo licencia para admitir la nueva función, con una carta que decía así:

16. «Reverendo padre nuestro: Prediqué el sermón del Corpus al Sacramento de mi lugar, en la fiesta de mis señores padres, como otros lo dirán, que a mí no me está bien el decirlo. Sólo puedo asegurar que circunstancia ninguna no se me escapó. Hasta una que me cogió de súpito, que fue una gaita gallega en vez de órgano, la toqué tan bien, y no faltó quien dijo que ni el mismo gaitero había tocado tan bien la gaita como yo la circunstancia. Perdóneme vuestra paternidad, que se me escapó sin querer esta alabanza, y quedo corrido según lo que dijo el otro: *Laus in ore proprio vilescit*. Los abrazos que me dieron al acabar el sermón no tienen cuenta; y las décimas, las octavas y aun los sonetos que me echaron en la mesa, fue cosa de juicio. Por fin y por postre, el licenciado Flechilla, capellán de Pero Rubio, me encargó el sermón de honras del escribano de su lugar, que murió pocos días ha y dejó docientos reales de limosna para el predicador. La honra me tira más que el provecho, y también la esperanza de llevar para el convento una buena porción de misas de las muchas que dejó encargadas el difunto. Pido a vuestra paternidad el benedícite para predicar este sermón, que ha de ser dentro de un mes, y yo le iré adjetivando por acá a ratos perdidos. El propio lleva un carnero y una cántara de vino, que mis padre envían de limosna a la santa comunidad, a quien piden perdón de la cortedad, porque no puede obrar más su buen afecto; y me encargan muchas memorias de su parte para vuestra paternidad, cuya vida guarde Dios muchos años. Campazas, etc. Besa

9. *enjurjarla*: tragarla.

las manos de vuestra paternidad su servidor y menor súbdito

Fray Gerundio, indigno predicador.»

17. El benedícite vino corriente a vuelta de propio; porque como el prelado no había oído el sermón del Sacramento sino en relación hecha por fray Gerundio, creyó buenamente que le había desempeñado con decencia, valiéndose de algún papel ajeno, y pensó que lo mismo haría con el de honras. Por otra parte, las razones que alegaba le hacían fuerza: no eran para despreciadas las misas que verisímilmente llevaría para la comunidad; el carnero y la cántara de vino también pedían algún agradecimiento; y, en fin, un fraile más por un mes fuera de casa, era para el convento una boca menos. Por eso, no sólo le dio sin disgusto la licencia, sino que haciéndose cargo de que en casa de su padre no habría muchos libros de sobra para disponer un sermón, por el mismo propio le envió cuatro o seis libros de los que fray Gerundio había dejado sobre la mesa de su celda, sn detenerse el prelado en examinar cuáles eran, juzgando prudentemente que pues los tenía a mano, serían los de su cariño y los que prefería su elección para la disposición de los sermones.

CAPÍTULO II

PIDE FRAY GERUNDIO A SU AMIGO FRAY BLAS UNA INSTRUCCIÓN PARA DISPONER EL SERMÓN DE HONRAS, Y ÉSTE SE LE DA DIVINA

MUCHO hubiera convenido prevenir en el capítulo antecedente que ni en el propio, ni en la carta, ni en su contenido, ni en el carnero y la cántara de vino tuvo el buen fray Gerundio más arte ni parte que hacer lo que su amigo el padre Blas le aconsejó, escribir lo que él mismo le dictó, y enviar el regalito con el piadoso pretexto de limosna que él le sugirió. Es el caso que luego el licenciado Flechilla le encomendó dicho sermón, fue lleno de albo-

rozo a comunicar su fortuna con su íntimo confidente el incomparable fray Blas. Y puesto caso que a éste no dejó de pellizcarle algún tantico la envidia, acompañada de un sí es no es de celillos, porque comenzaba ya a temer que fray Gerundio en materia de fama le había de coger la delantera y le había de quitar muchas ganancias, haciéndole cosquillas que casi a sus mismas barbas encargasen un sermón no menos que de doscientos reales a un oradorcillo bisoño que apenas le apuntaba el bozo de predicador; pero al fin considerando que fray Gerundio era su discípulo de púlpito, que la gloria del discípulo se refunde en el maestro, y que hasta en el provecho le podía tocar alguna parte, ahogó los primeros ímpetus de aquella no muy honrada pasión; y mostrando mucho gozo por lo menos en esto que se veía hacia fuera, le aconsejó sanamente lo que debía hacer, y le dictó la carta para el prelado, con todo lo demás que en ella se contenía.

2. Dijimos, y aun lo volvemos a decir, que todo esto convendría mucho hubiese quedado advertido desde el capítulo precedente, porque de esa manera ahorraríamos ahora el prevenirlo. Pero sobre que muchas veces un pobre historiador se descuida, y sucede tal vez que mientras toma un polvo, en un abrir y cerrar de caja se le va la especie que tenía entre la pluma, ¿quién sabe si en esta ocasión lo hicimos adredemente por no interrumpir el hilo de la narración? A lo menos nosotros estamos en la firme determinación de no declarar lo que hubo en esto, para dejar al curioso lector el trabajo de adivinarlo.

3. Tres días naturales tardó el propio en ida y vuelta, en cuyo espacio de tiempo fueron desfilando todos los huéspedes, retirándose cada cual a su respectivo destino: los dos canónigos a su iglesia, el familiar a su casa, el padre vicario a sus monjas, el fraile y el donado a sus conventos, sólo que éste fue primero al mercado de Villalón, porque tenía que comprar unas cebollas. ¡Vayan benditos de Dios y la Virgen los acompañe! Que cierto tenían tan ocupada la casa como la historia, la cual no sabía qué hacerse con tantos personajes. Especialmente el señor magistral nos incomodaba un poco, porque su demasiada seriedad no daba gusto a fray Gerundio, y harto

será que no cansase también a muchos de nuestros lectores. Quedaron, pues, solos y a sus anchuras nuestro fray Gerundio y su fray Blas, dueños absolutos del cortijo y teniendo pendientes de sus discreciones al tío Antón Zotes, a la tía Catanla y al licenciado Quijano, que apenas los perdían de vista ni aun de oído.

4. Cuando ves aquí que entra por la puerta del corral el deseado propio, cargado con un alforjón de libros y con la carta del prelado, que venía, como dicen *a pedir de boca.* Luego que la leyeron los dos camaradas, se dieron recíprocamente muchos abrazos de puro gozo; y aun fray Blas añadió también con religiosa confianza un pescozón y una coz a fray Gerundio, todo en señal de contentamiento. Pero sobre todo les cayó en gracia la prevención del prelado en enviar los libros, no sólo porque era señal de la complacencia con que daba su bendición, sino porque en realidad sin libros se verían un poco embarazados, no alcanzando su erudición de memoria a tanto empeño, y sería chasco verse precisados a retirarse al convento para componer el sermón.

5. Pasado aquel primero turbión de alegría, dijo fray Gerundio a fray Blas que era preciso retirarse los dos al campo para conferenciar a solas y con libertad sobre el asunto.

—¡Que me place! —respondió el predicador mayor.

Y luego que se vieron fuera del lugar, que sería como a diez o doce pasos, porque la casa de Antón Zotes estaba en el centro del pueblo, comenzó fray Gerundio a hablar en esta substancia:

—Padre predicador, ya sabe usted...

Atajóle al punto fray Blas, y le dijo:

—Amigo fray Gerundio,

Non bene conveniunt nec in una sede morantur
Majestas et amor.[10]

Amistad y cumplimientos no caben en un saco. Hasta aquí te he tolerado ese tratamiento por la tal cual diferencia

10. Ovidio, *Metamorfosis*, lib. II, vv. 847-848: «No se llevan bien, ni habitan en una misma morada, la majestad y el amor.»

de edades, pues a lo sumo te llevaré veinte y dos o veinte y tres años. Ya no te lo sufriré, por lo menos cuando los dos nos hablemos mano a mano. Un hombre a quien encargan un sermón de honras que vale doscientos reales bien puede tutearse, no digo con el predicador mayor de una casa matriz, pero con todos los predicadores del rey. Así, pues, ceremonias a un lado; y si quieres que en adelante te conteste, trátame como a otro tú.

Era dócil fray Gerundio, y no le costó trabajo conformarse, fuera de que en aquel mismo punto sintió no sé que secreta vanidad y complacencia de ver que le permitían hombrear no menos que con todo un predicador mayor de un conventazo como el suyo, y aun llegó a discurrir que no debía de ser muy inferior en el mérito a quien le hacía tan igual en el tratamiento. Rompió pues la valla sin detenerse, y le dijo:

—Pues bien está, amigo predicador, y comienzo a darte gusto.

6. »Ya sabes que yo en toda mi vida he oído sermón de honras. En Campazas no se usan; en Villaornate no murió persona de importancia mientras estuve a la escuela del cojo; el dómine Zancas Largas jamás nos habló ni una palabra sobre esta especie de oraciones; cuando fui novicio y artista,[11] no se ofreció predicar acerca de este asunto. Sermonarios no he leído sino el *Florilogio,* y en éste no hago memoria de haber encontrado sermón de honras, ni cosa que suene a eso; conque si tú no me alumbras, habré de caminar a tientas.

7. —¡Pecador de mí! —respondió fray Blas—. ¡Y qué poca memoria tienes! Conque, ¿no te acuerdas haber leído en el *Florilogio* sermón de honras? Pues ven acá, badulaque; ¿no haces memoria del famosísimo sermón predicado por el autor en Ciudad Rodrigo a las honras que el Regimiento de Toledo celebró por sus soldados difuntos? Yo tampoco tengo ahora muy presente todo su contenido;

11. *artista* «se llama comúnmente al que estudia artes en la universidad, que son las que componen el curso de Filosofía, y así se dice colegial artista al que entra en Colegio menor para estudiar estas artes» *(DA).*

pero así en general me quedó la especie vivísima de que es una de las piezas más divinas que se encuentran en aquella obra verdaderamente celestial. Modelo más acabado para disponer una oración fúnebre con todos los primores de que es capaz el arte, es imposible que hasta ahora haya salido de humano entendimiento.

—Vaya, hombre —le interrumpió fray Gerundio—, que soy un bolo; tú tienes razón, y ahora me acuerdo de haberla leído. Y también me acuerdo que me aturulló; porque si bien no entendía lo que querían decir muchísimas cosas, pero eso mismo me llenaba de estupor, haciéndome acá dentro del alma un eco que me atolondraba las potencias.

—En volviendo a casa —prosiguió fray Blas—, te haré ver, admirar y penetrar parte por parte sus inimitables primores, puesto que entre los libros que te envió el prelado advertí por el pergamino que venía el *Florilogio*.

—Pero mientras tanto —replicó fray Gerundio—, ¿no me darás así unas reglecitas generales para bandearme?

8. —Soy contento —respondió fray Blas—; y ante todas cosas no se te olvide la que te di en otra ocasión, con la de leerte el sermón que prediqué a San Benito del Otero; o, por mejor decir, la que tú mismo sacaste en fuerza de tu ingenio, sin que yo te la diese *pro expresso*. Ésta es la de acudir siempre a algunos de los fastos, menologios,[12] almanaques o calendarios gentílicos, *sive* mitológicos, y ver qué fiesta se celebraba, qué ceremonia o qué cosa remarcable se hacía en aquel mismo día en que tú tienes que predicar, y aplicarla intrépidamente a tu asunto, sea el que fuere; que eso lo podrás hacer con una maravillosa facilidad. Observo que te ha cogido algo de repente el terminillo *remarcable*. No lo extraño, que a mí también me sucedió lo mismo la primera vez que le oí; pero ya están los oídos y los ojos tan hechos a él, que se me hace muy *reparable* cualquiera cosa *notable* que no se llame *remarcable*.[13]

12. *menologio*: martirologio de los cristianos griegos dividido por meses, es voz procedente del griego resultado de unir las voces «mes» y «discurso».

13. Otro galicismo más de los criticados por Isla, de reciente incorporación al castellano.

9. »Esta regla es general y conviene a todo género de asuntos: panegíricos, gratulatorios, exhortatorios o deprecatorios, fúnebres y morales. Aunque prediques el mismísimo sermón de la Pasión, te puedes aprovechar de ella con una oportunidad que encante.

10. »Pero viniendo en particular a sermón de honras u oración fúnebre, que todo viene a ser uno, es indispensabe que desde luego eches unas bocanadas de erudición a borbotones sobre el tiempo en que comenzó este género de obsequio a los difuntos, con qué ocasión se dio principio a él, quiénes fueron los primeros inventores, si los griegos o los romanos; qué progresos hizo en el discurso del tiempo; y, en fin, todo cuanto hacinares en esta materia será otro tanto oro, porque desde luego captarás la admiración del auditorio con tu portentosa erudición.

—Pero, hombre de los demontres —le replicó fray Gerundio—, ¿dónde tengo de encontrar yo tan antiguas y tan recónditas noticias? ¿Piensas que son todos como tú que parece tienes presente todo cuanto ha pasado en el mundo desde Adán hasta el Anticristo, y aunque se habla de la cosa más despreciable o más ridícula, como si dijéramos de alpargatas o de polainas, al punto señalas el inventor con el año y el día fijo que comenzaron a usarse?

11. —¡Válgame Dios, fray Gerundio —respondió fray Blas—, y qué monigote que eres! Pues, ¿no tienes ahí a Beyerlinck, que te socorrerá con abundancia de cuanta erudición repentina hayas menester para cualquiera cosa que quieras? Amén de Beyerlinck, ¿no están los Passeracios, los Ambrosios Calepinos y los diccionarios universales, que hoy se estilan ya en todas las lenguas, los cuales te darán tantas noticias históricas y críticas sobre cada palabra, que apenas pueda con ellas tu memoria? Es verdad que los críticos llaman *erudición de socorro* a este género de erudición, aludiendo al agua de socorro con que se bautizan los párvulos; mas, ¿y qué tenemos con eso? Por ventura los que se bautizan con agua de socorro, ¿substancialmente no quedan tan bautizados como el mismo emperador Constantino cuando le bautizó el papa San Silvestre? Si es que es cierta esta noticia, porque el día de hoy todo se pone en duda. Pues, ¿por qué los eruditos de

socorro no serán tan eruditos como los que lo son con todas las ceremonias de la Orden? Que te respondan a esta paridad, y mientras no lo hicieren, que seguramente no lo harán, ríete de sus malignas y envidiosas expresiones.

12. —Estoy en cuenta —dijo fray Gerundio—; pero después de toda esta retahíla de erudición, que sin duda acreditará a cualquiera, ¿cómo la he de aplicar al intento particular de mi sermón de honras, y cómo he de hacer que venga a propósito para celebrar la memoria de mi buen escribano?

—En poca agua te ahogas —respondió fray Blas—; y un hombre que aplicó tan divinamente todo cuanto quiso, así a las circunstancias del sermón del Sacaramento como a la plática de disciplinantes, me admira que ahora se embarace en una bagatela. Mira, dos opiniones hay, a lo que me acuerdo, acerca de esto que se llama *oraciones fúnebres*, o *panegíricos de los difuntos*. Unos quieren que los primeros inventores de este género de elogios fuesen los griegos, y aun se adelantan a nombrar al que pronunció el primero, que dicen fue Teseo, con ocasión de dar sepultura a los cadáveres de los argivos. Otros atribuyen la gloria de esta agradecida invención a los romanos, afirmando que la primera oración fúnebre que se oyó jamás fue la que pronunció Lucio Junio Bruto con ocasión de la muerte de la casta Lucrecia, con la cual encendió tanto el ánimo de los romanos contra el soberbio Tarquino, que le arrojaron del trono y se fundó la República, quinientos nueve años antes del nacimiento de Cristo. Algunos se esfuerzan a conciliar estas dos opiniones, diciendo que los griegos fueron en rigor los primeros inventores de los elogios fúnebres, pero limitándolos precisamente a los que habían muerto en la guerra en defensa de la patria, y los romanos fueron los primeros que los extendieron a todos los claros varones que habían sido eminentes en otras virtudes, aunque no fuesen militares, o que habían hecho algún considerable servicio a la patria y al Estado.

13. »Tú no te detengas en esta cuestión inútil, aunque convendrá que no dejes de apuntarla, para que entiendan que sabes mucho más de lo que dices, y añadirás

luego con despejo y con arrogancia: «Ora se consagren los panegíricos póstumos a las armas, ora se dediquen a las letras, ora se destinen a cualesquiera otras virtudes en que florecieron los clarísimos varones, siempre se deben de justicia estos póstumos, fúnebres y cipresinos elogios a nuestro Domingo Conejo (así se llamaba el escribano, que Dios haya). ¿Si a las armas? Míresele continuamente con el cuchillo en la mano, tajando plumas, como pudiera moros, turcos o judíos. ¿Si a las letras? ¿Quién formó más, ni con más airosos rasgos, en toda la redonda? Regístrense, si no, esos inmensos protocolos. ¿Si a las demás heroicas virtudes que hacen reventar el clarín de la fama por lo más ancho de la bocina? Señaláseme siquiera una en que no hubiese sido el *non plus ultra* nuestro plangibilísimo [14] Conejo.

14. —¡Hombre de Satanás! —replicó fray Gerundio—. Lo de las armas y de las letras está aplicado que ni el mismo Florilogista. Pero lo de las virtudes, ¿cómo se puede decir sin que el diablo y el auditorio se rían de la mentira? ¿No ves, pecador, de mí, que en los apuntamientos del licenciado Flechilla se dice claritamente que el escribano (¡Dios le haya perdonado!) era un mal hombre, falsario, embustero, enredador, cizañero, ladrón, con sus polvillos de hipócrita?

—¿Y en eso te detienes? —le interrumpió fray Blas con cierto airecito de fisga [15]—. Cada día me pareces más cuitado, y temo que has de dar en escrupuloso. Pues, ¿hay más que bautizar esos vicios con el nombre de virtudes? Y cátalo todo compuesto. Di que ninguno le excedió en la condescendencia que pocos le igualaron en el ingenio, que a nadie concedió ventajas en lo penetrativo, que fue único en la persuasión; y que en orden a defender sus derechos, no sólo no admitió igual, sino que tocó la raya de nimio. Ves ahí desfigurados sus vicios y vestidos a la moda, en traje de virtudes morales, con lo cual ninguno te podrá hablar una palabra; y aun está a pique que al

14. *plangibilísimo*: el muy llorado, lamentado. De *plangere*, «lamentar».
15. *fisga*: metafóricamente, burla y mofa.

acabar la oración fúnebre, alguna viejecilla simple se encomiende devotamente al santo escribano Conejo.

15. »Y en fin, cuando todo turbio corra, ¿a ti qué te cuesta fingir en el difundo las virtudes que te vinieren más a pelo, según los materiales que tuvieres a mano? Porque si no las tuvo, a lo menos las debió de tener. ¿Piensas tú que serás al primero que lo hace? Mucho te engañas en eso. Hombres he visto yo de mucho pro que lo practican a cada paso, sin que por eso pierdan casamiento ni nada del respeto que se les debe. Hay en cierta parte del mundo un gremio digno de toda veneración, donde es costumbre hacer honras y predicar su oración fúnebre por cualquiera individuo de él, mas que muera de la otra parte del cabo de Comorín. Ya se ve: pensar que son canonizables todos los miembros de aquel respetable gremio, sería un juicio que se pasaría de puro piadoso. Con todo eso, apenas se oye o se lee oración fúnebre de alguno (porque las más se imprimen), que al oyente o al lector no le dé gana de hacerle una novena con culto privado, siendo así que tal vez caen las oraciones sobre sujetos que, lo que es en vida, no hicieron milagros. ¿Cómo se hace esto? Tan lindamente: poniendo el orador de su casa lo que faltó al difunto, y que éste le agradezca la buena voluntad.

16. »¡Oh señor! Que eso será engañar al público y con engaño muy perjudicial. Escrúpulos de fray Gargajo. ¿No sabe todo el mundo que la primera partida del buen orador debe ser la que se llama *invención*? Esto, ¿qué quiere decir? Que el buen orador ha de inventar lo que alaba; y es claro que si lo encuentra en el sujeto a quien elogia, no lo inventa el que lo refiere.»

17. Un poco le disonó esto a fray Gerundio, oliéndole a grandísimo disparate; y así no se pudo contener sin interrumpirle, diciendo:

—Fray Blas, yo pienso que estás un sí es no es equivocado y confundes la invención con la ficción, cosas entre sí muy distintas y muy distantes. Hago alguna memoria de que cuando el dómine Zancas Largas nos explicó esto de la invención, no nos la dio el sentido que tú la das; y nos dijo que la invención era aquella virtud, prenda o gra-

cia intelectual en fuerza de la cual el orador, queriendo engrandecer un hecho cierto, buscaba con arte medios, arbitrios o modos oportunos para amplificarle y para engrandecerla, a los cuales modos, arbitrios o medios llamaba él *las fuentes de la invención.* Por señas que aun todavía me acuerdo bien de las tales fuentes, porque me costó el aprenderlas un par de vueltas de azotes; y así decía que la primera fuente de la invención era la historia; la segunda, los apólogos y las parábolas; la tercera, los adagios o los refranes; la cuarta, los jeroglíficos; la quinta, los emblemas; la sexta, los testimonios de los antiguos; la séptima, los dichos graves y sentenciosos; la octava, las leyes; la novena, la Sagrada Escritura; la décima, el discurso y el acierto o la discreción de lugares. Así explicaba él esto de la invención, pero nunca nos dijo que la invención del orador consistía en inventar o fingir lo que había de alabar. Antes bien, si no me engaño, mucho nos inculcaba que eso de fingir se reservaba para los poetas.

18. No gustó mucho fray Blas de la tal réplica, ora fuese porque efectivamente conoció de botones adentro el disparate, ora porque se empeñó en llevarle adelante; y así le dijo con sobrado sacudimiento:

—Válgate el diantre por su dómine Zancas Largas, que ya me tienes zanquilargueados los ijares. Si ese tu dómine Zancarrón te enseñó que el fingir era propio de los poetas, también debe serlo de los oradores; por cuanto no puede haber buen orador que no sea poeta. Así lo dice Cicerón, aunque no me acuerdo dónde; pero basta que yo lo diga, que no ha de ir un hombre con la manga cargada de citas cuando se sale a pasear.

19. Calló fray Gerundio, viendo a su amigo algo amostazado, y éste prosiguió diciendo:

—Lo dicho, dicho: el alabar a los difuntos, ya sea en oraciones fúnebres, ya en epicedios poéticos cantados en su loor, y fingir las virtudes, prendas y gracias que no tuvieron, no es cosa de ayer acá, ni es invención de modernos. Ahí está uno de tantos Sénecas como andan por esas librerías (pienso que ha de ser *el Trágico,* el cual debió de llamarse así porque quizá su padre se llamaría *Tragón*),

digo que ahí está ese tal Séneca que introduce a los poetas de su tiempo llorando la muerte del emperador Claudio Druso, y diciendo de él una máquina de proezas, que jamás le pasaron por el pensamiento al bueno del emperador. Mas que rabies, te he de encajar, que quieras que no quieras, el himno que supone compusieron en su alabanza; y sólo porque me gustó el sonsonete, parecido al de *Iste confesor Domini, colentes,* le tomé de memoria. Dice, pues, así:

Fundite fletus, edite planctus,
Fingite luctus, resonet tristi
Clamore forum:
Cecidit pulchre cordatus homo,
Quo non alius fuit in toto
Fortior orbe.
Ille citato vincere cursu
Poterat celeres, ille rebelles
Fundere Parthos,
Levibusque sequi Persida telis
Certaque manu
Tendere nervum,
Qui praecipites vulnere parvo
Figeret hostes, pictaque Medi
Terga fugacis.
Ille Britannos ultraque noti
Littora Ponti et caeruleos
Scuta Brigantes
Dare Romuleis colla catenis
Jussit et ipsum nova Romanae
Jura securis temere Oceanum, etc.[16]

16. Fragmento del *Ludus de morte Claudii Caesaris vel Apocolocyntosis,* sec. 12, de L. A. Séneca: «Lágrimas salid, llantos resonad, vestíos de luto, resuene la plaza con el triste clamor. Cayó el hombre tan bellamente formado, que no habrá otro más fuerte que él en el mundo. Iniciado el combate, él podía vencer a los ágiles y rebeldes partos y con certera mano disparar la veloz saeta contra los persas; clavaba al enemigo en el suelo con pequeñas heridas y a los medos que huían mostrando sus pintadas espaldas. Él obligó a doblegar el cuello a los britanos más allá del mar conocido y a los azulados

20. »No quiero cargos de conciencia, y soy hombre sincero. Confiésote que éste era demasiado latín para mi gramática, y que no le entendí sino muy en montón y así, como dicen, a media rienda. Pero me deparó Dios un lector de nuestra Orden que por más de tres años había sido rey en el general de mayores de Villagarcía el cual me declaró su contenido; y parece ser que en el tal himno se alaba al emperador Claudio de haber sido hombre muy prudente, de grandes fuerzas, de suma celeridad y de tanto valor, que sujetó a los persas, rindió a los medos, subrayó a los britanos, extendió los límites del imperio romano de la otra parte del Ponto, y obligó hasta al mismo océano a que obedeciese sus leyes. Esto dice el himno. Mas, ¿qué hubo de esto? Nada, en conclusión: porque yo leí en un libro viejo, sin principio ni fin, pero de gran autoridad, que el emperador Claudio fue un estúpido, tanto, tanto, que su misma madre Antonia, cuando quería ponderar la simpleza de alguno, decía: «Es tan fatuo como mi hijo Claudio.» En todo su imperio no hizo cosa de provecho, sino comer, beber y tratar con la gente más vil y más despreciable. Es cierto que su hijo Británico triunfó de los tritanos, porque los cogió desprevenidos, y acabáronse todas sus hazañas. Casóse cuatro veces, y se hubiera casado cuatrocientas si su sobrina y cuarta mujer Agripina no hubiera tenido vocación de enviudar antes de tiempo, quitándole la vida con veneno. Adoptó a Nerón, hijastro suyo, sin hacer caso de Británico, su hijo, y a esto se redujeron sus proezas. Con todo eso, el poeta hizo bellísimamente en fingir todas aquellas prendas que le parecieron propias de un grande emperador y celebrarle por ellas, mas que nunca las hubiera tenido; que ésa no fue culpa del panegirista, y nadie le quitó que las tuviese. Pues, ¿qué razón habrá divina ni humana para que tú no hagas lo mismo con el escribano Conejo?

---

britanos de Scotia a someterse bajo las cadenas romanas y dio nuevas leyes bajo la seguridad romana al temeroso Océano» (trad. de Fernández Martín, II, 675). Monlau, BAE, XV, p. 210b, no reproduce el texto. En su lugar: «Por justos motivos no se pone a la letra el himno que se cita arriba.»

21. —Tus argumentos son tales —respondió fray Gerundio—, que no los desatará una universidad toda entera en cuerpo y en alma. No admiten réplica; y así, no sólo me conformaré a ciegas con tu dictamen, sino que en este punto me ocurre un modo muy fácil de predicar mil sermones de honras a mil escribanos muertos que cayesen en mis manos.

—¿Cómo así? —le preguntó fray Blas...»

CAPÍTULO III

INTERRUMPE LA CONVERSACIÓN UN HUÉSPED INOPINADO QUE SE APARECE DE REPENTE; VUELVEN A ATAR EL HILO, CON TODO LO DEMÁS QUE IRÁ SALIENDO

IBA a responderle fray Gerundio, cuando al revolver el cercado de una viña por donde atravesaba una senda que guiaba a Tras de Conejo, famoso sitio del monte de Valderas, se apareció un mocito como de veinte y cinco años, con todo el aparato de cazador crudo: redecilla con borla a medio casquete; tupé asomado, con sus dos caídas de bucles; chambergo y cinta de plata y oro, con su lazo o roseta entre si trepa o no trepa a la copa de chambergo; capotillo de grana hasta la cintura; chupa verde, bien cumplida de faldillas; calzón de ante fino, ajustado a la perfección; asomada por la faltriquera, hasta bien entrado el muslo, una cinta de oro con sello y llavecita de reloj; botines de lienzo listoneado de azul, que ni pintados, y sus zapatillas blancas; escopeta, bolsas, dos podencos y cuatro perdices, que llevaba en una red de hilo harto bien tejida, pendiente de un cordón de seda, que a manera de banda le cruzaba desde el hombro derecho hasta el ijar izquierdo, eso se supone.

2. Era un colegial trilingüe de la Universidad de Salamanca,[17] bien dispuesto, despejado, hábil, de humor fes-

17. En el ms. autógrafo, Isla tachó, porque ya lo había escrito en el párrafo anterior, que don Casimiro tenía veinticinco años, p. 185.

tivo y retozón, aunque algo vivo, osado y quisquilloso; más que medianamente instruido en letras humanas, y sobre todo en la retórica, a cuya cátedra era opositor, y aun había leído ya una vez a ella. Llamábase don Casimiro y estaba de recreación en Valderas, donde tenía casada una hermana muy de su cariño, y al cuñado no le había faltado un tris para ser corregidor de Villalobos. Aquella tarde haba salido a caza y, fatigado de la sed, iba, por más pronto recurso, a Campazas a echar un trago de agua de bodega, cuando al revolver del cercado se encontró con nuestros dos frailes. Conocía a fray Blas; porque éste, bien o mal, había cursado en Salamanca, aunque don Casimiro era niño gramático y fray Blas ya era padre colegial. Así se llaman aquellos teólogos [18] de reata que van en recua a escuelas mayores y menores.

3. Apenas se vieron los dos, cuando recíprocamente se conocieron; y es que fray Blas nada se había mudado, porque tan calzado era de barbas y tan cerrado de mollera cuando colegial como cuando predicador mayor de su convento, atento a que cuando tomó el santo hábito, era ya bastantemente entrado en mozancón. Por lo que toca a don Casimiro, es cierto que aunque había crecido mucho era hombre que ya se afeitaba a menudo, pero conservaba todavía el aire, las facciones de la cara y cierta viveza de ojos que le agraciaban mucho cuando niño. Diéronse un estrecho abrazo; y después de aquellos efectos regulares de alegría y de aquel montón de especies antiguas que tocan de tropel dos conocidos en estos encuentros casuales, después de haberse santiguado los dos media docena de veces con aquello de *¡Válgame Dios! ¡Qué encuentro! ¡Quién me lo dijera! ¡Quién lo pensara!*, sin omitir fray Blas lo otro de *¡Jesús y qué crecido, y qué espigado, y qué hombre, y qué galán! Venga otro abrazo,* etc., le tomaron en medio los frailes. El predicador en breves palabras dio razón a don Casimiro de quién era fray Gerundio, de sus prendas, de sus talentos, del sermón que acaba de predicar, de los aplausos que había merecido, del sermón de hon-

18. Isla escribió en el autógrafo: «Así se llaman a aquellos teólogos.» Sigo la corrección de Sebold.

ras que le habían encargado y, en fin, de toda la conversación que habían tenido los dos desde la salida del lugar hasta el mismo punto del dichoso encuentro inclusivamente.

4. Hizo don Casimiro un cumplido muy cortesano a fray Gerundio; y habiéndole correspondido éste con las voces que le deparó su bondad, su crianza y su cosecha, prosiguió inmediatamente sin detenerse:

—Pues, señor don Ramiro...

—Casimiro —le interrumpió el colegial—, para servir a vuesandísima.

—Perdone usted —continuó fray Gerundio—; que cuando le nombró mi amigo el padre predicador, estaba yo un tantico embobado, y sólo pude advertir que su gracia de usted era un nombre acabado en *iro*. Pues, señor don Casimiro, lo que yo iba a decir a fray Blas, cuando nuestra buena suerte nos deparó la honrada vista de usted, era que se me había ofrecido un medio estupendísimo para predicar aunque fuesen mil sermones de honras a todos los escribanos que está comiendo la tierra. Éste es el ir discurriendo en mi sermón por todas y por cada una de las diez fuentes que llaman los retóricos *de la invención*.

5. —Ésa es mi comidilla —interrumpió el colegial—; y toca usandísima un asunto en que puedo decir algo con menos desacierto, porque al fin ésa es mi facultad. Si las fuentes de la invención son diez precisamente, si son menos o son más, es punto muy cuestionable, y no ignora usandísima cuánto le controvierten los autores. Cicerón, en lo *De Inventione*, señaló algunas más. Nuestro Quintiliano, en sus *Instituciones oratorias*, las redujo a menos; y Casio Longino, en su *Tratado de lo sublime*, que leí traducido del griego en francés por monsieur Boileau, dice, a mi ver, con mayor acierto que no se puede señalar número fijo a estas fuentes de la invención, porque serán más o menos según fuere mayor o menor la fecundidad y fuerza imaginativa del orador. Pero no hay que detenernos en lo que no es del día. Importa poco que las fuentes sean diez o sean diez mil. Lo cierto es que con solas diez fuentes, en cualquier asunto se puede juntar un cau-

dal oratorio tan copioso, que forme un río navegable de elocuencia.[19] ¿Y cuáles son esas diez fuentes donde vuesandísima piensa hacer aguada para navegar felizmente por el proceloso mar de su fúnebre parentación? [20]

6. —Con licencia de usted —respondió fray Gerundio—, el escribano a cuyas honras he de predicar no era pariente mío.

—Pues, ¿digo yo por ventura que lo fuese? —replicó el colegial.

—Es que como usted dijo eso de *emparentación* —prosiguió fray Gerundio—, creí que me emparentaba con él.

Sin más examen conoció don Casimiro la pobreza del fraile con quien trataba; pero disimuló cuanto pudo y, ya con algún mayor conocimiento del terreno, respondió:

—Vuesandísima ha padecido equivocación, nacida sin duda de alguna distracción involuntaria. Yo no dije *emparentación*, sino *parentación*.

—Pues, ¿qué más da uno que otro? —replicó fray Gerundio.

—Paréceme —respondió el bellacuelo del colegial— que vuesandísima tiene gana de zumbarse, y que a mi costa quiere divertir la tarde. Un hombre como vuesandísima, que tiene noticia de la invención y de sus fuentes, no puede ignorar que Cicerón llama *parentar a los difuntos* el hacer honras por ellos, y que de aquí se dice *parentación* todo lo que se consagra a su memoria, ya sean ofrendas, ya elogios, ya oraciones o sermones.

Como fray Gerundio se vio tratar con tanto respeto, pues en realidad era la primera vez que había recibido ese tratamiento, y no dejaba de admitirle con gusto y con entonación, aunque quedó un poco corridillo de que le hubiesen cogido en aquel punto, resolvió disimular por no perder el concepto, y así dijo como sonriéndose:

—Ya, ya lo sabía yo, pero quise hacer del bobo sólo por el gusto de oír a usted.

—Pues otra vez —replicó el fisgón del colegial— no lo

19. Como señala Sebold, ninguno de los autores citados trata específicamente de las fuentes de invención.

20. *parentación*: solemnidad fúnebre.

haga vuesandísima con tanta naturalidad, porque casi me lo hizo creer. Pero volviendo a nuestro propósito, ¿cuál es la primera fuente de la invención que señala el autor de vuesandísima?

7. —La historia —respondió fray Gerundio.

—También Quintiliano —prosiguió don Casimiro— señala ésa por la primera fuente. No sé si me acordaré de sus palabras, porque ya ha algunos años que las encomendé a la memoria. Hagamos la experiencia: *In primis vero* (pienso que ha de decir) *abundare debet orator exemplorum copia, cum veterum tum etiam novorum; adeo ut non ea modo, quae conscripta sunt historiis aut sermonibus, veluti per manus tradita, quaeque quotidie aguntur debeat nosse, verum ne ea quidem, quae a clarioribus poetis ficta sunt, negligere.*[21] De suerte que Quintiliano desea en todo perfecto orador, no sólo una noticia comprehensiva de la historia, de la tradición y aun de los sucesos particulares que acaecen en su tiempo, sino que no debe despreciar aun las ficciones y las fábulas de los poetas más ilustres y más clásicos, porque todo sirve para exornar lo que dice con ejemplos antiguos y modernos.

8. —¿Veslo, fray Gerundio, veslo? —interrumpió a esta sazón fray Blas, lleno de gozo y dándole una palmadita en el hombro izquierdo—. Mira cómo Quintiliano aprueba lo de las fábulas en los sermones y en las oraciones, según el texto literal y terminante que con tanta puntualidad acaba de citar y referir el señor don Casimiro. ¿Y qué? ¿Te parece que el señor don Casimiro es rana? Pues sábete que será muy presto tan catedrático de retórica en la Universidad de Salamanca, como tú eres predicador sabatino y como yo soy predicador mayor de la casa. Di ahora a todos los magistrales del mundo y a cuantos maestros fray Prudencios puedan tener las religiones men-

21. Quintiliano, *De Institutione oratoria*, lib. XII, cap. IV, sec. 1: «En primer lugar, el orador debe contar con un buen caudal de ejemplos, antiguos y modernos, puesto que debe conocer, no sólo lo que está escrito en la historia, sino también lo que se transmite de mano en mano, por la tradición. No debe descuidar lo que fue inventado por los poetas más preclaros.»

dicantes, monacales y clericales, que se vengan a contrarrestar a Quintiliano.

9. —Poco a poco, reverendísimo fray Blas —atajó don Casimiro—. Quintiliano instruye a un orador profano, y no a un orador sagrado. Da reglas para los que han de hablar en las academias, arengar a los magistrados, hacer representaciones a los príncipes, perorar en los gabinetes y defender o alegar en los tribunales; no se mete con los que han de enseñar, persuadir y convencer al pueblo desde los púlpitos. Es cierto que unos y otros pueden y deben usar de la historia con moderación, con oportunidad y con templanza; pero de la ficción y de la fábula solamente podrán valerse con mucho tiento y con grande economía los primeros. Así lo da a entender el mismo Quintiliano, y si no, repare vuesandísima el miramiento con que se explicó: *ne ea quidem, quae a clarioribus poetis ficta sunt, negligere.* No dice que hagan estudio de las ficciones y de las fábulas, sino que no las desprecien, que no las olviden del todo. Si Quintiliano quiere que aun en las oraciones profanas se practique tanta circunspección en el uso de la fábula, ¡cuánto condenaría que se gastase, digámoslo así, a pasto en las oraciones sagradas que él no conoció, porque tuvo la desgracia de morir en el paganismo! Pero, dejando a un lado esto que no es de mi profesión, dígame vuesandísima padre fray Gerundio cómo ha de usar vuesandísima de la historia para el sermón del escribano.

10. —¿Cómo? Tan lindamente —respondió fray Gerundio—. Lo primero voyme derechicamente a las *Concordancias* a buscar la palabra *scriba*; y leyendo después todo lo que se dice en la Biblia de los *escribas,* se lo aplico ajustaditamente a mi escribano. Después voy a consultar en un tesauro lo que hay en latín por *escribano,* que a fe de hombre de bien que no lo sé; porque no está obligado ninguno, aunque sea el mayor latino de todo el universo, a saber sómo se llaman en latín todas las cosas.

—No se canse vuesandísima en buscarlo —dijo el colegial—, que yo se lo diré. Escribano y notario, en latín se dice *tabularius,* y también *tabellio,* como quieren otros.

—¡Lindamente! —continuó fray Gerundio—. Busco, pues, la palabra *tabellio o tabularius* en el *Theatrum vitae huma-*

nae de Beyerlinck; y allí encontraré todo cuanto pueda desear sobre el tiempo, origen, progresos, variedad de fortunas, con otras mil curiosidades tocantes al oficio de escribano, desde su fundación hasta el tiempo en que escribió su *Teatro* el devoto y pío Lorenzo Beyerlinck, arcediano de Amberes. Si allí no encuentro esta palabra, que es muy posible, infaliblemente la he de hallar en el *Calepino* de Ambrosio aumentado por Passeracio.

11. —Tenga vuesandísima —interrumpió el colegial— y deme su permiso para hacer una pregunta: ¿Qué entiende vuesandísima por el *Calepino* de Ambrosio? Porque ese modo de citarle se me representa una cosa muy parecida a la carabina de Ambrosio.[22]

—Cierto, señor colegial, que es muy honda la pregunta —respondió fray Gerundio, no sin hacer un gesto desdeñoso—. Cualquiera niño gramático podrá satisfacerla; pues saben hasta los menoristas [23] que *calepino* es una palabra griega, hebrea o moscovita, que en eso no me meto, la cual significa lo mismo que *diccionario* o *vocabulario,* en que, siguiendo el alfabeto, se va discurriendo por todas las palabras latinas, y se dice lo que significan en romance.

—Tras de esa respuesta iba yo, padre reverendísimo —replicó el colegial en tono sacudido—; y no extraño que los niños gramáticos ignoren lo que significa *calepino,* cuando los reverendísimos padres predicadores sabatinos no lo saben. *Calepino* no es voz griega, hebrea, arábiga ni húngara, sino puramente italiana; tampoco es título de la obra, sino nombre patronímico de la patria del autor. Éste fue fray Ambrosio Calepino, del Orden de San Agustín, llamado así porque fue natural de Calepio, en Italia, ni más ni menos como San Nicolás de Tolentino y Santo Tomás de Villanueva, religiosos de la misma Orden, se llamaron así; porque el uno, aunque era natural del lugar de San-

22. *la carabina de Ambrosio*: «locución que se aplica a aquellas cosas que no sirven para el uso a que se destinaron, y se tienen como olvidadas. Parece que se tomó la frase de alguno que tenía la carabina para defenderse, y estaba desarmada y colgada» *(DA).*

23. *menoristas,* los que en los cursos de gramática estaban en la tercera clase, en la que enseñaban los rudimentos del latín.

tángel, cerca de Fermo, en la Marca de Ancona, vivió treinta años en Tolentino, ciudad episcopal de la misma Marca, donde murió, y de esta larga residencia en dicha ciudad tomó el nombre. El otro le tomó de Villanueva de los Infantes, donde se crió, aunque había nacido en Fuentillana, pueblo reducido que dista tres cuartos de legua de aquella villa. Pues ahora, si uno citase los sermones de Santo Tomás de Villanueva diciendo: *Así se lee en Villanueva del Santo Tomás*, ¿no sería cosa ridícula? Pues tan ridículo es, si no lo es más, citar a secas y sin llover el calepino de Ambrosio, como si su autor hubiese puesto al diccionario el título de *Calepino*. Y ve aquí vuesandísima cómo la pregunta tenía más hondón del que parecía. Ahora pase vuesandísima adelante, que ésta no ha sido más que una breve digresión.

12. Algo descalabradillo quedó fray Gerundio de la refriega calepinal; y curándose lo mejor que pudo, prosiguió diciendo:

—Informado una vez de todo lo que trae el calepino o el diccionario de Passeracio (que no hemos de reparar en quisquillas) acerca de escribanos, tengo ya una buena provisión de noticias antiguas para exornar mi sermón. No dejo de conocer que me hace falta un poco de erudición moderna, pero ¿dónde la encontraré? ¿Ni quién pudo soñar jamás en escribir la historia de los escribanos?

—Sosiéguese vuesandísima —interrumpió el colegial—, que no es eso tan imposible como le parece. Si hay historia completa y no mal escrita, por Juan Bautista Thiers,[24] de las pelucas y de los peluqueros, ¿por qué no la podrá haber de los escribanos? Y si los libreros y encuadernadores, copistas y amanuenses tienen su historia, harto bien trabajada por Cristiano Schoettgen,[25] ¿qué razón habrá di-

24. *Jean-Baptiste Thiers* (1636-1703), profesor en el Colegio Du Plessis, de París. En 1690 publicó la *Histoire des perruques, oú l'on fait voir leur origine, leur usage, leur forme, l'abus et l'irrégularité de celle des ecclésiastiques.* Escribió también un tratado sobre la clausura de las monjas y otro sobre el despojo de los curas.

25. *Christian Schoettgen* (1687-1751), filólogo alemán editor de obras clásicas. Publicó también los *Utriusque thesauri antiquitatum romanorum graecarumque nova supplementa congesta ab J. Poleno*, en cuyo

vina y humana para que los escribanos no puedan tener la suya? En verdad que no estuvo muy lejos de escribirla Juan Miguel Henecio, en su obra de a folio, que intituló *De veteribus germanorum et aliarum nationum signis,* de las rúbricas o signos que usaban antiguamente los alemanes y otras naciones para autenticar sus cartas y sus instrumentos públicos.[26] Ni el padre Reineiro Carsughio, que en verso didascálico señaló el arte de escribir bien, esto es, con hermosura, con igualdad y con limpieza, dejaría de padecer sus tentaciones de escribir la historia de los escribanos. En fin, padre reverendísimo, yo no puedo dar a vuesandísima noticia cierta de alguna historia de éstos, porque no la tengo; pero tanto como de la *Historia de los Secretarios de Estado, con sus elogios, armas, blasones y genealogías,* ahí está la del señor Fauvelet Du Hoc, corre con aceptación.[27]

13. —¡Hombre de los demonios! —exclamó a sazón fray Blas—. Ése es un tesoro. *¡Historia de los Secretarios de Estado!* ¡Ahí es un grano de anís el librecito! Cosa más adecuada al intento era imposible hallarla, porque el escribano Conejo todo lo tenía; puesto que lo primero era secretario, y lo segundo de estado por estar casado, *in facie Ecclesiae,* con la señora Maribeltrana Pichón, por otro nombre *la Roma,* que hoy es su viuda, y lo sea su merced por muchos años.

14. —Reverendísimo, reverendísimo —dijo entonces don Casimiro, cogiendo del brazo a fray Blas—; tenga por Dios, no se precipite. Un tropezón ha dado vuesandísima, que no sé cómo no se ha deshecho todas las narices. *Secretario de Estado* no es eso ni sueña en serlo; y confundir los secretarios de Estado con los escribanos reales numerarios, o de ayuntamiento de las ciudades, villas y lugares, es un despropósito que sólo la inocencia puede excusarle de grandísimo desacato. Secretarios de Estado y

---

tomo tercero (Venecia, 1737) se encuentra la historia aludida por don Camisiro.

26. Frankfurt, 1709.

27. *Rainiero Carsughi* (1647-1709) jesuita y poeta latino Antoine Fauvelet Du Toc, historiador del siglo XVII.

del Despacho Universal son aquellos ministros superiores que despachan inmediatamente con los reyes, forman los decretos, autorizan los tratados y expiden las órdenes a su real nombre. Llámanse de Estado porque sólo tratan inmediatamente con el príncipe aquellas materia que pertenecen a él, ya sean políticas, ya militares, ya de marina, ya de gracia y justicia y ya también de la real hacienda. No son escribanos, oficio imponderablemente inferior a su elevado empleo, y darles este nombre sería una insolencia digna del mayor castigo, si no la disculpara la ignorancia. Los otros escribanos públicos autorizados por el Consejo para servir al común, aunque es oficio muy honrado y le ejercitan muchos hombres de bien, están mucho más abajo; y no sé yo de qué pueda servir la *Historia de los Secretarios de Estado* para las honras de un escribano real.

15. —Señor don Casimiro —repuso muy sereno el padre fray Blas—, como en mi religión no se leen gacetas, no estamos duchos en esas materias tan altas. Mi intención no fue ofender a nadie. Habiendo oído toda mi vida llamar secretarios a los escribanos, y escribanos a los secretarios, creí que era lo mismo uno que otro; y harto será que no lo hubiese errado el otro día que se me ofreció escribir una carta al secretario de cierto señor obispo, y puse en el sobreescrito: *A don Fulano de Tal, Escribano del Señor Obispo de Tal Parte.* Pero la carta ya está en el correo; y si el secretario se riere, ese buen rato más tendrá. Sobre todo el auditorio a quien ha de predicar el padre fray Gerundio, tanto sabe de secretarios de Estado como yo; conque en hablándole de secretarios, sean lo que fueren, para él todo será a un precio y yo le fío que no ha de ir a examinar si viene o no viene a cuento la noticia.

16. —Ése ya es otro cantar —dijo don Casimiro—; y no me toca a mí, que huyo de meter la hoz en mies ajena. Así, pues, prosiguiendo adelante en nuestro asunto, dígame vuesandísima, padre fray Gerundio, cuál es la segunda fuente de la invención que señala el autor de vuesandísima.

17. —*Apologi et parabolae* —respondió fray Gerundio—, los apólogos y las parábolas.

—Pero, ¿qué entiende vuesandísima por parábolas y por apólogos? —replicó el colegial.

—Por lo que toca a los apólogos, confieso —respondió fray Gerundio— que todavía no he podido formar concepto claro de lo que son; más en cuanto a las parábolas, aunque tampoco sé definirlas con precisión, pero ya las concibo con claridad por las parábolas que se leen en el Evangelio, de la viña, de la higuera, de los talentos y otras.

18. —Pues, mire vuesandísima —continuó don Casimiro—; apólogo y parábola, parábola y apólogo, allá se van en su significado; pues uno y otro quieren decir una semejanza o una comparación fundada en una cosa que se finge, verisímil o inverisímil, para sacar de ella una sentencia o una moralidad cierta y verdadera, como cuando Menenio Agripa se valió de la parábola o del apólogo del cuerpo humano para sosegar al pueblo romano, que amotinado contra el Senado, se había retirado al Monte Aventino, y Menenio con su apólogo le redujo otra vez a la obediencia de los padres conscriptos. El uso de las parábolas, aun en los asuntos más serios y más sagrados, basta verle canonizado por el ejemplo del mismo Cristo para que todos le veneremos. Muchos Santos Padres le practicaron con felicidad, y sabemos que San Gregorio Nacianceno desterró la vanidad del presidente Celusio con el gracioso apólogo de las golondrinas y los cisnes. Mas en mi dictamen se ha de tener siempre muy presente la juiciosa regla que da el padre Nicolás Causino en su eruditísima obra *De eloquentia sacra et profana,* libro IV, capítulo IV, por estas palabras:

19. »*Observandum autem erit in his apologis, ne nimis sint crebri, ne dictione nimis faceta, et quae ad scurrilitatem accedant, pertexantur; denique ut personam, ut locum, ut rem deceant:* «Deben usarse los apólogos con moderación, con economía y no con demasiada frecuencia. Las voces para explicarlos, aunque pueden ser algo festivas, nunca han de picar en graciosas o en chocarreras, porque entonces se convertiría en bufón o en truhán el orador. Finalmente, los apólogos se han de proporcionar a toda la decencia que pide el asunto, el lugar y la persona.» Ni, para disculpar la frecuencia de los apólogos, sirve el ejemplo

de Cristo, que en sus sermones solía encadenar parábolas con parábolas; porque el Salvador predicaba a los asiáticos, y ya se sabe que ése es el gusto de los orientales, a cuyo genio se acomodaba el divino Predicador. Todo esto es cierto; pero también lo es que aunque los apólogos practicados con estas reglas pueden ser muy útiles en un asunto moral, doctrinal o de enseñanza, no sé yo cómo podrá vuesandísima acomodarlos al sermón de honras de un escribano.

20. —En este mismo punto —saltó entonces fray Blas— se me está a mí ofreciendo uno que si fray Gerundio sabe bornearle, ha de venir a su sermón que ni aunque le hubieran cortado para él, y no es menos que del mismísimo Demóstenes.

—¿Y cuál es, padre reverendísimo? —preguntó el colegial.

—¿Cuál? —respondió fray Blas—. El de aquel caminante que alquiló un burro en dos reales por día para cierto viaje en el rigor del mes de agosto; y como todas las mañanas hacia las diez le calentase el sol demasiadamente, él se apeaba y se tendía a la sombra del burro. Calló el dueño del jumento, y al tiempo de ajustar la cuenta, el que se le había alquilado le dio doce reales por seis días de viaje.

»—Faltan otros doce —dijo el alquilador.

»—¿Pues cómo? —replicó el caminante—. Seis días de jornada a razón de dos reales cada día son doce cabales.

»—Sí, señor —respondió el alquilador—; pero faltan otros doce por la sombra del burro, puesto que el ajuste fue sólo por el burro y no por la sombra.»

21. —El apólogo es gracioso —dijo el colegial—; y con efecto, me acuerdo de haberle leído en Plutarco, atribuyéndosele a Demóstenes, quien con esta chanza despabiló la atención del auditorio, que estaba un poco distraído. Pero no veo cómo el padre fray Gerundio le pueda aplicar a su escribano.

—Eso, ¡de los cielos! —respondió fray Blas—. ¿Tiene más que ponderar el desinterés y la limpieza del escribano Conejo, y decir que siempre perdonaba algo de sus derechos? Porque aunque cargaba, como era razón, el coste

del papel, de las plumas y de la tinta, sin olvidarse de prevenir al litigante que echase sobre la mesa dos pesetas más para el escribiente, con todo eso, no obstante de que cortaba muy a menudo las plumas, nunca cargó ni un maravedí por la navaja; y aquí entra el apólogo del burro y de la sombra, que ni aunque le hubieran mandado fabricar de molde.

22. Sonrióse don Casimiro; y continuando en sus preguntas, dijo a fray Gerundio:

—Según el autor de vuesandísima, ¿cuál es la tercera fuente de la invención?

—Los adagios —respondió sin detenerse.

—Es fuente muy copiosa —prosiguió el colegial—; pero vuesandísima, ¿qué entiende por adagios?

—¿Qué he de entender? —respondió fray Gerundio—. Lo que cualquiera vieja de mi lugar. Adagios y refranes son una misma cosa.

—Pues, ¿qué? —preguntó don Casimiro—. ¿Los refranes pueden hacerse lugar en algún género de sermones?

23. —¡Ahora salimos con eso! —respondió fray Gerundio—. ¡Y cómo que pueden y deben hacerse lugar y mucho lugar en ellos! No hay cosa que más los adorne, que más los agracie, ni que más embelese. Yo tengo algunos sermones, los cuales verdaderamente me han suspendido, y pienso aprovecharme de ellos siempre que me venga a pelo. ¿Dónde hay, verbigracia, introducción más magnífica para un sermón de honras que la de un religioso grave, en el que predicó a las de un maestro de su Orden que se llamaba fray Eustaquio Cuchillada y Grande, cuando dio principio a su oración fúnebre diciendo; «¡Al maestro cuchillada, y grande!»? Refrán y equívoco que desde luego captó, no sólo la admiración, sino el pasmo de todo el auditorio. Hoy es el día en que yo no acabo de aturdirme de tan bella introducción. Pues, ¡qué, aquel divino asunto del sermón de honras que predicó un famosísimo orador en las exequias de don Antonio Campillo, párroco que fue de cierta iglesia, en cuyo campanario había fabricado a su costa una bella aguja! Fue, pues, el asunto: *El sastre del Campillo, que puso la aguja y el hilo*. Esto es ingenio, y lo demás parla, parla. Y el otro que predicando el sermón

del demonio mudo en tiempo de Cuaresma, asistiendo el Santo Tribunal, dio principio con este oportunísimo refrán: *Con el rey y con la Inquisición, chitón,* añadiendo que por eso era mudo el demonio de que se hablaba en el Evangelio, porque estaba delante de la Inquisición, ¿parécele a usted que no podría predicar aunque fuese delante del mismo Papa? Bastan estos ejemplares, y estoy pronto a dar a usted aunque sea un ciento de ellos, para que vea si los refranes se pueden hacer lugar en los sermones.

24. —Yo, padre reverendísimo —replicó el colegial—, tengo pocas barbas para meterme en asuntos tan hondos; y más, no siendo de mi profesión, que se reduce a la latinidad, retórica y bellas letras, o letras humanas por otro nombre. Sin embargo, como en Salamanca se trata casi por precisión con tantos hombres grandes, aseguro a vuesandísima haber oído más de una vez a varios padres maestros doctísimos de todas la religiones censurar mucho a los predicadores que usaban de esos refranes populares y chabacanos en sus sermones. Los más templados decían que era una insulsísima puerilidad, otros se adelantaban a calificarla de insigne mentecatez, y aun no faltaron algunos que la llamaron frenesí, locura, profanación del púlpito y otras cosas a este tenor. Yo refiero, no califico. Lo que a mí me toca por mi profesión, es asegurar a vuestra reverendísima que jamás entendí, leí ni oí que otros entendiesen por el nombre de *adagios,* en cuanto fuente de la invención oratoria o retórica, lo que entiende vuestra reverendísima, esto es, los refranes populares.

—Pues, ¿qué se entiende por *adagios*? —replicó fray Gerundio.

—Voylo a decir —respondió don Casimiro.

25. »«Adagio o proverbio, que todo es uno —dice Sinesio—, es una sentencia grave, digna, hermosa y comprehendida en pocas palabras, sacada como del sagrado depósito de la filosofía moral»... *Proverbium est sermo dignitatem habens, et tamquam e sacrario philosophiae, unde antiquitatem traxit, depromptum; ex quo gravi est, pulchroque aspectu.* «Por eso llamó Aristóteles a los proverbios preciosas reliquias de la venerable antigüedad, preservadas la memoria de los hombres de la lastimosa ruina que padeció

la verdadera filosofía, debiendo esta preservación a su misma brevedad, destreza y elegancia»: *Cum proverbia dicat Aristoteles esse veteris philosophiae, inter maximas hominum ruinas intersidentis, quasdam reliquias, ob dignitatem dexteritatemque servatas.* Si no me engaño mucho, a esto se reducen los proverbios de Salomón, que distan infinitamente de ser refranes, siendo una colección de sentencias inspiradas, verdaderamente divinas, enderezadas todas a gobernar nuestras acciones por las reglas de una perfectísima conducta cristiana, política y racional.

26. »Muchos filósofos graves entre los antiguos se dedicaron a este género de sentenciarios, adagios o proverbios: Crisipo, Cleantes, Teeteto, Arístides, Aristófanes, Esquilo, Milón, Aristarco y otras cuyas obras perecieron. Las más célebres que nos han quedado de esta clase son las de Zenobio, Diogeniano y Suidas, de las cuales sacó Erasmo de Rotterdam todo lo que compuso acerca de los adagios griegos. Esto es, padre reverendísimo, lo que yo entendía hasta aquí por el nombre el *adagios*; éstos, los que me parecían muy oportunos para exornar una oración, tratados con parsimonia. Pero, pues vuestra reverendísima entiende otra cosa, no nos paremos y vamos adelante.»

CAPÍTULO IV

OLVÍDASELE LA SED A DON CASIMIRO; LLEGAN A CAMPAZAS SIN SABER CÓMO; QUÉDASE ALLÍ EL COLEGIAL AQUELLA NOCHE, Y SE EVACÚA EL PUNTO QUE SE TOCÓ Y NO SE PROMETIÓ EN EL CAPÍTULO PASADO

A la cuarta pregunta que iba a hacer don Casimiro, hallaron todos, no sin asombro, que estaban a la puerta trasera, esto es, a la puerta del corral de la casa de Antón Zotes. Y es que lo divertido de la conversación los había embelesado de manera que, pian piano [28] y,

28. *pian piano*: el autógrafo escribe *pian piando*. Lidforss, Sebold y Fernández Martín corrigen a Isla; Monlau escribe «pian a piano».

como dicen, sin sentir, habían andado una buena media legua de camino con sus paradas y todo. Lo más gracioso fue que cuando llegaron al lugar, don Casimiro no se acordó de que tenía gana de beber; y como ya se había puesto el sol, sin hacer mención de agua ni de vino, quiso volverse a Valderas. Pero como tenía que andar una legua muy larga, como iba ya a anochecer y como era hombre de una conversación tan divertida, no obstante los tajos y reveses que con tanta urbanidad, bellaquería y disimulo descargaba de cuando en cuando sobre los dos frailes, ambos le hicieron tantas instancias para que se quedase aquella noche, que al cabo le redujeron bajo la precisa condición de que se despachase luego un criado a Valderas, para que estuviesen sin cuidado su hermana y su cuñado el casi corregidor de Villalobos.

2. Consta, no obstante, por un manuscrito auténtico y curioso, que quien finalmente acabó de determinarle fue la tía Catanla, la cual abría la puerta trasera para que entrasen los cerdos puntualmente cuando estaban los tres altercando, uno sobre que se había de volver, y los dos sobre que se había de quedar. Cuando ella vio un mocito tan galán, tan majo y tan bien agestado, que venía con su hijo y que le trataba al parecer con amistad y confianza, como era mujer bondadosa, luego le cobró cariño; y acercándose más a los tres, preguntó sanamente a fray Gerundio:

—¿Quién es este señor tan lindo? Bendígale Dios.

—Señora —respondió el colegial sin dar lugar a que otro respondiese—, soy un servidor de usted.

Y en pocas palabras la declaró quién era, el encuentro casual que había tenido, la precisión de volverse, y la dicha que lograba en no hacerlo sin rendir todo su respeto a su obediencia.

No se cortó la bonísima Catanla, porque era mujer se-

Aunque es difícil saberlo, quizá Isla no tuvo un desliz sino que construyó conscientemente «pian piando» para significar, irónicamente, que charlando animadamente (piando) y poco a poco llegaron a Campazas. Esto le permitiría cruzar dos sentidos, el de pian piano y el de piando, en un juego muy habitual en el estilo del autor.

rena. Antes bien, haciéndole una reverencia a la usanza del país, esto, es encorvando un poco las piernas y bajando horizontalmente el volumen posterior hacia el suelo, le encajó seguidamente toda la retahíla de Campos:

—Viva usté mil años. Para servir a usté. Lo estimo mucho. Güeno todos, a Dios gracias. Viva usté mil años. Y por allá, ¿están todos güenos? Viva usté mil años.

Y añadió luego:

—Pero eso de golverse usté hoy, ni por pienso. ¡El hijo de mis entrañas! ¿Y quién l'había dejar golver a boca de noche? ¡A pique que le comieran los lobos! ¡Mal ajo para ellos! Cuatro ovejas me comieron la noche que perdicó el m'hijo Gerundio. ¡Mal provecho les haga! No señor; ya que tengo la fortuna de que su mercé venga a mi casa, esta noche ha de hacer pinitencia. Unos huevos frescos, puestos d'hoy, no faltarán. ¿Para qué quiero yo las gallinas, sino para estas ucasiones? Palominos siempre los hay en casa, gracias a Dios, que el mi Antón tiene un palomar muy aventajado. Así no fuera por las garduñas, ¡malditas ellas y qué descomulgadas que son! Un salpicón de vaca, cebolla y huevos duros le sé yo componer, que le puede comer el mismo rey. Una cama con sábanas brancas como un oro, la hay por la misericordia de Dios. Ella no será como su mercé merece; pero, por fin y por postre, sirvió para mi primo el magistral de León, que mañana será obispo.

Y diciendo y haciendo, fue y le quitó la escopeta con una bondad, y con una sanidad de corazón, que al colegial le dejó prendado; y, con efecto, se determinó a dormir aquella noche en Campazas, previniendo lo del recado a Valderas.

3. Antón Zotes le recibió ni más ni menos como su mujer, porque no era menos agasajador que ella. Y después de aquellos cumplidos regulares, hechos por parte de don Casimiro con despejo y con desembarazado de colegio, y correspondidos por parte de los de la casa a la buena de Dios, según el ceremonial campesino, Antón se fue a cuidar de los mozos y a dar las órdenes sobre lo que habían de trabajar el día siguiente, Catanla a disponer la cena, las criadas a hacer las camas, y quedando los

tres solos en una sala baja, conviene a saber, fray Blas, fray Gerundio y el colegial.

—Prosigamos —dijo éste— con nuestra conversación; y sírvase vuesandísima cuál es la cuarta fuente de la invención que le enseñó su maestro.

4. —Los jeroglíficos y los emblemas —respondió fray Gerundio.

—Algunos —continuó el colegial— de esa fuente hacen dos por la diferencia que hay entre emblemas y jeroglíficos; pero es tan corta, que me inclino a que lo aciertan los que la reducen a una sola. Vuestra reverendísima sabrá mucho mejor que yo la diferencia que hay entre jeroglíficos y emblemas.

—Yo nunca la he conocido ni me he parado a examinarla —respondió fray Gerundio—. Para mí las emblemas de Alciato y los jeroglíficos de Picinelo, que son los únicos de que tengo alguna noticia, sólo se distinguen en que un libro es más pequeño, y otro es más grande.

—Ya está conocido —replicó el colegial— que vuesandísima por su modestia quiere encubrir lo que sabe y tomar de ahí ocasión para examinarme acerca de lo poco que yo he estudiado. Complaceré a vuesandísima.

5. »Los jeroglíficos son una explicación misteriosa, figurada y muda de lo que se quiere dar a entender, por medio de alguna o algunas imágenes, ya realmente dibujadas en el papel, en el lienzo o en la tabla, ya abultadas en el mármol, en el bronce o en la madera, o ya únicamente ofrecidas a la imaginación por medio de una descripción verbal viva, enérgica y expresiva, que imprima bien en la idea lo que se quiere representar. No se añade a la pintura o a la descripción mote, lema, inscripción ni palabra alguna que sirva de explicación al pensamiento, dejándose enteramente al discurso o a la penetración del que ve, lee u oye el jeroglífico, el curioso trabajo de adivinar su verdadero significado. *El* emblema (y no *la* emblema, como dicen algunos) sólo añade al jeroglífico el mote, el lema o la inscripción en brevísimas palabras que declaran lo que se pretende significar por aquél.

6. »Pondré un verbigracia, no para que vuesandísima me entienda, que eso sería presumir yo de maestro

de quien no merezco ser discípulo, sino para que vuesandísima se actúe del modo como yo concibo lo que digo y, en caso de padecer equivocación, se digne corregir mis yerros. Los doce signos del Zodíaco, o las doce casas que dividen en doce partes iguales aquel espacio de cielo que corre al sol en el discurso de un año, son otros tantos jeroglíficos o símbolos que representan lo que comúnmente pasa en la tierra en cada uno de los doce meses correspondientes a las doce casas. El primer signo es *Acuario,* que simboliza con un muchacho que está vertiendo un jarro de agua, para significar lo mucho que suele llover en enero. El segundo el *Piscis,* y le representan dos peces pintados, para denotar que en febrero están en sazón la mayor parte de los peces. El tercero es *Aries,* representado por un carnero, y quiere decir que en marzo es la aparición de las ovejas, naciendo entonces los corderitos. El cuarto es *Tauro,* figurado por un toro, para denotar que en abril nacen las terneras. Síguele *Géminis,* pintado hoy por los dos hermanos gemelos Cástor y Pólux y antiguamente por dos cabritillos, como lo afirma Herodoto, en significación de que las cabras regularmente paren de una vez dos cabritos, para cuyo fin las proveyó la naturaleza con tanta abundancia de leche.

7. »Bastan estos ejemplares para dar a entender la idea que yo formo de los jeroglíficos, cuyo origen comúnmente se atribuye a los egipcios; pero yo tengo para mí que su principio fue mucho más antiguo, inclinándome a la opinión de los que se le dan no menos que en la Torre de Babel, aunque después fuesen los egipcios los que conservaron, promovieron y adelantaron más el uso de ellos, en lo que no cabe duda racional. Pero esto no es del intento. A los símbolos o jeroglíficos añadieron después los griegos un breve lema, inscripción o mote que explicase su significado, y a este conjunto llamaron *emblema.* Usaban de él singularmente los arneses o escudos, como lo dicen Esquilo, Homero y Virgilio, esmerándose mucho en la brevedad y en el alma del epígrafe, que era como el espíritu de la divisa de cada uno. Sobresalían entre todos los atenienses, de quienes hace graciosa burla Licón, fingiendo que en todos los escudos tenían grabada una

mosca muy pequeña con este epígrafe: *Donec videar*: «Hasta que me vean», dando a entender que todo ateniense era tan valeroso, que se acercaba al enemigo hasta que viese la mosca, en cuyo caso era preciso morir o vencer.

8. »No hay duda que en todos tiempos así los oradores profanos como los sagrados usaron alguna vez de los jeroglíficos, símbolos emblemas. Horo Nilíaco escribió un librito de este asunto, donde trae ejemplares de toda especie de oraciones. Los profetas usaron mucho de este modo de persuadir enfático y misterioso. El Apocalipsis es una serie continuada de figuras y representaciones simbólicas. San Agustín, en la Epístola 119, dice que, así como el cristal y la gasa añaden no sé qué apacibles visos a las imágenes que se presentan o se registran por ellas, así deleita más la verdad cuando brilla por entre símbolos, jeroglíficos y figuras, poniendo el Santo este ejemplo: Si, para ponderar las ventajas de la unión y de las desconveniencias de la desunión, dices sencillamente: *Concordia res crescunt, discordia dilabuntur*: «Con la concordia todo crece, con la discordia todo se deshace», *pigrius incitat*, no da golpe y persuade con tibieza. Pero si añades: «Esto nos quisieron significar aquellos antiguos sabios, cuando pintaron una hormiga con un caduceo encima, que creció a elefante, y un elefante con una espada desenvainada sobre las espaldas, que se disminuyó hasta el tamaño de hormiga»; *nescio quomodo et inventionis subtilitas, et imaginis expressio sensus titillat suavius, et dum placet, persuadet efficacius*: «así la sutileza de la invención, como la viva representación de la imagen, hacen no sé qué gustosa impresión en el alma y en los sentidos, que al mismo tiempo que los deleita con mucha dulzura, los persuade también con más suave eficacia».

9. —Deme usted un abrazo, señor don Casimiro —exclamó fray Blas interrumpiéndole—. ¡Que verdaderamente ha estado usted divino! Yo soy furiosamente apasionado por los jeroglíficos y por los emblemas. Un sermón que comience: «Pintaban los antiguos macedonios», otro que dé principio: «Pinta el doctor Picinelo», no ha menester más que yo me coma las uñas tras de él. Pues, ¡qué, si des-

pués se añaden diez o doce citas del simbólico,[29] otras tantas de Lilio Giraldo y algunas de Pierio, y se escoge también media docena del Brixiano! En el mundo hay oro para pagar un sermón tan ingenioso y erudito. Confieso a usted que después de los mitológicos, son mis héroes los simbólicos y los emblemáticos. Esta doctrina la he enseñado siempre a mi discípulo en lo predicativo, fray Gerundio; con estas armas le he armado caballero de púlpito; estos autores le he recomendado; no hay otros; los demás son buenos para explicar a las viejas el catecismo de Astete, y *servitor.*

10. —Padre reverendísimo —replicó el colegial—, ya he dicho que soy poco hombre para dar mi voto en punto de sermones; y así no me meto en calificar si son buenos o malos los que están bien cargados de jeroglíficos, símbolos y emblemas. Sólo sé que el padre Nicolás Causino previene que se use de ellos con la misma templanza, moderación y prudencia que de los adagios, fábulas, etc. Porque si no, se convertirá en fastidio su misma amenidad, siendo cierto que los pensamientos más ingeniosos causan tedio si se atesta de ellos la oración: *Habent igitur amoenam eruditionem hieroglyphica et symbola, modo prudenter et parce, ut caetera adhibeantur: quae enim per se mirabilitatem obtinent, si crebrius inferciantur orationi, fiunt communia, et fastidiosos sensus ipsa pulchritudinis satietate obruunt.*[30] También debo añadir que por lo que toca a mí, me cayó muy en gracia la enhorabuena que dio cierto duque a un orador que había predicado en su presencia un sermón tejido de jeroglíficos: «Padre —le dijo—, no trueco yo el juego de estampas de don Quijote que tengo en mi galería por todas las pinturas de su sermón.» Esto va en gustos: el mío ronca siempre que tocan en los sermones a cosa de jeroglíficos. Pero no nos detengamos,

29. *el simbólico*, Piccinelli.

30. «Los jeroglíficos y los símbolos producen cierta erudición con tal que se usen con parquedad y útilmente; causan en verdad cierta admiración, pero si se prodigan en el discurso se vulgarizan y ahogan con su exceso la belleza de la oración» (trad. de Fernández Martín, II, 699).

porque ya deseo saber cuál es la quinta o sexta fuente de la invención que estudió el padre fray Gerundio.

11. —*Testimonia veterum* —respondió al punto éste—: las autoridades y testimonios de los antiguos para confirmar lo que dice el predicador.

—¡Gran fuente y muy precisa! —continuó don Casimiro—. Especialmente los testimonios y las autoridades de los Santos Padres, ya sobre la inteligencia de la Sagrada Escritura, y ya también cuando se trata materia de costumbres, sea de virtudes, sea de vicios. Por lo que toca a la exposición del Sagrado Texto, he oído decir a varones doctísimos que siempre es menester apoyarla con la autoridad de algún Padre o expositor clásico y aprobado, siendo cosa insufrible que ningún predicador se arrogue la autoridad de entender o interpretar la Escritura a su modo o según su capricho. Y aun me acuerdo haber leído, no sé donde, que éste fue uno de los errores de Lutero, el cual pretendía que cada cual tenía tanta autoridad para entender o para interpretar la Escritura como San Jerónimo y San Agustín, apoyando este arrogante, soberbio y presuntuoso delirio con aquel texto de San Pablo: *Unusquisque in suo sensu abundet.*[31] En orden a costumbres, ya se deja conocer el gran peso que da a lo que se dice, cualquiera autoridad y testimonio de los Santos Padres; como también si se toca alguna noticia histórica o filológica, especialmente si es singular o no muy sabida, sirve de adorno y de recomendación la cita y aun las palabras del autor que las refiere.

12. —Por algo —dijo fray Gerundio— me gustan a mí tanto los sermones que en el cuerpo están bien cargados de latín, y las márgenes apenas se descubren de puro embutidas que están en citas. Sólo con ver un sermón impreso en esta conformidad, sin leer ni una palabra de él, estoy firmemente persuadido a que es un sermón doctísimo y profundísimo. Al contrario ahora han dado en usarse, y aun en imprimirse, ciertos sermones que en todos ellos apenas se ven cuatro o seis renglones de letra bas-

31. Epístola a los Romanos, 14,5: «Cada uno proceda según su propio sentir.»

tardilla; y las márgenes tan lampiñas como cara de capón, que da asco sólo el verlas. ¿Qué se puede esperar de unos sermones así? Yo no he tenido paciencia para leer ni siquiera uno.

13. —Pues, yo sí —interrumpió fray Blas—. Por mis pecados cayó en mis manos pocos días ha uno, y es de honras que el licenciado don Francisco Alejandro de Bocanegra y Xibaja [32] predicó a las de la señora reina de Portugal, doña María Ana de Austria, en las exequias que la consagró la ciudad de Almería; y tuve cachaza para leerle *de verbo ad verdum*, pero sabe Dios cuánto me costó. En todas las seis hojas primeras no hay más latín que las palabras del tema: *Omnis gloria ejus filiae Regis ab intus*, repetidas dos o tres veces; en las seis y media restantes sólo se citan siete textos de la Escritura, y de dos de ellos no se ponen las palabras. Las de los otros cinco que se expresan, componen, entre todas, seis renglones y medio. Hártate, comilón. A los Santos Padres se les deja descansar: sólo se cita una vez a San Francisco de Sales, a San Gregorio y a San Ambrosio. De expositores no se trata: cumplió con citar a Tirino una sola vez. Y del mismo modo cumplió con los autores profanos, no citando más que a Séneca una sola vez. Pues, ¿que diré del asunto? Redúcese a que la reina amó a Dios y al prójimo, y cátate aquí el cuento acabado. Lo demás, parla y más parla. ¡Y estos sermones se imprimen! ¡Y estos sermones se celebran!

14. —Despacio, padre fray Blas, despacio —dijo con bastante viveza el colegial, no pudiendo disimular del todo su enfado y su indignación—. Vuesa paternidad se adelante demasiado —con la cólera se le olvidó darle *reverendísima*—. También yo he leído ese sermón, porque llegaron a Salamanca muchos ejemplares; hablóse mucho de él en todas aquellas comunidades donde hay tanto hombrón sabio, religioso, erudito, culto y discreto, como es notorio; y a excepción de tal cual botarate ignorante y presumido, que por nuestros pecados los hay de todas las

32. Nota de Isla en el autógrafo: «Poco tiempo después que esto se escribió, fue electo dignísimo obispo de Guadix y Baza», p. 209.

clases y gremios, no hubo uno que no calificase dicho sermón por una de las piezas más elocuentes, más nerviosas, más sólidas, más graves y aun más ingeniosas que había producido hasta ahora nuestra oratoria castellana. Era voz común que se podía equivocar con las más preciosas oraciones que produjeron y están todavía produciendo, en nuestro siglo y en nuestro hemisferio español, los Gallos, los Radas, los Aravacas, los Rubios, los Ordeñanas y los Guerras.[33] Ni faltó quien asegurase que podía competir con cualquiera de las muchas y grandes oraciones fúnebres con que el reverendísimo padre maestro Salvador Ossorio de la Compañía de Jesús, llenó de majestad y de asombro el púlpito y la capilla de San Jerónimo, de la Universidad de Salamanca. Oraciones que si se hiciese una colección de ellas, como decía un sabio, compondrían un funeral [34] que quizá no tendría consonante en cuanto logramos hasta ahora de esta especie, ni de dentro ni de fuera de España.

15. »Eso de que tiene pocos textos la oración del licenciado Bocanegra, solamente lo podrán decir los que en su vida han saludado los Sagrados Libros. Apenas hay cláusula ni aun sílaba que no aluda a algún lugar, suceso o pasaje de la Escritura, en saliendo de aquellas acciones de la reina que sirven de cimiento a la verdad del asunto. No se citan, es así, expresa y señaladamente; pero se dan desleídos y como convertidos en la substancia del mismo orador. San Bernardo fue el primero que introdujo este admirable modo de usar y manejar la Escritura, haciéndola primero suya, y vertiéndola después como si no fuese ajena. Pero, ¿quién hasta ahora ha notado a San Bernardo de poco escriturario? Son pocos, no lo niego, los testimonios y autoridades de Padres, de expositores y de autores profanos con que exorna su oración el señor Bocanegra; mas son muy oportunos esos pocos testimonios que alega.

16. »¿Y quién ha dicho a vuestra paternidad que los sermones se han de cargar a metralla de testimonios, de

33. En el autógrafo está tachado desde «Era voz común» hasta aquí, p. 210.

34. *funeral*, por conjunto de oraciones fúnebres.

autoridades y de citas? Éstas deben ser como las especias en los guisados: lo que baste para sazonarlos, y no lo que sobre para que ninguno los pueda tragar. ¿Ignora vuestra paternidad lo que dijo un elocuentísimo orador hablando de las autoridades en los sermones? *Si nimiae sint, si communes, si sine vi et pondere allatae, puerum magis colligentem sapiunt quam virum ingeniosum:* «Si se amontonan, si son vulgares y comunísimas, si no tienen alma, fuerza ni meollo, más son fárrago que erudición, el orador se acredita más de un genio pueril y atolondrado, que, bueno y malo, verde y seco, todo lo hacina, todo lo recoge, que de hombre ingenioso y erudito.»

17. »Dice bien este juicioso autor. Para llenar, no digo yo un sermón, sino cien tomos de a folio de citas, autoridades, testimonios, sentencias, versos, historias, ejemplos, símiles, parábolas, símbolos, emblemas y jeroglíficos, no es menester más que hacinar y recoger. Tanto sentenciario, tanto libro de apotegmas, tanta poliantea, tanto teatro, tanto tesauro, tanto diccionario histórico-crítico-náutico-geográfico, tanta biblioteca, tanto expositor que va discurriendo por los lugares comunes e infarcinando [35] en cada uno todo cuanto se le viene a la mano, en fin, tanta selva de alegorías y de dichos como cada día brota en esas naciones y en esas librerías, hacen erudito de repente al más boto, al mas mentecato, al que no sabe quién reinó en España antes de Carlos II. No hay más que abrir, trasladar, embutir, y está hecha la maniobra. Al ver un sermón atestado de esa borra, quedan aturdidos los páparos, entre los cuales cuento a muchísimos que no lo parecen; mientras los verdaderos eruditos, o gimen corridos, o se ríen desengañados, según el humor que los predomina. Más de una vez oí a hombres de gran juicio que se debían desterrar del mundo literario estos almagacenes públicos de erudición tumultuaria; porque sólo servían para mantener haraganes, mientras perecían de hambre los ingenios verdaderamente industriosos. Es punto problemático en el cual se pudiera tomar un término medio. Mientras tanto, digo que se puede aplicar a

35. *infarcinando*, de *infarcire*, embutir.

estos prontuarios de erudición al baratillo, lo que dijo Agesilao al inventor de una máquina bélica, capaz de moverla y de hacer mucho daño con ella cualquiera soldado cobarde: *Papae! Virtutem sustulisti*: «¡Vítor! Que con esa máquina has desterrado el valor.»

18. »A lo que añadió vuestra paternidad acerca del asunto que escogió para su oración el señor Bocanegra, perdóneme vuestra paternidad, que no tiene razón para censurarle. Lo mejor y lo más precioso de dicho asunto es el ser tan sencillo, tan natural y tan sólido. Asuntos rumbosos, delicados, alegóricos, metafóricos, simbólicos; y mucho más, títulos de comedia, retruécanos insulsos, refranes de viejas, como: *El verdadero Fénix de Arabia,* a San Agustín; *El León en su cueva,* a San Jerónimo; *El Onix y Onis,* a Santo Tomás de Aquino; *La Enciclopedia canonizada,* al mismo; *El máximo Mínimo,* a San Francisco de Paula; *Mujer, llora y vencerás,* a las lágrimas de la Magdalena; *El Caballero de Alcántara,* a San Pedro de este nombre; *A muertos y a idos no hay más amigos,* en las honras de un obispo. Digo que estos y otros semejantes asuntos (Dios los haya perdonado), ya pudren, ya sólo han quedado en algunos predicadorcillos de la ínfima suerte, que sólo hacen ruido entre los que se van tras el tamboril y los gigantones. Hoy va reviniendo el mundo de sus preocupaciones. Por lo menos los hombres de pro no gastan otros asuntos que sólidos, macizos, característicos y consiguientemente naturales. Tal es el del señor Bocanegra, fundado sobre los dos ejes en que gira toda la ley y toda la perfección. El sabio no da otro elogio a los hombres justos, ni cabe otro mayor: *Dilectus Deo et hominibus, cujus memoria in benedictione est.*[36] «¿Amó a Dios y amó a los hombres? Pues, será amado de Dios y de los hombres; y siempre que se repita su nombre, será acompañado de muchas bendiciones.» Esto dijo el orador de aquella ejemplarísima princesa; esto convenció, y aun esto persuadió, moviendo los corazones más duros por lo menos a desear la imitación de sus reales virtudes.»

19. Como fray Blas vio que el colegial estaba un poco

36. Eclesiástico, XLV, 1.

avinagrado y tenía ya alguna noticia de su genio vivo y quisquilloso, no se atrevió a replicarle; contentóse con decirle que en esto de sermones, de versos, de latín y cosas semejantes, cada cual tenía su gusto; y sin inculcar más en el punto, le suplicó que prosiguiese examinando a fray Gerundio sobre las fuentes de la invención; porque como observaba que éste las tenía tan prontas, se le caía la baba al bueno del predicador. Serenóse un poco don Casimiro; y continuando en su interrogatorio, rogó a fray Gerundio se sirviese decirle cuál era la séptima fuente de la invención que le habían enseñado.

20. —Los dichos graves y sentenciosos de los antiguos —respondió sin cespitar.

Y el colegial prosiguió:

—Sin duda es una fuente bellísima y copiosísima, especialmente habiendo tanto recogido de su sentencias y apotegmas, los cuales sólo se diferencian de aquéllas en que las sentencias permiten más extensión de palabras, pero los apotegmas se deben ceñir a las menos voces que sea posible. Las sentencias se pueden tomar de cualquier autor donde se encuentren; mas los apotegmas se hacen más recomendables por ser dichos de grandes personajes, como de papas, emperadores, reyes, cardenales, obispos, etc. Vaya esta diferencia sobre la fe de Guillermo Budeo,[37] que la señala; pues yo no me atreveré a defenderla en el siglo que corre, el cual está como inficionado de libros de apotegmas que son hoy de la gran moda. Tales son los libros que llaman de *-ana,* como la *Menagiana,* la *Perroniana,* la *Scaligeriana,* la *Saintevremoniana,* la *Fureteriana* y otros innumerables de que se hace graciosa burla en el primer tomo de la *Menagiana*; donde el autor de una salada rima acabada toda en la sílaba *-na,* después de zumbarse de una multitud de estos escritos, unos verdaderos y otros fingidos, concluye diciendo:

37. *Guillaume Budé* (1467-1540), filólogo francés, llamado por Erasmo «el prodigio de Francia». Escribió entre otras cosas *Commentarii linguae graecae* (París, 1529), un tratado sobre monedas y medidas romanas *(De Asse),* etc. Fue secretario del rey, embajador junto a León X. Su familia, al morir él, pasó a Ginebra, donde se hicieron calvinistas y tuvieron una brillante vida política y cultural.

Todos los libros en -ana
Se arrimen donde está la ipecacuana,[38]

hierba medicinal de las Indias que hoy se usa mucho, y con grande felicidad, en Europa. Es cierto que estos apotegmas recogidos en los libros de *-ana,* no todos son dichos de grandes personajes; pues hay algunos de sujetos muy de escalera abajo, si no entra en cuenta su agudeza o su literatura.

21. »Pero al fin no se puede dudar que los dichos, sentencias y apotegmas, así de los antiguos como de los modernos, usados con discernimiento y con moderación, son un preciosísimo adorno de todo género de elocuencia, tanto oratoria como histórica. Tucídides mereció la suprema estimación de todos los siglos por el juicio, oportunidad y bello gusto con que se valió de ellos. Hesíodo, aunque muy distante de Homero, así en la gravedad del estilo como en la majestad del asunto, ha logrado los mayores aplausos por la singular elección que tuvo en las sentencias con que adornan sus dos poemas heroicos, *Las obras y los días* y la *Teogonía o generación de los dioses*; bien que algunos críticos le notan, no sin razón, que las sentencias son más frecuentes de lo que fuera justo. En fin, Quintiliano encarga mucho al orador que se aproveche de esta fuente, pero con tres precauciones: la primera, que las sentencias sean muy escogidas; la segunda, que sean raras; y la tercera, que sean correspondientes a la edad, al carácter y demás circunstancias del orador. Si son triviales, se oyen con desprecio; si muy frecuentes, cansan la atención, y aun empalagan; si no se acomodan a los connotados del orador, mueven a risa. Yo añadiría otra cuarta calidad, y es que las sentencias sean también proporcionadas al teatro y al auditorio. En una aldea o pueblo pequeño sería risible aquella sentencia o apotegma tan justamente celebrado que se atribuye a Afro Domicio: *Princeps qui vult omnia scire, necesse habet multa ignoscere*: «El príncipe que quiere saberlo todo, tiene necesidad de perdonar mucho.» ¿Qué príncipe se podría aprovechar de esta

38. En *Menagiana*, I, 258-260 (Sebold, IV, 76).

advertencia en un pueblo reducido? En un auditorio rústico y grosero sería impertinente aquel discreto dicho de Plutarco: *Sero molunt deorum molae, sed bene comminuunt*: «Las ruedas de los dioses tardan en moler, pero hacen buena harina.» ¿Cuántos habría en el auditorio que entendiesen la metáfora? Vamos a la octava.

22. –Ésa es para mí la más seca –dijo fray Gerundio no sin chiste–; porque mi autor dice que la octava fuente son las leyes, y confieso que de leyes ni entiendo ni he estudiado palabra.

–Yo tampoco las he estudiado –continuó el colegial– por no ser ésa mi profesión; pero no es menester hacer la de legista para saber algunas leyes, especialmente de las antiguas y primitivas que se instituyeron en el mundo para el gobierno de los hombres, las cuales sirven de un bello adorno a cualquiera oración sagrada, singularmente moral o doctrinal. Es cierto que nunca las leyes de los hombres pueden añadir peso ni autoridad a la ley santa de Dios; pero no es dudable que encuentra el entendimiento no sé qué particular satisfacción y consuelo en ver tan conforme la ley divina con las leyes humanas, pronunciadas por unos legisladores que no tuvieron noticia del verdadero Dios.

23. »Yo me acuerdo de algunas que, por lo que toca a lo directivo, son muy conformes a muchos preceptos del Decálogo, aunque sean erradas y gentílicas en lo que suponen de doctrinal. Vayan algunos ejemplares. El primer mandamiento es: «Amar a Dios sobre todas las cosas.» Confórmase con él la de Numa Pompilio: *Deos patrios colunto, externas superstitione aut fabulas ne admiscento.*[39] Segundo: «No jurar su santo nombre en vano.» Es muy conforme a él la ley de los egipcios: *Perjuri capite mulctantur.*[40] Cuarto: «Honrar padre y madre.» Lo mismo mandaba aquella ley de que hace mención Herodoto (lib. I): *Magistratibus parento*; y la otra de los lacedemonios, citada por Platón en su *República: Majorum imperio libenter*

39. «Adorad a los dioses patrios y no mezcléis con ellos extrañas supersticiones ni fábulas de fuera.»

40. «Los perjuros tengan pena de muerte.»

omnes parati assuefiant.[41] Sexto: «No fornicar.» Son muchas las leyes que prohibían esto mismo. La que trae Josefo (lib. XI, cap. VI): *Adulterii et lecti genialis injurias vindicanto.*[42] La de Numa: *Pellex aram Junonis ne tangito*;[43] y la célebre de los atenienses que prohibía predicar o hablar en público a todo hombre deshonesto: *Si quies pudicitiam prostituerit aut expatrarit, huic interdicito jus apud populum concionandi.*[44] Séptimo: «No hurtar.» A esto aludía aquella ley de los egipcios: *Singulis annis apud Provinciarum Praesides, omnes unde demonstranto. Si quis secus faxit, aut unde legitime vivat non demonstrarit, capitale esto.*[45]

24. »El uso así de estas leyes antiguas como de otras más modernas, patricias y municipales, con tal que sea sobrio, prudente y oportuno, tiene su gracia y también su eficacia en cualquiera sagrada oración. Pero hacer estudio de componer un sermón como un alegato de los que se usan sólo en nuestra España, embutido en textos, leyes, decretos, cánones y constituciones del derecho civil y del canónico, parecido al que yo oí a cierto catedrático, sobre ser una grandísima impertinencia, es ostentación pueril para acreditarse de erudito y sabio en facultad forastera. ¡Hola! Esta censura o esta reflexión no es mía, pues ya he protestado que ni mi profesión ni mis años me permiten excursiones a países tan sagrados. Refiero lo que por entonces se dijo entre hombres que tenían voto. «Sólo en unas circunstancias —añadió uno de los circunstantes— puede ser del intento cargar algo más la mano en la cita de leyes nacionales, y es cuando se predica a un auditorio compuesto por la mayor parte de gente de curia, como en los sermones al Consejo, a las Chancillerías, a las Audiencias, etc. Si se toca entonces el punto de regalos, gra-

41. «Acostúmbrense todos con gusto a seguir la autoridad de los mayores.»

42. «Vengad las injurias del adulterio y del lecho conyugal.»

43. «La concubina no tocará el altar de Juno.»

44. «A cualquiera que haya vendido o despilfarrado su castidad, se le prohibirá hablar ante el pueblo.»

45. «Cada año todos se presentarán ante los gobernadores de la provincia. Si alguien no lo hiciese, o no declarase donde vive verdaderamente, será condenado a pena capital.»

tificaciones y derechos de ministros inferiores, como abogados, relatos, procuradores, escribanos, etc., no será fuera de propósitos referir las leyes municipales que hablan en esto, y explicar con claridad hasta qué punto son obligatorias en conciencia según la inteligencia común de los teólogos.» Pero dejando esto a un lado, deseo saber cuál es la nona fuente de la invención que prescribe el autor por donde vuesandísima estudió.

25. –*Sacrae litterae* –respondió fray Gerundio como un reguilete–: la Sagrada Escritura.

Y añadió luego:

–En este punto no tiene usted que detenerse; porque sé lo que basta para bandearme, he tomado mi partido, y no mudaré de rumbo por más que me prediquen.

–No tiene vuesandísima que prevenírmelo –replicó don Casimiro–; pues sé bien que este punto no es de mi incumbencia, y no se me ha olvidado lo que leí pocos días ha en cierto autor de mi profesión. Hablando de la Sagrada Escritura, dice: *Quod ad ejus usum attinet, theologorum est proprius; haec eorum haereditas, hic campus, hoc stadium:* «Por lo que mira al uso de la Sagrada Escritura, ése toca a los teólogos; ésa es su herencia, ésa su legítima; ése es su propio y particular terreno.» Por señas de que en confirmación de lo que poco ha íbamos hablando, se lastima mucho en el mismo lugar de que los predicadores se metan a legistas, y los legistas a predicadores, aquéllos citando leyes, y éstos glosando textos: *contra, inverso ordine, jurisperitos, neglectis iis quae ad se attinent, Sacra Biblia saepius quam leges in ore habere.* No excluye absolutamente que unos tomen algo de otros, por la recíproca unión y buena correspondencia que hay entre las facultades; sólo abomina el exceso, el prurito y la ostentación de que se sabe de todo.

26. »No obstante, ya me permitirá vuesandísima que sin mezclarse en lo directo de esta fuente, que en realidad excede los límites de mis estudios, haga una reflexión acerca de ella que parece no estar fuera de mi jurisdicción. Es cierto que la Sagrada Escritura mereció tanto concepto aun a los filósofos gentiles, que Emilio de Apamea (o Amilio, como le llama Proclo), al leer la primera

cláusula del Evangelio de San Juan: *In principio erat Verbum,* quedó asombrado de que un bárbaro (así llama al Evangelista) hubiese filosofado con tanto acierto. También sabemos que Dionisio Longino, haciendo el paralelo entre Moisés y Homero, calificó al legislador de los judíos por un hombre nada vulgar; pues no podía serlo el que tenía tan alta idea de Dios, como lo acredita aquel rasgo suyo en la historia de la Creación: *Dixit Deus Fiat lux. Et facta est lux. Fiat terra. Et facta est terra,* proponiéndole por modelo de un pensamiento verdaderamente sublime; aunque la segunda parte: *Fiat terra. Et facta est terra* la añadió Longino [46] de cosecha propia, pues no se halla en la Escritura en que el autor como gentil estaba poco versado. No es menos cierto que en la Sagrada Escritura se encuentra, no sólo todo lo que se halla en los libros profanos, sino que se halla en aquélla lo que en éstos no se encuentra. Pienso, si no me engaño, que ha de ser observación de San Agustín, y que la leí en un libro de elocuencia: *Et cum ibi quisque invenerit omnia quae utiliter alibi didicit, multo abundantius ibi inveniet ea quae nusquam omnino alibi, sed in illarum tantum modo Scripturarum mirabili altitudine et mirabili humilitate discuntur.*[47] Siendo esto así, me parecía, a mi grosero modo de entender, que la Sagrada Escritura debiera ser la única, o por lo menos la primera, fuente de la invención respecto de todo orador sagrado. Pues, ¿por qué razón vuesandísima o su autor, no sólo no la señalan por la única, no sólo no la dan el primer lugar, sino que la ponen a la cola, y harto será que no sea la última?»

27. Hallóse embarazado fray Gerundio con esta pregunta que no esperaba; pero salió a su socorro su fino amigo Blas, diciendo con grande satisfacción:

—Eso es claro, porque la Escritura es fuente común de que todos beben. Está a mano de cualquiera, para hartarse de ella cuando le diere la gana. Un predicador que

46. *De lo sublime*, ed. cit., cap. IX, sec. 9.
47. «Y cuando cualquiera haya encontrado allí todas las cosas que con provecho aprendió en otros lugares, allí mismo hallará las que nunca, en ninguna parte, se aprenden sino en la admirable altura y en la admirable humildad de las Escrituras» (Sebold, IV, 83).

quiera acreditarse no ha de beber del pilón, sino que sea para enjugarse. Símbolos, emblemas, jeroglíficos, historias, sentencias, versos, fábulas, ésta ha de ser su comidilla; y a lo más más, allá hacia lo último, un poco de Escritura a modo de mondadientes. Esto es lo que quiere decir poner la Escritura por la postrera fuente de la invención, y está bien puesta a pagar de mi dinero.[48]

28. En medio de los pocos años del colegial, y que así por su edad como por su genio todavía no estaba muy maduro, ni era de los que más se morían por sermones de Cristo en mano, no se puede ponderar cuánto le irritó una proposición tan absurda, tan loca y tan escandalosa. Sin embargo, considerándose huésped y que no era razón dar una mala noche a aquella buena gente, disimuló su indignación lo mejor que pudo, y se contentó con decir a fray Blas:

—Si no me hiciera cargo de que vuestra paternidad habla de chanza, zumbándose de aquellos predicadores que si no con las palabras a lo menos con las obras parece que lo sienten así, delataría esa proposición al Santo Tribunal.

Iba a responderle fray Blas algo colérico, cuando oportunamente y al mejor tiempo del mundo entraron a poner la mesa, porque ya era hora de cenar.

CAPÍTULO V

DISPONE FRAY GERUNDIO SU SERMÓN Y VALE A PREDICAR

CENARON, se acostaron, durmieron, se levantaron, almorzaron y se despidieron de don Casimiro, que muy de mañana quiso volverse a Valderas, cazando, por lo que no admitió una yegua castaña, andadora y paridera, que ya había dado cuatro potricos y dos muletas a Antón Zotes, el cual se la ofreció para el viaje con la mejor voluntad del mundo. Aquella misma mañana se quiso retirar tam-

48. *a pagar de mi dinero*: frase para ponderar algo, hasta el punto de que uno lo aseguraría con su propio dinero.

bién fray Blas a cuidar de su fingida enferma, despidiéndose hasta que fuese a oír a fray Gerundio el sermón del escribano, como lo ofreció y como lo cumplió a su tiempo.

2. Con efecto: iba ya a montar a caballo, cuando se acordó fray Gerundio de que no habían leído, glosado y admirado el celebérrimo sermón de honras a los soldados del Regimiento de Toledo por el autor del *Florilogio,* como se lo había ofrecido fray Blas la tarde antecedente; y es que el encuentro de don Casimiro, con la conversación entablada en el paseo y proseguida después en casa, enteramente los había borrado la especie de la memoria. Y como fray Gerundio estaba resuelto a todo trance a tomar dicho sermón por modelo para el suyo, no quería dedicarse a componerle hasta que su amigo fray Blas le hiciese observar, notar y admirar todos los primores. Por tanto, tirándole de un capote de barragán [49] que ya tenía puesto y llamándole aparte, le trajo a la memoria dicha especie; y le conjuró, por la estrecha amistad de entrambos, que a lo menos hasta después de comer no pensase en marchar; para que encerrándose los dos en aquella mañana, pudiesen recorrer el sermón del *Florilogio,* y entresacar de común acuerdo lo que pareciese adaptable al suyo.

3. No se hizo de rogar fray Blas, que en estas ocasiones era de un genio docilísimo y muy amigo de complacer a todo el mundo. Dio fray Gerundio orden de que retirasen la caballería a la cuadra hasta la tarde, diciendo que todavía tenían los dos que conferenciar aquella mañana. Metiéronse en la sala, cerráronse por la parte de adentro, tomó fray Blas en la mano el libro del *Florilogio,* sacudióle el polvo, buscó el sermón XXVI y leyó el título, que decía así: *Parentación sacra. Epicedio panegírico en las solemnes honras con que solicitó el alivio de sus militares difuntos el Regimiento de Toledo. Episodio.* El título solo basta para acreditar al autor. *Parentación sacra*: ya oíste al colegial lo que significaba *parentación*. Mira, ¡qué cosa tan oportuna! *Epicedio panegírico*: no tengo idea clara de lo que

49. *barragán*: «Género de tela hilada sutilmente y hecha de lana de diferentes colores; su ancho, poco menos de una vara» *(DA).*

significa *epicedio*; sólo sé así en confuso que es una especie de elogio a los difuntos.

—Pues, ¿hay más que verlo en Calepino? —dijo fray Gerundio; y abriéndole, halló que decía: «*Epicedium, carmen quod canitur de cadavere nondum sepulto*: Aquellos elogios que se cantan de los difuntos a cuerpo presente, cuando aún no se ha dado al cadáver sepultura.»

Algo frío se quedó fray Gerundio al leer esto, y preguntó a fray Blas:

—Pues, ¿qué, los cadáveres de los soldados del Regimiento de Toledo estaban presentes cuando se predicó este sermón de honras? ¿No se habían enterrado todavía?

—Anda, hombre —respondió el predicador—, que ésos son reparos de miñatura. Si en todo se hubiera de escrupulizar con esa menudencia, no habría hombre quien se atreviese a hablar en público elegantemente. Fuera de que es frase común cuando se habla de algún difunto, sea para bien, sea para mal, decir que le desentierran los huesos. Pues, para el caso y para la propiedad, ¿qué más me dará desenterrarlos que no haberlos enterrado?

4. Esta última razón hizo grandísima fuerza a fray Gerundio; y prosiguiendo, fray Blas añadió:

—*Episodio*: no lo entiendo, pero desde luego afirmo que es discreción como la de *Epicedio*. A ver, ¿qué dice ese vocabulario?

—«*Episodio* —leyó fray Gerundio— eran aquellos actos de la tragedia o de la comedia que se recitaban entre coro y coro, para alternar la música con la representación, y fue su inventor el poeta Tespis. Hoy se entiende por *episodio* un incidente o digresión, que diestramente se introduce en el asunto principal del poema o de cualquiera otra composición.» Confieso —añadió fray Gerundio— que he quedado muy confuso. Pues, ¿acaso aquel sermón se había de cantar o se había de predicar a coros, para que hubiese episodios? ¿El tema era por ventura incidente o digresión del sermón, para que llamase episodios al tema?

5. —Eres un pobre hombre —respondió fray Blas—, y estás muy atrasado en esto que llamamos adelgazar y discurrir con agudeza. Quizá en todo el *Florilogio* no se encontrará pensamiento más delicado ni más oportuno. Mira,

los sermones de honras se predican comúnmente después de acabada la misa de difuntos y antes que se cante el último responso, que suele ser solemnísimo. Luego la oración fúnebre está propiamente colocada entre el coro de la misa y el coro del responso, unos cantados y otra representada. Pues, ves ahí por qué se llama episodio, porque es un acto que se representa entre coro y coro. Más: el intento o el asunto principal de las honras, hablando en rigor, no es otro que el nocturno, la misa y el responso que son propia y rigurosamente sufragios por los difuntos; que los sermones o las oraciones fúnebres de suyo no son sufragios. Pues, ¿qué son? Son unas digresiones, unos incidentes que se introducen con arte y con destreza en el asunto principal. Mira tú, ¡con qué oportunidad se llaman episodios! Y porque el tema es como el cimiento de estas digresiones, por eso dar al tema el título de *Episodio* es hasta dónde puede llegar el ingenio y la inventiva.

6. —Declárome por zopenco —dijo fray Gerundio—; y hago voto de venerar profundamente todo cuanto lea en el *Florilogio,* por más que yo no lo entienda, y aunque así a primera vista me parezca contrario a toda razón. Pero veamos cómo se introduce en su sermón de honras militares.

—Hay dos introducciones —respondió fray Blas—: a una llama *Episodio*, y a otra *Introducción*. El *Episodio* está reducido a dar razón de la devoción y del fervor con que los antiguos gentiles celebraban las honras de sus difuntos, especialmente las de los militares, a contar el origen de ellas, a ponderar el aparato y las ceremonias con que las celebraban, a determinar el principio que tuvieron las oraciones fúnebres, a traer a la memoria la elección que se hacía de oradores y, finalmente, a adaptar todo esto con feliz aplicación a las honras de los militares del Regimiento de Toledo, invocando, en vez de la musa Euterpe, la intercesión de la Virgen para dar principio al *Panegírico epicedio*. Supónese que para apoyar cada una de estas noticias se citan autores a carretadas; pues en sólo el episodio que comprehende poco más de una llana (se entiende de a folio), se cita a Polibio, Pausanias, Alejandro, Elia-

no, Plutarco, Celio, Suetonio, Beyerlinck, Esparciano, Macrino, Novarino, Apiano, Diodoro Sículo, Herodoto, y algunos de éstos tres y cuatro veces. Esto es lo que se llama hablar docta, sabia y eruditamente. No pronunciar palabra, y si fuese posible, ni aun sílaba sin su autor por delante y sin su latín al pie de la obra. Lo demás parece conversación de monjas, o visita de damas, que se pasan seis horas en ellas sin oírse el nombre de un solo autor.[50]

7. »Bien ves que toda esta erudición de funerales viene clavada a todo sermón de honras, y que te puedes aprovechar de ella para el tuyo con la mayor propiedad, especialmente si no te olvidas de la reglecita que te di ayer tarde para acomodar a los escribanos todo lo que se dice de los militares. También podrás, y en mi dictamen deberás, aprovecharte de unas nobilísimas frases que se leen en el *Episodio*. Cuando ponderes la piedad de los herederos del escribano, que le costean las honras, di que «es tan lúgubremente generosa como coluctuosamente [51] compasiva».

—¡Hombre! —replicó fray Gerundio—. Que el licenciado Flechilla me dijo que no costeaban las honras los herederos, sino el mismo difunto, el cual había dejado un legado determinadamente para ellas. Conque no es generosidad de los herederos, ni de los testamentarios, sino obligación precisa.

—¿En eso te paras, mentecato? —respondió fray Blas—. Y en los tiempos que corren, ¿te parece poca generosidad de los testamentarios y de los herederos cumplir los legados y últimas voluntades de los difuntos? Muy atrasado estás en cosas de mundo. Vamos adelante.

8. »Claro está que en la función de honras habrá también su túmulo cubierto de bayeta o de algún paño negro, con sus velas y con sus hachas alrededor. Para esto te hará muy al caso aquella elegantísima cláusula: «Erigían túmulos suntuosos, grandiosos fúnebres obeliscos,

50. Esta observación de fray Blas no cuadra con los retratos habituales que pintaban a las mujeres como lectoras de novelas y de autores nuevos, de «novelerías».

51. *coluctuosamente, coluctuoso*: del latín, *colluctus*, compasión.

irradiados de luces y luctuados[52] de bayetas; coherencia lúcido-tenebrosa que, entre yertas cenizas cadavéricas, vitalizaba memorias de sus militares difuntos.»

—La primera parte de la cláusula —interrumpió fray Gerundio— ya medio la comprendo, pero la segunda no entiendo lo que quiere decir.

—Ni yo tampoco —prosiguió fray Blas—; mas eso, ¿qué importa? Suena bien, y esto basta. Más clara está la que se sigue; y la podrás adaptar maravillosamente a la ofrenda, con especialidad si hay en ella carnero, pan, vino y cerilla, como en algunas partes.

9. »«En cruentas aras trucidaban[53] inocentes víctimas, que dirigían a mitigar rigores de los dioses..., esparcían rosas fragantes..., confederando matices y verdores para declamar memorias inmarcesibles y floridas esperanzas a la felicidad eterna de los militares.» El «trucidar víctimas inocentes» viene de molde al carnero; lo de confederar lo florido con lo verde se puede apropiar al pan y al vino, pues ya se sabe que la harina tiene flor y el vino suele tener verde. Pero la más brillante cláusula, para mi gusto, de todo el episodio es aquella en que para ponderar la piedad del Regimiento de Toledo con sus difuntos, dice que «sollozando nenias[54] sentidamente elocuentes, endechas piadosamente elegantes, declaman en sacrificios, sufragios y oraciones el suspirado, eterno alivio por sus difuntos militares». Cláusula que aplicándola tú a la piedad de los herederos y de los testamentarios, a todos los dejarás tamañitos con el asombro.

10. —Yo también lo estoy, ya sólo con haberla oído —dijo fray Gerundio—; y aunque a primera vista me parecía a mí que no venía bien, porque me acuerdo haber oído a mi amado dómine Zancas Largas que *nenia, neniae* significa aquellos cuentos de viejas que se suelen fingir para entretener a los niños o para arrullarlos; pero como me

52. *luctuados*: vestidos de luto.

53. *trucidaban*: despedazaban, mataban cruelmente.

54. *nenia*: «composición poética que en la antigüedad gentílica se cantaba en las exequias de una persona» *(DRAE)*. También tenía el sentido que más abajo señala fray Gerundio.

ha enseñado la experiencia que ese hombre profundísimo no habla palabra que no sea con la mayor propiedad, aun cuando parece que desatina, apuesto yo a que las tales *nenias* tienen algún otro significado muy adecuado al asunto, porque decirme a mí que él lo echó así a la que salta, eso no en mis días. Veámoslo por curiosidad en nuestro diccionario. «*Nenia, neniae*: Aire o tonadilla triste, canción lúgubre que se cantaba en elogio de los difuntos.» ¿No lo decía yo? ¡Para el cabrón que condenase al autor del *Florilogio* sin examinar bien las cosas, creyendo que él las decía a bulto! Es hombre que no tiene par.

11. —Pues ahora empieza —continuó fray Blas rebosando gozo—. Al *Episodio* se sigue la *Introducción*; y aunque ésta es muy breve, pues toda ella está reducida a un cotejo de las honras que mandó hacer Judas Macabeo en el templo de Jerusalén por los soldados que habían muerto en la batalla contra Gorgias, con las que el Regimiento de Toledo dispuso hacer en Ciudad Rodrigo por los suyos, con todo eso no deja de tener algunos rasgos dignos de observación.

12. »Dice que el caudillo Macabeo, vencidos enemigos, ganadas plazas y conseguidas victorias, entró a «guarnicionar» la plaza y ciudad de Odolla: *Collecto exercitu, venit in Odollam.*[55] Nota la voz *guarnicionar*, y ten entendido que no se hizo sólo para los guarnicioneros, como lo juzgan los que saben poco. También se usa con elegancia cuando se habla de los soldados que están de guarnición. Y para que nunca te embaraces en menudencia cuando se trata de aplicar algún texto de la Escritura a cosa que te venga a cuento, es bien que notes que Judas Macabeo no entró con su ejército en la ciudad de Odolla para estar en ella de guarnición, sino puramente para que descansase la tropa algunos días, volviendo después a salir a campaña, según se colige del texto claramente. Pero como el discreto orador necesitaba para su cotejo unos soldados que estuviesen de guarnición en una plaza, despreció esa bagatela e hizo asaz bien; porque en habiendo soldados y

55. Libro II de los Macabeos, XII, 38: «Retrajo [Judas] su ejército y lo condujo a Odolam.»

ciudad, que estén de guarnición, que estén de cuarteles de refresco, para el intento era una niñería. Y para que Odolla tuviese una admirable consonancia con Ciudad Rodrigo, entró en Haye [56] una exposición oportunísima; porque dice ese glosador que Odolla significa *testimonium, sive ornamentum*. ¡Y qué cosa más parecida, añade el ingeniosísimo orador, a la plaza de Ciudad Rodrigo, que vino a *guarnicionar* el Regimiento de Toledo! «*Venit in civitatem*, donde matiza timbres militares con pías, generosas demostraciones. *Odolla, testimonium, sive ornamentum*.»

13. »Lo que yo no entiendo es —prosiguió fray Blas— qué quiere significar un texto que repite dos veces en pocas líneas de diferencia: *Facta collactione, duodecim millia drachmas argenti*.[57] Aquella *collactione* es para mí un nombre algo enrevesado. ¿Si querrá decir que Judas, antes de celebrar las honras por los difuntos, hizo colación con doce mil dracmas de plata?

Rióse fray Gerundio de la poca latinidad de fray Blas y le dijo:

—Quítate ahí, hombre, que se conoce fue descuido de la pluma. Escribió *collactione* en lugar de *collatione*, que significa «contribución»; porque Judas debió de echar alguna sobre sus soldados, para que todos contribuyesen al gasto de las honras.

—Vaya, que eso es —respondió fray Blas, y prosiguió diciendo—: Ahora se sigue el discurso, que divide en cuatro escenas.

14. »*Escena primera*...

—Para un poco, fray Blas, para un poco —exclamó fray Gerundio—. ¡*Escena primera!* En mi vida he oído, leído ni visto cosa semejante. ¡*Escena primera!* ¿Qué quiere decir *escena*? Yo no lo sé, pero apuesto que detrás de la tal pa-

56. *Jean de la Haye* (1593-1661), franciscano que escribió una *Biblia Magna* (1643, 5 vols.) con comentarios de distintos comentaristas y una *Biblia Maxima* (1660, 19 vols.) con los comentarios de muchos más comentaristas.

57. Libro II de los Macabeos, XII, 43: «Y mandó hacer una colecta en las filas, recogiendo hasta 200 dracmas.» (Así en Nácar-Colunga, pero por el texto y Vulgata, son 12 000 dracmas.)

labrita se nos oculta algún misterio recóndito y elevado, de aquellos que sólo alcanza este hombre incomparable. Consultemos a Calepino.

Abrióle, hojeóle, y halló que decía así: «*Scena*: Ramas de árboles que se cortaban para hacer sombra.»

—¿No lo decía yo? El sermón es un árbol, los discursos o los puntos son las ramas, las ramas son escenas. Pues, ¿qué invención más divina que llamar escenas a los puntos o a los discursos de un sermón? Más: escenas eran las «ramas que se cortaban para hacer sombra». En las honras de los difuntos todo es sombras o todo es negro; que para el caso es lo mismo el túmulo, el frontal, los ornamentos, el paño del facistol, el del púlpito, las capas largas de los que hacen el luto. Pues, ¿por qué no ha de ser sombra también la oración fúnebre? Y así el dividirla en escenas es lo mismo que repartirla en sombras, como quien dice: Sombra primera, Sombra segunda, etcétera.

15. Asombrado quedó fray Blas cuando oyó discurrir a fray Gerundio con tanto adelgazamiento, y así le dijo:

—Hombre, ¿qué legión de espíritus sutiles se te ha metido en ese cuerpo? Pídote perdón de lo que antes te decía, que no tenías ingenio para delicadezas. Ahora te digo que cuando te pones a ello, no hay hilandera de León que te iguale, ni que merezca descalzarte el zapato.

Como fray Gerundio se vio alabado de agudo, esponjóse visiblemente, y ya con la mayor satisfacción añadió:

—Pues, aguarda, que aún falta lo mejor. Otro significado da Calepino a *scena*, y dice ser el más común en que se toma; que, si no me engaño, no acredita menos la sutileza de ese monstruo de los ingenios.

16. »«*Scena* —dice— unas veces significa el teatro donde se representa una comedia o tragedia; otras, y es la acepción más común, se entiende sólo por aquella parte de la representación en que se mudan las personas, aumentándose, disminuyéndose o saliendo a hablar otras diferentes.» Que me emplumen si no hubiere algo y aun mucho de esto en las *Escenas*; léelas, si no.

Leyó fray Blas la primera, y luego gritó fray Gerundio:

—¿No lo ves? ¿No está claro el pensamiento? Antes

de entrar en esa escena, como por vía de preámbulo, habían hablado Parentación, Epicedio, Episodio, Introducción y otros personajes coluctuados, lúcido-tenebrosos. Ahora entran ya a hablar Gilberto, Abrahán, la Magdalena, Lázaro, y hacia el fin de la escena salen Aresio, Alciato y un poeta.

17. –Discurres bien –dijo fray Blas–; pero lo que a ti te hace más al caso es que todo lo que se dice en esta escena primera, lo puedes aplicar a tu sermón de honras y a cualquiera otro que se te ofrezca del asunto, ni más ni menos como se aplicó a la función del Regimiento de Toledo. Porque, en suma, en esta escena sólo se pondera el lugar común de la verdadera amistad, que consiste en que el verdadero amigo se conoce en todas fortunas y en todos estados, en la prosperidad y en la adversidad, en la vida y en la muerte. Y como en todo sermón de honras los amigos vivos se acuerdan de los amigos difuntos, a todo sermón de honras se vienen por su pie Abrahán, la Magdalena, Lázaro y los demás que hicieron lo mismo, o con quienes se ejecutó lo propio. Vamos a la *Escena segunda*, que en mi dictamen se debía engastar en oro.

18. Leyóla fray Blas, y añadió fray Gerundio:

–No digo en oro; en piropos [58] y en diamantes debiera engastarse esa escena. El haber encontrado con la *Calcea* que los atenienses consagraban a Vulcano en el día veinte y dos de octubre, «para que mitigase la voracidad rigurosa de sus llamas», y con la *Pyrithea* [59] que los persas ofrecían al sol en el mismo día, «encendiendo piras y tumulando cenizas, cuyo circuito honraban los sacerdotes solicitando el alivio a sus difuntos», es uno de aquellos felicísimos encuentros que a sólo este predicador de predicadores se le vienen a la mano. Yo discurro que la *calcea sacra* [60] sería algún calzado de hierro, puesto que se

58. *piropos*: variedad del granate, de fuerte color rojo, apreciado como piedra fina.

59. *Calcea*, fiesta que los atenienses celebraban en honor de Hefaistos en otoño. *Pyrithea*, seguramente fiestas en las que el fuego desempeñaba un importante papel.

60. Zapato, en latín, es *calceus*, que no es lo mismo que *calcea*, voz griega.

consagra a Vulcano y a Mulcíbero, dioses tutelares de las fraguas y de las ferrerías. Calzado de hierro solamente le usan las caballerías; conque es natural que la *calcea sacra* fuese una herradura. Por otra parte, la *Pyrithea* sería alguna cosa derivada de *pyrites, pyritae,* que significa «piedra de escopeta o de fusil». Pues, ¿dónde se hallará en el mundo cosa más apropiada para las honras por los soldados difuntos de un regimiento? Porque, o éste es de caballería, o de infantería. Si de caballería, viene clavada la herradura; si de infantería, la piedra de fusil no puede venir más a pelo.

19. —¿Y te parece —le interrumpió fray Blas— que «el águila que en los túmulos de Aristómenes y Platón fijó por empresa la antigüedad» se apropia menos divinamente al «águila imperial que el Regimiento de Toledo fija en su túmulo por regia empresa»?

—Eso viene tan natural —respondió fray Gerundio—, que no parece sino que Beyerlinck lo escribió precisamente para aquel caso. También pienso yo acomodarla al mío, porque las armas de un escribano son una pluma y un tintero en campo blanco; plumas como las del águila no las hay; y más, que el águila es ave de rapiña, lo que facilita admirablemente la ocasión para una pulla, que en un sermón siempre tiene mucha gracia.

20. —Pero, por Dios, no te olvides —añadió fray Blas— de buscar modo para encajar una brillantísima cláusula que entre otras muchas se lee en esta escena. Queriendo el orador introducirse a elogiar al Regimiento de Toledo, escribe estos dos períodos dignos del mármol y del bronce: «Gustoso permitiera lozanear el discurso en las heroicas, militares proezas de este ilustre Regimiento. No niego a mi voluntad la panegírica lisonja, porque recele en sus nobles caudillos alguna corrubescencia,[61] que no saben extrañar las águilas todo el golpe de los solares brillos: *assuetis dilector,*[62] dijo el simbólico.» Paréceme que te puedes aprovechar de estas dos cláusulas cuando hagas el elogio de los hijos del escribano y de su familia; que eso es

61. *corrubescencia*: resplandor.
62. «me deleito en lo usual». El simbólico, Piccinelli.

puesto en razón, y entonces te vendrá de perlas lo de «panegírica lisonja sin recelo de alguna corrubescencia», por la razón concluyente de que las águilas están acostumbradas a «todo el golpe de los solares brillos».

21. —Harélo sin dificultad —respondió fray Gerundio—; porque aunque acá siento no sé qué disonancia en que el mismo panegirista trata sus elogios de «panegírica lisonja», y esto facha a facha y, como dicen, en las mismas barbas de aquellos a quienes alaba; pero, por otra parte, conozco que cuando lo dijo el autor del *Florilogio,* su misterio tendría, por más que yo no lo alcance. Por la misma razón me hace poca fuerza el no penetrar yo lo que significa el verbo *dilector,* que no me acuerdo haber leído ni oído en toda mi vida, pues, ora sea invención del simbólico, ora sea corrección del Epicédico,[63] debo venerarla con profundo y silencioso respeto. Y, en fin, estas fruslerías se deben despreciar sólo por no dejar caer en el suelo lo de *lozanear el discurso, corrubescencia* y *lisonja panegírica.* Vamos a la *Escena tercera.*

22. Después de leída, dijo fray Blas:

—Aquí hay poco en que detenernos, porque no veo en ella cosa que te pueda servir para tu sermón. Que los griegos celebrasen el día 22 de octubre la Sacra Pambeocia,[64] en memoria de la toma de la ciudad de Troya, ni que el día 21 ofreciesen un sacrificio a la diosa Palas por los difuntos militares que habían muerto en el dilatado sitio de aquella plaza, no sé yo que pueda acomodarse a las honras del escribano Conejo.

23. —No eches el fallo tan aprisa —replicó fray Gerundio—; y vamos examinando qué cosicosa venía a ser esa Sacra Pambeocia, porque quizá hallaremos algo que me acomode.

Consultaron a Calepino; y no habiendo encontrado la palabra *Pambeocia,* pasaron a la voz *Beocia,* y hallaron que decía así: «*Boeotia.* Provincia de Grecia, cuya capital es Tebas. Llamóse Beocia del buey que fue enseñando el ca-

63. *Epicédico,* se refiere a Soto Marne, autor del sermón que comentan, *Epicedio panegírico.*

64. Fiesta de los beocios dedicada a Palas Atenea.



mino a Cadmo, hasta que llegó al sitio donde fundó la ciudad de Tebas.»

—Tente, hombre, tente —exclamó fray Gerundio—; que me están bullendo acá en la imaginación mil especies que acaso me servirán más de lo que piensas. *Pambeocia* es sin duda cosa de buey; el buey tiene cuernos de que se fabrican los tinteros. Mira cómo va ya saliendo poco a poco el secretario. Más: Cadmo, según leí no me acuerdo dónde, fue el inventor de las letras; las letras son tan propias de los escribanos, que no puede haber escribano sin ellas. Más: los escribientes, o los oficiales de pluma, de los escribanos se llaman en latín *boethi, boothorum,* como lo dice un poco más abajo, este vocabulario. Pues, mira tú si Pambeocia, buey, Cadmo, tintero, letras y escribientes son materiales despreciables para el sermón de un escribano. Ni tampoco pienso pasar en silencio el sacrificio de Palas; porque siendo la destreza una virtud o prenda muy loable, me abre camino para decir que nuestro escribano con mucha destreza metía la *pala cristiana* a los litigantes.

24. —¡Divino pensamiento! ¡Equívoco de los cielos! —exclamó fray Blas—. Y será lástima que te olvides de él. Pero lo que sobre todo te encargo es que busques modo de imitar una de las metáforas, de las alegorías, o cómo se llaman, más galantes y más bien seguidas que espero oír en los días de mi vida. No sé si la notaste; pero aquí está en esta escena, y dice así:

25. »«Instado el Regimiento de Toledo de los suspiros y lamentos de sus militares difuntos —*Aperite portas...*[65]—, estrecha el bloqueo a la mística Plaza de la Gloria, pasando a acordonar reverente a la sacra Jerusalén triunfante: *Regnum caelorum vim patitur.*[66] Abren sagrados ataques en sus compasivos, generosos pechos; brechean [67] los diamantinos muros celestiales con la batería de misas, sufragios y oraciones: *Misit Jerosolymam offerri pro peccatis mortuorum.*[68]

65. Judit, XIII, 13.
66. San Mateo, XI, 12: «El reino de los cielos está en tensión.»
67. *brechean*: abren brechas.
68. Libro II de los Macabeos, XII, 43: «Envió a Jerusalem [los 12 000 dracmas de la nota 57] para ofrecer sacrificios por el pecado.»

Llega al soberano Consejo de Guerra la noticia del aprieto de la celeste plaza: *Exaudivit de monte sancto suo. Regnum caelorum vim patitur.*[69] Defiende la entrada la soberana Justicia; declama a favor de la rendición de la imperial Plaza de la Misericordia: *Venit hora et nunc est quando mortui audient vocem filii Dei.*[70] Hace llamada a capitulaciones la Clemencia, dice San Juan. Satisfecha la divina Justicia del reato de la culpa, firma el alivio de la pena. Publícase a los tenebrosos cuarteles del Purgatorio este dichoso, ventajoso tratado a favor de las ánimas del Regimiento de Toledo: *...mortui audient vocem filii Dei*; y libres de las horribles penas, entran triunfantes en el cielo a coronarse de glorias: *...et qui audierint, vivent.*» [71]

26. »Con esta brillantísima metáfora acaba la *Escena tercera.* Y a fe que hizo mal no acabar con ella todo el sermón; y más, para lo poco que le faltaba, pues la *Escena cuarta,* sobre ser muy breve, no contiene cosa que dé golpe. Fue lástima añadir a la alegoría ni una coma ni una tilde. Paréceme que estoy viendo a los oficiales del Regimiento de Toledo como enajenados, como fuera de sí, en nada menos pensando que en que estaban oyendo un sermón de honras, sino que estaban viendo con sus mismos ojos el sitio de una plaza, el cordón, el bloqueo, los ataques, las baterías, el *brechear* los muros diamantinos, la llamada de la guarnición con bandera blanca a capitular. Sólo sí hago juicio que los muy medrosos o los que no estuviesen acostumbrados a tratar con ánimas del purgatorio, quedarían sorprendidos cuando viesen que en vez de entrar en la ciudad los sitiadores, salían de sus «tenebrosos cuarteles» las ánimas benditas, y entraban en la plaza vestidas de blanco y con sus velas en las manos, como es natural. Entonces volverían en sí, conocerían la ilusión, y advertirían que no estaban delante de alguna plaza, sino en una iglesia a vista de un túmulo, ofrecien-

69. Salmo III, 5: «Él me respondió desde su monte santo.» San Mateo, XI, 12: «El reino de los cielos está en tensión.»

70. San Juan, V, 25: «Llega la hora y es ésta en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios.»

71. San Juan, V, 25: «Y los que la escuchen vivirán.»

do sacrificios por sus difuntos hermanos y oyendo a un orador que los embelesaba.

27. —Pues, mira —dijo fray Gerundio—, tanto como por alegorías no ha de quedar. Claro está que una alegoría en términos de guerra no puede acomodarse bien en las honras de un escribano; pero ahora mismo se me está ofreciendo a mí otra en términos más propios, que no ha de parecer mal. Diré, pues, así poco más o menos, elevando el estilo cuando lo ponga en limpio:

28. «En virtud de queja fiscal se levantó auto de oficio por el Supremo Juez, y se dio mandamiento de prisión contra nuestro escribano difunto. Presentóse éste en la cárcel del Purgatorio, dejando poder al amor filial para que como procurador suyo contradijese la demanda, apelando de la Sala Justicia a la Sala de Misericordia. Libróse despacho de inhibición y avocación con remisión de autos originales. Diose traslado a la parte de nuestro mísero encarcelado. Hizo ésta un poderoso alegato de misas, oraciones y sufragios; y dándose por conclusa la causa, halló la Misericordia que debía mandar, y mandaba, que el escribano Domingo Conejo saliese libre y sin costas de la tenebrosa cárcel, declarando haber satisfecho suficientemente sus deudas con las penas de la prisión.»

29. »¿Qué te parece de la metaforilla? ¿Deberá algo a la del *Florilogio*? Y más, cuando la vista con los textos correspondientes; que los tendré a escoger, pues todo el mundo sabe que lo que pasa en la otra vida, en la hora de la muerte, se explica en términos de curia: *proceso, tribunal, juicio, sentencia, absolución, condenación*, llamándose al Purgatorio *cárcel*, y al infierno *muerte eterna*.

—Manos a la obra, fray Gerundio amigo —dijo fray Blas—; y pues ya hemos repasado el sermón de honras y tú tienes formada ya tu idea, tomemos un bocado, dame un abrazo y adiós, hasta la vista.»

30. Despedido que fue el padre predicador mayor fray Blas Cebollón de la Remolacha (éstos eran sus dos apellidos, paterno y materno), y quedado solo que hubo nuestro imponderable fray Gerundio, no pensó más que en trabajar su sermón, aprovechando cuantas observaciones, notas, escolios, frases y erudiciones habían glosado y ad-

mirado en las honras del *Florilogio*, teniendo presentes las reglas que le había dado fray Blas, y no olvidando del todo las dos largas conferencias que habían tenido con el colegial don Casimiro sobre las fuentes de la invención. De todo este confuso montón de especies, que a modo de torbellino le revoleteaban dentro de la fantasía, sacó al cabo de quince días o tres semanas (en cuya circunstancia están discordes los autores) una *Parentación sacra, Epicedio trágico, lúgubre Episodio, Panegiris escenático* (así intituló a su sermón), que dejó muy atrás la plática de disciplinantes y el sermón del Secramento en dictamen de algunos que oyeron todas tres funciones. Decorólo [72] todo muy bien, como lo tenía de costumbre; siendo máxima suya que la principal prenda de un predicador era la memoria, en la cual se había de estampar el sermón antes de predicarle, de manera que el mismo se saliese de la boca como de chorrillo,[73] para que en el púlpito no se divirtiese la atención a otra cosa que al cadencioso movimiento de las manos, al compasado contoneo del cuerpo, al gutural manejo de la voz y al concierto de todas las demás acciones, que debían regularse a compás y como con cierta especie de armoniosa simetría.

CAPÍTULO VI

PREDICA FRAY GERUNDIO EL SERMÓN DE HONRAS CON INCREÍBLE APLAUSO, Y ENCÁRGANLE LA SEMANA SANTA DE PERO RUBIO

ÍBASE acercando el día señalado para las famosas honras, pues ya no faltaban más de tres. Y habiéndose despedido fray Gerundio cortesanamente de todo el lugar, hasta de aquella tía que no le había visitado por el cuento de la gallina (la cual quedó tan pagada de esta acción, que

72. *Decorólo*: lo aprendió de memoria.
73. *como de chorrillo*: así por la vasija que tiene un caño y sirve para sembrar, echando el grano con ella en el surco abierto por el arado.

desde aquel punto hizo las paces con la buena de la señora Catanla), regalando a su madre y a su hermana con cada dos escapularios bordados de realce de plata falsa y cañutillo, añadiendo a cada una su Santa Teresa de barro en urna de cartón, guarnecida de seda floja, repartiendo una peseta entre las dos criadas, bien proveída la alforja y aumentada la maleta con un par de mudas de ropa blanca, partió para Pero Rubio en compañía de su padre el bonísimo Antón Zotes, que quiso ver (así lo decía él) si su hijo *tenía tan güena man derecha para perdicar de los defuntos, como para perdicar del Sacramento.* Su padrino el licenciado Quijano también había hecho ánimo a ser de la jornada, con cuyo fin había llamado a un primo suyo, capellán de Gordoncillo, que acababa de venir de León y había traído licencia de confesar por seis meses, que para en su ausencia dijese la misa al pueblo y cuidase de la administración de sacramentos; pero es tradición que cuando ya estaba aparejada la burra, se le desenfrenaron tan furiosamente las almorranas (de que adolecía), que no le fue posible montar a caballo, y así se contentó con darle un abrazo y meterle disimuladamente en la mano dos pesos gordos.

2. Eran las cinco de la tarde cuando en buena paz y compañía salieron de Campazas padre y hijo, con resolución de dormir aquella noche en casa de su pariente el familiar, cuyo lugar no distaba más que tres leguas cortas y estaba como a la mitad del camino. Aquí se encuentra un vacío lastimoso en la historia, que después de haber burlado nuestras más exactas y exquisitas indagaciones, necesariamente ha de ser sensible a la curiosidad de nuestros lectores; pues no siendo posible sino que la conversación que tuvieron por el camino hijo y padre fuese tan graciosa como entretenida, no se halla el más leve vestigio de ella en archivos, bibliotecas, armarios, legajos ni apuntamientos. Bien pudiéramos nosotros fingir aquella que nos pareciese más natural, atendido el genio, el carácter y las demás circunstancias de nuestros dos caminantes, a imitación de aquellos historiadores que no hacen escrúpulo de referir lo verisímil como cierto, sin detenerse en contar lo que pudo ser por lo que fue.

3. Ni se nos pudiera culpar con razón de que nosotros saliésemos con nuestras conjeturas, en un siglo en que todo el mundo sale con las suyas; habiéndose hecho este título tan de moda, especialmente en los libros, papeles y discursos que sacan a luz los anticuarios, cronologistas, investigadores y físicos experimentales, que apenas aciertan con otro. No es nuestro ánimo condenar esta costumbre, y más en aquellos pocos en quienes se conoce es verdadera modestia la que en otros muchos *se conjetura* ser paliada ostentación; pues nos hacemos cargo de que hay materias que no admiten evidencias, ni otras pruebas que meramente conjeturales. Pero nuestra sinceridad, singularmente en una historia tan verídica, tan fundamental y tan exacta como la que traemos entre manos, no se acomoda con este uso; y más, cuando siendo tantos tan averiguados y tan instructivos los materiales verdaderos que tenemos a la mano, es ocioso buscar los ideales.

4. En fin, llegaron nuestros dos caminantes a Fregenal del Palo, pueblo no tan grande como Sevilla, ni tan poblado como Cádiz, donde hacía su residencia el familiar, de quien fueron recibidos con agasajo, con naturalidad y con un corazón verdaderamente sano; porque ajeno en todo de afectación y de artificio, era tan franco en descubrir las inclinaciones de su voluntad, como naturalote en no disimular los dictámenes de su buen entendimiento.

5. Mientras se disponía la cena, que no fue delicada y ostentosa, pero sí maciza y abundante, dijo el familiar a su sobrino con cariñosa llaneza.

—Oyes, flairico ¿y llevas enjurgadas para Pero Rubio tantas garambainas como echastes por esa boca en Campazas?

—Tío, ¿y qué me quiere usted decir por *garambainas*? —preguntó fray Gerundio.

—¡Válasme Dios, hombre! —continuó el familiar—. Pues yo bien craro me exprico. Garambainas son aquellas garatusas, enrevesaduras, relumblones y azufaifas con que nos encarabrinabas a todos los que te estábamos uyendo como unos monigotes.

—Menos le entiendo a usted ahora que antes —replicó fray Gerundio.

—Pues, entiéndanos Dios, que nos crió —dijo el familiar—, y perdónenos nuestros pecados. Paréceme que te haces remolón depropósitamente; porque en lo demás es impusibre de Dios que no me entiendas, pues tanto como el don de craridá me l'ha dado Su Majestá, bendita sea su miselicordia. Orásme [74] los tréminos, y conozco yo que no son retumbantes, ni tan polidos como los que s'usan en las zuidades; pero decirme a mí que no son interegibles, no habremos deso, que es crebarse la cabeza, y tan bien los calas tú como el hijo de mi madre.

6. —Si usted llama garambainas —dijo fray Gerundio— la erudición, los pensamientos sutiles, los equívocos, las agudezas, los chistes y el estilo elevado y armonioso, hay bastante recado de eso en el sermón que llevo prevenido; y como Dios no me quite el juicio, no faltará en todos los que predicare.

—Pues, ¿ves? —replicó el familiar— si yo fuera que tú, había de pedir a Dios que te quitara luego el juicio para no perdicar enjamás ansina; pues tengo para mí que mientras perdiques ansina, no tienes que pedir a Su Majestá que te le quite, sino que te le güelva.

—Usted tío —dijo fray Gerundio—, no tiene obligación a entender estas materias.

—Pero los perdicadores —respondió el familiar— están obrigados en concencia a perdicar de manera que todos los entendamos.

—Basta —replicó fray Gerundio— que nos entiendan los cultos y los discretos.

—Pues que vayan solasmente a uiros los secretos y los encultos —respondió el familiar—. Y dime, sobrino, ¿parécete a ti que en Pero Rubio habrá muchos desos hombres encultos o como tú los llamas?

—Nunca faltan algunos —dijo fray Gerundio—, por infeliz que sea una aldea, ya sean de ella misma, ya de los forasteros convidados, o ya de los que concurren casualmente. Por eso han llevado grandes chascos algunos predicadores que fiándose en que iban a predicar a lugares pequeños, se contentaban con cualquiera cosa y se halla-

74. *Orásme*, por oirásme.

ban después con oyentes que no esperaban; y así oí decir a un padre grave de mi sagrada Religión, que todo predicador de punto se debía prevenir para predicar en Caramanchel[75] ni más ni menos que si hubiera de predicar en Madrid.

7. —No m'arma mucho esa doctrina —replicó el familiar—, salvante que quisiese decir ese esentísimo[76] padre que tanto ahínco debe poner un perdicador en convertir a los de Caramanchel, como en convertir a los de Madrid, y que ansina debe expricarse en conformidá que le entiendan los unos, como que le entiendan los otros. Porque, fuera de eso, irse un perdicador a Caramanchel, y lo mismo me da a la Cistérniga (qué ésta es una comparanza), con daca si eran froles o no eran froles en vertú de que pueden encurrir algunas presonas de la zuidá, eso no es más que humo, satisfacción y *laus te dé Christe.*

8. »Pero dejando una cosa por otra, ¿no saberíamos qué vertudes del escribano vas a perdicar?

—No he menester predicar sus virtudes para predicar a sus honras —respondió fray Gerundio.

—¿Cómo no? —replicó el familiar—. Pues cuando se perdica de los defuntos, ¿no es endisponsable que se diga aquello en que fueron güenos para que enmiten sus ejempros los vivos?

—No, señor —respondió fray Gerundio—; nada de eso es necesario; que si lo fuera, sólo se predicarían honras de aquellos sujetos que hubiesen sido muy virtuosos, habidos y tenidos por tales de todos los que los trataron; y así vemos que en algunas partes se predican de todos los que tienen con qué pagarlas a roso y velloso,[77] sin que para eso sea preciso hacerles primero la información *de moribus et vita,* como se dice.

9. —Es impusibremente que yo no tenga el entendi-

75. *Caramanchel*: pueblo de Madrid que desde 1948 es barrio de la capital en la zona suroeste. Hubo, como hay aún, Carabanchel alto y bajo.

76. *esentísimo*: excelentísimo.

77. *a roso y a velloso*: «modo de hablar que vale todo, sin excepción, ni distinción alguna de la materia de que se habla» *(DA).*

miento espatarrado, o que tú no me quieras meter los dedos por los ojos —replicó el familiar—. Pues dime, sobrino, ¿el perdicador no ha de albar a su defunto? Es craro. Si le alaba, ¿no le ha de alaabar de alguna vertú? No, sino que vaya a alabarle de sus defeutos y franquezas. Demos que no tuviese el defunto vertú nenguna; pues, ¿qué ha de decir dél el probe flaire?

10. —Lo primero —respondió fray Gerundio—, se puede predicar un sermón de honras que pasme, sin tomar en boca el difunto por quien se hace la función. Y para que usted lo vea claramente, yo le explicaré el *cómo*. Éntrase ponderando, ante todas cosas, qué antigua fue la costumbre de hacer honras y funerales por los difuntos. Aquí se va discurriendo por los hebreos, por los babilonios, por los persas, por los medos, por los griegos, por los romanos, por los egipcios, por los caldeos y, en fin, por todas las naciones del mundo. Después se examinan muy por menor los varios modos que tenían de celebrarlas según los genios, usos y costumbres de los países, ya con sacrificios, ya con hogueras, ya con pirámides, ya con obeliscos, ya con ofrendas, ya con enramadas, ya con convites, y en algunas partes hasta con danzas y fiesta. A esto se sigue el averiguar cuándo, en qué tiempo, con qué motivo y en qué nación se dio principio a las oraciones o panegíricos fúnebres por los difuntos; y se explayan las velas de la elocuencia sobre los epicedios, sobre los epitafios, sobre las endechas, sobre los cenotafios y sobre las nenias, extendiéndose también la erudición, si se quiere, o a las tablillas, o a las inscripciones que se grababan sobre los sarcófagos. Bien repiqueteado todo esto, se busca después, en alguno de los muchos calendarios que hay de los antiguos, qué fiesta, función, sacrificio o cosa semejante celebraban en el día que está determinado para predicar las honras; y siempre se encontrará alguna cosa que por aquí o por allí, de esta o aquella manera, venga clavada al intento. Aplícanse, finalmente, todas estas importantísimas noticias al asunto de la función con la mayor propiedad: las hogueras, a las luces, al túmulo; los sacrificios, a las misas; las ofrendas, a las que se hacen comúnmente; los convites, a los que hay casi en todas par-

tes; los epicedios, nenias, etc., al sermón u oración fúnebre. Y demostrando de esta manera el predicador que la piedad de los presentes no debe nada a la piedad de los pasados, y que las honras que hacen a los difuntos modernos son parecidas en todo a las que hacían a los mismos difuntos los antiguos, hételc usted, cómo, sin tomar en boca al sujeto por quien se hacen, puede acabar honradamente con su *requiescat in pace,* que sea seguido de muchos vítores y aclamaciones.

11. —Mira —dijo el familiar—, yo no te puedo negar que eres un pozo de cencia; porque ahí has enjurgado tantas cosas, que me tienen aturrullados estos cascos. Porque ya se ve saber tú, como parece que sabes en la uña, todo lo que hicieron los gabilonios, los miedos, los presas, los enjundios y esos otros que nombraste así a manera de caldos. Habérsete quedado en la memoria todos esos nombres enrevesados de embolismos, parrales, cienpedios, niñerías, cieno de zafios, y el último vocablo en que dijiste no sé qué de las escrituras de los estrófagos, digo en mi ánima jurada que saber tú todos estos argamandijos en los pocos años que tienes, eso son ciencia confusa no puede ser, y loado sea el Señor de quien es todo lo güeno. Pero también te digo una cosa: tanto viene todo eso para perdicar un sermón de honras, como ahora llueven pepinos; y si no, vaya un asemejamiento.

12. »Yo soy estaño [78] alcalde de Fregenal; junto mañana el Concejo para saber si s'han de guardar o no s'han de guardar los plaos.[79] Escomienzo por decir que esto d'haber concejos en las repúblicas es cosa muy añeja; porque los gabilonios, los presas, los calderos y los mamaulucos los usaban allá desde el tiempo en que habraban los animales. Paso después a esprayarme sobre las diferentes usanzas c'había para esto de juntarse el concejo; y digo, por ejemplo, que en unas partes andaba el menistro de josticia de puerta en puerta tocando un cencerro, que en otras era incumbencia del puerquerio ir sonando por las calles el mismo cuerno con que juntaba los cerdos,

78. *estaño*: este año.
79. *plaos*: prados.

c'allá tocaba al muñidor pregonar el concejo por las calles, c'acá se enseñaba a rebuznar a un burro desde niño con tales y con tales señas; y qu'este burro, en estando ya bien endustriado y teniendo, como dicen, uso de razón, se le entregaba al fiel de fechos, con la carga y con la obrigación de que los días de concejo había de ir rebuznando por todo el puebro, para que viniese a noticia de los vecinos y nenguno pudiese alegar excusa ni ignorancia. Daquí me meto a expricar la importancia de los concejos y la grande entauridá c'han tenido siempre, no sólo en toda Uropa, sino en toda España. Digo, por fin y por postre, que todos los Consejos, si se les ofrece hacer información de nobreza o de hidalguía, han de venir a probar su alcurnia de los concejos; y c'así como los primeros son en sobre las Udencias y en sobre las Chancellerías, pues vemos que de las sentencias déstas s'apela a aquéllos, ansina también, si estuviera el mundo bien gobernado, s'había d'apelar dellos a la endicisión de los concejos. Y concruyo con preguntar si en vertú de todo lo dicho s'han de guardar o no s'han de guardar los plaos. Dime, Gerundio, ansí Dios t'haga bien, ¿vendría todo esto al caso para la enresolución d'aquel punto?

13. —¡Buenas cosas tiene usted! —respondió fray Gerundio—. Conque, ¿ahora quiere hacer comparación de lo que un alcalde propone en el concejo con lo que un predicador ha de decir en el púlpito? Tío, en los concejos se va derechamente a la substancia.

—Pues, ¡qué! —replicó al familiar—. ¿En los cúlpitos se va no más que a entretener al tiempo?

Como fray Gerundio se vio un poco apretado, procuró sacar el caballo por otro lado, y para divertir el argumento dijo:

—También se puede alabar a un difunto, aunque no haya hecho milagros ni tenido revelaciones, ni su vida hubiese sido la más ejemplar y ajustada. ¡Cuántas oraciones fúnebres se han predicado en la Iglesia de Dios a grandes capitanes, a grandes conquistadores, a grandes políticos y a muchos hombres verdaderamente sabios de cuya canonización no se ha tratado, ni verisímilmente se tratará jamás de ella! Con todo eso, a éstos se les alaba el

valor, de la intrepidez, de la presencia de ánimo, de la pericia militar, del celo por la gloria de sus príncipes y, en fin, de otras virtudes que no se encuentran ni en las cardinales ni en las teologales, y que no hacen al caso para la vida cristiana; pues sabemos que muchos gentiles, moros y herejes florecieron en ellas. Pues, ¿por qué no pudiera yo también alabar a mi escribano, si quisiera, de la sagacidad, de la astucia, del ingenio, de la penetración y hasta de la velocidad con que escribía, de su buena letra, de sus airosos rasgos y de la rúbrica que usaba, por una parte tan garbosa, y por otra tan difícil, que parecía imposible falsearse ni remedarse?

14. —Yo soy un probe lego —respondió el familiar—, que solasmente sé lér de letreado y echar mi firma con letra de palotes estrujando bien la pruma; y no me puedo meter en si es bien premitido, o no es bien premitido, que en la Igresia de Dios s'alaben púbricamente y se propongan como enjempro de imitación al puebro cristiano esas vertudes que tú dices, y con las cuales puede una presona irse al infierno tan lindísimamente. Éste es un punto muy hondo, que no es para mi cabeza; y cuando tú dices c'así s'usa (que yo no lo he visto, por no haberme topado enjamás en esas perdicaciones), debe d'haber razones muy emportantes para premitir que s'haga ansina. Lo que yo digo es que por lo menos acá en las aldeas donde no se pueden praticar esas virtudes campanudas, y donde la gente es sencilla, si yo juera obispo, de nenguno se m'había de perdicar sermón de honras que no hubiese sido un cristiano verturoso y ejemprar, al modo c'acá nosotros nos imaginamos las presonas ejemprares y verturosas. Porque, orásme, decir tú del escribano que fue sagaz, estuto, engenioso, que luego se empunían en los autos, que calaba las enteneciones de las presonas, que escribía decorridamente, c'hacía una letra estupenda, que su rúbrica y su sino se podían presentar al mesmo rey, todo eso güeno será, pero ¿qué sacamos d'ahí para las benditas ánimas del Purgatorio?»

15. A tal tiempo entraron a poner la mesa para cenar, de que no se alegró poco nuestro fray Gerundio, porque su tío le iba apurando demasiado. Antón Zotes se había

quedado primero a dar orden de que se cuidase de las caballerías; después trabó conversación con la mujer del familiar, y con sus sobrinos y sobrinas, que entre todos eran seis y el mayor no pasaba de doce años, repartiendo entre ellos turrón, confites, avellanas y piñones que había traído para este efecto, entreteniéndose con todos mientras se asó una pierna de carnero, se hizo una gran tortilla de torreznos y se guisó una buena cazuela de estofado de vaca, que con unas sardinas escabechadas y una tajada de queso por postre, comenzando con su gazpacho de huevos duros, componía entre todo una cena substancial y sólida, sacándose, después de levantados los manteles, un plato de cebolletas con su salero al lado para echar la de San Vitoriano.

16. Entraron todos en la salita o cuarto bajo donde estaban tío y sobrino; sentáronse, y cenaron con tanta paz y alegría como gana. Casi toda la conversación de la cena se la llevaron el familiar y Antón Zotes, siendo su asunto el regular entre labradores. Preguntóle aquél cómo iba de cosecha y en qué estado tenía su verano.[80] Respondió éste que de cebada había cogido poco por la falta de agua, y que si no fuera por los tres herreñales que estaban linde del arroyo, apenas tendría para el gasto y para sembrar; que de morcajo [81] no estaba mal, y de trigo esperaba que sería mediana la cosecha, porque sobre tener ya diez cargas en la panera, quedaban en la era tres peces, dos parvas, otras dos mantas, y *entodavía* estaban en las tierras como unas doce morenas.

—Pues por acá, amigo mío —dijo el familiar—, no podemos echar piernas, y algunos probes labradores se quedarán *per ostiam santam incionem.*[82] ¡Sobre c'hay hombre que no coge lo que sembró! Yo, bendita sea la misilicordia de Dios, no estoy tan endesgraciado; porque como la

80. *verano*: recolección de la cosecha, voz típica de Tierra de Campos.

81. *morcajo*: trigo marzal.

82. *por ostiam santam incionem*, por *per istam sanctam unctionem* palabras de la Extremaunción. Aquí significan «estar en las últimas, en la ruina».

hoja que tocaba estaño es la que está carre Vallaolí, y aquella tierra es tan espiojosa,[83] hizo bodega con las aguas de la otoñada y con las que cayeron después por entrejos; conque ha dado bonicamente, y hast'unas ciento y cincuenta cargas de todo pan ya espero coger; conque m'animaré a unviar a Bertolo a Villagarcía, para que escomience la glamática con aquellos benditos flaires de Dios que llaman padres teatinos.

17. –Sí –dijo a este punto hecha una víbora la tía Cecilia Cebollón (que así se llamaba la mujer del familiar)–, para que aquellos flairones te le desuellen a azotes.

–Mijor –respondió con mucha sorna el socarrón del familiar–; por eso nació el día de San Bertolomé y fue mi gusto que le pusiesen Bertolo, para que me lo desollasen; porque desengáñate Cicilia, que la letra con sangre entra.

–Pues dígote –replicó la Cebollona– que por más c'hagas no he d'unviar m'hijo a Villagarcía.

–En eso harás bien –respondió el familiar–; y por lo mismo que no l'has de unviar tú, tendré cuidado d'unviarlo yo.

–Irá donde yo quisiere –replicó la Cebollona–, porque es tan hijo mío como tuyo.

–Y aun más, si lo apuras –respondió muy fresco el familiar–; pues sin meternos por ahora en más honduras, al fin tú le pariste, y yo no. Ea, Cicilia; tengamos güenos manteles, y dejémonos de crebaderos de cabeza. Ya te he dicho mil veces que tú cuidarás de las hembras, y yo de los varones. Tú darás a aquéllas la enseñanza que te pareciere, y yo daré a éstos la doctrina que me diere la gana.

18. –También yo la tenía –dijo a esta sazón Antón Zotes– que el mi flairico estudiase en Villagarcía, donde yo había estudiado; pero por tener paz con la mi Catanla l'unvié a Villamandos, y no me pesa porque no ha salido por ahí nengún morondo.

–En todas partes –respondió el familiar– hay malos y güenos; soldesmente[84] que en unas son más los güenos

83. *carre*, camino de. *espiojosa*, esponjosa.
84. *soldesmente*: solamente.

que los malos, y en otras son los malos que los güenos. Lo que yo veo es que los que estudian con los teatinos no alborotan los puebros, ni apedrean los santos, ni silban los rosarios, ni se juntan en las tabernas, ni embarran los vítores, ni se desvergüenzan contra los flaires que estudian por otros libros. Allá en sus cuentraversias y desputas vocean, berrean y gritan hasta desgañitarse; pero dempués y acabado aquello, punto en boca, cortesía hasta el suelo, y tan amigos como d'antes. Esto parece bien a Dios y a todo el mundo; lo contrario es mala crianza, y se conocen al vuelo los que estudian con unos y con otros.

19. En estas conversaciones se pasó la cena; llegó la hora de recogerse, y se retiraron todos, quedando despedidos desde la noche, porque los huéspedes pensaban madrugar mucho para librarse del calor. Así lo hicieron, saliendo de Fregenal a las tres de la mañana y llegando a Pero Rubio entre siete y ocho, antes que, como se dice, comenzase a *calentar* la chicharra.

20. No se puede ponderar el gusto y el agasajo con que fueron recibidos del licendiado Flechilla, en cuya casa se apearon derechamente, según había quedado de concierto al despedirse en Campazas. Era la víspera del día en que se habían de celebrar las honras; y aquella tarde fueron concurriendo algunos parientes y amigos del difunto, no sólo de los que vivían en los lugares circunvecinos, sino también tal cual que residía en población algo distante. Entre éstos llegó un reverendísimo abad benedictino, primo del escribano Conejo, varón verdaderamente respetable; porque sobre ser monje muy ajustado, de porte serio, de estatura heroica, de venerable presencia, de semblante majestuoso y al mismo tiempo apacible, era sujeto a todas luces sabio, no sólo muy versado en todas las facultades serias que son propias de su profesión, sino admirablemente instruido en todo género de bellas letras, de erudición amena y escogida; lo que, junto a un trato humanísimo y urbano, hacía sumamente grata su conversación, y le constituía un sujeto cabal y redondeado.

21. Traía por socio a un predicador segundo de la casa, joven como de treinta años y monje de su especial cariño; porque aunque era de genio abierto, festivo y de-

sembarazado, se contenía siempre dentro de los límites de la modestia y de la urbanidad religiosa, sin que los chistes y gracias de que abundaba excediesen jamás los términos de la decencia, ni se propasasen a quemazones o pullas que pudiesen ofender ni aun levemente a los mismos con quienes se zumbaba. Por esto, porque era mozo muy pundonoroso, exactísimo en el cumplimiento de su obligación y en el desempeño de su oficio, rendido a cuanto se le mandaba y dócil a todas las advertencias que se le hacían, había merecido la especial inclinación y aun concepto del abad, que esperaba formar en él un monje a su modo y de su mano, capaz de honrar con el tiempo, no sólo a la Congregación, sino a toda la Orden benedictina.

22. Poco después que se apearon los dos monjes, entró a visitarlos, como también al padre predicador fray Gerundio, el cura de Pero Rubio. Era arcipreste de aquel partido, comisario del Santo Oficio y hombre de singular fábrica en el cuerpo, y de no menos singular estructura en las potencias del alma. Estatura algo menos que mediana, cabeza abultada y un si es no es oblonga, con canas entre rucias y tordas, corona episcopal, pestorejo colorado y con pliegues, ojos acarnerados, y en la circunferencia unas ojeras o sulcos que le habían formado los anteojos perdurables que sólo se los quitaba para leer y para escribir, o cuando estaba solo; pero en visitas, en paseos o en funciones públicas, al instante los montaba. Era lleno de semblante, aunque se conocía no ser maciza la gordura, porque a veces fluctuaban los carrillos, subiendo y bajando como fuelles de órgano. Tampoco el color era constante, unos días muy encendido, otros malignamente jaspeado con unas manchas verdipardas, entre enjundia y apostema; la lengua, muy gorda; el modo de hablar, hueco, gutural y autoritativo, resoplando con frecuencia para mayor gavedad. Sus letras eran tan gordas como la persona, pero al fin había vuelto algunos libros de moral. Tenía bien atestada la cabeza de las noticias más ridículas y más apócrifas que se encuentran en los libros, porque para él, una vez que estuviesen impresos, todos eran a un precio; y las vertía en las conversaciones de los páparos, así de corona como legos, con una satisfacción, con

un coranvobis y con unos resoplidos que no dejan la menor duda de su certidumbre y su autenticidad. Leía *Gacetas* y *Mercurios* cuando podía pillar algunos sin que le costasen un maravedí; porque en materia de gastar era *strictioris observantiae,* y solía decir, no sin gracia, que para relajación bastábale la potra (era muy quebrado). Hablaba mucho de la Lusacia, de la Pomerania, de la Carintia y de la Livonia, diciendo que estas provincias componían el Gran Manzgraviato [85] de Westfalia; conque le oían como unos parvulillos todos los curas de la redonda. Y como, por otra parte, era infinitamente curioso e indagador de todo cuanto pasaba en las chimeneas y en los rincones, cuchucheador y misterioso, le miraban todos con un gesto equívoco entre respeto y burla, entre desprecio y temor.

23. Aún estaban en los primeros cumplimientos del señor comisario, cuando se entró a galope por la sala el predicador fray Blas en traje de camino; y sin saludar a nadie, se fue derechamente a dar un estrecho abrazo a su amigo fray Gerundio, como si hubiera veinte años que no se habían visto. Y es tradición que aún se estaba componiendo los hábitos, que traía enfaldados, cuando se dio recado de parte del Concejo, y entraron los dos alcaldes, los dos regidores, el procurador de la villa y el fiel de fechos, porque aún no se había provisto el oficio de escribano. Aquel día no debió de acaecer suceso considerable. Por lo menos se ha frustrado en su indagación nuestra solicitud y diligencia, sin que en las memorias que hemos podido recoger se halle más que lo sucedido en el mismo día de las honras, cuya relación pide capítulo aparte; y vamos a servir a nuestros lectores con el capítulo siguiente.

85. *Manzgraviato*: margraviato, de margrave. Antiguo título nobiliario alemán.

CAPÍTULO VII

Lo mismo que el otro

AMANECIÓ el día tantos de tal mes, corriendo dichosamente el año de mil setecientos y cuantos. (Hablamos así por estar algo embrollada la cronología; y no es negocio de engañar a nadie, aunque nos pagaran a peso de oro cada noticia incierta.) Reinaba en España su gloriosísimo monarca, gobernaba la Iglesia de Dios el Sumo Pontífice, Vicario de Jesucristo, y era general de la Orden un varón grave, elegido canónicamente por el capítulo, cuando el reloj de sol de Pero Rubio señaló la hora de las diez de la mañana. Este reloj era la sombra que hacía un sobradil,[86] que atravesaba la pared sobre la misma puerta del matadero, único edificio del lugar cuya fachada principal miraba derechamente a mediodía. Desde el mismo punto del amanecer se había doblado toda la clave de las campanas. Eran dos esquilones, y un cencerro que servía de hacer señal para las misas rezadas; y aunque los esquilones, en su primitiva fundación o fundición, según la tradición de padres a hijos, habían sido de los afamados en toda la comarca, con el tiempo que todo lo consume, una había perdido la lengüeta y se suplía esta falta con una pesa de hierro de a dos libras menos onza, que por defectuosa había quitado al carnicero del lugar un juez de residencia. Servía a la pesa de espigón un grueso cordel de cáñamo, que prendía del anillo o hembrilla interior del esquilón deslenguado; y como el cordel no tenía consistencia para contener la pesa en aquella dirección que la daba el movimiento de la campana, siempre que ésta se empinaba, giraba en círculo la cuerda, y sonaba a almirez de boticario cuando el mancebo desprende los polvos que se pegan a las paredes. El otro esquilón se había relajado un poco en cierta función en que hizo más fuerza que la

86. *sobradil*: «reparo que se pone encima de los balcones o ventanas para defenderlos del agua de las canales» *(DA)*. Tejadillo.

acostumbrada; y como se le iba la voz por la rendija, era su sonido acatarrado.

2. En fin, todo esto importaba un bledo para el sermón de honras que predicó nuestro fray Gerundio. El cual, llegada la hora, encendido el túmulo, concluida la misa, tomada la capa negra por el preste y acomodado el auditorio, subió al púlpito y predicó su sermón. Pero, ¡qué sermón! Excusamos repetirle, porque ya dejamos hecho un exacto y puntual análisis, que casi casi puede ser anatomía de su fúnebre oración, en todo el capítulo quinto de este mismo libro quinto, adonde remitimos a nuestros lectores; porque no se desvió un punto nuestro insigne orador ni de aquel plan, ni de aquel asunto, ni de aquella división, ni de aquellas pruebas. Mas por cuanto no es imposible que se halle tal cual lector tan perezoso que no quiera tomarse el ligero trabajo de recorrer aquel capítulo, no de otra manera (porque un símil oportuno adorna mucho la narración) que un clérigo galbanero se da al diantre siempre que en el Breviario o en el Misal encuentra parte del rezo o de la misa en remisiones o en citas, y por no ir a buscarlas pechuga con el primer común que se le pone delante. Para obviar nosotros este inconveniente, hemos tenido por bien recopilar aquí con la mayor brevedad lo mismo que dijimos allí, en gracia de nuestros prójimos flacos, miserables y poltrones.

3. Introdújose, pues, fray Gerundio a su famosa oración con esta primera cláusula, que dejó atónito al grueso del auditorio: «Esta parentación sacro-lúgubre, este epicedio sacritrágico, este coluctuoso episodio y este panegiris escenático se dirige a inmortalizar la memoria del que hizo inmortales a tantos con los rasgos cadmeos que, a impulsos de aquilífero pincel, estampó en cándido lino triturado, sirviendo de colorido el atro sudor de la verrugosa agalla, chupado en cóncavo, aéreo vaso de la leve madera pambeocia: *Calamus scribae velociter scribentis.*» [87] No es ponderable con cuánta satisfacción rompió en esta pri-

87. Fray Gerundio ha ido refiriéndose en este párrafo a la pluma, al tintero, a la tinta y al papel. La cita: Salmo XLV, 2, «cálamo de veloz escriba».

mera cláusula, y cuántos parabienes se dio a sí mismo dentro de su corazón por haber encontrado con voces tan adecuadas como significativas para explicar su pensamiento.

«¡Que se me vengan, que se me vengan —decía allá para consigo—, no sólo a impugnar, sino a empujar, la clausulilla! ¡Que levante, que levante el retórico más culto la postura de las voces, y que me las dé ni más empinadas, ni más eruditas! Llamar a las letras *rasgos cadmeos,* a la pluma *aquilífero pincel,* al papel *cándido lino triturado,* a la tinta *el atro sudor de la verrugosa agalla,* al tintero de cuerno *cóncavo, aéreo vaso,* añadiendo después, para mayor explicación, *de leve madera pambeocia,* con alusión al buey que fue enseñando a Cadmo el camino hasta llegar al sitio donde fundó la ciudad de Tebas, ¿esto lo pensaría por ahí cualquiera predicador sabatino de la legua? ¿Y no habría más de cuatro predicadores mayores, y aun más de dos predicadores generales, que no tengan numen para tanto?»

4. Metióse al instante en el espeso matorral del antiquísimo principio, de la costumbre inmemorial y de los diferentes modos y ritos con que en todos tiempos y en todas las naciones se han celebrado las honras de los difuntos. No olvidó las repetidas citas de Polibio, Pausanias, Alejandro (Natal), Eliano, Plutarco, Celio, Suetonio, Beyerlinck, Esparciano, Marino, Novarino, Apiano, Diodoro Sículo y Herodoto, todos de la misma manera y por el mismísimo orden que los cita el *Florilogio.* Encajó con la mayor oportunidad las cláusulas más brillantes, y las que a él le habían petado más en el nunca bastante aplaudido sermón de honras a los militares difuntos del Regimiento de Toledo. Aquella de «tan lúgubremente generosa como coluctuosamente compasiva»; la otra de «Erigían túmulos suntuosos, grandiosos fúnebres obeliscos irradiados de luces y luctuados de bayetas; coherencia lúcido-tenebrosa que, entre yertas cenizas cacavéricas, vitalizaba memorias de sus militares difuntos», sólo que en lugar de *militares* dijo *escribanales.* Y en la que se sigue después: «En cruentas aras trucidaban inocentes víctimas que dirigían a mitigar rigores de los dioses..., esparcían rosas fragantes..., confederando matices y verdores para declamar memorias inmarcesibles y floridas esperanzas a la felici-

dad eterna de los militares difuntos», sólo mudó las dos últimas palabras, diciendo, en vez de *militares difuntos, estilíferos finados,* aludiendo a que antiguamente se escribía con unos punzones de hierro o de acero que se llamaban estilos. Pero lo que repitió varias veces, porque le había dado más golpe que todo, fue aquello de «sollozando nenias sentidamente elocuentes, gimiendo endechas piadosamente elegantes»; y aun notó que el auditorio, siempre que decía algo de esto, como que se sonaba los mocos.

5. En donde estuvo sin comparación más feliz que el autor del *Florilogio,* fue en aprovecharse de la exposición de Haye sobre lo que significa *Odolla,* ciudad donde Judas Macabeo decretó las primeras honras o los primeros sacrificios que se lee en la Escritura haberse ofrecido a Dios por los difuntos. Dice Haye que *Odolla* se interpreta *testimonium, sive ornamentum*: «testimonio, u ornamento.» Al autor del *Florilogio* le hacía al caso el ornamento, y no el testimonio; porque así como las franjas, los galones y las guarniciones se llaman ornamento de los vestidos, así la guarnición de los soldados parece que se ha de llamar ornamento de las plazas. Conque ciudad de ornamento: *Odolla, id est, ornamentum,* es ciudad o plaza de guarnición; y por aquí la vino a Ciudad Rodrigo el parentesco estrecho con Odolla. Puede ser que a más de dos críticos de estos que tratan de genealogías mentales, los parezca algo largo el parentesco. Pero no haya miedo que les parezca así el que probó nuestro fray Gerundio con la ciudad de Odolla, de su difunto escribano, o ya se siga la interpretación de «testimonio», o ya se adopte la exposición de «ornamento».

6. «Aquí conmigo —dijo el ingenioso orador—. Si Odolla es testimonio: *Odolla, id est, testimonium,* todos cuantos testimonios dio nuestro malogrado héroe dan testimonio de que fue de Odolla su elevadísima prosapia. Nadie note el *elevadísima*; porque como se cuentan en ella tantas plumas, pudo elevarse, pudo remontar el vuelo hasta dejar muy debajo de sí al Ícaro presumido: *Icarus Icarias nomine fecit aquas.*[88] Si Odolla es testimonio: *Odolla, id est,*

88. Ovidio, *Tristia,* lib. I, eleg. I, 90: «Ícaro dio nombre a las aguas icarias (al mar de Ícaro).»

testimonium, luego es la ciudad de los testimonios, la ciudad de Odolla. Ciudad de los testimonios y ciudad de los escribanos, aunque parecen dos, son una misma sinonímica población, como sabe el retórico elegante, según el canon de la divina sinécdoque: *Synecdoche figura est in qua pars apponitur pro toto.*[89] Y si no, sígame el entendido: ¿Por qué Juan se singulariza por secretario del Verbo? *Quia testimonium perhibet de illo, et scit quia verum est testimonium ejus.*[90] Repare el discreto: Lo primero, porque dio testimonio: *testimonium perhibet.* Lo segundo, porque fue testimonio verdadero: *et... verum est testimonium ejus.* Aquello le acredita de escribano, porque para ser escribano basta dar testimonio: *testimonium perhibet.* Esto le calificó de buen escribano, porque para ser buen escribano es menester que sea el testimonio verdadero: *et... verum est testimonium ejus.* Pero de una y de otra manera el dar testimonio es tan propio de los escribanos, como es propio de la ciudad de Odolla el ser la ciudad de los testimonios: *Odolla, id est, testimonium.*

7. »Volvamos al texto: Celebráronse o se decretaron las primeras exequias lúcido-tenebrosas en la ciudad de los testimonios, en la ciudad de los escribanos: *Odolla, id est, testimonium*; y esa misma ciudad era también la ciudad de los ornamentos: *Odolla, id est, ornamentum.* Espantábame yo que no estuviesen los ornamentos pared en medio de las exequias. ¡Alto al misterio! Llámanse ornamentos con antonomástica posesión las vestiduras sacroséricas de que usa el sacerdote para celebrar el sacrificio de la misa: *paramenta, seu ornamenta,* que dijo con elegancia el litúrgico rubriquista. Y claro está que exequias sin misa son cuerpo sin alma, o a lo menos es la misa la que principalmente vivifica y refrigera las almas que fueron de los cadavéricos cuerpos: ... *in Spiritum Sanctum, Dominum et vivificantem.* Ahora conmigo. La misa en días comunes es de puro consejo: *Consilium autem do,* que dice el Vaso

89. «Sinécdoque es una figura en la que se toma la parte por el todo.»

90. Son fragmentos de distintas partes del Evangelio, algo adaptados al caso.

escogido.[91] La misa en días de domingo es de riguroso precepto: *Mandatum meum do vobis.*[92] Notólo con discreción la rubicunda púrpura de Hugo: *Omnes tenentur audire sacrum die dominica.*[93] Infiera ahora el lógico: luego, siendo estas exequias de nuestro Domingo Conejo, era indispensable la misa, porque la misa es indispensable en día de Domingo: *Omnes tenentur audire sacrum die dominica.* ¿Qué hay que replicar a esta consecuencia? Pues allá va otra: luego fueron clara y patente figura de estas coluctuosas exequias, las que se decretaron por el invicto Macabeo en la ciudad de Odolla, ciudad de los escribanos, ciudad de los ornamentos: *Odolla, id est, testimonium, seu ornamentum; paramenta, ornamenta; omnes tenentur audire sacrum die dominica.*»

8. A este modo y del mismísimo gusto fue toda la oración fúnebre, cuyo traslado con mejor consejo nos ha parecido omitir, porque sería impropiedad en asunto tan doloroso hacer llorar de risa a los lectores. Baste decir que para cerrarla con llave de oro, dio glorioso fin a ella con aquella ridícula alegoría que se le ofreció de repente en el ya citado capítulo quinto, para contrarrestar la otra no menos estrafalaria metáfora que tanto celebró fra Blas en el sermón de honras del famoso *Florilogio.* Sólo que allí la dijo seguida y sencillamente, sin adornarla con textos; pero en el púlpito la vistió y la sacó de gala con todos los adornos correspondientes. Hácesenos lástima, y aun casi pica en escrúpulo defraudar al público de los oportunísimos textos con que la engalanó, y así allá va ni más ni menos como la pronunció con todos sus atavíos:

9. «En virtud de queja fiscal: *Adversarius vester diabolus circuit quaerens,*[94] se levantó auto de oficio por el Supremo Juez: ... *tenens adversus nos chirographum;*[95] y se dio

91. Epístola I a los Corintios, VII, 27. *Vaso escogido*: «Sujeto especialmente escogido por Dios para un ministerio singular» *(DRAE).*

92. San Juan, XIII, 34.

93. «Todos están obligados a oír misa el domingo.»

94. Epístola I de San Pedro, V, 8: «Vuestro adversario el diablo anda rondando.»

95. Epístola a los Colosenses, II, 14.

mandamiento contra nuestro escribano difunto: *Tenete eum et ducite caute.*[96] Presentóse éste en la cárcel del purgatorio: *Claudentur ibi in carcere,*[97] dejando poder al amor filial para que como procurador suyo: *Gloria patris est filius sapiens,* contradijese la demanda *Posuisti me contrarium tibi,*[98] apelando de la sala de Justicia a la sala de Misericordia: *Secundum magnam misericordiam tuam...* Libróse despacho de inhibición y avocación, con remisión de autos originales: *Ego veniam et judicabo.* Diose traslado a la parte de nuestro mísero encarcelado: *Nil respondes ad ea quae adversus te dicunt?* Hizo éste un poderoso alegato de misas, oraciones y sufragios: *Domine, oratio mea in conspectu tuo semper*;[99] y dándose por conclusa la causa: *Non invenio in eo causam,*[100] falló la Misericordia que debía mandar, y mandaba, que el escribano Domingo Conejo saliese libre y sin costas de la tenebrosa cárcel: *Sinite hunc abire,* declarando haber satisfecho suficientemente todas sus deudas con las penas de la prisión: *Dimitte nobis debita nostra,*[101] y que así se fuese a la gloria en paz: *Requiescat in pace.*»

10. Desengáñese la elocuencia más valiente, persuádase la elegancia más retumbante, humíllese la pluma de más rápido remonte, y créame la fantasía de más delicado *perspunte*; que no es posible, no digo ya explicar dignamente un solo rasgo, pero ni aun concebir entre sombras un *tenebricoso* bosquejo, del embeleso, de la admiración, del pasmo, del asombro con que fue oída la oración de todo el numeroso auditorio que componía un grueso pelotón de paparismo. A excepción del reverendísimo abad y de su socio, que también estaban aturdidos, aunque por muy diverso término, no hubo siquiera uno entre todos los oyentes que por buen espacio de tiempo no pareciese estatua, en virtud del extático pasmo que los preocupó.

96. San Marcos, XIV, 44: «Prendedle y llevadle a buen recaudo.»
97. Isaías, XXIV, 22: «Encerrados en prisión.»
98. Job, VII, 20: «¿Por qué me haces blanco tuyo?»
99. Hasta aquí son citas adaptadas de distintas partes de la Biblia.
100. San Juan, XIX, 6: «No hallo delito en él.»
101. Palabras del Padre nuestro.

Hasta el mismo fray Blas estaba enajenado, haciéndose cruces intelectuales en lo más íntimo de su alma, y tan persuadido ya allá de la saya para dentro que en comparación de fray Gerundio él era un pobre motilón, que desde aquel punto le costaba grandísima violencia el no tratarle con respeto. Y sólo por no dar su brazo a torcer prosiguió en la llaneza comenzada, pues por lo demás en su estimación y concepto pasaba fray Gerundio por el primer hombre de toda la universal Orden. Así lo confesó él después a un confidente suyo, por quien se supo esta interior particularidad que hace tanto honor a nuestro héroe.

11. El licenciado Flechilla, que le había encargado el sermón y aquel día hacía de diácono en las horas, enajenado y fuera de sí, se quedó sentado en el banco donde había oído la oración a mano derecha del preste, tanto, que ya el comisario, que oficiaba, estaba incesando el túmulo, calados sus anteojos, en el último responso, y todavía permanecía en su banco el bueno del licenciado, llorando a hilo tendido de gozo y de ternura, sin advertir lo que pasaba. Apenas entraron en la sacristía los del altar, cuando el comisario preste, sin dar lugar a que le quitasen la capa, se arrojó violentamente al cuello de fray Gerundio, túvole un gran rato estrechísimamente apretado entre los brazos, sin hablarle palabra; y después, retirando un poco el cuerpo y poniéndole las manos sobre los dos hombros, prorrumpió en estas exclamaciones:

—¡Oh gloria inmortal de Campos! ¡Oh afortunado Campazas! ¡Oh dichosísimos padres! ¡Oh monstruo del púlpito! ¡Oh confusión de predicadores! ¡Oh pozo! ¡Oh sima! ¡Oh abismo! ¡Es un horror! ¡Es un horror! ¡Es un horror! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

Y fuese a quitar la capa, haciéndose cruces.

12. No pudo articular más palabras por entonces el licenciado Flechilla, que decir interrumpidamente:

—¡Padre, padre, padrico! La Semana Santa del año que viene, la Semana Santa; no tiene remedio, no tiene remedio.

Y como a este tiempo entrase en la sacristía Antón

Zotes, creyó que era llegada la postrimera hora de su vida; porque consintió en morir allí ahogado, según los abrazos que le dieron, no contribuyendo poco para ayudarle las muchas lágrimas que le hacía derramar el gozo. Fray Blas estaba atónito, y solamente se explicó con las cejas y con los ojos. Al reverendísimo abad le pareció que no le permitía la urbanidad dejar de presentarse; y así, dejándose ver en la sacristía, seguido de su socio, sólo dijo con afabilidad y con agrado que había tenido un rato muy divertido, y que era razón que el padre fray Gerundio descansase. A que añadió el socio:

—Yo estaría oyendo a vuestra paternidad otras dos horas. La erudición, a carretadas; el estilo, de lo que hay pocos; y el modo de discurrir es original.

Con las expresiones equívocas de los dos prudentes monjes, se confirmaron los otros paletos en que apenas un ángel podría predicar mejor.

13. Vueltos todos a casa y ya puesta la mesa, se sentaron a ella por su orden; menudeáronse los brindis; repitiéronse las enhorabuenas; subieron de punto las expresiones; y sólo no hubo décimas ni octavas, porque como la función era de mortuorio, parecería importunidad. Con todo eso, no se pudo contener un estudiantillo legista, que aquel año había comenzado los Vinios en Valladolid, y también comenzaba a hacer pinicos de poeta, echando sus quintillas, y de cuando en cuando sus décimas, en las porterías o locutorios de las monjas cuando había función de hábito o de profesiones. Había concurrido a las honras del escribano Conejo en nombre de su padre, vecino de un lugar cercano y muy amigo del difunto, que por hallarse achacoso no había podido venir personalmente. Pidió licencia para decir un epitafio que se le ofrecía; y como el asunto era también de réquiem, fácilmente se le concedió. Conque prorrumpió en este disparate:

¿Yace entre estas dos losazas
Conejo? No yace tal,
Puesto que le hizo inmortal
Fray Gerundio de Campazas.
Caminante, cuando cazas,

No hallarás vivar[102] *más guapo*
Que este sitio en que te atrapo;
Pues con cualquier perro viejo,
Cogerás aquí un conejo,
Y en el púlpito un gazapo.

Los dos monjes conocieron bien la insulsez de la décima, llena de ripio y sin más sal que un equivoquillo ridículo, que no tenía substancia; pero los demás, que no hilaban tan delgado y ni entendían ni atendían más que al sonsonete, la levantaron sobre las nubes. Y hicieron sacar incontinenti muchos traslados para esparcirlos por toda la redonda, conviniendo todos en que el licenciado era tan gran poeta como fray Gerundio predicador. Con esto se retiraron los padres a dormir la siesta, y después de ella sucedió lo que vamos a decir en el.

CAPÍTULO VIII

SÁLENSE A PASEAR LOS CUATRO RELIGIOSOS; Y EL PADRE ABAD, EN TONO DE CONVERSACIÓN, DA A FRAY GERUNDIO UNA ADMIRABLE DOCTRINA

DORMIDA la meridiana, tomado un polvo, rezadas vísperas y completas, y ya adelantada un poco la tarde, que estaba muy apacible, dijo el padre abad a fray Blas y fray Gerundio que si gustaban de salir a espaciarse un poco al campo. Aceptaron gustosos el convite los dos amigos, y se salieron a pasear en compañía de los dos monjes. Apenas se vieron fuera del lugar (y no tuvieron que andar mucho para eso), cuando, impaciente ya, fray Blas preguntó al padre abad:

—¿Qué le pareció a vuestra reverendísima del sermón de esta mañana? ¿No fue un asombro?

—En su línea —respondió el reverendísimo— es de lo singular y de lo precioso que he oído.

A tal punto se incorporó con la tropa el comisario,

102. *vivar*: lugar donde se crían los conejos.

que venía con alguna aceleración a cortejarlos, no habiéndolos encontrado en casa del licenciado Flechilla. Era su traje de paseo: becoquín mocho, sombrero nuevo de castor, alzacuello con su esclavina, sobrerropa con alamares, bastón con puño de plata y buen recado de borla. En fin, parecía un arcediano. Después de los cumplidos ordinarios, prosiguió la conversación entablada; porque fray Blas repitió la misma pregunta, y el padre abad le dio la misma respuesta.

2. —No esperaba yo menos de la profunda sabiduría de vuestra reverendísima —dijo el comisario—. Malo es que a mí me dé golpe un sermón, un libro, una obra, sea de la facultad y de la especie que se fuere; que lo mismo mismísimo ha de parecer a todos los hombres sabios y discretos del mundo. Tengo mil experiencias de eso. Aquellas exquisitísimas noticias que dio el padre fray Gerundio del origen de los elogios y de las oraciones fúnebres, como también de los diferentes ritos con que se han celebrado y se celebran las honras de los difuntos, comprobadas todas con testimonios de tanta multitud de autores, ¿no prueban un milagro de lectura y un abismo sin suelo de sabiduría?

3. —Bien puede ser —respondió el padre abad— que el reverendo fray Gerundio le hubiese costado eso mucho sudor, mucho aceite y mucho tiempo; porque como todavía es joven, no puede tener grande noticia de los autores que tratan de propósito varios asuntos. Dionisio Halicarnaseo, célebre historiador y uno de los mejores críticos de la antigüedad, tiene una bella, elegante y muy erudita disertación sobre esta única materia intitulada *De origine et vario ritu funeralium*. Allí se encuentra todo cuanto dijo el padre fray Gerundio, y mucho más. En esta especie de escritos filológicos, dicen los críticos que están puestas en su lugar todas esas noticias; pero en los sermones las tienen por impertinentes y por una pueril vanidad de ostentar erudición fuera de tiempo. A lo más más permiten que se apunten muy de paso, huyendo mucho de recalcarse en ellas. Yo sólo refiero lo que los críticos dicen, pero sin tomar partido; porque no es mi ánimo defraudar un punto el concepto que se merece el padre fray Gerundio.

4. —¡Oh padre reverendísimo! —replicó el comisario—. ¡Los críticos! Los críticos son extraña gente. Dudarlo todo, impugnarlo todo, negarlo todo, y cátate que soy crítico. ¿Hay manía más graciosa como negar que Judas se crió desde niño en casa de Pilatos; que le sirvió de jardinero o de hortelano; que después mató a su padre sin conocerle, porque quiso llevarse unas peras de la huerta; que al cabo se casó con su misma madre, sin saber que lo era; y que a ésta también le quitó la vida por no sé qué niñería; y que viéndose viudo, se quiso meter fraile, pero no habiéndole querido recibir en ninguna religión monacal ni mendicante, por fin y postre se metió apóstol y vendió a su maestro, se ahorcó de un moral muy alto, estando tres días colgado de él, sin poder morir por más diligencias que hizo, hasta que, en el mismo punto en que Cristo resucitó, se rompió el cordel y cayó precipitado sobre una peña o guijarro puntiagudo, que le abrió las entrañas y le hizo arrojar los intestinos? Noticias todas tan ciertas, tan auténticas, tan indubitables como que están escritas e impresas por un varón pío, docto y religioso en un libro de título muy retumbante. Y en medio de eso los críticos, no solamente las niegan, sino que hacen grandísima chacota del que las escribe y no menor burla de los que las creen. No haga pues caso vuestra reverendísima de los críticos, y déjelos decir hasta que se cansen.

5. —Soy de esa opinión —dijo el socio del abad algo socarronamente—. Los críticos vienen a turbarnos en la quieta y pacífica posesión en que estábamos de creer buenamente mil y quinientas cosas sin perjuicio de tercero; y pues ellos no hacen caso de un título tan justo como es el de la posesión, también es puesto en razón que nosotros no hagamos caso de ellos. La erudición sirve de adorno en los sermones, y los Santos Padres no la despreciaban cuando la tenían a mano.

6. —Por lo menos —interrumpió el padre abad—, ni San Gregorio Nacianceno en las oraciones fúnebres que pronunció, ya en la muerte de su grande amigo San Basilio, ya en la de su padre que se llamaba también Gregorio, ya en la de su hermana Santa Gorgonia, ni San Gregorio Niseno en las que predicó a las honras de las em-

peratrices Placidia y Pulqueria, ni San Ambrosio en las que dijo en elogio del emperador Teodosio el Grande, se cansaron en gastar esa especie de erudición. Mucho peso, mucha solidez, mucha piedad, mucha elocuencia, mucho ingenio y mucha ternura, eso sí; pero erudición, ni poca ni mucha, y en verdad que todos tres santos eran muy leídos.

7. —A eso, padre maestro —dijo el socio—, se me ofrece una gran disparidad. Esos santos predicaban las honras de otros santos, y cuando menos de un emperador; que, aunque no está canonizado, compitieron en lo heroico sus virtudes cristianas con las políticas y con las militares. Todos esos grandes objetos estaban tan llenos de nobles materiales, que era inútil el adorno y ociosa la invención, cuando sin ésta y sin aquél no tenía tiempo el orador ni aun para apuntar, cuanto más para explayarse en dar al auditorio un claro conocimiento de sus héroes. Nuestro reverendo fray Gerundio no tuvo por objeto de su oración a ningún San Basilio, ni a ningún emperador Teodosio. El señor escribano (que Dios haya) sería muy buen cristiano, pero sus virtudes no hicieron ruido. Comulgaba una vez al año con mucha devoción, oía misas los días de fiesta y ganaba en su oficio todo cuanto podía. No venció tiranos, ni ganó batallas, ni conquistó provincias, ni defendió la religión; y, en fin, no sabemos que sobresaliese mucho en alguna de aquellas virtudes morales o prendas naturales que tal vez se reputan por asunto digno de los elogios fúnebres. Bien ve vuestra paternidad que para alabar a un hombre así, esto es, a un hombre de vida común y por ventura no muy ejemplar, con precisión de gastar por lo menos una hora en celebrarle, es menester arte inventiva y forrajear mucho en la erudición para llenar el tiempo y para divertir la curiosidad del auditorio, ya que no se pueda decir cosa que le edifique demasiadamente.

8. —¡Admirable réplica! —exclamó fray Blas.

—No tiene respuesta el argumento —dijo el comisario.

—Quitómele de la boca el padre predicador —añadió fray Gerundio.

—Sosiéguense ustedes —replicó el padre abad—, que yo

veré si puedo responder a él; pero me han de oír con paciencia.

9. »No tiene duda que las oraciones fúnebres se inventaron en el mundo para celebrar a los claros varones, alentando a los vivos a la imitación de los difuntos en las heroicas virtudes que practicaron en beneficio de la patria y de la república. Eso de que los atenienses fuesen los primeros que introdujeron esta loable costumbre, como lo afirmó en su sermón el padre fray Gerundio, es muy dudoso y seguido de muy pocos. Lo más que se les concede fue la invención de ciertos juegos ecuestres que en honor de los difuntos esclarecidos practicaban sus amigos y parientes, como hizo Aquiles con Patroclo, y mucho tiempo antes Hércules con Pélope.

10. »Lo que no admite duda es que una de las primeras oraciones fúnebres que se leen en toda la antigüedad es la de Lucio Junio Bruto, como dice Cicerón, diez y seis años anterior a las que se leen de los griegos celebrando la memoria de los que murieron en la famosa batalla del Maratón. Y por el mismo tiempo, poco más o menos, tuvieron principio los epitafios o elogios sepulcrales, que se grababan sobre las sepulturas de las principales acciones de su vida o de los dictados más visibles que los adornaron; como el de Anicio Probino, cinco veces cónsul, cuestor y candidato, a su madre Anicia Faltonia Proba, mujer de un cónsul, hija de otro y madre de dos. Pero, sobre ser ésta una cuestión inútil, fácilmente podemos conciliar las dos opiniones encontradas, diciendo que los griegos fueron los primeros que inventaron los elogios fúnebres, dedicándolos precisa y únicamente a los que morían con las armas en las manos en defensa de la patria; y los romanos fueron los primeros que los extendieron a todos los difuntos que en cualquiera línea hubiesen sido beneméritos de la república o del estado. Aquéllos los limitaron a las virtudes militares; éstos los extendieron a todas las virtudes.

11. »Hasta que la Iglesia comenzó a lograr alguna paz permanente hacia los principios del cuarto siglo, ni se introdujo, ni pudo introducirse, esta costumbre entre los cristianos. Las primeras oraciones fúnebres completas que

tenemos y que merezcan este nombre, son las de San Gregorio Nacianceno, que murió el año de 391. Es cierto que ni entonces ni en muchos siglos después se permitieron en la Iglesia de Dios este género de elogios públicos, pronunciados en el templo a vista de todo el pueblo, sino en la muerte de sujetos esclarecidos, notoriamente recomendables por su eminente virtud o por sus grandes servicios en obsequio de la religión. Después la lisonja, la vanidad y la condescendencia, ayudadas de la calamidad de los tiempos, introdujeron el intolerable abuso de celebrar magníficas exequias, con oraciones, a todos los difuntos que dejaban conveniencias para costearlas. Tuvo principio esta corruptela en el siglo once, cuando se comenzó a relajar la disciplina, y las revoluciones del Imperio abrigaron la simonía, la violencia y la ignorancia; pues se hallan en aquel siglo y en los dos siguientes algunos panegíricos póstumos de sujetos, no sólo escandalosos y perversos, sino hombres verdaderamente facinorosos.

12. »Para formar estos elogios, claro está que era menester una de tres cosas: o fingir descaradamente las virtudes que no tuvieron, o ponderar las que debían de tener, o sacar al teatro, con nombre de virtudes, los más vergonzosos vicios, echándolos una capa que los diese otra apariencia. Entonces fue cuando se comenzó a torcer en los púlpitos el verdadero significado de aquellos grandiosos nombres *magnanimidad, bizarría, intrepidez, generosidad, gran corazón, política, prudencia, tesón, animosidad, heroísmo,* etc. Contagio o trastornamiento que, derivándose de siglo en siglo hasta nuestros tiempos, ya apenas nos deja discernir los verdaderos héroes de los que no fueron más que unos verdaderos tiranos, ladrones, usurpadores, falaces, astutos, pérfidos, ambiciosos, atrevidos, temerarios, arrogantes y descarados mofadores de todo el género humano.

13. »Apoderada de los pueblos y de las naciones esta perniciosa introducción, más o menos se ha conservado hasta ahora en todas las de la cristiandad. Es verdad que en nuestra España ya es muy rara la provincia, y aun los pueblos, donde se permiten sermones de honras que no sean a sujetos de virtud sobresaliente; sobre lo cual se

han tomado varias providencias, así en algunos concilios provinciales como en diferentes sínodos diocesanos. Si hay algún gremio o comunidad donde constantemente se observe esta demostración con todos sus individuos difuntos, es por la justa presunción, que funda el mismo hecho de haber sido de tal comunidad o de tal gremio, de que el difunto necesariamente sobresalió en alguna virtud, prenda o talento recomendable. Algunos son de opinión que cuando estas prendas no salen de la esfera de virtudes puramente morales o intelectuales, tampoco debieran salir los elogios de los sujetos que las poseyeron de aquellas piezas donde las comunidades o gremios sabios celebran sus juntas o sus ejercicios literarios. Así se observan en las dos Academias de las Ciencias y de las Bellas Letras de París. Los nobles elogios fúnebres que se consagran a la memoria de los miembros de ellas que murieron, se encierran siempre dentro de las paredes de sus académicos museos, y hacen una preciosa parte de sus utilísimos ejercicios. El púlpito y los templos parece que sólo debieran reservarse para elogiar aquellas virtudes verdaderas que, sin volver siquiera los ojos hacia la vana inmortalidad del nombre, miran derechamente a la eterna felicidad. Los que son de este sentir juzgan que es profanarlos el dedicarlos a otra cosa. Yo prescindo de esta opinión, porque mi dictamen no hace falta ni para defenderla ni para impugnarla.

14. —Hace bien vuestra reverendísima —interrumpió el comisario—; porque si llevara la contraria, nos habían de oír los sordos. Yo tengo en mi poder el sermón que se predicó en las honras de un primo mío catedrático; y aunque no fue negocio de que la gente anduviese a cachetes por sus reliquias, pero al fin el orador, que tampoco es menos que un catedrático de prima, la compara a Salomón. Y en verdad que pienso dejarle a mi herencia, mandando expresamente en el testamento que le archiven entre los papeles más importantes de la familia; y aun no estoy ajeno de hacer a mi costa otra impresión, si pinta bien la venta de los carneros. Pero prosiga vuestra reverendísima, porque le oímos con gusto.

15. —Digo, pues —continuó el padre abad—, que aun

tolerada en algunas partes la costumbre de predicar sermones de honras a los que en vida no tuvieron las costumbres más arregladas, pero se hicieron recomendables por otras prendas naturales dignas de estimación, parece a muchos hombres discretos (cuyo dictamen no me atrevo a reprobar) que están en ellos muy fuera de su lugar las noticias eruditas, gastadas, como dicen, a pasto y muy de intento, especialmente aquellas que se toman de los funerales del paganismo.

—Pues, ¿cómo se ha de bandear el pobre orador sin ese socorro? —preguntó fray Blas.

—Yo se lo diré a vuestra paternidad —respondió el padre abad.

16. »Como se bandeó San Gregorio Nacianceno en su admirable oración fúnebre predicada en las honras de San Basilio, cuando llegó a tratar de su universal pericia en casi todas las ciencias. Ya ve vuestra paternidad que esto pertenece puramente a las prendas intelectuales y naturales. Pues, sin distraerse el Santo a noticias impertinentes, ni hacer ostentación de alusiones importunas, va haciendo una noble descripción de las ciencias que poseía con gran perfección el gran Basilio, insinuando al mismo tiempo con artificioso disimulo una admirable instrucción para que los oyentes aprehendiesen el modo de poseerlas, sin descuidarse de enseñarlos cómo habían de usar de ellas con utilidad. Contentóme mucho este hermoso trozo de la oración, aun leído en la versión latina, que sin duda perdería no poco de su elegancia original en la lengua griega. Tradújele en castellano, y aun le tomé de memoria, por si acaso se me ofrecía alguna vez aprovecharme de él.[103] Y a fe que han de tener ustedes la paciencia de oírmelo, porque no les ha de disgustar. Dice, pues, así:

17. »«¿Qué ciencia, qué facultad hubo en que Basilio no estuviese muy versado, y tan versado como si se hubiese dedicado a ella sola? De tal manera las poseyó todas,

103. Sebold (IV, 146) opina que la versión castellana es obra del propio Isla, que no conocía bien el griego, y se sirvió de la versión latina publicada en París por Jacques de Billy.

que jamás hubo quien poseyese una sola con igual perfección; y con tanta eminencia se hizo dueño de cada una, que parecía ignoraba todas las demás. Y esto, ¿por qué? Porque a un ingenio tan sutil como elevado añadía una aplicación tan continua como laboriosa, medio único para adquirir el imperio sobre las ciencias y las artes. Su ingenio pronto, rápido y penetrativo hacía al parecer ocioso su estudio infatigable, y a vista de su continuo estudio parecía inútil la rápida perspicacia de su ingenio. Sin embargo, juntó la una con la otra con tanto empeño, que dejó neutral la admiración, sin saber a cuál de las dos partes debía aplicarse más, si a la elevada viveza de su ingenio o al tesón incansable de su estudio. ¿Quién pudo competir con Basilio en la retórica, aquella divina arte que en todo respira fuego? Superior a los retóricos más célebres en el inimitable uso de los preceptos, pero muy desemejante de ellos en las costumbres. ¿Quién le excedió en la gramática, aquella arte de hablar correctamente, que pule y forma la lengua para el griego más castizo, aquella que recoge la historia, preside a la poesía y, como suprema legisladora, publica e intima leyes para el metro? ¿Quién en la filosofía, ciencia verdaderamente sublime, que se eleva a lo más alto de la naturaleza, ya se considere aquella noble parte suya que se dedica a la práctica y experimental indagación de las verdaderas causas que producen los efectos naturales, ya se atienda aquella otra que se entrega toda a la especulación en las disputas, sutilezas y argumentos lógicos, que comúmente se conoce con el nombre de *dialéctica*? En ella sobresalió tanto Basilio, que si alguna vez la necesidad le empeñaba en la disputa, su argumento no tenía solución; y era más fácil al adversario burlarse del más intrincado laberinto, que desembarazarse de su réplica. Por lo que toca a la astronomía, geometría y aritmética, se contentó con saber lo que bastaba para que los peritos en estas facultades le mirasen y le oyesen con respeto. Lo demás lo consideró como inútil a la profesión de un sabio religioso y serio, que en sus estudios buscaba el provecho, y no la curiosidad. De manera que tanto se debe admirar en Basilio lo que no quiso estudiar, como los que escogió para aprehender.»

18. »Aquí tienen ustedes un elogio limitado precisamente a prendas o virtudes naturales, que a un mismo tiempo deleita e instruye, persuade y mueve, sin el fárrago de erudición o de noticias triviales que un predicador de los que se usan fácilmente embutiría en los varios puntos que toca San Gregorio Nacianceno; un elogio que no rozándose, o rozándose apenas, con las virtudes cristianas, no obstante, se pronunció dignamente en el púlpito más grave y a vista del auditorio más autorizado y más serio. Pues, ¿quién quita que a imitación de éste se formen otros muchos, cuando en los sujetos cuyos funerales se celebran no hay que alabar sino prendas naturales o virtudes puramente morales, que aunque no son mérito para la vida eterna, son imitables por útiles a la sociedad civil?

19. —Y si ni aun eso se halla en el difunto —dijo fray Gerundio con algún sacudimiento y retintín, como que él se había visto en ese caso—, ¿de qué ha de echar mano el triste predicador?

—Penetro, padre fray Gerundio —respondió el padre abad—, todo el énfasis de la pregunta, que no es tan inocente como parece. Confieso a vuestra paternidad que mi primo el escribano, ni fue canonizable, ni se hizo muy visible por otros talentos de la línea natural que logran alguna recomendación entre los hombres. Por eso tuve lástima del orador que había de predicar sus honras, luego que me avisaron de su última disposición; y aun él mismo se hizo cargo de la dificultad, cuando por conocerla dejó una limosna tan cuantiosa al predicador, atento al apuro en que se había de ver para encontrar en él algo digno de alabarse. Pero digo que aun en este apretado lance hay en la retórica ciertos lugares comunes, y todos graves, de que puede y debe echar mano el orador para formar su panegírico fúnebre sin dispendio del tiempo, sin perder el respeto al púlpito y con utilidad del auditorio.

—¿Y qué lugares son ésos, padre reverendísimo? —preguntó fray Gerundio.

—Yo se los diré a vuestra paternidad —respondió el padre abad.

20. »Los que llaman *de la persona* y se pueden redu-

cir a cuatro capítulos: a las prendas del cuerpo, a las del alma, a la nobleza o méritos de sus antepasados, y al oficio, empleo o ministerio que ejerció el difunto cuando vivo. En el cuerpo se puede considerar la proporción, gentileza, simetría o hermosura, la agilidad, la robustez, la fortaleza, etc. En el alma, el entendimiento, la penetración, el juicio, la prudencia, etc. En la nobleza o méritos de sus antepasados, todas las hazañas que los hicieron recomendables. En el oficio o empleo, la superioridad, la exactitud, la aplicación, los medios, los fines, la utilidad, etc.

—Pues, ¡qué! —interrumpió fray Blas—. ¿También se ha de hacer asunto en el púlpito de que el difunto no había sido corcovado ni contrahecho, sino galán y bien apuesto, parándonos en si fue ágil o pesado, torpe o industrioso, buen jinete o mal jinete, etcétera? ¡Valiente impertinencia!

—Allá va esa mosca —dijo el comisario dando un resoplido.

—Yo me sacudiré de ella —respondió con serenidad el padre abad.

21. »Sí, padre fray Blas, cuando no hay otra cosa mejor de que echar mano, puede el orador valerse de las prendas corporales, con tal que lo haga con la debida gravedad, circunspección y decencia. ¿No se celebran en las Escritura las fuerzas corporales de Sansón? ¿No se elogian los hermosos cabellos de Absalón? ¿No se aplaude la agilidad de Saúl y su destreza en el manejo del arco? ¿No se ensalza el primor con que David hería las cuerdas del arpa? ¿Y cuántas veces habrá celebrado vuestra paternidad en sus sermones la hermosura exterior de la humanidad de Cristo, y habrá hecho algunas pinturillas o descripciones de la singular belleza de la Santísima Virgen? Y del juicio que supongo en vuestra paternidad no quiero creer que sus descripciones o pinturillas habrán sido tan profanas, tan escandalosas, tan sacrílegas como las que yo he oído más de una vez a muchos predicadores, que en lugar de pintar a la Reina de las Vírgenes y Madre de la pureza, parece que hacían el retrato de una Helena incendiaria o de una Venus provocativa. *Cavendum est* —dice a este intento una pluma igualmente celosa

que elegante— *ab ineptiis eorum qui in laude gravis personae, ut Beatae Virginis, vernante styli lascivia speciem aliquam Helenae efformare nituntur.*[104]

22. »¿Qué cosa al parecer más indiferente que la agilidad y la destreza en el ejercicio de la caza? Con todo eso, se alaba mucho, y no sin razón, en la historia de varios príncipes que fueron eminentes en este ejercicio, dedicándose a él con moderación y por provecho pasatiempo, sin declinar en el extremo de una pasión desordenada y viciosa. Tales fueron Mitrídatas, Adriano, Carlomagno, Enrico y Alberto, emperadores los tres últimos de Alemania. Nicetas ensalza con los mayores elogios a la emperatriz de Constantinopla, Eufrosina, mujer del emperador Alejo Angelo; porque en la intrepidez y en la destreza de la caza de cetrería, no sólo igualaba, sino que excedía a los más hábiles cazadores de su tiempo. Ni en los nuestros nos faltan ejemplares de augustísimas princesas que no dan menos muestras de su pericia y de valor en el bosque, que de su penetración y de su profunda política en el gabinete, tan felices en los aciertos de la escopeta como diestras en la puntería de los negocios. Lo que se aplaude en la historia, ¿por qué no se podrá elogiar dignamente en el púlpito?

23. »Dije *dignamente*, y lo dije con reflexión; porque para que se hagan decente lugar en la cátedra del Espíritu Santo estas prendas naturales, siempre es menestar elevarlas a motivos superiores, insinuando que aquellos que las poseyeron, o las enderezaron, o debieron enderezarlas, a fines útiles a la religión, o cuando menos al estado. Un orador medianamente diestro puede fácilmente instruir con arte a su auditorio en los medios de elevar a fines de superior orden las acciones más regulares y más indiferentes. No salgamos del ejercicio de la caza. ¿Quién quita ponderar la oportuna ocasión que ofrece la soledad para el recogimiento, los varios objetos inocentes del campo para levantar el corazón a Dios, la velocidad, el

104. «Hay que cuidarse de las necedades de los que, en alabanza de una persona importante, como la Virgen, se esfuerzan en hacer de ella una imagen de Elena por la lascivia del estilo.»

furor, la astucia y aun la valentía de las mismas fieras para mil reflexiones conducentes a la utilidad del alma o al prudente gobierno de las operaciones en la vida civil? Sabemos que San Francisco de Borja, cuando duque de Gandía, era aficionadísimo a la caza de cetrería, en la cual ejercitaba mil virtudes diferentes, ya la mortificación, retirando de repente la vista cuando más la convidaba la diversión del objeto; ya el sufrimiento, tolerando, sin quejarse, así las fatigas del campo como los reveses de los temporales; ya una profunda meditación, sacando utilísimas consideraciones de la velocidad con que el halcón se disparaba a la presa, de la docilidad con que a la primera insinuación del reclamo se restituía a la gándara,[105] de la fidelidad con que presentaba la caza a su legítimo dueño, refrenando su natural voracidad por cumplir con su obligación y con su agradecimiento.

24. »Aun en el gentilismo tenemos un bello trozo del *Panegírico de Trajano,*[106] que puede servir de instrucción a cualquiera cristiano orador para dirigir a la religión el elogio de las prendas naturales. «Eres —dice Plinio el Joven— diestrísimo en la caza. Úsala con moderada frecuencia. Parece recreo, y no es más que mudanza de fatiga. Tienes por alivio lo que sólo es mudar de trabajo. Interrumpes algunas veces los cuidados del gabinete. Mas, ¿para qué? Para penetrar los bosques, para perseguir las fieras, aun en los más profundos senos de sus lóbregas cavernas; para trepar por riscos y breñas inaccesibles, sin más auxilio que el de tus pies, sin otras huellas que las que estampan tus plantas. Y esto, ¿en qué viene a parar? En que con sobrescrito de diversión ejercitas la piedad, visitando aquellos sagrados lugares y saliendo al encuentro a los dioses titulares que los presiden y los protegen»: *Quod si quando cum influentibus negotiis paria fecisti, instar refectionis existimas mutationem laboris. Quae enim remissio tibi nisi lustrare saltus, excutere cubilibus feras, superare immensa montium juga*

105. *gándara*: la percha donde se ponen las aves de cetrería. Monlau, BAE XV, p. 232a, «a la frondosa».

106. Plinio el Joven, *Panegyricus Trajano Imperatori dictus*, cap. 81, 1.

et horrentibus scopulis gradum inferre nullius manu, nullius vestigio adjutum atque inter haec pia mente adire lucos et occursare numinibus?

25. —Y si el bueno del difunto —replicó el socio— no tuvo ninguna destreza ni habilidad, sino para comer, beber, pasearse y *vita bona*, ¿adónde ha de acudir el angustiado orador por los elogios?

—¿Adónde? —respondió el abad—. A su profesión o a su oficio; pues no hay oficio ni profesión que no dé abundante materia para celebrar, si no al que la ejercitó, al modo con que debe ejercitarse y a los fines a que debe dirigirse; lo que todo redundará en provechosa enseñanza del auditorio.

26. —¿Y parécele a vuestra reverendísima —dijo fray Blas— que se encuentran ahí a la puerta de la calle los elogios de todas las facultades y de todas las profesiones?

—¡Jesús! —respondió el abad—. No hay cosa más a mano, ni tampoco más de sobra. Cualquiera autorcillo que escribe sobre el todo o la parte de alguna facultad, oficio o empleo, comienza colocándole más allá de las nubes; pues o el prólogo, o el primer capítulo, cuando muchas veces no sea la mayor y la más inútil parte de la obra, se reduce por lo común a recoger todo cuanto se ha escrito en recomendación de la materia que trata de su antigüedad, de su nobleza, de su necesidad, de su suma importancia; tanto, que al leer la introducción del más despreciable folleto sobre alguna parte de cualquiera de las facultades, y aun artes u oficios mecánicos, un lector incauto se persuade a que no la hay más noble, más importante ni más necesaria. A este propósito me acuerdo que siendo muchacho leí cierto librete sobre las fiestas que había hecho en una ciudad el gremio de los sastres, con ocasión de un retablo que había costeado el mismo gremio. El autor, así en la introducción como en lo restante de la obrilla, juntó o esparció tantos y tan magníficos elogios de este oficio; sobre todo se inculcó tanto en su antigüedad y nobleza, probando, a su parecer concluyentemente, que éste era el primero que se había ejercitado en el mundo, siendo Adán y Eva los primeros sastres, fundado en aquellas palabras del capítulo III del Génesis: *Cumque*

cognovissent se esse nudos, consuerunt folia ficus, et fecerunt sibi perizomata,[107] que convencido yo a lo mismo, faltó poco para que no me metiese a sastre.

27. —Tan bajos pensamientos como ésos —interrumpió el socio— nunca los tuve yo; pero tanto como dedicarme a boticario, no me faltó un tris para hacerlo desde que leí, en cierto papelejo sobre la confección del alquermes,[108] que el Espíritu Santo era el verdadero fundador de las boticas; por cuanto Él es el que inspira el conocimiento de la vitud de los simples y el modo de elaborarlos, añadiendo que por eso las quintas esencias, que son los medicamentos más activos, se llaman *espíritus,* con alusión a su divino Inventor.

28. —Chanzas a un lado —continuó el padre abad—; al gramático, al retórico, al orador, al poeta, al físico, al matemático, al músico, al astrónomo, al legista, al teólogo y, a proporción, a todos los profesores, aun de las artes u oficios mecánicos, se les puede alabar en el púlpito con majestad y con decencia por el ejercicio de sus mismos oficios y falcultades. Para hacer el elogio de un gramático, no hay más que leer a Marciano Capela, en su libro III; a Diomedes, en la *Epístola a Atanasio*; a Diodoro Sículo, en el libro XII, sobre las leyes de Carondas, y a Suetonio, *De illustribus grammaticis et criticis.* Para el de un retórico y orador, sobre lo mucho que dice Filón Hebreo en su libro *Del querubín,* se puede leer a Lucano, en el poema a Calpurnio Pisón; a Ovidio, en el libro II *Del Ponto,* elegía V; a Plinio el Menor, en el libro II, epístola III; a Séneca, en el prólogo a las *Controversias de Craso Severo*; y también a Ausonio, en su *Panegírico a Graciano.*

29. »No hay cosas más de sobra que los elogios de la poesía. Tropiézanse tantos, que son estorbo más que diversión. Casi todos los que se encuentran en los modernos son copia de los que se leen en el *Diálogo sobre la oratoria* que corre con nombre de Cornelio Tácito, y mu-

107. Génesis, III, 7: «Y viendo que estaban desnudos, cosieron unas hojas de higuera y se hicieron unos ceñidores.»

108. *alquermes*: licor agradable y excitante que se colora con el quermes, insecto parecido a la cochinilla, que da el color grana.

chos creeen ser de Quintiliano, donde se dicen muchas cosas en pro y en contra de la poesía; de los que recogió Silvio Itálico hacia el fin del libro XI; de los que se hallan en el *Genetlíaco* de Luciano,[109] como se ve en las obras de Estacio; y, finalmente, de lo mucho que dijo Flórido en el capítulo VII del libro III, *Contra los detractores de los poetas*. En amontonar alabanzas de la filosofía parece que todos han conspirado. Oradores, poetas, historiadores: Cicerón, Capela, Claudiano, Sidonio Apolinar. Y todos los que escribieron las vidas de los filósofos antiguos y modernos, como Eunapio Sardiano, Porfirio, Filóstrato Lemnio, Amonio Egipcio, Dion Bitinio, Diógenes Laercio; y, entre los modernos, Bruquero, Vosio, Jonsi, Capasi y el inglés Tomás Stanley.

30. »Para poner la medicina sobre los cuernos de la luna, no es menester más que abrir cualquiera tratadillo que haya escrito en algún asunto de ella el más desdichado pedante. A carretadas recoge lo infinito que se ha dicho de la buena, cuidando mucho de suprimir lo no menos infinito que se ha declamado contra la mala. Pero, al fin, por expresar algunas fuentes determinadas, léase la *Vida de Galeno* recogida por Julio Alejandrino, los *Comentarios de la nobleza* por Andrés Tiraquel, y la *Epístola del ilustrísimo Guevara al doctor Melgar,* y encontrará el orador un almagacén de elogios de la medicina, que no los ha de consumir en un tomo entero de sermones de honras a los que han hecho predicar tantos por sus desaciertos.

31. »De las matemáticas sé muy bien lo que dice San Agustín: *Quas multi sancti nesciunt quidem, et qui etiam sciunt eas sancti non sunt*; que «muchos santos las ignoran, y los que las saben no son santos». Esta sentencia, que parece dura, no quiere decir lo que suena. Sólo intenta el Santo significar por ella el grande embeleso con que esta nobilísima ciencia arrebata hacia sí a sus profesores, los cuales necesitan de un esfuerzo muy particular para desviar su atención de las especulaciones matemáticas, si han de encontrar tiempo para dedicarse a la meditación de las verdades evangélicas. Por lo demás, nadie puede negar que

109. Hoy sabemos que es de Lucano.

el mismo embeleso con que arrebatan el alma, es un medio tan eficaz como inocente para desviarla de las pasiones que son los mayores enemigos de la santidad. Y así apenas se encontrará matemático sobresaliente que no sea hombre de costumbres irreprehensibles. Por eso casi siempre va sobre seguro el elogio de estos profesores; y para formarle prestan sobrados materiales Platón en su *Timeo,* Aristóteles en muchos lugares de sus obras, Alcínoo en el *Isagoge a la doctrina de Platón.*

32. »Un músico tiene mil capítulos que le pueden hacer justamente recomendable. Sólo con pasar los ojos por el bello panegírico que Casiodoro hace de la música en el tratado que dirigió a Boecio Patricio, libro II, *Variarum,* hay copia de escogidos materiales para celebrar a los que profesan esta preciosa facultad. Y el que no se contentare con éstos, pude leer al ya citado Marciano Capela en todo el libro IX. De los jurisconsultos y de los teólogos no hablo, porque es menester que sea muy ignorante el que no sepa quese puede formar una grande librería compuesta precisamente de los elevados y merecidísimos elogios con que todos los han engrandecido.

33. —No se fatigue más vuestra reverendísima, —dijo, a esta sazón el comisario—; que aunque yo le estaría oyendo con grandísimo gusto desde aquí a mañana, me causa congoja el miedo de que se canse.

—Pues yo —añadió fray Gerundio—, con licencia de usted y sólo por oír a su reverendísima, tengo de hacerle todavía una pregunta. Y si el difunto, no sólo no sobresalió en prendas algunas cristianas, morales o naturales, no sólo no fue eminente en la facultad que profesó, ni en el oficio que ejerció; sino que en la religión fue un mal cristiano, en la facultad un zopenco y en el oficio un mal hombre, ¿qué ha de hacer el orador sino refugiarse al sagrado de la erudición?

34. —El caso es algo apretado —respondió el padre abad—, pero no tanto que no tenga salida. Entonces puede hacer lo que se refiere en la vida de San Antonio de Padua, caso que no pueda excusarse de predicar a sus honras, que será el arbitrio mejor. Obligaron al Santo a predicar en las de un usurero: quitóse de cuentos, no di-

simuló el torpe vicio de que había adolecido públicamente el difunto, declamó vehementemente contra él; y ponderando aquel texto de la Escritura, *Ubi est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum*: «Donde está tu tesoro, allí está tu corazón»,[110] para probar la verdad de este oráculo, dijo, con instinto superior, que acudiesen al cofre donde el difunto tenía su tesoro, y que hallarían su corazón en él. Hízose así, encontróse efectivamente, trájose a la iglesia con espanto de todos; y a vista de aquel desdichado corazón, hizo el Santo un sermón de ninguna utilidad para el difunto, pero de grandísimo provecho para los vivos.

35. »En la vida del capuchino y apostólico misionero fray José de Carabantes [111] se refiere otro caso muy parecido. Dícese en ella que estando un religioso de la misma Orden para predicar el sermón de honras de cierto ministro de justicia, se le apareció rodeado de llamas la noche antecedente, y le dijo: «No prediques mis honras, sino mis deshonras; porque te hago saber que así, yo como todos los que hemos tenido cargo de justicia en este pueblo por espacio de cuarenta años, estamos ardiendo en el infierno.» Con efecto: éste fue el sermón que predi-

110. San Mateo, VI, 21. El eco de *Fray Gerundio* fue grande. Como un ejemplo, prácticamente desconocido de esta recepción, véase D. Ugena, *Entretenimiento alegórico*, Madrid, 1788, quien en las pp. LXXXV y ss. se centra en el tema de la predicación «a la francesa» y «a la gerundia». —«Ahora el que no predica a la francesa es un Gerundio» (p. LXXXVI)—, y, con evidente recuerdo de este paso de *Fray Gerundio*, escribe en la p. XCI: «¿Cuánto mejor está la [oración] que oí en cierta aldea en las honras de un tal Rancayo, que había muerto en opinión de avaro y con sus filetes de usurero? Pues a la verdad es necesario mucho entusiasmo para forjar una oración a semejantes hombres. Lo que siento es que se predicase en lugar de tan poca gente... Es cierto que el Padre era precioso todo. Subió al púlpito con mucha parsimonia, y, después de haber estado algunos minutos sin mover los ojos, con una voz entonada y penetrante comenzó así: "Pueblo orgulloso, infatigable en las susurraciones denigrantes de la vecindad, ¿a qué te has conglutinado en este sitio?"» (pp. XCI-XCII), y continúa glosando la oración y haciendo comentarios en un tono que debe mucho al estilo de Isla.

111. *José de Carabantes* (1628-1694), misionero que publicó libros sobre lenguas indígenas americanas.

có, dándosele poco de que los parientes del difunto se diesen por ofendidos, como se diesen por avisados y por escarmentados ellos y los demás. No se puede aconsejar en cerro que se haga lo mismo siempre que la vanidad o la lisonja insistan en que se prediquen honras de sujetos cuya vida fue notoriamente desordenada y escandalosa. Para eso era menester un espíritu tan iluminado y una santidad tan reconocida como la de San Antonio de Padua; pero a lo menos debe guardarse bien el orador de tocar en las costumbres del difunto, porque o ha de mentir, o ha de escandalizar. Mucho mayor cuidado ha de poner en huir de suponerle en estado de gracia, ponderando fuera de tiempo la infinita misericordia del Señor; porque el auditorio incauto y sencillo, y también el que no lo es, oyendo desde el púlpito las imprudentes conjeturas de que se salvó un hombre de tan mala vida, entra en la necia confianza de que igualmente se podrán salvar los que le imitaren en sus desórdenes.

36. —Pues, ¿qué partido juicioso —preguntó el socio— se podrá tomar en ese apurado lance?

—El que debiera seguirse —respondió el abad— en casi todos los sermones de honras, especialmente las que se dedican a sujetos que no hubiesen sido de una virtud singular, notoria y generalmente reconocida: desviar enteramente la atención de aquel difunto particular y fijarla en todos los fieles difuntos. Quiero decir, ponderar la terribilidad de las penas del purgatorio; el rigor con que se castigan las más leves culpas con los más graves tormentos; la indispensable obligación que todos tenemos de aliviar con nuestros sufragios a las almas que los padecen, siendo esta obligación mayor o menor según la mayor o menor conexión de los vivos con los difuntos; el sumo reconocimiento de aquellas afligidas almas respecto de todos los que contribuyen a aliviarlas; su grande poder con Dios, cuando se vean en el descanso eterno de la gloria, y concluir de aquí demostrativamente que nosotros interesamos mucho más que ellas en los sufragios que las ofrecemos; porque nuestros sufragios a lo más podrán anticipar una felicidad de que ya están aseguradas, pero su poderosa intercesión con Dios nos podrá asegurar a no-

sotros esa misma felicidad que aún está expuesta a tantas contingencias. Nosotros podremos conseguir que salgan cuanto antes del purgatorio; ellas podrán alcanzar que no caigamos jamás en el infierno. He aquí unos materiales copiosísimos para disponer muchos sermones de honras, aun en la muerte de los hombres más forajidos.

37. —No son malos —dijo el comisario, ahuecando la voz entre resoplido y regüeldo—; pero si no se ilustran los tormentos del purgatorio con algo de la rueda de Ixión, con un poco de los perros de Anteo, con un rasgo de los buitres de Prometeo, con mucho del toro de Fálaris y, sobre todo, para pintar bien la pena de daño, con buen recado de la sed de Tántalo a la vista del cristalino chorro, es negocio de dormirse el auditorio, y si los ronquidos no valen por sufragios, no hay que esperar otros.

—Soy de esa opinión —añadió fray Blas.

—Nunca me apartaré de ella —prosiguió fray Gerundio.

—Padre nuestro, perdimos el capítulo —concluyó el socio.

—No perdimos tal —respondió el abad—; porque yo no hice empeño de traer a mi opinión al señor comisario, ni a estos reverendos padres, conociendo bien ser empresa muy superior a mis fuerzas. Dije mi dictamen por modo de conversación, y en lo demás cada cual abunde en su sentir.

—Esto es —añadió el socio—, cada loco con su tema.

38. »Pero como yo estoy convencido de lo que vuestra paternidad ha dicho y, por lo que a mí toca, con firme resolución de no separarme un punto de sus máximas, sólo quisiera saber qué autor o autores podría seguramente imitar en las oraciones fúnebres, y si ha habido alguno sobresaliente y cabal en este género de composiciones.

39. —Usted, que entiende medianamente la lengua francesa —respondió el padre abad—, o a lo menos sabe de ella lo que basta para el gasto de casa, no ignorará que hay escrito en ella mucho y bueno de esta especie. Apenas hallará oración fúnebre pronunciada en esta lengua, singularmente de un siglo a esta parte, que no sea un bello modelo de la más castiza y aun de la más cristiana elocuencia. San Francisco de Sales fue de los pri-

meros que abrieron este noble camino a la oratoria francesa, en la tierna oración fúnebre que predicó en las honras del duque de Mercurio. La que el padre Bourdaloue pronunció en las del gran príncipe de Condé, Luis de Borbón, parece que apuró todos los primores del arte. Pero el que entre todos los oradores fraceses se elevó en este género de elocuencia a tan superior altura, que no parece posible se remonte más el vuelo de algún orador humano, fue el grande Espíritu Fléchier, obispo de Nimes, excediéndose singularmente a sí mismo en la célebre oración al vizconde mariscal de Turena. Si después se acercó alguno a este grande hombre, fue el ilustrísimo señor don Pedro Francisco Lafitau, obispo de Sisteron, en la que pronunció en las honras de nuestro gran rey Felipe Quinto, que al punto se tradujo en castellano, sirviendo de ejemplar a pocos y de confusión a innumerables.

40. »Verdad es que en este punto no están los franceses tan indulgentes como yo, a lo menos en todos los artículos. Porque suponen, lo primero, que las oraciones fúnebres no se hicieron para el púlpito; el cual las adoptó a regañadientes, viendo que la lisonja, o cuando menos la condescencia con los grandes, se empeñaban en introducirlas en el santuario. En esto no me separo mucho de ellos. Suponen, lo primero, que para celebrar dignamente a un héroe es menester que sea también héroe el orador; porque, no siéndolo, no puede tener ideas ni expresiones proporcionadas al mérito ni a la grandeza de su objeto. De manera que el auditorio ha de estar como indeciso, no sabiendo determinar cuál es mayor héroe en su línea, si el héroe del púlpito, o el héroe de la campaña, del gabinete o del solio. Consiguiente a esto, suponen, lo tercero, que en materia de oraciones fúnebres no se sufren medianías: o han de ser excelentes o son intolerables. Si el auditorio no está embelesado tiene derecho para silbar al orador. Esta máxima me parece que inclina demasiado al rigorismo, y no mudo de opinión porque diga Tulio en la carta a Marco Bruto que *eloquentiam quae admirationem non habet, nullam judico*; [112] que mientras el orador no

112. Cicerón, *Fragmenta epistolarum*, VIII, 8.

asombra, no es orador». Más acá hay posada: como llegue a agradar, a persuadir y a mover, cumplió bastantemente con su obligación.

41. »Suponen, lo cuarto, que los grandes empleos, los primeros puestos, la autoridad, la nobleza, la sabiduría, el genio, el valor, el heroísmo, ni aun el mismo trono, mirados precisamente en sí, no son asuntos dignos de un orador cristiano; y que para serlo es menester que el orador haga reflexión a su inanidad, a su inconstancia, inspirando en el auditorio el ningún aprecio que merece este vano humo, útil sólo cuando se usa de él para fines elevados y superiores. Tampoco me atrevo a desviar de este dictamen, porque le hallo muy conforme a los principios de la religión y aun fundado en las más sólidas de una buena filosofía moral. Éstas son las severas leyes que los franceses se proponen para sus oraciones fúnebres, y es cierto que los más se arreglan admirablemente a ellas.

42. »Pero no crean ustedes que ellos solos las observan, y que no tengamos nosotros dentro de casa algunos bellos ejemplares que imitar, sin necesitar de mendigarlos afuera. Sin salir de la Universidad de Salamanca hay modelos muy acabados. El amor de la cogulla no me permite olvidar a nuestro maestro Vela;[113] a quien arrebató la muerte cuando el mundo comenzaba a conocerle. En dos o tres oraciones fúnebres que predicó y se dieron a la luz pública, mostró su raro talento para este género de composiciones, en que sin duda compitió con los más nobles oradores. El reverendísimo padre Salvador Ossorio, de la Compañía de Jesús, catedrático de aquella Universidad y provincial de la provincia de Castilla, fue muy singularmente buscado parra este género de empeño; y salió de ellos con tanta felicidad, que casi todos los sermones fúnebres que predicó se dieron a la estampa, aun menos para inmortalizar la memoria de los difuntos que para la enseñanza de los vivos y para admiración de los sabios. Varias veces me he lamentado de que algún sujeto celoso de la gloria de nuestra nación no hubiese hecho

113. *Bernardo Vela* (1709-1748), benedictino, catedrático de teología.



una colección de estas oraciones, para que tuviésemos en España un funeral que pudiese hombrear con los más célebres, que tanto ruido meten en las naciones extranjeras.

43. »En la corte de Madrid se predicaron también nobles oraciones en las exequias del gran rey Felipe Quinto. No hablo de todas, porque algunas inquietarían las cenizas de aquel piadosísimo, y advertidísimo monarca, si fuera capaz de turbarse el descanso de sus reales despojos, que con gran fundamento considera la piedad como preludio del eterno y glorioso que algún día los espera. Entre otras, muy dignas del mayor aprecio, me arrebató la atención y el gusto la que pronunció el doctor don José de Rada y Aguirre, capellán de honor de Su Majestad, su predicador de los del número y hoy dignísimo cura de su real palacio. Díjola en las exequias que consagró a la memoria tierna de aquel gran monarca su Real Congregación de María Santísima de la Esperanza. Su asunto fue un nobilísimo cotejo de las gloriosas hazañas de príncipe con las heroicas virtudes de cristiano, protestando el discretísimo orador que aquéllas sin éstas serían materia indigna para un elogio pronunciado al pie de los altares. Confieso que me embelesó aquella noble oración, y que es grande mi dolor de que muchos oradores españoles se desvíen tanto del verdadero camino de elogiar dignamente a los difuntos con aprovechamiento de los vivos, cuando tienen a la vista conductores tan seguros.»

44. Al decir esto se hallaron todos dentro de casa, de vuelta del paseo, que no fue corto, porque insensiblemente los fue empeñando en él la divertida conversación. Y si la cercanía de la noche no les hubiera avisado de que era tiempo de retirarse, es de creer que el reverendo padre abad nos hubiera enriquecido con otros muchos materiales igualmente preciosos y oportunos sobre una materia de tanta importancia. Lo peor del caso fue que perdió el aceite y el trabajo; porque, según atestiguan concordemente varios documentos innegables, sólo el socio se aprovechó de la doctrina. Los demás la oyeron con grandísima frescura. El comisario dijo entre dientes, volviéndose hacia fray Blas:

—No me encaja.

Fray Blas respondió:

—Topo.

Y fray Gerundio añadió:

—Viva el *Florilogio,* y muérase la peste.

CAPÍTULO IX

ES BUENA COSA, Y MERECE LEERSE

AL día siguiente descamparon todos los huéspedes, llevándose en todo caso fray Gerundio sus docientos reales en el bolsillo, y su Semana Santa entre pecho y espalda. Esto le acomodaba infinito; y ya no dudaba que se sorbería todos los sermones famosos de veinte leguas al contorno, ni más ni menos como si sorbiera un par de huevos pasados por agua, tan firme en este concepto que ya repartía en su imaginación algunos de los que sobraban entre fray Blas y otros amigos. Fray Gerundio, fray Blas y Antón Zotes se fueron a comer a Fregenal del Palo, donde se dividía el camino para Campazas y para el convento, con ánimo de descansar aquel día en casa del famoso familiar.

2. Recibiólos éste con su agrado, sosiego, paz y socarronería natural. Luego que se apearon y los saludó a todos cariñosamente, pero sin quitarse de la cabeza un monterón perdurable, dijo a fray Gerundio:

—A fe, sobrino, que llegas al más mijor tiempo del mundo para que nos saques de una enfecultá; porque yo bien conozco que eres gran letrado, y que has regolvido más libros que un vilboticario...

—*Bibliotecario* querrá usted decir —le corrigió fray Gerundio.

—¿Ya escomienzas, majadero? —le replicó el familiar—. Si entiendes lo que quiero decir, ¿qué te emporta a ti el modo con que lo digo? al fin, *vilboticario* o *bribioquitario,* o sea lo que se juere, lo que yo te digo es que tu tía y yo estábamos ahora en una contraversia. El punto tiene uñas; y, o me parió mi madre al revés, o harto será que yo no tenga razón. Es el causo..., pero desalfórjense primero us-

tedes, y entrémonos en la sala baja; porque no es nigocio de tratar unas materias tan hondas en el corral.

3. Hiciéronlo todos así, entráronse en la salita, limpiáronse el sudor, aliviáronse de ropa, echaron un trago; y estando ya sosegados, prosiguió el familiar de esta manera:

—Pues como iba diciendo de mi cuento, ¿no ves sobre aquella arca grande una arpillera liada? Mas va que no adivinas lo que tiene.

—¿Cómo quiere usted que lo adivine? —respondió fray Gerundio.

—Pues yo te lo diré en prata —dijo el familiar—. Tantas varas de una tela muy rica, que yo no sé cómo se llama, sólo sé que me costó a sesenta rales la vara, porque dicen que viene allá de las Indias, y no se sabe fabricar en nuestro incontinente, y es de color de pechuga de tordo zorrero o de aquellos pájaros que se llaman..., válasme Dios, ¿cómo se llaman? Ello es así una cosa que suena a *maravedises.*

—*Malvises* —apuntó fray Blas.

—Sí, padre nuestro —prosiguió el familiar—, *malguises;* que no parece sino mesmamente el color del hábito de nuestro padre San Francisco. Amén de eso, hay en la tal arpillera otras tantas varas de raso liso amarillo, como yema de huevo, para la enforradura. Allende de todo lo dicho, se contienen en lo susodicha otras milenta [114] varas de listonajos y de fruecos con campanillas, o con esquilones, o con cencerros, que dice mi mujer es cosa muy precisamente necesaria para hacer un piso o un friso, o ¿qué sé yo cómo le llama?, con sus ondas escalfadas o escaroladas en el rodapié de la basquiña. *Iten,* un cordoncito de hilo d'oro muy sotil para los cabos de la casaca. *Iten,* otro cordón grande del mesmísimo hilo, con sus ñudos a trechos como los cordones de los flaires, pero trabajado con mucha progilidá, delicadeza y sienmetría, que real y verdaderamente encalabrina la vista. Ea pues, apostemos una azumbre de vino a que no sabes para qué es todo ese matalotaje.

114. *milienta*: mil.

4. —¿Cómo quiere usted que yo lo adivine? —respondió fray Gerundio.

—Ten paciencia —dijo el familiar—, que yo te lo diré sin que te cueste ese trabajo. Tu prima Sidora estuvo enprimero con ensarampión, dempués con viruelas, dempués con distensería; y, en fin, si se va, si no se va, que era un juicio esta casa. A este tiempo vino aquí un flairico (ni más ni menos como tú, salvante el santo hábito), que perdicó a San Antonio de Paula; [115] y dijo, entr'otras cosas, que era güeno encomendar las doncellas enfermas al Santo y ofrecèrle que traerían su hábito por tanto o por cuanto tiempo. Para esto contó un enjempro d'una doncella rica, hermosa y la única engénita de su casa, que estaba ya agonizando por unas viruelas malinas, que las habían ponido la cara como un sapo hinchado. La madre la ofreció con mucha endevoción al bendito Santo, dijiendo que si la sanaba y la quedaba sin hoyos en la cara, la había de vestir de su hábito hasta que se casase o, en fin, tuviese otra conveniencia que Dios la deparase. Súpitamente sanó la doncella, y la cara se la quedó tan lisa y tan llana, mesmamente como si juese una mesa de turcos.[116] Oyó este enjempro tu tía Cecilia; viene a casa, cuéntamele, y dice que quiere hacer lo mismo con Sidorica. Dígola que me parece santo y güeno. Al cabo d'algunos días comenzó a remprazarse la muchacha hasta c'al fin se levantó de la cama; y con el tiempo se la jueron cerrando los aujeros de la cara, tanto, que quedó como unas froles, y como si enjamás hubiera tenido tales viruelas. Díceme tu tía que quiere cumprir su promesa. Yo la respondo que la cumpra, que es josticia y razón. ¿Y qué hace? Va y despacha un mozo a Vayadolí, el cual llegó anoche con todos esos argamandijos para el santo hábito. ¿Qué te parece, Gerundio?

5. —¿Qué me ha parecer? Que hizo muy bien mi tía Cecilia, porque es justo cumplir lo que se ofrece a los santos.

A este tiempo entró Cecilia en la sala y, conociendo

115. *Paula*, Padua.
116. *turcos*, trucos.

de lo que se hablaba por la respuesta que oyó a fray Gerundio, dijo con mucho alborozo:

—Bien haya la madre que te parió, sobrino mío, que das la razón a quien la tiene; y no tu tío, que es un testarrón, y en dando en una, no la sacarán de allí cuatro yuntas de güés.

—Tanto me ha entendido el sobrino como la tía —replicó frescamente el familiar—; y mejor matrimonio era impusibre que se ajuntase, si él no juera flaire, y ella no juera mi mujer. Vamos al causo. Yo no digo que no se cumpra lo que se promete a los santos. ¿Soy acaso por ahí algún herejazo de mala ralea para enseñar esa mala doctrina? Lo que digo es que cuando se promete a un santo poner el hábito de su religión, como si dijéramos a San Antonio de Paula el de San Francisco, a San Vicente Ferdel el de Santo Domingo, a San Francisco Gabriel el de los teatinos, y ansina d'otros; lo que yo entiendo es que se ha de vestir la tal presona d'aquel mismo paño, sayal o estameña de c'anduvon vestidos los santos a quienes s'hace el prometimiento, o al menos del c'andan vestidos los flaires de su religión, probe y humildemente. Porque decirme a mí c'ha de ser inculto y ensequio de los santos traer unos hábitos que cuestan más que las galas de una novia, sólo porque se asemejan un si es no es en el color; pero en lo demás telas muy ricas o al menos muy delicadas, mucho cintajo, mucho farfala,[117] mucha franja, cabos por aquí, güeltas por allá, escudos con mucha pedrería, hebillas en las correas de lo mismo, y ansina otras fantasías c'ha inventado la vanidad de las mujeres; eso es habrarme de la mar. Y no me sacarán de que esto más es bulra que devoción, más es inritar a los santos que hacérnoslos prespicios, aunque me perdiquen flaires descalzos.

6. —Según eso —replicó fray Gerundio—, usted querría que si una mujer tierna y delicada ofrecía traer el hábito de San Antonio, o por devoción o por reconocimiento de algún beneficio, se vistiese de un sayal áspero y burdo; si el de San Vicente Ferrer, de una estameña gro-

117. *farfulá*, como *farfalá*: adornos excesivos.

sera y ordinaria; si el de San Francisco Javier, de un paño común y basto.

—Craro está que lo querría, y que lo quiero —respondió el familiar—; porque lo endemás no es vestir el hábito que trujon los santos, ni es divoción, ni es pinitencia, ni es muertificación, ni es molestia verginal, sino ventolera, vanidad, estintación, porfanidad, descarnio, sacrilegio, y qué sé yo qué más. Mal me quieran mis güesos, si los santos no se inritaren de este enculto en lugar de darse por exequiados. Y para que no magines c'habro de mi calletre, te he de contar un enjempro que m'acuerdo haber oído a este dempropósito. A cierto caballero muy jurador y maldiciente le castigó Dios dispuniendo que se le hinchase la lengua y le saliese un palmo fuera de la boca. El probe empaciente s'aenrempintió; y ofreció a la Santísima Virgen que si por su entercesión le libraba su hijo d'aquel trabajo, se vestería de ermitaño, y la serveria como tal en un santuario suyo muy célebre. Al punto y al mimento se le recogió la lengua a su lugar, y él espenzó a cumprir su promesa honradamente, yéndose al santuario y echándose a cuestas un saco de ermitaño con todo rigor, que no había más que pedir. Pero el diabro, que no duerme, le sugerió endempués c'aquel traje le deshonraba, y que podía cumprir su promesa conservando no más que la fegura y mudando la materia, de manera que pareciese ermitaño, sin dejar de mostrar que era caballero. Cayó el probe señor en la red que le armó el estuto inimigo. Echóse un saco y un manto y una capilla de paño muy fino, prendiendo la correa con un hebillón de plata sobredorada que parecería bien en el pretal del caballo del mismo rey; su sombrero branco de castrón, con su galón d'oro, que namoraba; sus medias de seda entaraceadas de varios colores, que formaban un pardo encenicíento muy apacibre a la vista; sus zapatillas brancas, listoneadas a trechos de negro para remedar las sandalias de los flaires descalzos; y por báculo, una caña de Indias con su puño d'oro, en fegura de cayada como dizque lo usan ahora algunos señores de la Corte. ¿Y qué sucedió? C'a pocos días c'anduvo con este traje enresible para los hombres de juicio, se le golvió a escurrir la lengua de la boca, y en verdá en

verdá que ansina murió, no habiendo nenguno que no lo atribuyese a castigo de la Virgen por la bulra c'había hecho del hábito c'había ofrecido; y esto siendo ansí que el hábito de ermitaño no está bendito ni, como dicen, santuficado. Pues que s'anden ahora las señoras damas a bulrarse con los santos hábitos.

7. —No creo yo —dijo entonces fray Blas— que lo hagan por burla, sino porque la natural delicadeza del sexo no las permite usar de unas telas o paños tan bastos, que las brumarían.

—Padre perdicador mayor —replicó el familiar—, déjese de cercunloquios. Lo primero, del mesmo seso fueron todas las santas y grandes señoras que sabemos anduvon en el siglo vestidas de los hábitos de varias religiones; y de nenguna se dice c'anduviese vestida en esa conformidá, sino lisa, llana y probemente, como los flaires o las monjas. Lo segundo, del mismo seso son tantas capuchinas, descalzas, recoletas, carmelitas y otras innumerables que pueden muy bien con los paños burdos, sin que las agobien las fuerzas, ni las perjudique a la salú. Lo tercero, que yo no pongo el ahínco en que los hábitos de las damas sean de la mesma mesmísima materia que los de las monjas o de los flaires. Bien está que sean de una tela de lana un poco más delgada que la c'usan éstos y aquéllas, aunque se incrine algo a tela fina, con tal que sea honesta, simpre, sencilla, sin arrumacos ni recovecos. Pero ¡de seda! Pero, ¡de telas d'oro y prata! Pero, ¡mucho encaje, mucho perifollo y mucho sí, señor! Déjelo, padre; que ése es un lurdibrio de la religión, y no só yo cómo no han metido en esto la mano los que pueden atajar estos escanrios.

8. —Oyes, oyes —dijo a esta sazón Cecilia con bastante viveza—. Pues, por mi vida que el bendito San Antonio, que está en la capilla de la perroquia, no tiene por ahí nengún hábito de sayal tosco; sino que tiene un hábito de saya de la reina muy rica, con su flanjón d'oro por olra, y alrededor de la capilla y de las mangas un galón o punta de lo mesmo, c'apuesto yo que el habitico costó más de veinte dobrones. Y has de saber que cuando ofrecí poner el hábito a la mi Sidorica, la ofrecí ponerla el

hábito de San Antonio, y no el de los flaires. Pues, si la he unviado a traer una tela y una flanja y un galón, ello por ello, como el del mesmísimo Santo, ¿para qué nos estás ahí crebando la cabeza y gruñendo los livianos?

9. —¡Ahora no ven ustedes —respondió con flema y con marrajería el familiar— si mi mujer es engeniosa! ¡Cuál! Si hubiera estudiado taulogía, a la hora de ésta ya era por ahí saminadora sindonal de media docena de obispados. Mire usté, señora Cecilia; a los santos en los altares, enregularmente habrando, los ponen muy galanos para representar acá a nuestro modo la vestidura enmortal y riquísima de que están adornados en la groria. Orásme: para esto craro está que aunque se empreen las telas más esquisitas, ni las joyas y piedras más preciosas, todo es poco, y nada ascanza; porque cuando hay en la tierra, todo es una bazofia enrespeutivamente al menor rasguño del cielo. Pero cuando se promete a un santo traer su hábito, como por comparanza a San Antonio, ora sea por devoción, ora por pinitencia, ora por cualquiera otro motivo, no se promete andar vestido como San Antonio groroso, sino como San Antonio penitente; no como maginamos que está en el cielo, sino como sabemos c'anduvo vestido en la tierra. Lo endemás, señora letrada, de persumir andar un pecador y una pecadora como nos feguramos a los santos en la groria, no sé yo si huele a cosa de Enquisición. Y en verdá que como oliera, yo mismo la enseñaría a usté el camino; que ya le sé por mi uficio, y no se ha de decir por mí que *en casa del herrero, cuchillo de palo.*

10. —No, sino —dijo Cecilia— que vestiría yo a mi hija como si juera por ahí una demandadera de las descalzas. M'hija es tan güena como las demás, y si otras sacan hábitos ricos, ella no ha de ser menos.

—Y si las otras son locas —añadió el familiar—, que lo sea también tu hija. Si las otras se van al infierno, que se vaya también ella.

—Pues, ¿qué —dijo Cecilia—, es pecado traer hábitos de moda?

—Eso, amiga mía —respondió el familiar—, dotores tiene la Santa Madre Iglesia que te sabrán responder. Lo que

yo te sé decir es que estando en Vayadolí, uí a un santo mesonero (que dizque era hombre muy sapientísimo) que el hacer bulra de los santos hábitos de las religiones aprobadas por el Padre Santo de Roma, el apricarlos a usos profanos y otras cosas ansino, era un pecado muy gordo; y no me acuerdo si dijo algo de descomunión. Si es o no es porfanar los santos hábitos, el traerlos para la vanidad, para la sostentación, para la gala, haciendo soberbia de la humildá, convirtiendo en riqueza la probeza, y queriendo juntar la honestidá y la modestia de los santos con todas las modas, y aun con toda la desenvoltura del sigro; la resolución de este causo no es para cabezas redondas como la mía.

11. —Bien hace usted, tío, en no resolverle —interrumpió fray Gerundio—; porque si ése fuera pecado, no estaría tan públicamente consentido, ni se hubiera extendido tanto el uso de los hábitos, que ya se ha hecho especie de moda. Vemos que los traen señoras de todas clases, y que muchas de ellas frecuentan los sacramentos, confesándose con hombres sabios que las absuelven y se lo permiten; conque no debe de haber en eso tanto mal como a usted se le figura.

—Dobremos la hoja, sobrino —respondió el familiar—; que quizá nos meteremos en cosas muy hondas, donde ni tigo ni migo podamos salir. En eso de hombres sabios hay su más y su menos; las ausoluciones, también he uído decir que andan muy baratas; y, en fin, *de encultis no judicas Ecclesia.*

12. »Una cosa te puedo decir, que aunque yo juera Padre Santo, por lo menos no m'habían de llevar la ausolución las que anduviesen com'una que yo vi, y dizque era señora de emportancia. Traía una basquiña bien cumprida' d'una tela morada riquísima, con sus encajes a trechos de prata' cad'uno de más de tercia; y embajo de la basquiña y del guardapiés, un tontillote que, como me parió mi madre, no cabía a las derechas por una puerta muy ancha, en conformidá que cuando entraba la señora por alguna, era menester enjurjarse de lado, ni más ni menos como lo hace la moza cuando mete una brazada de manojos por la puerta del horno. Colgábala de la cen-

tura una cosa a manera de trenza o de cordón, que se componía de tres cintas muy anchas de tesú, todas entreveradas para salpicar mijor los tres colores, que eran morado, branco y azul; los cuales tenían ilusión a no sé qué misterio. Esta trenza, cordón, o lo que juese, no bajaba empiependicularmente hacia embajo, como las correas, los cordones o los ceñidores de los religiosos y de las religiosas. No, señor; venía caracoleando por un lado de la basquiña, con sus lazos de tramo en tramo; y remataba postreramente entre las dos últimas carreras del encaje, con un rosetón d'a palmo, que no parecía sino un girasol pintiparado. La casaca era de la misma tela que la basquiña; y también subían y bajaban por ella unos encajes de hilo de prata entortijados, ansí a manera de los cohetes que llaman con cola o, si no (y es más mijor comparanza), como los capotillos de llamas de los enjusticiados por el Santo Uficio y rejalgados al brazo seglar. Traía prendido al pecho un escudo de pedrería, todo él desgastado en oro, y en medio el retrato d'un devino señor vestido de nazareno con la cruz a cuestas, que no había más que ver. Las sortijas, los anillos, las mesredaldas, los dimanantes y los rubines que traía en los dedos de las manos, eso era un juicio. Pues, ¿qué te diré d'unos rosarios a manera de gargantillas que tenía entortijados en las muchecas, y eran d'unas pelras finas como avellanas? Tampoco digo nada de esos que llaman vuelos las mujeres, todos bordados tan sotilmente, que me se asemejaban a las venicas de un niño muy branco y rubio, cuando se descubren por entre el cutis. Los vuelos eran de tres religiones...

—De tres *órdenes* querrás decir, borrico —interrumpió la Cecilia, no sin una grande carcajada.

—Estimo la lisonja —prosiguió frescamente el familiar—. ¿Qué más me da *religiones* que *órdenes*? En fin, ellos eran tan cumpridos, que se m'antojaron mangas de roquete, como las que traen los legos c'ayudan a misa mayor.

13. »Así vi a la tal señora; y creyendo yo boníticamente que debía de ser recién casada, y c'aquélla era sin duda la más rica gala de novia, se lo dije a un mercadel mi conocido, que estaba enjunto a mí. El mercadel se rió

mucho, y me respondió c'aquélla no era gala, sino un hábito de Jesús Nazareno que s'había echado la señora en cumprimiento d'una promesa.

»—¡Hábito de Jesús Nazareno! —le repriqué admirado—. Pues, ¿qué religión es ésa de Jesús Nazareno? Que yo en toda mi vida he uído c'haiga flaires de esa Orden.

»—No es religión —respondió el mercadel—, sino que las señoras por devoción quieren andar vestidas como anduvo Jesús Nazareno.

»—¿Y Jesús Nazareno anduvo ansina? —le repliqué todo descandalizado.

—»Eso pregúnteselo usté a ellas —respondió el mercadel.»

14. »Confieso, señores, que me quedé entónito, y que no creyera que en la religión cristiana se permitiese tan ensinsibremente una cosa que parece hacer chanza de lo más sagrado y más doloroso de ella. Aquel mesmo día se lo dije a un perlado de cierta religión, con quien me confesaba siempre que iba a Vayadolí, porque es un pozo de cencia y de vertú. Dio el buen religioso un gran sospiro, y a fe que me respondió que tenía razón. Y m'acuerdo c'a este dempropósito me dijo dos cosas: la primera, c'abrá como unos cuatrocientos años c'allá en Italia se inventó una seta que llamaban de los frangelantes...

—*Flagelantes* diría —corrigió fray Gerundio.

—Pues, estos tales flangelantes, o frangelantes, o como tú quisieres, dizque jueron condenados como herejes por un papa que se llamaba Cremente Siesto; lo primero y prencipal, porque enseñaban muchos errores, y entr'otros, que no se podían salvar sino los que quitándose el pellejo a azotes, se bautizaban con su mesma sangre; y, lo segundo, porque a este fin andaban vestidos de pinitentes muy garifos [118] y muy emperifollados. Esto último me dijo el santo religioso que aun s'había golvido a usar en España en tiempos de Carlos II, habiendo algunos mozuelos de malos cascos que en la Semana Santa se vestían de pinitentes muy guapos para galantear a las damas; pero que el piadoso préncipe, dempués d'haber castigado a al-

118. *garifos*, por jarifos: muy adornados.

gunos regurosamente, había prohibido este abuso con un jostísimo y severísimo decreto.

15. »La segunda cosa que me contó, aun es más al causo presente. Relatóme que dempués que un emperador llamado Henraclio rescató el madero de la Santa Cruz del poder d'un rey de Presia, que tiene un nombre muy entrevesado ansí a manera de Costras,[119] enstituyó una precisión muy solene para culicarle en un tempro munífico de Jerusalén. El mismo emperador vestido de sus ropas empiriales llevaba en sus hombros la Santa Cruz. Pero sucedió una cosa de espanto, y jue c'al querer entrar por la puerta de Jerusalén, qu'era la mesma por donde el Salvador había salido con la Cruz a cuestas para el Calvario, se quedó inmobre el emperador, sin ser impusibre de Dios dar un paso para adelante. Entonces el obispo de Jerusalén, que iba enjunto al emperador y debía de ser un santo, le dijo: »—Señor, sin duda que el Salvador debe estar muy degustado de que vos llevéis el madero de nuestra ridención en ese traje tan sustentoso; porque en verdá que cuando él le llevó por esta mesma puerta, iba en hábito muy diferente. Vos lleváis corona empirial en la cabeza, y Su Majestá iba con corona de espinas; vos vais con un manto empirial de púrpura, todo cubrido de froles, y él iba con la probe túnica enconsútil, que era de lana, bañada de su propia sangre; vos lleváis un rico collar al cuello, y Su Majestá llevaba una gruesa y larga soga, por la cual le tiraban aquellos malditos sayones; vos vais con un calzado que deslumbra la vista, y el Salvador iba descalzo de pie y pierna, con los pies todos ensangrientados.»

»Apenas oyó esto el güeno del emperador, cuando, arrasados los ojos en lágrimas, se despiojó al memento de las vestiduras empiriales. Vistióse una probe túnica, púsose una corona de espinas en la cabeza, echóse un dogal al cuello, descalzóse los pies, y encontinenti espenzó a andar sin estorbo ni embarazo.

16. »Eran de oír las refrisiones que sobre este enjempro hacía el bendito padre, ponderando el enojo del

119. *Henraclio*, Heraclio. *Costras*, Cosroes.

Señor por una cosa en que al parecer no había culpa nenguna, y sacando de ahí cuánto se enritará con estas otras que no es pusibre dejen de ser muy culpables; porque, en concrusión, el emperador iba con aquel traje que era propio y priciso de su alta dinidá, pero estas otras nazarenas no tienen pricisión de andar ansina, y se visten ansina no más que por antojo y que por envinción de su loca fantasía. El emperador no hacía vanidá de su vestido, pero las nazarenas usan de este vestido por pura vanidá; el emperador, en medio de la majestá de la púrpura, iba con mucha divoción, pero las nazarenas, cuando habían de dar enjempro de compostura, siquiera por lo que sanefica el vestido, no parece sino que se valen de él para ser más desenvolvidas. Y poco más o menos lo mismo que decía de las nazarenas, lo apricaba también a las demás que traen hábitos galanos.

17. —Vaya —dijo fray Blas—, que debía de ser muy escrupuloso ese prelado. A mí por lo menos un hábito bien puesto en una mujer me gusta mucho. A todas las dice bellamente; pero si son bien parecidas, las cae muy en gracia.

—¡Santísima razón! —respondió el familiar—. ¡Y en boca de un religioso no hay más que pedir! Yo, padre nuestro, por ahora no me opongo a que las mujeres, especialmente las solteras, percuren líncitamente agradar a los hombres y engalanarse para esto cada una según sus pusibres. Su alma, su palma;[120] y cada cual se componga con su concencia. Ya vi lo que dice un autor, que los hombres tenemos tres inimigos: el dimonio, mundo y carne; pero las mujeres tienen cuatro: el dimonio, mundo y carne, y el deseo de parecer bien. Lo que digo es que valerse de las cosas santas para parecer mijor, eso es lo que a mí me parece muy mal. Y en fin, juese o no juese escripuloso el perlado de quien vamos habrando, es cierto que no lo era otro religioso mocito, aunque no tanto que no juese ya letor de taulugía en aquella santa comunidá, el cual s'halló presente a nuestra convresación; y cierto que tenía

120. El refrán es «Su alma en su palma»: «Allá cada cual con su conciencia, no hay por qué juzgar los actos de los otros.»

unos ojos tan vivos y tan aquellados,[121] que se conocía a la legua que no era gazmoño. Este tal sabía muchas copras en latín y en romance, y dizque también las hacía harto guapas. Con todo lo que convresamos se conformó tan lindamente; y aun me dijo que yo debía de tener güen entendimiento, aunque no me expricaba con la mayor escreción. Cuando relaté aquello del tontillo, se rió mucho; y añadió que esta moda l'había parecido la más grande mamarrachada en que podía dar la maginación de las mujeres, aun en sus trajes de gala; porque como todos saben en qué consite aquel balumbo, hacen de él la mismo bulra, que de los palitoques que levantan hasta el tejado a los gigantones del Corpus, y de los cuerpos de paja con que se feguran los espantajos y los estafermos.

18. »A este empropósito relató unas copras, primero en latín y después golvidas en romance por él mismo, las que le contentaron mucho al mismo perlado; y viendo que a mí también m'habían gustado las segundas, aunque no entendía las primeras, le mandó que me diese unas y otras escribidas. Hízolo allí súpitamente, y me las metí en el balsopeto; y por vida del hijo de mi madre que las ha de leer aquí ahora mi sobrino fray Gerundio; porque como yo no ascanzo el latín, no sé leerle con aquel sentido y con aquella enlegancia que se debiera.»

Diciendo y haciendo, sacó del bolsillo un papel tan sobado y aceitoso, que parecía cuarterón de encerado.[122] Diósele a fray Gerundio, que le leyó en voz alta con bastante alma, y se sabe por tradición de padres a hijos que decía así:

Sunt hodie... muliebria corpora, quae, dum
Conclavi neglecta suo atque inculta morantur.
Macra videbunter brevibusque simillima sardis.
Fac tectis prodire eadem spectanda per urbem;

121. *aquellados*, de *aquellar*: «verbo que se emplea en sustitución de otro cualquiera cuando se ignora éste o no se quiere expresar» *(DRAE)*.

122. *cuarterón de encerado*: el papel que se ponía en las ventanas para sustituir el cristal roto.

Non eadem est: nam cum peronibus altis
Incubuere pedes, cum tot redimicula frontem
Aedificant, circum et vestis sinuosa tumescit,
Praegnantem artifici defendens turbine ventrem;
Protinus augetur species, majorque videri
Atque alia ingentes una implet faemina postes,
Angustatque viam, magnos imitata elephantos
Aut orcam, per aquas vasta se mole ferentem.

Trova

Si coges de repente,
En traje descuidado y negligente,
A una dama en su cuarto, a una mozuela,
Tendrásla por sardina o por truchuela:
Tan seca, tan enjuta y estrujada,
Que menos es mujer que rebanada.
Pero espérate un poco,
Que presto verás ninfa a la que es coco.
Que salga a vistas por las calles;
Que aunque cien veces la halles,
Te has de decir, mirando a la doncella:
—¡Vive diez, que ya es otra aquésta aquélla!
¿Cómo creció una cuarta en un instante?
¡Hoy plenilunio ya, y ayer menguante!
¡Cabía ayer metida en cualquier cesto,
Y hoy no cabe en la plaza! ¿Cómo es esto?
No te canses, Lucio, en reflexiones;
Pues ¿no ves que se empina en dos tacones
Tan altos, tan iguales,
Que salen con bastón los carcañales?
¿Y piensas se contenta
Con crecer por los pies? También intenta
Poner en la cabeza su cuarto alto.
Da con la vista un salto;
Y verás el tupé, el jardín, el rizo,
La mitad natural, la otra postizo,
Con el petibone[123] *medio al desgaire,*

123. *petiboné*, de *petit bonet*: bonetillo.

Pues todo es ganar tierra por el aire.
(Aun más que te admirara una fantasma)
Es verla tan anchota,
Que casi llena un juego de pelota;
Y dudas, al mirar el envoltorio,
Si es mujer lo que anda, o si es cimborio.
Eres un monaguillo;
Pues ¿no ves que es milagro del tontillo?
Aquel que a las casadas
Sirve, entre otras mil cosas excusadas,
Pero en tal cual soltera, no muy lisa,
Es sin duda una alhaja harto precisa.
—¿Para qué —me dirás.
Eres sincero;
Íbatelo a decir, pero no quiero.
El tontillo a la flaca la hace gorda,
Y tal vez finge tórtola a la torda;
Porque son los tontillos nobles piezas
Para encubrir gorduras y flaquezas.
Una mujer, en fin, con guardainfante,
Cátala convertida en elefante.
¿Haces ascos al símil? ¿No te llena?
Pues por mí, más que sea una ballena.

19. No obstante que ni fray Gerundio ni fray Blas eran los hombres del gusto delicado que se ha reconocido hasta ahora en el orbe de las tierras, [124] como lo puede haber observado el curioso lector en la serie de esta exactísima historia, se sabe que aplaudieron bastantemente la trova, por ser lo que más entendían; bien que fray Gerundio, por saber sin comparación mucho más latín que fray Blas, no dejó de hallar singular gracia en los versos latinos, y como que se inclinaba a que tenía más que los castellanos. Así lo dio a entender. Y con eso se pelaba las barbas el familiar porque sus padres no le hubiesen dado estudios, por lo menos hasta que saliese un *inracionable gramático*, que fue la frase con que él se explicó.

124. *orbe de las tierras, orbis terrarum*, latinismo usado aquí de forma irónica.

20. Los que lo oyeron todo con una grande indiferencia fueron Antón Zotes y la señora Cecilia. Antón Zotes, porque casi desde el principio de la conversación se había medio dormido a causa de estar algo alcanzado de sueño, por haberse levantado aquella noche dos veces a dar un pienso a las caballerías; la señora Cecilia, porque del latín (ya se ve) no entendía palabra, y del romance la sucedía con corta diferencia lo mismo. Sólo percibió que allí se hablaba de tontillo, y esto bastó para que dijese muy alegre:

–Ahí me las den todas; que yo, ni para mí ni para m'hija, he pensado enjamás en tontillo, pues ni mi madre ni mi agüela usaron por enjamás de los enjamases de esas envinciones.

21. Tú que tal dijiste –tomó la taba [125] el familiar y la dijo–, oyes: ¿y tu madre ni tu agüela usaron enjamás de los enjamases de galones d'oro, de encajes de prata, de telas de tiesú, de enguarinas de trapacería, de mantos de tafetán de ilustre con encaje d'a media vara, de embanicos d'a dobrón, de manguito enforrado por de fuera en terciopelo, de rosario de pisázuli o de inventurina, engazado en prata o en oro, ni de otras mil embusterías (otra cosa peor iba a decir, pero la callo) de c'usas tú y quieres también c'usen tus hijas? Unas sayas de estameña, una basquiña de cordellate, una enguarina de paño fino en los días recios, una capa sobre la cabeza con su vuelta negra de rizo o a lo más más de terciopelo, un embanico redondo de papel pintado con almagre encima de una caña, un rosario de lágrimas, y el más pricioso de cachumbo; [126] éstas eran sus galas, y *servitor*. Ansina vivieron muy honradamente, ansina nos dejaron un pedazo de pan que comer; y no tú que tienes traza de echarme por puertas, porque los días de fiesta pareces una condesa, y tus hijas

125. *tomó la taba*: «frase metafórica con que se da a entender que alguno empieza a hablar con prisa, después que otro lo deja» *(DA)*.

126. *rosario de lágrimas*: hecho con simientes de la planta llamada «lágrimas de Job o de David». *cachumbo*: cuentas de madera negra.

unas marquesicas, siendo ansí que no sois más que unas probes y honradas labradoras, sin considerar que causáis risa a las personas de meollo, porc'al fin por más que la mona se vista de seda, mona se queda.

22. Iría el sermón más adelante, si en aquel punto no hubiera entrado una criada a poner la mesa, porque ya era hora de comer. Y por la cuenta, ni en la comida ni en lo restante de aquel día que se quedaron a descansar en Fregenal, no debió de suceder cosa *remarcable*. A lo menos los autores de aquellos tiempos tan retirados nada refieren, contentándose con decir que la mañana siguiente muy de madrugada, despedidos todos cortesanamente unos de otros, Antón Zotes tomó el camino de Campazas, y fray Gerundio y fray Blas se fueron a comer a su convento; donde fray Gerundio fue recibido del prelado con mucho agasajo, y de los demás, particularmente de la gente moza, con indecible alegría y aplauso, porque ya había llegado al convento la fama de sus sermones. Sólo se sabe por un libro de becerro, escrito en letras góticas y ya muy desgastadas después de tantos siglos, que luego que llegó, el prelado le puso en la mano una patente del padre provincial, en que le hacía predicador mayor de la casa, dispensándole en los años de predicador sabatino y de predicador segundo que pedía la constitución, por justas causas que le movían a ello, todo con acuerdo del definitorio, en virtud de la facultad que le concedía para ello la bula del papa Eleuterio LII [127] que comienza: *Ad promovendum*. Al mismo tiempo recibió fray Blas otra patente de jubilación, en que se le declaraba presentado por el púlpito para el magisterio. Conque los dos amigos del alma no se veían de polvo, de abrazos y de enhorabuenas.

127. Ni la bula ni el Papa existieron. Son invención de Isla. Lo anterior de las letras góticas, viene del *Quijote*, y llega por lo menos hasta las *Adiciones* de Jacinto Delgado.

LIBRO VI

CAPÍTULO PRIMERO

DONDE SE REFIERE LO QUE NO SE SABE, PERO AL FIN DEL CAPÍTULO SE SABRÁ SU CONTENIDO

LA mañana siguiente al día de su arribo se fue a buena hora a la celda prelacial a dar cuenta al superior de todas sus gloriosas expediciones, sin olvidarse de hacer con él alguna expresioncilla de agradecimiento, pretextando el influjo que había tenido su paternidad en el nuevo empleo a que acababan de elevarle. Refirióle lo más substancial que le había sucedido, sin disimular los aplausos con que le habían honrado, bien que añadió que éstos más suelen ser hijos de la dicha que del merecimiento. Pero se guardó muy bien de hablar palabra, ni de la terrible repasata del magistral de León, ni de las graciosas pullas y solidísimos argumentos del familiar, ni de la bella doctrina del padre abad de San Benito. Por fin, le dijo al prelado cómo le habían encargado la Semana Santa de Pero Rubio, la cual tenía entendido que valía cincuenta ducados en dinero físico, y como otros treinta poco más o menos en lo que se sacaba de limosnas, y que le pedía su bendición para acetarla. Diósela el prelado con mil amores; porque si bien no le armaba mucho el modo de predicar de fray Gerundio, por cuanto él era hombre ramplón y solidote, pero como entendía que las gentes le oían con gusto, y él necesitaba complacer a todos, ya para no perder, ya para aumentar los devotos de la Orden y los bienhechores del convento, viendo también, por otra parte, que los prelados mayores le promovían y le autorizaban, le dijo desde luego que durante su trienio podía predicar todos los sermones que le encomendasen.

2. Salió fray Gerundio muy contento de la celda prelacial con esta licencia tan ampla; y apenas había entrado en la suya, cuando llamaron a la puerta el maestro fray Prudencio y aquel otro beneficiado tan hábil, tan leído y de tan buen humor de quien se hizo larga y honorífica mención en los capítulos V y VI del libro segundo de la primera parte. Venía con dos fines: el primero y principal, a divertirse un poco con fray Gerundio, ya que había desesperado de sacar de él otra cosa; y el segundo, a darle la bienvenida y, juntamente, la enhorabuena de su promoción a la dignidad de predicador mayor del convento.

3. Pasáronse los primeros cumplidos en palabras de buena crianza, y después de las generales dijo el beneficiado:

—De los sermones que vuestra paternidad ha predicado por esas tierras, no hablo; porque ya llegaron por acá los ecos, esforzados a soplos del clarín sonoro de la fama. Nada me cogió de susto, porque siempre hice juicio que predicaría vuestra paternidad como acostumbra.

—Y yo, y todo —añadió fray Prudencio—; pero eso es lo peor que tendría el padre predicador.

—Fuese lo peor o fuese lo mejor —respondió fray Gerundio—, crea vuestra paternidad muy reverenda, padre nuestro, que nada perdió la religión por mis sermones.

—Así lo creo —dijo el maestro Prudencio—; porque, ¿adónde iríamos a parar si las religiones perdiesen algo por las boberías ni por los desaciertos, sean de la línea que fueren, de estos o de aquellos particulares? Todas las universidades son unos cuerpos sabios, aunque no todos sus miembros lo sean mucho. Todas las familias religiosas son santas, aunque tal cual religioso no sea muy ejemplar. Y, en fin, la religión cristiana es santísima, aunque haiga innumerables cristianos escandalosos.

4. —Dejémonos de puntos serios —interrumpió el beneficiado—, y alegremos un poco la conversación. A propósito de sermones y de predicadores, acabo de recibir el correo; y un amigo de Madrid me envía dos papeles muy preciosos, cada uno por su término, que me han dado el mayor gusto. El uno es una esquela, con que se hallaron muchos sujetos de la corte bajo un simple sobrescrito, y

dice así: «El mayordomo de la casa de los locos de la ciudad de Toledo participa a V. habérsele escapado dos docenas de los más furiosos, los cuales le aseguran se han disfrazado de predicadores en la Corte; en cuya atención suplica a V. se sirva concurrir a los sermones, y notar si hablan desconcertados, sin método, orden ni decencia; si amontonan conceptos, textos truncados, fábulas de gentiles, cuentos ridículos, ideas fantásticas, acciones y expresiones burlescas contra el respeto y decoro de la palabra de Dios, de la cátedra del Evangelio, del auditorio cristiano, a fin de dar las providencias necesarias para restituirlos a esta santa casa, y curarlos en ella; en lo que hará V. una obra de caridad. Me aseguran que uno ha de predicar el día..., a las... de la mañana, en la iglesia de...»

5. —¡Bella esquela! ¡Noble esquela! ¡Especie de exquisito gusto y de gran juicio! —exclamó el maestro Prudencio.

—Yo por tal la tengo —dijo el beneficiado—, y me dicen que la han celebrado infinito todos los hombres serios, entendidos y cultos. Verdad es que también me añaden que a otros muchos los ha consternado extrañamente.

—Eso es muy natural —repuso el maestro Prudencio—. Todos aquellos que por las señas que da el mayordomo teman que los recojan a la santa casa por orates *de los más furiosos*, levantarán el grito y alborotarán al mundo contra la esquela; y en verdad que yo no esperaría a otros indicios para recogerlos al instante.

—Engruese vuestra reverendísima ese partido, que es bien numeroso —dijo el beneficiado—, con los muchos que los aplauden y los celebran, y se juntará contra la esquela un ejército formidable. Es menester echarse esta cuenta, porque estos tales se ven reducidos a uno de dos extremos; o a reconocer y confesar que hasta aquí han vivido alucinados, aplaudiendo lo que debieran abominar, y siguiendo ciegamente a los que debieran huir, o a obstinarse por tema y por capricho en su errado dictamen. Lo primero no hay que esperarlo, o hay que esperarlo de muy pocos; porque son muy raros los que quieren confesarse engañados. Conque es preciso que suceda lo segundo.

6. —Esa esquela —replicó fray Gerundio con inocen-

tísimo candor— no merece fe ni crédito en juicio, ni fuera de él; y aun si mucho se apura, está condenada por la Inquisición. Lo primero, porque no trae nombre de autor, y lo segundo, porque no se sabe a quién se dirige; pues en toda ella no se habla con nadie, sino con *V.*, *V.* y *V.*, y no hay noticia de que haiga ni haya habido en el mundo mujer ni hombre que se llame *V.*

—Hace fuerza el argumento —dijo el bellaco del beneficiado—, y en verdad que no es tan facililla la solución. Con todo eso, me parece que se pudiera responder a lo de que no trae nombre de autor, que ya dice ser del mayordomo de la casa de los locos de Toledo, el cual es muy natural que tenga su nombre y apellido.

—Más que tenga treinta apellidos y otros tantos nombres —replicó fray Gerundio—, lo dicho, dicho. No trae nombre de autor; porque autor es el que da o ha dado a la estampa algunos libros, y no sabemos que el mayordomo de la casa de los locos de Toledo haya impreso hasta ahora alguna obra.

—Vaya —dijo el beneficiado—, que la solución no admite réplica. Pero a lo otro que añadió vuestra paternidad de que no ha habido hasta aquí hombre ni mujer que se llamase *U.*, paréceme que se pudiera decir, lo primero, que si ha habido una tierra que se llamaba *Hus*, y fue la patria de Job, según aquello de *Vir erat in terra Hus, nomine Job,*[1] yo no hallaba inconveniente en tener por verisímil que en aquella tierra hubiese muchos con el apellido de *U.*, pues no hemos de reparar en letra más o menos, siendo tan común esto de dar apellidos a las familias, los lugares y las tierras. Lo segundo, que aun en nuestros tiempos hubo un emperador de la China que se llamaba *Kan-I.* Pues, ¿por qué no podrá haber otros cientos que se llaman unos *Kan-A*, otros *Kan-E*, otros *Kan-O* y otros *Kan-U*?

7. —¡Valiente gana tiene usted, señor beneficiado —dijo fray Prudencio—, de perder tiempo con ese pobre simple! ¡Ahora se para en contestar con un hombre que no sabe lo que significa la *V.* en convites o avisos de es-

1. Job, I, 1.

quelas y en cartas circulares! El reparo de nuestro nuevo padre predicador mayor se parece mucho al del otro clérigo, tan tonto como él, que habiendo leído los cuatro tomos de *Cartas eruditas* del maestro Feijoo, los arrojó de sí con desprecio, diciendo que las más de aquellas cartas eran fingidas, y que él no creía que fuesen respuestas a sujetos verdaderos que hubiesen consultado al autor sobre los puntos que en ella se trataban. Y se quedó muy satisfecho el pobre mentecato, sin advertir que aun cuando fuese cierto lo que presumía su apatanada malicia, no por eso se disminuía un punto el mérito de las cartas.

8. »Pero dejando a un lado esta impertinencia, lo que yo reparo en la graciosa esquela es que su autor anduvo muy moderado. Suponer que no fueron más que dos docenas los locos furiosos que se escaparon de la casa de los orates, y andaban por la Corte disfrazados en predicadores, es una moderación digna de que muchísimos se la agradezcan mucho; porque según las señales que él mismo da, el número de los locos es incomparablemente más crecido.

—Sí, señor —respondió el beneficiado—; pero no todos estarían recogidos, y él sólo habla de los que lo estaban y se le escaparon.

9. »El segundo papel que me envían por el correo, en su línea, no es menos solemne ni menos divertido. Y desde luego digo que éste sí que ha de caer en gracia al reverendo padre fray Gerundio. Es un cartel o cedulón, que se fijó en las esquinas y parajes más públicos de la Corte, convidando para ciertas funciones de iglesia que se hicieron en obsequio de la Seráfica Madre Santa Teresa de Jesús. El cedulón aun fue más solemne que las mismas fiestas; y habiéndole leído con singular complacencia cierto amigo mío de gusto muy delicado, arrancó uno para remitírmele sabiendo cuánto lisonjea mi diversión con este género de piezas. Aquí está el mismo cartel todavía con las señas del engrudo o pan mascado con que se pegó, y dice así, sin quitar letra:

10. »«*J. M. J.* A la Tierra del Cielo, por quien criara el Cielo el que fundó la Tierra; Profunda en la Humildad Fértil en la Virtud; A la Agua que da Vida, a la Vida, con

la Agua clara, de su Doctrina, Dulce por Soberana; Al aire que da Espíritu, Al espíritu que da el Aire Subtil de su Pluma, Puro de su Alma; Al Fuego que da Amor, Al Amor hecho Fuego para abrasar el corazón a una Mujer Serafín; A la Luna que pisa al peso de la Luna, Nueva en Favores, Creciente en Verdades, Llena de Luces, Menguante de Errores; Al Sol que ofusca Brillos a los Brillos del Sol, Fanal del Carmelo, Farol del Mundo; A la Estrella de la Alba, A la Alba de la Estrella, que todos buscan Guía, como Norte en el Mar de la Vida, Para el Puerto de la Gloria; Al prodigio de Patmos repetido y sentido en el Sitial de la Justicia, Donde, mejor Astrea, Celestial Signo Virgen, sabia domina los Astros; A la Motriz Inteligencia de los animados Cielos, Que delicado Vidrio guardan vasos de barro; Al Agustín de las Mujeres, Angélica Doctora de los Hombres, Teóloga Mística, Física Seráfica, Natural Rectórica, Espiritual Médica, Crítica Querúbica, Universal Maestra en la Ciencia de los Santos, en las Artes de los Justos; A la Niña Arquitecta, Que de modelos Pueriles levantó para Dios Palacios Celestiales; A la Grande en el Poder, Mayor en el Penar, Máxima en el Amor; A la Mujer Apostólica, o Apóstol en la Espera de Mujer; Por su Virtud, Por su Nobleza, Por su Prudencia, Por su Patria, Hechizo de la Europa, Señora de ambos Mundos, Abogada de España, Consejera de Castilla, Santa Teresa de Jesús. A quien los dos Atlantes de la Militante Iglesia, Nuestros Católicos Monarcas, rinden devotos y reverentes cultos, Majestuosa expresión de sus santos afectos, cuya soberana luz, cuyo eficaz ejemplo siguen leales, imitan fieles, todos los Reales Consejos y Tribunales de esta Corte en..., dando feliz principio a tan elevado fin el Domingo 14 de octubre de 1753, a la hora de Vísperas, desde las cuales hasta el día 24 del referido mes (cuando en carroza de cristal hace su marcha el Sol) hay Jubileo plenísimo. Serán Trompetas Místicas de las Voces Evangélicas *Confiteor tibi, Pater,*[2] los Oradores siguientes...»

11. Quedó atónito el maestro Prudencio; y no persuadiéndose a que el cartel pudiese ser cierto, figurándo-

2. San Mateo, XI, 25: «Yo te alabo, Padre.»

sele que sería acaso alguna festiva invención del buen humor del beneficiado, se le arrancó de las manos para leerle él mismo con amistosa confianza. Pero aún se quedó más pasmado cuando le vio impreso, ni más ni menos como llevamos escrito, con sus comas y puntos y ortografía, sólo que en el cartel se expresa el templo donde se celebraron las fiestas, y nosotros le omitimos por justos respetos. Leyóle, releyóle, tornóle a leer, y apenas creía a sus propios ojos. Al fin, como era hombre serio, entendido, religioso y verdaderamente sincero, después de haberse encogido de hombros, arqueado las cejas, levantado los ojos al cielo y hecho muchas cruces, santiguándose de admiración, prorrumpió diciendo:

12. —¡Que esto se permita en España! ¡Y en una Corte! ¡Y a vista de tanto hombre verdaderamente sabio, culto y discreto! ¡Y donde concurren tantos millares de extranjeros, de casi todos los reinos y países del mundo! ¿Qué han de decir de nosotros las naciones? ¿En qué predicamento nos tendrán si llegan a entender que precisamente para publicar unas fiestas sagradas, lo cual en todo el mundo se hace y se debe hacer sencilla y llanamente, diciendo que tal día comienzan tales fiestas, que durarán tantos días, que estará o no estará el Sacramento expuesto desde tal hora a tal hora, que habrá o no habrá jubileo, y que predicará fulano, citano y perenzano;[3] qué han de juzgar de nosotros, vuelvo a decir, si saben que precisamente para una friolera[4] como ésta se embarra un gran pliego de papel, llenándole de bazofia, de antítesis ridículos, de esdrújulos fantásticos, de frasotas que nada significan o significan un grandísimo disparate, de epítetos pueriles y alocados a una Santaza como Santa Teresa, que más la ultrajan que la honran, y qué sé yo si de proposiciones heréticas o a lo menos malsonantes?

13. »¿Quién le dijo al autor del cartel, el cual no es posible sino que fuese por ahí algún licenciaduelo ato-

3. *citano*, como zutano. *perenzano*, como perengano. Éste, aquél, etc. Monlau, BAE, XV, p. 242a, suprime «citano y perenzano».

4. *friolera*: así en el autógrafo. Monlau, BAE, XV, p. 242a, «asunto», como Lidforss.

londrado de estos que comienzan a ser aprendices de cultos, y no saben ni son capaces de saber en qué consiste el serlo; quién le dijo al autor del cartel que Santa Teresa, ni otra pura criatura por sí sola, era «la Tierra del Cielo, por quien criara el Cielo el que fundó la Tierra»? Una proposición semejante a ésta, que se dijo por María Santísima, conviene a saber, que *Ipsa colenda est, non tantum ut causa nostrae Redemptionis, sed etiam ut motivum Creationis omnium rerum,*[5] está notada por gravísimos teólogos como digna de muy severa censura. ¿Quién le ha dicho que Santa Teresa ni algún otro santo o santa puede ser en ningún sentido verdadero «el Agua que da Vida», pues no hay otra agua que dé vida sino el agua del bautismo? ¿Quién le ha dicho que es «el Aire que da Espíritu», no habiendo otro quien le dé ni pueda darle sino el soplo figurado, o la inspiración del Espíritu Santo? ¿Quién le ha dicho que...?

14. –Sosiéguese vuestra paternidad –dijo el beneficiado–, que estas cosas no se han de tomar con tanta seriedad. Un poco de sangre fría y un mucho de buen humor es la mejor receta para curarlas, o a lo menos para que no nos perjudiquen. Mire vuestra paternidad, los hombres sabios de la Corte saben que la Corte está llena de ignorantes presumidos de sabios. Los extranjeros también tienen por allá sus autores de cedulones, o cosa equivalente; porque pensar que los tontos no están sembrados por todo el mundo como los hongos, es cosa de chanza; y si no, ahí está Menckenio, en su bello librete *De charlataneria eruditorum*, que no me dejará mentir. El artífice de nuestro cedulón no fue tan mal intencionado como a vuestra paternidad se le figura. Él quiso hacer a Santa Teresa un remedo de todos los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego. No se le ofreció otra cosa mejor, y dijo esos disparates sin meterse en más honduras. Aquí no hubo más, y vuestra paternidad no haga juicios temerarios en materia de su doctrina; porque si sabe la que enseña el

5. «Ella misma debe ser venerada, no sólo como causa de nuestra redención, sino también como motivo de la creación de todas las cosas.»

catecismo, esto le basta para salvarse, sin que sea necesario aprender otras teologías.

15. —Así supiera yo lo que él sabe —interrumpió a esta sazón fray Gerundio—. Cada cual siga su opinión, pero en la mía ese hombre es un monstruo de ingenio. ¡Qué bellos asuntos ofrece en tan pocas líneas para predicar muchos sermones a la Seráfica Madre! No se me olvidarán a mí, cuando se presente la ocasión. «La Luna que pisa el peso de la Luna.» ¡Qué divinidad! ¡Pues la prueba! «Nueva en Favores, Creciente en Verdades, Llena de Luces, Menguante de Errores?» ¡Es un asombro!

—Por lo menos —dijo el beneficiado—, están diestramente aplicados todos los fases [6] de ese planeta: luna nueva, luna creciente, luna llena y luna menguante. Los labradores, los hortelanos y los médicos lunáticos excusan otro calendario; y sólo con ver el cartel sabrán cuándo han de plantar, sembrar, purgar y sangrar.

16. —Diga usted lo que quisiere —continuó fray Gerundio—; que yo, aquello de «El Sol que ofusca Brillos a los Brillos del Sol», no tengo con qué ponderarlo.

—Ni yo tampoco —respondió el beneficiado—, si entendiera bien qué es esto de *ofuscar brillos al sol*. Las nubes no los ofuscan; sólo estorban que se comuniquen a nosotros; y lo mismo hacen las paredes, las ventanas, los toldos y los tejados. Si alguna cosa los hubiera de ofuscar, serían las manchas que dijo el padre Cristóbal Scheinero[7] había descubierto en el sol con un telescopio de nueva invención; pero es natural que el autor no quisiese decir que Santa Teresa era pared, tabique, ventana, toldo, tejado ni mancha. Comoquiera, ello suena bien; y soy de la opiniòn de usted, mi padre fray Gerundio.

17. —¿Y qué me dirá usted —prosiguió fray Gerundio— de aquello de «Fanal del Carmelo, Farol del Mundo»? ¿No es un prodigio?

6. También aquí Monlau difiere: «todas las frases».

7. *Christoph Scheiner* (1575-1650), jesuita astrónomo alemán que disputó con Galileo sobre quién de los dos había descubierto antes las manchas del sol. Escribió *De maculis solaribus tres epistolae* (Roma, 1613).

—Claro está —respondió el beneficiado— que *fanal* y *farol* hacen un eco que encanta; porque aunque *fanal* es una cosa y *farol* es otra, aquí no nos hemos de gobernar por lo que las cosas son, sino por lo que suenan.

—Sobre todo —añadió fray Gerundio—, lo que no se me olvidará, para aprovecharme de ello en tiempo y en sazón, es el bello pensamiento de «la Estrella de la Alba, y la Alba de la Estrella».

—Téngolo por muy conceptuoso —dijo el beneficiado—; pues ahí da a entender que debe haber alguna estrella ordenada *in sacris*, que se reviste el alba para ejercitar su orden; y, en fin, el *lucero del alba* no puede estar explicado con mayor énfasis ni hermosura.

—El concepto predicable que más me agrada —prosiguió fray Gerundio— es decir que Santa Teresa fue «el Agustín de las Mujeres y la Angélica Doctora de los Hombres».

—Eso está dicho con grande chiste —respondió el beneficiado—; porque a las mujeres las dio su hombre, y a los hombres los dio su mujer. Y si alguno dijere que hacer a la Santa, por una parte, *Agustín*, y por otra, *Angélica Doctora*, es hacerla doctora hermafrodita,[8] merece desprecio por la bufonada. ¿Qué cosa más común el día de hoy que llamarse un hombre Agustín? La terminación en *-a* es impertinente para el sexo; porque Juno fue mujer, y se acaba en *-o*; y Caracala fue hombre, y se termina en *-a*.

18. —Con usted me entierren —dijo fray Gerundio—, que se hace cargo de las cosas. Pero, ¿no repara usted en aquellos cinco asuntos para cinco sermones que se podrán predicar delante del mismo Papa: «Teóloga Mística, Física Seráfica, Natural Rectórica, Espiritual Médica, Crítica Querúbica»?

—Dígole a usted, padre predicador mayor —respondió el beneficiado—, que respecto de esos cinco asuntos esdrujulados, las cinco piedras de la honda de David que predicó en Roma el padre Vieira, en cinco domínicas de Cuaresma, para derribar al Filisteo de la culpa, fueron

8. En el autógrafo, «hermafrodita» aparece tachado y, en su lugar, al margen: «*in utroque sexu*, así como los hay *in utroque jure*».

cinco guijarros incultos y de los más bastos. Ésas son cinco piedras preciosas, dignas de engastarse en la corona de hierro de los longobardos que dicen se conserva en Aquisgrán y pesa algunas arrobas. Lo extraño es que el autor dejase quejosas a otras facultades, cuando con igual razón pudiera dejarlas favorecidas. Pues, ¿quién le quitaba añadir que Santa Teresa había sido *astrónoma extática, geógrafa célica, matemática típica, poetisa métrica, etc.*?

—Es que no cabría en el cartel —respondió fray Gerundio.

—Sería por eso —continuó el beneficiado—, pero era fácil el remedio con haberle dispuesto en papel de marca.[9]

19. —El pensamiento que yo prefiero a todos —añadió fray Gerundio— y el que no se me escapará para el primer sermón que se me ofrezca predicar a la gloriosa Santa, es aquel que comprehende tres puntos admirables: «Grande en el Poder, Mayor en el Penar, Máxima en el Amor.»

—Ellas son tres verdades —dijo el beneficiado— bien probadas en la vida de la Seráfica Madre; y no hay duda que la graduación de *grande, mayor, máxima* está según arte, y la terminación en *-er*, *-ar*, *-or* es de exquisito gusto. Lástima fue no añadiese que la Santa había sido *óptima en escribir, sabia de oriente a sur*, y quedaban comprehendidas todas las terminaciones de *-ar, -er, -ir, -or, -ur*.

20. —¿Y le parece a usted —interrumpió fray Gerundio— que no es digno de la mayor admiración el último elogio con que acaba, diciendo que Santa Teresa era y había sido «Por su Virtud, Por su Nobleza, Por su Prudencia, Por su Patria, Hechizo de la Europa, Señora de ambos Mundos, Abogada de España, Consejera de Castilla»?

—¡Oh mi padre fray Gerundio! —respondió el beneficiado—. Ésa es una *cabeza de obra* (perdóneme nuestra lengua, que se me ha puesto en la cabeza explicarme así). Ése es un golpe. ¿Qué digo, golpe? Es un porrazo que descubre los sesos al asombro. Por algo le reservó el autor

9. *papel de marca*, del tamaño del papel sellado (más o menos de a folio).

para lo último, que es donde se ha de dar mayor chispazo. Tiene más alma de la que parece a primera vista. Es uno de aquellos elogios que llaman *de correspondencia*, porque a los cuatro primeros sustantivos han de corresponder por su orden los cuatro segundos adjetivos, casándolos y pareándolos según su numeración. Yo me explicaré, si acierto.

21. »Pidieron informe a cierto bellacuelo de no sé qué rector (porque no dice la leyenda si era de universidad o de colegio), y él le dio en este dístico, que pienso ha de ser de Juan Owen:

Est bonus, et fortasse pius, sed rector ineptus.
Vult, meditatur, agit: plurima, pauca, nihil.[10]

Ahora note usted aquí la correspondencia o el casamiento de los tres verbos con los tres acusativos: *Vult plurima; meditatur pauca; agit nihil.* Pues a este modo el ingeniosísimo autor del cedulón dijo que Santa Teresa de Jesús era por su virtud Hechizo de la Europa, por su nobleza Señora de dos Mundos, por su prudencia Abogada de España, y por su patria Consejera de Castilla. Es verdad que después de haberla supuesto Señora de dos Mundos, bajó mucho la puntería en hacerla primero Abogada y después Consejera. Pero, ¿qué tirador hay tan diestro que lo acierte todo y que alguna vez no baje un poco los puntos? En todo caso, todos aquellos y todas aquellas que tuvieren la dicha de haber nacido en la nobilísima ciudad de Ávila, donde nació Santa Teresa, deben dar gracias al autor del cartel por haberlas [11] descubierto un honorífico privilegio de que verisímilmente ninguno de ellos ni de ellas tenía noticia. Sepan que son por su patria Consejeros o Consejeras de Castilla. Y así desde aquí adelante no se ha de

10. «Es bueno y quizá devoto, pero es un rector inepto. Quiere, piensa, hace: mucho, poco, nada.» Es decir: quiere... mucho, piensa... poco, hace... nada. No parece ser de J. Owen este dístico, que, como señala Sebold, no se encuentra en las ediciones de su obra.

11. *haberlas*, así en el autógrafo, que sólo concuerda con el femenino del antecedente «todos aquellos y todas aquellas».

llamar Ávila de los Caballeros, sino Ávila de los Consejeros y de las Consejeras. De las ilustres familias de los Cepedas y Ahumadas que dieron a luz a esta gran Santa, no hay que hablar. Su privilegio o su gloria es mucho mayor, pues precisamente por su nobleza son Señoras de ambos Mundos.

22. –Paréceme –dijo fray Gerundio– que usted a ratos se zumba; pues en verdad que yo hablo muy de veras en todo cuanto digo. A lo menos no tendrá usted qué glosar sobre aquella elegantísima frase que dice: «Comienza el Jubileo plenísimo desde la hora de Vísperas (cuando en carroza de cristal hace su marcha el Sol).»

–¿Qué he de glosar de ese paréntesis ni qué puedo decir de él –respondió el beneficiado– que no sea muy debajo de lo que merece? La elevación de la frase no puede ser mayor, pues llega hasta el mismo sol. La del concepto es clara como un cristal, y sobre todo la oportunidad no tiene precio. Añádase la novedad con que se corrige la plana a todos los poetas que ha habido desde que se fundó la poesía en la Arcadia o en Caldea, que ése es chico pleito. Todos hasta aquí habían dado en la manía de que el sol hacía sus marchas en carroza de fuego; y después, según unos, se sepultaba en urna de cristal, y según otros, se dormía en catre de plata líquida. Ha sido enorme error, o por lo menos una alucinación tan universal como de grave perjuicio. Por un telescopio de nueva invención con las lentes invertidas, que por dicha llegó a manos de nuestro autor, descubrió clarísimamente que la carroza en que el sol corre la posta es de cristal. Y aunque desde lejos parece que rúa toda embestida de fuego, y que es fuego lo que respiran por las narices y boca los caballos que la tiran, es ilusión de la vista. Esto nace de que como el sol va dentro de la carroza, y ésta es de cristal, así como también son diáfanos y transparentes los caballos, penétranse los rayos por las vidrieras, y parece fuego lo que en realidad no es más que cristal de roca.

23. –Búrlese usted o no se burle –dijo fray Gerundio–, no podrá negar que es elegante la expresión con que anuncia al público los sujetos que han de predicar, y el texto sobre que «Serán Trompetas Místicas de las Voces

Evangélicas *Confiteor tibi, Pater*, los Oradores siguientes...»

—Pues, ¿ve usted? —respondió el beneficiado—; eso es puntualmente lo único que yo hubiera omitido, no porque no esté dicho con mucha *sonoridad* y con una bella cadencia de los dos esdrújulos *místicas* y *evangélicas*, sino porque como ahora hay tantos en el mundo que perderán un par de amigos por aprovechar un equivoquillo insulso, habrá más de dos que digan que muchos, todos o algunos de los oradores nombrados eran unos pobres *trompetas*, y citarán para prueba al mismo cartel.

CAPÍTULO II

ESTORNUDA EL BENEFICIADO; INTERRÚMPESE LA CONVERSACIÓN CON EL «DOMINUS TECUM» Y CON EL «VIVAN USTEDES MIL AÑOS»; Y DESPUÉS SE SUENA

—NO sólo cortó usted mi cólera —dijo a esta sazón el maestro Prudencio con semblante placentero—, sino que la ha convertido en risa. Ya veo que no es negocio de tomar con seriedad los disparates de esos cedulones que se fijan en las esquinas. De ésos no se sigue otro inconveniente que el que a sus autores los tengan por lo que son; pero otras bocanadas parecidas a ésas en los púlpitos no se pueden tolerar, porque son de grave consecuencia para la religión, para la nación y para las costumbres. En suma, el cartel es disparatadísimo, y no parece posible otro que le iguale.

2. —Eso es mucho decir, padre maestro —replicó el beneficiado—. La esfera de lo posible es muy dilatada, y a pique está que tenga en el bolsillo con qué convencer a vuestra reverendísima cuánto se equivoca en juzgar que no caben en la línea mayores dislates.

—Usted se chancea —dijo el maestro Prudencio.

—¿Me chanceo? —replicó el beneficiado—. Ahora lo veredes, dijo Agrajes.

Y diciendo y haciendo, sacó del bolso otro papel que también protestó se le habían enviado por el correo como pieza única; y era un cartel que se fijó, no en la Corte,

sino en otra ciudad muy autorizada, publicando una fiesta de San Cosme y San Damián. Leyóle con fidelidad, a excepción de tal cual cosa que omitió por prudencia, y decía así literalmente: «Solemnes Cultos, Obsequiosos Aplausos, Aclamaciones Festivas, Demostraciones del más fino Amor, que a sus fidelísimos *Acates*, Templos Vivos de la Caridad, *Seutipiubsores, Cosmiclimatas, Bracamanes*, Oficinas de las maravillas divinas, Prodigios de Milagros, Milagros de Prodigios, *Crisoprasos* de la Gracia, *Agapetas* [12] de Corazones Val... SAN COSME y SAN DAMIÁN. Dedican, Consagran y Ofrecen con cordial devoción los hijos de... etc.»

3. —Me doy por convencido —dijo el maestro Prudencio, volviéndose a santiguar—. Ese cartel es más breve que el antecedente; no tiene otra cosa mejor. Por lo demás, se puede decir de los dos lo que respondió cierto provincial a un padre que tenía dos hijos en la religión y le preguntó cuál de los dos era el peor, fray Pedro o fray Juan. A que respondió el provincial: «Ambos son peores.» Yo no entiendo la lengua griega, de lo que estoy muy pesaroso, y lo digo con vergüenza; pero harto será que hasta para los mismos griegos no sea grieguísima toda esa jerigonza de *acates, seutipiubsores, cosmiclimatas, bracamanes, crisoprasos* y *agapetas. Bracmanes* (y no *bracamanes*) *no es voz griega*, y ya sé lo que significa. Es una casta, o muchas de las familias más nobles y más sabias en las Indias Orientales, sumamente dificultosas de convertir; porque teniendo por viles y por vitandos a todos los que no son de igual familia o casta, se desdeñan de tratar con ellos, tanto, que ni aun para ejercer los más bajos oficios de la casa los admitirán. Y así el cocinero del bracmán ha de ser bracmán, llegando en algunas partes la extravagancia a señalar también sus castas bracmanales a los caballos, a los jumentos y a los demás brutos domésticos, para que los bracmanes se puedan servir de ellos con honor. Pero, al fin yo no sé por dónde los pueda venir lo bracmán a los dos gloriosísimos mártires San Cosme y San Damián.

12. *Acates*: amigos fieles. *Seutipiubsores*: ignoro su significado. *Cosmiclimatas*, ¿alude al clima cósmico? *Crisoprasos*: piedra preciosa de color oro y verde. *Agapetas*: amantes.

4. —¿Ahora se detiene en eso vuestra reverendísima? —repuso el beneficiado—. Lo bracmán los viene por tan línea recta como lo *seutipiubsor, cosmiclimata* y *crisopraso.* El inventor del solemnísimo cedulón no se paró en esas menudencias. Tiró, lo primero, a acreditarse de otro Cornelio Schrevelio [13] en la inteligencia de la lengua griega para con los ignorantes de ella; y pretendió, lo segundo, aturrullar los oídos del populacho con esas voces barbarisonantes, sin habérsele pasado otra cosa por la imaginación. Si entonces se le hubiera ocurrido a ella el *Heautontimorumenos* de Terencio, tan cierto es que llama *Heautontimorumenos* a los dos benditos santos, como los llamó *cosmiclimatas* y *agapetas.* Yo bien sé que se llaman *agapetas* aquellos que asistían a los convites de la caridad que se estilaban entre los fieles allá en los primeros siglos de la Iglesia, y que los mismos convites se llamaban *ágapes*, de *agapa*, que significa *amor*; pero se me esconde qué aplicación oportuna y natural se puede hacer de esta voz a los dos Santos Médicos.

—Comoquiera que ello sea —dijo entonces fray Gerundio, tomando un polvo y haciendo del socarrón—, estos *epítectos* [14] suenan bien, y pueden hacer su papel en un sermoncito de rumbo.

5. —Tenga usted —exclamó a esta sazón el maestro padre Prudencio, dándose una palmada en la frente—, que también yo he de contribuir con mi cornadillo al provechoso asunto de esta conversación. Ahora me acuerdo que tengo en la celda dos papelitos impresos, a manera de esquelas, que pocos días ha me envió de Zaragoza cierto corresponsal mío de la Orden, hombre de juicio, de delicadeza y de literatura; para que sepa usted, señor beneficiado, que todos tenemos también nuestros amigos y nuestras correspondencias de gustillo. Si no me engaño, estos papelejos están en el mismo gusto que los dos carteles, salvo que son por término muy diferente y están

13. *Cornelius Schrevelius* (1615-1664), gramático, rector del Colegio de Leyden. Autor de *Lexicon manuale greco-latinum et latino-graecum* (Leyden, 1654).

14. Así en el original.

escritos en latín. Son cuatro décimas latinas en ecos, las cuales forman dos elogios distintos al Angélico Doctor Santo Tomás, y dudo mucho que hasta ahora hayan dado a luz las prensas cuatro locuras semejantes. Voy por ellas.

Salió, llegó, volvió, sentóse, y leyó lo que sigue:

EUCHARISTICO ECCLESIAE CÁLAMO

Angelico Praecep . . . . tori,
Tori Cathedram a . . . . genti,
Genti ut luceat pubesc . . . . enti,
Entique fulgeat majori;
Humilitatis A . . . . mori
Mori Thomae, qui extat Pr . . . . ora,
Ora, Cymba Matre F . . . . lora,
Lora, Dux, Gladius, A . . . . cantus,
Cantus, Sidus, Turris, Xan . . . . thus,
Thus, Paradisus, Aurora

Soli lucis ful . . . . minoso,
Minoso haeresis ter . . . . rori,
Rori gratiae g . . . . estuoso
Aestuosoque Doctori;
Castissimo intacto fl . . . . ori,
Ori sophiam evo . . . . menti,
Menti proclivi cl . . . . amori,
Amorique Dei ferventi,
Haec libens consecro Thura,
Dona dum expecto futura.

6. —Padre maestro, ¡qué dice! —exclamó el beneficiado, tendiéndose de risa por aquellos suelos—. ¡Es posible que se han impreso esas preciosidades! Si no conociera a vuestra reverendísima y no supiera que es hombre tan serio y tan veraz, creería que era invención suya. Venga por Dios ese papel, que no hay dinero con que pagarle.

Tomóle, leyóle, releyóle, estuvo pasmado y suspenso por algún tiempo, y al cabo prorrumpió en estas exclamaciones:

—¡Soy un insulso! ¡Soy un tonto! ¡Soy un mentecato! ¡Soy un ignorante! Yo creí que sabía algo de composicio-

nes locas, disparatadas, ridículas; y tenía mi poco de vanidad de que las que había encomendado a la memoria eran originales. Pero todas ellas no valen un pito en comparación de estas dos décimas; y hablando determinadamente de mis dos carteles, con que yo venía tan confitado, digo con ingenuidad que

Non sunt nostrates tergere digna nates.[15]

7. »Me ha de dar vuestra reverendísima licencia, aunque parezca un poco prolijo, para construir fielmente en castellano lo que dicen esas dos décimas, siguiendo puntualmente el mismo orden de su epígrafe y de sus pies, aunque no sea posible conservar sus divinos ecos; porque como las voces castellanas son tan distintas de las latinas, no pueden corresponder a unas los ecos de las otras.

A LA EUCARÍSTICA PLUMA DE LA IGLESIA

Al Angélico Preceptor,
Catedrático de la Cama,
Para lucir a los que apunta el bozo,
Y para resplandecer al mayor Ente;
Al Amor de la Humildad,
A la Costumbre de Tomás, que es proa,
Ora[16] *marítima y el bote Flora,*
Cota, Capitán, Espada, Acanto,
Canto, Estrella, Torre, Janto,
Incienso, Paraíso, Aurora.

Al Sol que fulmina luz,
Amenazante terror de la herejía,
Rocío que lleva la gracia,
Y Doctor ardiente;
A la castísima intacta flor,
Boca que vomita sabiduría,

15. «No son dignos de limpiar nuestras nalgas.» Vid. nota 142 del libro I.
16. *Ora*, orilla.

Entendimiento inclinado al clamor
Y Amor de Dios ferviente,
Consagro con gusto estos inciensos,
Mientras espeto los dones futuros.

8. »No me detengo ahora en los barbarismos ni en los solecismos que hierven en el latín; porque si me detuviera en esto, sería tan pobre hombre como el que lo compuso. Lo que me arrebata toda la atención es pensar qué cansado quedaría el brazo de su autor, y qué ufanos los que costearon la impresión de esta grande obra y sembraron de sus papeluchos a la ciudad de Zaragoza. ¡Entre cuántos mentecatos pasaría el artífice por un ingenio monstruoso! ¡Cuántos inocentes creerían que no se habían dado al Ángel de las Escuelas elogios más delicados! ¡Hora bien, padre maestro, yo no soy poeta, ni permita Dios que lo sea. En serio he compuesto bien pocas coplas; y aunque algunas se han celebrado, bien conozco que estoy muy distante de la perfección de esta facultad tan grande como desgraciada. Pero tanto como para componer de repente, no digo una décima, sino aunque sea una canción real con su cola y todo, y un romance tan largo como el de don Diego de Mendoza,[17] con tal que sea sin conexión, sin orden, sin sentido y a desbarrar a tiros largos, dicen que tengo algún talento. Y en parte me inclino a creerlo, porque me he experimentado en algunas funciones. Pues, a Dios y a dicha y a salga lo que saliere, allá va esa décima con ecos, imitando perfectamente a las dos latinas; y sea para mayor honra y gloria de su incomparable autor.

17. Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575), escribió romances y obras poéticas en formas tradicionales, aunque también siguiendo las innovaciones italianistas. Fue más afortunado en los primeros, por los que le elogió Lope de Vega. Vid. A. Prieto, *La poesía española del siglo XVI. I. Andáis tras mis escritos*, Madrid. Castalia, 1984, cap. IV.

DÉCIMA

La batalla de Bi . . . . tonto,
Tonto, no fue en Mon . . . . dragón.
Dragón, que vio la f . . . . unción,
Unción tomó junto al Ponto.
Si al Parnaso me re . . . . monto,
Monto sobre ti pol . . . . lino.
Lino de hila en el mo . . . . lino–,
Lino de Mingo Ca . . . . zurro.
Zurro y más zurro a este burro,
Y cátate un desatino.

9. –Es buen repente –dijo el maestro Prudencio–, y digna retribución del simple que ultrajó más que honró al Angélico Doctor con esa sarta de necedades. Llámale *Pluma eucarística de la Iglesia*, y es lo único bueno que tiene el elogio, con alusión a que el Santo compuso el oficio del Santísimo Sacramento. Y aunque no faltaron algunos que le quisieron disputar esta gloria y a nosotros este consuelo, ya el hecho no admite duda. Y si fue también autor del devotísimo himno *Sacris solemnis*, juntamente con el otro:

Pange, lingua, gloriosi corporis mysterium; [18]

¡qué indignación o qué risa le causaría (si los santos fuesen capaces de estos afectos en aquella región de inmutable serenidad), al verse elogiar tan torpemente por un poeta igualmente zafio que zurdo! Harto será le disimulase los barbarismos de *minoso, fulminoso, aestuoso, gestuoso*, que dudo mucho hubiese dado con ellos el célebre Carlos de Fresne, señor de Cange, en su laboriosísimo *Glosario*, o *Diccionario, de la baja latinidad.*

–Comoquiera, padre reverendísimo –replicó el beneficiado–, las dos décimas son tan disparatadas, que no parecen posibles otras que las igualen.

10. –Eso es mucho decir –replicó el padre maestro,

18. Himnos que se atribuyen tradicionalmente a santo Tomás. Se cantan en la procesión del Corpus y en fiestas relacionadas con él.

tomando al beneficiado las mismas palabras de que se había valido para creer que no era posible otro cartel tan desbarrado como el primero—; eso es mucho decir, señor beneficiado. La esfera de lo posible es muy dilatada, y a pique está que tenga en esa mano con qué convencer a usted cuánto se equivoca en juzgar que no caben en la línea mayores dislates. Ahora lo veredes, dijo Agrages.

Y diciendo y haciendo, leyó otro par de décimas; asimismo impresas, en elogio del propio Santo, que decían de esa manera:

SANCTISSIMO CONCILIORUM ALTARI

Maximo Scholae Pa . . . . trono,
Throno Pudoris Ve . . . . terni,
Terni contra vim A . . . . verni,
Verni Solis gaudes dono;
Sedulo Ecclesiae Colon . . . . o:
Oh, multiplex tui vo . . . . lumen!
Lumen, Lagena, C . . . . acumen,
Acumen, Sol, Luna, Na . . . . vis,
Vis, Radius, Lancea, Cl . . . . avis,
Avis, Tuba, Scutum, flumen.

Firmo Doctrinae Cas . . . . tello,
Telo humoris no . . . . civo,
Cibo Domini no . . . . vello.
Bello Veneris laesivo;
Numini caeli f . . . . estivo,
Aestivo orandi sa . . . . cello,
Zelo Universiti attr . . . . activo.
Activo Virtutis Caelo,
Haec serta dico gratanter,
Numenque nixurio instanter.

11. —Vuestra reverendísima tiene razón —dijo el beneficiado, luego que le permitieron hablar las carcajadas, en fuerza de las cuales temió arrojar los ijares por la boca—. En comparación de esas dos décimas, las otras dos son discretísimas, son elegantísimas, son conceptuosísimas;

son todos los superlativos que puede inventar el autor italiano más ensuperlativado. Es lástima no volverlas en romance. Voy a hacerlo con la misma legalidad que las otras.

AL SANTÍSIMO ALTAR DE LOS CONCILIOS

Al máximo Patrono de la Escuela,
Trono del Pudor Veterano,
Contra la fuerza del terreno, Averno,
Que gozas del don del Sol de la Primavera;
Al cuidadoso Labrador de la Iglesia;
¡Oh, cuántos volúmenes has escrito!
Luz, Botella, Cumbre,
Agudeza, Sol, Luna, Nave,
Fuerza, Rayo, Lanza, Llave,
Ave, Trompeta, Escudo, Río.

Al firme Castillo de la Doctrina,
Dardo de humor nocivo,
Comida nueva del Señor,
Guerra lesiva de Venus;
Al festivo Dios del Cielo,
Capilla para orar en el verano,
Celo atractivo del Universo,
Activo Cielo de la Virtud,
Dedico con gusto estas coronas;
Y con instancia estoy pariendo el numen.

12. »Desafío a todos los ingenios del mundo, exceptuando únicamente el del autor, a que en tan pocos renglones pongan en pie tanta multitud de disparates ni de cosas tan inconexas, tan absurdas y tan alocadas. Lo de *Santísimo Altar de los Concilios*, ya sé a lo que alude. Hace alusión a no sé qué Papa del Orden de Predicadores, que estando para celebrar misa a presencia de los padres de un Concilio, mandó le pusiesen por ara un libro de Santo Tomás. Pase la noticia, por más que la contradigan muchos; que yo no hallo repugnancia en creerla, ni encuentro disonancia en que un Papa quisiese distinguir con este singularísimo honor las obras de un Santo Tomás, tan

beneméritas de la universal Iglesia. Pero, ¿qué nos querrá dar a entender el decimista con decir que Santo Tomás es «trono del pudor veterano»? ¿Si se habrá excitado otra disputa sobre el pudor veterano y el pudor moderno, como la que en años pasados divirtió por algunos días a la Corte sobre los oradores *a la moderna y a la veterana*? No haría más el decimista en explicarnos cuál era el pudor *veterano*, para ver si nos convenía trocar el *moderno* por él.

13. »Aquello de «contra la fuerza del terno Averno» *(Terni contra vim Averni)*, es un descubrimiento terrible. Hasta aquí creímos que no había más que un infierno, esto es, un único seno de los precitos y de los condenados. Y lo más a que se adelantaba la consideración, según el pensamiento de San Agustín, era a que para los cristianos parece que debiera haber dos. El decimista por la cuenta ha descubierto otro tercero, o un terno de infiernos horroroso:

Pues que vencía allá el pudor veterno
La fuerza superior del terno Averno.

14. »Pero [19] lo que no se puede negar es que el pensamiento del cuarto pie: *Verni Solis gaudes dono* («Que gozas

19. Este párrafo es el resultado de haber hecho Isla ciertos cambios en su traducción de las últimas décimas. Por error tradujo «el sol de verano» en lugar de «sol de primavera» y, al corregir este fallo, tuvo que cambiar este párrafo que, en un principio, rezaba así: «Pero lo que no se puede negar es que el pensamiento del cuarto pie: *Verni Solis gaudes dono* ("Que gozas del don del Sol de Verano"), es un pensamiento verdaderamente alto y profundo. No dijo que santo Tomás gozaba del don del sol del invierno, del de la primavera, ni del del otoño; sino del del verano, del del estío, y verisímilmente del mismo de la Canícula. Y esto ¿por qué? Porque mereció vestir el religiosísimo hábito de grande patriarca Santo Domingo, y todos sabemos que este Santo, aun antes de nacer, fue misteriosamente prenunciado a su madre, cuando soñó que traía en su vientre un perro con una hacha encendida en la boca: figura la más cabal de la Canícula, la cual por ahora siempre es en el rigor del verano; que andando el tiempo, no sabemos por cuando caerá. Pues, sin duda que eso quiso decir el poeta, cuando afirmó que santo Tomás "gozaba del don del sol del Verano". Pero si quiso decir otra cosa, agradézcame la buena voluntad.»

del don del Sol de la Primavera»), es un pensamiento verdaderamente alto y profundo. No dijo que Santo Tomás gozaba del don del sol del invierno, del del verano, ni del del otoño, sino del de la primavera; porque el sol del invierno enfría, el del verano quema, el del otoño achucha, y sólo el de la primavera recrea sin ofensión. Pues, sin duda que eso quiso decir el poeta, cuando afirmó que Santo Tomás gozaba del dote del sol de la primavera. Pero si quiso decir otra cosa, agradézcame la buena voluntad.

15. —Gana tiene usted de perder tiempo —interrumpió el maestro Prudencio—, en ir interpretando, ni mucho menos glosando, los disparates de las décimas. Hemos menester hacernos cargo de que el poeta era un pobre simple; que sólo tiró a ajustar sus ecos, saliesen como saliesen, sin consecuencia para los demás. A no ser esto así, ¿quién le había de tolerar que llamase a Santo Tomás «Dardo de humor nocivo» *(Telo humoris nocivo)*, «Festivo Dios del Cielo» *(Numini Caeli festivo)*, y «Capilla para orar en el verano» *(Aestivo orandi sacello)*?

—A fe que tiene vuestra reverendísima razón —dijo el beneficiado—, y nos gastemos más prosa con este inocente. Mas porque no se quejen estas segundas décimas de que no las saludo yo con otra de mi invención, como a las primeras, allá van esos diez pies en busca del autor, que debiera andar en cuatro.

Salvajes en la Ca . . nada,
Nada tenéis que bus . car:
Car . . . . los Quinto, ni aun el Zar;
Porque más acá hay po sada.
Sada fue mi cama . . rada.
Rada toma chocol . . late.
Ate Roque el cordel . late.
Late un oculto miste rio.
Rio . . . . me del magisterio
Y cata otro disparate.

16. Como durante la glosa de las cuatro décimas no dejaron hacer baza a nuestro fray Gerundio, guardo un

profundo silencio. Pero no se le dio mucho, porque a él no le habían parecido tan mal las décimas como al beneficiado y al padre maestro. Antes bien hallaba en los ecos una gracia sin igual, que casi casi le encantaba. Y si salía a defenderlas, bien conocía que no había de sacar buen partido; si se ponía de parte de los que se burlaban de ellas, iría contra su propia conciencia. Conque, todo bien considerado, se alegró de que no le dejasen hablar. Sólo suplicó al padre maestro que le permitiese sacar una copia de aquellos papeles para reservarlos entre los más curiosos; lo que sin dificultad le concedió, pareciéndole que después de la merecida zurra que habían llevado, no le pasaría por la imaginación conservarlos para otra cosa que para diversión y para risa, y no para modelo.

17. Con esto levantó la visita el beneficiado, a quien salieron a despedir el maestro Prudencio y fray Gerundio. En el camino, y como de paso, dijo el padre maestro al beneficiado:

—Por aquí se conoce con cuanta justificación está mandado por diferentes autos, acordados del Consejo y por otras varias reales órdenes, que ningún impresor pueda imprimir libro, memorial u otro algún papel suelto, de cualquier calidad y tamaño, aunque sea de pocos renglones, sin que le conste y tenga licencia para ello del Consejo, o del señor juez privativo y Superintendente General de Imprentas, pena de dos mil ducados y seis años de destierro.[20] Es justísima esta providencia, por más que parezca demasiadamente rígida; y si se observara con el debido rigor, no se imprimirían carteles necios, décimas locas ni folletos indignos; que, todo bien reflexionado, no tanto nos divierten, cuanto nos afrentan. Hoy se cela esto de los libros y de las imprentas con mayor severidad que nunca; y aunque algunos se quejan de la nimiedad, menos inconveniente hay en este extremo que en el contrario, y más cuando enseña la experiencia que ni aun todo este rigor alcanza para librarnos del todo de estas monstruo-

20. Se refiere a la ley sobre impresiones de 1754, que estuvo en vigor hasta 1805, de la que es «autor» Juan Antonio Curiel de Tejada.

sidades. Ojalá que con el mismo se celaran las dedicatorias de las conclusiones, en las cuales hay tanta bazofia y tanto desatino, que alguna vez he estado tentado a hacer una colección de las más ridículas; y sólo me ha detenido la consideración de que las naciones no nos tengan a todos por bárbaros, siendo así que somos tantos a llorar la intrépida ignorancia de los que dan motivo para esto.

A tal punto llegaron a la portería; y el beneficiado se fue a su casa, y cada uno de los dos religiosos a su celda.

CAPÍTULO III

Dispone fray Gerundio su Semana Santa

TOMÓLA con tanto empeño, que se negó con ejemplar constancia y edificación a los muchos que tuvo para predicar varios sermones en aquel verano. Entre otros, le importunaron con exceso para que admitiese uno de grande aparato y de no menor utilidad, para una fiesta que se había de celebrar en cierto lugar vecino, en acción de gracias de haber hecho el rey obispo de Indias al cura que era del mismo lugar, hombre docto, piadoso y limosnero. No le pudieron vencer a que lo admitiese, por no distraerse a otros asuntos, ni exponerse a que le faltase el tiempo para prevenir su Semana Santa. Y por cuanto uno de los que más le instaban para que admitiese el sermón de gracias, le dio a entender que se atribuiría su resistencia a que era asunto nuevo y enrevesado, de lo que había poco en los libros, y por eso no se atrevía con él, fray Gerundio, para desengañarle, le enseñó al instante unos apuntamientos que tenía a su parecer muy escogidos para este género de funciones.

2. Eran todos sacados a la letra de cierto sermón que se predicó en cierta ciudad al mismísimo idéntico asunto de un párraco electo obispo de Indias, llamado Juan (así se llamaba también el nuevo electo), que lloró mucho con la noticia de su elección, se resistió a consentir en ella, al fin aceptó. Celebró una fiesta muy solemne en su misma parroquia una numerosa congregación que había en ella,

de que era padre espiritual el mismo señor obispo. Se buscó orador de fuera, y fue un padre maestro ingenioso y hábil sin duda, pero de los que en el púlpito se dejan llevar de la corriente. Se trajo la música de la Catedral. Hubo fuegos, toros y vítor, que sacaron los estudiantes de la escuela que había profesado el prelado. De todo se hizo cargo el orador en la salutación, y todo le pareció a fray Gerundio que con grandísima facilidad se podía adaptar a la elección de cualquiera señor obispo. Y si en la fiesta estaba el sacramento patente, como es regular, sería otro tanto oro. El excerpto [21] que leyó al que le importunaba, decía así a la letra:

3. «*Apuntamientos para sermones en elecciones de obispos*: Si se aflige el electo, como suele suceder, consolarle con esta entradilla: No lloréis, Juan, no lloréis: *Ne fleveris.*[22] ¿Y por qué llora Juan? Ya lo dice él mismo: *Vidi in dextra sedentis super thronum, librum scriptum intus et foris, signatum sigillis septem... Et ego flebam multum.*[23] El que está sentado sobre el trono es el rey: el libro del cual pendían siete sellos, según unos, es figura de las bulas plumbadas, de las cuales viene pendiente el plomo con el sello pontificio: *Pictores nostri hunc librum cum septem sigillis pendentibus instar Bullarum depingunt.* Según otros, era una carta cerrada, llamada *libro*, como llaman los hebreos a cualquiera papel o pergamino escrito: *Hebraei quodcumque scripti genus librum appellant. Ille de quo hic agitur erat potius epistola quaedam plicata.* Carta cerrada a nombre del rey, que amenaza con unas bulas plumbadas, motivo es para que Juan llore y se aflija mucho: *Et ego flebam multum.* Ya tenemos cédula real, bulas y llanto.

4. »¿Quién ha de consolar al pobre obispo? Ya lo dice el texto: *Vicit leo de tribu Juda.*[24] El león de Judá que se representa, no sólo como manso cordero, sino como muerto sobre el mismo libro: *Agnum stantem tanquam oc-*

21. *excerpto*: extracto.
22. Apocalipsis, V, 5.
23. Apocalipsis, V, 1-4.
24. Apocalipsis, V, 5: «Ha vencido el león de la tribu de Judá.»

cisum,[25] es figura del Sacramento. Este Cordero sacramentado le alarga con su propia mano las bulas: *Et accepit de dextera sedentis in throno librum... instar bullarum depingunt.*[26] Mándale que las acepte, y que dé cuenta a su Santa Iglesia: *Scribe Ecclesiis.* No puede resistirse: *Vicit leo.* Ni tiene para qué, porque el mismo Cordero se empeña en darle cuanto ha de menester para desempeñar su ministerio. Por eso se representa unas veces paseándose, otras sentado y otras en pie: *ambulantem, sedentem, stantem.* Cuando pesa los méritos del que ha de elegir, se pasea *(ambulantem)*; cuando los califica, se sienta *(sedentem)*; cuando los premia, se pone en pie *(stantem)*, como que está pronto para ayudarle y para defenderle. ¿Necesita el obispo ojos? El Cordero tiene siete: *habentem... oculos septem.* ¿Necesita los dones del Espíritu Santo? Ahí los tiene figurados en los siete cuernos del Cordero: *cornua septem.* ¿Necesita atravesar el mar y que los Ángeles del Señor le conduzcan felizmente a tierra firme? Ahí lo tiene todo: *habentem cornua septem, et oculos septem, qui sunt septem spiritus Dei, missi in omnem terram.*[27]

5. »Supuesta la acetación como triunfo del Cordero, ¿quién le da, o quién le instituye, la solemnísima fiesta en acción de gracias? Al texto: *Cum aperuisset librum... viginti quatuor seniores ceciderunt coram Agno, habentes singuli citharas et phialas aureas... dicentes,*[28] etcétera. Los *antiguos,* los *doces,* los *veinte y cuatros,* que son los que ocupan el palenque de esta nobílisima congregación y se distinguen en ella con estos nombres: *viginti quatuor seniores ceciderunt coram Agno,* ellos parece que todos se han convertido en músicos por el amor para cantar gracias al Cordero: *habentes singuli citharas.* Mas, no contentos con esto,

25. Apocalipsis, V, 6: «Un cordero que estaba en pie como degollado.»

26. Apocalipsis, V, 7: «Y tomó el libro de la diestra del que estaba sentado en el trono» [que pintan a semejanza de las bulas].

27. Apocalipsis, V, 6: «Tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios enviados a toda la tierra.»

28. Apocalipsis, V, 8-9: «Y cuando lo hubo tomado, los veinticuatro... vivientes ancianos cayeron delante del Cordero, teniendo cada uno su cítara y copas de oro..., diciendo...»

han conducido esa dulcísima y acorde música que tiene su origen, no allá de los podridos nervios o cuerdas de la tortuga de Mercurio,[29] sino del mismo cielo: *Itaque caelum instrumentum musicae Archetypum videtur mihi, non propter alia sic elaboratum quam ut rerum Parentis hymni decantarentur et musice.*[30] Hasta el orador parece que estaba figurado en el texto; porque, ya fuese él o ya fuese otro, como lo pretendió, el sermón siempre sería nuevo: *Et cantabant canticum novum.*

6. »Los cohetes están claros, puesto que se disparaban desde el mismo trono: *Et de throno procedebant fulgura, et voces, et tonitrua.* El vítor de los estudiantes de la escuela jesuita es el que no se puede dejar de reconocer en aquellos cuatro misteriosos vivientes que asistían a la cátedra o trono de Jesús: *in circuitu sedis*, y con el semblante y vuelo de águilas: *et quartum simile aquilae volanti*, se remontaron más, vitoreando día y noche: *Et requiem non habebent die ac nocte, dicentia: Sanctus, Sanctus, Sanctus.* Finalmente, hasta los toros se divisan en nuestro texto, pues tampoco faltan en él semblantes de toros: *et secundum animal simile vitulo.*[31]

7. »Asunto: *El laberinto.* Eslo Cristo en el Sacramento, por cinco razones: Primera, porque fue figurado en el desierto: *Apparuit in deserto.* Segunda, porque se admiraron los israelitas: *Quid est hoc?*[32] Tercera, porque en él se confunden los sentidos: *Et si sensus deficit.* Cuarta porque se les hizo duro a los judíos: *Durus est hic sermo*[33]. Quinta, porque es alfa y omega, principio y fin de todo.

8. »El Sacramento, pues, ha de ser el centro del labe-

29. Alude a la lira que Mercurio hizo con la concha de una tortuga. Las cuerdas fueron nueve, en honor de las nueve Musas. Mercurio regaló a Apolo esta lira y, a cambio, recibió el caduceo.

30. «Así el cielo me parece el modelo de los instrumentos musicales, fabricado no por otro motivo sino para cantar himnos acordes al Padre de todas las cosas.»

31. Respectivamente, Apocalipsis, V, 9; IV, 5; IV, 6; IV, 7; IV, 8; IV, 7.

32. Respectivamente, Hechos de los Apóstoles, VII, 30; San Marcos, I, 27.

33. San Juan, VI, 61.

rinto. El laberinto no ha de tener más que dos calles, y las calles han de ser los otros dos Evangelios que concurren a la fiesta, porque el del Sacramento está ya aplicado al centro.

9. »Primera calle y primer Evangelio: *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam.*[34] ¿Por qué elige Cristo a Pedro para obispo de los obispos y para piedra fundamental de su Iglesia? Porque desde que le impusieron el nombre, se llamó Cefas, que es lo mismo que Pedro o piedra: *Tu vocaberis Cephas, quod interpretatur Petrus.*[35] ¡Hermoso registro! Pues descúbrase ya (hablemos aquí claros) la cifra que desde la pila del bautismo goza por alta providencia nuestro amantísimo señor obispo. ¿Cómo se llama su señoría? Don Juan García Abbadiano. Vuélvase esto ahora en latín y escríbase de esta manera: *Dominus Joannes Garcia Abbadianus.* ¿Qué sale en anagrama? *Juan, obispo de Caracas ad minus*, esto es, «Juan, obispo de Caracas por lo menos».

10. »Vaya otro anagrama latino para mayor confirmación: *Joannes gratia Domini Abba ad nos*, y sobra una *v*; pero es fácil acomodarla, porque significando *abba* lo mismo que *padre*, se puede decir: «Juan, por la gracia del señor V padre (obispo) para nosotros.» El señor V es Felipe V, que le presentó para el obispado. A este modo es fácil hacer anagramas del nombre de cualquiera obispo electo; porque si no saliere en romance, saldrá en latín. Y si sobraren algunas letras, mejor; pues más vale que sobren, que no que falten.»

11. Iba a proseguir fray Gerundio en la lectura de sus apuntamientos, pero el sujeto a quien se los leía le interrumpió diciendo:

—Basta, que estoy de prisa, y quedo convencido de que no es fácil le coja a usted de susto ningún empeño, por arduo que parezca, y que el negarse a este sermón no es ni puede ser por falta de materiales.»

Despidióse; y nuestro fray Gerundio, sin perder tiempo, comenzó a hacer sus prevenciones.

34. San Mateo, XVI, 18.
35. San Juan, I, 42.

12. Había traído de Pero Rubio una nota de los sermones que había de predicar, con todas las circunstancias agravantes de cada uno, la cual había tenido gran cuidado de entregarle el licenciado Flechilla, hombre puntual y muy exacto. Venía la nota con toda distinción, precisión y claridad para evitar toda equivocación; y nos ha parecido trasladarla aquí,[36] ni más ni menos como se encontró en un manuscrito arábigo muy antiguo, de donde fielmente se copió (si no nos engañó nuestro traductor); por lo que podrá conducir para la inteligencia de lo que adelante se dirá. Estaba, pues, concebida en estos propios términos:

«SEMANA SANTA DE PERO RUBIO

»*Instrucción de la villa a los reverendos predicadores*

13. »Primer sermón: Domingo de Ramos. Hácese la procesión al vivo. Va a caballo en la santa asna el que hace al Cristo, que es siempre el mayordomo de la Cofradía de la Cruz. Rodéanle los doce cofrades más antiguos de luz, vestidos de Apóstoles con túnicas talares de diferentes colores. Anda la procesión alrededor de la iglesia, donde hay dos olivos y un moral. Trepan a ellos todos los muchachos que pueden, los cuales durante la procesión están continuamente cortando y arrojando ramos al suelo. Cuando el sacristán canta: *Pueri Hebraeorum*, los muchachos corresponden con descompasados chillidos: *Benedictus qui venit*, etc., hasta el *Hosanna* inclusive. Tiene el pueblo gran devoción con la santa asna, la cual va llena de cintas, trenzas, bolsos y carteras de seda; y antiguamente llevaba también muchos escapularios, hasta que un

36. Isla tachó desde aquí hasta el párrafo 22 y lo sustituyó por otra «Instrucción» menos satírica, que colocó cuidadosamente, página por página, sobre el texto primero, de forma que es muy fácil levantar esta nueva redacción y conocer la original. Siguiendo los criterios de Lidforss y Sebold, doy la lección primera. Jurado (1981) supone que esta Instrucción fue corregida a petición de los superiores de Isla.

cura los quitó, pareciéndole irreverencia. No queda en el lugar manta, cobertor ni cabezal que no se tiendan en todo el sitio por donde anda la procesión. Este año se llama por dicha Domingo Ramos el mayordomo de la Cruz, que representa a Cristo. De todo se ha de hacer cargo el padre predicador, si ha de dar gusto.

14. »Lunes Santo: *Buen ladrón.* Fíjanse tres cruces grandes a la entrada del presbiterio, y son las mismas que sirven para el sermón del Descendimiento. Todas las tres efigies que se representan en ellas son de artífice muy diestro; y las costeó un hijo del lugar, que llegó por sus puños a ser canónigo de Labanza. La del medio es un crucifijo muy devoto; la de la derecha es de San Dimas; y la de la izquierda de Gestas, con semblante desesperado y rabioso, que parece cara de condenado. Es tradición que se sacó por la de un escribano (otros dicen ventero), gran ladrón que había en la comarca. Como quiera, ya es uso y costumbre inmemorial que en este sermón se dé contra los oficiales de pluma. Concurre mucha gente del contorno a oír las pullas y los chistes.

15. »Martes Santo: *Lágrimas de San Pedro.* Cántase la Pasión por la tarde; y cuando el que la canta se va acercando a aquellas palabras: *Accessit ad eum una ancilla,* salen de la sacristía un viejo, con una calva muy venerable, que representa a San Pedro, y una muchachuela en traje de moza de cocina, la cual, en cantando el de la Pasión: *Accessit ad eum ancilla dicens,*[37] prosigue ella cantando, también muy gorgoriteado: *Et tu cum Jesu Galileo eras,*[38] y el viejo entona con enfado y con desabrimiento: *Nescio quid dicis.*[39] Va San Pedro andando poco a poco por la iglesia; y al cantarse aquellas palabras: *Vidit eum alia ancilla, et ait his qui erant ibi,*[40] sale del medio otra muchachuela y canta: *Et hic erat cum Jesu Nazareno.* San Pedro la da un empellón muy enfadado, y dice: «Voto a Cristo *quia non novi*

37. San Mateo, XXVI, 69-73. Las citas que siguen son de estos pasajes. «se le acercó una sierva diciendo».

38. «Tú también estabas con Jesús de Galilea.»

39. «No sé lo que dices.»

40. «Le vio otra sierva y dijo a los circunstantes.»

hominem.» [41] Al fin hace como que se quiere salir de la iglesia; y a este tiempo entra una tropa de mozancones, que mirándole de hito en hito a la cara, comienzan a berrear descompasadamente: *Vere et tu ex illis es, nam et loquela tua manifestum te facit.*[42] Aquí el pobre viejo, colérico, enfurecido y como fuera de sí, comienza a detestar, a jurar y a perjurar que no conoce tal hombre, echándose cuantas maldiciones le vienen a la boca. No bien las acaba de pronunciar, cuando sale allá de encima del coro y como hacia detrás del órgano un chillido muy penetrante, que remeda la voz del gallo, y comienza a cantar tres veces: *qui-qui-ri-quí, qui-qui-ri-quí, qui-qui-ri-quí.* Al oírle San Pedro, hace como que se compunge. Se va debajo del coro; se mete en una choza o cabaña, que le tienen prevenida; y en ella está durante el sermón, plañendo, llorando y limpiándose los mocos. Es función tierna y curiosa. Concurre mucha gente, y es obligación del predicador decir algunos chistes acerca de los gallos y de los capones, observándose que el que más sobresale en esto saca después más limosna de gallinas.

16. »Miércoles Santo: Este día no hay sermón. Después de misa y por la tarde, sale el padre predicador con la señora Justicia a pedir la limosna de los huevos y pescado; y si dio gusto en los días antecedentes, suele sacar más de doscientos huevos y una arroba de cecial,[43] sin contar las sardinas saladas, que suelen ser más que los huevos.

17. »Jueves Santo: *Lavatorio y mandato.* No hay cosa especial que notar. Dio mucho gusto en este pueblo un predicador que tomó por asunto del mandato *Amor es arte de amar*; lo que se advierte, por si el padre predicador quisiere imitarle. Generalmente han parecido bien todos aquellos que han predicado desleídas algunas relaciones de las comedias de capa y espada, como tuviesen elección en escoger las más tiernas, derretidas y discretas. Ninguno logró más aplauso que el que se empeñó en probar que Cristo

41. «No conozco a ese hombre.»
42. «Cierto que tú eres de los suyos, pues tu mismo hablar te descubre.»
43. *cecial*: «la merluza seca curada al aire» *(DA).*

en la última cena se acreditó el *Chichisbeo de las almas.* Imprimióse el sermón; y aunque luego se recogió por el Santo Tribunal, como no se recogió la memoria, ha quedado eterna de él en la Villa. Hácense estas advertencias, por si conducen por algo.[44]

18. »Viernes Santo: Por la mañana, a las cuatro, la Pasión. No la hay más célebre en toda la redonda. Asiste al sermón, debajo del púlpito, el mayordomo de la Cruz, vestido de Jesús Nazareno. Cuando se llega al paso del *Ecce homo*, sube al púlpito, y el predicador le muestra al pueblo, haciendo las ponderaciones y exclamaciones correspondientes a este paso. Es grande la comoción, y se ha observado ser mucho mayor que si se mostrara una imagen del Salvador en aquel trance. Pronunciada la sentencia por Pilatos, es obligación del escribano de la villa, y en su ausencia del fiel de fechos, notificársela a Jesús Nazareno, esto es, al mayordomo de la Cruz, que se encoge de hombros con grande humilidad en señal de su acetación. Cuando sale del pretorio para el monte Calvario, el sacristán o, faltando éste, el muñidor, con voz ronca y descompasada, publica el pregón de los delitos de aquel hombre. Rara vez deja de haber desmayos. En el momento en que expira, y dice el predicador *expiravit*, tocan las campanas a muerto. Hace el predicador una breve suspensión o pausa, y después él mismo entona el responso *Ne recorderis*, continuándole los clérigos; y se acaba la función con el *Requiescat in pace.*

19. »Por la tarde, a las tres, el Descendimiento. Se hace en la plazuela, que está delante de la iglesia, si el tiempo lo permite. Se ejecutan en él los mismos juegos de manos que en los demás. Descendimientos. Salen los venerables varones que representan a San Juan Evangelista, a *Nicodemus* y a José Abarimatías, con sus toallas, martillos y tenazas, estando ya prevenidas las dos escaleras arrimadas a los brazos de la cruz del medio. Colócase a un lado del teatro una devota imagen de la Soledad, con goznes en el pescuezo, brazos y manos, que se ma-

44. En la refundición de estos párrafos, el *Chichisbeo* se titula *Chichisbeo místico de las almas.*

nejan por unos alambres ocultos para las inclinaciones y movimientos correspondientes, cuando San Juan va presentando los instrumentos de la crucifixión, y sobre todo cuando al último los tres venerables varones ponen delante de la imagen el cuerpo difunto de su Hijo, pidiendo la licencia de enterrarle. Suele ser día de juicio. El predicador que de todos desempeñó con mayor aire esta función, fue el que tomó por asunto de ella *Los títeres espirituales*; y al acabar por la mañana el sermón de la Pasión, convidó al auditorio para una función de títeres. Todo dio gran golpe.

20. »Sabado Santo: No hay sermón este día; pero acabados los oficios, sale el predicador con la señora Justicia a pedir la limosna de torrenzos, hornazos, longanizas y chorizos. Y si cayó en gracia, suele juntar tantos, que beneficia [45] los que le sobran después de regalarse bien los tres días de Pascua. Y predicador ha habido que ha sacado ciento y cincuenta reales de estos despojos.

21. »Domingo de Pascua: Sermón de gracias a las cinco de la mañana. Es obligación precisa del predicador contar en este sermón todas cuantas gracias, chistes, cuentecillos, chocarrerías y truhanadas pueda recoger para divertir al inmenso gentío que concurre a él. No ha de ser hazañero ni escrupuloso. Sean de la especie que se fueren (puercos, sucios, torpes e indecentes), ya se sabe que en aquel día todo pasa. Debe hacerse cargo de que la gente está harta de llorar en la Semana Santa, y que es preciso alegrarla y divertirla en el Domingo de Pascua. Los padres predicadores que han traído socio o lego (porque algunos le han traído), han dispuesto que el lego subiese al púlpito y que predicase un sermón burlesco, atestado de todas las bufonadas posibles. Por lo común, estos sermones se acaban con un acto de contrición truhanesco; y por Cristo sacaba el lego una empanada, un pernil o una bota, a la cual decía mil requiebros en tono de afectos compungidos, que hacían descalzar de risa.[46]

22. »Adviértesele al padre predicador que en sus ser-

45. *beneficia*: cede, regala.

46. Se ha podido observar el carácter teatral de toda la fiesta. De hecho, estas instrucciones parecen acotaciones de puesta en escena.

mones no pase de una hora, a excepción del de las lágrimas de San Pedro, Pasión, Descendimiento y sermón de gracias, en los cuales podrá detenerse lo que quisiere.

23. »Por mandato de los señores Alcaldes y Concejo de la Villa de Pero Rubio, jurisdicción de Caramanchel de Arriba.—Roque Morchón, Fiel de Fechos.—Concuerda con su original, a que me remito.—Morchón.»

24. Ésta fue a la letra la instrucción que el licenciado Flechilla entregó a nuestro fray Gerundio, recibida inmediatamente de mano del fiel de fechos, que ejercía el oficio de escribano en sede vacante, y se acostumbraba dar una copia legalizada de ella al predicador *pro tempore existente* de la Semana Santa, para que notificado de todas sus circunstancias, le parase entero perjuicio, si no se conformase con ellas. Discurra el pío y contemplativo lector qué torbellino de ideas, a cuál más extravagantes, no se atropellarían en la fantasía de nuestro neotérico mayor, cuando se halló con un almacén de materiales tan copiosos como estrafalarios y ridículos, y los parabienes que se daría de que le hubiese tocado la dicha de meter su cortadora hoz en mies tan abundante.

25. Bien conoció que la instrucción le daba ya hecha una gran parte del trabajo y aun casi la mayor, mostrándole como con la mano el camino por donde había de ir, y poniéndole a vista de ojos los asuntos que debía escoger para captar los aplausos y poner el pie, si pudiese, encima de todos sus gloriosos predecesores de feliz recordación. Pero como los asuntos eran tantos y necesitaba de una inmensa multitud de especies para llenarlos, no se puede ponderar la aplicación con que se dedicó los ocho meses que faltaban para la Semana Santa, a resolver todo género de libros, notando, apuntando, amontonando, verde y seco, todo cuanto se le venía a la mano y podía conducir, aunque fuese remotísimamente, para alguno de los asuntos.

26. En el del Domingo de Ramos tuvo poco que hacer para determinarle; porque notando que se llamaba Domingo Ramos el mayordomo de la Cruz de aquel año, y que era el primer papel del día, tomó por idea de su sermón *El injerto, o los Ramos del Domingo enlazados con*

Domingo Ramos. Acordóse haber leído u oído que había un célebre autor moderno que se llamaba el señor Ramos del Manzano;[47] y pareciéndole que llamándose Ramos y Manzano era imposible que dejase de tratar *pro dignitate* y, como dicen, a fondo la materia de ramos, lo fue a buscar con ansia a la librería del convento. Hallóle, y se quedó helado cuando vio que aquel docto escritor trataba de cosa muy diferente que él no entendía. Haciendo después reflexión a que según el texto, y también según lo que se practicaba en la función de Pero Rubio, los ramos eran de olivo, se le vino a la memoria el libro de doña Oliva Sabuco de Nantes,[48] de que había oído hablar al beneficiado como de un libro raro y exquisito que él tenía en grande estimación. Enviósele a pedir, creyendo que encontraría en él un tesoro para su asunto; y aunque vio que trataba del jugo nutricio de las plantas y de los árboles, como no halló cosa particular de olivos, se enfadó y le arrinconó con desprecio. En este punto se le vino a la memoria que, así en el Breviario como en el Misal, se da a este domingo el título de *Dominica in Palmis*, Domínica de las Palmas; reflexionó con oportunidad a que en aquel mismo domingo daba principio la Iglesia a cantar la Pasión; ocurrióle haber visto alguna vez por el forro, en la librería de la casa, un libro intitulado *Palma de la Pasión*; y dándose muy alegre el parabién, dijo para sí:

—Vaya, que siendo palma y de Pasión, no puedo menos de encontrar aquí todo cuanto he menester para atestar de erudición las palmas de esta domínica.

Abrióle; y cuando halló que era la devotísima y juiciosísima *Historia de la Pasión* escrita por el padre Luis de la Palma, le faltó poco para echar el libro por la ventana, del enfado que le dio.[49] Desesperado, en fin, se re-

47. En efecto, Francisco Ramos del Manzano, muerto a finales del siglo XVII, era catedrático de derecho civil en Salamanca.

48. *Oliva Sabuco de Nantes Barrera* (1562-¿1622?), descubrió el *succo nerveo* o suco nutricio. Fue muy precoz y escribió sobre filosofía y medicina.

49. *Luis de la Palma* (1560-1641), jesuita y predicador que escribió sobre los ejercicios y doctrinas de san Ignacio de Loyola. Fue por dos veces provincial de la provincia de Toledo.

fugió a su poliantea; y allí encontró una selva entera de ramos, olivos y palmas, que podía competir con la vega de Granada y con los mismos olivares de Tudela, Cascante y los aledaños.

27. Lo que le dio muy poca pena fue la circunstancia de la *santa asna*, como blasfemamente, aunque con mucha inocencia por su simplicidad, la llamaban aquellos pobres rústicos. Al instante se le vino a la imaginación el *Asno de oro* de Apuleyo; y aunque ésta fue una graciosa invención de aquel chufletero autor, o no lo conoció fray Gerundio, o se le dio muy poco de eso; porque verdadero o fingido, siempre le parecía especie divina para formar el paralelo. Fuera de eso, por fortuna suya había leído pocos días antes, en el tomo II del *Espectáculo de la naturaleza*, el bello elogio que se hace del asno, en boca del prior; y desde luego determinó encajarle, reduciéndole a su estilo, así por dar a su auditorio una razón plausible del motivo por qué había preferido el Salvador este humilde animal para hacer su triunfante entrada en Jerusalén, como para promover en sus oyentes la devoción con la santa asna, en cuanto estaba de su parte.

28. El asunto en que finalmente se fijó para el sermón del Buen Ladrón, fue sin duda feliz. Dio por supuesto, sin razón de dudar, que el Buen Ladrón se llamaba Dimas, y el Malo Gestas, sin embargo de que sobre el verdadero nombre de los dos haiga tanta variedad en los autores como saben los eruditos. Y aun supuesto que se llamasen así, todavía no falta quien diga que el Malo fue Dimas y el Bueno Gestas, como lo prueban aquellos versos bastantemente vulgarizados:

Imparibus meritis tria pendent corpora ramis:
Dismas, Gestas, in medio est divina Potestas,
Dismas damnatur; Gestas super astra locatur.[50]

29. Fray Gerundio no se paró en eso, y es sumamente verisímil que ni siquiera tuviera noticia de ello. Dando

50. «Por méritos desiguales penden tres cuerpos de las ramas: Dimas, Gestas y en medio la divina Potestad. Dimas es condenado, Gestas es colocado sobre las estrellas.»

por indisputable la opinión vulgar (que acaso tendría él por artículo de fe) de que el Buen Ladrón se había llamado Dimas, tomó por asunto que el Buen Ladrón habría sido el *Di-menos* de todos los ladrones, y el *Di-más* de todos los santos. Probólo ingeniosamente, asegurando que mientras el Mal Ladrón estaba vomitando blasfemias contra Jesucristo, el Bueno le procuraba contener diciéndole: *Di-menos, di-menos*; y cuando después que expiró el Salvador, los mismos que le habían crucificado se volvían a Jerusalén, hiriéndose los pechos y aclamándole por verdadero Hijo de Dios, el Buen Ladrón animaba a cada uno de ellos diciéndole: *Di-más, di-más.* Mientras el Mal Ladrón juraba y perjuraba contra el escribano que le había hecho la causa, tratándole de tan ladrón y tan homicida como él, procuraba sosegarle el Buen Ladrón diciéndole: *Di-menos, di-menos.* Cuando Longinos [51] abrió los ojos del cuerpo y del alma, y confesó al Salvador a quien había abierto el costado, el Buen Ladrón le alentaba con estas palabras: *Di-más, di-más.*

30. Exornó después este delicadísimo pensamiento con un paso retórico, sin duda alguna ingenioso, enérgico y oportuno. Hacinó una buena porción de elogios que hacen del Buen Ladrón, así los Santos Padres como los sagrados expositores, y esto le costó poco trabajo; porque en solos Silveira y Baeza encontró una decente provisión para llenar muchos sermones. Hizo una especie de apóstrofe, hablando con cada uno de aquellos autores, como si los tuviera presentes; y preguntaba, verbigracia, a San Agustín:

—Ea, ¿qué dices del Buen Ladrón, Sol Africano, Fénix único de la Arabia Feliz?

—*Dum, patitur, credit.*[52]

—Di-más.

—*Non ante crucem. Domini sectator, sed in cruce confessor.*[53]

—Di-más.

51. *Longinos*: se refiere al soldado que alanceó a Jesucristo.

52. «Mientras sufre, crece.»

53. «No fue partidario del Señor antes de la Crucifixión; pero fue confesor en ella.»

—Inter martyres computatur, qui suo sanguine baptizatur.[54]

—Y tú, purpurado Betlemítico, Máximo entre los cuatro Maestros Generales de la Universal Iglesia, Jerónimo divino, ¿qué dices de nuestro Dimas?

—Latro credit in cruce, et statim meretur audire: Hodie mecum eris in Paradiso.[55]

—Di-más.

—Latro crucem mutat Paradiso, et facit homicidii poenam martyrium.[56]

—Di-más. Pero, ¿qué más ha de decir? Diga esto mismo, con poética elegancia, la mitrada musa de Viena. (Ya sabe el docto que hablo de Avito, obispo vienense.)

Sicque reus scelerum, dum digna piacula pendit,
Martyrium de morte rapit.[57]

CAPÍTULO IV Y ÚLTIMO

INTERRÚMPESE LA OBRA POR EL MÁS EXTRAÑO SUCESO QUE ACAECIÓ AL AUTOR, Y DE QUE QUIZÁ NO SE ENCONTRARÁ EJEMPLAR EN LOS ANALES

AQUÍ llegaba dichosamente la pluma, volando con gustosa rapidez por la región de la historia, en alas, a nuestro modo de entender, de la verdad más acendrada. Aquí corría la narración sin tropiezo por el dilatado campo de la vida de nuestro héroe, faltando por lo menos la mitad para llegar al término de su espaciosa carrera. Aquí comenzábamos, por decirlo así, a tender las velas de nuestra navegación, desviándonos de la tierra, para engolfar-

54. «Se le cuenta entre los mártires, ya que se le bautizó con su sangre.»
55. «El ladrón creyó en la cruz y, al instante, mereció oír: Hoy estarás conmigo en el Paraíso.»
56. «El ladrón cambia la cruz por el Paraíso, y convierte en martirio la pena de homicidio.»
57. «Y así el reo de crímenes, mientras expía la pena de la que es merecedor, arrebata el martirio de la muerte.»

nos en el mar alto de las más famosas proezas pulpitables de nuestro nunca bastantemente aplaudido fray Gerundio. Aquí, aquí era donde lográbamos los documentos más copiosos, las más preciosas memorias y los instrumentos, no sólo más abundantes, sino también, a nuestro parecer, los más puntuales, los más exactos y los más fidedignos para divertir, entretener, embelesar y, en cuanto nos fuese posible, instruir sin especial trabajo nuestro a los lectores; cuando el suceso más extraño, el acaecimiento más singular, y el más exótico, triste, melancólico, funesto y cipresino acidente que podía caber en la humana imaginación, nos obligó a cortar los vuelos a la pluma, a parar el caballo en medio de la carrera, a echar las áncoras al principio de la navegación y, en una palabra, o a levantar la mano de la tabla, arrinconándola para siempre, o por lo menos a suspender el pincel, hasta ver lo que producen las nuevas diligencias que estamos haciendo en cumplimiento de nuestro empeño y de nuestra obligación.

2. Bien conocemos que estarán ya nuestros amados lectores con una ansiosa impaciencia por saber el triste, fatal suceso que ocasionó esta desgracia. Tengan por Dios un poco de flema; y déjennos respirar, haciéndose cargo de que no somos de bronce. La memoria sólo nos conturba, los ojos se arrasan, la voz se corta, el pecho se cierra, la garganta se añuda, y hasta la pluma misma parece que no quiere dar tinta. Ya hemos tomado un poco de huelgo. Allá va, pues, lo que nos sucedió.

3. En varias partes de esta que nos parecía fidelísima historia, hemos advertido que para formarla fuimos recogiendo una prodigiosa multitud de manuscritos; documentos, memorias, instrumentos que creíamos originales, papeles, cartas, inscripciones, medallas y, en fin, todo aquello que juzgábamos conducente para conseguir las más puntuales noticias históricas, genealógicas, críticas y exóticas, las cuales sirviesen de verdaderos materiales a nuestra obra, sin dejarnos a nosotros más trabajo que la diligencia de recogerlas y el esmero de ordenarlas, dándolas digeridas en aquel estilo que considerásemos más propio de una historia de este carácter. ¡Cuántos archivos

revolvimos! Cuántos becerros, tumbos, cronicones, libros de cofradía, notas de espolios monásticos y otros documentos de este jaez registramos, lo dejamos a la consideración del lector erudito y discreto, el cual sólo podrá dar su justa estimación a este trabajo tan deslucido como necesario.

4. Pero nuestra desgracia consistió en habérsenos significado que como fray Gerundio floreció en un siglo tan remoto de nuestros tiempos, y como habían sido tan ruidosas en el mundo sus empresas y hazañas oratorias, todas las naciones se habían dado prisa a trasladarlas en su lengua. De manera que habiéndose perdido cuantos apuntamientos había de este héroe en la antigua lengua española con motivo de la invasión y entrada de los sarracenos, no habría noticia de él en España, si una feliz casualidad no hubiera dispuesto que cierto viajero muy inteligente en las lenguas orientales, al pasar por Egipto y hospedarse en un monasterio de coptos, enseñándole los monjes su inculta y desaliñada librería, no hubiese reparado en cuatro grandes cajones que estaban a un rincón de ella, rotulados con esta inscripción arábiga: *Memorias para la historia de un famoso predicador español.*

5. Picado de la curiosidad, pidió y consiguió que se los dejasen registrar. Encontró en ellos mil preciosidades; y viendo que unos estaban escritos en hebreo, otros en caldeo, otros en siriaco, otros en armenio, otros en copto, otros en arábigo, muchos en persa y una buena porción en griego, cuyas lenguas poseía él perfectamente, solicitó con los monjes que se los vendiesen. Ellos lo hicieron por bien poco dinero; porque ni conocían su mérito, ni aun estaban enterados de lo que contenían, y así los tenían llenos de polvo. El viajero los condujo a España, murió en Barcial de la Loma,[58] su patria. Los papeles se esparcieron por aquí y por allí en aquellas cercanías, bien que la mayor parte se reservó en el famoso archivo de Cotanes, de que hicimos mención en el mismo zaguán de esta desgraciada historia, a la cual llamamos así por lo que presto se verá.

58. Pueblo de Tierra de Campos.

6. Informados, pues, de que todos los documentos se hallaban en nuestra Península estaban escritos en las referidas lenguas, abandonamos del todo el intento de recogerlos, por no entender palabra ni siquiera de una de ellas. Y aquí no podemos menos de lamentar segunda vez nuestra desgracia en no haber tenido quien en nuestra adolescencia nos enseñase por lo menos la lengua griega y hebrea, que no sólo nos servirían mucho en esta ocasión, sino en otras de mucha mayor importancia. Y aunque oímos condenar a muchos, que parecen personas, este género de estudio como inútil o como menos necesario, a nosotros nos hace más fuerza el ejemplo de los mayores hombres de todos los siglos, que el particular dictamen de los que en ningún siglo tienen traza de ser muy hombres.

7. Hácennos más fuerza las Constituciones 14, 42, 53, 72 y 79 de Gregorio XIII, en que recomienda con los mayores encarecimientos el estudio de estas dos lenguas, para el cual y para el de otras fundó a sus expensas veinte y tres colegios o seminarios en diferentes partes de la Cristiandad. Hácenos más fuerza la Constitución 65 de Paulo V, en la cual se manda que «... en todos los estudios de los regulares, sean del orden o instituto que fueren, se enseñen las lenguas hebrea, griega y latina, y en los estudios más célebres haiga también maestros de la arábiga»: ... *in cujuslibet ordinis et instituti regularium studiis, sint linguarum Hebraicae, Graecae et Latinae, in maioribus vero ac celebrioribus etiam Arabicae, doctores.* Hácenos más fuerza el ejemplo del gran pontífice Clemente XI, peritísimo en la lengua griega, y no menos celoso de que los jóvenes se aplicasen a ella. Y en fin, nos hace más fuerza la segura noticia que tenemos de que el gran patriarca San Ignacio de Loyola, en sus Constituciones aprobadas por la Silla Apostólica, dejó muy encargado a sus hijos el estudio de estas dos lenguas, y nos inclinamos también a que el de la siriaca y caldea.

8. Si hubiéramos tenido quien nos le enseñase, y nosotros nos hubiéramos dedicado a él, no nos veríamos en el estrecho en que nos vimos resueltos a dejar la idea de la obra, por no entender los manuscritos donde habíamos de tomar los materiales. Pero cuando ya no pensaba

en eso (ahora comienzo a hablar en singular), ves aquí que me depara la suerte o la desgracia una rara visión. Díceme la criada que me quiere hablar un moro. Hágole entrar, y encuéntrome con un hombre de aspecto venerable, de estatura heroica, con barba prolongada y rubia, ojos modestos pero vivos, color blanco, y vestido enteramente a la turca: sotana talar y abotonada, de lanilla fina, color morado, y aforrada en tafetán carmesí; una gran banda de seda por ceñidor, que le daba muchas vueltas; chinelas aforradas en tela amusca [59] y borceguías a media pierna, adonde salían a recibir unos anchurosos y prolijos calzones de marinero, que le bajaban hasta ella; una especie de capa o de manto corto, que no pasaba de la cintura, de la misma tela que la sotana, sólo que estaba aforrado en martas cibelinas, y le traía terciado el brazo izquierdo airosamente; su turbante de tres altos y como de a media vara, con las tres divisiones regulares, blanca, encarnada y amusca, del que pendía por todas partes multitud de hermosas bandas, ya de gasa, ya de muselina, y algunas también de seda.

9. Díjome en bien cortado castellano que era un coepíscopo armenio que venía a pedir limosna para los católicos del Monte Líbano, que vivían entre los cismáticos, sujetos todos al turco, para ayuda de pagar los excesivos tributos que les exigía el Gran Señor por permitirles el ejercicio libre de la religión católica en los estados de la Sublime Puerta. Añadió que aquél era el cuarto viaje que había hecho a España con tan caritativo intento, y que en las dilatadas mansiones que había hecho en ella, recorriendo todos sus reinos y provincias, había aprehendido la lengua con toda perfección, especialmente que el Señor le había dotado de conocido don de lenguas; pues sobre haberse instruido bastantemente en todas las europeas, poseía perfectamente todas las orientales, que en cierta manera podía llamar sus lenguas nativas. Concluyó exhibiéndome una multitud de cartas de recomendación de príncipes y potentados, con otra igual o mayor cantidad de despachos y licencias exhortatorias de señores obispos

59. *amusca*, parda.

para que pidiese y se le diese limosna en el distrito de sus respectivas jurisdicciones. Y por fin me suplicó que como párroco, no solamente las diese el uso en mi parroquia, sino que le hiciese el gusto de acompañarle en la demanda para excitar más la caridad de los fieles.[60]

10. Yo, que me vi con un personaje al parecer tan recomendable y que para mayor autoridad traía consigo dos turquitos, como de catorce a quince años, de aspecto muy agraciado, que decía ser pajecitos suyos, y como por otra parte le oí que era tan versado en las lenguas orientales, en que estaban los manuscritos cuyo contenido deseaba saber con tanta ansia, y más hablando la castellana con tanta propiedad como desembarazo; no puedo ponderar el gozo interior que me causó esta aventura, pareciéndome que no debía tenerla por acaso, sino por alta providencia del cielo, que por este camino querría abrirle a la ejecución de mis celosos intentos.

11. En fin, por ahorrar razones, yo le hospedé en mi casa; le agasajé, le cortejé y le regalé en ella por muchos días, todo cuanto mi pobreza pudo dar de sí. Declaréle el pensamiento que había tenido y el motivo porque le había abandonado, no entendiendo los manuscritos, que estaban esparcidos en varios lugares del contorno, aunque la mayor parte se guardaban juntos y con buena custodia en el célebre archivo de Cotanes, pueblo que sólo distaba una legua larga de esta villa. El señor coepíscopo se sonrió gravemente, y me dijo con mucho agrado que no me diese pena, que él me sacaría de aquel embarazo; y que pues no podía agradecer de otra manera mi caritativo hospedaje, celebraba la ocasión de manifestar su agradecimiento en cosa tan de mi gusto como sería darme traducidos en castellano todos los manuscritos que le pusiese delante, aunque fuese menester detenerse en mi casa algunas semanas y aun meses; porque las virtudes no se oponen, y era también especie de limosna para los católicos del Monte Líbano el reconocimiento a sus insignes bienhechores.

12. Besé la mano a su señoría por tanto favor. Al

60. Recordemos que el narrador es Lobón de Salazar, párroco de Villagarcía.

junto hice venir todos los manuscritos que pude recoger, especialmente los dos grandes legajos del archivo de Cocanes, cuyo archivero mayor, íntimo amigo mío, me los franqueó prontamente, en virtud de real albalá[61] y privilegio que tenemos los de esta villa para eso, dándomelos con testimonio y con recibo, como se previene en la misma facultad. Mi coepíscopo tomó con el mayor calor la traducción. En menos de mes y medio me los presentó todos traducidos y numerados, para que se supiese adónde correspondían unos y otros. Y para mayor autoridad y abundamiento puso su sello y echó su firma en cada uno de los documentos traducidos, como se ve en ellos por estas palabras: «Concuerda.–Isaac Ibrahim Abusemblat, coepíscopo del Gran Cairo.»

13. Despidióse de mí, dejándome este inestimable tesoro que por tal le tenía yo. Y pareciéndome que había hecho poco por él, respecto de lo que él había hecho por mí, le regalé a la partida lo más y mejor que pude. Sin perder tiempo puse manos a la obra. Con qué desvelos, con qué afanes y con qué fatiga, Dios lo sabe; porque las especies estaban todas esparcidas por aquí y por allí, sin orden, conexión ni método. Mi suma atención fue no desviarme un punto de las memorias en orden a las noticias; porque ¿quién no se había de fiar de las que estaban firmadas y selladas por un hombre que se llamaba Isaac Ibrahim Abusemblat, era coepíscopo del Gran Cairo, y menos el hacer milagros parecía un santo?

14. Ahora entra la funestísima catástrofe. Cuando después de dos años de trabajo, de vigilias y de un ímprobo sudor tenía ya formadas las dos primeras partes de mi historia, en la conformidad que van escritas, y puntualísimamente cuando estaba trasladando con la mayor fidelidad los singulares e ingeniosos apuntamientos de fray Gerundio para su Semana Santa, pasó por este pueblo un inglés de autoridad,[62] que se dirigía a Portugal con no sé

61. *albalá*: carta o cédula real en que se concedía alguna merced o se proveía otra cosa.

62. Para José Jurado (1981) este personaje «pudiera haber sido arrancado de la realidad». Isla puso estas palabras en vez de un

qué comisión. Traía cartas de recomendación de algunos amigos míos para que yo le hospedase; y lo hice con especial gusto, porque aun sin ellas le tengo grande en cortejar a todo hombre de bien que transite por esta villa. Díjome que había sido muchos años catedrático de lenguas orientales en la Universidad de Oxford, y que actualmente se hallaba en la corte de Londres, sirviendo el empleo de intérprete y secretario de ellas. Creíle sin dificultad; porque salvo la religión protestante que profesaba, en lo demás parecía hombre de honor, de bondad, de penetración, de gran juicio y de honradísimos y muy caballerosos respetos, sobresaliendo singularmente en él una vasta y comprehensiva erudición en casi todas las facultades.

15. Dile brevemente razón de la obra que estaba trabajando, de los materiales o documentos que había tenido presentes para disponerla, del embarazo en que me hallé para su inteligencia, de la aventura que me deparó mi dicha en el coepíscopo armenio para salir de este embarazo, de la bondad con que me los tradujo en castellano aquel santo prelado; y, finalmente, le dije que había de merecerle la honra de que descansase algunos días en mi casa, y que en ellos por vía de entretenimiento, aunque molesto, se sirviese tomar el trabajo de leer los cartapacios que tenía dispuestos de mi historia y cotejarlos con los instrumentos y manuscritos a que se remitían; porque aunque yo tenía toda la seguridad posible de su legalidad, en estas materias nunca sobraban los motivos para afianzarla.

16. Toda lo acetó el caballero inglés con atentísima urbanidad, diciéndome que la detención en mi casa por algunos días le era precisa; pues informado de mi buen corazón, había dado orden para que le enviasen a esta villa ciertos despachos de la corte, que esperaba por la vía de

---

«señor académico», «un caballero de Madrid, hombre de autoridad... académico, no sólo de las Academias de Madrid, sino de otras muy principales de la Europa, y que entendía medianamente las lenguas orientales», que para Jurado es Montiano. Al margen en el original.

Madrid, sin los cuales no podía pasar adelante; y que por lo que tocaba a mi obra, la leería con especialísimo gusto, porque a su parecer no podía menos de tenerle yo muy delicado.

17. Con efecto: en los seis días que tuve la honra de lograrle por mi huésped, se entregó tan ansiosamente a la lectura de la historia, que apenas acertaba a dejarla de las manos ni aun para comer. Y aunque protestó que no me había de hablar palabra de ella hasta que, cotejada con los manuscritos, pudiese hacer juicio cabal del todo, se le conocía bien en todas sus acciones, gestos y movimientos que la obra le había cuadrado extrañamente. En fin, la mañana del día último que estuvo en mi casa (era por cierto martes, que martes había de ser un día tan aciago para mí), después de habernos desayunado juntos, me dijo que era preciso cerrarnos. Y habiéndolo hecho, me restituyó el manuscrito de mi historia, con todos los demás instrumentos y papeles que había recorrido, en la misma conformidad y con el mismo orden con que yo se los había entregado; y mirándome entre risueño y compasivo, me hizo un razonamiento en esta substancia:

18. —Señor cura, tengo que dar a vuestra merced mil enhorabuenas y mil pésames. Aquéllas, porque ha escrito vuestra merced una obra que en su línea dudo que tenga consonante; yo a lo menos no se le hallo en todo lo que he leído, y no ha sido poco. Éstos, porque creyendo vuestra merced de buena fe que ha trabajado una historia exacta, verdadera, puntual y fiel (calidades que, cuanto es de su parte de vuestra merced, verdaderamente la asisten), ha gastado el calor intelectual en disponer la relación más falsa, más embustera, más fingida y más infiel que podía caber en humana fantasía. Si, como vuestra merced la llama *historia*, la llamara *novela*, en mi dictamen no se había escrito cosa mejor, ni de más gracia, ni de mayor utilidad. Tan provechosa sería para muchos de nuestros predicantes de la Iglesia Anglicana, como para muchos predicadores de la Romana; pero habiéndola vuestra merced intitulado *historia*, no me permite mi sinceridad engañarle, ni lo merecen las honras con que me ha favorecido y la noble confianza con que se ha fiado de mí. Nada tiene de his-

toria, porque toda ella es una pura ficción. Sosiéguese vuestra merced, y no se asuste hasta haberme oído.

19. »El llamado coepíscopo armenio que a vuestra merced le dio traducidos estos papeles, tanto tenía de armenio como de húngaro, tanto de coepíscopo como de monja; y tanto entendía las lenguas orientales, como vuestra merced la iroquesa, la china y la japonesa. Dejo a un lado que ha muchos siglos que, así en la Iglesia Latina como en la Griega, se suprimió la dignidad de los coepíscopos. Dejo a un lado que el Gran Cairo dista tanto de la Armenia, como la Circasia de España. Y, en fin, dejo a un lado que ni los católicos ni los cismáticos armenios están hoy sujetos al Gran Señor, desde que los mongoles o sofís de Persia conquistaron la Armenia y la Georgia, sin que en aquélla conserve el turco más que dos plazas de poca importancia o, por mejor decir, dos fortalezas que son la de Alcalziké y la de Cotatis, teniendo en la primera un bajá de una cola,[63] o de inferior orden, y en la segunda un simple gobernador o comandante. Todas éstas son fuertes señales de que el supuesto coepíscopo debía de ser un picarón, un tunantón, un vagamundo de los de cuando en cuando suelen aparecerse en varias partes de Europa, y con sus hipócritas artificios engañan tal vez a personajes que tenían motivo para no dejarse sorprehender con tanta facilidad.

20. »Lo que no admite género de duda es que él engañó a vuestra merced, pero graciosísimamente, en todo o en casi todo lo que dijo que contenían esos legajos de papeles; y que el haberlos legalizado con su sello y con su firma fue una de las más preciosas invenciones o bufonadas que pudo discurrir para burlarse de la sinceridad de vuestra merced.

21. »A la verdad se habla en varias partes de ellos de un predicador extravagante y ridículo, de cuyos sermones se entresacan varios trozos y pasajes. Pero ni se nombra al predicador, ni hay tal fray Gerundio en todos los manuscritos, ni se dice si el predicador anónimo fue español o francés, campesino, andaluz o guipuzcoano; y,

63. *bajá de una cola*: equivale a general de brigada.

consiguiente, todo cuanto se refiere de Campazas, de su familia y del licenciado Quijano es una pura patraña. El sermón de ánimas que en el capítulo IV del libro I se supone que se predicó en Cabrerizo, un manuscrito dice que es cierto se predicó, pero no expresa dónde. Asimismo se da por cierto todo cuanto se refiere en el capítulo V del mismo libro como sucedido con un maestro de escuela, pero no encuentro rastro de que fuese cojo, ni dejase de serlo; ni mucho menos de que hubiese sido maestro de escuela en Villaornate, pues sólo se habla en general de un maestro de niños. Pero el bellacón del señor coepíscopo, habiendo fingido que su Gerundio era de Campazas, púsole voluntariamente a la escuela de Villaornate, porque quizás será un lugar poco distante del otro.

22. »Con igual libertad finge todo cuanto atribuye al dómine Zancas-Largas, sacando de su fantasía un preceptor imaginario, que no ha existido *in rerum natura.* No se puede negar que muchas de las sandeces que se ponen en su boca se encuentran repartidas entre innumerables pedantes que se meten a maestros de gramática, preceptores y no preceptores; pero no es verisímil que todas ellas se encuentren juntas en uno solo, porque no necesitaría de más prueba para que le tuviesen por orate.

23. »La ficción más perjudicial de todas en la religión católica que vuestra merced profesa (que en la nuestra no tendría inconveniente), es aquella con que el bribón del tunante hace a su Gerundio del estado religioso. No hay ni el más leve rasgo de eso en todo lo que he registrado, porque al predicador de que se trata no se le señala estado ni profesión. Por eso, todo cuanto se dice de su vocación, noviciado, estudios, empleos, etc., se lo regaló de su bella gracia el ilustrísimo señor Isaac Ibrahim Abusemblat, coepíscopo del Gran Cairo.

24. »El mismo concepto se ha de hacer de su inseparable amigo y compañero fray Blas, del cual no se halla ni la más leve mención en todos estos papeles. Sólo se da una noticia vaga y general de otro compañero del predicador anónimo, que con su mala doctrina y peor ejemplo contribuyó mucho a estragarle. Por tanto, aunque todos los razonamientos del ex provincial y del maestro

Prudencio son graves, macizos y ponderosos, debo prevenir a vuestra merced para su gobierno que no se encuentran en los documentos originales.

25. »Mucho menos se lee en ninguno de ellos el nombre de *Bastián*, ni el apellido de *Borrego*; ni puedo discurrir el motivo que tendría el señor tunante para poner en boca del sesudo labrador Bastián Borrego las graciosas pero solidísimas reflexiones que hizo en la granja con el maestro Prudencio. Solamente conjeturo que habiendo hecho campesino a su Gerundio, aplicó a los interlocutores aquellos apellidos que son frecuentes en esta provincia, escogiendo quizá los que a su modo de entender le parecían ridículos. Pero si tuvo por tal el apellido de *Borrego*, acreditó igualmente su malicia que su ignorancia. No tiene más ridículo el apellido de *Borrego*, que los de *Carnero, Vaca, Mula, León, Osorio* (de oso), y entre las aves, *Águila, Pajarillo, Pajarón, Gallo, Palomo* y otros muchos con que se honran tantas familias distinguidas, y algunas de la más elevada nobleza. Aun vuestra merced mismo no pierde nada por llamarse *Lobón*, siendo tan conocida en la historia eclesiástica de España desde el primer siglo de la Iglesia aquella famosa matrona *Lupa* o *Luparia*,[64] que algunos hacen reina y todos suponen señora nobilísima. Y, en fin, allá en Inglaterra todos tenemos mucha noticia de la gran casa de Villalobos.

26. »Los documentos que vuestra merced tuvo presentes para componer la segunda parte no son más fieles que los que le guiaron para formar la primera. El señor Abusemblat le vendió a vuestra merced gato por liebre, y le puso delante todo lo que a él se le antojó. Aquellos *Apuntamientos sobre los vicios del estilo* son un bello trozo de retórica, que me acuerdo haber leído no sé dónde; pero bien sé que en estos papeles siriacos, arábigos y caldeos no he leído ni una sola palabra de tales apuntamientos. La carta que el estudiante retórico de Villagarcía escribió a su padre, la tengo por apócrifa. Pero pues vuestra merced está en el mismo lugar, le será

64. *Luparia*, dama de Guadix, la primera en convertirse al Cristianismo, según la tradición.

fácil averiguar la verdad o la suposición de esta noticia.

27. »Una pintura que hace vuestra merced de no sé qué convite en un convento de monjas allá en el capítulo III del libro IV, bien sé que la sacó a la letra del instrumento traducido que está notado con el número 97; pero el original a que se remite no habla más de monjas que de berenjenas. Es una relación arábiga de la toma de Damasco en tiempo de las Cruzadas. Sin duda que al tunantón le debieron de tratar mal algunas monjas, conociendo quién era y no dejándose engañar de sus embustes; y él para vengarse fingió de su cabeza todos aquellos absurdos, que no caben, ni se pueden creer del recogimiento y modestia que dicen profesan las religiosas; que yo, aunque he viajado mucho por países católicos, no las he tratado mucho, pero siempre he oído hablar de ellas con estimación y respeto.

28. »No puedo negar que me cayó muy en gracia todo cuanto en esta segunda parte se pone en boca del familiar, que es mucho y bueno. Se conoce que el señor coepíscopo no era lerdo. Así fuera tan veraz como advertido. Pero debo decir a vuestra merced, para descargo de mi conciencia, que todo esto fue de su invención, y nada de esos papeles. Aun así y todo, se descuidó su señoría en guardar consecuencia; porque en una parte llama Cuco al hijo del familiar, y en otra le llama Bertolo. Verdad es que lo podrá componer, diciendo que el muchacho se llamaba Cuco-Bertolo, o Bertolo-Cuco. El terrible razonamiento del magistral de León, también es lástima que no se encuentre en estos documentos; pero al fin, aunque sea fingido que lo dijo, es cierto que todo cuando en él se dice es muy verdadero.

29. »Todo el capítulo VIII del libro IV, en que se trata de aquel caballerito mono o mona, furioso remedador de los franceses, es de exquisita sal; y sólo por él merece el coepíscopo del Gran Cairo que vuestra merced dé por bien empleado cuanto le agasajó y le regaló, y que le perdone todo lo que le engañó. Fácilmente puede vuestra merced discurrir que en estos mamotretos orientales no se toca, ni se puede tocar, tal especie; pero si vuestra merced se resolviere a publicar su obra, reformándola y po-

niéndola otro título, le aconsejo que de ese capítulo no mude ni una sílaba.

30. »Lo mismo digo del capítulo IX del libro V, en que se habla del intolerable abuso de las mujeres católicas que se visten por gala los hábitos de las religiones, u otros de capricho que ellas inventan. Si esto lo hicieran las de mi religión, las aplaudiríamos mucho; porque sería la más graciosa invención para zumbarse de los trajes religiosos, de que hacen tanta burla. Pero en mujeres católicas parece que no se debe tolerar. Comoquiera, el tunante le dejó a vuestra merced escrita una sátira de grande importancia, que debe engastarse en oro. Y no importa que la hubiese puesto en el estilo zafio del familiar, ni esto se debe censurar como inverisímil o como disonante; pues quiso dar a entender que para conocer el absurdo de este abuso, no era menester ser catedrático ni culto, porque su misma disonancia da en los ojos a cualquiera que tenga medianamente puesta la razón natural.

31. »Una cosa debe vuestra merced borrar absolutamente, y es toda la instrucción que se supone da el lugar de Pero Rubio a los predicadores de Semana Santa. Yo no sé si con efecto hay en España tal lugar de Pero Rubio; pero háigale, o no le haiga, es cierto que ni del tal instrucción ni de tal lugar se hace mención en los manuscritos originales, y que fue pura fantasía del señor Abusemblat. Tengo noticia de que en varias partes de España se toleran, así en la Semana Santa como en otras festividades, especialmente en la que ustedes llaman del Corpus, algunas mamarrachadas que hacen ridículos los misterios de la religión romana y nos dan grandes materiales a nosotros, a quienes ustedes nos tratan de herejes, para reírnos de algunos que impugnamos. Por allá nos causa admiración de que sufran esto los que fácilmente lo pudieran remediar. Los pasos de la Pasión son buenos para meditados, y también para representados en imágenes o estatuas que aviven la consideración; en lo cual no me conformo con los de mi secta, que se burlan de todas las imágenes sagradas, al mismo tiempo que hacen tanta estimación de las profanas, tratando algunas con mucha veneración. Debo este testimonio a la verdad, porque soy

hombre sincero, y hablo en país libre;[65] que en Inglaterra yo me guardaría bien de hablar de esta manera. Bien está, pues, que los pasos de la Pasión y también los demás que constan así de la historia sagrada como de la eclesiástica se hagan presentes a la vista por el pincel, por la prensa, por el buril y por el escoplo. Cuanto mayor sea la viveza con que se figuren, contemplo que será mayor la impresión que harán en los ánimos piadosos. Pero que la persona de Cristo y la de los Apóstoles en algunos lances de la historia evangélica se representen al vivo por algunos hombres de la ínfima clase del pueblo, y tal vez no los de mejores costumbres, ignorantes y atestados de vino, perdónenme los que lo sufren; que allá nos disuena mucho.

32. »En virtud de esto que he oído decir, tengo por cierto que en varios lugares de España se practicarán distributivamente todas las extravagancias que supone la fingida instrucción de Pero Rubio, esto es, que unas se practicarán en unos y otras en otros. Pero no es verisímil que en un solo lugar se practiquen todas. Y comoquiera, no constando de estos originales ni que haiga tal lugar de Pero Rubio, ni mucho menos que se representen en él esos pasos teatrales, soy de sentir que vuestra merced debe reformar ese pasaje, o a lo menos prevenir que no está muy seguro de que no se haya padecido alguna equivocación en lo que se atribuye a Pero Rubio.

33. »Finalmente, para convencer a vuestra merced demonstrativamente de que no debiera haberse fiado de la llamada traducción legal del coepícopo del Gran Cairo, no es menester más que hacer un poco de reflexión a los anacronismos en que están hirviendo sus papeles. Por una parte, supone a fray Gerundio muy anterior a la irrupción de los moros en España; y, por otra, le llama *fray*, cosa que ni en España ni en parte alguna del mundo se usó hasta muchos siglos después. Aquí dice que floreció en siglos muy atrasados; y allí cita dichos, escritos y hechos

65. *país libre*: «El sagaz lector habrá observado, antes de llegar a esta frase, que el humorismo del autor mana con frecuencia de venas muy hondas» (nota del traductor inglés) (Sebold, IV, 267).

que sucedieron ayer, y casi están sucediendo hoy. Si me hubiera de detener a particularizar todos estos anacronismos, sería menester recapitular toda la obra; pero basta esta insinuación para que vuestra merced caiga en cuenta.

34. »En los demás papeles de que todavía no se ha valido vuestra merced, porque los reservaría sin duda para la tercera parte, hallo otras mil graciosas investigaciones del tunante, tan fingidas como las pasadas. Trátase en ellos del ridículo modo con que entendía fray Gerundio el mandato de casi todos los señores obispos de España, de explicar por lo menos un punto de doctrina cristiana en la salutación de todos los sermones, y de lo que le pasó en esto con un prelado celoso. Háblase mucho de un sermón de confalón que predicó en la ciudad de Toro, de otro llamado del vexilo [66] en Medina del Campo, de un Adviento y de una Cuaresma en varios lugares, de pláticas a monjas, de una misión que hizo en cierta parte; y concluye el señor Abusemblat sus apuntamientos con la conversión de fray Gerundio al verdadero modo de predicar, efecto de no sé qué libro convincente que la divina Providencia le puso en las manos, de su muerte ejemplar, precedida de una pública retratación de los disparates que había dicho en sus sermones, y de una patética exhortación que hizo a sus frailes, para que predicasen siempre la palabra de Dios con el decoro, gravedad, juicio, nervio y celo que pide tan sagrado ministerio.

35. »Es cierto que el armenio de mis pecados dice admirables cosas en todos estos documentos, así de las que pertenecen a su idea principal, como de otras accesorias que entreteje al modo de las antecedentes y tocan en costumbres, escritores, críticos, mesas, trajes, extravagancias mal usadas y peor toleradas en las procesiones, abusos de rosarios públicos, de las novenas, de las imágenes sagradas en esquinas de las calles y zaguanes de las casas y, finalmente, en otras cien materias, todas de gran importancia, y tratadas a mi ver con solidez y con gracia. Pero mi conclusión es que nada, nada de esto se halla en

66. *confalón*: estandarte o pendón. *vexilo*: bandera *(DA)*.

los papeles arábigos, siríacos y caldeos que a vuestra merced le ha vendido por originales.

36. »En virtud de todo lo cual, haciéndome por una parte gran lástima que no salga a la luz pública una obra como la que vuestra merced tiene trabajada, y no pudiendo por otra negar este testimonio a la verdad ni este desengaño a la confianza que le merezco, soy de parecer que vuestra merced no la suprima; pero que, o ya la continúe, o ya la dé por concluida, mude solamente el título y la divulgue de esta manera:

HISTORIA «QUE PUDO SER» DEL FAMOSO PREDICADOR FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS

37. ¿Viste tal vez cuando se cae de repente el techo de una casa y coge debajo a un perro, sea dogo, galgo o perdiguero, cómo se queda espatarrado? Pues así, ni más ni menos, me quedé yo cuando acabó el milord inglés[67] su razonamiento. Por más de un cuarto de hora quedé atónito, enajenado, fuera de mí, sin acertar a hablar palabra. Pero, recobrados los espíritus y dándome una palmadita en la frente, me acordé que todo esto ya lo había dicho yo en mi prólogo, protestando que yo era el padre, la madre, el hacedor y el criador de fray Gerundio; conque, lector mío, vamos a otra cosa, y cátate el cuento acabado.[68]

67. En la corrección posterior, en lugar de «el my lord inglés», «el señor académico».

68. Sobre el problema del final de *Fray Gerundio*, vid. introducción.

Impreso en Talleres Gráficos
DUPLEX, S. A.
Ciudad de Asunción, 26-D
08030 Barcelona

José Francisco de **Isla**

Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas, alias Zotes

Edición, introducción y notas de

Joaquín Álvarez Barrientos

del Consejo Superior de Investigaciones Científicas

«La narrativa española del siglo XVIII debe a Isla el que se empezara a plantear de una forma intensa la relación o la correspondencia existente entre una obra literaria y la realidad que imita esa obra; entre la adecuación del medio empleado, del género, y la representación de esa realidad, es decir, que se planteara el problema del realismo y la acomodación de nuevas formas narrativas para expresar el mundo, cada vez más distinto, en que vivía el lector.»

253206-6

00

9 788432 069789

Clásicos Universales Planeta